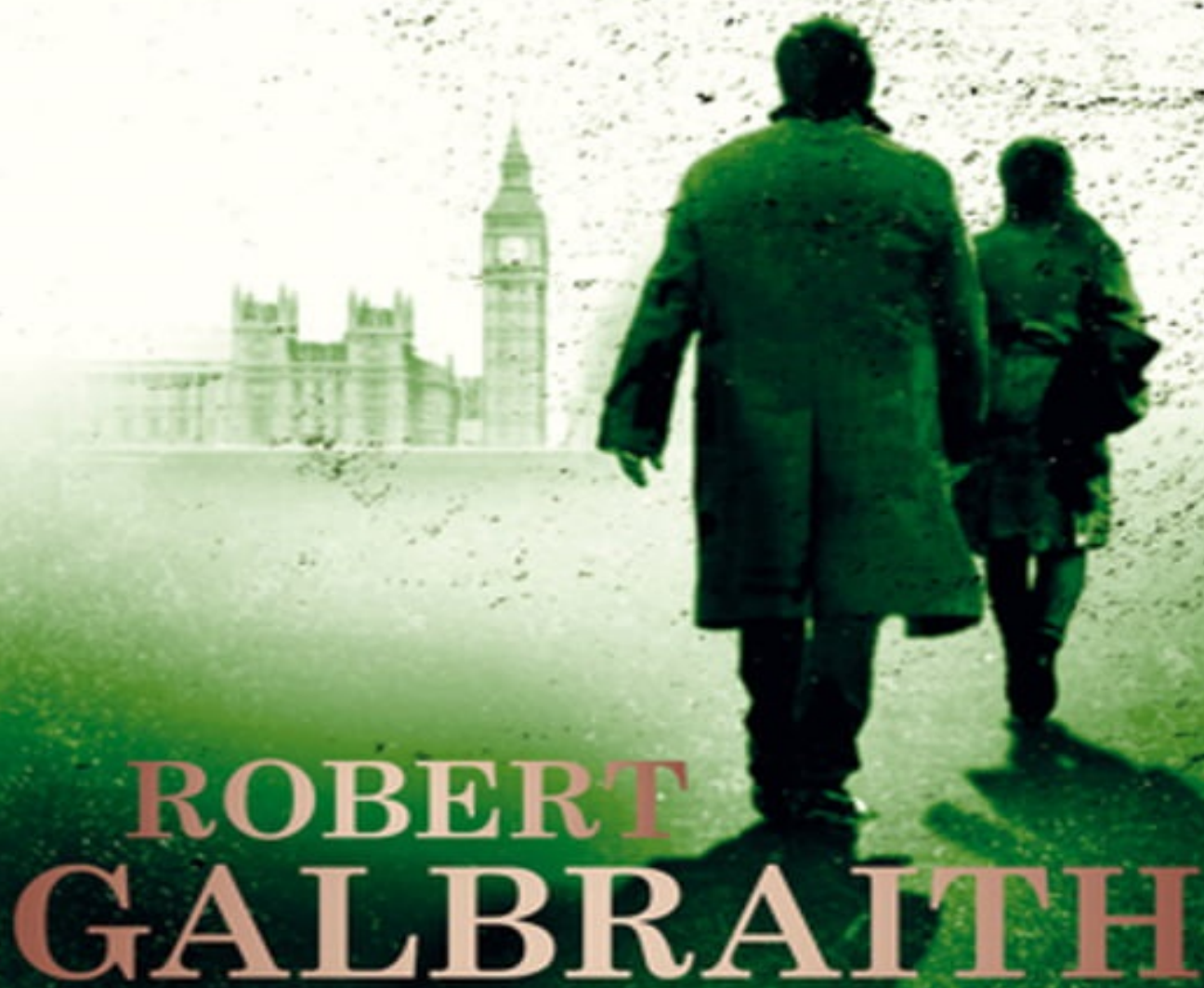


BLANCO LETAL

un nuevo caso de Cormoran Strike



 **novela**
salamandra

BLANCO LETAL

ROBERT GALBRAITH

ROBERT
GALBRAITH

**BLANCO
LETAL**

 novela
salamandra

Blanco letal
Robert Galbraith

ISBN edición en papel: 978-84-9838-966-1
ISBN libro electrónico: 978-84-17384-81-4
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación

Título original: *Lethal White*
Traducción del inglés de Gemma Rovira Ortega

Fotografía de la cubierta: Duncan Spilling © Little Brown Book Group Ltd, 2018

Publicado por primera vez en Reino Unido en 2018 por Sphere, sello editorial de Little, Brown Book Group, Londres

Copyright © J.K. Rowling, 2018
The moral right of the author has been asserted
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra, excepto aquellos que se hallan claramente en el dominio público, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

*A Di y Roger,
y en memoria
del precioso y blanco Spike.*

PRÓLOGO

La felicidad, querida Rebeca, la felicidad es ante todo el tranquilo, dichoso y seguro sentimiento de la inocencia.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Sólo habría faltado que los cisnes nadaran uno al lado del otro por el lago de aguas verdosas y oscuras para que aquella fotografía se hubiese convertido en el mayor logro de la carrera del fotógrafo de bodas.

No quería cambiar la posición de la pareja, porque la suave luz de debajo de las copas de los árboles realzaba los marcados pómulos del novio y convertía a la novia, con sus tirabuzones de un dorado rojizo, en un ángel prerrafaelita. No recordaba la última vez que lo habían contratado para fotografiar a una pareja tan atractiva. Con el señor y la señora Cunliffe no hacía falta recurrir a trucos ni sutilezas, ni colocar a la mujer en determinado ángulo para ocultar sus michelines (de hecho, casi podía decirse que estaba demasiado delgada, pero eso la favorecería en las fotografías), ni sugerirle al novio: «Vamos a intentar hacer una con la boca cerrada», porque el señor Cunliffe tenía los dientes blancos y perfectamente alineados. Lo único que había que esconder, y eso podría retocarse con facilidad una vez concluida la sesión, era la desagradable cicatriz que tenía la novia en el antebrazo: amoratada y un poco rojiza, con las marcas de los puntos todavía visibles.

Aquella mañana, cuando el fotógrafo había llegado a la casa de los padres de la novia, ella llevaba puesta una venda elástica. Y se había llevado un buen susto cuando se la había quitado para la sesión. Incluso había llegado a preguntarse si habría cometido un intento chapucero de suicidio antes de la boda, porque, después de veinte años en el oficio, ya había visto de todo.

«Me atacaron», había explicado la señora Cunliffe, o Robin Ellacott, pues así era como se llamaba dos horas antes. El fotógrafo, que era un hombre aprensivo, había tenido que ahuyentar de su mente la imagen de una hoja de acero clavándose en aquella piel clara y suave. Por suerte, la desagradable cicatriz quedaba ahora oculta por la sombra que proyectaba el ramo de rosas de color crema de la señora Cunliffe.

Los cisnes, los malditos cisnes. Si se apartaran los dos del fondo, no importaría, pero uno se sumergía continuamente, dejando la plumosa pirámide de su trasero a la vista en medio del lago como un iceberg con plumas, y con sus contorsiones agitaba la superficie del agua, lo que haría que eliminarlos digitalmente resultase mucho más complicado de lo que creía el joven señor Cunliffe, que ya había propuesto esa solución. El otro cisne, entretanto, seguía merodeando junto a la orilla: elegante, sereno y decididamente fuera de plano.

—¿Ya está? —preguntó la novia con una impaciencia palpable.

—Estás preciosa, flor —dijo el padre del novio, Geoffrey, desde detrás del fotógrafo. Se le notaba en la voz que ya estaba un poco borracho.

Los padres de la pareja, el padrino y las damas de honor observaban desde la sombra de unos árboles cercanos. A la dama de honor más joven, una niña de no más de dos años, habían tenido que prohibirle lanzar guijarros al lago, y ahora se quejaba a su madre, que le hablaba con un susurro ininterrumpido e irritante.

—¿Ya está? —volvió a preguntar Robin, ignorando a su suegro.

—Casi —mintió el fotógrafo—. Vuélvete un poco más hacia él, por favor, Robin. Así. Una sonrisa bien grande, los dos. ¡Sonrisa bien grande!

En la pareja había una tensión que no podía atribuirse exclusivamente a la dificultad de conseguir la fotografía perfecta. Pero al fotógrafo no le importaba. Él no era consejero matrimonial. Había conocido a parejas que ya empezaban a gritarse cuando él apenas había comenzado a leer los valores del fotómetro. Había visto a una novia marcharse furiosa de su banquete nupcial. Todavía conservaba, para divertir a sus amigos, una fotografía borrosa de 1998 en la que un novio le daba un cabezazo a su padrino.

Pese a lo guapos que eran, él no habría apostado mucho por los Cunliffe. La larga cicatriz del brazo de la novia le había causado rechazo desde el principio. Todo aquello le parecía inquietante y de mal gusto.

—Dejémoslo —dijo de pronto el novio, soltando a Robin—. Ya tenemos suficientes, ¿no?

—¡Espera, espera, que ahora viene el otro! —exclamó el fotógrafo, enojado.

Justo cuando Matthew había soltado a Robin, el cisne que estaba junto a la orilla más alejada había empezado a nadar por la superficie verde oscuro hacia su pareja.

—Es como si esos bichos lo hicieran a propósito, ¿verdad, Linda? —le dijo Geoffrey a la madre de la novia, al tiempo que soltaba una risita—. Pajarracos del demonio...

—No importa —terció Robin, recogiendo la falda del vestido hasta que le asomaron los zapatos, de tacón quizá demasiado bajo—. Seguro que alguna ha quedado bien.

Salió del bosquecillo a la brillante luz del sol, y echó a andar con paso decidido por la extensión de césped hacia el castillo del siglo XVII, donde la mayoría de los invitados ya se paseaban bebiendo champán, mientras admiraban las vistas de los jardines del hotel.

—Me parece que le duele el brazo —le dijo la madre de la novia al padre del novio.

«Y un cuerno —pensó el fotógrafo con cierto placer malvado—. Han discutido en el coche.»

La pareja parecía feliz bajo la lluvia de confeti que los había recibido a la salida de la iglesia, pero al llegar al hotel, una mansión en el campo, ambos tenían esa expresión dura de quien apenas puede contener la rabia.

—Se le pasará. Lo que necesita es una copa —dijo Geoffrey relajadamente—. Ve con ella, Matt.

Matthew ya había echado a andar detrás de su flamante esposa, y no había tenido problemas para alcanzarla, porque a Robin le costaba caminar por el césped con sus zapatos de tacón de aguja. El resto del grupo los siguió; un viento cálido agitaba los vestidos de *chiffon* color verde menta de las damas de honor.

—Robin, tenemos que hablar.

—Pues habla.

—¿Puedes esperar un minuto?

—Si me paro, se nos van a echar encima nuestras familias.

Matthew miró hacia atrás. Tenía razón.

—Robin...

—¡No me toques el brazo!

Le dolía la herida, probablemente por culpa del calor. Quería ir a buscar la bolsa de viaje donde había guardado la venda protectora, pero debían de haberla llevado a la suite nupcial, y no tenía ni idea de dónde podía estar.

El grueso de los invitados que esperaban a la sombra del edificio del hotel ya empezaba a distinguirse. A las mujeres era fácil identificarlas gracias a los sombreros. Tía Sue, la tía de Matthew, llevaba una rueda de carro azul eléctrico; Jenny, la cuñada de Robin, una llamativa creación de plumas amarillas. Los varones, con sus trajes oscuros, apenas se diferenciaban unos de otros. Desde aquella distancia era imposible discernir si Cormoran Strike se encontraba entre ellos.

—Para un momento, ¿quieres? —insistió Matthew.

Ya les habían sacado mucha ventaja a sus familiares, que habían adaptado el paso al de su sobrina pequeña.

Robin se detuvo.

—Me ha sorprendido verlo, nada más —dijo Matthew con cautela.

—Ya, y supongo que crees que yo estaba esperando ver cómo irrumpía en mitad de la ceremonia y tiraba las flores al suelo, ¿no? —contestó ella.

Matthew habría podido encajar esa respuesta de no ser por la sonrisa que Robin intentaba reprimir. No olvidaba la cara de felicidad que había puesto cuando su ex jefe se había presentado en la boda. Aún no sabía si algún día podría perdonarla por haber pronunciado el «Sí, quiero» con la vista clavada en la enorme, fea y caótica figura de Cormoran Strike, en lugar de mirándolo a él. Estaba seguro de que todos los allí reunidos habían visto cómo Robin le sonreía encantada.

Sus familias estaban a punto de alcanzarlos otra vez. Matthew cogió a Robin por el brazo con cuidado, colocando los dedos unos centímetros por encima de la herida, y caminó con ella. Robin no se resistió, pero Matthew sospechó que sólo se debía a que confiaba en estar acercándose a Strike.

—Ya te lo he dicho en el coche: si quieres volver a trabajar para él...

—Es porque soy «imbécil perdida» —terminó Robin.

Ahora ya podía distinguir a los hombres que estaban en la terraza, pero no veía a Strike por ninguna parte. Era alto y corpulento; debería poder verlo incluso entre sus hermanos y sus tíos, todos de más de metro ochenta. Su ánimo, que había subido de golpe cuando había visto aparecer a Strike, se precipitó hacia el suelo como un polluelo empapado por la lluvia. Probablemente se había marchado después de la ceremonia, en lugar de montarse en uno de los minibuses que habían contratado para trasladar a los invitados al hotel. Su breve aparición había sido un gesto de buena voluntad, nada más. No había ido hasta allí para volver a contratarla, sino sólo para felicitarla por su nueva vida.

—Mira... —dijo Matthew, más suave ahora.

Robin estaba segura de que él también había escudriñado a la multitud y, al no ver a Strike,

había llegado a la misma conclusión que ella.

—En el coche sólo intentaba decirte que eres tú quien decide lo que haces, Robin. Si Strike quería... si quiere que vuelvas... Por el amor de Dios, yo sólo pienso en tu bien. No me irás a decir que trabajar para él era seguro, ¿no?

—No —contestó Robin, que notaba un dolor palpitante en la herida—. No era seguro.

Se volvió hacia sus padres y el resto de los familiares y esperó a que los alcanzaran. El olor dulzón del césped caliente le impregnaba la nariz y le hacía cosquillas, mientras el sol caía a plomo sobre sus hombros desnudos.

—¿Quieres ir con la tía Robin? —dijo la hermana de Matthew.

La pequeña Grace, obediente, se agarró al brazo herido de su tía y se columpió de él, arrancándole un grito de dolor.

—¡Ay, lo siento, Robin! Suéltala, Gracie...

—¡Champán! —gritó Geoffrey, rodeando los hombros de Robin y dirigiéndola hacia la multitud expectante.

Los servicios de caballeros estaban como Strike había imaginado que estarían en aquel lujoso hotel rural: impolutos y libres de malos olores. Le habría gustado poder llevarse una cerveza a aquel tranquilo y fresco cubículo, pero eso habría reforzado la impresión de que era un alcohólico de mala reputación a quien acababan de concederle permiso para salir de la cárcel y asistir a aquella boda. Los empleados de la recepción del hotel no se habían molestado en disimular su escepticismo cuando les había asegurado que era uno de los invitados del banquete Cunliffe-Ellacott.

Debido a su corpulencia y a su duro y arisco perfil de boxeador, Strike tendía a intimidar incluso estando ileso. Pero ese día, además, parecía que acabara de bajarse del ring. Tenía la nariz rota, amoratada e hinchada hasta doblar su tamaño normal, los dos ojos a la virulé y una oreja inflamada en la que aún podían verse los últimos puntos de sutura negros que le habían dado. Al menos, la herida de cuchillo que tenía en la palma de la mano quedaba oculta por el vendaje, aunque llevaba su mejor traje arrugado y manchado porque la última vez que se lo había puesto le habían tirado una copa de vino por encima. Lo mejor que se podía decir de su atuendo era que había conseguido ponerse dos zapatos del mismo par antes de partir hacia Yorkshire.

Bostezó, cerró los doloridos ojos y apoyó un momento la cabeza en el frío tabique divisorio. Estaba tan cansado que habría podido quedarse dormido allí mismo, sentado en aquel váter. Pero necesitaba encontrar a Robin y pedirle —suplicarle, si era necesario— que lo perdonara por despedirla y que volviera a trabajar con él. En la iglesia, cuando sus miradas se habían encontrado, le había parecido ver alegría en su cara, y estaba seguro de que le había sonreído al pasar a su lado cogida del brazo de Matthew, camino de la puerta. Por eso Strike se había apresurado a atravesar el camposanto para dirigirse al aparcamiento y pedirle a su amigo Shanker —que ahora dormitaba en el Mercedes que le habían prestado— que siguiera a los minibuses para ir a la recepción.

Strike no pensaba quedarse al banquete y los discursos. De hecho, no había confirmado su asistencia cuando había recibido la invitación, antes de despedir a Robin. Lo único que quería era hablar con ella unos minutos, pero hasta ese momento había sido imposible. Ya no se acordaba de lo que pasaba en las bodas. Mientras buscaba a Robin por la abarrotada terraza, se había convertido en el blanco de un centenar de miradas curiosas, lo que le había hecho sentirse bastante

incómodo. Había rechazado el champán, que no le gustaba, y había ido a la barra a pedir una cerveza. Lo había seguido un joven de pelo castaño oscuro cuya frente y cuya boca le recordaban un poco a Robin; detrás de él iba una pandilla de amigos, todos con la misma expresión de emoción mal disimulada.

—Eres Strike, ¿verdad? —preguntó el joven.

El detective asintió.

—Soy Martin Ellacott. El hermano de Robin.

—¿Cómo estás? —dijo Strike, y levantó la mano vendada para indicar que, si se la daba, iba a ver las estrellas—. ¿Por dónde anda, lo sabes?

—Están haciéndose las fotos —contestó Martin, que señaló el iPhone que tenía en la otra mano y añadió—: Sales en las noticias. Has atrapado al destripador de Shacklewell.

—Sí, eso parece —repuso Strike.

A pesar de que las heridas de cuchillo que tenía en la palma de la mano y en la oreja aún le dolían, le daba la impresión de que los violentos sucesos de doce horas atrás habían ocurrido hacía mucho. El contraste entre el sórdido escondite donde había acorralado al asesino y aquel hotel de cuatro estrellas era tan pronunciado que parecía que pertenecieran a realidades distintas.

Una mujer con un tocado azul turquesa que temblaba sobre su pelo rubio platino se acercó a la barra. También llevaba un teléfono en la mano, y miraba a Strike rápidamente arriba y abajo, cotejando al detective de carne y hueso con la fotografía que, con toda seguridad, debía de tener en la pantalla del móvil.

—Perdón, tengo que ir a mear —le había dicho Strike a Martin, escabulléndose antes de que se le acercara alguien más.

Después de convencer a los recelosos empleados para que lo dejaran pasar, se había refugiado en los lavabos.

Volvió a bostezar y miró la hora. Seguro que Robin ya había terminado de hacerse las fotos. Con una mueca de dolor —porque el efecto de los analgésicos que le habían administrado en el hospital ya se le había pasado—, se levantó, quitó el pestillo y regresó con aquella multitud de desconocidos que lo miraban con curiosidad.

Al fondo del salón comedor, todavía vacío, se había instalado un cuarteto de cuerda. Los músicos empezaron a tocar mientras los novios y sus familias se preparaban para el besamanos, al que Robin supuso que había dado su aprobación en algún momento a lo largo de los preparativos de la boda. Había delegado tantos detalles de la ceremonia y el banquete que no dejaba de llevarse pequeñas sorpresas como aquella. No recordaba, por ejemplo, que habían acordado hacerse las fotos en el hotel, y no en la iglesia. Si no hubieran salido a toda velocidad en el Daimler inmediatamente después de la ceremonia, quizá habría tenido ocasión de hablar con Strike y pedirle —suplicarle, si era necesario— que volviera a contratarla. Pero él se había marchado sin hablar con ella, y la había dejado con la duda de si tendría el valor o la humildad necesarios para llamarlo después de todo aquello y rogarle que le devolviera el empleo.

La sala parecía oscura en contraste con la luminosidad de los jardines. Las paredes estaban forradas de madera, y había cortinas de brocado y cuadros al óleo con marcos dorados. El intenso aroma de los arreglos florales impregnaba la atmósfera, y la cristalería y la cubertería brillaban sobre los manteles de un blanco immaculado. El cuarteto de cuerda, que al principio se oía mucho

en aquella caja de resonancia de madera, no tardó en quedar ahogado por el sonido de los invitados que subían por la escalera exterior y se congregaban en el rellano, hablando y riendo. Ya iban todos bien servidos de champán y cerveza.

—¡Vamos allá! —bramó Geoffrey, que parecía estar disfrutando más que nadie de aquel día—. ¡Que entren!

Robin estaba segura de que su suegro no se hubiera atrevido a mostrar su entusiasmo tan efusivamente si la madre de Matthew hubiera estado allí. La difunta señora Cunliffe era muy dada a las frías miradas de soslayo y a los golpecitos con el codo, y siempre estaba alerta, al acecho de alguna señal de emoción no controlada. La hermana de la señora Cunliffe, la tía Sue, fue una de las primeras en acercarse a la novia; estaba molesta, porque ella pretendía sentarse a la mesa de honor, pero le habían negado ese privilegio.

—¿Cómo estás, Robin? —preguntó, y picoteó un beso al aire más o menos a la altura de la oreja de Robin.

Triste, disgustada y culpable por no sentirse feliz, Robin se dio cuenta, de repente, de la poca simpatía que aquella mujer, su nueva tía política, sentía por ella.

—Muy mono el vestido —añadió la tía Sue, pero ya estaba mirando al atractivo Matthew—: Qué pena que tu madre... —empezó a decir, y entonces ahogó un sollozo y se tapó la cara con el pañuelo que tenía preparado en la mano.

Fueron entrando más amigos y parientes; sonreían, se besaban, se daban la mano. Geoffrey interrumpía una y otra vez la circulación de invitados, porque le daba abrazos de oso a todo el que no se resistiera decididamente.

—Así que ha venido... —dijo Katie, la prima favorita de Robin.

Habría sido dama de honor de no ser por su avanzado estado de gestación. Salía de cuentas ese mismo día, y Robin estaba maravillada de que todavía pudiese andar. Cuando se inclinó hacia ella para besarla, notó que tenía la barriga dura como una sandía.

—¿Quién? —preguntó Robin.

Katie dio un paso al lado para besar a Matthew.

—Tu jefe. Strike. Martin ha estado atosigándolo en los...

—Creo que estás allí, Katie —dijo Matthew, y señaló hacia una mesa del centro de la sala—. Supongo que estarás deseando sentarte, ¿no? Con este calor, debe de resultarte pesado.

Robin apenas se fijó en los siguientes invitados que se acercaron a saludarla. Respondió a sus felicitaciones distraídamente, sin dejar de mirar hacia el umbral por donde iban entrando todos. ¿Qué había querido decir Katie? ¿Que Strike estaba allí, que al final había ido al hotel? ¿La había seguido desde la iglesia? ¿Estaba a punto de aparecer? ¿Dónde se había escondido? Lo había buscado por todas partes: en la terraza, en el vestíbulo, en el bar. De pronto albergó esperanzas, aunque enseguida se desvanecieron. ¿Y si Martin, famoso por su falta de tacto, lo había ahuyentado? Entonces recordó que Strike no era tan débil, y sus esperanzas revivieron una vez más. Sin embargo, mientras estaba ocupada realizando esos peregrinajes entre la expectación y el pavor, le resultaba imposible aparentar las emociones propias de una novia convencional en el día de su boda, y era consciente de que Matthew notaba esa ausencia y que estaba ofendido.

—¡Martin! —exclamó Robin alegremente al ver aparecer a su hermano pequeño, ya con tres cervezas entre pecho y espalda, acompañado de sus amigos.

—Supongo que ya lo sabes, ¿no? —dijo Martin, dando por hecho que sí.

Tenía el teléfono móvil en la mano. Había pasado la noche en casa de un amigo para que unos parientes del sur pudieran utilizar su dormitorio.

—¿Que sé qué?

—Que anoche capturó al destripador.

Su hermano levantó el móvil para enseñarle la noticia en la pantalla. Robin ahogó un grito al ver quién era el destripador. La herida que aquel hombre le había infligido con un cuchillo en el antebrazo volvía a dolerle.

—¿Todavía está aquí? —preguntó Robin, sin preocuparse por seguir fingiendo—. Strike. ¿Te ha dicho si pensaba quedarse, Mart?

—Por el amor de Dios —masculló Matthew.

—Perdón —arguyó Martin, al percatarse de lo irritado que estaba su cuñado—. Estoy formando un tapón.

El joven se marchó cabizbajo. Robin miró a Matthew y vio resplandecer en él el sentimiento de culpa, como si estuviera observando una termografía.

—Lo sabías —dijo mientras, distraída, le estrechaba la mano a una tía abuela que se había inclinado hacia ella con la intención de recibir un beso.

—¿Que sabía qué? —le espetó él.

—Que Strike había capturado...

Pero ahora reclamaban su atención un amigo de la universidad de Matthew y compañero de trabajo, Tom, y su novia, Sarah. Robin apenas oyó nada de lo que dijo Tom, porque no dejaba de vigilar la puerta por la que esperaba ver entrar a Strike.

—Lo sabías —repitió Robin en cuanto Tom y Sarah se alejaron. Hubo otra pausa. Geoffrey acababa de encontrarse con un primo de Canadá—. ¿No es cierto?

—He oído el final de la noticia esta mañana... —murmuró Matthew, que miró por encima de la cabeza de Robin, hacia la puerta, y su expresión se endureció—. Mira, aquí lo tienes. Como tú querías.

Robin se volvió. Strike acababa de entrar en la sala con un ojo gris y morado, sin afeitarse y con una oreja hinchada y remendada. Cuando sus miradas se encontraron, levantó la mano vendada e intentó componer una sonrisa que acabó en una mueca de dolor.

—Robin —dijo Matthew—. Escucha, necesito que...

—Ahora no —replicó ella con una alegría que había brillado por su ausencia durante todo el día.

—Antes de que hables con él, necesito contarte...

—Por favor, Matt. ¿No puedes esperar?

Ningún miembro de la familia quería retener a Strike, cuya herida le impedía estrecharle la mano a nadie. Con la mano vendada levantada delante del pecho, avanzó de lado por la fila. Geoffrey lo miró con desprecio, y ni siquiera la madre de Robin, a quien en su único encuentro anterior le había caído bien, fue capaz de esbozar una sonrisa cuando él la saludó por su nombre. Parecía que todos los invitados presentes en la sala lo estuvieran observando.

—No hacía falta que tu entrada fuera tan efectista —dijo Robin sonriendo cuando por fin tuvo delante su cara hinchada y magullada.

Él le devolvió la sonrisa, pese al dolor que eso le ocasionaba: el viaje de más de trescientos kilómetros que había hecho tan temerariamente había valido la pena si era para verla sonreír así.

—Irrumpir de ese modo en la iglesia... Habrías podido llamar por teléfono.

—Sí, lo sé. Siento haber tirado las flores —dijo Strike, incluyendo al huraño Matthew en su disculpa—. Te llamé, pero...

—Es que no he podido coger el teléfono en toda la mañana —se excusó Robin, consciente de que se estaba formando otro tapón, aunque no le importaba lo más mínimo—. Pasa, pasa —le pidió con simpatía a la jefa de Matthew, una pelirroja muy alta.

—No, no, te llamé... hace dos días —aclaró Strike.

—¿Qué? —exclamó Robin, mientras Matthew mantenía una conversación forzada con Jemima.

—Sí, un par de veces. Y te dejé un mensaje.

—No tengo ninguna llamada perdida tuya —dijo Robin—. Ni ningún mensaje.

La charla, el murmullo, el tintineo de los cientos de invitados y la suave melodía del cuarteto de cuerda parecieron de repente amortiguados, como si una densa burbuja provocada por la sorpresa la hubiera aislado del resto.

—Pero ¿cuándo...? ¿Cómo es posible...? ¿Hace dos días?

Desde que había llegado a casa de sus padres, sólo había hecho que ocuparse de tediosas tareas relacionadas con la boda, pero aun así se las había ingeniado para mirar a escondidas el teléfono de vez en cuando, con la esperanza de que Strike la hubiese llamado o le hubiera mandado un mensaje. Incluso aquella misma noche, a la una de la madrugada, sola en la cama, había revisado el historial de llamadas con la vana esperanza de encontrar alguna comunicación que hubiese pasado por alto, pero había visto que el historial estaba borrado. Llevaba dos semanas prácticamente sin pegar ojo, y había llegado a la conclusión de que el cansancio le había hecho pulsar el botón equivocado, borrándolo todo sin querer...

—No quiero quedarme —murmuró Strike—. Sólo he venido a decirte que lo siento y a pedirte que vengas a...

—Tienes que quedarte —lo interrumpió ella, cogiéndolo por el brazo como si él fuese a escapar.

El corazón le latía tan deprisa que le costaba respirar. Sabía que había palidecido, le zumbaban los oídos y notaba que a su alrededor todo se tambaleaba.

—Quédate, por favor —dijo sin soltarle el brazo e ignorando a Matthew, que, a su lado, estaba cada vez más crispado—. Necesito... quiero hablar contigo. —Se volvió hacia su madre —: ¡Mamá!

Linda salió de la fila y se acercó a su hija. Daba la impresión de que estaba esperando a que la llamaran, y no parecía nada contenta.

—¿Puedes añadir a Cormoran a alguna de las mesas, por favor? Quizá podrías ponerlo con Stephen y Jenny.

Linda, sin sonreír, le pidió a Strike que la acompañara. Quedaban unos cuantos invitados que aún no habían felicitado a los novios, pero Robin ya no soportaba más sonrisas y cumplidos.

—¿Por qué no he visto las llamadas de Cormoran? —le preguntó a Matthew, mientras un anciano se alejaba hacia las mesas arrastrando los pies sin haber recibido la bienvenida y los saludos de rigor.

—Es lo que intentaba explicarte...

—¿Por qué no he visto sus llamadas, Matthew?

—¿No podemos hablar de esto más tarde?

La verdad se le reveló tan repentinamente que Robin se quedó sin aire.

—Borraste mi historial de llamadas... —dijo mientras iba haciendo una deducción tras otra—. Me pediste la contraseña cuando volvía de los lavabos de la estación de servicio...

Los dos últimos invitados vieron la expresión de los novios y pasaron de largo sin esperar a que los saludaran.

—Me cogiste el teléfono... —prosiguió Robin—. Dijiste que era para no sé qué de la luna de miel. ¿Escuchaste su mensaje?

—Sí —confirmó Matthew—. Y lo borré.

El silencio que la oprimía y la agobiaba se convirtió en un gemido agudo. Todo le daba vueltas. Allí estaba, con aquel vestido de encaje blanco que no le gustaba —y que habían tenido que retocar porque ya habían retrasado la boda una vez—, atada a aquel lugar por las obligaciones de la ceremonia. En la periferia de su visión oscilaban un centenar de caras borrosas. Los invitados estaban hambrientos y expectantes.

Buscó con la mirada a Strike, que estaba de pie de espaldas a ella, esperando junto a Linda mientras añadían un cubierto para él en la mesa de Stephen, el hermano mayor de Robin. Se imaginó que iba hacia él a grandes zancadas y le decía: «Larguémonos de aquí.» ¿Qué diría Strike si hiciera algo así?

Sus padres se habían gastado un dineral en la boda. Los invitados que abarrotaban la sala esperaban a que los novios tomaran asiento en la mesa de honor. Así que Robin, más pálida que su vestido de novia, siguió a su marido hacia la mesa, y los invitados prorrumpieron en aplausos.

El quisquilloso camarero parecía decidido a prolongar el bochorno de Strike. El detective no tenía más remedio que quedarse allí plantado, a la vista de todos, mientras añadían su cubierto a la mesa. Linda, casi dos palmos más baja que él, permaneció a su lado el tiempo que el joven camarero tardó en hacer ajustes imperceptibles en la posición del tenedor de postre y girar el plato hasta dejarlo perfectamente alineado con el del comensal de al lado. Strike no alcanzaba a ver del todo la cara de Linda, porque se la tapaba el sombrero plateado, pero parecía furiosa.

—Muchas gracias —dijo por fin cuando el camarero se apartó.

Sin embargo, cuando cogió el respaldo de la silla, Linda le apoyó suavemente una mano en el brazo. Él no se dejó engañar por aquella mano liviana que lo retenía con la fuerza de unos grilletos, pues iba acompañada de un aura de maternidad indignada y hospitalidad ofendida. Se parecía mucho a su hija. Linda también tenía el pelo rubio rojizo, aunque más fino, y el sombrero plateado realzaba el azul grisáceo de sus ojos.

—¿A qué ha venido? —le preguntó con las mandíbulas apretadas, mientras los camareros se afanaban a su alrededor sirviendo los entrantes.

Al menos, la llegada de la comida había distraído a los otros invitados. Las conversaciones se interrumpieron y todos se concentraron en la tan ansiada comida.

—A pedirle a Robin que vuelva a trabajar conmigo.

—Usted la despidió. Le partió el corazón.

Strike tenía mucho que decir al respecto, pero decidió no hacerlo por respeto a lo que Linda debía de haber sufrido al ver aquella herida de cuchillo de veinte centímetros.

—Ya la han atacado tres veces desde que trabaja para usted —añadió Linda ruborizándose—. Tres veces.

Strike habría podido decirle, sin faltar a la verdad, que sólo aceptaba la responsabilidad del primer ataque. El segundo se había producido después de que Robin incumpliera sus instrucciones explícitas, y en el tercero no sólo le había desobedecido, sino que también había puesto en peligro la investigación de un asesinato y todo su negocio.

—Lleva días sin dormir. La oigo por las noches.

Linda tenía los ojos llorosos. Le soltó el brazo, pero añadió en voz baja:

—Usted no tiene hijas. No entiende lo que hemos pasado.

Antes de que él pudiera poner en marcha sus agotadas facultades, Linda ya se dirigía hacia la mesa de honor. Strike miró a Robin, que aún no había probado el entrante que tenía delante. Parecía un tanto ansiosa, como si temiera que él se marchara. El detective arqueó un poco las cejas y se sentó, por fin, en la silla.

A su izquierda, una figura se movió de forma ostentosa; Strike se volvió y vio unos ojos que se parecían a los de Robin, una mandíbula desafiante y unas cejas pobladas.

—Tú debes de ser Stephen —dijo el detective.

El hermano mayor de Robin contestó con un gruñido, sin dejar de fulminar al recién llegado con la mirada. Ambos eran corpulentos; estaban apretados, y el codo de Stephen rozó el de Strike cuando movió el brazo para coger su cerveza. Los otros comensales de la mesa lo miraban fijamente, y el detective levantó la mano derecha a modo de tímido saludo; no se acordó de que la llevaba vendada hasta que la vio, y tuvo la sensación de que sólo había conseguido llamar más la atención.

—Hola, soy Jenny, la mujer de Stephen —anunció la morena de espalda ancha que estaba sentada al otro lado del hermano de Robin—. Toma, creo que esto te vendrá bien.

Le pasó una jarra de cerveza que nadie había tocado por encima del plato de Stephen. Strike se alegró tanto que se habría levantado para darle un beso; sin embargo, por deferencia al ceño fruncido de Stephen, se limitó a murmurar un agradecimiento sincero y vació media jarra de un trago. Con el rabillo del ojo vio que Jenny susurraba algo al oído de Stephen. Su compañero de mesa esperó a que Strike dejara la jarra, carraspeó y, con brusquedad, dijo:

—Supongo que tengo que felicitarte.

—¿Por qué? —preguntó Strike, atónito.

Stephen atenuó un poco la fiereza de su expresión.

—Capturaste a ese asesino.

—Ah, sí —contestó Strike, que cogió el tenedor con la mano izquierda y pinchó un trozo de salmón del entrante. Cuando ya se lo había tragado todo y vio que Jenny se reía, se dio cuenta de que debería haberlo tratado con más respeto—. Lo siento —masculló—. Tengo mucha hambre.

Ahora Stephen lo observaba con un atisbo de aprobación.

—No sé si servirá de mucho —dijo mirando la *mousse* que tenían en el plato—. Es casi todo aire.

Jenny llamó su atención de nuevo:

—Cormoran, ¿te importaría saludar a Jonathan? Es el otro hermano de Robin. Está ahí.

Strike miró en la dirección que Jenny le indicaba. Un joven delgado, con el mismo color de piel que Robin, lo saludaba enérgicamente con la mano desde la mesa de al lado. Strike, cohibido, le devolvió brevemente el saludo.

—Así que quieres que vuelva, ¿no? —disparó Stephen.

—Sí —contestó Strike.

Estaba preparado para recibir una respuesta agresiva, y se llevó una sorpresa cuando Stephen soltó un suspiro largo.

—Supongo que tengo que alegrarme. Nunca la había visto tan feliz como cuando trabajaba contigo... Cuando éramos pequeños, siempre me metía con ella porque decía que quería ser policía —continuó—. Ahora me arrepiento. —Aceptó otra cerveza del camarero y se tragó una cantidad impresionante antes de continuar—. Ahora me doy cuenta de que nos portábamos como unos capullos con mi hermana, y ella... Bueno, ahora se defiende un poco mejor sola.

Stephen dirigió la mirada hacia la mesa de honor, y Strike, que estaba de espaldas, se sintió autorizado a mirar también a Robin brevemente. Su compañera estaba callada, ni comía ni miraba a Matthew.

—Ahora no, tío —le oyó decir a Stephen.

Se dio la vuelta y vio que su vecino de mesa extendía el brazo, largo y robusto, para formar una barrera entre Strike y uno de los amigos de Martin, que se había levantado y ya estaba inclinándose para preguntarle algo al detective. El amigo se retiró avergonzado.

—Salud —dijo Strike, y se terminó la cerveza que le había pasado Jenny.

—Vete acostumbrando —le advirtió Stephen, y se zampó toda su *mousse* de un solo bocado—. Capturaste al destripador de Shacklewell. Vas a ser famoso, amigo.

Robin siempre había oído decir que, después de una fuerte conmoción, todo se ve borroso, pero en su caso no estaba siendo así. La sala donde se encontraba seguía manteniéndose perfectamente nítida, y se apreciaban todos los detalles: los radiantes rectángulos de luz que atravesaban las cortinas de las ventanas; el brillo esmaltado del azul celeste del cielo, al otro lado del cristal; los manteles de damasco en los que descansaban los codos y las copas desordenadas; las mejillas cada vez más coloradas de los invitados, que no paraban de comer y beber; el perfil aristocrático de la tía Sue, que la conversación de sus compañeros de mesa no lograba suavizar; el absurdo sombrero amarillo de Jenny, que temblaba mientras bromeaba con Strike. Se quedó observando a Strike. Su mirada se desviaba tan a menudo hacia su espalda que habría podido dibujar con absoluta precisión las arrugas de la chaqueta de su traje, los densos y oscuros rizos de su cabeza, la diferencia de grosor de sus orejas, por la herida de cuchillo que tenía en la izquierda.

No, la conmoción que le había causado lo que había descubierto cuando estaban saludando a los invitados no había hecho que lo viera todo borroso a su alrededor. Sin embargo, sí había afectado su percepción del tiempo y el sonido. Era consciente de que Matthew le había insistido en que comiera, pero no lo había registrado hasta que un solícito camarero le había retirado el plato intacto, porque todo lo que le decían tenía que atravesar las gruesas paredes que la asfixiaban desde que Matthew le había confesado su traición. En aquella celda invisible que la separaba por completo del resto de las personas que estaban presentes en la sala, la adrenalina circulaba por su cuerpo y la instaba una y otra vez a levantarse y marcharse de allí.

Si Strike no se hubiese presentado en la boda, quizá nunca habría sabido que quería que volviera a trabajar con él. Habría podido ahorrarse la vergüenza, la rabia, la humillación y la pena que la habían atormentado desde aquella espantosa noche en que el detective la había despedido. Matthew había intentado despojarla de aquello que podía salvarla, aquello por lo que ella había llorado de madrugada cuando todos dormían: la recuperación de su amor propio, del

empleo que tanto había significado para ella, de una amistad que no había sabido que era uno de los premios de su vida hasta que se la habían arrebatado. Matthew le había mentado, y no sólo una vez. Él sonreía y se reía mientras ella se arrastraba, antes de la boda, y trataba de fingir que se alegraba de haber perdido una vida que la hacía feliz. ¿Había conseguido engañarlo? ¿De verdad creía Matthew que se alegraba de que su vida con Strike hubiera terminado? Si era así, se había casado con un hombre que no la conocía, y si no...

Retiraron el pudín, y Robin tuvo que obligarse a sonreír al camarero, que, preocupado, esta vez le preguntó si podía llevarle otra cosa, pues aquél era el tercer plato que la novia había dejado intacto.

—No tendrás una pistola cargada, ¿verdad? —le preguntó Robin.

El camarero, engañado por el gesto serio de Robin, sonrió y luego puso cara de desconcierto.

—No importa —dijo ella—. No te preocupes.

—Por el amor de Dios, Robin... —susurró Matthew.

Ella se dio cuenta, con un arrebatado de rabia y placer, de que estaba aterrorizado, muerto de miedo pensando en lo que podía hacer, en lo que podía suceder a continuación.

Presentaron el café en unas elegantes cafeteras de plata. Robin vio cómo los camareros lo servían en las tazas, vio las bandejitas de *petits-fours* que repartían por las mesas. Vio a Sarah Shadlock, que llevaba un vestido sin mangas azul turquesa, muy ceñido, saliendo presurosa hacia los lavabos antes de que comenzaran los discursos; vio a Katie seguirla, hinchada y cansada, con sus zapatos planos y el enorme bombo por delante... Y una vez más, la mirada de Robin fue a parar a la espalda de Strike. El detective comía *petits-fours* mientras hablaba con Stephen. Se alegró de haberlo sentado al lado de su hermano. Siempre había pensado que se llevarían bien.

Entonces pidieron silencio, y hubo una serie de movimientos y susurros, acompañados de un arrastrar de sillas general, cuando todos los que estaban de espaldas a la mesa de honor se volvieron para poder ver a los que iban a hablar. La mirada de Robin se encontró con la de Strike. No supo interpretar su expresión, pero él no desvió la vista hasta que el padre de Robin se levantó, se colocó bien las gafas y empezó a hablar.

Strike estaba deseando tumbarse o, en su defecto, sentarse en el coche con Shanker, donde al menos podría reclinar el asiento. Apenas había dormido un par de horas en los dos últimos días, y la mezcla de unos analgésicos bastante fuertes y las cuatro cervezas que ya se había bebido le estaba dando tanto sueño que se quedaba dormido una y otra vez con la cabeza apoyada en una mano, y se despertaba con un respingo cuando la sien le resbalaba de los nudillos.

Nunca le había preguntado a Robin cómo se ganaban la vida sus padres. Si Michael Ellacott había hecho referencia a su profesión en algún momento de su discurso, Strike se lo había perdido. Era un individuo de aspecto tranquilo, casi profesoral con aquellas gafas de montura de carey. Todos sus hijos habían heredado su estatura, pero Martin era el único que tenía su pelo castaño oscuro y sus ojos de color avellana.

Había escrito el discurso, o quizá lo había reescrito, cuando Robin estaba sin trabajo. Michael se recreaba con evidente amor y reconocimiento en las virtudes de su hija: su inteligencia, su perseverancia, su generosidad y su bondad. Tuvo que hacer una pausa y carraspear cuando empezó a hablar de lo orgulloso que estaba de su única hija, pero dejó un espacio en blanco allí donde debería haber mencionado sus logros, un vacío que debería haber llenado con lo que Robin había hecho o con las experiencias que había superado. Evidentemente, algunas de las situaciones a las

que su hija había sobrevivido no eran aptas para que las explicaran en aquella sala que parecía un humidificador gigantesco ni para que las oyeran aquellos invitados con sombreros de plumas y flores en el ojal. Pero, para Strike, el hecho de que hubiese sobrevivido era la prueba más válida de todas aquellas cualidades, y él opinaba, por muy aturdido que estuviese por la falta de sueño, que su padre debería haberlo reconocido en público.

Por lo visto, era el único que pensaba así. Detectó incluso cierto alivio entre la multitud cuando Michael concluyó su discurso sin hacer alusión alguna a cuchillos, cicatrices, máscaras de gorila o pasamontañas.

Había llegado el turno del novio. Matthew se puso en pie en medio de un aplauso entusiasta, pero Robin permaneció con las manos en el regazo y mirando fijamente la ventana que tenía enfrente. En el exterior, el sol, que ya estaba muy bajo en el cielo sin nubes, proyectaba unas sombras largas y oscuras por el césped del jardín.

Se oía el zumbido de una abeja que se había colado en la sala. Strike, mucho menos preocupado por ofender a Matthew que a Michael, cambió de postura, se cruzó de brazos y cerró los ojos. Durante un minuto, aproximadamente, alcanzó a oír que el novio explicaba que Robin y él se conocían desde pequeños, pero que hasta los últimos dos años de la educación secundaria no se había fijado en lo guapa que se había vuelto aquella niñita que una vez lo había ganado en la carrera de cucharas y huevos...

—¡Cormoran!

Se despertó de golpe y dio un respingo, y, al ver la mancha húmeda que tenía en el pecho, comprendió que se le había caído la baba. Miró, adormilado, a su vecino de mesa, que le dio un codazo.

—Estabas roncando... —masculló.

No tuvo tiempo de contestar, porque la sala volvió a prorrumpir en aplausos. Matthew se sentó; no sonreía.

Ya no podía faltar mucho... Pero no, el padrino de Matthew se estaba levantando. Ahora que volvía a estar despierto, Strike se dio cuenta de que tenía la vejiga a punto de explotar. Confiaba en que aquel tipo no se enrollara mucho.

—Matt y yo nos conocimos en el campo de rugby... —empezó.

Y los comensales de una de las mesas del fondo, bastante borrachos, se pusieron a lanzar vítores.

—Arriba —dijo Robin—. Ahora mismo.

Eran las primeras palabras que le dirigía a su marido desde que habían ocupado sus asientos en la mesa de honor. Los aplausos que había cosechado el padrino con su discurso aún no habían cesado. Strike estaba de pie, pero Robin comprendió que se disponía a ir a los lavabos, porque lo vio parar a un camarero y pedirle indicaciones. De todas formas, ahora ya sabía que Strike quería que volviera a la agencia, y estaba convencida de que se quedaría hasta que ella aceptara. La mirada que habían intercambiado durante los entrantes no había dejado lugar a dudas.

—La banda va a empezar a tocar dentro de media hora —repuso Matthew—. Se supone que tenemos que...

Pero Robin se dirigió hacia la puerta; llevaba a cuestas la celda de aislamiento invisible que la había ayudado a mantenerse impertérrita y sin llorar durante el discurso de su padre, durante las

nerviosas declaraciones de Matthew, durante las tediosas y viejas anécdotas que había regurgitado el padrino, y que había oído hasta la saciedad, sobre el club de rugby. Mientras se abría paso entre los invitados, tuvo la vaga impresión de que su madre intentaba detenerla, pero no le hizo caso. Había aguantado obedientemente la comida y los discursos. El universo le debía un intermedio de intimidad y libertad.

Subió por la escalera con decisión, sujetándose la falda del vestido para no pisársela con los sencillos zapatos, y recorrió un pasillo enmoquetado sin saber muy bien adónde iba, mientras oía los pasos de Matthew, que la seguía apresuradamente.

—Perdona —le dijo a un adolescente con chaleco que estaba sacando un gran cesto de ropa blanca de un armario—, ¿dónde está la suite nupcial?

El chico la miró, luego miró a Matthew y sonrió con descaro.

—No seas gilipollas —le espetó Robin.

—¡Robin! —dijo Matthew.

Y el adolescente se ruborizó.

—Por ahí —contestó el chico con voz ronca, y señaló.

Robin siguió adelante. Sabía que Matthew tenía la llave. Su padrino y él habían dormido en el hotel la noche anterior, aunque no en la suite nupcial.

Cuando Matthew abrió la puerta, Robin entró a grandes zancadas; vio los pétalos de rosa esparcidos por la cama, el champán enfriándose en la cubitera, el gran sobre dirigido al señor y la señora Cunliffe. También vio, con gran alivio, la bolsa de viaje que pensaba llevarse como equipaje de mano a su misteriosa luna de miel. La abrió, introdujo su brazo ileso y buscó la venda que se había quitado para la sesión de fotos. Cuando se la hubo puesto en el dolorido antebrazo, tapando la herida que aún no había cicatrizado, se quitó la alianza del dedo y la dejó con un golpetazo en la mesilla de noche, junto a la cubitera del champán.

—¿Qué haces? —preguntó Matthew, asustado y, a la vez, agresivo—. ¿Qué pasa? ¿Qué significa esto? ¿Es que quieres anular la boda?

Robin se quedó mirándolo. Esperaba sentir alivio cuando por fin se quedaran a solas y pudiera hablar libremente, pero la gravedad de lo que había hecho Matthew frustraba sus intentos de expresarlo. Veía el miedo a su silencio reflejado en sus ojos como dardos, en sus hombros contraídos. Quizá fuese consciente de ello o quizá no, pero se había colocado justo entre ella y la puerta.

—De acuerdo —dijo él, alzando la voz—, ya sé que debería...

—Sabías cuánto significaba para mí ese trabajo. Lo sabías.

—¡No quería que volvieras, ¿vale?! —gritó Matthew—. ¡Te atacaron, Robin! ¡Te apuñalaron!

—¡Fue culpa mía!

—¡Strike te despidió, joder!

—Porque hice algo que me había ordenado que no hiciera.

—¡Mierda, sabía que lo defenderías! —bramó Matthew, totalmente descontrolado—. ¡Sabía que si hablabas con él volverías corriendo como un puto perrito faldero!

—¡Tú no puedes tomar esas decisiones por mí! —le gritó ella—. ¡Nadie tiene derecho a interceptar mis putas llamadas ni a borrar mis mensajes, Matthew!

Ya no había ni control ni fingimiento. Sólo se oían el uno al otro por casualidad, durante las breves pausas que hacían para respirar; se lanzaban su resentimiento y su dolor cada uno desde

una punta de la habitación, como lanzas en llamas que se consumían y se reducían a cenizas justo antes de clavarse en su objetivo. Robin gesticulaba aparatosamente, y de pronto gritó de dolor porque su brazo empezaba a protestar, y Matthew, con rabia, dándose aires de superioridad moral, señaló la cicatriz que Robin llevaría el resto de su vida por lo temeraria y estúpida que había sido al empeñarse en trabajar para Strike. No lograron nada, no justificaron nada, no se pidieron disculpas por nada: las discusiones que habían salpicado los últimos doce meses habían sido la preparación para aquella batalla, las escaramuzas de frontera que presagian una guerra. Detrás de la ventana, la tarde iba disolviéndose con rapidez y dejaba paso a la noche. A Robin le dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto, la sensación de asfixia amenazaba con vencerla.

—No soportabas el horario que hacía. Te importaba un cuerno que, por primera vez en la vida, tuviera un trabajo que me gustaba; ¡por eso me mentiste! ¡Sabías lo que significaba para mí, y me mentiste! ¿Cómo pudiste borrar el historial de llamadas? ¿Cómo pudiste borrar los mensajes de voz?

Se dejó caer en una butaca mullida y con flecos y apoyó la cabeza en ambas manos, mareada por el efecto que la ira y la conmoción tenían sobre su estómago vacío.

Lejos, en el silencio enmoquetado de los pasillos del hotel, se cerró una puerta y se oyó reír a una mujer.

—Robin... —dijo Matthew con voz ronca.

Ella lo oyó acercarse, pero levantó una mano para apartarlo.

—No me toques.

—Robin, me equivoqué, ya lo sé. No quería que volvieran a hacerte daño.

Ella apenas lo oyó. No sólo estaba enfadada con Matthew, también lo estaba con Strike. ¿Por qué no había vuelto a llamarla? Debería haber seguido intentándolo las veces que hubiese hecho falta. «Si hubiese insistido, quizá yo no estaría aquí ahora.»

Ese pensamiento la asustó.

«Si hubiese sabido que Strike quería que volviese con él, ¿me habría casado con Matthew?»

Oyó el susurro de la chaqueta de su esposo y supuso que estaría mirando la hora. Tal vez los invitados que esperaban abajo pensarán que la pareja había desaparecido para consumir el matrimonio. Se imaginó a Geoffrey haciendo chistes verdes durante su ausencia. La banda debía de tener una hora programada. Volvió a acordarse de lo que todo aquello les estaba costando a sus padres. Volvió a acordarse de que ya habían perdido una vez el depósito de la boda porque habían decidido aplazarla.

—De acuerdo —dijo con voz monótona—. Vayamos abajo y bailemos.

Se levantó y se alisó mecánicamente la falda. Matthew parecía receloso.

—¿Estás segura?

—Tenemos que hacerlo. Hay gente que ha venido desde muy lejos. Mis padres han pagado un montón de dinero.

Volvió a levantarse el bajo de la falda y fue hacia la puerta de la suite.

—¡Robin!

Se dio la vuelta creyendo que él le diría «te quiero», que le sonreiría, que le suplicaría, que le propondría una reconciliación más sincera.

—Será mejor que te pongas esto —dijo Matthew, y con una expresión tan fría como la de Robin, le tendió la alianza que ella se había quitado.

Como tenía intención de quedarse allí hasta haber hablado otra vez con Robin, a Strike no se le había ocurrido nada mejor que seguir bebiendo. Se había zafado de la protección de Stephen y Jenny, pues opinaba que ellos también se merecían disfrutar de la compañía de sus amigos y familiares, y había vuelto a recurrir, como solía hacer, a su intimidante estatura y su gesto huraño para repeler la curiosidad de los desconocidos. Se quedó un rato al final de la barra, solo, ante una jarra de cerveza, y luego salió a la terraza, donde se mantuvo apartado de los otros fumadores y se dedicó a contemplar el atardecer vetado, aspirando el olor dulzón a césped bajo un cielo de color coral. Ni siquiera Martin y sus amigos, que también habían bebido lo suyo y fumaban en corro como adolescentes, se atrevieron a importunarlo.

Al cabo de un rato, volvieron a reunir hábilmente a los invitados y los hicieron entrar en masa en la sala de paredes de madera, que durante su ausencia habían transformado en una pista de baile. Habían retirado la mitad de las mesas y arrimado las otras a las paredes. Los músicos de la banda estaban preparados detrás de sus amplificadores, pero los novios seguían sin aparecer. Un hombre que a Strike le pareció que era el padre de Matthew, sudoroso, orondo y con la tez colorada, ya había soltado varios chistes sobre lo que debía de estar haciendo la pareja cuando, de pronto, una joven abordó al detective. Llevaba un vestido ceñido de color azul turquesa y un tocado con plumas que le hizo cosquillas en la nariz cuando se le acercó para estrecharle la mano.

—Eres Cormoran Strike, ¿verdad? —preguntó la joven—. ¡Qué gran honor! Soy Sarah Shadlock.

Strike sabía perfectamente quién era Sarah Shadlock. Se había acostado con Matthew en su época de universitarios, cuando él mantenía una relación a distancia con Robin. Una vez más, Strike se señaló el vendaje para excusarse por no darle la mano.

—¡Ay, pobrecillo!

Un individuo borracho y con una calva incipiente que seguramente era más joven de lo que parecía se asomó por detrás de Sarah.

—Tom Turvey —anunció, enfocando a Strike con dificultad—. Buen trabajo, tío, te felicito. Buen trabajo.

—Estábamos deseando conocerte —añadió Sarah—. Somos viejos amigos de Matt y Robin.

—El des... destripador de Shacklewell —balbuceó Tom, sin poder contener el hipo—. Muy buen trabajo, tío.

—Ay, pobrecillo —repitió Sarah, y le tocó el bíceps a Strike mientras, sonriente, le miraba los cardenales de la cara—. Esto no te lo habrá hecho él, ¿verdad?

—Todos quieren saberlo —dijo Tom sonriendo y con la mirada desenfocada—. Se mueren de curiosidad. El discurso tendrías que haberlo dado tú, en lugar de Henry.

Sarah soltó una carcajada.

—¡Supongo que no lo habrías hecho ni loco! Debes de haber venido aquí directamente después de atrapar... Bueno, no tengo ni idea; ¿has venido directamente?

—Lo siento —contestó serio Strike—, la policía me ha pedido que no hable de eso.

—Damas y caballeros —anunció el atribulado maestro de ceremonias, a quien la discreta entrada de Matthew y Robin en la sala había pillado desprevenido—, ¡el señor y la señora Cunliffe!

Los recién casados caminaron sin sonreír hasta el centro de la pista de baile, y todos excepto

el detective empezaron a aplaudir. El cantante del grupo le cogió el micrófono al maestro de ceremonias.

—Vamos a tocar una canción que significa mucho para Matthew y Robin —anunció.

Matthew deslizó la mano derecha alrededor de la cintura de Robin y entrelazó la izquierda con la derecha de ella.

El fotógrafo salió de la oscuridad y empezó a disparar otra vez con la cámara, un tanto contrariado al comprobar que en el brazo de la novia había aparecido de nuevo aquel antiestético vendaje elástico.

Sonaron los primeros acordes acústicos de *Wherever You Will Go*, de The Calling. Robin y Matthew empezaron a girar sin moverse del sitio y sin mirarse.

*So lately, been wondering,
Who will be there to take my place
When I'm gone, you'll need love
To light the shadows on your face...¹*

«Vaya canción de enamorados más rara», pensó Strike, pero vio que Matthew se acercaba más a Robin, le ceñía la estrecha cintura y se inclinaba un poco más para susurrarle algo al oído.

Una sacudida a la altura del plexo solar traspasó la niebla de agotamiento, alivio y alcohol que durante todo el día había protegido a Strike de lo que realmente significaba aquella boda para él. De pronto, al ver a los recién casados dar vueltas y vueltas en la pista de baile —Robin con su largo vestido blanco y su diadema de rosas, Matthew con su traje oscuro y su mejilla contra la mejilla de la novia—, Strike no tuvo más remedio que admitir que llevaba mucho tiempo deseando con todas sus fuerzas que Robin no se casara. Quería que fuese libre, libre para seguir siendo eso que eran los dos juntos. Libre para que, en caso de que las circunstancias cambiaran... existiese la posibilidad... Libre para que, algún día, pudiesen averiguar qué más podían ser el uno para el otro.

«A la mierda.»

Si Robin quería hablar con él, tendría que llamarlo. Strike dejó su jarra vacía en la repisa de una ventana, se dio la vuelta y se abrió paso entre los otros invitados, que se apartaron para dejarle espacio, acobardados por su expresión sombría.

De pronto, cuando los novios dieron un giro, la mirada errática de Robin detectó que Strike iba hacia la puerta, la abría y se marchaba.

—Suéltame.

—¿Qué?

Robin se separó de Matthew, se levantó una vez más la falda del vestido para tener libertad de movimiento y salió de la pista de baile casi a la carrera. Incluso estuvo a punto de chocar con su padre y la tía Sue, que bailaban, muy formales, cerca de ellos. Matthew se quedó plantado en medio de la sala, mientras Robin se abría camino entre los sorprendidos invitados y se dirigía hacia la puerta que acababa de cerrarse.

—¡Cormoran!

Strike ya había bajado medio tramo de escalera, pero se dio la vuelta al oír su nombre. Le

gustaba cómo llevaba el pelo Robin, con aquellas largas ondulaciones bajo la diadema de rosas de Yorkshire.

—Felicidades.

Robin bajó un par de peldaños más; tenía un nudo en la garganta, pero hizo un esfuerzo y dijo:

—¿De verdad quieres que vuelva?

Él compuso una sonrisa forzada.

—Vengo de pasarme cuatro malditas horas con Shanker en un coche que, si mis sospechas son ciertas, es robado. Claro que quiero que vuelvas.

Ella rió, pero le brotaron las lágrimas.

—¿Has venido con Shanker? ¿Y por qué no ha entrado contigo?

—¿Shanker? ¿En un sitio como éste? Habría metido la mano en todos los bolsillos y luego habría vaciado la caja registradora de la recepción.

Robin volvió a reír, pero ahora las lágrimas se le desbordaron de los ojos y le resbalaron por las mejillas.

—¿Dónde vas a dormir?

—En el coche, mientras Shanker me lleva a casa. Me va a cobrar una fortuna por esto..., pero no importa —se apresuró a añadir al ver que ella iba a decir algo—. Si vuelves, habrá valido la pena. Habrá valido muchísimo la pena.

—Esta vez quiero que me hagas un contrato —dijo Robin, en un tono severo que se contradecía con la expresión de sus ojos—. Un contrato como Dios manda.

—Hecho.

—Entonces, vale. Bueno, nos vemos...

¿Cuándo lo vería? Se suponía que iba a estar dos semanas de luna de miel.

—Ya me avisarás —dijo Strike.

Se dio la vuelta y siguió bajando la escalera.

—¡Cormoran!

—¿Sí?

Robin también bajó un poco más, hasta quedar un peldaño por encima de él. Ahora sus ojos estaban al mismo nivel.

—Quiero que me cuentes cómo lo capturaste. Quiero saberlo todo.

Él sonrió.

—Tranquila, eso puede esperar. Pero quiero que sepas que sin ti no lo habría conseguido.

Ninguno de los dos habría podido decir quién había hecho el primer gesto o si habían reaccionado a la vez. Cuando quisieron darse cuenta, estaban fuertemente abrazados, Robin con la barbilla apoyada en el hombro de Strike, y él con la cara hundida en su pelo. El detective olía a sudor, cerveza y antiséptico; ella, a rosas y a aquel discreto perfume que él había añorado desde que Robin había dejado de ir por la agencia. A él, tenerla en sus brazos le resultó a la vez novedoso y familiar, como si ya la hubiese abrazado tiempo atrás, como si, sin saberlo, llevase años añorando aquel gesto. Al otro lado de la puerta cerrada, los músicos seguían tocando:

I'll go wherever you will go

If I could make you mine...²

Se separaron tan de repente como se habían abrazado. Robin seguía derramando lágrimas. Durante un instante de locura, Strike sintió el impulso de decir: «Ven conmigo», pero hay palabras que, una vez dichas, no pueden retirarse ni olvidarse, y él sabía que era el caso de esas dos.

—Ya me avisarás —repitió.

Intentó sonreír, pero le dolía la cara. Agitó la mano vendada y siguió bajando la escalera sin mirar atrás.

Robin lo vio marchar mientras se enjugaba las lágrimas a toda prisa. Si él le hubiera dicho «Ven conmigo», ella se habría marchado con él, pero... y luego ¿qué? Tragó saliva y se limpió la nariz con el dorso de la mano, se dio la vuelta, se recogió de nuevo el bajo del vestido y subió para reunirse otra vez con su marido.

UN AÑO MÁS TARDE

1

Según he oído, quiere ampliar su periódico. Sé de fuente segura que está buscando un colaborador hábil.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El deseo universal de fama es tan poderoso que quienes la logran, ya sea de un modo accidental o involuntario, pueden esperar en vano a que se apiaden de ellos.

Durante semanas, tras la detención del destripador de Shacklewell, Strike temió que su mayor triunfo como detective le hubiera asestado un golpe fatal a su carrera. Los efectos de la publicidad que su agencia había atraído hasta ese momento parecían las dos últimas inmersiones del hombre que se ahoga antes del descenso definitivo a las profundidades. El negocio por el que tanto se había sacrificado, y por el que tan duro había trabajado, dependía en gran medida de que no lo reconocieran por las calles de Londres, pero con la captura de un asesino en serie su imagen había quedado grabada en la memoria de la gente: un tipo raro y sensacional, un comentario chistoso en los concursos de televisión, un objeto de curiosidad aún más fascinante porque se negaba a satisfacerla.

Tras exprimírle hasta la última gota de interés al ingenio que Strike había demostrado a la hora de capturar al destripador, los periódicos habían decidido desenterrar la historia familiar del detective. La calificaban de «singular», aunque para él era una lacra, un lastre que había llevado consigo toda la vida y que prefería no sondear: el padre estrella de rock, la madre, una *groupie* fallecida, la carrera militar que había terminado con la amputación de media pierna derecha... Unos sonrientes periodistas provistos de talonarios se habían abatido sobre la única persona con la que Strike había compartido la infancia, su hermanastra Lucy. Algunos compañeros del Ejército habían hecho comentarios espontáneos que, una vez despojados de lo que Strike consideraba un humor burdo, sólo denotaban envidia y menosprecio. El padre, a quien Strike únicamente había visto dos veces y cuyo apellido no utilizaba, hizo una declaración a través de un publicista en la que se refería a una inexistente relación amistosa que se desarrollaba lejos de las miradas de los curiosos. Las réplicas del terremoto que había desencadenado la captura del destripador habían hecho temblar la vida de Strike durante un año, y el detective aún no estaba seguro de que hubieran cesado del todo.

Por supuesto, convertirse en el detective privado más famoso de Londres tenía su lado bueno. Después del juicio, Strike había tenido una avalancha de nuevos clientes, y a Robin y a él les había resultado imposible encargarse de todos los trabajos. Dado que lo más recomendable era que Strike mantuviera temporalmente un perfil bajo, durante unos meses había pasado la mayor

parte del tiempo en el despacho, mientras unos cuantos colaboradores subcontratados —la mayoría ex policías y ex militares, muchos de ellos procedentes del mundo de la seguridad privada— asumían el grueso del trabajo. Él se ocupaba del papeleo y de las tareas nocturnas. Tras un año trabajando en todos los casos que la agencia, una vez ampliada, había podido aceptar, Strike consiguió darle a Robin el aumento de sueldo que le debía, liquidar sus últimas deudas y comprarse un BMW serie 3 de trece años.

Lucy y sus amigos daban por hecho que la presencia del coche y de los nuevos empleados significaba que Strike había alcanzado por fin un estado de próspera seguridad. Lo cierto era que, después de pagar las nóminas y el desorbitado coste de aparcar el coche en un garaje del centro de Londres, prácticamente no le quedaba nada para él, de modo que seguía viviendo en las dos habitaciones de encima de la oficina y cocinando en un hornillo.

Las exigencias burocráticas que suponía contratar a trabajadores autónomos y el carácter discontinuo de la disponibilidad de esos hombres y mujeres eran un verdadero quebradero de cabeza. Strike sólo había encontrado a una persona a la que mantenía con carácter semipermanente: Andy Hutchins, un ex policía delgado y un tanto taciturno —diez años mayor que su nuevo jefe— que le había recomendado su amigo de la Policía Metropolitana, el inspector Eric Wardle. Hutchins se había acogido a la jubilación anticipada al sufrir una inesperada parálisis parcial de la pierna izquierda, a lo que siguió un diagnóstico de esclerosis múltiple. Al solicitar el empleo como colaborador externo, Hutchins le había advertido a Strike que quizá no siempre estaría en forma; le explicó que la suya era una enfermedad imprevisible, pero que hacía tres años que no tenía ninguna recaída. Llevaba un régimen especial bajo en grasas que Strike consideró sumamente punitivo: sin carne roja, queso, chocolate o rebozados. Metódico y paciente, Andy no requería supervisión constante para hacer su trabajo, algo que Strike no podía afirmar de sus otros empleados, excepto de Robin. Todavía le parecía increíble que Robin hubiese llegado a su vida como secretaria temporal y se hubiera convertido en su socia y excepcional colega.

Si seguían siendo amigos o no era otra cuestión.

Dos días después de la boda de Robin y Matthew, cuando la prensa ya lo había obligado a marcharse de su piso y todavía era imposible poner la televisión sin oír su nombre, Strike se había refugiado, a pesar de las invitaciones de sus amigos y de su hermana, en la habitación de un Travelodge cerca de la estación Monument. Allí había conseguido la tan ansiada intimidad; allí había podido dormir sin que nadie lo molestara, y allí se había bebido nueve latas de cerveza, sintiendo que sus ganas de hablar con Robin aumentaban con cada lata vacía que lanzaba a la papelera, con puntería decreciente, desde el otro extremo de la habitación.

No habían vuelto a hablar desde el abrazo que se habían dado en la escalera, un momento al que los pensamientos de Strike habían vuelto repetidamente en los días posteriores. Estaba convencido de que Robin estaba pasándolo muy mal, escondida en Masham mientras decidía si pedía el divorcio o la anulación matrimonial, organizando la venta de su piso mientras gestionaba la reacción de la prensa y la de su familia. Strike no sabía qué iba a decirle cuando hablara con ella. Sólo sabía que quería oír su voz. Fue entonces, mientras hurgaba, bastante borracho, en su mochila, cuando descubrió que, con las prisas por marcharse del ático, y aturdido por la falta de sueño, no había cogido el cargador del móvil, que ya estaba sin batería. No se dejó intimidar: marcó el número de información y, después de que le pidieran varias veces que hablara con más claridad, consiguió llamar a casa de los padres de Robin.

Contestó su padre.

—Hola, ¿puedo hablar con Robin, por favor?

—¿Con Robin? Lo siento, pero está de luna de miel.

Strike, un tanto confuso, tardó unos instantes en comprender lo que acababa de oír.

—¿Hola? —dijo Michael Ellacott, y luego, con enojo, añadió—: Supongo que es otro periodista. Mi hija está fuera del país y le agradecería que no volviera a llamar a mi casa.

Strike colgó el teléfono y siguió bebiendo hasta que se quedó dormido. Su enfado y su disgusto persistían desde hacía días, y ser consciente de que muchos dirían que no tenía derecho a meterse en la vida privada de su empleada no iba a mitigarlos. Robin no era la mujer que él creía que era si había sido capaz de subirse sumisamente a un avión con el hombre a quien el detective, en privado, llamaba «ese gilipollas». Aun así, algo muy parecido a la depresión pesaba sobre él mientras esperaba, sentado en el Travelodge con su nuevo cargador y unas cuantas cervezas más, a que su nombre desapareciera de las noticias.

Plenamente consciente de que lo que buscaba era dejar de pensar en Robin, Strike puso fin a su aislamiento autoimpuesto aceptando una invitación que, en circunstancias normales, habría rechazado: una cena con el inspector Eric Wardle, su esposa, April, y la amiga de ambos, Coco. El detective tenía muy claro que se estaba metiendo en una encerrona, porque sabía que aquella chica ya había intentado en alguna ocasión averiguar a través de Wardle si Strike estaba soltero.

Coco era una chica menuda, ágil y muy guapa, con el pelo teñido de rojo, tatuadora de profesión y bailarina de stripteas a tiempo parcial. Strike debería haber estado más atento a las señales de peligro. Coco estaba muy risueña, por no decir un poco histérica, incluso antes de empezar a beber. Y el detective se la había llevado a su habitación del Travelodge con el mismo espíritu con el que se había bebido las nueve latas de Tennent's.

En las semanas posteriores, Strike le había dado largas. Se sentía mal por habérsela sacado de encima, pero una de las ventajas de estar huyendo de la prensa era que los rollos de una sola noche lo tenían difícil para localizarte.

Ya había transcurrido un año, y Strike aún no tenía ni idea de por qué Robin había decidido seguir con Matthew. Suponía que sus sentimientos por su marido eran tan profundos que le impedían ver cómo era en realidad. Él también tenía una nueva relación. Ya llevaba diez meses con esa nueva mujer, y era la relación más larga que había tenido después de cortar con Charlotte, la única con la que alguna vez se había planteado la posibilidad de casarse.

El distanciamiento emocional entre los dos socios de la agencia de detectives se había convertido en algo rutinario, así de sencillo. Strike no podía criticar el trabajo de Robin. Ella hacía cuanto le pedían con rapidez y concienzudamente, y además tenía iniciativa e ingenio. Sin embargo, el detective se había fijado en que su compañera estaba más demacrada que nunca. También la veía algo más nerviosa de lo habitual y, en un par de ocasiones, mientras repartía el trabajo entre su socia y sus colaboradores, la había pillado ausente, algo nada habitual en ella, y eso lo tenía un poco preocupado. Strike conocía bien las señales del trastorno por estrés postraumático, y ella ya había sobrevivido a dos ataques casi fatales. Justo después de perder media pierna en Afganistán, él también había experimentado episodios de disociación. De repente, en el momento menos pensado, se veía alejado del presente y transportado a aquellos escasos segundos de mal presagio y terror inmediatamente anteriores a la explosión que se llevó por delante el Viking en el que iba sentado, arruinando su cuerpo y su carrera militar. Le habían

quedado, como secuelas, una profunda aversión a que lo llevaran en coche y las pesadillas de sangre y agonía de las que todavía despertaba en plena noche bañado en sudor.

Sin embargo, cuando intentó hablar con Robin de su salud mental en tono sereno y responsable, como le correspondía en su calidad de empleador, ella lo cortó con una rotundidad y un resentimiento que sólo podían justificarse, pensó él, por su anterior despido. Desde entonces, Strike se había fijado en que Robin se ofrecía voluntaria para los encargos más delicados, muchas veces nocturnos, y él tenía que hacer verdaderos malabarismos para organizar el trabajo de forma que no pareciese que intentaba asignarle —como de hecho hacía— las tareas menos peligrosas y más rutinarias.

Eran educados, simpáticos y formales el uno con el otro, y sólo hablaban de su vida privada a grandes rasgos y únicamente si era necesario. Robin y Matthew acababan de mudarse, y el detective insistió en que ella se tomara toda una semana libre. Robin se resistió, pero Strike acabó imponiéndose. Le recordó que apenas se había cogido días libres en lo que llevaban de año, y lo dijo en un tono que no admitía discusión.

Aquel lunes, el último e insatisfactorio colaborador de Strike, un arrogante ex policía militar con el que nunca había coincidido en el Ejército, había chocado con su motocicleta con la parte de atrás de un taxi al que se suponía que estaba siguiendo. Strike disfrutó despidiéndolo. Por fin tenía a alguien sobre quien descargar su rabia, porque su arrendador también había escogido aquella semana para comunicarle que, igual que el resto de los propietarios de oficinas de Denmark Street, había vendido el edificio a una promotora inmobiliaria.

La amenaza de perder a la vez su despacho y su hogar se cernía ahora sobre el detective.

Para ponerle la guinda a una serie de días particularmente desastrosos, la empleada temporal a la que había contratado para que se ocupara del trabajo de oficina más elemental y contestara al teléfono durante la ausencia de Robin resultó ser la mujer más insoportable que el detective había conocido. Denise hablaba sin parar con una voz aguda y nasal que se oía aunque él cerrara la puerta de su despacho. Strike incluso había recurrido a escuchar música con auriculares, pero lo único que consiguió fue que Denise aporreara la puerta y gritara más aún para hacerse oír.

—¿Qué pasa?

—Acabo de encontrar esto —dijo Denise, blandiendo una nota escrita a mano—. Dice «clínica»... y luego hay una palabra que empieza con «V»... La cita es para dentro de media hora. ¿Debería habérselo recordado?

Strike reconoció la caligrafía de Robin. La segunda palabra, efectivamente, era ilegible.

—No —le contestó—. Puede tirarla.

Strike confió en que, sin decirle nada a nadie, Robin estuviera buscando ayuda profesional para solucionar los problemas psicológicos que pudiera estar sufriendo. Volvió a ponerse los auriculares y siguió leyendo el informe, pero le costaba concentrarse, de modo que decidió marcharse antes de lo previsto a la entrevista que había concertado con un posible empleado nuevo. Había quedado con él en su pub favorito, principalmente para librarse de Denise. Strike había tenido que evitar el Tottenham durante meses después de capturar al destripador de Shacklewell, porque, al correrse la voz de que era un cliente habitual, siempre había periodistas esperándolo. Incluso ese día echó un vistazo antes de entrar, desconfiado, para asegurarse de que no había peligro y podía entrar en el pub, pedir su pinta de Doom Bar y retirarse a una mesa del fondo.

El detective había adelgazado en el último año, en parte porque se había esforzado en dejar las patatas fritas, un alimento básico de su dieta, y en parte por la cantidad de trabajo que tenía. La pérdida de peso había aliviado la presión en su pierna amputada, de modo que tanto el esfuerzo como el alivio que le suponía sentarse eran menos apreciables. Strike tomó un sorbo de cerveza, estiró la pierna por la fuerza de la costumbre y disfrutó de la relativa facilidad del movimiento. Sólo entonces abrió la carpeta que se había llevado del despacho.

Las notas que contenía las había hecho el idiota que había chocado con el taxi, y eran una verdadera chapuza. Strike no podía permitirse perder a aquel cliente, pero Hutchins y él tenían problemas para cubrir todo el trabajo, así que necesitaba con urgencia a un nuevo empleado. Aun así, no estaba convencido de que la entrevista que estaba a punto de hacer fuese una buena idea. No le había consultado nada a Robin antes de tomar la arriesgada decisión de buscar a un hombre a quien hacía cinco años que no veía, y cuando se abrió la puerta del Tottenham y por ella entró Sam Barclay, con una puntualidad impecable, Strike se preguntó si estaría a punto de cometer un estrepitoso error.

Habría reconocido a aquel ex recluta de Glasgow dondequiera que lo hubiese visto, con la camiseta bajo el jersey de cuello de pico, el pelo rapado, los vaqueros ceñidos y las zapatillas de deporte blancas. Cuando Strike se levantó y le tendió la mano, Barclay, que parecía haberlo reconocido a él con la misma facilidad, sonrió y dijo:

—Ya estás bebiendo, ¿eh?

—¿Te pido una?—le preguntó Strike.

Mientras esperaba a que le sirvieran la cerveza para Barclay, el detective observó al ex fusilero en el espejo de detrás de la barra. Sólo tenía algo más de treinta años, pero ya le asomaban algunas canas. Por lo demás, estaba tal como Strike lo recordaba: cejas pobladas, mandíbula poderosa, ojos azules, grandes y muy redondos; su expresión, afable, parecía la de un búho. Strike ya había sentido simpatía por Barclay cuando lo investigaba para llevarlo ante un consejo de guerra.

—¿Todavía fumas? —le preguntó después de llevarle la cerveza a la mesa y sentarse.

—Ahora vapeo —contestó Barclay—. Hemos tenido un bebé.

—Enhorabuena —dijo Strike—. ¿Y qué, ahora llevas una vida sana?

—Sí, más o menos.

—¿Traficas?

—Yo no traficaba —replicó Barclay acaloradamente—, lo sabes muy bien, joder. Lo mío es sólo consumo recreativo, tío.

—¿Y dónde compras?

—*Online* —contestó Barclay, antes de dar un sorbo a la cerveza—. Es muy fácil. La primera vez que lo hice, pensé: «Joder, esto es imposible.» Pero luego me dije: «Bueno, mira, por probar no pasa nada.» Te lo envían camuflado entre paquetes de cigarrillos. Hay un surtido muy amplio del que elegir. Internet es un gran invento.

Soltó una carcajada y añadió:

—Cuéntame de qué va esto. Me sorprendió mucho tener noticias tuyas después de tanto tiempo.

Strike titubeó.

—Estaba pensando en ofrecerte un empleo.

Hubo un silencio. Barclay se lo quedó mirando; entonces echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Mierda —dijo—. ¿Por qué no has empezado por ahí?

—¿Tú qué crees?

—No vapeo todas las noches —se apresuró a aclarar Barclay—. En serio. A mi mujer no le gusta.

Strike seguía con la mano cerrada sobre la carpeta, con gesto pensativo.

Cuando conoció a Barclay, estaba investigando un caso de tráfico de drogas en Alemania. En el Ejército británico se compraban y vendían drogas como en cualquier otro sector de la sociedad, pero le habían pedido a la DIE —la División de Investigaciones Especiales— que investigara lo que parecía una operación mucho más profesional que la mayoría. Habían denunciado a Barclay como responsable principal, y el descubrimiento de un kilo de hachís marroquí de excelente calidad entre sus efectos personales había justificado sobradamente un interrogatorio.

Barclay insistía en que le habían tendido una trampa para incriminarlo, y Strike, que estaba presente en el interrogatorio, se mostraba inclinado a creérselo, sobre todo porque el fusilero parecía demasiado inteligente como para no haber encontrado un sitio mejor donde esconder aquel hachís, que había sido hallado en el fondo de su petate militar. Por otra parte, había numerosas pruebas de que Barclay consumía con regularidad, y más de un testigo había afirmado que empezaba a comportarse de un modo imprevisible. Strike sospechaba que habían escogido a Barclay como cabeza de turco, y decidió llevar a cabo sus propias indagaciones en paralelo.

Éstas arrojaron información muy interesante relacionada con materiales de construcción y artículos de mecánica que se estaban encargando a un ritmo completamente inverosímil. Si bien no era la primera vez que Strike desenmascaraba ese tipo de casos de corrupción, resultó que los dos oficiales responsables de aquellos artículos fácilmente revendibles y que desaparecían de forma misteriosa eran los mismos que se mostraban ansiosos por celebrar el consejo de guerra de Barclay.

Durante una conversación a solas con Strike, el fusilero se quedó perplejo cuando vio que, de pronto, el sargento de la DIE no mostraba interés por el hachís, sino por las anomalías relacionadas con los contratos de construcción. Receloso al principio, y convencido de que no le creerían dada la situación en la que se encontraba, Barclay acabó admitiendo ante Strike que él no sólo se había dado cuenta de lo que otros no habían visto, o no habían querido ver, sino que además había empezado a calcular y documentar con exactitud cuánto estaban robando sus superiores. Por desgracia para él, los oficiales en cuestión se habían enterado de que le interesaban demasiado sus actividades, y poco después había aparecido un kilo de hachís entre sus artículos personales.

Cuando Barclay le enseñó el registro que estaba llevando (había escondido la libreta con mucha más astucia que el hachís), Strike quedó impresionado por la meticulosidad y la iniciativa demostradas por aquel hombre, dado que nunca había recibido formación en técnicas de investigación. Al preguntarle por qué se había metido en un asunto tan delicado sin tener nada que ganar y sabiendo que todo aquello podía acarrearle serios problemas, Barclay encogió sus anchos hombros y dijo: «Eso no se hace, ¿no? Esto es el Ejército, y le están robando. Se están llevando el dinero de los contribuyentes.»

Strike le dedicó al caso muchas más horas de las que sus colegas consideraban necesarias, pero finalmente, tras aportar sus propias investigaciones para añadirle peso, el dossier que Barclay

había recopilado sobre las actividades de sus superiores condujo a la condena de los oficiales. La DIE asumió la responsabilidad del caso, por supuesto, pero fue Strike quien se aseguró de que las acusaciones contra Barclay fuesen discretamente apartadas.

El ruido del pub iba aumentando a su alrededor.

—Cuando dices «un empleo», ¿te refieres a la investigación privada? —se preguntó Barclay en voz alta.

Strike vio que la idea lo atraía.

—Sí —confirmó—. ¿A qué te has dedicado desde la última vez que te vi?

La respuesta fue deprimente, pero no lo sorprendió. A Barclay le había costado encontrar o mantener un empleo fijo los dos primeros años después de dejar el Ejército, y había estado haciendo trabajos de pintura y decoración para la empresa de su cuñado.

—El sueldo principal de la familia es el de mi mujer —explicó—. Ella sí tiene un buen empleo.

—Vale —dijo Strike—; creo que, para empezar, puedo ofrecerte un par de días por semana. Me puedes facturar como autónomo. Así, si no funciona, cualquiera de los dos puede cancelar el acuerdo en cualquier momento. ¿Te parece justo?

—Sí, me parece justo. Bueno, ¿y cuánto pagas?

Hablaron de dinero durante cinco minutos. Strike le explicó que sus otros empleados se habían establecido como colaboradores externos, y que podían presentarle los recibos y otros gastos profesionales para que se los reembolsara. Por último, abrió la carpeta y le dio la vuelta para enseñarle el contenido a Barclay.

—Necesito que sigas a este tipo —dijo, y señaló la fotografía de un joven mofletudo con una mata de pelo rizado—. Quiero fotografías de todo lo que haga y de todas las personas a las que vea.

—Vale, muy bien.

Barclay sacó su móvil y fotografió la foto del objetivo y su dirección.

—Hoy lo está vigilando mi otro empleado —añadió Strike—, pero necesito que mañana por la mañana estés delante de su edificio desde las seis.

Se alegró al ver que Barclay no ponía objeciones a tener que empezar tan temprano.

—Oye, ¿y qué le ha pasado a la chica? —preguntó su nuevo colaborador mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo—. La que salía en los periódicos contigo.

—¿Robin? Está de vacaciones. Vuelve la semana que viene.

Se dieron la mano y se despidieron. Strike disfrutó de un breve momento de optimismo antes de recordar que ahora se vería obligado a regresar al despacho, lo que significaba volver a estar cerca de Denise, de su verborrea, de su costumbre de hablar con la boca llena y de su incapacidad para recordar que Strike odiaba el té con leche.

De camino a la agencia, tuvo que zigzaguear y sortear las interminables obras de Tottenham Court Road. Esperó a dejar atrás el tramo más ruidoso y llamó por teléfono a Robin para decirle que había contratado a Barclay, pero le saltó el contestador. Entonces se acordó de que, a esa hora, tal vez estaría en la misteriosa clínica de la nota, así que cortó la comunicación sin dejar ningún mensaje.

Siguió caminando y, de pronto, se le ocurrió una cosa. Había dado por hecho que aquella clínica tenía algo que ver con la salud mental de Robin, pero ¿y si...?

Le sonó el teléfono, que todavía llevaba en la mano: era el número de la agencia.

—¿Sí?

—¿Señor Strike? —dijo Denise, aterrorizada, con aquella voz estridente—. ¡Señor Strike, ¿puede venir enseguida, por favor?! Hay aquí un caballero... que quiere hablar con usted urgentemente...

Strike oyó de fondo un fuerte golpe y a un hombre que vociferaba.

—¡Vuelva cuanto antes, por favor! —gritó Denise.

—¡Estoy en camino! —le contestó Strike, y echó a correr como buenamente pudo.

2

Su aspecto no es como para dejarle pasar al salón.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Jadeando y con la rodilla derecha dolorida, Strike se agarró al pasamanos para ayudarse a subir los últimos escalones de la escalera metálica que conducía a su oficina. Dos voces exaltadas atravesaban la puerta de cristal: una era masculina y la otra, aguda, asustada y femenina. Cuando el detective irrumpió en la recepción, Denise, que estaba apoyada en la pared, exclamó: «¡Gracias a Dios!»

Strike calculó que el hombre que estaba en el centro de la estancia tendría veintitantos años. Unos mechones de pelo oscuro y desgreñado enmarcaban su cara delgada y sucia, dominada por unos ojos hundidos y furiosos. Llevaba una camiseta, unos vaqueros manchados y una sudadera con capucha rota y mugrienta, y la suela de una de sus zapatillas estaba despegada. Al detective lo golpeó un fuerte olor a animal sucio.

No cabía duda de que aquel desconocido estaba trastornado. Tenía un tic que parecía incapaz de controlar y, aproximadamente cada diez segundos, se tocaba la punta de la nariz, que ya tenía enrojecida por el roce constante, para luego darse un golpe seco en el delgado esternón y dejar caer la mano al lado del cuerpo. Casi de inmediato, la mano volvía a subir a la punta de la nariz. Era como si hubiera olvidado cómo santiguarse, o como si hubiese simplificado el movimiento para hacerlo más rápido. Nariz, pecho, mano a un lado; nariz, pecho, mano a un lado... Observar aquel movimiento mecánico resultaba angustiante, y más aún por el hecho de que él no parecía consciente de estar haciéndolo. Era una de aquellas personas enfermas y desesperadas a las que se veía deambular por la capital y que siempre eran el problema de otros, como el pasajero del metro con quien todo el mundo evitaba establecer contacto visual o la mujer que vociferaba en la esquina de una calle y a la que todos evitaban cruzando a la otra acera, fragmentos de humanidad destrozada, demasiado frecuentes para turbar la imaginación durante mucho tiempo.

—¿Es usted? —preguntó el joven de los ojos furiosos, antes de volver a tocarse la nariz y el pecho—. ¿Es Strike? ¿Es el detective?

De pronto, con la mano que no viajaba constantemente de la nariz al pecho, se tiró de la bragueta. Denise dejó escapar un gemido, como si temiera que el joven fuese a enseñar los genitales, lo que, francamente, parecía del todo posible.

—Sí, soy Strike —confirmó el detective, desplazándose para colocarse entre el desconocido y su empleada temporal—. ¿Está bien, Denise?

—Sí —contestó ella en voz baja, sin despegarse de la pared.

—He visto cómo mataban a una cría —soltó el desconocido—. Cómo la estrangulaban.

—De acuerdo —dijo Strike sin inmutarse—. ¿Por qué no entramos ahí?

Con un ademán, lo invitó a dirigirse a su despacho.

—¡Tengo que mear! —exclamó el joven, bajándose ya la cremallera.

—Pues ven por aquí.

Strike le mostró la puerta del lavabo, que estaba al lado de la de su despacho. Cuando el joven entró y cerró dando un portazo, Strike volvió sin hacer ruido al lado de Denise.

—¿Qué ha pasado?

—¡Quería verlo, y cuando le he dicho que no estaba, se ha enfadado y ha empezado a pegar puñetazos a las cosas!

—Llame a la policía —ordenó Strike en voz baja—. Dígales que tenemos aquí a un hombre muy enfermo. Seguramente psicótico. Pero espere a que estemos en mi despacho.

La puerta del lavabo se abrió de golpe. El desconocido se había olvidado de abrocharse la bragueta, y, por lo visto, no llevaba calzoncillos. Denise volvió a gimotear mientras él se tocaba frenéticamente la nariz y el pecho, la nariz y el pecho, ajeno a la mata de vello púbico que estaba enseñando.

—Por aquí —dijo Strike con amabilidad.

El joven entró por la puerta arrastrando los pies; el hedor que desprendía parecía el doble de fuerte ahora tras aquel breve respiro.

Cuando lo invitó a sentarse, el desconocido lo hizo en el borde de la silla de los clientes.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Strike, acomodándose al otro lado de la mesa.

—Billy —contestó el joven, y su mano voló tres veces a la nariz y al pecho en rápida sucesión. La tercera vez que dejó caer la mano, se la sujetó con la otra y se la apretó con fuerza.

—¿Y dices que has visto cómo estrangulaban a un crío, Billy? —preguntó Strike mientras, en la habitación de al lado, Denise farfullaba:

—¡Con la policía, rápido!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Billy, y pareció que sus ojos se agrandaban cuando, nervioso, miró hacia la recepción, sujetándose una mano con la otra en un intento de controlar su tic.

—Nada —dijo el detective con naturalidad—. Tengo varios casos abiertos. Cuéntame lo de ese niño.

Strike cogió un bloc y un bolígrafo; todos sus movimientos eran lentos y prudentes, como si Billy fuese un pajarillo silvestre que pudiera asustarse.

—Él la estranguló. Arriba, donde el caballo.

Denise, al otro lado del endeble tabique, hablaba atropelladamente y en voz alta por teléfono.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Strike sin dejar de escribir.

—Hace mucho. Yo sólo era un crío. Era una niña pequeña, pero después dijeron que era un niño. Jimmy también estaba, él dice que no vi nada, pero sí lo vi. Vi cómo lo hacía. La estranguló. Yo lo vi.

—Y dices que fue donde el caballo, ¿no es así?

—Sí, arriba, donde el caballo. Pero no la enterraron allí. A él. La enterraron en la hondonada, al lado de la casa de mi padre. Yo los vi hacerlo, puedo enseñarle el sitio. A mí ella no me dejaría excavar, pero a usted sí.

—¿Y quién lo hizo? ¿Jimmy?

—¡No, Jimmy nunca ha estrangulado a nadie! —saltó Billy enojado—. Él sólo lo vio, igual que yo. Dice que no pasó nada, pero miente, él estaba allí. Lo que pasa es que tiene miedo.

—Entiendo —mintió Strike, que seguía tomando notas—. Bueno, si quieres que lo investigue, voy a necesitar tu dirección.

Esperaba encontrar resistencia, pero Billy se apresuró a coger el bloc y el bolígrafo. Una ráfaga de olor corporal alcanzó a Strike. El tipo empezó a escribir, pero de pronto dio la impresión de que se lo pensaba mejor.

—Pero no iré a casa de Jimmy, ¿verdad? Me zurraría. No puede ir a casa de Jimmy.

—No, no. —Strike lo tranquilizó—. Sólo necesito tu dirección para tenerla en mis archivos.

A través de la puerta se oía la voz estridente de Denise.

—¡No puedo esperar tanto! ¡Necesito que venga alguien inmediatamente, está muy alterado!

—¿Qué dice? —preguntó Billy.

Para disgusto de Strike, Billy arrancó la hoja del bloc, la arrugó y empezó a tocarse la nariz y el pecho otra vez con el trozo de papel dentro del puño.

—No te preocupes por Denise —dijo Strike—, está ocupándose de otro cliente. ¿Te apetece tomar algo, Billy?

—¿Tomar qué?

—¿Té? ¿Café?

—¿Por qué? —preguntó el joven. Por lo visto, el ofrecimiento le había hecho recelar—. ¿Por qué quiere que beba algo?

—Sólo si te apetece. Si no te apetece, no pasa nada.

—¡No necesito ningún medicamento!

—Yo no voy a darte ningún medicamento —dijo Strike.

—¡No estoy loco! Él estranguló a esa cría y la enterró en la hondonada que hay al lado de la casa de nuestro padre. Estaba envuelta en una manta. Una manta rosa. No fue culpa mía. Yo era muy pequeño. No quería estar allí. Sólo era un niño.

—¿Cuántos años hace de eso? ¿Te acuerdas?

—Hace mucho, muchísimo. Pero no consigo quitármelo de la cabeza —contestó Billy.

Sus ojos parecían arder en aquel rostro descarnado, mientras el puño en el que mantenía el trozo de papel subía y bajaba y, una y otra vez, tocaba la nariz y el pecho.

—La enterraron envuelta en una manta rosa, en la hondonada, cerca de la casa de mi padre. Pero después dijeron que era un niño.

—¿Dónde vive tu padre, Billy?

—Ella no me dejaría volver. Pero usted sí podría ir a excavar. Usted podría ir. La estrangularon —repitió Billy, mirando fijamente a Strike con aquellos ojos angustiados—. Aunque Jimmy dijo que era un niño. La estrangularon allí arriba, donde el...

Llamaron a la puerta. Antes de que Strike pudiera decirle que no entrara, Denise ya había asomado la cabeza. Desde que el detective había llegado se había envalentonado mucho, incluso se daba aires de importancia.

—Ya vienen —anunció, y compuso una mueca exagerada con la que habría podido asustar a cualquiera que estuviera mucho menos nervioso que Billy—. Están en camino.

—¿Quién está en camino? —preguntó Billy, dando un respingo—. ¿Quién viene?

Denise salió rápidamente de la habitación y cerró la puerta. Entonces se oyó un ruido sordo, un golpe contra la madera, y Strike comprendió que se había apoyado en la puerta con la intención de retener a Billy.

—Se refiere a un envío que estoy esperando —respondió Strike, tratando de aparentar serenidad, y se levantó—. Cuéntame más...

—¿Qué ha hecho?! —gritó Billy, y empezó a retroceder hacia la puerta mientras se tocaba repetidamente la nariz y el pecho—. ¿Quién está viniendo?

—Nadie está viniendo —mintió el detective.

Pero Billy ya estaba intentando abrir la puerta y, al encontrar resistencia, se lanzó con fuerza contra ella. Se oyó un grito al otro lado, y Denise se apartó. Antes de que Strike pudiera rodear la mesa, Billy ya corría hacia el rellano. Lo oyeron bajar por la escalera metálica saltando los escalones de tres en tres. El detective, furioso, consciente de que no tenía ninguna posibilidad de atrapar a un hombre más joven y que, a todas luces, estaba más en forma que él, se dio la vuelta y se apresuró a entrar de nuevo en su despacho. Abrió la ventana de guillotina y se asomó justo a tiempo para ver al joven doblar la esquina de la calle y desaparecer.

—¡Mierda!

Un individuo que en ese momento entraba en la tienda de guitarras de la acera de enfrente se dio la vuelta, sorprendido, y buscó el origen de aquella exclamación.

Strike se apartó de la ventana, se dio la vuelta y fulminó con la mirada a Denise, que se sacudía la ropa en el umbral del despacho del detective. Parecía satisfecha consigo misma, lo que no dejaba de resultar sorprendente.

—He intentado retenerlo —dijo con orgullo.

—Sí —replicó Strike, exhibiendo un autocontrol considerable—, ya lo he visto.

—La policía está en camino.

—Fantástico.

—¿Le apetece una taza de té?

—No —contestó él con las mandíbulas apretadas.

—Pues entonces creo que voy a repasar el cuarto de baño —dijo ella, y en voz baja añadió—: Me parece que no ha tirado de la cadena.

3

Y esta lucha la terminé a solas, en el más completo silencio.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Mientras caminaba por Deptford Street, una calle que no conocía, Robin sintió una alegría pasajera; se preguntó cuánto hacía que no se sentía así, y calculó que más de un año. Animada y revitalizada por el sol de la tarde, los escaparates llamativos y el bullicio de la calle, celebraba, además, el hecho de que no iba a tener que volver a entrar en la clínica Villiers Trust.

A su terapeuta no le había hecho ninguna gracia saber que iba a interrumpir el tratamiento.

—Nosotros recomendamos hacer todas las sesiones programadas —le dijo.

—Ya lo sé —contestó Robin—, pero, lo siento, creo que esto no me va a beneficiar más de lo que ya lo ha hecho.

La terapeuta compuso una sonrisa gélida y se quedó callada.

—La terapia cognitivo-conductual me ha venido genial —continuó Robin—. Me ha ayudado mucho con la ansiedad, y la tendré muy en cuenta...

Respiró hondo, con la vista fija en las merceditas de la terapeuta, y luego se obligó a mirarla a los ojos.

—Pero esta otra parte no me está sirviendo de mucho.

Se produjo otro silencio. Después de cinco sesiones, Robin ya se había acostumbrado. En una conversación normal, hacer aquellas pausas tan largas y quedarse mirando a la otra persona, esperando a que hablara, se consideraría una actitud grosera o pasivo-agresiva, pero en terapia psicodinámica aquello era el procedimiento estándar.

Su médico de cabecera le había dado un volante para que siguiera el tratamiento gratuito en la seguridad social, pero la lista de espera era tan larga que Robin, con el apoyo resignado de Matthew, había decidido pagarlo de su bolsillo y acudir a un centro privado. Sabía que él estaba haciendo un esfuerzo para no decir lo que pensaba de todo aquello: que la solución ideal habría sido que dejara el empleo que le había provocado el trastorno de estrés postraumático; una secuela muy leve, a su modo de ver, teniendo en cuenta los peligros a los que se había expuesto.

—Verás —continuó Robin, que llevaba el discurso preparado—, mi vida está llena de gente que cree saber qué es lo mejor para mí.

—Bueno, sí —dijo la terapeuta, con un tono que sin duda habría parecido condescendiente más allá de las puertas de la clínica—, ya hemos hablado de eso...

—Ya, y...

Robin era conciliadora y educada por naturaleza. Por otra parte, la terapeuta la había instado repetidamente a que, en aquella triste habitacioncita, con esa planta en una maceta de color verde pastel y el enorme paquete de pañuelos encima de la mesita de pino, debía decir la verdad sin tapujos.

—...Y si te soy sincera —continuó—, tú eres una más.

Otra pausa.

—Bueno —dijo la terapeuta con una risita—, mi trabajo consiste en ayudarte a sacar tus propias conclusiones sobre...

—Sí, pero lo haces... presionándome continuamente —la interrumpió Robin—. Adoptas una postura muy combativa. Refutas todo lo que digo.

Robin sintió una oleada de agotamiento y cerró los ojos. Tenía los músculos doloridos. Llevaba toda la semana montando muebles, cargando cajas de libros y colgando cuadros.

—Salgo de aquí como si me hubiesen exprimido hasta la última gota —siguió Robin, abriendo los ojos—. Y cuando llego a casa, mi marido hace lo mismo que tú: espera, dejando que el silencio se alargue, y me contradice hasta en las cosas más insignificantes. Entonces llamo a mi madre por teléfono, y es más de lo mismo. El único que no me presiona continuamente para que me aclare es... —Se interrumpió, pero al final dijo—: Mi socio.

—El señor Strike —aclaró la terapeuta con voz melosa.

—Sí —contestó Robin—. Exacto.

El hecho de que se hubiera negado reiteradamente a hablar de su relación con Strike, salvo para confirmarle a la terapeuta que él no era consciente de hasta qué punto la había afectado el caso del destripador de Shacklewell, había sido motivo de discusión entre las dos mujeres. Robin se había mostrado muy vehemente al exponer que su relación personal era irrelevante para los problemas que tenía, y la terapeuta se había dedicado a mencionar al detective en todas las sesiones desde entonces.

—Tú misma has admitido que no le has hablado de la gravedad de tu ansiedad.

—Bueno, en realidad, sólo he venido a decirte que no asistiré a más sesiones —dijo Robin, ignorando por completo el último comentario de la terapeuta—. Ya te he dicho que la terapia cognitivo-conductual me ha resultado muy útil y que pienso seguir practicando los ejercicios.

La terapeuta pareció ofenderse al ver que ni siquiera tenía pensado quedarse la sesión entera, pero Robin la había pagado, y por tanto se sentía autorizada a marcharse y regalarle el importe restante de aquella hora. También se sintió autorizada a no regresar a toda prisa a casa para seguir abriendo cajas; se compró un Cornetto y se lo comió con gusto mientras deambulaba por las soleadas calles de su nuevo barrio.

Persiguiendo a su propia alegría como a una mariposa, porque temía que se le escapara, se adentró en una calle más tranquila y se obligó a concentrarse y a observar aquel escenario desconocido. Al fin y al cabo, estaba encantada de haberse marchado del viejo piso de West Ealing, del que tenía tan malos recuerdos. En el juicio quedó claro que el destripador de Shacklewell había estado espiando y siguiendo a Robin durante mucho más tiempo del que ella sospechaba. La policía había llegado a decirle que incluso creían que había merodeado por Hastings Road, escondiéndose entre los coches aparcados, a escasos metros de su portería.

Sin embargo, pese a lo impaciente que estaba por mudarse, Matthew y ella habían tardado once meses en encontrar una nueva vivienda. El problema principal era que él estaba empeñado

en «subir de categoría», ahora que tenía un empleo nuevo y mejor pagado y disponía de la herencia de su difunta madre. Los padres de Robin también habían expresado su voluntad de ayudarlos, dadas las espantosas asociaciones del viejo piso, pero Londres era exageradamente caro, y Matthew se había enamorado en tres ocasiones de apartamentos que, siendo realistas, estaban muy por encima de sus posibilidades. Tres ocasiones en las que no habían podido comprar una vivienda por la que Robin sabía muy bien que iban a pedirles varios miles de libras más de lo que ellos podían ofrecer.

—¡Es absurdo! —protestaba Matthew una y otra vez—. ¡No vale tanto dinero!

—Vale lo que la gente esté dispuesta a pagar —le recordaba ella, frustrada ante la evidencia de que Matthew, que era contable, no parecía querer entender cómo funcionaba el mercado.

Robin estaba dispuesta a mudarse a cualquier sitio, incluso a una habitación en un piso compartido, con tal de huir de la sombra del asesino que seguía atormentándola en sueños.

Al llegar a la esquina de la calle principal, le llamó la atención una entrada en una pared de ladrillo flanqueada por unos pilares coronados con los adornos más extraños que había visto en su vida.

Un par de calaveras de piedra, gigantescas y erosionadas, reposaban sobre unos huesos tallados en el remate de los pilares, y más allá se alzaba una alta torre cuadrada. Robin pensó que aquellos adornos habrían encajado perfectamente en la fachada de la mansión de un pirata en una película fantástica. Se acercó para examinar las cuencas de los ojos de las calaveras, negras y vacías, y, asomándose a la entrada, vio una iglesia y unas tumbas cubiertas de musgo esparcidas entre unos rosales en flor.

Robin se terminó el helado mientras paseaba por los jardines de Saint Nicholas, una mezcla arquitectónica extraña en la que una antigua escuela de ladrillo rojo parecía haber sido injertada en una rudimentaria torre de piedra labrada. Al final, se sentó en un banco de madera que el sol había calentado tanto que casi resultaba incómodo, estiró su dolorida espalda y aspiró el delicioso perfume de las rosas. De pronto, se sintió transportada, de forma absolutamente involuntaria, a la suite del hotel de Yorkshire, donde, un año atrás, un ramo de rosas de color rojo sangre había sido testigo de las secuelas del día de la boda, después de que Robin dejara plantado a su marido en la pista de baile.

Matthew, su padre, la tía Sue, los padres de Robin y su hermano Stephen acudieron a la suite nupcial, donde ella se había refugiado para huir de la cólera de su nuevo esposo. Estaba quitándose el vestido de novia cuando irrumpieron todos en la habitación, uno detrás de otro, exigiendo saber qué había sucedido.

A continuación se desencadenó una auténtica algarabía. Stephen, que fue el primero en comprender lo que había hecho Matthew al borrar las llamadas de Strike, se puso a gritarle. Geoffrey, ya bastante borracho, quería saber por qué habían permitido que ese tal Strike se quedara al banquete si no había confirmado su asistencia. Matthew les gritaba a todos que salieran de allí, que aquello tenían que resolverlo Robin y él, mientras que la tía Sue no dejaba de repetir que «¡Jamás había visto a una novia dejar plantado al novio en el primer baile! ¡Jamás!».

En ese momento, Linda se enteró por fin de lo que había hecho Matthew, y ella también empezó a gritarle. Geoffrey salió en defensa de su hijo, y afirmó no entender por qué Linda quería que su hija volviera a trabajar para un hombre que había permitido que la apuñalaran. Entonces apareció Martin, completamente borracho, e intentó darle un puñetazo a Matthew por razones que nadie consiguió explicarse del todo, y Robin se refugió en el cuarto de baño y vomitó, cosa

bastante extraña, dado que apenas había probado bocado en todo el día.

Cinco minutos más tarde, Robin se vio obligada a permitir que Matthew entrara en el baño porque no dejaba de sangrar por la nariz, y, una vez dentro, mientras sus respectivas familias seguían gritándose en el dormitorio, él le había pedido, al tiempo que se taponaba la nariz con un mazacote de papel higiénico, que se fueran a las Maldivas, no ya de luna de miel, sino para solucionar el tema en privado, «lejos de todo esto —añadió con voz pastosa y señalando la puerta, a través de la cual seguían llegando gritos—. Además, estoy seguro de que pronto aparecerá la prensa —dijo en tono acusador—. Irán a por ti por lo del destripador de Shacklewell».

La miraba con frialdad, sin quitarse el papel higiénico ensangrentado de la cara, furioso con ella por haberlo humillado en la pista de baile, y con Martin por haberle pegado. No había nada romántico en su invitación a coger aquel avión. Le estaba proponiendo una cumbre, una oportunidad para mantener una conversación calmada. Si, tras considerarlo seriamente, llegaban a la conclusión de que casarse había sido un error, volverían a casa transcurridas las dos semanas, lo anunciarían juntos y luego cada uno se marcharía por su lado.

Y, en ese momento, la desdichada Robin, con el brazo dolorido, estremecida por los sentimientos que habían surgido en ella cuando había notado los brazos de Strike alrededor de su cuerpo, consciente de que la prensa quizá estuviera buscándola ya, había visto en Matthew, si no a un aliado, sí al menos una escapatoria. La idea de coger un avión, volar lejos del alcance del tsunami de curiosidad, cotilleo, rabia, atención y consejos gratuitos que sabía que la sepultarían si se quedaba en Yorkshire le parecía muy atractiva.

De modo que decidieron marcharse. Durante el vuelo, apenas se dirigieron la palabra. Robin no le preguntó a Matthew qué había estado pensando a lo largo de todas aquellas horas. Lo único que sabía era que ella había estado pensando en Strike. Había rememorado una y otra vez aquel abrazo, mientras contemplaba las nubes que se deslizaban al otro lado de la ventanilla.

«¿Estoy enamorada de él?», se había preguntado en repetidas ocasiones pero sin llegar a ninguna conclusión definitiva.

Sus deliberaciones duraron varios días, y mientras paseaban por las playas de arena blanca y hablaban de las tensiones y los resentimientos que enturbiaban su relación, Robin seguía atormentándose con aquella pregunta que no podía revelarle a Matthew. Él dormía en el sofá del salón; ella en el piso de arriba, en la cama doble con mosquitera. A veces discutían; otras, dolidos o furiosos, se sumían en largos silencios. Matthew le controlaba el teléfono: quería saber dónde estaba, lo cogía una y otra vez y lo revisaba, y Robin sabía que lo que buscaba eran mensajes o llamadas de su jefe.

Sin embargo, no había ni mensajes ni llamadas, lo que no hacía más que empeorar las cosas. Por lo visto, a Strike no le interesaba hablar con ella. El abrazo en la escalera, hacia el que su imaginación seguía correteando como un perro hacia una farola que desprende olores irresistibles, debía de haber significado para él mucho menos que para ella.

Noche tras noche, Robin paseaba sola por la playa y escuchaba la profunda respiración del mar; el brazo, todavía dolorido, continuaba sudándole bajo la venda protectora de goma. Dejaba el teléfono en el bungalow de manera intencionada, así Matthew no tenía ninguna excusa para seguirla y tratar de averiguar si estaba hablando con Strike a escondidas.

La séptima noche, sin embargo, mientras Matthew estaba en el bungalow, Robin decidió llamar a Strike. Había preparado un plan, aunque le costara admitirlo. En el bar había un teléfono fijo, y

ella se sabía de memoria el número de la oficina, que Strike tenía desviado al móvil. No sabía qué iba a decirle cuando contestara, pero estaba segura de que, si lo oía hablar, la verdad sobre los sentimientos que albergaba por él le sería revelada. Cuando el teléfono sonó en Londres, a kilómetros de distancia, Robin tenía la boca seca.

Descolgaron, pero durante unos segundos nadie dijo nada. Robin oyó movimientos, y luego una risita, hasta que por último alguien habló.

—¿Diga? Aquí Cormy-Warmy...

La mujer se puso a reír a carcajadas, y Robin oyó a Strike de fondo, entre molesto y divertido, y sin duda alguna borracho:

—¡Dame eso! En serio, dámelo...

Robin colgó el auricular de inmediato. Una fina película de sudor le cubría la cara y el escote: se sentía avergonzada, idiota, humillada. Strike estaba con otra mujer. No había duda de que aquella risa era íntima. La desconocida bromeaba con él, había contestado a su móvil, lo había llamado (qué mal gusto) «Cormy».

Decidió que, si algún día Strike le preguntaba por aquella llamada perdida, negaría haberlo telefonado. Mentiría sin cortarse un pelo, fingiría no saber de qué le estaba hablando...

Oír a aquella mujer al otro lado del teléfono había sido como recibir una bofetada. Si Strike había sido capaz de llevarse a alguien a la cama tan pronto después de un abrazo como aquél (y Robin se habría jugado cualquier cosa a que aquella chica, quienquiera que fuese, se había acostado con Strike o estaba a punto de hacerlo), entonces no estaba en Londres torturándose y tratando de averiguar qué sentía por Robin Ellacott.

Caminaba penosamente, sumida en la oscuridad, e iba dejando un rastro profundo en la blanca y blanda arena mientras las olas rompían de forma incesante a su lado. La sal que se adhería a sus labios le daba sed. Cuando ya no tuvo más lágrimas que derramar, se preguntó si no estaría confundiendo la gratitud y la amistad con algo más profundo. Si no habría confundido su amor por la investigación privada con el amor por el hombre que le había ofrecido el empleo. Admiraba a Strike, desde luego, y lo apreciaba de verdad. Habían vivido experiencias muy intensas juntos, y era lógico que se sintiera unida a él, pero ¿eso era amor?

A solas en aquella noche cálida, donde sólo se oían el zumbido de los mosquitos y el susurro de las olas en la orilla, Robin se acunaba el brazo herido y, con tristeza, se decía que, para estar a punto de cumplir veintiocho años, tenía muy poca experiencia con los hombres. Matthew había sido su único novio, la única pareja sexual que había tenido; desde hacía diez largos años, representaba para ella la estabilidad. Si se había prendado de Strike —utilizó ese verbo anticuado, que era el que seguramente habría utilizado su madre—, ¿no era posible que fuera justo por esa falta de variedad y experiencia que la mayoría de las mujeres de su edad sí tenía? Llevaba mucho tiempo siendo fiel a Matthew; ¿no era normal, pues, que algún día despertara y recordara que había otras vidas, otras posibilidades? ¿No debería haberse dado cuenta hacía ya mucho de que Matthew no era el único hombre en el mundo? Strike, se dijo, sólo era el hombre con el que había pasado la mayor parte del tiempo últimamente, así que no era de extrañar que hubiese proyectado en él sus inquietudes, su curiosidad y sus insatisfacciones respecto a su relación con Matthew.

El octavo día de la luna de miel, después de hacer entrar en razón, como Robin se decía, a esa parte de sí misma que añoraba a Strike, tomó una decisión difícil. Quería regresar a casa antes de lo previsto y anunciar a sus familias que se separaban. Pero primero debía explicarle a Matthew

que la decisión no tenía nada que ver con terceras personas, sino que, tras una seria y dolorosa reflexión, no creía que tuviesen suficiente afinidad para continuar casados.

Todavía recordaba la mezcla de pánico y espanto que sintió al abrir la puerta del bungalow, preparada para participar en una pelea que nunca llegó a producirse. Matthew estaba repantigado en el sofá y, cuando la vio, masculló: «¿Mamá?»

Tenía la cara, los brazos y las piernas cubiertos de sudor. Cuando se acercó a él, Robin vio que se le marcaban mucho las venas de la cara interna del brazo izquierdo; las tenía negras, como si se las hubieran llenado de tinta.

—¿Matt?

Al oírla, Matthew se dio cuenta de que quien acababa de entrar en la habitación no era su difunta madre.

—No me encuentro bien, Rob...

Robin corrió hacia el teléfono, llamó a recepción y pidió que enviaran a un médico. Cuando éste por fin llegó, acompañado de una enfermera, Matthew estaba delirando. Encontraron un arañazo en el dorso de su mano y, preocupados, llegaron a la conclusión de que podía tratarse de celulitis bacteriana; por sus caras, Robin dedujo que era grave. Matthew seguía viendo figuras que se movían por los rincones oscuros del bungalow, cuando allí no había nadie.

—¿Quién es ése? —le preguntó a Robin—. ¿Quién es ese de ahí? —insistió.

—Ahí no hay nadie, Matt.

Robin le dio la mano mientras la enfermera y el médico valoraban la conveniencia de hospitalizar al enfermo.

—No me dejes, Rob...

—No voy a dejarte.

Ella se refería a que no tenía intención de ir a ningún sitio en ese momento, no que fuese a quedarse con él para siempre; pero Matthew se había puesto a llorar.

—Menos mal. Creía que ibas a marcharte. Te quiero, Rob... Ya sé que la cagué, pero te quiero...

El médico le dio un antibiótico oral y fue a hacer unas llamadas. Matthew, que seguía delirando, se aferraba a su mujer y no paraba de darle las gracias. De vez en cuando, volvía a quedarse en trance y creía ver sombras que se movían en los rincones vacíos de la habitación, y mencionó a su difunta madre en dos ocasiones más. Robin, sola en la negrura aterciopelada de la noche tropical, oía a los insectos alados chocar contra las mosquiteras de las ventanas, ya consolando, ya vigilando, al hombre del que había estado enamorada desde los diecisiete años.

Al final resultó que no era celulitis bacteriana. Al cabo de veinticuatro horas, la infección había empezado a responder al antibiótico. Mientras se recuperaba de aquella enfermedad repentina y virulenta, Matthew observaba constantemente a Robin, frágil y vulnerable como ella jamás lo había visto, temeroso, sin duda, de que la promesa de quedarse a su lado fuese pasajera.

—No podemos tirarlo todo por la borda, ¿no? —le había preguntado con voz ronca desde la cama, donde el médico había insistido que debía permanecer—. Después de tantos años...

Robin dejó que hablara de los buenos tiempos, de los buenos momentos que habían compartido, y se obligó a recordar la risita de la chica que había llamado «Cormy» a Strike. Había visualizado que volvía a casa y pedía la anulación matrimonial, porque el matrimonio aún no se había consumado. Se acordó del dinero que se habían gastado sus padres en la boda, el día

que ella tanto odiaba...

Las abejas zumbaban entre las rosas del cementerio, y Robin se preguntó por enésima vez dónde estaría ahora si Matthew no se hubiera arañado la mano con el coral. La mayoría de las sesiones de la terapia que había interrumpido se habían centrado, sobre todo, en su necesidad de hablar de las dudas que la habían atormentado desde que había consentido en no separarse.

Durante los meses posteriores, sobre todo cuando su relación con Matthew empezó a mejorar, pensó que había hecho bien dándole una oportunidad a su matrimonio; aunque nunca se le olvidaba que aquello era una prueba, y eso, por sí solo, la llevaba a fustigarse, en las noches de insomnio, por ser tan pusilánime y no haberse liberado de Matthew en cuanto él se recuperó.

Nunca le contó a Strike lo que había pasado, ni por qué había accedido a intentar mantener el matrimonio a flote. Tal vez por eso su amistad se había vuelto tan fría y distante. Cuando regresó de la luna de miel, encontró a Strike muy cambiado respecto a ella, y admitió que ella tal vez había cambiado también respecto a él por culpa de lo que oyó por teléfono cuando lo llamó, desesperada, desde aquel bar de las Maldivas.

—Así que te lo quedas, ¿no? —le había dicho él con brusquedad después de echarle un vistazo al anillo que llevaba en el dedo.

A Robin le dolió el tono de sus palabras. Pero también que nunca le preguntara por qué lo estaba intentando ni cómo le iban las cosas en casa... O que nunca insinuara siquiera que se acordaba del abrazo que se habían dado en la escalera.

Ignoraba si Strike lo había organizado intencionadamente, pero no habían vuelto a trabajar juntos en ningún otro caso una vez cerrado el del destripador de Shacklewell. Robin, imitando a su socio, se había refugiado en una actitud fría y profesional.

A veces incluso temía que él ya no la valorara como antes, después de haberle demostrado que era una persona tan convencional y tan cobarde. Unos meses atrás, habían mantenido una desagradable conversación en la que Strike, después de sugerirle que se tomara unas vacaciones, le había preguntado si consideraba que estaba plenamente recuperada de la agresión que había sufrido. Robin lo interpretó como un desaire a su valentía, y temió que volviera a marginarla, con lo que perdería la única parte de su vida que en ese momento le resultaba satisfactoria. Así que insistió en que estaba perfectamente bien y redobló sus esfuerzos en el trabajo.

Notó que el móvil vibraba en el bolso. Introdujo una mano y miró la pantalla para ver quién era. Strike. También vio que la había llamado mientras estaba despidiéndose de la clínica Villiers Trust.

—Hola —dijo—. Lo siento, antes no he oído el móvil, lo tenía en silencio.

—No pasa nada. ¿Cómo ha ido la mudanza?

—Bien —contestó ella.

—Sólo quería comunicarte que he contratado a otro autónomo. Se llama Sam Barclay.

—Estupendo —respondió Robin mientras contemplaba un insecto que estaba posado en una rosa de pétalos rosados—. ¿Qué experiencia tiene?

—Ha estado en el Ejército —contestó Strike.

—¿En la Policía Militar?

—Bueno, no exactamente...

Cuando Strike empezó a contarle la historia de Sam Barclay, Robin no pudo reprimir una sonrisa.

—Así que has contratado a un pintor de brocha gorda que fuma marihuana...

—Vapea. Vapea marihuana —la corrigió Strike.

Robin percibió que él también sonreía.

—Pero ahora lleva una vida muy saludable. Acaba de tener un bebé.

—Muy bien, suena... interesante.

Hizo una pausa, pero Strike no añadió nada más.

—Vale, pues nos vemos el sábado —dijo Robin.

Unos días atrás, se había sentido obligada a invitar a Strike a la fiesta de inauguración de su casa, porque también había invitado a su colaborador de más confianza, Andy Hutchins, y tenía la impresión de que habría parecido raro no invitar a Strike. Se llevó una sorpresa cuando su jefe aceptó.

—Vale, nos vemos.

—¿Vendrá Lorelei? —le preguntó Robin, que se esforzó por aparentar indiferencia, aunque no estaba muy segura de haberlo conseguido.

A Strike, en el centro de Londres, le pareció detectar una nota de sarcasmo en aquella pregunta, como si Robin lo desafiara a admitir que su novia tenía un nombre ridículo. En el pasado, él la habría reprendido por ello; le habría preguntado qué problema tenía con el nombre de Lorelei y se habría divertido discutiendo con ella; pero ahora se encontraban en terreno peligroso.

—Sí, también vendrá. La invitación era para los dos, ¿no?

—Sí, sí, claro —se apresuró a confirmar Robin—. Vale, pues nos vemos...

—Un momento —la frenó Strike.

Estaba solo en la oficina, porque le había dicho a Denise que podía marcharse a casa temprano. Ella se había resistido —al fin y al cabo, cobraba por horas—, y no recogió sus cosas, sin dejar de hablar, hasta que Strike le aseguró que le pagaría el día entero.

—Esta tarde ha pasado una cosa muy rara —dijo el detective.

Robin escuchó atentamente, sin interrumpirlo, mientras él le relataba con todo lujo de detalles la breve visita de Billy. Cuando terminó, ya se había olvidado de la frialdad con la que su socio la había tratado los últimos meses. Parecía el Strike de un año atrás.

—Está claro que es un enfermo mental —señaló el detective, con la vista fija en el cielo despejado que se veía detrás de la ventana—. Casi con seguridad un psicótico.

—Sí, pero...

—Ya lo sé —intervino Strike.

Cogió el bloc del que Billy había arrancado su dirección a medio escribir y le dio vueltas, distraído, con la mano que tenía libre.

—¿Está enfermo y por eso cree que vio que estrangulaban a una niña? ¿O está enfermo y vio que estrangulaban a una niña? —preguntó él.

Ambos se quedaron callados un momento, pensando en la historia de Billy, convencidos de que el otro estaba haciendo lo mismo. Ese breve instante de reflexión se interrumpió de golpe cuando, de pronto, Robin dio un grito: un cocker spaniel, al que ella no había visto llegar husmeando entre los rosales, acababa de ponerle, sin previo aviso, el frío hocico en la rodilla desnuda.

—¿Qué pasa?!

—Nada, un perro...

—¿Dónde estás?

—En un cementerio.

—¿En un cementerio? ¿Y qué haces ahí?

—Sólo estoy explorando la zona. Tengo que irme —dijo, y se levantó—. En casa me espera otro mueble por montar.

—De acuerdo —dijo Strike, con su brío habitual—. Nos vemos el sábado.

El anciano dueño del cocker spaniel se acercó a Robin mientras ella se guardaba el móvil en el bolso.

—Lo siento. ¿Le dan miedo los perros?

—No, nada de eso —contestó Robin, sonriendo y acariciando la dorada y suave cabeza del animal—. Es que me ha pillado desprevenida, nada más.

Volvió a pasar entre aquellas calaveras gigantescas, camino de su nueva casa, y pensó en Billy, a quien Strike había descrito de una forma tan gráfica que tenía la sensación de haberlo conocido ella también.

Iba tan absorta en sus pensamientos que, por primera vez en toda la semana, se olvidó de mirar el letrero del pub White Swan cuando lo dejó atrás. Al final de la calle, en la esquina del último edificio, había una talla de un cisne que, cada vez que pasaba por delante, le recordaba el catastrófico día de su boda.

4

Pero ¿qué piensa usted hacer en la ciudad?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

A diez kilómetros de allí, Strike dejó el teléfono móvil encima de la mesa y encendió un cigarrillo. El interés que Robin había mostrado por su relato lo había reconfortado tras el interrogatorio que había tenido que soportar media hora después de que Billy se marchara corriendo de la agencia. Los dos agentes que habían acudido a la llamada de Denise estaban encantados con la oportunidad de obligar al famoso Cormoran Strike a admitir su falibilidad, y se habían tomado su tiempo para confirmar que el detective no había conseguido ni el nombre completo ni la dirección de aquel presunto psicótico, un tal Billy.

La última luz de la tarde caía sesgada sobre el bloc de notas que tenía encima de la mesa, en el que se apreciaban unas débiles marcas. Strike dejó el cigarrillo en un cenicero que había robado hacía mucho en un bar de Alemania, cogió el bloc y lo inclinó hacia un lado y hacia el otro, tratando de distinguir las letras que formaban aquellas huellas; entonces cogió un lápiz y lo deslizó con suavidad por encima de ellas, haciendo un sombreado. Enseguida aparecieron unas letras mayúsculas irregulares que, sin ninguna duda, formaban las palabras «Charlemont Road». Billy no había apretado tanto al escribir el número de la casa o el piso como al escribir el nombre de la calle. Una de aquellas débiles muescas parecía o bien un cinco o un ocho incompleto, pero el espaciado sugería más de una cifra, o quizá una letra.

La irremediable propensión de Strike a llegar hasta el fondo de cualquier incidente misterioso lo molestaba a él tanto como molestaba a los demás. Pese a lo hambriento y cansado que estaba, y a que le había dicho a Denise que se marchara para poder cerrar la oficina, arrancó la hoja del bloc en la que se había revelado el nombre de la calle y se sentó a la mesa de recepción, donde encendió de nuevo el ordenador.

En el Reino Unido había varias Charlemont Roads, pero, teniendo en cuenta que no parecía que Billy dispusiera de medios para viajar muy lejos, dedujo que debía de tratarse de la de East Ham. Según el directorio *online*, allí vivían dos Williams, pero ambos tenían más de sesenta años. Strike recordó que a Billy parecía asustarlo que el detective pudiera presentarse «en casa de Jimmy», de modo que buscó «Jimmy» y después «James», y obtuvo el siguiente resultado: «James Farraday, 49.»

Anotó la dirección de Farraday debajo de las marcas que había dejado Billy al escribir, aunque no estaba muy convencido de que ese Farraday fuese el hombre al que estaba buscando. Para empezar, el número de su casa no contenía ni cincos ni ochos; además, el extremado desaliño

de Billy sugería que quienes vivían con él debían de tener una actitud muy relajada respecto a la higiene personal del joven, y Farraday, por lo visto, vivía con su mujer y con las que debían de ser sus dos hijas.

Strike apagó el ordenador, pero siguió mirando la pantalla, abstraído, pensando en la historia que le había contado Billy. Lo que lo tenía más intrigado era el detalle de la manta rosa. Parecía algo demasiado concreto y muy poco sofisticado para ser la alucinación de un psicótico.

Se levantó cuando se acordó de que, a la mañana siguiente, tenía que madrugar para hacer un trabajo remunerado. Antes de salir de la oficina, se guardó en la cartera la hoja del bloc con las huellas de la caligrafía de Billy y la dirección de Farraday.

Londres, que hacía poco tiempo había sido el epicentro de las celebraciones del Jubileo de Diamante de la reina, se preparaba para acoger los Juegos Olímpicos. La Union Jack y el logo de Londres 2012 estaban por todas partes —en letreros, pancartas, banderines, llaveros, tazas y paraguas—, y todo tipo de recuerdos y artículos de promoción relacionados con las Olimpiadas abarrotaban prácticamente todos los escaparates. En opinión de Strike, el logo parecía una masa de fragmentos de cristal de fluorescente unidos de cualquier manera, y tampoco les encontraba ninguna gracia a las mascotas oficiales, que parecían un par de muelas con un solo ojo.

En la capital se respiraba una atmósfera de emoción y nerviosismo, producto, sin duda, del eterno temor de los británicos a que la nación hiciera el ridículo. Las quejas por la escasez de entradas para las Olimpiadas eran un tema recurrente, y los aspirantes que se habían quedado sin ellas criticaban el sorteo que, presuntamente, ofrecía a todo el mundo las mismas oportunidades de ver los juegos en directo. Strike, que confiaba en poder ver algo de boxeo, tampoco había conseguido entradas, y soltó una carcajada cuando su viejo amigo del colegio, Nick, le ofreció la suya para ir a ver la doma clásica con Ilsa, la mujer de Nick, que estaba encantada de haberlas conseguido.

Harley Street, donde iba a pasarse el viernes ocupándose de la vigilancia de un cirujano plástico, permanecía ajena a la fiebre olímpica. Sus fachadas victorianas, majestuosas e implacables, presentaban al mundo el aspecto de siempre, impecables y desprovistas de cualquier logo chabacano o bandera.

Strike, que se había puesto su mejor traje italiano para hacer aquel trabajo, se apostó cerca del portal de un edificio de enfrente y fingió estar hablando por teléfono con el móvil, cuando en realidad estaba vigilando la entrada de las lujosas consultas de dos socios, uno de los cuales era su cliente.

«Doctor Chungo», así apodaba el detective a su objetivo. Aunque, por lo visto, estaba tardando en demostrar que merecía ese nombre. Probablemente había abandonado su comportamiento poco ético por miedo, después de que su socio le preguntara por dos aumentos de pecho que no habían quedado registrados en los libros de contabilidad del centro médico.

El socio más antiguo, temiéndose lo peor, le había pedido ayuda a Strike.

—Me dio excusas pobres y llenas de lagunas. Es muy... mujeriego —dijo el cirujano de pelo blanco, apretando los labios con aprensión—, siempre lo ha sido. Antes de hablar con él, revisé su historial de internet y encontré una página web donde mujeres jóvenes piden contribuciones económicas para operaciones de cirugía estética a cambio de fotografías explícitas. Me temo..., yo no sé..., pero sospecho que haya podido llegar a algún acuerdo con esas mujeres; un acuerdo que no sea... estrictamente económico. A dos de esas jóvenes les habían pedido que llamaran a un

número que no reconocí, pero les insinuaban que podían hacerles la cirugía gratis a cambio de un «acuerdo especial».

Hasta ese momento, Strike no había visto al Doctor Chungo reunirse con ninguna mujer fuera de su horario laboral. Los lunes y los viernes los pasaba en el consultorio de Harley Street, y el resto de la semana, en la clínica privada donde llevaba a cabo las operaciones de cirugía estética. Cuando lo había seguido en alguna ocasión al salir del consultorio o la clínica, Strike sólo le había visto hacer breves trayectos a pie para ir a comprar chocolate, al que por lo visto era adicto. Todas las noches volvía en su Bentley a su casa de Gerrards Cross, donde lo esperaban su mujer y sus hijos, y Strike lo seguía en su viejo BMW azul.

Aquella noche, los dos cirujanos iban a asistir con sus respectivas mujeres a una cena del Royal College of Surgeons, de modo que Strike había dejado su BMW en su carísimo garaje. Las horas transcurrían lentas y aburridas, y lo que más le preocupaba era pasar el peso del cuerpo de la pierna artificial a la otra a intervalos regulares, mientras se apoyaba en pasamanos, parquímetros y portales. Un goteo constante de clientas llamaban al timbre de la consulta del Doctor Chungo y entraban en el edificio. La mayoría eran delgadas y vestían con elegancia. A las cinco en punto, a Strike le vibró el teléfono que llevaba en el bolsillo del pecho, y vio que acababa de recibir un mensaje de su cliente.

Ya puede marcharse, estamos a punto de salir juntos para ir al Dorchester.

Sin embargo, Strike, movido por un instinto perverso, se quedó allí y, al cabo de unos quince minutos, vio salir del edificio a los dos socios. Su cliente era alto y tenía el pelo blanco; el Doctor Chungo, un hombre pulcro y elegante, de piel aceitunada y reluciente pelo negro, vestía traje con chaleco. El detective los vio meterse en un taxi y alejarse; entonces bostezó, se desperezó y se planteó volver a su casa; probablemente pararía por el camino para comprar algo de comida para llevar.

Casi contra su voluntad, cogió la cartera y extrajo de ella el trozo de papel arrugado en el que había conseguido identificar el nombre de la calle de Billy.

Durante todo el día, la posibilidad de ir a Charlemont Road y buscar a Billy si el Doctor Chungo salía pronto del trabajo había revoloteado por su cabeza, pero estaba cansado y le dolía la pierna. Aunque si Lorelei se enteraba de que tenía la noche libre, esperararía que Strike la llamara. Por otra parte, iban a ir juntos a la fiesta de inauguración de la casa de Robin al día siguiente, y si se quedaba a dormir en el apartamento de Lorelei después de la fiesta, no le sería fácil librarse de ella. Nunca pasaba dos noches seguidas con Lorelei, aunque se presentara la oportunidad. Le gustaba poner límites a los derechos que ella pudiera arrogarse sobre su tiempo libre.

Miró hacia arriba como esperando que el mal tiempo lo desanimara, pero suspiró al ver el cielo despejado del mes de junio. La tarde era clara y perfecta, y en la agencia había tanto trabajo que no sabía cuándo volvería a disponer de un par de horas libres. Si quería ir a Charlemont Road, tendría que hacerlo entonces.

5

Es comprensible que temas las reuniones populares y no quieras exponerte a los bombones que se reparten allí.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Strike tardó más de lo previsto en ir desde Harley Street hasta East Ham, porque lo hizo en plena hora punta. Para cuando localizó Charlemont Road, le dolía mucho el muñón, y al enfilar la larga calle residencial lamentó no ser una de esas personas que se habrían limitado a descartar a Billy por considerarlo un chiflado.

Las casas adosadas eran de lo más variopintas: unas aún conservaban el ladrillo visto y otras estaban pintadas o remozadas. Había Union Jacks colgadas en las ventanas —una muestra más de la fiebre olímpica—, y en algunas todavía quedaban vestigios de la celebración del jubileo de la reina. Las pequeñas parcelas de delante de las casas se habían convertido en jardines en miniatura o en vertederos de escombros, según las preferencias de los inquilinos. Hacia la mitad de la calle había un colchón viejo y sucio, abandonado allí por si alguien quería ocuparse de él.

La primera visión que tuvo de la residencia de James Farraday no lo animó a confiar en que había llegado a su destino, porque era una de las casas mejor conservadas de la calle. Ante la puerta principal habían añadido un pequeño porche con vidrios coloreados, en todas las ventanas había cortinas de tela fruncida, y el buzón de latón brillaba bajo el sol del atardecer. Strike pulsó el timbre de plástico.

Tras una breve espera, abrió la puerta una mujer que parecía un tanto agobiada, y un gato gris atigrado salió disparado, pues, por lo visto, llevaba un rato agazapado detrás de la puerta esperando a que se presentara la oportunidad de escapar. La cara de enfado de la mujer contrastaba con el lema que lucía en su delantal: «EL AMOR ES...» De la casa salía un intenso olor a carne cocinada.

—Hola —saludó Strike, a quien el olor hizo salivar de inmediato—. No sé si podrá ayudarme. Estoy buscando a Billy.

—Se equivoca de dirección. Aquí no vive ningún Billy.

La mujer empezó a cerrar la puerta.

—Me dijo que vivía con Jimmy —continuó Strike, antes de que la cerrara del todo.

—Tampoco vive ningún Jimmy.

—Lo siento, creía que alguien llamado James...

—Nadie lo llama «Jimmy». Se equivoca de casa.

Y acabó de cerrar.

El detective y el gato atigrado se miraron; el pequeño felino lo hizo con desdén, y a continuación se sentó en el felpudo y empezó a limpiarse, dejando claro que a partir de ese momento no pensaba prestarle la más mínima atención.

Strike volvió a la acera, encendió un cigarrillo y miró a ambos lados de la calle. Calculó que en Charlemont Road habría unas doscientas casas. ¿Cuánto tiempo le llevaría llamar a todas las puertas? Mucho más del que tenía aquella tarde, por desgracia, y más del que preveía tener en el futuro inmediato. Siguió andando, frustrado y cada vez más dolorido, y fue mirando con disimulo detrás de las ventanas y escudriñando a los transeúntes en busca de algún parecido con el hombre que se había presentado en la agencia. En dos ocasiones, preguntó a la gente que entraba o salía de sus casas si conocían a «Jimmy y a Billy», cuya dirección afirmaba haber perdido. Todos le contestaron que no.

Siguió avanzando trabajosamente, procurando no cojear demasiado.

Al poco rato, llegó a una parte de la calle donde las casas habían sido convertidas en apartamentos precarios. Las puertas de entrada parecían apretujarse unas al lado de las otras, y las parcelas delanteras se habían cubierto con cemento.

Strike redujo la marcha. Vio una hoja de papel de tamaño folio clavada con una chincheta en una de las puertas más estropeadas, en la que la pintura blanca estaba descascarillada. Sintió un débil cosquilleo de curiosidad —al que jamás se le habría ocurrido dignificar llamándolo «corazonada»— y se acercó a la puerta.

El mensaje que estaba escrito en la hoja rezaba:

La reunión de las 19.30 en el pub se traslada al centro cívico The Well, en Vicarage Lane, al final de la calle a la izquierda. Jimmy Knight.

El detective levantó la hoja con un dedo, vio que el número de la casa terminaba en cinco, soltó la nota y se asomó a la polvorienta ventana de la planta baja.

Habían colgado una sábana vieja para impedir que entrara el sol, aunque una de las esquinas se había desprendido. Strike, que era lo bastante alto para mirar por aquel trocito de ventana que había quedado al descubierto, vio parte de una habitación sin apenas mobiliario en la que había un sofá cama con un edredón andrajoso encima, un montón de ropa en un rincón y un televisor portátil encima de una caja de cartón. La moqueta apenas se distinguía, pues la cubría una capa de latas de cerveza vacías y ceniceros llenos a rebosar. Aquello parecía prometedor. Regresó junto a la puerta desconchada, levantó su puño de boxeador y llamó con los nudillos.

No contestó nadie, y Strike tampoco oyó el más leve indicio de movimiento en el interior.

Volvió a examinar la nota que habían dejado en la puerta y siguió caminando calle abajo. Al enfilar por Vicarage Lane, enseguida vio el centro cívico y el letrero de «THE WELL», hecho con unas llamativas letras de metacrilato.

Apostado delante de la puerta de cristal, y con un montón de folletos en la mano, había un hombre ya entrado en años con barba rala y canosa que llevaba una gorra Mao. Al acercarse Strike, el tipo, que vestía una camiseta desteñida con la cara del Che Guevara, lo miró con recelo. Pese a que no llevaba corbata, el traje italiano que se había puesto aquel día le daba un aire inapropiadamente formal. Cuando quedó claro que el centro cívico era el destino del detective, el tipo de los folletos se desplazó un poco hacia un lado para cerrarle el paso.

—Ya sé que llego tarde —dijo Strike, fingiendo fastidio—, es que acabo de enterarme de que han cambiado el punto de reunión.

La seguridad en sí mismo, combinada con su estatura, sin duda desconcertó al hombre de la gorra Mao, que aun así debió de considerar que una capitulación instantánea ante un hombre trajeado no habría sido digna de él.

—¿A quién representa?

El detective ya había realizado un rápido inventario de las palabras que había escritas con mayúsculas y bien visibles en los folletos que el hombre apretaba contra el pecho: «DISENTIMIENTO»... «DESOBEDIENCIA»... «MANIFESTACIÓN»... y, un tanto más incongruente, «PARCELAS». También había visto una rudimentaria viñeta cómica de cinco empresarios obesos que echaban el humo de sus puros para formar los anillos olímpicos.

—A mi padre —contestó Strike—. Tiene miedo de que le cubran la parcela de hormigón.

—Ah —se limitó a soltar el de la barba, apartándose de inmediato.

Strike le cogió un folleto y entró en el centro cívico.

En el vestíbulo no había nadie, salvo una mujer caribeña de pelo canoso que miraba por la rendija de una puerta que ella misma mantenía un poco abierta. A Strike le pareció oír una voz femenina que provenía de la sala. Era difícil distinguir sus palabras, pero su cadencia sugería una diatriba. La mujer de la puerta se dio cuenta de que había alguien de pie a su lado y se dio la vuelta. El traje de Strike pareció afectarla de un modo muy distinto a como había afectado al tipo de la barba que estaba en la entrada.

—¿Es usted de las olimpiadas? —le preguntó en voz baja.

—No —contestó el detective—. Sólo estoy interesado.

La mujer abrió la puerta para dejarlo pasar.

Había alrededor de cuarenta personas sentadas en sillas de plástico. Strike ocupó el primer asiento vacío que encontró y paseó la mirada por las cabezas que tenía delante, buscando el largo pelo enmarañado de Billy.

En la parte delantera habían colocado una mesa para los oradores. En ese momento, una joven se paseaba arriba y abajo delante de esa mesa mientras se dirigía al público. Llevaba el pelo teñido del mismo rojo intenso que Coco —el ligue de una noche del que a Strike le había costado librarse—, hablaba dejando las frases sin terminar y, de vez en cuando, se enredaba en oraciones subordinadas y se olvidaba de no pronunciar las haches. El detective tuvo la sensación de que llevaba mucho rato hablando.

—... pensar en los okupas y los artistas a los que se... Porque forman una comunidad, ¿vale? Y entonces llegan ellos con sus carpetitas, en plan «ya os podéis largar de aquí». Esto es el principio de algo peor, ¿vale?, con sus leyes opresoras... Es el caballo de Troya, es una campaña coordinada, en plan...

La mitad de los asistentes parecían estudiantes. Entre los miembros de más edad, sin embargo, Strike identificó a algunos hombres y mujeres que eran conocidos disidentes, y algunos de ellos llevaban camisetas con consignas izquierdistas, como la del vigilante de la puerta. También vio a unos cuantos personajes que, a su entender, eran meros miembros de la comunidad que no habían encajado bien la llegada de los Juegos Olímpicos al East London —culturetas que probablemente también habían sido okupas—, y a una pareja de ancianos que en ese momento se susurraban algo al oído, y que Strike pensó que tal vez estuviesen allí porque estaban preocupados de verdad por

su parcela. Al verlos adoptar la actitud de sumisión y paciencia de la gente que va a misa, dedujo que habían llegado a la conclusión de que no iban a poder marcharse de aquella sala fácilmente sin llamar la atención. Un chico con numerosos *piercings* y cubierto de tatuajes anarquistas se limpiaba ruidosamente los dientes con un palillo.

Detrás de la chica que estaba hablando había tres personas más: una mujer mayor y dos hombres que hablaban en voz baja. Uno de los hombres debía de tener al menos sesenta años. Tenía un pecho poderoso y una mandíbula prominente, y mostraba el aire beligerante de quien ha participado en numerosos grupos de piquetes y en enfrentamientos exitosos con directivos recalcitrantes. Al ver los ojos oscuros y hundidos del otro, Strike escudriñó el folleto que tenía en la mano para confirmar la sospecha que lo había asaltado de inmediato.

RESISTENCIA OLÍMPICA COMUNITARIA (ROC)

15 de junio de 2012

19.30 Pub White Horse, East Ham E6 6EJ

Hablarán:

Lilian Sweeting — Conservación de la naturaleza, East London Walter Frett — Coalición Obrera / activista de la ROC
Flick Purdue — Campaña contra la pobreza / activista de la ROC
Jimmy Knight — Partido Socialista Verdadero / organizador de la ROC

A pesar de la barba de varios días y de su aspecto un tanto desaliñado, el tipo de los ojos hundidos no iba tan sucio como Billy, ni mucho menos. Además, estaba claro que se había cortado el pelo hacía poco. Aparentaba treinta y tantos años y, si bien su cara era más cuadrada y más musculosa, tenía el mismo cutis pálido y el mismo pelo oscuro que el joven que había aparecido en la agencia de Strike. Ante las pruebas de las que disponía, el detective habría apostado sin temor alguno a que Jimmy Knight era el hermano mayor de Billy.

Jimmy terminó de hablar en voz baja con su colega de la Coalición Obrera, se recostó en el asiento y cruzó sus gruesos brazos. Su expresión abstraída demostraba que no estaba escuchando a la joven oradora mucho más que el público, cada vez más inquieto.

Strike se dio cuenta de que un hombre que no destacaba por ningún rasgo en particular y que estaba sentado en la fila de delante lo observaba atentamente. Cuando el detective le devolvió la mirada, sin embargo, el hombre apartó sus ojos azul claro de inmediato y se apresuró a volver a mirar a Flick, que aún no había terminado su discurso. Se fijó en sus vaqueros limpios, en su camiseta sencilla y en el pelo corto y arreglado; pensó que al menos aquella mañana habría podido ahorrarse el afeitado esmerado, aunque tratándose del acto de una organización tan chapucera como la ROC, la Policía Metropolitana sin duda no había considerado necesario enviar a uno de sus mejores hombres. La presencia de un agente de paisano era de esperar, evidentemente. Cualquier grupo que planeara alterar o entorpecer la organización de los Juegos Olímpicos sabía que podía estar vigilado.

A escasa distancia del policía de paisano había un joven asiático en mangas de camisa con aire profesional. Alto y delgado, observaba con atención a la oradora mientras se mordisqueaba las uñas de la mano izquierda. De pronto, el joven dio un pequeño respingo y se quitó el dedo de la boca. Se había hecho sangre.

—Muy bien —dijo un hombre en voz alta, una voz que el público reconoció como la autoridad, y todos se enderezaron un poco—. Muchas gracias, Flick.

Jimmy Knight se levantó y dio entrada a un aplauso poco entusiasta para Flick, que rodeó la mesa y se sentó en la silla que había entre los dos hombres.

Con sus vaqueros gastados y su camiseta sin planchar, Jimmy Knight le recordaba a Strike a los amantes de su difunta madre. Habría podido ser el mugriento bajista de un grupo musical, o un atractivo *roadie*, con aquellos brazos musculosos y llenos de tatuajes. El detective se fijó en que la espalda del poli de los ojos azules se había puesto en tensión. Estaba esperando a que hablara Jimmy.

—Buenas noches y gracias a todos por venir.

Su personalidad se apoderó de la sala como los primeros compases de una canción de éxito. A Strike le bastaron aquellas pocas palabras para identificarlo como la clase de hombre que, en el Ejército, o bien era extraordinariamente útil o bien un cabronazo insubordinado. El acento de Jimmy, igual que el de Flick, revelaba unos orígenes inciertos. Strike especuló que podía tratarse de un *cockney* muy trabajado —y en este caso, con mucho más éxito— para hacerlo pasar por un ligero acento rural.

—¡Bueno, la trilladora olímpica ya ha llegado al East London!

Paseó la ardiente mirada por el público, que ya volvía a prestar atención.

—Y está dispuesta a derribar casas, a arrollar a ciclistas, a revolver una tierra que nos pertenece a todos... O nos pertenecía.

»Lilian ya os ha explicado lo que están haciendo con los hábitats de animales e insectos. Yo he venido a hablaros de la intrusión en las comunidades humanas. Están cubriendo nuestros terrenos comunales de hormigón, ¿y para qué? ¿Acaso están construyendo las viviendas de protección oficial o los hospitales que necesitamos? ¡Por supuesto que no! No, lo que nos van a construir son estadios que cuestan millones, escaparates para el sistema capitalista, damas y caballeros. ¡Nos piden que celebremos el elitismo mientras, al otro lado de las vallas, la libertad de los ciudadanos de a pie se ve usurpada, mermada, arrebatada!

»Nos dicen que deberíamos alegrarnos de que vayan a celebrarse aquí los Juegos Olímpicos; los medios de comunicación de derechas engullen todo lo que publican las revistas y lo regurgitan. ¡Hagamos de la bandera un fetiche, exaltemos a las clases medias hasta despertar en ellas una patriotería frenética! ¡Adoremos a nuestros gloriosos medallistas: una reluciente medalla de oro para todo el que entregue un soborno lo bastante gordo junto con el botecito de orina de otra persona!

Hubo un murmullo de aprobación, y unos cuantos asistentes aplaudieron.

—Se supone que tenemos que alegrarnos enormemente de que los alumnos de los colegios privados puedan practicar deporte, mientras que los demás tenemos que vender los campos donde juegan nuestros hijos por una miseria. ¡Nuestro deporte olímpico nacional tendría que ser el servilismo! Divinizamos a personas en las que han invertido millones por el simple hecho de que saben montar en bicicleta, cuando esas personas se han vendido como hojas de parra a todos esos desgraciados violadores del planeta y evasores de impuestos que hacen cola para que sus nombres aparezcan en las vallas publicitarias, ¡unas vallas que prohíben a los trabajadores entrar en sus propias tierras!

El aplauso, en el que no participaron ni Strike ni la pareja de ancianos que estaba a su lado ni el joven asiático, era tanto por las palabras como por la puesta en escena. Una cólera justificada

iluminaba el rostro ligeramente canallesco pero atractivo de Jimmy Knight.

—¿Veis esto? —dijo, cogiendo de la mesa que tenía detrás una hoja de papel con el irregular y picudo «2012» que a Strike tanto le desagradaba—. ¡Bienvenidos a las Olimpiadas, amigos míos, el sueño erótico de los fascistas! ¿Os habéis fijado en el logo? ¿Lo veis? ¡Es una esvástica desmontada!

El público rió y aplaudió un poco más, lo que enmascaró los fuertes rugidos del estómago de Strike. Se preguntó si habría alguna tienda de comida para llevar por allí cerca. Incluso había empezado a calcular si tendría tiempo de marcharse, comprar algo para comer y regresar, cuando, de pronto, la mujer caribeña de pelo canoso a la que había visto antes abrió la puerta que daba al vestíbulo y la sostuvo abierta. Su expresión indicaba con toda claridad que la reunión de la ROC ya estaba empezando a abusar de su hospitalidad.

Jimmy, sin embargo, seguía enardecido.

—¡Esta presunta celebración del espíritu olímpico, del juego limpio y del deporte no profesional está normalizando la represión y el autoritarismo! ¡Abrid los ojos: Londres se está militarizando! ¡El Estado británico, que lleva siglos perfeccionando las tácticas de la colonización y la invasión, utiliza los Juegos Olímpicos como la excusa perfecta para desplegar a la policía, el Ejército, helicópteros y armas contra los ciudadanos de a pie! Un millar de nuevas cámaras de circuito cerrado de televisión, leyes adicionales aprobadas a toda prisa... ¿Acaso creéis que todo eso se retirará cuando haya terminado este carnaval del capitalismo?

»¡Uníos a nosotros! —gritó Jimmy, mientras la empleada del centro cívico avanzaba poco a poco, pegada a la pared, hacia la parte delantera de la sala, nerviosa pero con decisión—. ¡La ROC forma parte de un movimiento de justicia global más amplio que combate la represión con resistencia! ¡Estamos creando un frente común con todos los movimientos izquierdistas y antirrepresivos de la capital! ¡Vamos a organizar manifestaciones legítimas, y para protestar pacíficamente, vamos a utilizar todos los recursos que aún nos permiten en este Londres que, sin que nos demos cuenta, está convirtiéndose en una ciudad ocupada!

Hubo más aplausos, aunque los dos ancianos que estaban al lado de Strike parecían sumamente atribulados.

—De acuerdo, de acuerdo, ya lo sé —añadió Jimmy, dirigiéndose ahora a la empleada del centro cívico, que ya había llegado a la primera fila del público y gesticulaba con timidez—. Quieren echarnos —dijo Jimmy, sonriendo y negando con la cabeza—. ¡Por supuesto!

Unos cuantos asistentes abuchearon a la empleada del centro cívico.

—Por si alguien quiere saber más —continuó Jimmy—, estaremos en el pub del final de la calle. ¡La dirección está en los folletos!

La mayoría del público aplaudió. El policía de paisano se levantó. Y la pareja de ancianos se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies.

6

A mí mismo me conceptúan fanático rabioso, según he oído.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Hubo ruido de sillas. La gente recogió sus mochilas y sus bolsos y se los colgó del hombro, y el grueso del público empezó a desfilar hacia la puerta del fondo, aunque algunos no parecían muy dispuestos a marcharse. Strike dio unos pasos hacia Jimmy, confiando en poder hablar con él, pero el joven asiático se le adelantó, dirigiéndose con brío hacia el activista. Parecía un poco nervioso, aunque también decidido. Jimmy estaba intercambiando unas últimas palabras con el representante de Coalición Obrera, pero cuando vio que el joven asiático se acercaba a él, se despidió de Walter y, mostrando su buena disposición a hablar, se volvió hacia el muchacho, que, a todas luces, parecía un converso.

Sin embargo, en cuanto el asiático empezó a hablar, el rostro de Jimmy se ensombreció. Mientras ellos dos conversaban en voz baja en medio de la sala, que se iba vaciando rápidamente, Flick y un grupo de gente joven se quedaron en la puerta, esperando a Jimmy. Por lo visto, ninguno de ellos estaba dispuesto a ensuciarse las manos con el trabajo manual, así que la empleada del centro cívico empezó a recoger las sillas ella sola.

—Permítame que la ayude —se ofreció Strike, cogiendo tres sillas y tratando de ignorar la fuerte punzada de dolor que sintió en la rodilla cuando las levantó para colocarlas en lo alto de un montón.

—Muchas gracias —dijo la mujer, resollando—. Me parece que no volveremos a cederle el...

Dejó pasar a Walter y a unos cuantos más antes de terminar la frase. Nadie le dio las gracias.

—... el local a esta gente —concluyó con resentimiento—. No sabía a qué se dedicaban. Esos folletos hablan de desobediencia civil y no sé qué más.

—Usted está a favor de las Olimpiadas, ¿no? —preguntó Strike mientras ponía otra silla en el montón.

—Mi nieta es miembro de un club de atletismo —respondió la mujer—. Hemos conseguido entradas, y ella está impaciente.

Jimmy seguía hablando con el joven asiático. Por lo visto, la conversación había derivado en un pequeño enfrentamiento, y Jimmy parecía tenso. Miraba constantemente a su alrededor, o bien buscando una vía de escape o bien comprobando que nadie pudiera oírlos. La sala se estaba vaciando, y los dos empezaron a dirigirse hacia la salida. Strike aguzó el oído para tratar de averiguar lo que decían, pero los pasos del grupito de acólitos de Jimmy por el suelo de madera

sólo le permitieron percibir algunas palabras sueltas.

—... desde hace años, tío, ¿vale? —decía Jimmy, enojado—. Así que haz lo que te salga de los cojones, tú mismo te ofreciste voluntario...

Y no pudo oír más. Strike ayudó a la voluntaria del centro cívico a amontonar las últimas sillas y, cuando la mujer apagó la luz, le preguntó si sabía dónde estaba el White Horse.

Cinco minutos más tarde, y a pesar de su firme propósito de empezar a comer más sano, Strike se compró una bolsa de patatas fritas en una tienda de comida para llevar y siguió andando por White Horse Road, donde le habían dicho que encontraría el pub con el mismo nombre.

Mientras comía, Strike iba cavilando sobre cuál sería la mejor forma de abordar a Jimmy. Como había podido comprobar por la reacción del tipo de la puerta con la camiseta del Che Guevara, su atuendo no era el más indicado para inspirar confianza a los anticapitalistas. Jimmy tenía pinta de ser un activista de izquierdas con experiencia y, probablemente, en la tensa atmósfera previa a la inauguración de los juegos, preveía que las autoridades se interesarían por sus actividades. De hecho, Strike había visto que el hombre anodino de los ojos azules iba caminando detrás del líder de la ROC con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Sabía que tendría que convencer a Jimmy de que él no estaba allí para investigar a la Resistencia Olímpica Comunitaria.

El White Horse resultó ser un edificio prefabricado bastante feo, situado en un cruce bullicioso, delante de un gran parque. Un memorial de guerra blanco, con unas bonitas coronas de amapolas en la base, se alzaba como un reproche eterno al exterior del local, donde una gruesa capa de colillas cubría el suelo de cemento, en cuyas grietas crecían malas hierbas. Había clientes paseándose frente a la entrada, todos fumando. Strike vio a Jimmy, a Flick y a algunas personas más formando un grupo delante de una ventana decorada con una bandera enorme del West Ham. A quien no se veía por ninguna parte era al joven asiático; el policía de paisano, en cambio, merodeaba cerca de ellos.

El detective entró en el pub y pidió una cerveza. La decoración consistía fundamentalmente en banderas con la Cruz de San Jorge y más parafernalia del West Ham. Después de pedir una pinta de John Smith, Strike salió de nuevo a la terraza, encendió otro cigarrillo y se dirigió hacia el grupo que rodeaba a Jimmy. Ya se había colocado al lado de Flick cuando los otros repararon en que aquel desconocido corpulento y trajeado quería algo de ellos. De pronto, todos dejaron de hablar y lo miraron con desconfianza.

—Hola —dijo el detective—. Me llamo Cormoran Strike. ¿Podemos hablar un momento, Jimmy? Es sobre Billy.

—¿Billy? —preguntó Jimmy con recelo—. ¿Qué pasa?

—Nos conocimos ayer. Soy detective priva...

—¡Seguro que lo envía Chizzle! —soltó Flick, volviéndose hacia Jimmy con gesto de preocupación.

—¡Mierda!

Mientras el resto observaba a Strike con una mezcla de curiosidad y hostilidad, Jimmy le hizo señas para que lo siguiera y se apartaran del grupo. Para sorpresa del detective, Flick fue detrás de ellos. Unos tipos con la cabeza rapada y camisetas del West Ham saludaron al activista al verlo pasar. Jimmy se detuvo junto a dos viejos bolardos blancos coronados con sendas cabezas de caballo, comprobó que no hubiera nadie cerca que pudiese oírlos y, finalmente, le dijo a Strike:

- ¿Cómo has dicho que te llamas?
—Cormoran, Cormoran Strike. ¿Billy es tu hermano?
—Sí, mi hermano pequeño. ¿Y dices que fue a verte?
—Sí. Ayer por la tarde.
—¿Y eres detective...?
—Privado. Sí.

Strike vio un incipiente reconocimiento en los ojos de Flick. La chica tenía una cara mofletuda y pálida que no habría transmitido más que inocencia de no ser por el agresivo delineador de ojos y su alborotada cabellera de color rojo. Se volvió rápidamente hacia Jimmy.

—Jimmy, este tipo es...

—¿El que pilló al destripador de Shacklewell? —preguntó Jimmy, mirando a Strike por encima de la llama del mechero mientras se encendía otro cigarrillo—. ¿El del caso de Lula Landry?

—Ése soy yo —confirmó Strike.

Con el rabillo del ojo, el detective vio que la mirada de Flick descendía por su cuerpo hasta los tobillos. La chica hizo una mueca de desprecio.

—¿Y dices que Billy fue a verte? —preguntó Jimmy otra vez—. ¿Para qué?

—Me contó que había visto cómo estrangulaban a una niña.

Jimmy, mosqueado, lanzó bocanadas de humo.

—Ya. Está mal de la olla. Trastorno esquizoafectivo.

—Sí, ya me pareció que estaba enfermo —coincidió Strike.

—¿Y sólo te dijo eso? ¿Que había visto cómo estrangulaban a una niña?

—A mí me pareció suficiente para ponerme a trabajar.

Los labios de Jimmy se retorcieron en una sonrisa arisca.

—Supongo que no te lo creerías, ¿verdad?

—No —contestó el detective con sinceridad—, pero creo que no debería deambular por las calles en esas condiciones. Necesita ayuda.

—A mí no me parece que haya empeorado, ¿y a ti? —le preguntó Jimmy a Flick, con un tono de indagación desapasionada un tanto artificial.

—No —contestó ella, y a continuación se dirigió a Strike sin apenas disimular su animadversión—. Tiene altos y bajos. Si se toma la medicación, está controlado.

Ahora que estaba lejos del resto de sus amigos, su acento se había vuelto mucho más de clase media.

El detective se fijó en que se había pintado la raya del ojo por encima de una legaña. Él había pasado largos períodos de su infancia viviendo en la miseria, y sentía un fuerte rechazo por la falta de higiene, salvo en aquellas personas que eran tan desgraciadas o estaban tan enfermas que en ellas la limpieza se volvía irrelevante.

—Ex militar, ¿verdad? —le preguntó la chica.

Pero Jimmy habló al mismo tiempo que ella:

—¿Cómo supo Billy dónde encontrarte?

—¿Llamando a información? —sugirió Strike—. No vivo en una cueva.

—Billy no sabe llamar a información.

—Pues encontró mi oficina...

—No hay ningún niño muerto —dijo Jimmy con brusquedad—. Eso son imaginaciones tuyas. Siempre suelta ese rollo cuando sufres una crisis. ¿No te fijaste en su tic?

Jimmy imitó, con una exactitud casi cruel, el movimiento compulsivo de una mano desplazándose de la nariz al pecho. Flick se rió.

—Sí, claro que me fijé —arguyó Strike sin sonreír—. ¿Así que no sabes dónde está?

—No lo veo desde ayer por la mañana. ¿Para qué quieres hablar con él?

—Como ya he dicho, no me pareció que estuviera en condiciones de pasearse solo por ahí.

—Vaya, tienes un espíritu muy altruista —saltó Jimmy—. El detective rico y famoso se preocupa por nuestro Bill.

Strike no dijo nada.

—Ex militar, ¿verdad? —repitió Flick.

—Sí —confirmó Strike, y la miró desde su elevada estatura—. ¿Qué importancia tiene eso?

—No, ninguna... —La chica se sonrojó un poco e, indignada, añadió—: Pero no siempre te ha preocupado tanto que otros pudieran resultar heridos, ¿verdad?

Strike, que conocía a otras personas con la opinión de Flick, no dijo nada. Probablemente aquella joven le habría creído si le hubiese dicho que se había alistado en el Ejército con la esperanza de ensartar niños con una bayoneta.

Jimmy tampoco parecía muy interesado en seguir oyendo las opiniones de Flick sobre el Ejército.

—A Billy no le va a pasar nada. A veces aparece por casa, y luego se larga. Lo hace continuamente.

—¿Y dónde vive cuando no está con vosotros?

—En casas de sus amigos —contestó Jimmy—. No los conozco a todos. —Y entonces se contradijo—: Esta noche los llamaré y me aseguraré de que está bien.

—Perfecto —dijo el detective.

Luego se terminó la cerveza y le dio la jarra a un camarero con tatuajes que en ese momento cruzaba la terraza, recogiendo vasos vacíos. Strike le dio una última calada al cigarrillo, lo tiró para que se uniera a los miles de colillas que cubrían el suelo agrietado, lo aplastó con el pie ortopédico y sacó la cartera.

—Hazme un favor —le dijo a Jimmy, tendiéndole una tarjeta de visita—, llámame si aparece, ¿vale? Sólo para quedarme tranquilo.

Flick soltó una risita burlona, pero pareció que a Jimmy le cogía desprevenido.

—Sí, claro... claro, te llamaré.

—¿Sabéis cuál es el mejor autobús para llegar a Denmark Street? —les preguntó Strike.

No quería dar otra larga caminata hasta la estación de metro, y los autobuses pasaban por delante del pub con una frecuencia tentadora. Jimmy, que parecía conocer muy bien la zona, le dio las indicaciones para llegar a la parada.

—Muchas gracias. —Strike se guardó la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta y dijo como de pasada—: Billy me comentó que tú también estabas allí cuando estrangularon a la niña, Jimmy.

La señal reveladora fue la rapidez con que Flick volvió la cabeza hacia su amigo. En esta ocasión, fue él quien supo reaccionar: se le inflaron las aletas de la nariz, pero, por lo demás,

fingió con un arte encomiable que no se había alarmado.

—Sí, tiene toda esa escena macabra muy bien detallada en su pobre cabeza de chiflado — contestó—. A veces cree que nuestra difunta madre también estaba allí. Supongo que cualquier día dirá que también lo presenció el Papa.

—Es una pena —dijo Strike—. Espero que lo encuentres pronto.

Levantó una mano a modo de saludo, y los dejó allí, de pie en la terraza. Hambriento a pesar de haberse comido las patatas, y con el muñón dolorido, cuando llegó a la parada cojeaba de nuevo.

El autobús llegó al cabo de un cuarto de hora. Dos jóvenes que iban borrachos, unos asientos por delante de él, iniciaron una larga y repetitiva discusión sobre el nuevo fichaje del West Ham, Jussi Jääskeläinen, cuyo nombre ninguno de los dos sabía pronunciar. Strike miraba por la sucia ventanilla sin fijarse en nada, con la pierna dolorida, muerto de ganas de tumbarse en la cama, pero incapaz de relajarse.

Por muy fastidioso que resultara admitirlo, el viaje a Charlemont Road no le había servido para despejar la pequeña pero persistente duda que le generaba el relato de Billy. La reacción sobresaltada de Flick ante su comentario y la forma en que había mirado a Jimmy, y, sobre todo, su abrupta exclamación cuando él se había presentado, «¡Seguro que lo envía Chizzle!», habían convertido aquella pequeña duda en un obstáculo posiblemente permanente para que el detective pudiera alcanzar la paz de espíritu.

7

¿Piensa usted quedarse aquí con carácter permanente o por poco tiempo?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

A Robin le habría gustado no hacer nada aquel fin de semana y poder descansar después de tantos días abriendo cajas y montando muebles, pero Matthew estaba impaciente por celebrar la fiesta de inauguración, a la que había invitado a muchísimos colegas suyos. La historia de la calle era interesante y romántica; había sido construida para armadores y capitanes de barco en la época en que Deptford era un centro de construcción naval, y a Matthew le hacía sentirse orgulloso. Quizá todavía no hubiese llegado al barrio de sus sueños, pero una calle corta, adoquinada, llena de casas antiguas y preciosas era exactamente lo que él deseaba. Habían subido un peldaño más, aunque Robin y él sólo hubieran alquilado aquella pulcra casa de ladrillo con ventanas de guillotina y molduras de querubines sobre la puerta de entrada.

Al principio, Matthew se había mostrado reticente cuando Robin le había propuesto volver a alquilar, pero ella había hecho caso omiso de sus objeciones y le había explicado que no soportaría pasar otro año más en Hastings Road, mientras seguían descartando, una tras otra, la compra de viviendas sobrevaloradas. Gracias a la herencia y al nuevo empleo de Matthew, podían pagar el alquiler de aquella elegante y autosuficiente casita de tres dormitorios sin tener que recurrir al dinero que habían obtenido con la venta de su piso de Hastings Road.

El propietario, un publicista que se había mudado a Nueva York para trabajar en las oficinas centrales de la empresa en la que estaba contratado, estaba encantado con sus nuevos inquilinos. Era un homosexual cuarentón que supo apreciar el aspecto pulcro de Matthew y que se tomó la molestia de ir a entregarles las llaves en persona el día de la mudanza.

—Estoy de acuerdo con Jane Austen respecto al inquilino ideal —le dijo a Matthew en la calle—. «Un hombre casado y sin hijos: ése es el perfil más deseable.» ¡Para que una casa esté bien cuidada, hace falta una mujer! ¿O vosotros compartís las tareas domésticas?

—Por supuesto —contestó Matthew con una gran sonrisa.

Robin, que en ese momento entraba por la puerta cargada con una caja llena de plantas y pasó entre los dos hombres, se mordió la lengua para no hacer un comentario sarcástico.

Sospechaba que Matthew no les había revelado a sus amigos ni a sus compañeros de trabajo que la casa no era de compra, sino de alquiler. Lamentaba su cada vez más acusada tendencia a detectar las actitudes mezquinas y tramposas de su marido, incluso en asuntos sin importancia, de modo que se imponía a ella misma castigos por pensar siempre mal de él. Era debido a ese espíritu de autoflagelación por lo que había accedido a celebrar la fiesta, había comprado alcohol

y vasos de plástico, había cocinado y lo había dejado todo preparado en la cocina. Matthew había cambiado los muebles de sitio y había dedicado varios días a componer una lista de reproducción que ahora sonaba a todo volumen en el iPod que estaba conectado al altavoz. Los primeros compases de *Cutt Off*, de Kasabian, empezaron a sonar cuando Robin subió corriendo a cambiarse.

Robin llevaba la cabeza llena de rulos, porque había decidido hacerse el mismo peinado que el día de la boda. Como iba con retraso y los invitados pronto empezarían a llegar, fue quitándose los rulos con una mano mientras con la otra abría la puerta del armario. Pensaba ponerse un vestido nuevo, ajustado, de color gris claro, pero tenía la impresión de que la hacía parecer demasiado pálida. Titubeó un momento, y entonces sacó el Roberto Cavalli verde esmeralda que nunca se había puesto en público. Era la prenda más cara que poseía, y también la más bonita: el «regalo de despedida» que le había hecho Strike cuando Robin empezó a trabajar para él como empleada temporal y lo ayudó a capturar a su primer asesino. La cara de Matthew cuando ella, emocionada, le había enseñado el regalo era lo que le había impedido estrenarlo hasta ahora.

Por algún extraño motivo, pensó en la novia de Strike mientras sostenía el vestido contra el cuerpo. Lorelei, que siempre vestía ropa de colores llamativos, imitaba el estilo de las modelos de los años cuarenta. Tenía la misma estatura que Robin, y siempre llevaba su brillante melena oscura peinada de forma que le tapara un ojo, como Veronica Lake. Robin sabía que tenía treinta y tres años, y que era copropietaria y regentaba una tienda de ropa *vintage* y vestuario teatral en Chalk Farm Road. A Strike se le había escapado esa información un día, y Robin tomó nota del nombre y, cuando llegó a su casa, lo buscó en internet. La tienda parecía un negocio próspero y con mucho glamur.

—Son menos cuarto —dijo Matthew, entrando presuroso en el dormitorio y quitándose la camiseta—. Voy a darme una ducha rápida.

Vio a Robin sujetando el vestido contra el cuerpo y dijo:

—¿No ibas a ponerte el gris?

Sus miradas se encontraron en el espejo. Matthew, cuyas facciones eran tan simétricas que su reflejo apenas se distinguía de la persona de carne y hueso, estaba muy atractivo con el torso bronceado y al descubierto.

—Creo que el gris acentúa mi palidez —contestó Robin.

—Yo prefiero el gris. Me gusta tu palidez.

Ella forzó una sonrisa.

—Vale. Me pondré el gris.

Una vez vestida, se pasó los dedos por los tirabuzones para soltarlos un poco, se calzó unas sandalias plateadas y se apresuró a bajar. Nada más llegar al recibidor, sonó el timbre.

Si le hubiesen preguntado quiénes creía que serían los primeros invitados en llegar, habría contestado que Sarah Shadlock y Tom Turvey, que se habían comprometido hacía poco. Seguro que a Sarah le encantaría pillarla desprevenida, y no desaprovecharía la ocasión de husmear por la casa antes que nadie y apostarse en un rincón desde el que poder escudriñar a los recién llegados. Y efectivamente, cuando abrió la puerta, allí estaba Sarah con un llamativo vestido rosa y un gran ramo de flores en los brazos. Tom llevaba cerveza y vino.

—¡Es preciosa, Robin! —canturreó Sarah nada más cruzar el umbral, examinando todos los detalles del recibidor.

Abrazó a Robin distraídamente, con la vista fija en la escalera, por la que bajaba Matthew abrochándose la camisa.

—Me encanta —añadió—. Toma, esto es para ti.

Robin se encontró de pronto cargada con el ramo de azucenas.

—Gracias —dijo—. Voy a ponerlas en un jarrón.

No tenían ninguno lo bastante grande para aquel ramo, pero Robin no podía dejar las flores en el fregadero. Oía la risa de Sarah desde la cocina, a pesar de que Coldplay y Rihanna cantaban *Princess of China* a todo volumen por el iPod de Matthew. Robin sacó un cubo de un armario y empezó a llenarlo, y al hacerlo se salpicó el vestido con agua.

Recordó que, en una ocasión, le había sugerido a Matthew que no volviera a invitar a comer a Sarah entre semana. Incluso habían hablado de dejar de relacionarse con ella, después de que Robin descubriera que él la había engañado con Sarah en su época universitaria. Matthew, sin embargo, trabajaba en la empresa de Tom, y éste lo había ayudado a conseguir el puesto mejor pagado de toda la oficina. Además, ahora que Sarah ostentaba con orgullo aquel gran diamante solitario, Matthew, por lo visto, no creía que pudiera haber nada mínimamente incómodo en el hecho de socializar con los futuros señor y señora Turvey.

Robin los oía a los tres pasearse por el piso de arriba. Matthew les estaba enseñando los dormitorios. Sacó el cubo lleno de azucenas del fregadero y lo puso en un rincón, junto al hervidor de agua, preguntándose si sospechar que Sarah le había llevado flores para que estuviera entretenida un rato la convertía en alguien demasiado miserable. De hecho, Sarah nunca había abandonado la actitud coqueta que mostraba con Matthew desde la época en que estudiaban juntos en la universidad.

Robin se sirvió una copa de vino y salió de la cocina justo cuando Matthew los guiaba al salón.

—... y se supone que lord Nelson y lady Hamilton vivieron en el número diecinueve, aunque entonces se llamaba Union Street —iba diciendo—. Bueno, ¿quién quiere una copa? Está todo preparado en la cocina.

—Una casa preciosa, Robin —dijo Sarah—. Las ocasiones como ésta no surgen a menudo. Habéis tenido muchísima suerte.

—Sólo la alquilamos —puntualizó Robin.

—¿Ah, sí? —comentó Sarah entornando los ojos.

Robin imaginó que estaría sacando sus propias conclusiones, no sobre el mercado inmobiliario, sino sobre su matrimonio con Matthew.

—Qué pendientes tan bonitos —dijo Robin para cambiar de tema.

—¿Verdad? —Sarah se apartó el pelo para que se vieran mejor—. Me los regaló Tom por mi cumpleaños.

Volvió a sonar el timbre, y Robin fue a abrir con la esperanza de que se tratase de alguien a quien hubiese invitado ella. No esperaba que fuese Strike, eso desde luego. Él llegaría tarde, como siempre que lo había invitado a alguna reunión privada.

—Oh, menos mal —dijo, sorprendida de su propio alivio, cuando vio a Vanessa Ekwensi.

Vanessa era policía: alta, negra, con ojos almendrados, tipo de modelo y una serenidad que Robin envidiaba. Había acudido a la fiesta sola. Su novio, que trabajaba en el laboratorio forense de la Metropolitana, tenía un compromiso. Robin se llevó un chasco, porque estaba deseando

conocerlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Vanessa nada más entrar con una botella de vino tinto en la mano.

Llevaba un vestido de seda con tirantes de color morado oscuro, y Robin se acordó del Cavalli verde esmeralda que había dejado arriba, arrepintiéndose de no habérselo puesto.

—Sí, sí —contestó—. Ven a la parte de atrás. Allí podrás fumar.

Guió a Vanessa por el salón, donde Sarah y Matthew se estaban riendo de la incipiente calvicie de Tom delante de sus narices.

La fachada que daba al pequeño jardín trasero estaba cubierta de hiedra, y había unos arbustos bien cuidados en unos tiestos de terracota. Robin, que no fumaba, había dispuesto unas cuantas sillas plegables, además de algún cenicero y velitas de té por todas partes. Matthew, con la voz crispada, le había preguntado por qué se tomaba tantas molestias por los fumadores. Ella sabía perfectamente por qué lo decía, pero prefirió disimular.

—¿Es que Jemima ya no fuma? —le preguntó, fingiendo confusión.

Jemima era la jefa de Matthew.

—Ah —repuso él, desprevenido—. Sí, pero sólo cuando sale.

—Pues hoy creo que sale, ¿no es así, Matt? —dijo Robin con dulzura.

Fue a buscarle una copa a Vanessa y, cuando regresó, la encontró encendiendo un cigarrillo, con sus preciosos ojos clavados en Sarah Shadlock, que seguía burlándose de las entradas de Tom con el apoyo de Matthew, su cómplice entusiasta.

—Es ella, ¿no? —le preguntó Vanessa.

—Sí, es ella.

Robin agradeció aquella pequeña muestra de apoyo moral. Su amistad con Vanessa había empezado meses antes de que Robin se decidiera a contarle la historia de su relación con Matthew. Antes de eso, cuando salían e iban al cine o a algún restaurante barato, sólo hablaban de temas policiales, de política y de ropa. Vanessa era la mujer cuya compañía más agradaba a Robin. Matthew, que la había visto sólo un par de veces, le había dicho que la encontraba «fría», aunque no había sabido explicarle por qué motivo.

Vanessa había tenido varias parejas y se había comprometido una vez, pero rompió el compromiso porque su novio la engañó. A veces Robin se preguntaba qué pensaría su amiga de que se hubiera casado con su novio del colegio, y si la encontraría ridícula e inexperta.

Al poco rato, irrumpió en el salón un grupo formado por colegas de Matthew y sus parejas. Saltaba a la vista que, antes, habían pasado por un pub. Robin vio que Matthew los saludaba y les mostraba dónde estaban las bebidas. Había adoptado el tono ruidoso y guasón que ya le había visto emplear cuando salían con sus compañeros de trabajo. La ponía de los nervios.

La fiesta se llenó rápidamente. Robin se ocupaba de las presentaciones, les enseñaba a los invitados dónde estaban las bebidas, sacaba más vasos de plástico y repartía por el salón algunas bandejas de comida porque la cocina estaba cada vez más abarrotada. Sin embargo, hasta que llegaron Andy Hutchins y su mujer no sintió que podía relajarse un rato y dedicarles un poco de tiempo a sus amigos.

—He preparado una bandeja de comida especial para ti —le dijo Robin a Andy después de mostrarles a él y a Louise dónde estaba el jardín—. Os presento a Vanessa. Es de la Metropolitana. Vanessa, éstos son Andy y Louise. Espérame aquí, Andy, que te la traigo. No lleva

lácteos.

Entró en la cocina y encontró a Tom apoyado en la nevera.

—Perdona, Tom, necesito...

Él parpadeó un poco y se apartó. Robin se dio cuenta de que ya estaba borracho, y sólo eran las nueve. Desde allí podía oír las ruidosas carcajadas de Sarah, que estaba fuera, rodeada de gente.

—Déjame ayudarte... —balbuceó Tom.

Y se quedó sujetando la puerta de la nevera, que amenazaba con cerrarse y golpear a Robin mientras ella se inclinaba para coger del estante inferior la bandeja de comida sin lácteos ni fritos que había reservado para Andy.

—Caray, Robin, tienes un trasero muy bonito...

Ella se enderezó y no hizo ningún comentario. A pesar de la sonrisa ebria de Tom, Robin percibía la infelicidad que corría por detrás de aquel gesto como si fuera una corriente de aire frío. Matthew le había contado que Tom estaba muy preocupado por sus entradas, y que incluso se estaba planteando hacerse un trasplante.

—Llevas una camisa muy bonita —le dijo Robin.

—¿Esta camisa? ¿Te gusta? Me la compró ella. Matt tiene una igual, ¿verdad?

—Pues... no estoy segura —contestó Robin.

—No estás segura... —dijo Tom, soltando una risita breve y desagradable—. No te han servido de mucho los cursillos de vigilancia, ¿no? Tendrías que prestar más atención en casa, Rob.

Robin se quedó mirándolo un momento, sin saber si sentir compasión o rabia, y, finalmente, tras decidir que estaba demasiado borracho y que no tenía sentido discutir con él, se marchó con la comida para Andy.

Lo primero que vio cuando la gente se apartó para dejarla salir al jardín fue que Strike había llegado. Estaba de espaldas a ella, hablando con Andy y con Lorelei, que llevaba un vestido de seda rojo. La reluciente melena que le caía por la espalda parecía la de un anuncio de champú de marca cara. Durante la breve ausencia de Robin, Sarah se las había ingeniado para infiltrarse en el grupo. Cuando Vanessa vio que Robin volvía, la comisura de su boca tembló ligeramente.

—Hola —dijo Robin, dejando la bandeja de comida en la mesa de hierro forjado, al lado de Andy.

—¡Hola, Robin! —saludó Lorelei—. ¡Qué calle tan bonita!

—Sí, ¿verdad? —contestó ella, mientras Lorelei lanzaba un beso al aire junto a su oreja.

Strike también se inclinó hacia ella. Su barba incipiente rozó la mejilla de Robin, pero sus labios no llegaron a tocarla. Estaba abriendo el paquete de seis botellas de Doom Bar que había llevado.

Robin había ensayado mentalmente algunas de las cosas que iba decirle a Strike cuando éste llegara a su casa nueva; con actitud relajada, tranquila, con la que dar a entender que no se arrepentía de nada, que había contrapartidas maravillosas que inclinaban la balanza a favor de Matthew. También quería preguntarle sobre aquel extraño asunto de Billy y la niña estrangulada, pero Sarah no paraba de hablar de Christie's, la casa de subastas donde trabajaba, y todos la escuchaban.

—Sí, el día tres sacamos a subasta *The Lock* —dijo—. Un Constable —añadió con

consideración, por si alguien no sabía tanto de arte como ella—. Esperamos superar los veinte.

—¿Los veinte mil? —preguntó Andy.

—Los veinte millones —dijo Sarah con una risita de superioridad.

Matthew rió detrás de Robin, y ella se apartó automáticamente para dejarlo entrar en el corro. Enseguida se dio cuenta de que estaba embelesado, como solía sucederle cuando se hablaba de grandes cantidades de dinero. «A lo mejor es de esto de lo que hablan cuando van a comer juntos Sarah y él: de dinero», pensó.

—*Gimcrack* superó los veintidós el año pasado. Un Stubbs. El tercer Viejo Maestro más valioso jamás vendido.

Con el rabillo del ojo, Robin vio cómo la mano de uñas pintadas de rojo de Lorelei se entrelazaba con la de Strike, que llevaba en la palma la marca del mismo cuchillo que había dejado una cicatriz en el brazo de Robin.

—En fin, ¡qué aburrimiento! —dijo Sarah con falsedad—. ¡Prohibido seguir hablando de trabajo! ¿Alguien ha conseguido entradas para los Juegos Olímpicos? Tom, mi prometido, está furioso. Nos las han dado para el ping pong. —Compuso una expresión que pretendía ser graciosa—. ¿Alguien ha tenido más suerte que nosotros?

Robin vio que Strike y Lorelei se miraban, y se dio cuenta de que se consolaban mutuamente por tener que soportar la tediosa conversación sobre las entradas de los Juegos Olímpicos. De pronto, Robin lamentó que hubieran ido a la fiesta y se apartó del grupo.

Una hora más tarde, Strike, en el salón, hablaba con un compañero de trabajo de Matthew de las posibilidades que tenía la selección inglesa de fútbol de ganar la Eurocopa, mientras Lorelei bailaba. Robin, con quien el detective no había intercambiado ni una sola palabra desde que se habían encontrado fuera, cruzó la habitación con una bandeja de comida en la mano, se detuvo un momento para hablar con una pelirroja, y luego siguió paseándose y ofreciendo la bandeja. Strike se fijó en su peinado y se acordó del día de la boda.

Tenía muy presentes las sospechas que le había provocado la visita de Robin a aquella clínica desconocida, y examinó su silueta, realzada por el ajustado vestido gris. No parecía que estuviera embarazada, y el hecho de que aquella noche estuviese bebiendo vino también podía desmentirlo, aunque cabía la posibilidad de que sólo acabaran de empezar el proceso de fecundación in vitro.

Justo delante de él, visible entre la gente que bailaba, estaba la inspectora Vanessa Ekwensi. A Strike le había sorprendido encontrársela en la fiesta. Estaba apoyada en la pared, hablando con un individuo alto y rubio que, por lo visto, a juzgar por su actitud obsequiosa, había olvidado temporalmente que llevaba un anillo de casado. La inspectora miró a Strike desde el otro lado de la estancia y, con una mirada sutil, le dio a entender que no le importaría que fuera a interrumpir aquel *tête-à-tête*. La conversación sobre fútbol tampoco era tan fascinante como para que el detective se resistiera a abandonarla, así que, en cuanto se produjo la siguiente pausa, se abrió paso entre los invitados que bailaban para ir a hablar con ella.

—Buenas noches.

—Hola —dijo Vanessa, recibiendo el beso en la mejilla con la misma elegancia que caracterizaba todos sus movimientos—. Cormoran, te presento a Owen... Perdona, ¿cómo has dicho que te apellidas?

Owen no tardó mucho en abandonar cualquier esperanza respecto a Vanessa, ya fuera el mero

placer de coquetear con una mujer hermosa o conseguir su número de teléfono.

—No sabía que Robin y tú erais amigas —comentó Strike, mientras Owen se alejaba.

—Sí, nos vemos bastante. Cuando me enteré de que la habías despedido, le mandé una nota.

—Ah —dijo Strike, antes de tomar un sorbo de Doom Bar—. Entiendo.

—Me llamó para darme las gracias y quedamos para ir a tomar algo.

Robin nunca le había mencionado nada de todo aquello, aunque Strike era perfectamente consciente de que él había hecho todo lo posible por rechazar cualquier conversación que no fuese de trabajo desde que ella había regresado de la luna de miel.

—Una casa muy bonita —comentó.

Procuró no comparar aquella habitación decorada con gusto con el minúsculo ático donde vivía, encima de su oficina. Pensó que Matthew debía de estar ganando mucho dinero para poder permitirse aquello; el aumento de sueldo de Robin no daba para tanto.

—Sí, muy bonita —coincidió Vanessa—. Están de alquiler.

Strike se quedó unos segundos viendo bailar a Lorelei mientras cavilaba sobre aquel interesante dato. Detectó una pizca de malicia en el tono de Vanessa, y eso le hizo pensar que ella también lo interpretaba como una decisión que no estaba basada únicamente en el mercado inmobiliario.

—Toda la culpa la tiene una bacteria marina —añadió con calma Vanessa.

—¿Cómo dices? —preguntó Strike, desconcertado.

Ella le lanzó una mirada y, riendo, negó con la cabeza.

—Nada, nada. Olvídalo.

—... Sí, no nos ha ido mal —le oyó decir Strike a Matthew, que estaba hablando con la pelirroja, durante una pausa de la música—. Tenemos entradas para el boxeo.

«Cómo no, capullo», pensó el detective, enojado, mientras se palpaba el bolsillo buscando el paquete de cigarrillos.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Lorelei cuando iban en el taxi, a la una de la madrugada.

—No especialmente —contestó Strike, con la vista fija en los faros de los coches que iban en la dirección contraria.

Tenía la impresión de que Robin se había pasado la noche esquivándolo. Después de la conversación relativamente cordial que habían mantenido el jueves, él esperaba... ¿Qué? ¿Una conversación, unas risas? Sentía curiosidad por saber cómo le iba al matrimonio, pero no había descubierto nada. Matthew y Robin parecían tener una buena relación, pero el hecho de que hubieran alquilado aquella casa lo tenía intrigado. ¿Indicaba, aunque fuese de forma subconsciente, falta de confianza en su futuro como pareja? ¿Habían apostado por algo más fácil de dismantelar? Y luego estaba la amistad con Vanessa Ekwensi, que Strike interpretaba como otra apuesta de Robin por conservar una vida al margen de Matthew.

«Toda la culpa la tiene una bacteria marina.»

¿Qué demonios significaba eso? ¿Tenía alguna relación con aquella misteriosa clínica? ¿Estaría Robin enferma?

Tras unos minutos de silencio, Strike reparó en que no le había preguntado a Lorelei qué le había parecido la fiesta.

—He estado en algunas mejores —suspiró Lorelei—. Me temo que tu Robin tiene un montón de amigos aburridos.

—Sí —dijo Strike—. Creo que casi todos son amigos de su marido. Es contable... Y un poco gilipollas —añadió, y disfrutó diciéndolo.

El taxi circulaba por las calles oscuras mientras el detective recordaba la silueta de Robin con el vestido gris.

—¿Perdón? —dijo de pronto, porque le pareció que Lorelei le había dicho algo.

—Te he preguntado en qué piensas.

—En nada —mintió Strike, y, para no tener que hablar, la rodeó con un brazo, tiró de ella hacia él y la besó.

8

Desde entonces ha subido Mortensgaard, ¡ya lo creo!
Hay muchos que lo solicitan.
HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El domingo por la noche, Robin le mandó un mensaje a Strike para preguntarle qué quería que hiciera el lunes, porque, antes de tomarse la semana de fiesta, había delegado todo el trabajo que tenía pendiente. La respuesta del detective no pudo ser más escueta: «Ven a la oficina.» Y eso fue lo que hizo. Al día siguiente llegó puntual, a las nueve menos cuarto, y, a pesar de cómo estaban las cosas entre su socio y ella, se alegró de volver a aquella cochambrosa oficina.

Encontró la puerta del despacho de Strike abierta. Él estaba sentado a su mesa, escuchando a alguien que le hablaba por teléfono, y el sol que entraba por la ventana formaba charcos dorados en la gastada moqueta.

El débil murmullo del tráfico pronto quedó anulado por el traqueteo del viejo hervidor de agua, y, cinco minutos después de su llegada, Robin puso una taza de Typhoo humeante y cargado delante de Strike, que hizo un gesto de aprobación con el pulgar y le dio las gracias moviendo los labios. Robin volvió a su mesa y vio que en su teléfono parpadeaba una luz, lo que indicaba que tenía un mensaje en el contestador. Marcó el número del buzón de voz, y una voz fría y femenina le informó de que habían recibido aquella llamada diez minutos antes de llegar, mientras Strike estaba o bien arriba, o bien ocupado atendiendo la otra llamada.

Robin oyó un susurro entrecortado:

—Siento haberlo dejado plantado, señor Strike, lo siento. Pero no puedo volver. Me tiene encerrado aquí, no puedo salir, ha cableado las puertas...

Los sollozos le impidieron entender el final de la frase. Preocupada, Robin intentó llamar la atención de Strike, pero él se había dado la vuelta en su silla giratoria y miraba por la ventana mientras seguía hablando por teléfono. Robin distinguió alguna palabra suelta entre los lastimeros gemidos que oía por teléfono.

—... no puedo salir... Estoy solo...

—Vale, de acuerdo —dijo Strike en su despacho—. Entonces, hasta el miércoles, ¿no? Estupendo. Que pases un buen día.

—... ¡Ayúdeme, por favor, señor Strike! —gimoteaba la voz por el auricular.

Robin pulsó el botón para conectar el altavoz, y de inmediato aquella voz torturada inundó la oficina.

—Las puertas explotarán si intento escapar, señor Strike. Ayúdeme, por favor, venga a buscarme, no debería haber venido, le dije que sabía lo de esa cría, esto es mucho más grave, mucho más grave, yo creía que podía confiar en él...

Strike hizo girar la silla, se levantó y salió a grandes zancadas a la recepción. Se oyó un fuerte golpe, como si hubieran soltado el auricular. Los sollozos siguieron oyéndose, pero a lo lejos, como si se alejaran del teléfono.

—Es él —dijo Strike—. Es Billy, Billy Knight.

Los sollozos y los gemidos volvieron a oírse mejor, y, en un susurro angustiado, con los labios pegados al auricular, oyeron que Billy decía:

—... Hay alguien en la puerta. Ayúdeme. Ayúdeme, señor Strike...

Y se cortó la comunicación.

—Localiza el número —dijo Strike.

Robin cogió el auricular para marcar el 1471, pero, antes de que pudiera hacerlo, el teléfono volvió a sonar. Contestó, mirando fijamente al detective.

—Agencia Cormoran Strike.

—Ah, sí... Buenos días —dijo una voz grave y aristocrática.

Robin compuso una mueca; Strike negó con la cabeza.

—Mierda —masculló el detective mientras volvía a su despacho a buscar su taza de té.

—¿Puedo hablar con el señor Strike, por favor?

—Lo siento, está hablando por la otra línea —mintió Robin.

Desde hacía un año, su procedimiento habitual era devolverle la llamada al cliente. De ese modo, filtraban a los periodistas y a los personajes excéntricos.

—Esperaré —dijo el interlocutor, que parecía quisquilloso, poco acostumbrado a no salirse con la suya.

—Lo siento, creo que tardará bastante. ¿Quiere darme su número para que él le llame en cuanto acabe?

—De acuerdo, pero tendrá que ser antes de diez minutos, porque voy a entrar en una reunión. Dígame que quiero hablar de un trabajo que me gustaría encargarle.

—Me temo que no puedo garantizarle que el señor Strike vaya a poder ocuparse del trabajo personalmente —advirtió Robin; eso también formaba parte de la respuesta habitual para bloquear a los periodistas—. Ahora mismo la agencia está saturada. —Cogió papel y bolígrafo y añadió—: ¿De qué tipo de trabajo estaríamos hablando...?

—¡Tiene que ser el señor Strike! —la interrumpió la voz enérgicamente—. Haga el favor de decírselo. Tiene que ser el señor Strike en persona. Me llamo Chizzle.

—¿Me lo puede deletrear, por favor? —Robin no estaba segura de haber oído bien.

—C - H - I - S - W - E - L - L. Jasper Chiswell. Dígame que me llame a este número de teléfono.

Robin anotó los dígitos que le cantó Chiswell y se despidió. Cuando colgó el auricular, Strike se sentó en el sofá de cuero falso que tenían para los clientes en la recepción; un sofá que tenía la irrespetuosa costumbre de emitir ruidos inesperados que se parecían mucho a una ventosidad cuando uno cambiaba de postura.

—Ha llamado un tal Jasper Chizzle, que se escribe «Chiswell», para encargarte un trabajo. Dice que tienes que hacerlo tú, que no puede ser nadie más. —Arrugó la frente y puso cara de

perplejidad—. Ese nombre me suena...

—Sí —dijo Strike—. Es el ministro de Cultura.

—Oh, Dios mío... ¡Claro! ¡Ese tipo grandote del peinado estrafalario!

—Exacto.

A Robin la asaltaron un puñado de vagos recuerdos y asociaciones. Le parecía recordar un asunto turbio, una dimisión precipitada, una rehabilitación y, más recientemente, un nuevo escándalo y más noticias en los periódicos...

—¿No condenaron a su hijo a prisión por homicidio imprudente no hace mucho? —preguntó—. Ése era Chiswell, ¿verdad? Creo que su hijo conducía drogado y mató a una joven madre, ¿no es así?

Strike, por lo visto, estaba pensando en otra cosa.

—Sí, me suena... —dijo; tenía una expresión muy extraña.

—¿Qué ocurre?

—Pues varias cosas. —El detective se pasó una mano por la barbilla sin afeitarse—. Para empezar, que el viernes localicé al hermano de Billy.

—¿Cómo?

—Es una larga historia, pero resulta que su hermano, un tal Jimmy, está metido en un grupo de opositores a las Olimpiadas. «Resistencia Olímpica Comunitaria», se llaman. La ROC. En fin, iba con una chica, y lo primero que dijo ella cuando les dije que era detective privado fue: «Seguro que lo envía Chiswell.»

Strike caviló sobre aquello mientras se bebía el té, que estaba exactamente a su gusto.

—Pero ¿por qué iba a querer Chiswell que yo vigilara a la ROC? —continuó, pensando en voz alta—. Allí ya había un policía de paisano...

Pese a estar impaciente por oír qué otras cosas inquietaban a Strike sobre la llamada de Chiswell, Robin no le metió prisa, sino que esperó en silencio y dejó que su jefe valorara aquel nuevo descubrimiento. Ese tacto era precisamente lo que Strike había echado de menos durante la ausencia de su socia.

—Y otra cosa... —añadió por fin, como si no se hubiese interrumpido—. El hijo que fue a prisión por homicidio imprudente no es, o mejor dicho, no era, el único hijo de Chiswell. El mayor se llamaba Freddie y murió en Iraq. Sí... Comandante Freddie Chiswell, Húsares Reales de la Reina. Murió en Basora, en un ataque a un convoy. Investigué su muerte en combate cuando todavía estaba en la DIE.

—Entonces... ¿conoces a Chiswell?

—No, nunca lo vi en persona. No solíamos tratar con las familias... Aunque hace unos años sí conocí a su hija. Muy superficialmente. Sólo coincidí con ella en unas cuantas ocasiones. Había sido compañera de colegio de Charlotte.

Al oírle mencionar a Charlotte, Robin experimentó un pequeño escalofrío. Aunque lo disimulaba muy bien, sentía una gran curiosidad por la mujer con la que Strike había tenido una relación intermitente a lo largo de dieciséis años, y con la que se suponía que iba a casarse antes de que la relación terminara de mala manera y, por lo visto, de forma definitiva.

—Lástima que no hayamos podido anotar el número de Billy —se lamentó Strike, acariciándose de nuevo el mentón con una de sus enormes y velludas manos.

—La próxima vez que llame no se me escapará. —Robin lo tranquilizó—. ¿Vas a devolverle

la llamada a Chiswell? Ha dicho que estaba a punto de entrar en una reunión.

—Tengo mucho interés por saber qué quiere, pero la cuestión es si tenemos tiempo para otro cliente. Déjame pensar...

Se puso las manos detrás de la cabeza y, con el ceño fruncido, miró hacia el techo, donde la luz del sol permitía ver una serie de grietas. «Qué importa eso ahora...» Al fin y al cabo, la oficina pronto pasaría a ser el problema de una promotora inmobiliaria.

—Tengo a Andy y a Barclay vigilando a Webster. Barclay lo está haciendo bastante bien, por cierto. Ya me ha entregado material de tres días enteros de vigilancia, con fotografías y demás.

»Luego tenemos al viejo Doctor Chungo. Todavía no ha hecho nada que valga la pena mencionar.

—Lástima —dijo Robin, aunque enseguida se corrigió—: No, no quería decir eso. Quería decir que muy bien. —Se frotó los ojos—. Este trabajo... —Dio un suspiro—. Pone tu ética a prueba. ¿Quién vigila a Chungo hoy?

—Iba a pedirte que te ocuparas tú —contestó Strike—, pero el cliente llamó ayer por la tarde. Se le había olvidado decirme que el Doctor Chungo está en un simposio, en París.

Con la vista todavía clavada en el techo, la frente arrugada y aire pensativo, Strike añadió:

—Mañana empieza ese congreso de ingenieros técnicos que nos tendrá ocupados dos días. ¿Con qué te quedas, con Harley Street o con el palacio de congresos de Epping Forest? Si quieres, podemos turnarnos. ¿Qué prefieres hacer mañana: vigilar a Chungo o estar con varios centenares de frikis apuestos con camisetas de superhéroes?

—No todos los ingenieros técnicos apestan —lo reprendió Robin—. Tu amigo Spanner, por ejemplo...

—No debes juzgar a Spanner por la cantidad de desodorante que se pone para venir aquí —repuso Strike.

Spanner, que les había puesto a punto los ordenadores y los teléfonos cuando el negocio había experimentado aquel incremento repentino, era el hermano pequeño de Nick, un viejo amigo de Strike. Robin le gustaba; eso lo sabían los dos.

Strike sopesó las opciones y volvió a frotarse el mentón.

—Llamaré a Chiswell y me enteraré de qué quiere —decidió por fin—. Nunca se sabe, a lo mejor es algo más importante que el caso de ese abogado al que su mujer le pone los cuernos. Ése es el siguiente de la lista, ¿no?

—Sí, y la estadounidense que está casada con el vendedor de Ferraris. Ambos están esperando.

El detective suspiró. La mayoría de sus encargos tenían que ver con las infidelidades.

—Espero que a Chiswell no lo esté engañando su mujer. Necesito un poco de variedad.

Strike se levantó, y el sofá emitió sus flatulencias de rigor. Regresó a su despacho, y Robin, desde la recepción, le dijo:

—Entonces ¿quieres que liquide todo este papeleo?

—Sí, por favor, si no te importa. —Strike cerró la puerta detrás de él.

Robin se sentó delante de su ordenador. Estaba muy animada. Un músico callejero había empezado a cantar *No Woman, No Cry* en Denmark Street, y, durante un rato, mientras hablaban de Billy Knight y de los Chiswell, había tenido la impresión de que Strike y ella volvían a ser los de un año atrás, antes de que él la despidiera y ella se casara con Matthew.

Entretanto, el ministro de Cultura contestó a la llamada del detective casi al primer timbrado.

—Chiswell —dijo como si ladrara.

—Soy Cormoran Strike. —El detective se identificó—. Ha hablado usted con mi socia hace un momento.

—Ah, sí. —A juzgar por cómo sonaba su voz, Chiswell debía de ir en el asiento trasero de un coche—. Tengo un trabajo para usted, aunque prefiero no hablarlo por teléfono. Hoy voy a estar ocupado todo el día, y también por la noche, pero mañana podría buscar un hueco.

«*Ob-observing the hypocrites...*»³, cantaba el músico en la calle.

—Lo siento: mañana, imposible —replicó Strike mientras veía danzar las motas de polvo en un haz de luz—. De hecho, no podré hasta el viernes. ¿Le importaría darme algún detalle sobre la clase de trabajo del que estamos hablando, señor ministro?

La respuesta de Chiswell denotó una combinación de tensión y enojo.

—No puedo decirle nada por teléfono. Pero le aseguro que lo recompensaré por la molestia de reunirse conmigo, si de eso se trata.

—No es una cuestión de dinero, sino de tiempo. Tengo la agenda completamente llena hasta el viernes.

—Oh, vamos, por el amor de Dios...

De pronto Chiswell se apartó el teléfono de la cara, y Strike lo oyó hablar, colérico, con otra persona.

—... ¡a la izquierda, subnormal! ¡A la izquier...! ¡Me cago en todo! No, iré andando. ¡Iré andando, joder! ¡Abra la puerta!

Strike entreoyó a un hombre que, nervioso, decía:

—Lo siento, señor ministro. Había una señal de prohibido el paso...

—¡No importa! ¡Abra esta maldita puerta!

Strike esperó con las cejas arqueadas. Oyó cómo se cerraba la puerta del coche y unos pasos presurosos, y entonces Jasper Chiswell volvió a hablar con el teléfono cerca de la boca.

—¡Es urgente! —dijo con rabia.

—Si no puede esperar hasta el viernes, me temo que tendrá que buscar a otra persona.

«*My feet is my only carriage*»⁴, siguió cantando el músico.

Chiswell se quedó en silencio durante unos segundos, y al final dijo:

—Tiene que ser usted. Ya se lo explicaré cuando nos veamos, pero... Está bien, si sólo puede ser el viernes, reúname conmigo en el Pratt's Club, en Park Place. Venga a las doce y lo invitaré a comer.

—De acuerdo —concedió Strike, cada vez más intrigado—. El viernes en el Pratt's.

Colgó y salió de su despacho. En la recepción, Robin estaba abriendo y clasificando el correo. Cuando el detective le explicó que habían quedado en el Pratt's, ella lo buscó en Google.

—No sabía que aún existían sitios así... —dijo Robin, sin dar crédito, cuando llevaba un minuto leyendo la información en la pantalla.

—¿Sitios cómo?

—Es un club para caballeros muy... *tory*. No dejan entrar a mujeres, excepto como invitadas de los socios a la hora de comer, y «para evitar confusiones» —leyó Robin de la página de Wikipedia— «todos los empleados varones se llaman George».

—¿Y qué hacen si contratan a una mujer?

—Al parecer en los años ochenta lo hicieron —dijo Robin, con un semblante que reflejaba una mezcla de perplejidad y desaprobación—. La llamaron Georgina.

9

Mejor para ti, si no lo sabes; mejor para los dos.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

A las once y media del viernes, Strike, trajeado y recién afeitado, salió de la estación de metro de Green Park y echó a andar por Piccadilly. Los autobuses de dos pisos pasaban por delante de los escaparates de las tiendas de lujo, que sacaban jugo a la fiebre olímpica y ofrecían una ecléctica mezcla de artículos: medallas de chocolate envueltas en papel dorado, zapatos de cuero calado con la Union Jack, pósteres deportivos antiguos y, por todas partes, aquel logo descompuesto que Jimmy Knight había comparado con una esvástica desmontada.

Strike se había dado un margen de tiempo amplio para llegar al Pratt's, porque volvía a dolerle la pierna después de dos días en los que apenas había podido librarse del peso de su prótesis. Había dado por hecho que en el congreso de ingenieros de Epping Forest, donde había pasado todo el día anterior, tendría momentos para descansar, pero se había equivocado. Su objetivo, el socio recientemente despedido de una *start-up*, era sospechoso de intentar venderle características clave de su nueva aplicación a la competencia. Strike se había pasado horas persiguiendo al joven de caseta en caseta, documentando todos sus movimientos e interacciones, y confiando en que, en algún momento, se cansaría y se sentaría. Por desgracia, en la cafetería sólo había unas mesas altas, sin sillas ni taburetes, y en el bar de bocadillos la gente también permanecía de pie y comía con los dedos *sushi* servido en cajas de plástico, de modo que su objetivo se había pasado ocho horas andando o de pie. La noche anterior, después de esperar largas horas escondido en Harley Street, no le había sorprendido que el momento de quitarse la prótesis hubiera resultado de lo más doloroso. Le había costado mucho extraer la almohadilla de gel que separaba el muñón de la pierna artificial.

Al pasar por delante de los fríos y grisáceos arcos del Ritz, Strike confió en que en el Pratt's hubiese, al menos, un sillón cómodo y de proporciones generosas.

Torció a la derecha por Saint James's Street, que lo condujo, en ligera pendiente, hasta el palacio de Saint James, un edificio del siglo XVI. Aquella no era una zona de Londres que Strike visitase a menudo por propio interés, dado que ni tenía los recursos ni sentía inclinación alguna por comprar en sastrerías para caballeros, en rancias armerías o en vinaterías con siglos de antigüedad. Sin embargo, al acercarse a Park Place lo asaltó un recuerdo: hacía ya más de diez años, había recorrido aquella calle con Charlotte.

Habían subido la cuesta, en lugar de bajarla, para ir a comer con el —ahora ya fallecido— padre de ella. Strike disfrutaba de un permiso del Ejército, y la pareja había retomado hacía poco

lo que, para todos los que los conocían, era una relación incomprensible y obviamente condenada al fracaso. Ninguno de los dos había tenido nunca ni un solo defensor. Los amigos y familiares de Strike habían mostrado hacia Charlotte todo tipo de actitudes, que iban desde la desconfianza hasta la aversión, mientras que los de ella siempre habían considerado a Strike el hijo ilegítimo de una infame estrella del rock, una manifestación más de la necesidad de Charlotte de escandalizar y rebelarse. La carrera militar de Strike no significaba nada para la familia de ella, o, en todo caso, sólo era un indicio más de su condición de plebeyo y su nula idoneidad para aspirar a la mano de aquella culta beldad, porque los caballeros de la misma clase social que Charlotte no ingresaban en la Policía Militar, sino en la Caballería o en los regimientos de Guardias.

Habían entrado en un restaurante italiano de la zona, y Charlotte le apretaba la mano con fuerza. Strike no recordaba la ubicación exacta del restaurante; sólo se acordaba del gesto de rabia y desaprobación de sir Anthony Campbell cuando los vio acercarse a su mesa. Enseguida se dio cuenta, antes de que nadie dijera nada, de que Charlotte no le había contado a su padre que habían reanudado su relación ni que iba a ir con él ese día. Era la típica omisión charlottiana que desencadenaba la típica escena charlottiana. Strike había llegado a la conclusión, hacía tiempo, de que ella organizaba aquellas situaciones movida por una necesidad aparentemente insaciable de generar conflictos. Propensa a los arrebatos de lacerante sinceridad en medio de su mitomanía general, le había confesado a Strike, hacia el final de su relación, que, al menos, mientras peleaba sabía que estaba viva.

El detective llegó a la altura de Park Place, en la que una hilera de casas adosadas de color crema partía de Saint James's Street, y reparó en que aquel recuerdo inesperado de Charlotte cogida de su mano ya no le dolía. De pronto, se sintió como un alcohólico a quien le llega un olorcillo a cerveza y, por primera vez, no se pone a sudar ni tiene que luchar contra sus desesperadas ansias de beber. «A lo mejor ya está», pensó mientras se acercaba a la puerta negra del Pratt's, con su balaustrada de hierro forjado que la separaba de la calle. A lo mejor, dos años después de que ella le contara aquella mentira imperdonable y de que él la dejara para siempre, estaba curado, había salido de lo que, a veces, pese a no ser supersticioso, veía como una especie de triángulo de las Bermudas, una zona peligrosa a la que temía volver a ser arrastrado por el misterioso influjo que Charlotte ejercía sobre él, y en cuyas profundidades de angustia y dolor no quería volver a sumergirse.

Con una débil sensación de triunfo, Strike llamó a la puerta del Pratt's.

Abrió una mujer menuda de aspecto maternal. Su busto prominente y su aire despierto y brioso le recordaron a un petirrojo o un chochín. Cuando habló, el detective detectó un ligero acento del West Country.

—Usted debe de ser el señor Strike. El ministro todavía no ha llegado. Pase.

Strike la siguió y entró en un vestíbulo desde el que se alcanzaba a ver una mesa de billar enorme. En la decoración predominaban los rojos, los verdes y la madera oscura. La camarera, que debía de ser Georgina, lo precedió por una escalera empinada por la que Strike descendió con sumo cuidado, sujetándose fuertemente al pasamanos.

La escalera conducía a un sótano acogedor. El techo era tan bajo que parecía, al menos en parte, que lo sujetara un gran aparador sobre el que había expuestas diversas bandejas de porcelana, las de más arriba casi incrustadas en el yeso.

—Somos un club pequeño —dijo la mujer, enunciando lo que ya era obvio—. Seiscientos miembros, pero sólo podemos servir comida a catorce a la vez. ¿Le apetece beber algo, señor

Strike?

Él rechazó la invitación, pero sí aceptó la de sentarse en una de las butacas de piel colocadas alrededor de una mesa con un viejo tablero de *crib*.

El pequeño sótano estaba dividido por un arco que separaba la sala de estar del comedor, donde habían puesto dos cubiertos en una mesa alargada, bajo unas ventanitas que tenían las persianas cerradas. Aparte de Strike y Georgina allí no había nadie más, a excepción de un chef con chaqueta blanca que trabajaba en una cocina minúscula, a un metro escaso de donde estaba sentado el detective. El chef lo saludó y le dio la bienvenida con acento francés, y luego siguió trinchando una pieza de rosbif frío.

Aquello era la antítesis de los restaurantes elegantes en los que Strike espiaba a maridos y esposas adúlteros, donde la iluminación estaba elegida para realzar el cristal y el granito, y donde podías ver a críticos gastronómicos mordaces sentados como exquisitos buitres en sillas modernas e incómodas. El comedor del Pratt's estaba iluminado con una luz tenue. Había algunos apliques de latón por las paredes, decoradas con papel pintado de color rojo oscuro que, en gran parte, quedaba cubierto por distintos tipos de adornos: peces disecados enmarcados en cajas de cristal, escenas de caza, viñetas políticas... En una de las paredes había un hueco alicatado con azulejos blancos y azules en el que habían encajado una antigua cocina de hierro. Las bandejas de porcelana, la alfombra raída, la mesa con su modesto servicio de mostaza y ketchup... Todo contribuía a crear una atmósfera acogedora e informal, como si un puñado de jóvenes aristócratas hubiesen reunido todos los objetos que les gustaban del mundo de los adultos —sus juegos, sus bebidas y sus trofeos— y se los hubieran llevado al sótano, donde la niñera repartía sonrisas, elogios y consuelos.

Dieron las doce, pero Chiswell seguía sin aparecer. «Georgina», sin embargo, se mostraba muy amable y no tenía reparo en ofrecerle información sobre el club. Ella y su marido, el chef, vivían en el edificio. A Strike no se le escapaba el detalle de que aquella debía de ser una de las propiedades más caras de Londres. Mantener aquel pequeño club que, como le había dicho Georgina, se había establecido en 1857, debía de estar costándole una fortuna a alguien.

—El propietario es el duque de Devonshire, sí —explicó Georgina alegremente—. ¿Ha visto usted nuestro libro de apuestas?

Strike hojeó el pesado volumen encuadernado en piel, donde tiempo atrás se habían registrado diversas apuestas. Leyó una anotación hecha con letra gigantesca que se remontaba a los años setenta: «La señora Thatcher formará el próximo gobierno. Apuesta: una cena con langosta. La langosta tiene que ser más grande que el pene erecto de un varón.»

Todavía estaba riéndose solo cuando oyó un timbre en el piso de arriba.

—Debe de ser el ministro —dijo Georgina, y se apresuró a subir.

Strike devolvió el libro de apuestas a su estante y regresó a su asiento. Oyó pasos en el vestíbulo, y luego por la escalera, y a continuación la misma voz irascible e impaciente que había oído el lunes por teléfono.

—No, Kinvara, no puedo. Ya te he dicho por qué, tengo una comida de trabajo... No, no puedes... Pues a las cinco, sí... Sí... ¡Sí!... ¡Adiós!

Un par de pies enormes, con zapatos negros, bajaron por los escalones, y un instante después Jasper Chiswell apareció en el sótano y miró a su alrededor con gesto huraño. Strike se levantó de la butaca.

—Ah —dijo Chiswell, escudriñando a Strike desde debajo de sus pobladas cejas—. Está

usted aquí.

Jasper Chiswell llevaba bastante bien sus sesenta y ocho años. Alto y fornido, aunque de hombros redondeados, lucía una mata de pelo canoso que, por inverosímil que pudiera parecer, era todo suyo. Ese pelo convertía a Chiswell en un blanco fácil para los caricaturistas, porque era grueso, liso y bastante largo, y salía disparado de su cabeza de una forma que hacía sospechar que fuese una peluca o, como mínimo, según sugerían los más crueles, recordaba a un cepillo de limpiar chimeneas. Al pelo se añadía una gran cara roja con unos ojos pequeños y un labio inferior protuberante, y el conjunto le daba un aire de bebé demasiado grande perpetuamente al borde de una rabieta.

—Mi mujer —le dijo a Strike, enarbolando el móvil que aún tenía en la mano—. Viene a la ciudad sin avisar. De mal humor. Se cree que puedo dejarlo todo y atenderla sólo a ella.

Chiswell extendió una mano grande y sudorosa, y el detective se la estrechó. A continuación se quitó el pesado abrigo que llevaba, aunque no hacía ni pizca de frío, y cuando lo hizo, Strike se fijó en la aguja que llevaba en la vieja corbata de regimiento. Los no iniciados quizá lo hubiesen confundido con un caballito de balancín, pero Strike lo reconoció de inmediato: era el Caballo Blanco de Hanover.

—Húsares de la Reina —observó Strike, y señaló la insignia mientras los dos se sentaban.

—Exacto —dijo Chiswell—. Georgina, tomaré un poco de aquel jerez que me diste cuando vine con Alastair. ¿Y usted? —le espetó a su invitado.

—Nada, gracias.

Aunque Chiswell no iba tan sucio como Billy Knight, tampoco olía demasiado bien.

—Sí, los Húsares de la Reina. Adén y Singapur. Tiempos felices...

En ese momento no parecía nada feliz. De cerca, su cutis rojizo tenía un aspecto extraño, casi eritematoso. Se apreciaba una gruesa capa de caspa entre las raíces de su pelo áspero, y en las axilas de su camisa azulada se veían unas grandes marcas de sudor. El ministro tenía el aspecto inconfundible, frecuente entre los clientes de Strike, de quien soporta una fuerte presión, y cuando le llevaron el jerez se lo bebió casi todo de un trago.

—¿Pasamos al comedor? —propuso, y, sin esperar respuesta, bramó—: ¡Vamos a comer ya, Georgina!

Una vez sentados a la mesa, cubierta con un mantel almidonado y de un blanco impecable, como los de la boda de Robin, Georgina les sirvió unos gruesos trozos de rosbif frío con patatas hervidas. Era la típica comida inglesa para niños, sencilla y sin tonterías, aunque no por ello menos buena. Chiswell no volvió a hablar hasta que la camarera los dejó en paz y salió del comedor en penumbra, lleno de cuadros al óleo y más peces disecados.

—Asistió usted a la reunión de Jimmy Knight —dijo sin más preámbulos—. Un policía de paisano lo reconoció.

Strike asintió. Chiswell se metió una patata hervida en la boca, la masticó con rabia y tragó, antes de añadir:

—No sé quién le paga para echarle mierda encima a Jimmy Knight, ni lo que ya ha averiguado sobre él, pero sea quien sea, y tenga usted lo que tenga, estoy dispuesto a pagarle el doble por esa información.

—Me temo que no he averiguado nada sobre Jimmy Knight —dijo Strike—. Y nadie me pagó para que asistiera a la reunión.

Chiswell se quedó atónito.

—Entonces ¿qué hacía usted allí? No me dirá que se opone a la celebración de los Juegos Olímpicos, ¿verdad?

Pronunció la «p» de «opone» de forma tan oclusiva que un trocito de patata salió despedido de su boca y cruzó la mesa.

—No —contestó Strike—. Buscaba a una persona que creía que podía estar en la reunión. Pero no estaba.

Chiswell volvió a atacar el rosbif como si éste lo hubiera ofendido directamente. Durante un rato, sólo se oyeron los ruidos de sus cubiertos al rozar la porcelana. Luego ensartó las últimas patatas hervidas, se las metió en la boca, soltó el cuchillo y el tenedor en el plato con un fuerte estruendo y dijo:

—Yo ya tenía intención de contratar a un detective antes de saber que estaba vigilando usted a Knight.

Strike no dijo nada. Chiswell lo observó con recelo.

—Tiene usted muy buena fama.

—Es muy amable por su parte —dijo Strike.

Chiswell siguió mirándolo fijamente con una mezcla de rabia e impaciencia, como si estuviera preguntándose si valía la pena confiar en que el detective no significara otra decepción más en una vida plagada de ellas.

—Me están haciendo chantaje, señor Strike —le espetó de pronto—. Un par de individuos que se han unido para formar una alianza temporal, aunque probablemente inestable. Uno de ellos es Jimmy Knight.

—Entiendo.

El detective también dejó los cubiertos, y fue como si Georgina detectara mediante algún proceso paranormal que Strike y Chiswell habían terminado de comer, porque apareció de inmediato para llevarse los platos y poco después volvió a aparecer con una tarta de melaza. Cuando se retiró de nuevo a la cocina, los dos comensales se sirvieron dos porciones grandes de aquel postre, y Chiswell retomó su relato.

—Le ahorraré los detalles más sórdidos —dijo con rotundidad—. Lo único que necesita saber es que Jimmy Knight está al corriente de que hice algo que no me gustaría compartir con los caballeros del cuarto poder.

Strike no dijo nada, pero Chiswell debió de pensar que su silencio tenía cierto aroma acusador, porque, con aspereza, añadió:

—No cometí ningún delito. Tal vez haya gente a quien no le guste ese tipo de cosas, pero no era ilegal en su... En fin, eso es anecdótico. —El ministro tomó un gran sorbo de agua—. Knight vino a verme hace un par de meses y me pidió cuarenta mil libras. Me negué a pagar. Amenazó con delatarme, pero, como por lo visto no tenía prueba alguna con la que demostrar sus afirmaciones, preferí arriesgarme.

»No apareció nada en la prensa, y deduje que no me había equivocado y que Knight no tenía forma de demostrarlo. Al cabo de unas semanas, regresó y me pidió la mitad de la suma inicial. Yo volví a negarme. Entonces fue cuando contactó con Geraint Winn, supongo que para presionarme más.

—Perdón, no sé quién es...

—El marido de Della Winn.

—¿Della Winn, la ministra de Deporte? —preguntó Strike, sorprendido.

—Sí, claro, Della-Winn-la-ministra-de-Deporte —replicó Chiswell con antipatía.

La Excelentísima Señora Della Winn, como Strike sabía muy bien, era una galesa de sesenta y tantos años, ciega de nacimiento. Más allá de su filiación política, la gente en general admiraba a aquella liberal demócrata, que antes de presentarse como candidata al Parlamento había sido abogada especializada en Derechos Humanos. Solían fotografiarla con su perro lazarillo, un labrador de color canela, y últimamente había aparecido con mucha frecuencia en la prensa; su actual campo de actuación eran los Juegos Paralímpicos. Había visitado Selly Oak cuando él estaba en el hospital, adaptándose a la amputación de la pierna tras la emboscada sufrida en Afganistán. Era una mujer inteligente y empática, y a Strike le había causado buena impresión. Sin embargo, nunca había oído hablar de su marido.

—No sé si Della sabe lo que está tramando Geraint —continuó Chiswell, que cortó otro trozo de tarta y siguió hablando mientras masticaba—. Seguramente sí, pero supongo que no quiere meterse en líos. Negación plausible. No podemos permitir que a nuestra venerada Della la salpique un caso de chantaje, ¿no?

—¿Su marido le ha pedido dinero? —preguntó el detective, sin dar crédito.

—No, no. Geraint quiere que renuncie a mi cargo.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Nuestra enemistad se remonta a muchos años atrás, y surgió de la forma más absurda después de un... En fin, eso es irrelevante —dijo Chiswell, negando enérgicamente con la cabeza—. Geraint me abordó «con la esperanza de que no fuese cierto» y para «ofrecerme una oportunidad de explicarme». Es un hombrecillo miserable y retorcido que se ha pasado la vida sosteniéndole el bolso a su mujer y contestando a sus llamadas telefónicas, así que está entusiasmado con la posibilidad de disfrutar de una pequeña cuota de poder.

Chiswell tomó un sorbo de jerez.

—Bueno, como puede ver, me encuentro en un grave aprieto, señor Strike. Aunque le pagara a Jimmy Knight el dinero que me pide, seguiría teniendo que lidiar con un hombre que sólo busca mi desgracia y que, muy probablemente, esté en condiciones de conseguir algunas pruebas.

—¿Cómo cree que podría Winn conseguir esas pruebas?

Chiswell se metió otro trozo grande de tarta de melaza en la boca y miró por encima del hombro para asegurarse de que Georgina seguía en la cocina, desde donde no podía oírlos.

—Tengo entendido... que podría haber fotografías —dijo en un susurro, y de sus flácidos labios salió una fina rociada de masa de tarta.

—¿Fotografías?

—Winn aún no las tiene, desde luego. Si las tuviera, todo habría terminado. Pero quizá sepa cómo hacerse con ellas. Sí.

Se metió el último trozo de tarta en la boca y añadió:

—Por supuesto, también existe la posibilidad de que esas fotografías no me incriminen. Por lo que yo sé, no se apreciaban marcas distintivas.

Strike estaba atónito. Se moría de ganas de preguntar: «No se apreciaban marcas distintivas ¿dónde, señor ministro?», pero se contuvo.

—Todo sucedió hace seis años —continuó Chiswell—. Lo he repasado mentalmente infinidad

de veces. Había otros implicados que podrían haber hablado, pero dudo que lo hayan hecho, lo dudo mucho. Había demasiado en juego. No, todo se reducirá a lo que Knight y Winn consigan averiguar. Sospecho que, si consigue las fotografías, Winn irá directamente a la prensa. En cambio, no creo que ésa sea la primera opción de Knight. A él sólo le interesa el dinero.

»Así que aquí estoy, señor Strike, *a fronte praecipitium, a tergo lupi*. Hace ya semanas que vivo con esta amenaza cerniéndose sobre mí. No ha sido nada agradable, se lo aseguro.

Miró a Strike con sus ojillos, y el detective no pudo evitar pensar en un topo observando fijamente la pala que se cierne sobre él y que está a punto de aplastarlo.

—Cuando me enteré de que había estado usted en la reunión, deduje que estaba investigando a Knight y que ya tenía algo con que pillarlo. He llegado a la conclusión de que la única forma de salir de esta situación terrible es encontrar algo que yo pueda utilizar contra cada uno de ellos, antes de que cualquiera de los dos se haga con esas fotografías. Luchar con las mismas armas.

—¿Chantajear al chantajista? —preguntó Strike.

—Yo no quiero nada de ellos, salvo que me dejen en paz —aclaró Chiswell—. Elementos útiles con los que negociar, eso es lo único que quiero. Yo actué dentro de la ley —dijo con firmeza—, y de acuerdo con mi conciencia.

Chiswell no era una persona nada agradable, pero Strike podía imaginar que la constante amenaza de verse expuesto públicamente en cualquier momento debía de ser una tortura, sobre todo para un hombre que ya había soportado una buena ración de escándalos. Las primeras indagaciones que había hecho sobre su posible cliente la noche anterior habían desenterrado relatos muy jocosos de la aventura que había significado el fin de su matrimonio. Y a ello se le sumaba el hecho de que su segunda mujer había pasado una semana en una clínica por «agotamiento nervioso», y el trágico accidente de tráfico en el que su hijo menor, bajo el efecto de las drogas, había matado a una joven madre.

—Me está encargando usted mucho trabajo, señor Chiswell —dijo Strike—. Harán falta dos o tres personas para investigar a Knight y a Winn, sobre todo si no tenemos mucho tiempo.

—No me importa lo que cueste —repuso Chiswell—. Por mí, como si tiene que poner a toda su agencia a trabajar en el caso. Me niego a creer que Winn no esconde nada turbio, es una sabandija... Hay algo extrañamente cómico en esa pareja. Ella, el ángel de luz ciego. —Chiswell compuso una mueca—. Y él, su asistente barrigudo, siempre tramando algo, apuñalando por la espalda y desenterrando cualquier migaja que pueda conseguir. Tiene que haber algo. Estoy seguro.

»En cuanto a Knight, es un radical de izquierdas, un agitador; tiene que haber algo que la policía todavía no haya descubierto. Siempre ha sido un irresponsable, una pieza de mucho cuidado.

—¿Conocía usted a Jimmy Knight antes de que empezara a hacerle chantaje?

—Sí, sí —asintió Chiswell—. Los Knight son de mi distrito electoral. Su padre hacía todo tipo de trabajos para nuestra familia. A su madre, sin embargo, no llegué a conocerla. Creo que falleció antes de que los tres se mudaran a Steda Cottage.

—Entiendo... —masculló Strike.

Estaba recordando las angustiadas palabras de Billy, «Vi cómo estrangulaban a una niña y nadie me cree», el nervioso movimiento de su mano yendo de la nariz al pecho en aquella especie de persignado chapucero, el detalle, prosaico y preciso, de la manta rosa con la que habían

enterrado a la niña muerta...

—Antes de hablar de las condiciones, señor Chiswell, creo que debo explicarle una cosa —dijo Strike—. Asistí a la reunión de la ROC porque buscaba al hermano de Knight. Se llama Billy.

La arruga entre los ojos de miope de Chiswell se acentuó levemente.

—Sí, recuerdo que eran dos... Pero Jimmy le llevaba muchos años, creo que diez, o incluso más. Hace mucho que no veo a... ¿Billy, dice que se llama?

—Sí, Billy. Por lo visto sufre un trastorno mental grave —continuó el detective—. Vino a verme el lunes pasado, me contó una historia muy rara y se largó corriendo.

Chiswell esperó, y Strike detectó tensión en él.

—Según me dijo, está convencido de que, cuando él era muy pequeño, vio cómo estrangulaban a una cría.

Chiswell no se encogió, horrorizado; no se defendió bramando ni saltó enfurecido. No preguntó si lo estaba acusando de algo ni qué demonios tenía que ver aquello con él. No reaccionó con ninguna de las ostentosas tácticas defensivas de los culpables, y, sin embargo, Strike habría jurado que, para el ministro, aquella historia no era nueva.

—Y según él, ¿quién estranguló a esa niña? —preguntó, acariciando el pie de su copa de vino.

—No me lo dijo. O no quiso decírmelo.

—¿Cree que por eso Knight me está haciendo chantaje? ¿Por un infanticidio? —preguntó Chiswell con brusquedad.

—Me ha parecido conveniente que supiera por qué fui allí en busca de Jimmy —se limitó a contestar Strike.

—No cargo con ninguna muerte sobre mi conciencia —dijo Jasper Chiswell con vehemencia. Se terminó el agua, dejó el vaso en la mesa y añadió—: No se puede responsabilizar a nadie de las consecuencias no deseadas.

10

He creído que ambos juntos lo conseguiríamos.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Una hora más tarde, el detective y el ministro salieron del número 14 de Park Place y, tras recorrer a pie unos pocos metros, llegaron a Saint James's Street.

Mientras tomaban café, Chiswell se había mostrado un poco menos arisco, y Strike dedujo que se sentía aliviado por haber tomado medidas para librarse de lo que, sin duda alguna, debía de ser una carga intolerable de temores e incertidumbre. Habían acordado las condiciones, y Strike estaba satisfecho con el trato porque aquél prometía ser el trabajo mejor pagado y más estimulante de todos los que le habían encargado últimamente.

Cuando se detuvieron en la esquina, Chiswell miró hacia el final de Saint James's Street.

—Bueno, gracias, señor Strike. Tengo que dejarlo aquí. He quedado con mi hijo.

Aun así, no se movió de donde estaba.

—Usted investigó la muerte de Freddie —dijo de pronto, mirando al detective con el rabillo del ojo.

Strike no esperaba que Chiswell sacara el tema, y menos aún allí, como si lo hubiese recordado en el último momento, después de la intensa conversación que habían mantenido en el sótano del club.

—Sí —contestó—. Lo siento.

El ministro no dejaba de mirar hacia una galería de arte que había un poco más allá.

—Recordaba su nombre porque lo había visto en el informe —continuó Chiswell—. No es un nombre muy común.

Tragó saliva y siguió mirando la galería de arte con los ojos entornados. Strike tenía la extraña sensación de que se resistía a poner fin a aquel encuentro.

—Freddie era un chico maravilloso... Maravilloso. Pertenecía al mismo regimiento en el que había servido yo. Bueno, prácticamente. Los Húsares de la Reina se fusionaron con los Irlandeses Reales en el noventa y tres, supongo que ya lo sabe. Así que él ingresó en los Húsares Reales de la Reina... Prometía mucho. Tenía una gran vitalidad. Pero usted no llegó a conocerlo, claro.

—No —dijo Strike.

Le pareció necesario hacer algún comentario educado, así que añadió:

—Era el mayor de sus hijos, ¿verdad?

—Sí, de los cuatro —confirmó Chiswell—. Tengo dos hijas —aclaró, pero lo dijo con un tono

que parecía descartarlas por ser simples hembras, como si separara la paja del trigo— y otro chico —añadió con gesto sombrío—. Estuvo un tiempo en la cárcel. No sé si lo leyó en la prensa.

—No —mintió Strike.

Era consciente de lo desagradable que resultaba ver toda tu vida expuesta en los principales periódicos. Era más amable, aunque no fuese del todo creíble, fingir que no lo habías leído; era más educado dejar que las personas te contaran su propia historia.

—Raff siempre nos ha causado problemas —explicó Chiswell—. Le conseguí un trabajo allí mismo.

Señaló con uno de sus gruesos dedos el escaparate de la galería de arte.

—Se matriculó en Historia del Arte, pero no terminó la carrera —continuó el ministro—. El dueño de esa galería es amigo mío y le ofreció un empleo. Mi mujer opina que es una causa perdida. Mató a una joven madre con el coche. Iba drogado...

Strike no dijo nada y, de pronto, como si saliera de un trance melancólico, Chiswell añadió:

—Bueno, adiós.

Volvió a ofrecerle la sudorosa mano, y Strike se la estrechó.

El ministro se alejó a grandes zancadas, envuelto en aquel grueso abrigo tan inapropiado para un templado día de junio, y el detective enfiló Saint James's Street en la dirección opuesta y sacó su teléfono móvil. Robin contestó al tercer tono.

—Necesito verte —dijo sin preámbulos—. Tenemos un encargo nuevo, importante.

—¡Maldita sea! Estoy en Harley Street. No quería molestarte porque sabía que estabas con Chiswell, pero la mujer de Andy se ha caído de una escalera de mano y se ha roto una muñeca. Le he dicho que me ocuparía del Doctor Chungo mientras él la lleva al hospital.

—Mierda. ¿Y dónde está Barclay?

—Sigue cubriendo a Webster.

—¿El Doctor Chungo está en su consulta?

—Sí.

—Nos arriesgaremos —dijo Strike—. Los viernes suele marcharse directamente a casa. Esto es urgente. Necesito contártelo en persona. ¿Podemos quedar en el Red Lion de Duke of York Street?

Strike, que no había querido beber alcohol durante la comida con Chiswell, prefería tomarse una cerveza que volver a la oficina. Su traje había llamado la atención en el White Horse de East Ham, pero era perfecto para el barrio de Mayfair, y, dos minutos más tarde, entró en el Red Lion de Duke of York Street, un acogedor pub victoriano cuyos cristales grabados y surtidores de latón le recordaban al Tottenham. Se llevó una pinta de London Pride a una mesa de un rincón, buscó a Della Winn y a su marido en internet con el móvil, y empezó a leer un artículo sobre los próximos Juegos Paralímpicos en el que citaban extensamente a Della.

Robin apareció en el pub unos veinticinco minutos después.

—Hola —saludó, dejando su bolso en la silla frente a Strike.

—¿Te pido algo? —preguntó él.

—No, ya voy yo.

Robin apenas tardó un par de minutos en volver a la mesa con un zumo de naranja en la mano.

—¿Y bien? ¿De qué te has enterado? ¿Qué quería Chiswell?

Strike sonrió al ver que Robin era incapaz de controlar su impaciencia. El pub, que consistía

en un único espacio con forma de herradura alrededor de la barra, ya estaba lleno de hombres y mujeres elegantemente vestidos que empezaban el fin de semana o que, como Strike y Robin, salían del trabajo y se iban a tomar algo. El detective bajó la voz y le explicó la conversación que había mantenido con Chiswell.

—Oh —dijo Robin, confusa, cuando Strike terminó por fin de ponerla al día—. Entonces... ¿vamos a intentar sacar a la luz los trapos sucios de Della Winn?

—No, los de su marido —la corrigió Strike—, y Chiswell prefiere llamarlos «elementos útiles con los que negociar».

Su socia no dijo nada y tomó un sorbo de zumo de naranja.

—El chantaje es ilegal, Robin —dijo Strike, que había interpretado correctamente su gesto de inquietud—. Knight pretende sacarle cuarenta mil libras a Chiswell, y Winn quiere que renuncie a su cargo.

—Y nosotros lo vamos a ayudar a hacerles chantaje a ellos, ¿no?

—Todos los días sacamos a la luz los trapos sucios de la gente —repuso Strike sin muchos miramientos—. Ya es un poco tarde para empezar a tener escrúpulos.

Tomó un gran sorbo de cerveza, molesto no sólo por la actitud de Robin, sino también por haber revelado su resentimiento. Ella vivía con su marido en una casa preciosa con ventanas de guillotina en Albury Street, mientras que él seguía viviendo en dos habitaciones con corriente de aire de las que podían echarlo en cualquier momento por culpa de la reurbanización de la calle. Hasta entonces, la agencia nunca había recibido ningún encargo que mantuviera ocupadas a tiempo completo a tres personas, probablemente durante meses. Strike no pensaba disculparse por estar dispuesto a aceptarlo. Llevaba años trabajando muy duro, y estaba cansado de quedarse en números rojos cada vez que en la agencia había un parón. Tenía algunos proyectos para su negocio, que sólo podría llevar a cabo con un saldo bancario más saneado. Aun así, se sintió obligado a defender su posición.

—Nosotros somos como los abogados, Robin. Estamos del lado de nuestros clientes.

—El otro día rechazaste a aquel banquero de inversiones que quería averiguar si su mujer...

—Porque tenía clarísimo que, si la pillaba, él le haría daño.

—Vale —dijo Robin con una mirada desafiante—; ¿y si eso que han descubierto sobre Chiswell es un...?

Antes de que terminara la frase, un tipo alto que iba hablando con su colega tropezó con la silla de Robin y se inclinó bruscamente sobre la mesa, derramando el zumo de naranja.

—¡Eh! —protestó Strike, mientras Robin intentaba limpiarse el zumo del vestido—. Podrías disculparte, ¿no?

—Oh, vaya... ¿He sido yo? —dijo el tipo con voz pastosa, mirando la ropa de Robin, que se había empapado de zumo.

Varias personas se volvieron y se quedaron observando la escena.

—Sí, maldita sea, has sido tú —dijo Strike, levantándose y rodeando la mesa—. ¡Y eso no es una disculpa!

—¡Cormoran! —lo amonestó Robin.

—Vaya, lo siento... —balbuceó el desconocido, como si estuviera haciendo una concesión enorme. Aunque al reparar en la corpulencia de Strike, su arrepentimiento pareció más sincero—. En serio, te pido dis...

—Lárgate de aquí —le gruñó el detective—. Cámbiame el sitio, Robin. Así, si pasa otro gilipollas, tropezará conmigo, no contigo.

Entre avergonzada y conmovida, ella cogió el bolso, que también se había mojado, e hizo lo que Strike le había sugerido. El detective volvió a la mesa con un puñado de servilletas de papel y se las dio a su socia.

—Gracias.

Era difícil mantener una actitud combativa después de que Strike se hubiera sentado voluntariamente en una silla mojada con zumo de naranja para que no tuviera que hacerlo ella. Robin se inclinó hacia delante y, sin dejar de limpiar la mesa con las servilletas, dijo en voz baja:

—Ya sabes qué es lo que me preocupa. Eso que dijo Billy.

El fino vestido de algodón se le adhería a la piel, y Strike tuvo que hacer un esfuerzo para seguir mirándola a los ojos.

—Se lo he preguntado a Chiswell.

—¿En serio?

—Pues claro. ¿Cómo no iba a hacerlo después de que me dijera que el hermano de Billy le hace chantaje?

—¿Y qué te ha contestado?

—Que no llevaba ninguna muerte sobre su conciencia, pero luego ha añadido que «no se puede responsabilizar a nadie de las consecuencias no deseadas».

—¿Y qué demonios ha querido decir con eso?

—Se lo he preguntado. Me ha puesto el ejemplo hipotético de alguien a quien se le cae un caramelo de menta con el que, luego, un crío se atraganta y muere.

—¿Qué?

—Ya, yo me he quedado igual que tú. Supongo que Billy no ha vuelto a llamar, ¿verdad?

Robin negó con la cabeza.

—Mira, lo más probable es que Billy estuviera delirando —dijo Strike—. Cuando le he explicado a Chiswell lo que nos contó, no me ha parecido detectar en él ni miedo ni culpabilidad...

Al decir eso, el detective recordó la sombra que había visto pasar por el rostro de Chiswell, y la impresión que había tenido de que aquella historia no era completamente nueva para el ministro.

—Entonces ¿con qué le están haciendo chantaje? —preguntó Robin.

—Ni idea. Me ha explicado que es algo que pasó hace seis años, y eso no encaja con la historia de Billy, porque hace seis años él no era un niño. Chiswell me ha confesado que quizá hubiese quien pensara que lo que hizo es inmoral, pero que no era ilegal. Incluso me ha parecido que insinuaba que no era ilegal cuando lo hizo, pero que ahora sí lo es.

Strike reprimió un bostezo. La cerveza y el calor de la tarde le estaban dando sueño, y había quedado con Lorelei en que se pasaría después por su apartamento.

—¿Te fías de él? —le preguntó Robin.

—¿Si me fío de Chiswell? —se preguntó Strike en voz alta, con la vista fija en el espejo profusamente grabado que Robin tenía detrás—. Si tuviera que apostar, diría que hoy ha sido sincero conmigo porque está desesperado. Pero si me preguntas si es de fiar en general, supongo que no más que cualquier otra persona.

—No me irás a decir que te ha caído bien, ¿no? —preguntó Robin, sin dar crédito—. He leído un poco sobre él.

—¿Y...?

—A favor de la pena de muerte, obsesionado con la inmigración, votó en contra de la ampliación de la baja por maternidad...

Robin no reparó en que la mirada de Strike descendía involuntariamente por su figura, y continuó:

—... Siempre está con lo de los valores familiares, y luego deja a su mujer por una periodista...

—Está bien, no me iría con él de copas, pero no me negarás que da un poco de lástima. Ha perdido a un hijo, el otro acaba de cargarse a una mujer...

—Oh, sí, eso también —lo interrumpió Robin—. Aboga por encerrar a los pequeños delincuentes y tirar la llave, y luego, cuando su hijo atropella a una mujer, remueve cielo y tierra para conseguirle una sentencia más...

Se interrumpió de repente al oír una voz femenina que exclamaba:

—¡Robin! ¡Qué maravilla!

Sarah Shadlock acababa de entrar en el pub con dos hombres.

—Oh, no... —masculló Robin sin poder contenerse, y luego, en voz alta, añadió—: ¡Hola, Sarah!

Habría dado cualquier cosa por evitar aquel encuentro. Sarah iba a estar encantada de contarle a Matthew que había sorprendido a Robin y a Strike en un pub de Mayfair, cuando hacía apenas una hora que Robin le había dicho a Matthew que estaba sola en Harley Street.

Sarah se empeñó en rodear la mesa para abrazarla, pese al poco espacio que había; Robin estaba segura de que no lo habría hecho de no haber ido acompañada de aquellos dos hombres.

—¿Qué te ha pasado, cielo? ¡Estás muy pegajosa!

Allí, en Mayfair, parecía un poquito más pija que en cualquier otro sitio donde Robin la hubiese visto, y se mostraba bastante más cariñosa con ella.

—Nada —contestó Robin—. Es zumo de naranja, se ha derramado.

—¡Cormoran! —exclamó Sarah alegremente, y se le acercó para besarle en la mejilla.

Robin se alegró al ver que Strike se quedaba sentado sin mover un solo músculo ni devolverle el beso.

—¿Descansando un poco? —añadió Sarah abrazándolos a ambos con su sonrisa cómplice.

—No, trabajando —la corrigió Strike.

Como ninguno de los dos le propuso que se sentara, Sarah se adentró más en el bar y se llevó a sus colegas con ella.

—No me acordaba de que Christie's está aquí mismo —murmuró Robin.

Strike miró la hora. No quería ir a casa de Lorelei con el traje, que además ahora estaba manchado de zumo de naranja porque se había sentado en la silla de Robin.

—Tenemos que hablar de cómo vamos a organizarnos para hacer este trabajo, porque empieza mañana.

—Vale —dijo Robin con cierta inquietud.

Hacía bastante que no trabajaba durante el fin de semana, y Matthew ya se había acostumbrado

a tenerla en casa.

—Tranquila, no te necesitaré hasta el lunes. —Parecía que Strike le hubiera leído el pensamiento—. Tendrá que haber como mínimo tres personas trabajando en el caso. Creo que ya tenemos suficiente sobre Webster para contentar al cliente, así que pondremos a Andy a tiempo completo con el Doctor Chungo. Luego les diremos a esos dos clientes que tenemos en lista de espera que no vamos a poder atenderlos este mes, de modo que Barclay pueda venir con nosotros al caso Chiswell... Y el lunes irás a la Cámara de los Comunes.

—¿Qué? —dijo Robin, perpleja.

—Te harás pasar por la ahijada de Chiswell, fingirás que estás interesada en trabajar en el Parlamento, y empezarás con Geraint, que lleva la oficina electoral de Della. Está al final del mismo pasillo donde Chiswell tiene el despacho. Tendrás que camelártelo...

El detective tomó un sorbo de cerveza y la miró por encima del borde del vaso alzando ligeramente las cejas.

—¿Qué pasa? —preguntó Robin, asustada por lo que pudiera venir a continuación.

—¿Qué piensas de infringir la ley? —dijo Strike, en voz tan baja que ella tuvo que inclinarse para oírlo.

—Bueno, en general no me parece bien —respondió, sin saber si debía reírse o preocuparse—. Más o menos es por lo que quise dedicarme a la investigación privada.

—¿Y si la ley es un poco ambigua y no podemos obtener la información por ningún otro medio? Teniendo en cuenta, además, que Winn está infringiendo la ley, ya que intenta extorsionar a un ministro del gobierno con la intención de que abandone su cargo.

—¿Estás pensando en colocar micrófonos ocultos en el despacho de Winn?

—Has acertado sólo en parte —contestó Strike, interpretando correctamente el gesto dubitativo de Robin; luego continuó—: Mira, según Chiswell, Winn es un bocazas y un chapucero, y ésa es la razón por la que está estancado en la oficina electoral y por la que lo mantienen alejado del trabajo de su mujer en el Ministerio de Deporte. Por lo visto, casi siempre deja la puerta de su despacho abierta, habla a gritos de temas confidenciales de los electores y deja documentos privados a la vista de todos en la cocina comunitaria. Hay muchas posibilidades de que consigas sonsacarle alguna indiscreción sin necesidad del micrófono, pero creo que es mejor no darlo por hecho.

Robin se bebió de un trago el resto del zumo de naranja mientras pensaba en lo que estaba pidiéndole su socio, y finalmente dijo:

—De acuerdo, lo haré.

—¿Estás segura? —preguntó Strike—. De hecho, tú no podrás introducir ningún dispositivo porque deberás pasar por un detector de metales. Le he dicho a Chiswell que mañana le conseguiré unos cuantos. Él te los facilitará cuando ya estés dentro. Además, necesitarás un nombre falso. Cuando hayas pensado en alguno, me envías un mensaje para que yo pueda comunicárselo a Chiswell. Podrías volver a utilizar el de «Venetia Hall», ¿no? A Chiswell le pega un montón tener una ahijada llamada Venetia.

«Venetia» era el segundo nombre de Robin, pero ella estaba demasiado emocionada y nerviosa para que le importara que Strike, a juzgar por su sonrisita, siguiera encontrándolo divertido.

—Y también tendrás que disfrazarte —continuó el detective—. No hace falta que el cambio

sea demasiado drástico, pero Chiswell se acordaba de tu aspecto por las fotografías que aparecieron en la prensa después del caso del destripador, así que hemos de suponer que Winn también podría reconocerte.

—Hará demasiado calor para llevar peluca —dijo ella—. Podría probar con lentes de contacto de color. Quizá tenga tiempo de comprar unas ahora. Y unas gafas con cristales sin graduar... —Sus labios volvieron a dibujar una sonrisa que no pudo reprimir—. ¡La Cámara de los Comunes! —repitió, impresionada.

Pero su sonrisa de emoción se borró cuando la cabeza rubio platino de Sarah Shadlock apareció en la periferia de su visión, al otro lado de la barra. Sarah acababa de cambiarse de sitio para poder ver a Robin y a Strike.

—Vámonos —le dijo a su compañero.

Mientras iban hacia el metro, Strike le explicó que Barclay se encargaría de seguir a Jimmy Knight.

—Yo no puedo —se lamentó el detective—. Ya me he desenmascarado ante él y ante sus colegas de la ROC.

—Entonces ¿qué vas a hacer tú?

—Resolver lagunas, investigar pistas, cubrir las noches si hace falta.

—Pobre Lorelei —dijo Robin.

Aquellas palabras salieron de sus labios antes de que ella pudiera detenerlas. Cada vez había más tráfico en la calle, y como Strike no dijo nada, Robin confió en que no la hubiese oído.

—¿Ha mencionado Chiswell a su hijo, el que murió en Iraq? —preguntó como quien se apresura a toser para disimular una risa que ya se le ha escapado.

—Sí, y es evidente que Freddie era su favorito, lo que no dice mucho a favor de su criterio.

—¿A qué te refieres?

—Freddie Chiswell era un capullo de campeonato. Me tocó investigar a un montón de caídos en combate, y nunca tanta gente me había preguntado si al oficial fallecido le habían disparado por la espalda sus propios hombres.

Robin se quedó impresionada.

—*De mortuis nil nisi bonum?* —preguntó Strike.

Robin había aprendido mucho latín trabajando con él.

—Bueno —dijo en voz baja, y por primera vez encontró un poco de compasión para Jasper Chiswell en su corazón—, es lógico que un padre no hable mal de su hijo.

Se separaron al final de la calle; Robin quería comprarse unas lentillas de color, y Strike, coger el metro.

El detective estaba más animado de lo habitual tras la conversación con su socia: mientras se planteaban aquel desafiante trabajo, de pronto parecían haber resurgido los antiguos contornos de su amistad. Le había gustado ver cómo Robin se emocionaba ante la perspectiva de entrar en la Cámara de los Comunes; y le gustaba que hubiera sido él quien le hubiese ofrecido esa oportunidad. Incluso le había resultado estimulante la forma en que ella había sometido a una prueba de estrés sus conjeturas sobre la historia de Chiswell.

Cuando ya estaba a punto de entrar en la estación, se volvió repentinamente, enfureciendo al malhumorado ejecutivo que caminaba detrás de él, a menos de un palmo. El hombre chasqueó la lengua con rabia, evitó el choque por los pelos y se adentró en la estación, mientras Strike,

indiferente, se apoyaba en la pared bañada por el sol, disfrutando del calor que le atravesaba la chaqueta del traje mientras llamaba al inspector Eric Wardle.

Había sido sincero con Robin: no creía que Chiswell hubiera estrangulado a ningún crío, pero no podía negarse que su reacción al oír la historia de Billy había sido un tanto extraña. Gracias a la revelación del ministro de que la familia Knight había vivido cerca de su residencia familiar, ahora Strike sabía que Billy era un «niño pequeño» cuando vivía en Oxfordshire. El primer paso lógico para calmar su inquietud respecto a aquella manta rosa era averiguar si, un par de décadas atrás, había desaparecido en aquella región algún menor a quien nunca hubiesen encontrado.

11

*Vamos a ahogar todos los recuerdos
en la libertad del deleite y en la pasión.*
HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Lorelei Bevan vivía en el barrio de Camden, en un apartamento decorado de forma ecléctica encima de su próspera tienda de ropa *vintage*. Strike llegó esa tarde a las siete y media con una botella de pinot noir en una mano y, en la otra, el teléfono móvil pegado a la oreja. Lorelei le abrió la puerta, sonrió con cordialidad al verlo hablando por teléfono —algo a lo que ya estaba acostumbrada—, lo besó en los labios, cogió la botella de vino y volvió a la cocina, de donde salía un agradable aroma a *pad thai*.

—... o intenta meterte en la propia ROC —le dijo Strike a Barclay mientras cerraba la puerta y entraba en el salón de Lorelei, dominado por un enorme grabado de las Elizabeth Taylor de Warhol—. Te enviaré todo lo que tengo sobre Jimmy. Está metido en un par de agrupaciones. No tengo ni idea de si trabaja o no. Su pub es el White Horse de East Ham. Y creo que es seguidor de los Hammers.

—Podría ser peor —dijo Barclay. Hablaba en voz baja porque acababa de acostar al bebé, que estaba echando los dientes—. Podría ser del Chelsea.

—Tendrás que admitir que eres ex militar —continuó Strike, dejándose caer en un sillón y apoyando la pierna en un puf cuadrado estratégicamente colocado—. Tienes toda la pinta de haber sido soldado.

—Tranquilo —dijo Barclay—. Haré del pobre chaval que no sabía dónde se metía. A los activistas de izquierdas les encanta ese rollo. Les dejaré que se crean superiores.

Strike, sonriendo, sacó sus cigarrillos. Pese a todas las dudas iniciales, estaba empezando a pensar que Barclay quizá había sido un buen fichaje.

—De acuerdo, no hagas nada hasta que vuelvas a tener noticias mías. Calculo que será el domingo.

Cortó la comunicación, y Lorelei apareció con una copa de vino tinto para él.

—¿Quieres que te ayude en la cocina? —preguntó Strike sin moverse.

—No, quédate ahí. No tardaré mucho —respondió ella con una sonrisa.

A él le gustaba su delantal estilo años cincuenta.

Cuando Lorelei regresó a la cocina, Strike encendió un cigarrillo. Aunque ella no fumaba, no le importaba que él se fumara sus Benson & Hedges, siempre y cuando utilizara aquel cenicero

kitsch, decorado con caniches que hacían cabriolas, que le había proporcionado.

Mientras fumaba, el detective se dio cuenta de que, de hecho, envidiaba a Barclay. Iba a infiltrarse en el grupo de extrema izquierda de Knight, y ése era el tipo de trabajo que más le gustaba hacer cuando estaba en la Policía Militar.

Se acordó de los cuatro soldados que, en Alemania, habían quedado cautivados por un grupo de extrema derecha local. Strike había logrado convencerlos de que compartía su fe en un superestado etnonacionalista blanco, se había infiltrado en una de sus reuniones y había conseguido cuatro arrestos y cuatro procesos que le habían procurado una satisfacción especial.

Encendió el televisor y estuvo un rato viendo las noticias de Channel 4 mientras se bebía el vino y fumaba, regodeándose en la agradable perspectiva de un *pad thai* y otros placeres sensuales. Por una vez, podría disfrutar de eso que muchos de sus colegas daban por sentado, pero que él casi nunca experimentaba: el alivio y la liberación del viernes por la noche.

Strike y Lorelei se habían conocido en la fiesta de cumpleaños de Eric Wardle. Había sido una velada incómoda en algunos aspectos, porque Strike se había reencontrado allí con Coco por primera vez después de haberle dicho por teléfono que prefería no volver a quedar con ella. A la una de la madrugada, cuando él estaba en un sofá enfrascado en una conversación con Lorelei, Coco, que iba bastante borracha, se acercó a ellos cruzando la habitación, derramó una copa de vino sobre los dos y se marchó furiosa. Strike no se enteró de que Coco y ella eran viejas amigas hasta el día siguiente, cuando se despertó en la cama de Lorelei. A su entender, aquello era un problema entre ellas dos, más que suyo. Y a Lorelei, con la que Coco no quería volver a tener nada que ver, el cambio le pareció perfecto.

—¿Cómo te lo montas? —le había preguntado Wardle, sinceramente extrañado, cuando volvieron a verse—. Joder, me gustaría conocer tu...

Strike arqueó las pobladas cejas, y dio la impresión de que Wardle se atragantaba con algo que se había acercado de forma peligrosa a un cumplido.

—No tiene ningún secreto. —Strike se adelantó—. Hay mujeres a las que les atraen los tipos cachas, con una sola pierna, una mata de pelo tan rizado que parece vello púbico y la nariz rota, así de sencillo.

—Pues no deja en muy buen lugar a nuestros servicios de salud mental que anden sueltas por las calles —replicó Wardle, y Strike se rió.

Lorelei era su verdadero nombre. No se llamaba así por la mítica sirena del Rin, sino por el personaje que interpretaba Marilyn Monroe en *Los caballeros las prefieren rubias*, la película favorita de su madre. Los hombres desviaban la mirada cuando pasaba a su lado por la calle, pero Strike en ningún momento había llegado a sentir por ella ni el profundo anhelo ni el intenso dolor que Charlotte le había provocado. No sabía si eso se debía a que Charlotte había atrofiado su capacidad de sentir con tanta intensidad, o a que Lorelei carecía de esa magia especial.

Ni Strike ni ella se habían dicho todavía «te quiero». En el caso de Strike porque, a pesar de que la encontraba deseable y divertida, no habría sido sincero si hubiese pronunciado esas palabras. En cuanto a Lorelei... Bueno, para él era más cómodo pensar que a ella le sucedía lo mismo.

Lorelei acababa de salir de una relación de más de cinco años cuando, tras varias miradas persistentes desde la otra punta del salón de Wardle, Strike había cruzado la habitación para ir a hablar con ella. Aquel día quiso creerla cuando le dijo lo feliz que estaba de volver a tener el piso para ella sola y de haber recuperado su libertad; sin embargo, últimamente había percibido

pequeñas señales de desagrado cuando él le decía que tenía que trabajar el fin de semana, señales que se parecían a las primeras gruesas gotas de lluvia que presagian una tormenta. Cuando él sacaba el tema, ella lo negaba: «No, no, claro que no, si tienes que trabajar...»

Strike había expuesto sus rígidas condiciones desde el comienzo de la relación: sus horarios de trabajo eran imprevisibles, y su economía, precaria. La cama de Lorelei era la única que tenía intención de frecuentar, pero si lo que ella quería era estabilidad y previsibilidad, él no era el hombre que buscaba. Lorelei se había mostrado satisfecha con el acuerdo, y si, después de diez meses, ya no estaba tan contenta, Strike estaba dispuesto a poner fin a la relación sin ningún resentimiento. Tal vez ella lo intuyera, porque no lo había obligado a hablar de ello. Y Strike se alegraba de que así fuese, y no sólo porque prefiriera ahorrarse los reproches. Le gustaba Lorelei, le gustaba acostarse con ella, y además en ese momento le parecía conveniente tener una relación sentimental, por motivos en los que no quería ahondar, aunque sabía muy bien cuáles eran.

El *pad thai* estaba delicioso, y mantuvieron una conversación trivial y divertida. Strike no le contó nada sobre su nuevo caso, salvo que confiaba en que resultase lucrativo e interesante. Después de lavar los platos juntos fueron al dormitorio, con las paredes pintadas de rosa caramelo y las cortinas estampadas con vaqueras y ponis de dibujos animados.

A Lorelei le gustaba disfrazarse, y aquella noche, para ir a la cama, se puso medias y un corsé negro. Tenía un talento extraordinario para representar escenas eróticas sin caer en la parodia, aunque Strike, con su pierna amputada y su nariz rota, quizá debería haberse sentido ridículo en aquella alcoba, en medio de tanta frivolidad y tanta belleza. Ella, sin embargo, interpretaba con tanto acierto a Afrodita ante su Hefesto que, en algunos momentos, el detective conseguía ahuyentar de su mente a Robin y a Matthew.

Al fin y al cabo, pocos placeres podían compararse con el que te proporciona una mujer que te quiere de verdad, pensó al día siguiente, a la hora de comer. Estaban sentados uno al lado del otro en la terraza de una cafetería, leyendo cada uno su periódico. Strike fumaba, Lorelei le acariciaba distraídamente el dorso de la mano con unas uñas de manicura perfecta... Pero, entonces, ¿por qué le había dicho que esa tarde tenía que trabajar? Era verdad que necesitaba llevarle los micrófonos a Chiswell a su piso de Belgravia, pero habría podido quedarse a pasar otra noche con ella perfectamente y repetir la escena de las medias y el corsé en el dormitorio. Era una perspectiva tentadora, sin ninguna duda.

No obstante, dentro de él había algo implacable, algo que se negaba a ceder. Si se quedaba dos noches seguidas rompería el patrón, y de ahí a la verdadera intimidad sólo había un paso. En el fondo, Strike era incapaz de imaginarse viviendo con una mujer, casado y con hijos. Había planeado algunas de esas cosas con Charlotte, en la época en que todavía estaba adaptándose a su nueva vida sin media pierna. Una bomba caminera colocada en una carretera sin asfaltar de Afganistán había hecho saltar a Strike de la vida que había elegido y lo había trasladado a un cuerpo completamente nuevo y a una nueva realidad. A veces pensaba que la proposición de matrimonio que le había hecho a Charlotte era la manifestación más extrema de la desorientación temporal que había sufrido tras el trauma de la amputación. Había tenido que volver a aprender a andar y, más difícil aún, a vivir fuera del Ejército. Ahora, con la perspectiva que le habían dado aquellos dos años, veía al Strike de esos tiempos tratando de agarrarse a alguna parte de su pasado mientras todo lo demás se le escapaba. La lealtad que le había jurado al Ejército la había transferido a un futuro con Charlotte.

—Bien hecho —le dijo su viejo amigo Dave Polworth sin pestañear cuando Strike le dio la noticia del compromiso—. Lástima que eches a perder todo ese entrenamiento de combate. Aunque todo esto aumenta ligeramente el riesgo de morir asesinado, ya lo sabes.

¿De verdad había creído que la boda llegaría a celebrarse? ¿De verdad se había imaginado a Charlotte contentándose con la vida que él habría podido darle? Después de todo lo que habían pasado juntos, ¿había llegado a creerse que podrían alcanzar la redención uno al lado del otro, cada uno lisiado a su peculiar y estrambótica manera? Ahora, sentado al sol con Lorelei, tenía la impresión de que, durante unos meses, lo había creído sin ninguna duda y, al mismo tiempo, había sabido que era imposible; nunca planeaba nada para más allá de unas semanas, y por la noche abrazaba a Charlotte como si ella fuese el último ser humano de la Tierra, como si sólo el Armagedón pudiera separarlos.

—¿Te apetece otro café? —murmuró Lorelei.

—No, tengo que irme —dijo Strike.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó ella, mientras el detective pagaba al camarero.

—Ya te lo he dicho, estoy empezando un caso importante y durante unos días voy a tener unos horarios imprevisibles. Te llamaré mañana. En cuanto tenga una noche libre, quedamos.

—Vale —repuso ella, sonriente, y añadió en voz baja—: Dame un beso.

La besó. Ella presionó sus carnosos labios contra los suyos, haciéndole revivir los memorables momentos de sólo unas horas atrás. Se separaron. Strike sonrió, le dijo adiós y la dejó sentada al sol con el periódico.

El ministro de Cultura no invitó a Strike a entrar cuando le abrió la puerta de su casa de Ebury Street. Es más, Chiswell incluso parecía impaciente por que el detective se marchara lo antes posible. Cogió la caja donde estaban los micrófonos y masculló:

—Bien, de acuerdo, me aseguraré de que los reciba. —Estaba ya a punto de cerrar la puerta cuando de pronto llamó a Strike—. ¿Cómo se llama?

—Venetia Hall —contestó el detective.

Chiswell cerró la puerta, y Strike, cansado, volvió sobre sus pasos por la tranquila calle de casas adosadas de color crema, camino de la estación de metro de Denmark Street.

Después de haber estado en el piso de Lorelei, su oficina le resultó lúgubre e inhóspita. Abrió las ventanas y dejó que entrara el ruido de la calle, donde los amantes de la música seguían visitando las viejas tiendas de instrumentos y de discos que, para disgusto de Strike, estaban condenadas a desaparecer por culpa de la inminente reurbanización. Se sintió reconfortado por el ruido de los motores y las bocinas, de las conversaciones y los pasos, de los *riffs* de guitarra tocados por posibles compradores y de los bongos de otro músico callejero. Se puso a trabajar, consciente de que le esperaban bastantes horas delante del ordenador si quería conseguir toda la información posible sobre la vida de aquellos a quienes iba a investigar.

Si sabías dónde buscar y tenías la experiencia y el tiempo necesarios, el ciberespacio podía servirte para desenterrar mucha información: exoesqueletos fantasmales, a veces truncados, a veces inquietantemente completos, de las vidas que llevaban los personajes de carne y hueso. Strike había aprendido numerosos trucos y secretos, y se había convertido en un experto en sondear hasta los rincones más oscuros de internet, aunque, a menudo, las redes sociales más inocentes contenían una riqueza inesperada, y bastaban unos pocos cruces de referencias para

recopilar historias privadas detalladas que sus descuidados dueños nunca se habían propuesto compartir con el resto del mundo.

Primero consultó Google Maps para examinar la zona donde habían crecido Jimmy y Billy. Es evidente que Steda Cottage era una finca demasiado pequeña e insignificante como para aparecer en el mapa, pero Chiswell House estaba claramente marcada a escasa distancia del municipio de Woolstone. Strike se pasó cinco minutos escudriñando sin éxito los bosques de los alrededores de Chiswell House, y encontró un par de rectángulos diminutos que habrían podido ser granjas —«... La enterraron en la hondonada, al lado de la casa de mi padre»—. A continuación, siguió investigando al hermano mayor, el que estaba menos loco.

La ROC tenía una página web donde Strike encontró, entre extensas polémicas sobre la glorificación del capitalismo y el neoliberalismo, un programa muy útil de protestas en las que Jimmy planeaba hablar o participar, y que imprimió y añadió a su dossier. Después abrió un enlace de la página web del Partido Socialista Verdadero, que resultó ser mucho más extenso y caótico que el de la ROC. Allí encontró otro extenso artículo de Jimmy donde abogaba por la disolución del «estado de *apartheid*» de Israel y por la derrota del «*lobby* sionista» que tenía controlada a la clase dirigente occidental. Strike vio que Jasper Chiswell aparecía como «sionista declarado» en la lista de la «élite política occidental» del final de ese artículo.

También vio a Flick, la novia de Jimmy, en un par de fotografías de la página web del Partido Socialista Verdadero: en una, con el pelo negro, desfilando contra el Trident, el programa nuclear británico; en la otra, rubia con mechas rosa, aplaudiendo a Jimmy, que hablaba en un escenario al aire libre en un mitin del partido. A continuación abrió el enlace del perfil de Twitter de Flick y fisgoneó en su historial, compuesto por una extraña mezcla de injurias y empalagos. «Espero que te detecten cáncer de culo, *tory* hijo de puta», se leía justo antes del vídeo de un gatito que roncaba tan fuerte que se caía de su cesta.

Por lo que pudo averiguar Strike, ni Jimmy ni Flick tenían ni habían tenido nunca propiedades; eso era algo que compartía con ellos. En internet no encontró ningún indicio de cómo se mantenían, a menos que escribir para páginas web de extrema izquierda estuviera mejor pagado de lo que él creía. Jimmy vivía de alquiler en aquel piso cochambroso de Charlemont Road, cuyo propietario era un tal Kasturi Kumar, y aunque Flick comentaba de pasada en las redes sociales que vivía en Hackney, el detective no encontró ninguna dirección.

Siguió indagando y descubrió a un James Knight de la edad adecuada que, por lo visto, había convivido durante cinco años con una mujer llamada Dawn Clancy. Tras entrar en el perfil de Facebook de Dawn, muy informativo y plagado de emoticonos, descubrió que habían estado casados. Dawn era peluquera y había regentado un próspero negocio en Londres antes de regresar a su ciudad natal, Mánchester. Era trece años mayor que Jimmy, y todo parecía indicar que no tenía hijos y que no mantenía ningún contacto con su ex marido. Sin embargo, en la publicación de una amiga suya a la que había abandonado el novio y que había escrito «Todos los hombres son unos desgraciados», vio un comentario de Dawn que le llamó la atención: «Sí, es una mierda, pero al menos a ti no te ha denunciado. ¡Te gano (otra vez)!»

Intrigado, Strike consultó los archivos judiciales y, tras una serie de búsquedas, encontró varias informaciones útiles. Habían acusado dos veces a Jimmy de reyerta, una en una manifestación anticapitalista y otra en una protesta anti-Trident, aunque eso no tenía nada de sorprendente. En cambio, le pareció mucho más interesante averiguar que aparecía en la lista de litigantes molestos del Ministerio de Justicia. Debido al prolongado hábito de iniciar acciones

legales por cualquier cosa, ahora Knight tenía prohibido «presentar causas civiles a los tribunales sin permiso».

Jimmy, en efecto, le había sacado mucho partido al sistema judicial a costa del dinero del Estado. En la última década había presentado varias causas civiles contra diversos individuos y organizaciones. La ley sólo se había puesto de su parte en una ocasión, cuando, en 2007, había conseguido una indemnización de Zanet Industries, que por lo visto había incurrido en un despido impropio.

Jimmy se había representado a sí mismo ante el tribunal contra Zanet y, llevado probablemente por la euforia de la victoria, había vuelto a demandar a varias personas más, entre ellas el propietario de un garaje, dos vecinos, un periodista que según él lo había difamado, dos agentes de la Policía Metropolitana que al parecer lo habían agredido, dos empleadores más y, por último, su ex mujer, a quien acusaba de haberlo acosado y de haberle causado grandes perjuicios económicos.

Strike sabía por experiencia que quienes rechazaban ser representados por un abogado ante un tribunal o bien eran personas desequilibradas, o tan arrogantes que, al fin y al cabo, venían a ser lo mismo. El historial de litigios de Jimmy sugería que era una persona codiciosa y sin principios, astuta aunque no inteligente. Cuando uno trata de sacar a la luz los secretos de alguien, siempre resulta útil conocer sus puntos débiles, de modo que Strike añadió a su dossier los nombres de la gente a la que Jimmy había intentado demandar, además de la dirección actual de su ex mujer.

Al filo de la medianoche, Strike se retiró a su apartamento para dormir un poco. El domingo se levantó temprano y se centró en Geraint Winn, y permaneció sentado ante el ordenador hasta que empezó a oscurecer de nuevo; a esa hora ya tenía a su lado una nueva carpeta con la etiqueta «CHISWELL», llena de informaciones muy diversas, pero verificadas, sobre los dos extorsionadores del ministro.

Mientras se desperezaba y bostezaba, de pronto se percató de los ruidos que llegaban hasta él por las ventanas abiertas. Las tiendas de música ya habían cerrado y ya no se oían los bongos del músico callejero, pero seguía habiendo mucho tráfico por Charing Cross Road. Se levantó con esfuerzo, apoyándose en el escritorio —su único tobillo estaba entumecido después de haber estado tantas horas sentado en la silla del ordenador—, y se asomó para mirar por la ventana de su despacho, desde donde se veía un cielo anaranjado sobre los tejados de los edificios.

Era domingo y estaba anocheciendo, y faltaban menos de dos horas para que Inglaterra empezara a jugar contra Italia el partido de cuartos de final de la Eurocopa en Kiev. Uno de los pocos lujos personales que Strike se había permitido era una suscripción a Sky para poder ver el fútbol. El pequeño televisor portátil, lo único que cabía cómodamente en su minúsculo apartamento, quizá no fuese el medio ideal con el que ver un partido tan importante, pero no tenía forma de justificar una noche en el pub, porque el lunes debía empezar temprano para cubrir otra vez al Doctor Chungo, una perspectiva que no le atraía lo más mínimo.

Miró la hora. Tenía tiempo de ir a comprar comida china antes del encuentro, aunque aún no había llamado ni a Barclay ni a Robin para darles instrucciones respecto a los días siguientes. Cuando se disponía a coger el teléfono, una alerta musical le indicó que acababa de recibir un correo electrónico.

El asunto rezaba: «Menores desaparecidos en Oxfordshire.» Strike volvió a dejar el móvil y las llaves encima de la mesa y abrió el correo.

Strike:

Esto es lo único que he encontrado tras una búsqueda rápida. Evidentemente, sin un intervalo de tiempo exacto, es difícil. Dos casos sin resolver, que yo sepa, de menores desaparecidos en Oxfordshire/Wiltshire desde principios/mediados de los noventa. Suki Lewis, de doce años, desapareció de una casa de acogida en octubre de 1992. Immamu Ibrahim, de cinco, desapareció en 1996. El padre desapareció al mismo tiempo, se cree que está en Argelia. Sólo con esta información no puedo hacer mucho más.

Saludos,

E.

12

¡Qué atmósfera tan pesada y bochornosa!

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

La luz del atardecer proyectaba un resplandor rojizo por el edredón que Robin, sentada ante el tocador del espacioso y nuevo dormitorio, tenía detrás. La barbacoa de la casa de al lado llenaba de humo la atmósfera que, hacía apenas unos momentos, estaba perfumada de madreSelva. Matthew estaba abajo, tumbado en el sofá, viendo el calentamiento del partido Inglaterra-Italia con una botella fría de Peroni en la mano.

Abrió el cajón del tocador y sacó las lentillas que había escondido allí. El día anterior, después de varias pruebas, había decidido que las de color avellana eran las que quedaban más naturales con su pelo rubio rojizo. Primero sacó una con mucho cuidado y se la colocó sobre su iris gris azulado; luego se puso la otra. Era imprescindible que se acostumbrara a llevarlas puestas. Lo ideal habría sido dejárselas todo el fin de semana, pero la reacción de Matthew cuando la había visto con ellas la había disuadido.

—¡Qué horror, Robin! —exclamó después de mirarla fijamente durante unos segundos, perplejo—. ¡Quítate eso de los ojos, te queda fatal!

Ya habían echado a perder el sábado con uno de sus tensos desacuerdos sobre su trabajo, así que Robin decidió no volver a ponerse las lentillas en todo el fin de semana. De otro modo, habrían sido un recordatorio constante para Matthew de lo que Robin se disponía a hacer en los próximos días. Por lo visto, él consideraba que trabajar de forma encubierta en la Cámara de los Comunes equivalía a cometer traición, y la negativa de Robin a revelarles quiénes eran su cliente y sus objetivos aún lo había sacado más de quicio.

Robin se repetía a sí misma que Matthew estaba preocupado por su seguridad, y que no era justo reprocharle su actitud. Aquello se había convertido en una especie de ejercicio mental que realizaba a modo de penitencia: «No puedes reprocharle que se preocupe, el año pasado estuvieron a punto de matarte, él sólo pretende protegerte.» Sin embargo, el hecho de que Robin hubiera ido a tomar algo con Strike el viernes parecía preocupar a Matthew mucho más que cualquier asesino en potencia.

—¿No te parece que estás siendo muy hipócrita? —le había preguntado su esposo.

Cuando se enfadaba, la piel de alrededor de la nariz y del labio superior se le ponía tirante. Robin ya se había fijado en ese detalle años atrás, pero últimamente le producía una sensación muy parecida a la repulsión. Nunca se lo había mencionado a su terapeuta. Le parecía que era algo demasiado desagradable, demasiado visceral.

—¿Hipócrita? ¿Por qué?

—Te vas de copas con él, los dos solos...

—Matt, trabajo con...

—... Y luego te quejas si yo quedo con Sarah para comer.

—¡Pues ve a comer con ella! —La rabia hizo que a Robin se le acelerara el pulso—. ¡Haz lo que quieras! Mira, me la encontré en el Red Lion, estaba con unos compañeros de trabajo. ¿Quieres llamar a Tom y decirle que su prometida se va de copas con sus colegas? ¿O soy la única que tiene prohibido hacer eso?

A Matthew se le volvió a tensar la piel alrededor de la nariz y la boca. «Parece que lleve puesto un bozal. Un perro que gruñe con un bozal puesto», pensó Robin.

—¿Me habrías contado que habías ido a tomar algo con él si Sarah no te hubiera visto?

—Sí —contestó Robin malhumorada—, a pesar de saber que reaccionarías como un gilipollas.

La tensión posterior a aquella discusión, que no había sido la más grave del último mes, ni mucho menos, había perdurado a lo largo de todo el domingo, y Matthew sólo había vuelto a mostrarse amigable apenas un par de horas atrás, cuando empezó a animarse por la perspectiva de ver el partido de Inglaterra. Robin incluso se había ofrecido a llevarle una botella de Peroni de la cocina y lo había besado en la frente antes de dejarlo allí, sintiéndose liberada, para ir a ponerse las lentillas y prepararse para el día siguiente.

A medida que parpadeaba, la molestia en los ojos iba desapareciendo. Fue hasta la cama, donde había dejado su portátil. Lo cogió y vio que acababa de recibir un correo electrónico de Strike.

Robin:

Te adjunto un poco de información sobre los Winn. Te llamo en breve para hablar de lo de mañana.

C. S.

Robin se enfadó. Se suponía que Strike estaba «rellenando huecos» y trabajando por las noches. ¿Acaso creía que ella no se había documentado durante el fin de semana? Aun así, abrió el primero de los adjuntos, un documento donde se resumían los frutos de las investigaciones que Strike había hecho en internet.

Geraint Winn

Geraint Ifon Winn, fecha de nacimiento 15 de julio de 1950. Nacido en Cardiff. Padre minero. Estudió en un instituto público, conoció a Della en la Universidad de Cardiff. Era consultor inmobiliario antes de convertirse en su agente electoral y dirigir su oficina parlamentaria tras las elecciones. En internet no aparecen detalles de ninguna otra actividad profesional. Ninguna empresa registrada a su nombre. Vive con Della en Southwark Park Road, Bermondsey.

Strike sólo había encontrado un par de fotografías de escasa calidad de Geraint con su mujer; Robin ya las había visto las dos y las había archivado en su ordenador. Sabía cuánto le habría costado a Strike encontrar alguna imagen de Geraint, porque ella se había pasado horas

buscándolas la noche anterior, mientras Matthew dormía. Por lo visto, los fotógrafos de prensa no consideraban que el personaje aportara gran cosa a sus imágenes. Era un individuo delgado, con una calva incipiente y gafas de montura gruesa. Tenía los labios muy finos, la barbilla retraída y los dientes ligeramente salidos; aquella combinación le recordó a Robin a un gecko con sobrepeso. Strike también había adjuntado información sobre la ministra de Deporte.

Della Winn

Fecha de nacimiento: 8 de agosto de 1947. Apellido de soltera: Jones. Nacida en Vale of Glamorgan, Gales. Ambos padres maestros. Ciega de nacimiento debido a una microftalmia bilateral. Estudió en la Saint Enodoch Royal School para ciegos de los cinco a los dieciocho. En la adolescencia ganó varios campeonatos de natación. (Véanse los artículos adjuntos para más detalles, también el de la organización benéfica Igualdad y Deporte.)

Robin había leído cuanto había encontrado sobre Della aquel fin de semana, pero aun así se leyó minuciosamente los artículos que le adjuntaba Strike. No le revelaron gran cosa que no supiera ya. Della había trabajado para una importante organización benéfica dedicada a los derechos humanos antes de presentarse a las elecciones por el distrito electoral de Gales, donde había nacido, y ganarlas. Era una perseverante abogada de los beneficios del deporte en las zonas desfavorecidas, y una gran defensora de los atletas minusválidos y de los proyectos que utilizaban el deporte para rehabilitar a veteranos heridos. La fundación de su propia organización benéfica, Igualdad y Deporte, para apoyar a jóvenes atletas y deportistas que se enfrentaban a algún tipo de desafío —ya fuese por su situación económica o por alguna discapacidad física—, había recibido una amplia cobertura por parte de la prensa. Numerosos deportistas de élite habían dedicado su tiempo a la recaudación de fondos.

Los dos artículos que Strike había adjuntado mencionaban una cosa que Robin ya sabía gracias a sus propias investigaciones: los Winn, igual que los Chiswell, habían perdido a un hijo. La hija de Della y Geraint, su única descendiente, se había suicidado a los dieciséis años, un año antes de que Della se presentara al Parlamento. La tragedia se mencionaba en todos los perfiles de Della Winn que Robin había leído, incluso en los que elogiaban sus importantes logros. En su primera intervención ante el Parlamento, había apoyado la propuesta de crear una línea directa para prevenir el *bullying*, pero por lo demás nunca había hablado del suicidio de su hija.

Sonó el móvil, aunque Robin sólo contestó después de comprobar que la puerta del dormitorio estaba cerrada.

—Qué rápida —dijo Strike, con la boca llena de fideos estilo Singapur—. Perdona, me has pillado por sorpresa. Acabo de comprar un poco de comida para llevar.

—He leído tu correo —dijo Robin.

Oyó un chasquido metálico y supo que Strike estaba abriendo una lata de cerveza.

—Muy útil, gracias —añadió.

—¿Ya tienes listo el disfraz?

—Sí.

Robin se volvió para mirarse en el espejo. Parecía increíble lo mucho que el color de los ojos podía llegar a transformar un rostro. También tenía pensado ponerse unas gafas sin graduar, además de las lentillas de color avellana.

—¿Y ya sabes lo suficiente sobre Chiswell para hacerte pasar por su ahijada?

—Sí, claro.

—Pues va, impresioname.

—Nacido en el cuarenta y cuatro —dijo Robin de inmediato y sin leer sus notas—. Estudió Clásicas en el Merton College de Oxford, y a continuación ingresó en los Húsares de la Reina. Combatió en Adén y Singapur.

»Con su primera mujer, lady Patricia Fleetwood, tuvo tres hijos: Sophia, Isabella y Freddie. Sophia está casada y vive en Northumberland. Isabella lleva la oficina parlamentaria de Chiswell...

—¿Ah, sí? —preguntó Strike al oír esto último, ligeramente sorprendido.

Robin se alegró de saber que había descubierto algo que a él se le había escapado.

—¿Es la hija que tú conocías? —le preguntó al recordar lo que Strike le había comentado en la agencia.

—Bueno, yo no diría tanto. Coincidió un par de veces con ella cuando estaba con Charlotte. Todos la llamaban «Izzy Chizzy». Un apodo de esos de clase alta.

—Lady Patricia se divorció de Chiswell cuando él dejó embarazada a una periodista especializada en política...

—Con la que tuvo ese hijo decepcionante que trabaja en la galería de arte.

—Exacto.

Robin movió el ratón y abrió una fotografía que tenía guardada: la de un joven moreno y bastante guapo vestido con traje gris oscuro entrando en los tribunales. Lo acompañaba una mujer elegante de pelo negro que llevaba gafas de sol, y con la que tenía un gran parecido, aunque ella se veía demasiado joven para ser su madre.

—Pero Chiswell y la periodista rompieron poco después de nacer Raphael —concluyó Robin.

—La familia lo llama «Raff» —continuó Strike—, y la segunda mujer de Chiswell no lo traga, opina que debería haberlo desheredado después del accidente de tráfico.

Robin tomó nota de ese detalle.

—Estupendo, gracias. La mujer actual de Chiswell, Kinvara, estuvo enferma el año pasado... —prosiguió Robin.

Abrió una fotografía de Kinvara, una pelirroja escultural ataviada con un vestido negro ajustado y un grueso collar de diamantes.

Era unos treinta años más joven que Chiswell, y miraba a la cámara haciendo un mohín. De no haber sabido quiénes eran, Robin habría pensado que eran padre e hija, y no un matrimonio.

—Sí, crisis nerviosa. —Strike se le adelantó—. ¿Tú qué crees, alcohol o drogas?

Robin oyó un sonido metálico y dedujo que Strike acababa de tirar una lata vacía de Tennent's a la papelera del despacho. Eso quería decir que estaba solo. Lorelei nunca se quedaba en el minúsculo estudio de arriba.

—Ni idea —contestó Robin, que seguía observando la fotografía de Kinvara Chiswell.

—Una última cosa —dijo Strike—. Acabo de recibirlo. Desaparecieron un par de niños en Oxfordshire en unas fechas que podrían coincidir con la historia de Billy.

Se instaló un breve silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó el detective.

—Sí. Supongo que no creerás que Chiswell estranguló a una cría, ¿no?

—No —contestó él—. Los tiempos no encajan, y si Jimmy hubiera sabido que un ministro conservador había estrangulado a una niña, no habría esperado veinte años para intentar sacarle partido. De todas formas, me encantaría averiguar si eso de que Billy vio cómo estrangulaban a una niña son imaginaciones suyas o no. Voy a indagar un poco en los nombres que me ha dado Wardle y, si alguno parece creíble, quizá te pida que sondees a Izzy. Tal vez ella recuerde algo de una niña que desapareció cerca de Chiswell House.

Robin no dijo nada.

—Como te conté en el pub, Billy está muy enfermo... Seguramente no será nada —añadió Strike, poniéndose un poco a la defensiva.

Como Robin y él sabían muy bien, en otras ocasiones había rechazado casos remunerados e incluso a clientes ricos para concentrarse en misterios a los que otros quizá no habrían prestado ninguna atención.

—Es sólo que...

—«No dormiré tranquilo hasta que lo haya comprobado» —acabó Robin—. De acuerdo. Lo entiendo.

Aprovechando que su socia no podía verlo, Strike sonrió y se frotó los ojos, en un gesto de cansancio.

—Bueno, te deseo mucha suerte mañana —dijo—. Si me necesitas, no dudes en llamarme al móvil.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Papeleo. La ex de Jimmy Knight no trabaja los lunes. El martes iré a Mánchester a buscarla.

Robin sintió una oleada repentina de nostalgia al recordar el año anterior, cuando Strike y ella habían emprendido juntos un viaje por carretera para interrogar a varias mujeres que habían sido víctimas de hombres peligrosos. Se preguntó si él también se habría acordado de aquello al planear el viaje a Mánchester.

—¿Estás viendo el Inglaterra-Italia? —le preguntó.

—Sí —contestó Strike—. Ya está todo, ¿no?

—Sí —se apresuró a confirmar Robin. No quería que pareciera que intentaba retenerlo—. Vale, ya hablaremos.

En cuanto Strike se despidió, ella colgó de inmediato y soltó el móvil a su lado, sobre la cama.

13

No me dejaré aplastar por posibilidades funestas.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

A la mañana siguiente, Robin se despertó jadeando, con las manos en el cuello, tratando de liberarse de una presión inexistente. Ya había llegado a la puerta del dormitorio cuando Matthew se despertó, desconcertado.

—No pasa nada, estoy bien —murmuró antes de que él pudiera hacer siquiera la pregunta, y buscó a tientas el picaporte para salir cuanto antes del dormitorio.

Lo sorprendente era que aquello no le hubiera pasado más a menudo desde que había oído la historia de la niña estrangulada. Robin sabía muy bien lo que se sentía cuando unos dedos se cerraban con fuerza alrededor de tu cuello, cuando la oscuridad inundaba tu cerebro, cuando estabas a sólo unos segundos de dejar de existir... Se había decidido a buscar un terapeuta precisamente por aquellos afilados fragmentos de recuerdos que no eran como los recuerdos normales, y que tenían el poder de sacarla de repente de su cuerpo y volver a sumergirla en un pasado en el que podía oler los dedos manchados de nicotina del estrangulador y notar la blanda barriga de su atacante, con la sudorosa camisa pegándose a su espalda.

Echó el pestillo de la puerta del cuarto de baño y se sentó en el suelo sólo con la camiseta holgada que se había puesto para dormir. Se concentró en su respiración, en el frío de las baldosas contra la piel de sus piernas desnudas, observando, como le habían enseñado a hacer, los acelerados latidos de su corazón, la adrenalina que circulaba por sus venas... No debía combatir el pánico, sólo observar. Al cabo de un rato, empezó a percibir el débil perfume del gel de ducha de lavanda que había usado la noche anterior, y oyó el ruido de un avión a lo lejos.

«Estás a salvo. Sólo era un sueño. Sólo era un sueño.»

Oyó sonar el despertador de Matthew a través de dos puertas cerradas. Unos minutos después, él llamó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Robin por encima del ruido del agua del grifo que había abierto.

Abrió la puerta.

—¿Todo bien? —insistió Matthew, observándola detenidamente.

—Tenía pis —dijo Robin en tono alegre, y volvió al dormitorio a buscar las lentillas.

Antes de empezar a trabajar con Strike, Robin se había inscrito en una agencia llamada

Soluciones Temporales. Ahora las oficinas a las que la habían enviado se mezclaban en su memoria, y sólo recordaba anomalías, excentricidades y rarezas. Se acordaba del jefe alcohólico que le dictaba cartas que ella corregía por compasión; del cajón que había abierto y en el que había encontrado una dentadura postiza completa y unas bragas sucias; del joven optimista que le había puesto el apodo de «Bobbie» y que había intentado, de la forma más torpe, coquetear con ella desde el otro lado de la mesa; de la mujer que tenía el interior de su cubículo forrado con fotografías de Ian McShane, y de la chica que había roto con su novio por teléfono delante de todos los empleados de la oficina, indiferente al morbosos silencio que se había apoderado de la estancia. Robin dudaba mucho que alguna de aquellas personas con las que había trabajado temporalmente se acordara de ella mejor de lo que ella las recordaba, incluido el tímido pretendiente que la llamaba «Bobbie».

Sin embargo, en cuanto llegó al palacio de Westminster supo que lo que iba a sucederle allí permanecería para siempre en su memoria. Sintió un cosquilleo de placer por el simple hecho de dejar atrás a los turistas y pasar por la puerta donde montaba guardia el policía. Al acercarse al palacio, con sus intrincadas molduras doradas llenas de pronunciadas sombras bajo la primera luz de la mañana y la silueta de la famosa torre del reloj destacando contra el cielo, se sintió cada vez más nerviosa y emocionada.

Strike le había indicado qué puerta lateral debía utilizar. Conducía a una sala alargada y débilmente iluminada, pero antes tenía que pasar por un detector de metales y una máquina de rayos-X como las de los aeropuertos. Al quitarse la mochila para pasarla por el escáner, Robin vio a una rubia alta y un tanto desaliñada, de unos treinta años, esperando a escasa distancia con un paquetito envuelto en papel de embalar marrón. La mujer la observó mientras Robin esperaba a que le hicieran una fotografía automatizada que aparecería en el pase diario que debería llevar colgado del cuello con un cordón, y cuando el vigilante de seguridad le hizo una señal para que pasara, Robin se acercó a ella.

—¿Venetia?

—Sí.

—Izzy —se presentó la mujer, sonriendo y tendiéndole la mano. Llevaba una blusa holgada con un llamativo estampado de flores y pantalones anchos—. Esto te lo envía mi padre. —Le puso el paquete en las manos—. Lo siento mucho, tenemos que darnos prisa. Me alegro de que hayas llegado puntual.

Echó a andar con paso enérgico, y Robin se apresuró a seguirla.

—Estaba imprimiendo unas hojas que tengo que llevarle a mi padre al DCMS... Ahora mismo estoy desbordada. Esto de que mi padre sea ministro de Cultura, con las Olimpiadas a la vuelta de la esquina, es una auténtica locura...

Guió a Robin casi a la carrera por el vestíbulo adornado con vidrieras de colores, y a continuación por un laberinto de pasillos; mientras tanto, no dejaba de hablar con un marcado acento de clase alta, impresionando a Robin con su capacidad pulmonar.

—Sí, lo dejo este verano, cuando termine el curso político... Voy a montar una empresa de decoración con mi amigo Jacks... Llevo cinco años aquí, mi padre no está contento... Necesita a alguien verdaderamente bueno, y el único aspirante que nos gustó rechazó el puesto.

Le hablaba por encima del hombro, y Robin hacía cuanto podía por no quedarse atrás.

—Supongo que no conocerás a ningún asistente personal bueno de verdad, ¿no?

—Me temo que no —contestó Robin, que no conservaba a ningún amigo de su anterior

profesión.

—Ya casi estamos —dijo Izzy.

Había precedido a Robin por una cantidad asombrosa de estrechos pasadizos, todos alfombrados con una moqueta del mismo verde oscuro de los asientos de piel de la Cámara de los Comunes que Robin había visto por televisión, y por fin llegaron a un pasillo lateral en el que había varias puertas de madera de estilo gótico, con forma de arco.

—Ése es el despacho de Winn... —dijo Izzy con un susurro teatral, señalando al pasar la primera puerta de la derecha. Continuó adelante y se dirigió hacia la última puerta de la izquierda—. Y éste es el nuestro.

Se apartó para dejar entrar primero a Robin.

El despacho estaba abarrotado y muy desordenado. Las ventanas de piedra, también con forma de arco, tenían las cortinas echadas, pero al otro lado se distinguía la terraza del bar, donde las siluetas de los clientes destacaban contra el intenso resplandor del Támesis. En el despacho había dos escritorios, numerosas estanterías y un sillón verde y gastado. Unas cortinas verdes cubrían la estantería desbordada de una de las paredes, ocultando sólo parcialmente el desorden de las carpetas que se amontonaban allí. Encima de un armario archivador había un monitor de televisión, que en ese momento mostraba el interior vacío de la Cámara de los Comunes, con los bancos verdes desiertos. En otro estante, junto a unas tazas dispares, había un hervidor de agua que había manchado el papel pintado de la pared. La impresora emitía un zumbido cansado en un rincón, y algunas de las hojas que había expulsado se habían caído sobre la raída moqueta.

—Oh, mierda —masculló Izzy, apresurándose a recoger las hojas mientras Robin cerraba la puerta.

Las emparejó y las dejó amontonadas encima de su escritorio, y entonces dijo:

—Estoy encantada de que mi padre te haya contratado. Últimamente ha tenido que soportar muchísima presión, y eso es lo que menos le conviene con todo lo que se nos viene encima... Pero Strike y tú lo solucionaréis, ¿verdad? Winn es un tipejo horrible. —Cogió una carpeta de piel—. Un inepto, ya me entiendes. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas con Strike?

—Un par de años —contestó Robin mientras abría el paquete que Izzy acababa de darle.

—Yo lo conozco, no sé si te lo habrá dicho. Sí... fui al colegio con su ex, Charlie Campbell. Es muy guapa, pero muy complicada. ¿La conoces?

—No —contestó Robin.

El único contacto que había tenido con Charlotte había sido tiempo atrás, cuando habían estado a punto de chocar en el rellano de la agencia.

—A mí Strike siempre me ha gustado —dijo Izzy.

Robin levantó la vista, sorprendida, pero Izzy estaba metiendo las hojas en la carpeta de piel con toda tranquilidad.

—Sí, la gente no lo veía, pero yo sí. Era tan viril y tan... no sé, impasible.

—¿«Impasible»? —repitió Robin.

—Sí, le importaba un rábano lo que dijeran. No le afectaba que pensarán que él no era... Bueno, ya sabes.

—¿Lo bastante bueno para ella?

Nada más pronunciar esas palabras, Robin se avergonzó. Se dio cuenta de que, de pronto, había adoptado una extraña actitud protectora hacia Strike. Era absurdo, por supuesto: si había

alguien capaz de cuidar de sí mismo, era él.

—Supongo —dijo Izzy, que seguía esperando a que se imprimieran sus documentos—. Estos dos últimos meses han sido un infierno para mi padre. ¡Y lo que hizo ni siquiera era delito! —añadió con ímpetu—. Tan pronto es legal como no lo es. Mi padre no tiene la culpa de eso.

—¿Qué es lo que no era legal? —preguntó Robin, fingiendo inocencia.

—Lo siento —contestó Izzy, afable pero firme—. Mi padre dice que cuantas menos personas lo sepan, mejor.

Miró entre las cortinas y escudriñó el cielo.

—No hace falta que coja la chaqueta, ¿verdad? No... Perdona las prisas, pero mi padre necesita esto y a las diez tiene que irse a una reunión con los patrocinadores olímpicos. Buena suerte.

Y en un revuelo de tela floreada y pelo alborotado, se marchó, dejando a Robin intrigada pero también más tranquila. Si Izzy tenía una opinión tan sólida respecto al delito de su padre, no podía ser nada muy grave... Suponiendo, evidentemente, que Chiswell le hubiera contado la verdad a su hija.

Robin retiró el último trozo de envoltorio del paquetito que le había entregado Izzy. Contenía, como ella ya sabía, la media docena de micros que Strike le había dado a Jasper Chiswell aquel fin de semana. Al ser ministro de la Corona, Chiswell no estaba obligado a pasar por el escáner de seguridad todas las mañanas, como Robin había tenido que hacer. Examinó minuciosamente los micrófonos. Parecían tomas de corriente normales, de plástico, y estaban diseñados para encajar encima de las tomas de corriente auténticas, que seguirían funcionando con normalidad. Sólo se activarían y empezarían a grabar cuando alguien hablara cerca de donde los hubieran instalado. Robin oía los latidos de su corazón en el silencio que había dejado Izzy al marcharse. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de la dificultad de su tarea.

Se quitó la chaqueta, la colgó y sacó de su bolso de bandolera una caja grande de Tampax que había cogido para esconder los micros que no iba a utilizar. Tras guardarlos todos excepto uno, escondió la caja en el fondo del cajón del escritorio. A continuación revisó las desordenadas estanterías hasta que encontró una carpeta vacía, y allí ocultó el dispositivo que iba a usar, entre un montón de cartas con erratas que sacó de una pila con la etiqueta «PARA TRITURAR». Armada con aquella carpeta, inspiró hondo y salió del despacho.

La puerta de Winn, que permanecía cerrada cuando Robin había llegado, ahora estaba abierta. Al pasar por delante vio a un joven alto, asiático y con gafas de cristales gruesos que llevaba un hervidor de agua en la mano.

—¡Hola! —lo saludó Robin de inmediato, imitando la actitud alegre y directa de Izzy—. Soy Venetia Hall, tu nueva vecina. ¿Cómo te llamas?

—Aamir —murmuró el joven, con acento londinense de clase media—. Mallik.

—¿Trabajas para Della Winn?

—Sí.

—¡Oh, es tan inspiradora! —dijo Robin con entusiasmo—. La verdad es que es una de mis heroínas.

Aamir no dijo nada, pero resultaba evidente que estaba deseando que lo dejaran en paz. Robin se sentía como un terrier intentando hostigar a un caballo de carreras.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Seis meses.

—¿Vas a la cafetería?

—No —dijo Aamir, como si Robin se le estuviera insinuando; se volvió bruscamente y se dirigió hacia los lavabos.

Robin siguió caminando con la carpeta en la mano, preguntándose si la animosidad que había detectado en el comportamiento del joven no sería en realidad timidez. Le habría venido bien tener algún amigo en el despacho de Winn, pero estaba claro que hacerse pasar por la ahijada de Jasper Chiswell e imitar el talante de Izzy no le facilitaba las cosas. Tenía la impresión de que a la auténtica Robin Ellacott, la chica de Yorkshire, le habría resultado mucho más fácil hacerse amiga de Aamir.

Ya que había salido con una falsa excusa, decidió explorar un poco antes de regresar.

El despacho de Chiswell y el de Winn estaban en el propio palacio de Westminster, que, con sus techos abovedados, sus bibliotecas, sus salones de té y su atmósfera general de grandeza y comodidad, recordaba al *college* de una universidad antigua.

Una galería semicubierta, cuya entrada estaba vigilada por dos grandes estatuas de piedra que representaban un unicornio y un león, conducía a la escalera mecánica por la que se accedía a Portcullis House, un moderno palacio con techo de cristal cuyos paneles triangulares estaban sujetos mediante gruesos puntales negros. Debajo había una zona amplia y diáfana que incluía una cafetería, en la que se mezclaban los diputados y los funcionarios. Flanqueados por unos grandes árboles, se veían unos estanques alargados, cubiertos y poco profundos, cuyas aguas se asemejaban a franjas deslumbrantes de mercurio bajo la luz del sol de junio.

En aquel lugar se respiraba una ambición vibrante, y uno tenía la sensación de formar parte de un mundo de vital importancia. Bajo aquel techo de cristal artísticamente fragmentado, Robin pasó al lado de periodistas políticos sentados en unos bancos de piel que consultaban sus móviles o hablaban por ellos, escribían en sus portátiles o interceptaban a políticos para hacerles preguntas. Robin se planteó si le habría gustado trabajar allí si no la hubiesen enviado a la agencia de Strike.

Sus exploraciones terminaron en el tercer edificio, el más deslucido y menos interesante, donde estaban los despachos de los diputados. Con aquellas moquetas gastadas, las paredes pintadas de color crema y una hilera tras otra de puertas idénticas, parecía un hotel de tres estrellas. Robin dio media vuelta, con la carpeta aún en las manos, y quince minutos más tarde volvió a pasar por delante de la puerta de Winn. Tras comprobar que el pasillo estaba desierto, pegó una oreja a la gruesa puerta de roble y creyó oír movimiento en el interior.

Dos minutos después, entraba de nuevo en el despacho de Chiswell.

—¿Cómo va? —preguntó Izzy cuando la vio aparecer.

—Todavía no he visto a Winn.

—Probablemente estará en el DCMS. Siempre está buscando excusas para ir a ver a Della. ¿Te apetece un café?

Izzy iba a levantarse de la silla, pero justo en ese momento sonó el teléfono.

Mientras lidiaba con la llamada de una votante furiosa que no había conseguido entradas para la competición de saltos de los Juegos Olímpicos («Sí, a mí también me gusta Tom Daley —dijo mirando a Robin con gesto de exasperación—, pero es una lotería, señora»), Robin se preparó una taza de café instantáneo y le añadió un poco de leche UHT, preguntándose cuántas veces habría hecho eso en despachos que odiaba. De pronto, se sintió tremendamente agradecida por haber

logrado escapar para siempre de aquella vida.

—Menuda neurótica —dijo Izzy con indiferencia mientras colgaba el auricular—. ¿De qué hablábamos? Ah, sí, de Geraint. Está furioso porque Della no lo ha nombrado SPAD.

—¿Qué es un SPAD? —preguntó Robin.

Luego dejó el café de Izzy en su escritorio y se sentó.

—Un asesor especial. Una especie de funcionario temporal. Es un cargo de mucho más prestigio, pero nadie nombra SPAD a un miembro de la familia. De todas formas, Geraint no tiene nada que hacer, Della no lo nombraría aunque fuese posible.

—Acabo de conocer al chico que trabaja con Winn —comentó Robin—. Aamir. No me ha parecido muy sociable.

—Ah, ya. Es un poco raro —dijo Izzy con desdén—. Conmigo es muy grosero, seguramente porque Geraint y Della odian a mi padre. Nunca he llegado a saber la verdadera razón, pero da la impresión de que nos odian a todos... Ah, por cierto, mi padre me ha mandado un mensaje hace un minuto. Esta semana vendrá mi hermano Raff para ayudarnos. Si Raff se esfuerza un poco... tal vez acabe sustituyéndome aquí... —No parecía muy optimista al respecto—. Pero él no sabe nada del chantaje ni de quién eres tú en realidad, así que no digas nada, ¿vale? Mi padre tiene como catorce ahijados. Raff no tiene por qué sospechar nada.

Dio un sorbo al café y, de pronto, con tono lánguido, añadió:

—Supongo que ya sabes lo de Raff. Salió en todos los periódicos. Aquella pobre mujer... Fue horrible. Tenía una hija de cuatro años...

—Sí, algo leí —dijo Robin sin comprometerse.

—Yo soy la única de la familia que fui a visitarlo a la cárcel —continuó Izzy—. Estaban todos muy indignados por lo que Raff había hecho. Kinvara, la mujer de mi padre, dijo que deberían haberlo condenado a cadena perpetua, pero ella no tiene ni idea de lo espantoso que era aquello. La gente no se da cuenta de lo que significa estar en la cárcel. Ya sé que Raff hizo algo terrible, pero...

Dejó la frase sin terminar. Robin se preguntó, quizá un tanto mezquinamente, si Izzy estaría insinuando que la cárcel no era para los jóvenes refinados como su hermanastro. Sin duda debía de haber sido una experiencia horrible, pensó, pero, al fin y al cabo, Raff había consumido drogas, se había puesto al volante de un coche y se había cargado a una joven madre.

—Yo creía que trabajaba en una galería de arte —comentó Robin.

—Sí, en Drummond's, pero por lo visto metió la pata... —dijo Izzy, y suspiró—. En realidad, mi padre lo ha traído aquí para tenerlo vigilado.

«Todos esos sueldos se pagan con dinero público», pensó Robin, y recordó una vez más la pena de cárcel, inusualmente corta, que le habían impuesto al hijo de un ministro por aquel accidente con consecuencias fatales cometido bajo los efectos de las drogas.

—¿Metió la pata? ¿Qué hizo?

Para sorpresa de Robin, la expresión compungida de Izzy se transformó en una carcajada repentina.

—Ay, lo siento, no debería reírme. Se tiró a la otra empleada en los lavabos —dijo sin parar de reír—. Ya sé que no tiene ninguna gracia, pero acababa de salir de la cárcel, y Raff es muy guapo y siempre se ha ligado a quien ha querido. Le pusieron un traje y lo dejaron con una licenciada en Arte rubia y monísima; ¿qué creían que iba a pasar? Aun así, como podrás imaginar,

el propietario de la galería no estaba nada contento. Por lo visto los oyó y le dio un ultimátum a Raff. Mi hermano y la chica volvieron a las andadas, y mi padre montó en cólera y dice que ahora lo va a poner a trabajar aquí.

Robin no lo encontró especialmente divertido, pero Izzy, concentrada en sus pensamientos, no pareció notarlo.

—Nunca se sabe, mi padre y Raff quizá podrían llevarlo todo —dijo esperanzada, y entonces miró la hora—. Vaya, tengo que devolver unas llamadas...

Dio un suspiro y dejó la taza de café, pero, cuando iba a descolgar el teléfono, se detuvo y se quedó con los dedos sobre el auricular: en el pasillo, al otro lado de la puerta cerrada, se oía una cantarina voz masculina.

—¡Es él! ¡Es Winn!

—Bueno, pues allá voy. —Robin volvió a coger la carpeta.

—Buena suerte —dijo Izzy en voz baja.

Al salir al pasillo, Robin vio a Winn en el umbral de su despacho; por lo visto, hablaba con Aamir, que estaba dentro. Winn llevaba una carpeta con letras naranja que rezaban: «IGUALDAD Y DEPORTE.» Oyó los pasos de Robin y se dio la vuelta.

—Ah, hola —dijo con su acento de Cardiff, acercándose a ella.

Su mirada resbaló por el cuello de Robin, se deslizó sobre sus pechos, y luego ascendió de nuevo hacia su boca y sus ojos. A ella le bastó aquella mirada para calarlo. Había conocido a infinidad de tipos como él en otras oficinas, hombres que te observaban de una forma que hacía que te sintieras torpe y cohibida, que te ponían una mano en la parte baja de la espalda cuando caminaban detrás de ti o te invitaban a pasar por una puerta, que se asomaban por encima de tu hombro con la excusa de leer la pantalla de tu ordenador y hacían comentarios casuales sobre tu ropa que luego, cuando al final de la jornada ibas con el resto de tus compañeros de trabajo a tomar algo, se convertían en comentarios sobre tu figura. Y que si te enfadabas, exclamaban «¡Era broma!», y se ponían agresivos ante las quejas.

—¿Y tú dónde encajas? —preguntó Geraint, consiguiendo que la pregunta sonara libidinosa.

—Estoy haciendo unas prácticas con mi tío Jasper —contestó Robin, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Tu tío Jasper?

—Jasper Chiswell, sí —confirmó ella, pronunciando el apellido como lo hacían los Chiswell, «Chizzle»—. Es mi padrino. Me llamo Venetia Hall.

Robin le tendió la mano.

El físico de Winn tenía algo que recordaba a un anfibio, incluida la húmeda palma de su mano. En persona, se dijo Robin, no parecía tanto un gecko como una rana; tenía una barriga pronunciada y las piernas y los brazos delgados, y el pelo de su incipiente calva se veía bastante grasiento.

—¿Y a qué se debe que Jasper sea tu padrino?

—Bueno, el tío Jasper y mi padre son viejos amigos... —contestó Robin, que tenía toda una historia de fondo preparada.

—¿Del Ejército?

—No, administración de fincas.

—Ah —dijo Geraint, que añadió enseguida—: Qué pelo tan bonito. ¿Es natural?

—Sí —contestó Robin.

La mirada de Winn volvió a descender por su cuerpo, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para seguir sonriendo. Por fin, hablando con entusiasmo y riendo hasta que le dolieron los músculos de las mejillas, Robin le aseguró que, si necesitaba algo, lo llamaría. Luego se alejó por el pasillo, consciente de que Geraint seguía observándola hasta que dobló una esquina y se perdió de vista.

Tenía muy claro que acababa de descubrir un punto débil en Winn, y que aquello podía resultar tan útil como lo que Strike había descubierto del carácter litigante de Jimmy Knight. Sabía por experiencia que los hombres como Geraint tenían una tendencia asombrosa a creer que sus dispersas insinuaciones sexuales eran bien valoradas e incluso correspondidas. Robin se había pasado una parte considerable de su época de empleada temporal tratando de rechazar y evitar a otros hombres como él, que veían lúbricas invitaciones en la mera buena educación, y para quienes la juventud y la inexperiencia eran una tentación irresistible.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar en su empeño por descubrir algo que desacreditara a Winn?, se preguntó. Caminando con un falso propósito por interminables pasillos mientras simulaba que tenía documentos que entregar, Robin imaginó que se inclinaba sobre la mesa de Winn aprovechando alguna ausencia del inoportuno Aamir y que, con el escote a la altura de sus ojos, le pedía ayuda y consejo y se reía de sus chistes obscenos.

Entonces, con una claridad repentina y espantosa, vio la embestida de Winn, vio su cara sudorosa lanzándose hacia ella con aquella boca de labios finos abierta, las manos ásperas agarrándole los brazos y sujetándose los a los costados, la barriga apretándose contra ella, aplastándola hacia atrás contra un armario...

El verde ininterrumpido de la moqueta y las butacas, los arcos de madera oscura y los paneles cuadrados parecieron desdibujarse y contraerse al mismo tiempo que la insinuación imaginada de Winn se convertía en una agresión. Robin empujó la puerta que tenía delante, como si se obligara físicamente a dejar atrás su pánico.

«Respira. Respira. Respira.»

—Es abrumador la primera vez que lo ves, ¿verdad?

Era una voz masculina, amable y no demasiado joven.

—Sí —contestó Robin, aunque sin saber muy bien lo que decía. «Respira.»

—Eres temporal, ¿no? —dijo la voz, y a continuación añadió—: ¿Estás bien, querida?

—Asma —masculló Robin.

Ya había empleado esa excusa otras veces. Le ofrecía un buen pretexto para parar, respirar hondo, volver a anclarse a la realidad...

—¿Llevas por casualidad un inhalador? —le preguntó el conserje, preocupado.

Iba de frac, con pajarita blanca, y llevaba una ornamentada insignia oficial. Al verlo con aquella indumentaria tan solemne, a Robin le vino a la mente el conejo blanco que aparecía en medio de la locura.

—Me lo he dejado en el despacho. No pasa nada, sólo necesito un segundo para...

Sin querer, se había metido en un estallido de oro y colores que estaba incrementando su sensación de opresión. El Members' Lobby, aquella sala ornamentada de gótico victoriano que ella había visto en televisión, se hallaba justo enfrente de la Cámara de los Comunes, y en la periferia de su visión se alzaban las cuatro estatuas de bronce gigantescas de los anteriores primeros ministros: Thatcher, Atlee, Lloyd George y Churchill. En las paredes estaban los bustos de todos los demás, y a Robin le parecieron cabezas cortadas. Aquellos dorados, con sus

intrincadas tracerías y sus adornos de colores llamativos, danzaban alrededor de ella, burlándose de su incapacidad de enfrentarse a su florida belleza.

Oyó el arrastrar de unas patas. El conserje le había acercado una silla y le estaba pidiendo a otro empleado que fuese a buscar un vaso de agua.

—Gracias... Gracias... —dijo Robin, aturdida.

Se sentía incompetente, avergonzada y ridícula. Strike no debía enterarse de aquello. Si no, la enviaría a casa, le diría que no estaba en condiciones de trabajar. Tampoco debía contárselo a Matthew, para quien aquellos episodios eran la consecuencia inevitable y bochornosa del estúpido empeño de Robin en seguir dedicándose a la investigación privada.

El conserje le hablaba con voz amable mientras ella se recuperaba, y al cabo de unos minutos Robin ya fue capaz de responder apropiadamente a su bienintencionado sermón. Mientras su respiración se normalizaba, el conserje le contó la historia del busto de Edward Heath, que había empezado a ponerse verde cuando había llegado la estatua de cuerpo entero de Thatcher que estaba a su lado, y habían tenido que aplicarle un tratamiento para devolverle su color marrón oscuro.

Robin rió educadamente, se levantó, le devolvió el vaso vacío y le dio las gracias otra vez.

¿Qué tratamiento habría que darle a ella, se preguntó cuando se puso a andar, para que volviera a ser quien había sido?

14

A mi juicio, tengo el deber de difundir un poco de luz y alegría aquí donde la familia Rosmer durante generaciones no ha hecho más que crear tinieblas y tristeza.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El martes por la mañana, Strike se levantó temprano. Después de ducharse, ponerse la prótesis y vestirse, llenó un termo de té bien cargado, sacó de la nevera los sándwiches que había preparado la noche anterior, los metió en una bolsa de plástico junto con dos paquetes de galletas Club, unos chicles y unas cuantas bolsas de patatas fritas con sal y vinagre, y salió a la soleada calle para dirigirse al garaje donde estaba aparcado su BMW. A las doce y media tenía cita para cortarse el pelo con la ex mujer de Jimmy Knight, en Mánchester.

Una vez en el coche, dejó la bolsa de las provisiones al alcance de la mano y se calzó las zapatillas de deporte que siempre dejaba en el maletero, y que permitían a su pie ortopédico un mejor agarre al pedal del freno. Luego sacó su teléfono móvil y empezó a escribirle un mensaje a Robin.

A partir de los nombres que le había dado Wardle, había dedicado gran parte del lunes a investigar lo mejor que había podido los casos de los dos menores que, gracias a la policía, sabía que habían desaparecido en la región de Oxfordshire veinte años atrás. Wardle había escrito mal el nombre del primer niño, y eso le había hecho perder mucho tiempo, pero al final el detective había encontrado las noticias sobre Imamu Ibrahim que habían aparecido en la prensa, en las que la madre del muchacho declaraba que su marido, del que estaba separada y con quien no mantenía contacto, había secuestrado al niño y se lo había llevado a Argelia. Al final, Strike había conseguido desenterrar un par de líneas sobre Imamu y su madre en la página web de una organización que se dedicaba a resolver temas de custodia internacional. Según esa información, habían encontrado a Imamu con vida y en buen estado viviendo con su padre.

La suerte de Suki Lewis, la niña de doce años que se había escapado de una casa de acogida, era un tanto más misteriosa. El detective había hallado una fotografía de la pequeña enterrada en una vieja noticia. Suki había desaparecido de su casa de acogida de Swindon en 1992, y Strike no encontró ningún otro artículo en el que volvieran a mencionarla más tarde. En la imagen, bastante borrosa, aparecía una niña dentada, poco desarrollada, de facciones delicadas y con pelo oscuro y corto.

«Era una niña pequeña, pero después dijeron que era un niño.»

De modo que una cría vulnerable y de aspecto andrógino podría haber desaparecido del mapa más o menos en las mismas fechas y en la misma zona en que Billy Knight aseguraba haber visto

cómo estrangulaban a una niña que parecía un niño.

Le mandó un mensaje a Robin:

Si encuentras la forma de que suene natural, pregúntale a Izzy si recuerda algo de una niña de doce años llamada Suki Lewis. Se escapó hace veinte años de una casa de acogida que había cerca de Chiswell House.

En cuanto salió de Londres, el polvo empezó a posarse en el parabrisas y a brillar bajo la luz del sol. Conducir ya no le procuraba el mismo placer que antes. No podía permitirse un vehículo adaptado, y aunque su BMW era automático, seguía costándole manejar los pedales. En condiciones adversas, a veces incluso manejaba el freno y el acelerador con el pie izquierdo.

Cuando entró en la M6, esperaba poder ponerse enseguida a cien kilómetros por hora y mantener esa velocidad, pero un imbécil con un Vauxhall Corsa decidió pegarse a él.

—¡Adelanta ya, capullo! —gruñó Strike.

No tenía intención de cambiar de velocidad, pues así se sentía cómodo y no necesitaba utilizar el pie ortopédico más de lo imprescindible, y durante un rato miró con odio por el espejo retrovisor hasta que el conductor del Vauxhall captó la indirecta y cambió de carril.

Strike se relajó un poco —al menos todo lo que uno puede relajarse al volante en estos tiempos—, bajó la ventanilla para que entrara el agradable aire estival y se puso a pensar una vez más en Billy y en la desaparecida Suki Lewis.

«A mí ella no me dejaría excavar, pero a usted sí», le había dicho Billy en el despacho, mientras se tocaba la nariz y el pecho de forma compulsiva.

¿Quién era «ella»? se preguntó Strike. ¿La nueva propietaria de Steda Cottage, quizá? Fuera quien fuese, era bastante lógico que se opusiera a que Billy excavara en sus arriates en busca de cadáveres...

Después de hurgar con la mano izquierda en la bolsa de las provisiones y de extraer una bolsa de patatas y abrirla con los dientes, Strike se recordó por enésima vez que probablemente la historia de Billy fuera sólo una quimera. Suki Lewis podía estar en cualquier sitio. No todos los menores desaparecidos estaban muertos. Tal vez a Suki también la hubiese raptado un progenitor que se había dado a la fuga. Veinte años atrás, en los albores de internet, cualquiera que hubiera querido reinventarse o reinventar a otros podía aprovecharse de la deficiente comunicación entre los distintos cuerpos de policía locales. Y, aunque Suki no siguiera con vida, nada hacía sospechar que la hubiesen estrangulado, y mucho menos que Billy Knight lo hubiese presenciado. Sin duda alguna, la mayoría de la gente llegaría a la conclusión de que aquel caso era puro humo.

Mientras comía patatas a puñados, Strike se dio cuenta de que, cuando se planteaba qué opinaría «la mayoría de la gente», siempre pensaba en su hermanastra Lucy, la única de sus ocho hermanastros con la que había compartido una infancia caótica e itinerante. Para Strike, Lucy era la persona más convencional y falta de imaginación que jamás había conocido, a pesar de que, como él, había crecido en contacto íntimo con lo más macabro, peligroso y aterrador de la vida.

Antes de que Lucy, con apenas catorce años, se marchara a vivir de forma permanente a Cornualles con sus tíos, su madre los había llevado a ella y a Strike por una serie interminable de casas ocupadas, comunas, pisos de alquiler y suelos de pisos de amigos; casi nunca se habían quedado más de seis meses en el mismo sitio, y Leda los había expuesto a todo un desfile de personajes excéntricos, trastornados y adictos. Con la mano derecha sobre el volante y hurgando

con la izquierda en busca de galletas, Strike recordó algunos de los espectáculos más pesadillescos que Lucy y él habían presenciado de niños: el del joven psicótico que peleaba contra un demonio invisible en un sótano de Shoreditch; el del adolescente a quien habían azotado con un látigo en una comuna pseudomística de Norfolk (y pese a ello, en opinión de Strike, el peor sitio de todos a los que los había llevado su madre), y el de Shayla, una de las amigas más frágiles de Leda, prostituta a tiempo parcial, llorando desconsoladamente después de que su violento novio le causara una lesión cerebral a su bebé.

Aquella infancia imprevisible y muchas veces aterradora había provocado en Lucy un anhelo de estabilidad y convencionalidad. Casada con un aparejador por quien Strike no sentía ninguna simpatía y madre de tres hijos a los que él apenas conocía, su hermana, sin duda alguna, habría descartado la historia de Billy sobre aquella niña con apariencia de niño a quien presuntamente habían estrangulado, considerándola el producto de una mente trastornada, y se habría apresurado a esconderla en un rincón junto con todas las otras cosas en las que no soportaba pensar. Lucy necesitaba fingir que la violencia y lo extraño se habían desvanecido en un pasado tan muerto como su madre; necesitaba creer que, ahora que Leda ya no estaba, su vida era sólida y segura.

Strike lo entendía. Pese a lo diferentes que eran, y pese a que a veces su hermana lo sacaba de sus casillas, la quería. Con todo, mientras conducía hacia Mánchester no pudo evitar compararla con Robin. Ella se había criado en lo que, para Strike, era el paradigma de la estabilidad de la clase media, y sin embargo tenía un coraje del que su hermana carecía. Ambas mujeres habían sufrido la violencia y el sadismo en su propia carne, pero Lucy había reaccionado enterrándose donde confiaba en que nunca volverían a encontrarla, y Robin, en cambio, había decidido enfrentarse a ello casi a diario, investigando y resolviendo otros crímenes y traumas, impulsada por el mismo afán de resolver embrollos y exhumar verdades que movía a Strike.

Mientras el sol seguía ascendiendo y moteando el sucio parabrisas, lamentó muchísimo que Robin no estuviera con él en ese momento. Era la persona ideal con la que revisar una teoría. Habría desenroscando el tapón del termo y le habría servido té. «Nos habríamos reído.»

Últimamente habían vuelto a bromear un par de veces desde que Billy había irrumpido en la agencia con una historia lo bastante turbadora como para vencer la actitud reservada que, desde hacía un año, se había enquistado y se había convertido en un obstáculo permanente para su amistad. «O lo que sea que fuera eso», pensó Strike, y por unos instantes volvió a sentir que la tenía entre los brazos en aquella escalera, y creyó percibir el aroma de las rosas blancas y el perfume que se respiraba en la oficina cuando Robin estaba sentada a su escritorio.

Tras componer una especie de mueca mental, cogió otro cigarrillo, lo encendió y se concentró en Mánchester y en las preguntas que tenía pensado hacerle a Dawn Clancy, la mujer que, durante cinco años, había estado casada con Jimmy Knight.

15

Sí, ¡y qué señora! Conmigo se ha mostrado siempre muy orgullosa.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Mientras Strike conducía hacia el norte, el ministro de Cultura convocó a Robin, sin más explicaciones, para tener una reunión personal con ella.

Caminando bajo el sol hacia el DCMS, el Departamento de Cultura, Medios de Comunicación y Deporte, situado en un gran edificio eduardiano blanco, a unos minutos del palacio de Westminster, Robin lamentó no ser uno de aquellos turistas que abarrotaban la acera. Por teléfono le había parecido que Chiswell estaba de mal humor.

Robin habría dado cualquier cosa por tener algo interesante que contarle al ministro sobre su chantajista, pero sólo llevaba un día y medio desempeñando aquel trabajo, de modo que lo único que podía afirmar con certeza era que sus primeras impresiones de Geraint Winn ya se habían confirmado: era descuidado, libidinoso, prepotente e indiscreto. La puerta de su despacho casi siempre estaba abierta, y su cantarina voz resonaba por el pasillo cuando hablaba con ligereza e imprudencia de las preocupaciones de sus votantes; no dejaba de citar a famosos y a políticos veteranos para impresionar y, en general, aspiraba a causar la impresión de que era un hombre para quien dirigir una simple oficina electoral era un divertimento sin importancia.

Saludaba alegremente a Robin desde su escritorio cada vez que ella pasaba por delante de la puerta abierta de su despacho, y mostraba un claro interés por estrechar el contacto con ella. Sin embargo, de un modo intencionado o involuntario, Aamir Mallik impedía una y otra vez los intentos de Robin de convertir aquellos saludos en conversaciones, ya fuese interrumpiendo a Winn con preguntas o, como había hecho hacía una hora, simplemente cerrándole la puerta en las narices a Robin.

El exterior del enorme edificio que albergaba el DCMS, con sus guirnaldas de piedra, sus columnas y su fachada neoclásica, no era muy tranquilizador. Robin vio que habían modernizado el interior, donde se exponían obras de arte contemporáneo, entre ellas una escultura abstracta de cristal suspendida de la cúpula que coronaba la escalera principal, por la que la guió una joven que parecía muy eficiente. Su acompañante, convencida de que Robin era la ahijada del ministro, se desvivía por mostrarle todos los elementos de interés.

—El salón Churchill —dijo, señalando hacia la izquierda cuando torcieron hacia la derecha—. Ése es el balcón desde donde dio su discurso el Día de la Victoria en Europa. El despacho del ministro está por aquí...

Precedió a Robin por un amplio pasillo curvo que hacía las veces de espacio de trabajo de

planta abierta. Había gente joven y bien vestida sentada a una serie de mesas y, a la derecha, unas ventanas daban a un patio que, por su tamaño y sus proporciones, parecía un coliseo, con sus paredes blancas y altas con ventanales. Todo era muy distinto del apartado despacho donde Izzy preparaba café instantáneo con un hervidor de agua; allí, la cafetera, grande y sofisticada, con sus surtidos de cápsulas, ocupaba su propia mesa.

Los despachos que había a la izquierda estaban separados de ese espacio curvo por paredes y puertas de vidrio, y Robin pudo ver al ministro de Cultura desde lejos, sentado a su escritorio y hablando por teléfono bajo un retrato contemporáneo de la reina. Con un brusco ademán, Chiswell le indicó a la joven acompañante que podía dejar entrar a Robin en el despacho, y siguió hablando por teléfono mientras ella esperaba, un tanto incómoda, a que él terminase la llamada. Del auricular salía una aguda voz de mujer, que, como pudo apreciar Robin pese a hallarse a dos metros y medio, estaba bastante histérica.

—¡Tengo que dejarte, Kinvara! —gruñó Chiswell por el auricular—. Sí..., ya hablaremos de eso más tarde. Tengo que dejarte.

Colgó el auricular con más ímpetu del necesario y le señaló a Robin la silla que tenía enfrente. El pelo canoso, tieso y áspero, formaba un halo alrededor de su cabeza, y su grueso labio inferior le confería un aire de irritabilidad.

—Los periódicos ya están husmeando —refunfuñó—. Era mi mujer. Esta mañana la han llamado los del *Sun* y le han preguntado si los rumores son ciertos. «¿Qué rumores?», ha dicho ella, pero el tipo no ha concretado. Estaba probando suerte, es evidente. Intentaba sonsacarle algo pillándola por sorpresa.

Miró a Robin frunciendo el ceño, y dio la impresión de que su aspecto le parecía deficiente.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintisiete —contestó ella.

—Parece más joven.

Tal como lo dijo, no sonó a cumplido.

—¿Ya ha conseguido instalar el... dispositivo?

—Me temo que no —contestó Robin.

—¿Dónde está Strike?

—En Mánchester, entrevistando a la ex mujer de Jimmy Knight.

Chiswell expresó su disgusto resoplando sonoramente por la nariz y se levantó. Robin se puso de pie de inmediato.

—Bien, será mejor que se ponga manos a la obra —dijo Chiswell—. El Servicio Nacional de Salud... —añadió sin cambiar de entonación, y se dirigió hacia la puerta—. La gente pensará que estamos chiflados.

—¿Perdón? —preguntó Robin sin comprender.

Chiswell abrió la puerta de cristal y le hizo una seña a Robin para que pasara delante y saliera a la zona diáfana, donde todos aquellos jóvenes elegantes trabajaban junto a su moderna cafetera.

—La ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos —explicó Chiswell, que salió detrás de Robin—. Chorradas izquierdistas. Ganamos dos malditas guerras mundiales, pero eso se supone que no debemos celebrarlo.

—Bobadas, Jasper —dijo una voz grave y melodiosa con acento galés—. Estamos continuamente celebrando victorias militares. Esto es otro tipo de celebración.

Della Winn, la ministra de Deporte, estaba frente a la puerta de Chiswell con un labrador casi blanco que llevaba de una correa. Era una mujer de porte imponente, y su pelo canoso peinado hacia atrás revelaba una frente amplia; llevaba unas gafas de sol tan oscuras que Robin no alcanzó a distinguir nada de lo que había tras los cristales. Robin se había documentado sobre su ceguera y sabía que se debía a una malformación rara que había impedido que los globos oculares se desarrollaran *in utero*. A veces Della usaba prótesis oculares, sobre todo si tenían que fotografiarla. Aquel día iba vestida de arriba abajo de color azul celeste, y lucía numerosas joyas de oro, macizas y con relieve, y un gran collar con entalladuras. En uno de los artículos sobre la ministra que Strike había impreso, Robin había leído que Geraint le preparaba la ropa a Della todas las mañanas y que, como no le interesaba mucho la moda, para él lo más sencillo era elegir prendas del mismo color. Cuando lo leyó, a Robin le había parecido conmovedor.

No dio la impresión de que a Chiswell le entusiasmara la repentina aparición de su colega, y, teniendo en cuenta que su marido estaba extorsionándolo, Robin consideró que era bastante lógico. Della, por otra parte, no dio señal alguna de disgusto.

—He pensado que podríamos compartir coche para ir a Greenwich —le dijo a Chiswell, mientras el labrador blanco olfateaba suavemente el dobladillo de la falda de Robin—. Así tendríamos ocasión de repasar los planes para el día doce. ¿Qué haces, *Gwynn*? —añadió al notar que el labrador tiraba de la correa.

—Me está oliendo —repuso Robin, cohibida, acariciando al labrador.

—Te presento a mi ahijada...

—Venetia —intervino Robin, pues era evidente que Chiswell estaba intentando recordar su nombre.

—Encantada —dijo Della, tendiéndole la mano—. ¿Has venido a visitar a Jasper?

—No, estoy haciendo unas prácticas en la oficina electoral —contestó Robin, que le estrechó la mano, tibia y con varios anillos, mientras Chiswell se apartaba y examinaba el documento que un joven trajeado se había acercado a mostrarle.

—Venetia... —repitió Della, que seguía orientada hacia Robin. Frunció ligeramente el ceño, aunque las impenetrables gafas negras ocultaban en gran parte su bello rostro—. ¿Y cómo te apellidas?

—Hall —respondió Robin.

Sintió un absurdo momento de pánico, como si Della estuviese a punto de desenmascararla. Chiswell se alejó examinando el documento que le habían enseñado, y dejó a Robin a merced de la ministra.

—Tú eres la esgrimista —afirmó Della.

—¿Perdón? —dijo Robin, completamente confusa otra vez.

Algunos de los jóvenes que había alrededor de la cafetera futurista se habían dado la vuelta para escuchar, con gesto de interés y cortesía.

—Sí —continuó Della—. Me acuerdo de ti. Formabas parte del equipo inglés, igual que Freddie.

Su expresión, que había sido de absoluta cordialidad unos segundos antes, se había endurecido. Ahora Chiswell estaba inclinado sobre un escritorio mientras tachaba unas frases del documento.

—No, nunca he practicado la esgrima —comentó Robin, descolocada.

Al pronunciar Della la palabra «equipo», se había dado cuenta de lo que había querido decir al llamarla «esgrimista».

—Claro que sí —insistió la ministra—. Me acuerdo perfectamente de ti. La ahijada de Jasper, la que estaba en el equipo con Freddie.

Era una exhibición de arrogancia, de completa seguridad en sí misma, que a Robin le resultó un tanto exasperante. No se sentía con fuerzas para seguir llevándole la contraria, porque ya había varias personas escuchando.

—Bueno, encantada de conocerla —se limitó a decir, y se encaminó hacia la salida.

—Querrás decir «de volver a verme» —dijo Della con énfasis.

Pero Robin no le contestó.

16

*¡Un hombre con un pasado tan vergonzoso!
¡Y semejante tipo se dedica a hacer el papel de cabecilla del pueblo!*

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Tras cuatro horas y media al volante, no podía decirse que la salida de Strike del BMW al llegar a Mánchester hubiera sido precisamente elegante. Estaba en Burton Road, una calle ancha y bonita con una mezcla de comercios y viviendas, apoyado en el coche, estirando la espalda y la pierna. Por suerte, había encontrado sitio para aparcar a escasa distancia de «Stylz». La fachada, de color rosa chillón, destacaba entre una cafetería y un supermercado Tesco Express, y en el escaparate había fotografías de modelos enfurruñadas con el pelo teñido de colores poco naturales.

El interior de la pequeña peluquería, con aquel suelo de baldosas blancas y negras y aquellas paredes de color rosa que a Strike le recordaron al dormitorio de Lorelei, era sin duda moderno, aunque no parecía que atendiera a una clientela especialmente joven o atrevida. En ese momento sólo había dos clientas. Una de ellas era una mujer muy gruesa, de al menos sesenta años, que leía *Good Housekeeping* un espejo con el pelo hecho una masa de papel de aluminio. Al entrar, Strike apostó consigo mismo a que Dawn sería la rubia de bote flaca que, de espaldas a él, charlaba animadamente con otra mujer mayor de pelo azul, a la que le estaba haciendo la permanente.

—Tengo hora con Dawn —le comentó Strike a la joven recepcionista, que pareció asustarse un poco al ver a alguien tan corpulento y tan masculino en medio de aquella burbuja de amoníaco perfumado.

La rubia de bote se volvió al oír que pronunciaban su nombre. Tenía el cutis curtido y con las manchas típicas de los aficionados a las cabinas de rayos UVA.

—Enseguida estoy por ti, chico —dijo, sonriente.

El detective se sentó en un banco, junto al escaparate, y se dispuso a esperar.

Unos cinco minutos después, Dawn lo acompañó hasta una butaca tapizada de color rosa que había al fondo de la peluquería.

—Cuéntame, ¿qué te quieres hacer? —le preguntó al mismo tiempo que, con un ademán, lo invitaba a sentarse.

—No he venido a cortarme el pelo —dijo Strike, todavía de pie—, aunque pagaré como si me lo hubieses cortado. No quiero hacerte perder el tiempo, pero... —Se sacó una tarjeta y el carnet

de conducir del bolsillo—. Me llamo Cormoran Strike. Soy detective privado y quería hablar contigo de tu ex marido, Jimmy Knight.

Dawn puso cara de perplejidad, como es lógico, pero luego lo miró fascinada.

—¿Strike? —preguntó con admiración—. ¿No eres el que capturó a ese destripador?

—Exacto.

—¡Joder! ¿Qué ha hecho Jimmy?

—Nada grave —contestó Strike—. Sólo estoy buscando antecedentes.

Ella no le creyó, por supuesto. El detective sospechó que llevaba mucho relleno facial, porque tenía la frente sospechosamente lisa y brillante sobre aquellas cejas tan bien perfiladas. Lo único que delataba su edad eran las arrugas del cuello.

—Para mí es agua pasada. Ya no hablo de Jimmy. Dicen que cuanto menos hurgas en la herida, antes se cura, ¿no?

Strike, sin embargo, percibía la curiosidad y la emoción que irradiaba; las notaba como si fuesen ondas de calor. Se oía, de fondo, el tintineo de Radio 2. Dawn miró a las dos mujeres que estaban sentadas ante los espejos.

—¡Sian! —gritó.

La recepcionista, sobresaltada, se dio la vuelta.

—Quítale los papeles y vigíleme esa permanente, cielo. —Titubeó; todavía tenía la tarjeta de Strike en la mano—. No sé si debo hacerlo... —dijo.

Estaba claro que quería que la convencieran.

—Sólo busco contexto —insistió él—. Sin ningún compromiso.

Cinco minutos más tarde, Dawn estaba charlando alegremente con Strike mientras le preparaba un cortado en la diminuta trastienda de la peluquería. Se la veía un tanto demacrada bajo la luz del fluorescente del techo, pero aun así era lo bastante guapa como para explicar por qué Jimmy se había interesado por una mujer trece años mayor que él.

—... Sí, una manifestación contra las armas nucleares. Fui con una amiga mía, Wendy, que estaba muy metida en todo eso. Vegetariana... —añadió, y cerró la puerta que daba a la tienda empujándola con la punta del pie y sacando un paquete de Silk Cut—, ya sabes a qué me refiero.

—Gracias, tengo los míos —dijo Strike cuando le ofreció un cigarrillo.

Le encendió el suyo a Dawn, y luego se encendió él un Benson & Hedges. Los dos lanzaron una bocanada de humo al mismo tiempo. Ella cruzó las piernas y siguió hablando.

—Bueno, pues Jimmy dio un discurso sobre armas y sobre lo mucho que podríamos ahorrarnos y dedicar a la sanidad pública y a todas esas cosas... Que qué sentido tenía, y tal. Habla muy bien, ¿sabes?

—Es cierto —coincidió Strike—. Lo he oído hablar en público

—Y yo me lo creí todo, de pe a pa. Piqué el anzuelo. Pensé que era una especie de Robin Hood.

Strike vio venir el chiste antes de que ella lo hiciera, y comprendió que no era la primera vez que lo soltaba.

—*Robo Hood*, más bien...

Ella ya estaba divorciada cuando conoció a Jimmy. Su primer marido la había dejado por otra empleada de la peluquería de Londres que regentaban juntos, pero Dawn salió bien parada del divorcio y había conseguido conservar el negocio. Después de la turbia relación con su primer

marido, Jimmy le había parecido un tipo de lo más romántico y, despechada como estaba, se había enamorado locamente de él.

—Aunque siempre hubo otras chicas —dijo—. Rojillas, ya me entiendes. Algunas eran muy jóvenes. Para ellas, él era una especie de estrella del pop. No supe cuántas había habido hasta más tarde, cuando Jimmy ya se había hecho tarjetas de todas mis cuentas.

Dawn le contó con todo detalle que Jimmy la había convencido para que le financiara una demanda contra su anterior empleador, Zanet Industries, por despido improcedente.

—Jimmy tiene muy presentes sus derechos. Y no es precisamente estúpido, ya sabes. Consiguió una indemnización de diez mil libras de Zanet. Yo, de ese dinero nunca vi ni un penique. Se lo fundió todo intentando demandar a otras personas. Y cuando nos separamos, también intentó querellarse conmigo. «Lucro cesante», no me hagas reír. Yo lo había mantenido durante cinco años y él decía que había trabajado para mí, que había hecho crecer el negocio sin recibir ninguna remuneración a cambio y que sufría asma como consecuencia de los productos químicos... Dijo tantas tonterías que ni siquiera se aceptó la causa, gracias a Dios. Y luego intentó demandarme por acoso. Dijo que le había rayado el coche.

Apagó el cigarrillo y se encendió otro.

—Y era verdad —añadió con una sonrisa malvada—. ¿Sabías que lo han puesto en una lista negra? No puede demandar a nadie sin solicitar un permiso previo.

—Sí, lo sé... —respondió Strike—. ¿Sabes si estuvo implicado en alguna actividad delictiva mientras estuvisteis juntos, Dawn?

El rostro de la mujer volvió a iluminarse al observar a Strike, todavía con la esperanza de oír qué era eso que se suponía que Jimmy había hecho para que el detective lo investigara. Finalmente, dijo:

—No sé si fue muy cuidadoso a la hora de comprobar si todas las chicas con las que tonteaba tenían dieciséis años. Más tarde me enteré de que una de ellas... Pero entonces ya nos habíamos divorciado, eso ya no era asunto mío...

Strike anotó algo en su bloc.

—Y tampoco me fiaría mucho de él si se tratase de algo relacionado con judíos. No le gustan. Israel es el origen de todo mal, según Jimmy. El sionismo... Acabé aborreciendo esa palabra, te lo aseguro. Como si no hubiesen sufrido suficiente —añadió Dawn con vaguedad—. Sí, su jefe de Zanet Industries era judío, y el odio era mutuo.

—¿Cómo se llamaba?

—Déjame pensar... —Dawn dio una larga calada al cigarrillo y frunció el ceño—. Paul algo... Lobstein, eso es. Paul Lobstein. Seguramente todavía trabaja en Zanet.

—¿Mantienes algún contacto con Jimmy o con algún miembro de su familia?

—Por Dios, no. No quiero saber nada de ellos. De hecho, al único miembro de su familia al que conocí es al pequeño Billy, su hermano.

Cuando dijo ese nombre, su voz se suavizó un poco.

—No estaba bien. Pasó un tiempo con nosotros. Era un encanto, en serio, pero no estaba bien. Jimmy decía que la culpa era de su padre. Que era un borracho violento. Los crió él solo y les daba unas palizas de miedo; según ellos, incluso les pegaba con el cinturón. Jimmy se marchó a Londres y dejó al pobre Billy solo con él. No me extraña que se quedara como se quedó.

—¿A qué te refieres?

—Tenía un... tic nervioso, ¿no se llama así?

Imitó a la perfección el gesto que Strike le había visto hacer a Billy en su despacho, tocándose la nariz y el pecho.

—Empezaron a medicarlo, me acuerdo. Entonces se marchó, compartía un piso con otros chicos. Cuando Jimmy y yo nos separamos, no volví a verlo. Era un chico encantador, sí, pero a Jimmy le ponía nervioso.

—¿Por qué? —preguntó Strike.

—A Jimmy no le gustaba que hablara de su infancia. No lo sé, creo que se sentía culpable por haberlo dejado solo con su padre. Había algo raro en todo aquello.

Strike se dio cuenta de que hacía tiempo que Dawn no pensaba en aquellas cosas.

—¿Raro en qué sentido? —La animó a seguir.

—Recuerdo que un par de veces, después de haber bebido más de la cuenta, Jimmy dijo que su padre iría al infierno por cómo se ganaba la vida.

—¿No se dedicaba a realizar tareas de mantenimiento?

—Algo así. Yo tenía entendido que era carpintero. Trabajaba para la familia de ese político, ¿cómo se llama? El del pelo.

Con la mano, hizo un gesto imitando unos pelos de punta que salían de su cabeza.

—¿Jasper Chiswell? —apuntó Strike, pronunciando el nombre tal como se escribía.

—Sí, ése. En los terrenos de la familia, el viejo Knight tenía una casita por la que no pagaba alquiler. Los chicos crecieron allí.

—¿Y Jimmy decía que su padre iría al infierno por cómo se ganaba la vida? —repitió Strike.

—Sí. Supongo que se refería a que trabajaba para los *tories*. Para Jimmy, todo tenía que ver con la política. Yo no lo entiendo —dijo Dawn, impaciente—. Todos tenemos que vivir. Imagínate que yo les preguntara a mis clientes a quién votan antes de... ¡Mierda! —exclamó de pronto. Apagó el cigarrillo y se incorporó rápidamente—. Espero que Sian le haya quitado los rulos a la señora Horridge, porque, si no, ya se habrá quedado calva.

17

Por lo visto, es incorregible.
HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Robin se había pasado la mayor parte de la tarde merodeando por el tranquilo pasillo donde estaban los despachos de Winn e Izzy en busca de una oportunidad para colocar el micro, aunque hasta el momento no había tenido suerte. Geraint se había marchado a una reunión a la hora de comer, pero Aamir seguía allí. Robin se paseaba arriba y abajo con la carpeta bajo el brazo, atenta al momento en que Aamir saliera para ir al cuarto de baño, y se veía obligada a volver al despacho de Izzy cada vez que pasaba alguien e intentaba hablar con ella.

Por fin, a las cuatro y diez se le presentó una oportunidad. Geraint Winn apareció con paso decidido y arrogante, un poco achispado después de lo que, por lo visto, había sido una comida larga, y, a diferencia de su mujer, se alegró mucho de ver a Robin, que echó a andar hacia él.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó con aquella voz cantarina—. ¡Precisamente quería hablar contigo! ¡Pasa, pasa!

Abrió la puerta de su despacho y Robin, sorprendida pero impaciente por ver el interior de la sala en la que quería instalar el micro, lo siguió.

Aamir trabajaba en mangas de camisa sentado a su mesa, que formaba un pequeño oasis en medio del desorden general. Alrededor del escritorio de Winn había montañas de carpetas. Robin vio el logo de color naranja de Igualdad y Deporte en un montón de cartas que el joven tenía delante. Justo debajo de la mesa de Geraint había una toma de corriente que quizá fuese el sitio ideal donde colocar el dispositivo.

—¿Os han presentado? —preguntó Geraint con jovialidad—. Venetia, Aamir.

Se sentó e invitó a Robin a sentarse en una butaca en la que había una pila de carpetas de cartón a punto de caer.

—¿Ha llamado Redgrave? —le preguntó Winn a Aamir mientras se quitaba la chaqueta con dificultad.

—¿Quién? —preguntó Aamir.

—¡Sir Steve Redgrave! —gritó Winn.

Miró a Robin y, con disimulo, puso los ojos en blanco. Ella sintió vergüenza ajena, sobre todo porque Aamir murmuró un gélido «no».

—Igualdad y Deporte —le dijo Winn a Robin.

Por fin consiguió quitarse la chaqueta. La colgó en el respaldo de su silla con un floreo

fallido, y la chaqueta cayó al suelo. Geraint, sin embargo, no pareció darse cuenta, porque ya estaba dando unos golpecitos en el logo naranja de la primera carta del montón que tenía delante.

—Nuestra orga... —Soltó un eructo—. Perdón. Nuestra organización benéfica. Deportistas minusválidos y desfavorecidos. Tenemos muchos patrocinadores de renombre. Sir Steve está deseando... —Volvió a eructar—. Perdón... Está deseando colaborar. Bueno, antes que nada, quería pedirte disculpas en nombre de mi mujer.

Parecía estar pasándoselo en grande. Robin se percató de que Aamir le lanzaba una mirada penetrante a Geraint; fue como si le diera un zarpazo y, en el último momento, retirara las garras.

—No entiendo... —dijo Robin.

—Confunde los nombres. Le pasa continuamente. Si no la vigilara, meteríamos la pata cada dos por tres y mandaríamos cartas a las personas equivocadas... Te ha confundido con otra persona. He hablado con ella por teléfono a la hora de comer y estaba empeñada en que eras una chica con la que nuestra hija... tuvo un tropiezo hace años. Verity Pulham, otra ahijada de tu padrino. Ya le he explicado que no eras tú, y le he dicho que te pediría disculpas en su nombre. Ella es así. Se pone muy tozuda cuando cree que tiene razón, pero... —Volvió a poner los ojos en blanco y se dio unos golpecitos en la frente: el sufrido marido de una mujer exasperante—. Al final lo ha entendido.

—Bueno —dijo Robin, prudente—, me alegro de que haya reconocido su error, porque no me ha parecido que Verity le cayera muy bien.

—La verdad es que Verity era un poco bruja —añadió Winn sin dejar de sonreír.

Ella se dio cuenta de que le encantaba utilizar esa palabra.

—Se portó muy mal con nuestra hija.

—Vaya... —Robin se estremeció al recordar que Rhiannon Winn se había suicidado—. Lo siento mucho... Qué horror.

—Oye... —dijo Winn, sentándose e inclinando la silla hacia la pared, y entrelazando las manos detrás de la cabeza—, pareces demasiado buena chica para tener relación con la familia Chiswell.

Era evidente que estaba un poco borracho. Robin detectó un leve olor a vino en su aliento, y Aamir le lanzó otra de aquellas miradas penetrantes y feroces.

—¿Qué hacías antes de venir aquí, Venetia?

—Relaciones públicas —contestó Robin—, pero me gustaría dedicarme a algo más útil. A la política, o quizá a las obras benéficas. He estado leyendo sobre Igualdad y Deporte. —Eso era cierto—. Me parece un proyecto maravilloso. También trabajan con veteranos, ¿verdad? Ayer vi una entrevista con Terry Byrne, el ciclista paralímpico.

Byrne le había llamado la atención porque tenía una pierna amputada por debajo de la rodilla, igual que Strike.

—Claro, a ti deben de interesarte especialmente los veteranos... —soltó Winn.

Robin notó que se le encogía el estómago.

—¿Cómo dice?

—¿Freddie Chiswell? —preguntó Geraint, reaccionando con rapidez.

—Ah, sí, por supuesto... Aunque yo no conocía mucho a Freddie. Era un poco mayor que yo. Pero sí, fue terrible cuando... cuando murió.

—Sí, terrible —coincidió Winn, aunque estaba claro que le era indiferente—. Della se opuso

enérgicamente a la guerra de Iraq. Muy enérgicamente. Tu tío Jasper, en cambio, estaba a favor.

Durante unos instantes, tras la insinuación de Winn de que el entusiasmo de Chiswell había recibido su merecido, la atmósfera de aquel despacho pareció volverse más densa.

—Bueno, no lo sé... —respondió Robin, prudente—. Mi tío Jasper creía que, con las evidencias que teníamos en ese momento, la respuesta militar estaba justificada. En fin —dijo con valentía—, nadie puede acusarlo de haber actuado movido por su propio interés, ¿no? Teniendo en cuenta que su hijo tuvo que ir allí y combatir.

—Bueno, si te agarras a ese argumento, ¿quién te lo va a discutir?

Winn levantó las manos en un gesto de rendición, de modo que la silla resbaló un poco por la pared y, durante unos segundos, tuvo que concentrarse en mantener el equilibrio: se agarró al escritorio y enderezó la silla de nuevo, y Robin tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

—Geraint —dijo Aamir—, si queremos enviar esas cartas antes de las cinco, tienes que firmarlas.

—Sólo son las cuatro y media... —replicó Winn mirando la hora—. Sí, Rhiannon estaba en el equipo de esgrima júnior británico.

—Qué maravilla —exclamó Robin.

—Muy deportista, como su madre. A los catorce años ya competía con el equipo júnior galés. Yo la llevaba de aquí para allá, a los torneos. ¡Nos tirábamos un montón de horas juntos en la carretera! A los dieciséis entró en el equipo júnior británico...

»Pero los ingleses eran demasiado distantes para ella —continuó Winn con una pizca de resentimiento celta—. Ella no estudiaba en uno de vuestros grandes colegios privados. Todo funcionaba a base de contactos. Verity Pulham no destacaba mucho, la verdad... Pero Rhiannon, que era mucho mejor esgrimista, no consiguió entrar en el equipo británico hasta que Verity se rompió un tobillo.

—Entiendo —dijo Robin, tratando de equilibrar la compasión y una fingida fidelidad a los Chiswell.

En cualquier caso, aquél no podía ser el único agravio que los Chiswell le habían causado a la familia Winn, ¿no? El tono fanático de Geraint delataba cierto resentimiento que venía de muy lejos.

—Bueno, evidentemente, esas cosas deberían decidirse según la habilidad... —añadió Robin.

—Exacto —añadió Winn—, ¡deberían! Mira esto...

Rebuscó en su cartera y sacó una fotografía vieja. Robin tendió una mano, pero Geraint siguió sujetándola con firmeza y se levantó con cierta dificultad. Al intentar rodear el escritorio, tropezó con un montón de libros que había en el suelo, al lado de su silla; luego se acercó tanto a Robin para mostrarle la imagen de su hija que ella notó su aliento en la nuca.

Rhiannon Winn posaba de pie, con el traje de esgrima, sonriente y sujetando la medalla de oro que llevaba colgada del cuello. Era menuda y de piel clara, y Robin no le encontró mucho parecido ni con su padre ni con su madre, aunque quizá se adivinaba a Della en aquella frente amplia que denotaba inteligencia... Sin embargo, con el ruido de la respiración de Geraint en la oreja y esforzándose por no apartarse de él, de pronto se imaginó a Geraint Winn paseándose, con su amplia sonrisa sin labios, por una gran sala llena de adolescentes sudorosas. ¿Era mezquino preguntarse si había sido la devoción paterna lo que lo había animado a llevar a su hija en coche por todo el país?

—¿Qué te has hecho ahí? —le preguntó Geraint, todavía echándole el cálido aliento en la oreja.

Se inclinó un poco más y le tocó la cicatriz morada.

Robin no pudo evitarlo y apartó el brazo. Los nervios de alrededor de la cicatriz aún no se habían curado del todo, y no soportaba ni el más leve roce.

—Atravesé una puerta de cristal cuando tenía nueve años —mintió, pero la atmósfera de confidencialidad, el tono de franqueza, se había dispersado como el humo del cigarrillo.

Con el rabillo del ojo, podía ver a Aamir, rígido y callado en su mesa. La sonrisa de Geraint ya no era natural, sino forzada. Robin había trabajado en demasiadas oficinas para no saber que en aquel despacho se había producido una sutil transferencia de poder. Ahora ella estaba armada con la ligera impropiedad de Geraint, producto del alcohol, pero él estaba resentido y un poco preocupado. Robin lamentó haberse apartado de él.

—Señor Winn —dijo con voz susurrante—, ¿usted podría aconsejarme sobre el mundo de las organizaciones benéficas? No consigo decidirme entre la política y el altruismo, y no conozco a nadie más que se haya dedicado a ambas cosas.

—Bueno... —repuso Geraint, parpadeando detrás de los gruesos cristales de las gafas—. Bueno, sí, supongo que sí...

—Geraint, en serio —insistió Aamir—, tenemos que enviar esas cartas.

—Está bien, está bien —afirmó Geraint levantando la voz de nuevo—. Ya hablaremos más tarde —añadió, mirando a Robin y guiñándole un ojo.

—Estupendo —replicó ella con una sonrisa.

Al salir del despacho, Robin miró a Aamir y también le sonrió. Él no le devolvió la sonrisa.

18

*¡Oh, hasta dónde hemos llegado!
¿Ésas tenemos ya?
HENRIK IBSEN, Rosmersholm*

Tras casi nueve horas al volante, Strike tenía el cuello, la espalda y las piernas entumecidos y doloridos, y su bolsa de provisiones hacía mucho que se había quedado vacía. La primera estrella empezaba a brillar en el turbio firmamento cuando le sonó el móvil. Era la hora a la que solía llamarlo su hermana Lucy «para charlar». Por norma general, él ignoraba tres de cada cuatro llamadas suyas, porque, aunque la quería mucho, no conseguía interesarse por cómo les iba a sus hijos en el colegio, por las discusiones que surgían en las reuniones de la asociación de padres o por las complejidades del trabajo de su marido como aparejador. Sin embargo, cuando vio que era Barclay quien llamaba, se metió en una oportuna área de descanso sin asfaltar —que en realidad era un desvío para acceder a un campo—, apagó el motor y contestó.

—Ya le he entrado —dijo Barclay, lacónico—. A Jimmy.

—¿Ya? —preguntó Strike, sinceramente impresionado—. ¿Cómo?

—En el pub. Me he metido en la conversación. Estaba diciendo un montón de chorradas sobre la independencia de Escocia. Lo bueno de los ingleses de izquierdas es que les encanta que les cuenten lo asquerosa que es Inglaterra. No he tenido que pagar ni una sola cerveza en toda la tarde.

—Joder, Barclay. —Strike encendió otro cigarrillo, a pesar de que ese día ya se había fumado veinte—. Buen trabajo, tío.

—Y eso sólo ha sido el principio —continuó Barclay—. Tendrías que haberlos oído cuando les he dicho que sé dónde está el fallo de las tácticas imperialistas del Ejército. Son la hostia de ingenuos. Mañana voy a ir a una reunión de la ROC.

—¿Has averiguado de qué vive Knight? ¿Tienes alguna idea?

—Me ha dicho que escribe artículos para un par de páginas web de izquierdas y que vende camisetas de la ROC y un poco de maría. Tío, esa hierba no vale nada. Al salir del pub hemos ido a su casa, y te aseguro que prefiero fumar pastillas de caldo. Le he dicho que le conseguiré algo mejor. Podré incluirlo en los gastos, ¿no?

—Vale, lo meteré en el apartado de «artículos diversos» —dijo Strike—. Manténme informado.

Barclay colgó. Strike decidió aprovechar la ocasión para estirar las piernas; salió del coche y,

sin dejar de fumar, se apoyó en la valla de madera de un prado enorme y oscuro, y desde allí llamó a Robin.

—Es Vanessa —mintió Robin al ver el número de Strike en la pantalla del teléfono.

Mientras veían las noticias, Matthew y ella acababan de comerse en el sofá un curry para llevar que habían comprado. Él había llegado a casa tarde y cansado, y Robin no tenía ganas de volver a discutir.

Cogió el móvil y salió por la puerta cristalera al jardín trasero que el día de la fiesta habían habilitado como zona de fumadores. Tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, contestó.

—Hola, ¿todo bien?

—Sí, todo bien. ¿Puedes hablar un momento?

—Sí. —Robin se apoyó en el muro del jardín, desde donde se veía una polilla que golpeaba sin éxito el cristal de la puerta, tratando de entrar en la casa—. ¿Cómo te ha ido con Dawn Clancy?

—No he encontrado nada que podamos utilizar —contestó Strike—. Creía que tenía un hilo del que tirar, un antiguo jefe judío contra el que Jimmy había hecho campaña, pero he llamado a la empresa y, por lo visto, el pobre hombre murió de un derrame cerebral el pasado septiembre. Luego, cuando hacía poco que había salido de Mánchester, me ha llamado Chiswell. Dice que el *Sun* está husmeando.

—Sí. Han llamado a su mujer.

—Eso no nos conviene mucho —dijo Strike, y a Robin le pareció que se quedaba corto—. ¿Quién puede haber informado a los periódicos?

—Me juego algo a que ha sido Winn —contestó Robin, y recordó el tono en que Geraint le había hablado aquella tarde, con prepotencia y dándoselas de conocer a gente importante—. Es el típico que le insinuaría a un periodista que Chiswell tiene algo que ocultar, aunque todavía no tenga pruebas de nada. Ahora en serio —insistió, pese a no tener esperanzas de recibir una respuesta—, ¿qué crees que hizo Chiswell?

—Me encantaría saberlo, pero en realidad no importa. —Strike parecía cansado—. A nosotros no nos pagan por buscar pruebas que lo incriminen... Ah, por cierto...

—No, todavía no he podido instalar ningún micro —dijo Robin, adelantándose a la pregunta—. Me he quedado hasta última hora, pero Aamir ha cerrado la puerta con llave cuando se han ido los dos.

Strike suspiró.

—Bueno, no te presiones demasiado, no vayas a cagarla... Pero si se mete el *Sun*, lo tenemos chungo. A ver si puedes hacer algo. Quizá si entras temprano, o algo así...

—Vale, lo intentaré —dijo Robin—. Sea como sea, hoy he descubierto una cosa un poco rara sobre los Winn.

Y le explicó que Della la había confundido con una ahijada auténtica de Chiswell, y la historia de Rhiannon y el equipo de esgrima. Strike no se mostró excesivamente interesado.

—No creo que eso justifique que los Winn quieran echar a Chiswell de su cargo. De todas formas...

—Los medios antes que el móvil —dijo Robin, citando al propio Strike.

—Exacto. Oye, ¿podemos quedar mañana después del trabajo? Así nos ponemos al día.

—Vale.

—A Barclay, en cambio, le está yendo muy bien —añadió Strike, como si lo animara pensarlo—. Ya se ha hecho amigo de Jimmy.

—¡Vaya! —exclamó Robin—. Qué bien.

Strike le dijo que le enviaría el nombre del pub para quedar con ella, y luego colgó. Robin se quedó sola y pensativa en el oscuro jardín trasero, mientras las estrellas brillaban cada vez más en el firmamento.

«A Barclay, en cambio, le está yendo muy bien.»

No como a ella, que sólo había descubierto un dato irrelevante sobre Rhiannon Winn.

La polilla seguía aleteando con desesperación y chocando contra la puerta cristalera, ansiosa por acercarse a la luz.

«Qué idiota. Se está mejor aquí fuera», se dijo Robin.

Luego pensó en la facilidad con que había mentido al decir que la llamada era de Vanessa. Mentir así debería haberla hecho sentir culpable, pero de hecho lo único que sentía era que se alegraba de que Matthew no hubiese dudado de ella. Mientras contemplaba la polilla, que seguía golpeando inútilmente el cristal con las alas, recordó lo que su terapeuta le había dicho durante una de las sesiones, cuando Robin se había extendido sobre su necesidad de discernir dónde acababa el Matthew real y dónde empezaba el que ella había idealizado.

«En diez años las personas cambian —le había contestado con calma la terapeuta—. No siempre quiere decir que te has equivocado respecto a Matthew. A lo mejor es que los dos habéis cambiado, y ya está.»

El lunes de la semana siguiente era su primer aniversario de boda y, a sugerencia de Matthew, iban a pasar el fin de semana en un hotel de lujo, cerca de Oxford. Por curioso que pudiera parecer, Robin tenía ganas de que llegara, porque últimamente Matthew y ella se llevaban mejor cuando cambiaban de escenario; rodeados de desconocidos, les costaba menos abandonar su tendencia a discutir. Robin le había contado la historia del busto de Ted Heath que se había vuelto verde, y varios datos más sobre la Cámara de los Comunes que a ella le parecían interesantes, pero Matthew había permanecido callado y con gesto de aburrimiento durante la explicación, decidido a demostrar que desaprobaba toda aquella aventura.

Robin tomó una decisión: abrió la cristalera y la polilla entró revoloteando alegremente.

—¿Qué quería Vanessa? —le preguntó Matthew, sin desviar la mirada del televisor, cuando ella volvió a sentarse.

Las azucenas blancas de Sarah Shadlock estaban en la mesa, a su lado, todavía frescas diez días después de haber llegado a la casa, y Robin olió su empalagoso perfume, tan intenso que se imponía al olor del curry.

—La última vez que salimos me quedé sus gafas de sol por equivocación —dijo Robin, fingiendo fastidio—. Quiere que se las devuelva, son de Chanel. Le he dicho que se las llevaré antes de ir a trabajar.

—¿De Chanel? —Matthew esbozó una sonrisa que a Robin le pareció demasiado condescendiente.

Sabía que él creía que había descubierto una debilidad en Vanessa, pero, por otra parte, quizá su amiga le cayera mejor por apreciar las marcas de diseño y querer asegurarse de que

recuperaría sus gafas.

—Tendré que salir a las seis —sentenció Robin.

—¡¿A las seis?! —exclamó él, enojado—. Joder, estoy hecho polvo, no quiero despertarme a...

—He pensado que podría dormir en la habitación de invitados —lo interrumpió ella.

—Ah... —dijo Matthew, más calmado—. Sí, vale. Gracias.

19

No lo hago de buen grado; pero, en fin.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Robin salió de casa a las seis menos cuarto de la mañana. El cielo estaba teñido de un rosa pálido y ya hacía una temperatura agradable, por lo que se decidió a salir sin chaqueta. Al pasar por delante del pub del barrio, se le fue la mirada hacia el cisne tallado, pero hizo un esfuerzo para concentrarse en la jornada que tenía por delante y no en el hombre al que acababa de dejar atrás.

Una hora más tarde, al llegar al pasillo de Izzy, Robin vio que la puerta del despacho de Geraint ya estaba abierta. Se asomó para echar un vistazo rápido y encontró el despacho vacío, pero con la chaqueta de Aamir colgada en el respaldo de su silla.

Se dirigió presurosa al despacho de Izzy, abrió la puerta, corrió hasta su escritorio, sacó uno de los micros de la caja de Tampax, cogió un montón de hojas sueltas de dietario como coartada y volvió a salir al pasillo. Una vez allí, se quitó la pulsera de oro que se había puesto a propósito y la lanzó haciéndola rodar por el suelo hasta el despacho de Geraint.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Nadie dijo nada dentro del despacho. Robin golpeó la puerta abierta con los nudillos, dijo «¿hola?» y asomó la cabeza. La pequeña sala seguía vacía.

Sin perder tiempo, corrió hasta la doble toma de corriente que había justo encima del zócalo, junto a la mesa de Geraint. Se arrodilló, sacó el micrófono del bolso, desenchufó el ventilador del escritorio, encajó el dispositivo encima de la doble toma de corriente, volvió a enchufar el ventilador, comprobó que funcionaba y entonces, jadeando como si acabara de correr cien metros, miró a su alrededor buscando la pulsera.

—¿Qué haces?

Aamir estaba plantado en el umbral, en mangas de camisa, con una taza de té en la mano.

—He llamado antes de entrar —dijo Robin, convencida de que estaba roja como un tomate—. Se me ha caído la pulsera y ha rodado hasta aquí. Mírala, ahí está.

La pulsera había ido a parar justo debajo de la silla del ordenador de Aamir. Robin se acercó y la recogió.

—Es de mi madre —mintió—. Si la perdiera, me caería una buena bronca.

Volvió a ponérsela en la muñeca, recogió los documentos que había dejado en la mesa de Geraint, sonrió con toda la naturalidad de la que fue capaz y salió del despacho pasando al lado

de Aamir, que la miraba con desconfianza.

Robin entró otra vez en el despacho de Izzy, ahora exultante. Por lo menos, tendría una buena noticia que darle a Strike cuando lo viera en el pub esa tarde. Barclay ya no sería el único que hacía bien su trabajo. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había alguien más en la habitación, hasta que una voz masculina, justo detrás de ella, preguntó:

—¿Y tú quién eres?

El presente se disolvió. Robin había sido agredida en dos ocasiones, y en ambas la habían atacado por detrás. Soltó un grito y se dio la vuelta, dispuesta a pelear por su vida: las hojas volaron por los aires y el bolso le resbaló del hombro, se le cayó y se abrió, de modo que su contenido quedó esparcido por el suelo.

—¡Lo siento! —se disculpó el hombre—. ¡Hostia, lo siento!

Pero a Robin le costaba respirar. Oía un rugido ensordecedor, y notó que empezaba a sudar profusamente. Se agachó para recoger sus cosas, pero temblaba tanto que se le caían de las manos.

«Ahora no. Ahora no.»

El hombre estaba diciéndole algo, pero ella no entendía ni una sola palabra. El mundo volvía a fragmentarse, lleno de terror y peligro, y aquel hombre no era más que una mancha borrosa que le daba el lápiz de ojos y una botellita de gotas para humedecer las lentes de contacto.

—Oh, gracias... —dijo Robin con voz entrecortada—. Perdón. Lavabo.

Fue dando traspiés hasta la puerta. Al salir al pasillo, se cruzó con dos personas que la saludaron, pero Robin sólo oyó un murmullo indefinido, y, sin saber muy bien qué les había respondido, las dejó atrás casi a la carrera, en dirección a los lavabos.

Una empleada de la oficina del ministro de Sanidad que estaba pintándose los labios frente al espejo la saludó. Robin pasó a su lado dando tumbos, se metió en un cubículo y cerró la puerta con dedos temblorosos.

Era inútil tratar de dominar el pánico: con eso sólo conseguiría que el miedo contraatacara y tratara de doblegarla. Tenía que sobreponerse a él como si fuese un caballo desbocado, cansarlo y obligarlo a llevar un paso más manejable. Se quedó quieta, con las palmas de las manos apoyadas en los tabiques del cubículo, hablando para sus adentros como si fuese un domador de animales, y como si su cuerpo, dominado por aquel terror irracional, fuese una presa frenética.

«Estás a salvo, estás a salvo, estás a salvo...»

Poco a poco, el pánico empezó a disminuir, aunque su corazón seguía latiendo descontrolado. Por fin levantó las entumecidas manos de las paredes del cubículo, abrió los ojos y parpadeó bajo la intensa luz. Los lavabos estaban en silencio.

Se asomó por la puerta del cubículo y comprobó que la mujer se había marchado. Allí no había nadie, sólo su pálida imagen reflejada en el espejo. Se echó agua fría en la cara, se secó con unas toallitas de papel, se colocó bien las gafas y salió del cuarto de baño.

En el despacho del que acababa de salir, alguien mantenía una discusión. Robin respiró hondo y entró.

Jasper Chiswell se volvió para mirarla; una mata de pelo canoso y tieso enmarcaba su rostro de tez rosada. Izzy estaba de pie detrás de su escritorio. El desconocido seguía allí. Y Robin, que todavía estaba agitada, habría preferido no ser el centro de atención de aquellos tres pares de ojos que la observaban con curiosidad.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Chiswell.

—Nada —contestó Robin, notando que empezaba a sudar otra vez bajo el vestido.

—Has salido corriendo del despacho. ¿Te ha...? ¿Te ha hecho algo? —Chiswell señaló al chico moreno—. ¿Se te ha insinuado?

—¿Cómo? ¡No! Es que no me había dado cuenta de que estaba aquí. De pronto ha dicho algo y me ha asustado. Y... —Sabía que estaba sonrojándose escandalosamente—. Necesitaba ir al servicio.

Chiswell se volvió hacia el chico moreno.

—Y tú ¿qué haces aquí tan temprano?

Fue entonces cuando Robin se dio cuenta de que el desconocido era Raphael. Ella ya sabía, por las fotografías que había encontrado en internet, que aquel medio italiano era un elemento exótico en una familia que, por lo demás, era uniformemente rubia y de aspecto muy inglés, pero no estaba preparada, ni mucho menos, para lo guapo que era en persona. Llevaba un traje gris oscuro, una camisa blanca y la típica corbata azul marino con lunares, pero tenía un estilo que no habría podido imitar ningún otro hombre de los que trabajaban en aquel pasillo. Su piel era tan oscura que parecía mulato, y tenía los pómulos marcados, los ojos casi negros, el pelo castaño oscuro, largo y lacio, y una boca grande que, a diferencia de la de su padre, tenía un labio superior carnoso que confería vulnerabilidad a su rostro.

—Creía que te gustaba la puntualidad, papá —dijo, levantando los brazos y dejándolos caer en un gesto de impotencia.

Su padre miró a Izzy y le dijo:

—Búscales algo que hacer.

Chiswell salió con paso decidido, y Robin, abochornada, se sentó a su mesa. Nadie dijo nada hasta que dejaron de oírse los pasos de Chiswell, y entonces fue Izzy quien habló:

—Está muy estresado por un montón de cosas, Raff, cariño. No tiene nada que ver contigo. Se pone como una fiera por cualquier tontería.

Robin se sintió obligada a disculparse con Raphael.

—Lo siento mucho. Mi reacción ha sido desproporcionada.

—No pasa nada —dijo él con ese acento que suele describirse como «de colegio privado»—. Pero, bueno, que quede claro que no soy ningún acosador sexual.

Robin soltó una risita nerviosa.

—Tú eres la ahijada a la que yo no conocía, ¿no? Nadie me cuenta nada. Venetia, ¿verdad? Yo soy Raff.

—Sí, hola.

Se dieron la mano. Robin volvió a sentarse y fingió que ordenaba unos documentos que en realidad no servían para nada. Notaba que su cara iba cambiando de color.

—Ahora mismo todo esto es una locura —continuó Izzy.

Robin comprendió que estaba intentando, por razones no del todo desinteresadas, convencer a Raphael de que trabajar con su padre no era tan terrible como podría parecer.

—Andamos cortos de personal, se acercan las Olimpiadas, LTD no para de tirársele al cuello a papá...

—¿Quién dices que se le tira al cuello? —preguntó Raphael mientras se dejaba caer en la gastada butaca, se aflojaba la corbata y cruzaba sus largas piernas.

—LTD —repitió Izzy—. Anda, Raff, muévete y enciende el hervidor, ya que estás ahí.

Necesito un café. LTD: La Tinky Dos. Es como Fizz y yo llamamos a Kinvara.

Durante las pausas en la oficina, Izzy le había hablado a Robin de los numerosos apodos que circulaban por la familia Chiswell. A la hermana mayor de Izzy, Sophia, la llamaban «Fizzy», y a los tres hijos de Sophia les habían puesto nombres de mascota: Pringle, Flopsy y Pong.

—¿Por qué «La Tinky Dos»? ¿Acaso había una Tinky Uno? —preguntó su hermanastro mientras desenroscaba el tapón de un tarro de café instantáneo con sus largos dedos.

Robin fingía que tenía la vista clavada en su trabajo, pero en realidad estaba pendiente de todos y cada uno de los movimientos de Raff.

—Venga, Raff, no me digas que no habías oído hablar de Tinky —dijo Izzy—. Era aquella horrible enfermera australiana con la que se casó el abuelo la última vez, cuando ya empezaba a estar senil. Se pulió casi todo su dinero en ella. El abuelo era el segundo vejestorio con el que se casaba. Le compró un caballo de carreras que estaba tarado y un montón de joyas horribles. Cuando el abuelo murió, papá casi tuvo que llevarla a juicio para echarla de la casa. Murió de cáncer de mama antes de que nos costara demasiado dinero, gracias a Dios.

Robin, sorprendida por esa repentina falta de sensibilidad, levantó la cabeza.

—¿Cómo lo quieres, Venetia? —le preguntó Raphael mientras echaba el café en las tazas.

—Con leche y sin azúcar, por favor —contestó Robin, que pensó que, tras su reciente incursión en el despacho de Winn, lo mejor era pasar desapercibida durante un rato.

—LTD se casó con papá por la pasta —continuó Izzy—, y está loca por los caballos, igual que Tinky. ¿Sabes que ya tiene nueve? ¡Nueve!

—¿Nueve qué? —preguntó Raphael.

—¡Nueve caballos, Raff! —exclamó Izzy, impaciente—. ¡Caballos incontrolables, mal domados y fogosos a los que mimas como si fueran sustitutos de sus hijos y en los que se gasta un dineral! Pásame la lata de galletas, cielo.

Raff se la tendió. Robin, que notaba que él la miraba, siguió fingiendo que estaba concentrada en su trabajo.

Sonó el teléfono.

—Despacho de Jasper Chiswell —anunció Izzy sujetando el auricular con la barbilla mientras intentaba abrir la lata de galletas—. Ah —dijo con un tono de voz más frío—. Hola, Kinvara. Papá acaba de irse.

Raphael, sonriendo al ver la expresión de su hermanastra, recuperó la lata de galletas, la abrió y se la ofreció a Robin, que negó con la cabeza. Del auricular de Izzy salía un torrente de palabras indistinguibles.

—No... No, se ha marchado... Sólo ha venido a decirle hola a Raff...

La voz que estaba al otro lado de la línea se volvió mucho más estridente.

—Ha vuelto al DCMS, tiene una reunión a las diez —prosiguió Izzy—. No puedo... Bueno, porque está muy ocupado, ya lo sabes, los Juegos Olímpicos... Sí..., adiós.

Izzy colgó el auricular visiblemente irritada y se quitó la chaqueta.

—Le vendría bien otra cura de reposo. Por lo visto, la última no le sirvió de mucho.

—Izzy no cree en las enfermedades mentales —le explicó Raphael a Robin.

Seguía mirándola con curiosidad, y Robin tuvo la impresión de que trataba de sacarla de su mutismo.

—¡Claro que creo en las enfermedades mentales, Raff! —protestó Izzy, haciéndose la ofendida

—. ¡Por supuesto! Lo sentí por ella cuando pasó. Sí, lo sentí, Raff. —Miró a Robin y se explicó —: Hace dos años, Kinvara tuvo un bebé que murió al nacer. Claro que es triste, es muy triste, y es lógico que después se quedara un poco... Bueno... Pero... Claro que lo siento —repitió, enojada, dirigiéndose a Raphael—, pero ella lo utiliza. Sí, Raff, se cree que eso le da derecho a hacer lo que le dé la gana, y... Bueno, de todas formas habría sido una madre horrible —añadió, desafiante—. No soporta no ser el centro de atención. Cuando papá no está pendiente de ella, se comporta como una niña pequeña. «No me dejes sola, Jasper, paso mucho miedo cuando no estás aquí por la noche.» Y cuenta mentiras de lo más tontas: dice que recibe llamadas telefónicas extrañas, que ve a hombres escondidos en los arriates, o en las cuadras, molestando a los caballos.

—¿Qué es lo que...? —dijo Raphael, con una media sonrisa, pero Izzy lo cortó.

—¡Ostras, papá se ha dejado los informes!

Salió presurosa de detrás del escritorio, cogió una carpeta de piel que estaba encima del radiador y, antes de salir disparada, le dijo a Raff:

—¿Por qué no escuchas los mensajes del contestador y me los transcribes mientras yo voy a llevarle esto a papá?

La puerta de madera maciza se cerró con un ruido sordo detrás de ella, y Robin y Raphael se quedaron solos. Antes de que Izzy saliera del despacho, Robin ya había sido plenamente consciente de la presencia del joven, pero ahora tenía la impresión de que ocupaba todo el espacio, y de que sus ojos oscuros se clavaban en ella.

«Había consumido éxtasis y atropelló a la madre de una niña de cuatro años. No cumplió ni una tercera parte de la condena y ahora su padre le ha conseguido un empleo que pagamos los contribuyentes.»

—¿Esto cómo funciona? —le preguntó Raphael, poniéndose detrás de la mesa de Izzy.

—Supongo que sólo tienes que darle al «Play» —murmuró Robin mientras daba un sorbo a su café y fingía que tomaba notas en un bloc.

Empezaron a oírse los mensajes grabados en el contestador, que se superpusieron al débil murmullo de voces que llegaba de la terraza que había al otro lado de la ventana con cortinas.

Un hombre llamado Rupert le pedía a Izzy que le devolviera la llamada cuando supiera algo «del AGM».

La señora Ricketts, una votante, soltaba un rollo de más de dos minutos sobre el tráfico de la carretera de Banbury.

Otra mujer comentaba, encolerizada, que debería haberse imaginado que iba a saltar el contestador, y que ella creía que los diputados tenían la obligación de responder personalmente a los ciudadanos; a continuación hablaba, hasta que el contestador acabó cortándola, de la negativa de sus vecinos a podar unas ramas que sobresalían, a pesar de los repetidos avisos del ayuntamiento.

Por último, los gruñidos amenazadores y un tanto histriónicos de un hombre inundaron el silencioso despacho:

—Dicen que la gente se mea encima cuando muere, Chiswell; ¿tú sabes si es verdad? Cuarenta mil, o iré a preguntar cuánto están dispuestos a pagar los periódicos.

20

Nosotros dos hemos sido íntimos durante muchísimos años.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Strike había escogido el pub Two Chairmen para quedar con Robin el miércoles por la tarde por su proximidad con el palacio de Westminster. El local estaba semiescondido en una encrucijada de calles centenarias —Old Queen Street, Cockpit Steps—, y rodeado de una variopinta colección de edificios singulares y sobrios que formaban ángulos oblicuos unos con otros. Cuando, cojeando, cruzó la calle y vio el letrero metálico que colgaba sobre la puerta, Strike se dio cuenta de que los dos «chairmen» que daban nombre al pub no eran dos presidentes de nada, como él había supuesto, sino dos humildes sirvientes que cargaban con un pesado palanquín. Al detective, cansado y dolorido, aquella imagen le pareció pertinente, aunque la ocupante del palanquín del letrero era una dama refinada vestida de blanco, y no un ministro corpulento y cascarrabias con el pelo tieso.

El bar estaba lleno de trabajadores que habían concluido la jornada, y de pronto Strike se agobió al pensar que quizá no encontraría sitio dentro, una perspectiva nada halagüeña, ya que tenía la pierna, la espalda y el cuello entumecidos y doloridos tras el largo viaje en coche del día anterior y las horas que ese mismo día había pasado en Harley Street vigilando al Doctor Chungo.

Acababa de pedir una pinta de London Pride cuando, de pronto, vio que quedaba libre una mesa junto a la ventana. Con una agilidad repentina, fruto de la necesidad, Strike se dejó caer en el banco de pared, de espaldas a la calle, antes de que el grupo de hombres y mujeres trajeados que estaban más cerca pudieran apoderarse de la mesa. A nadie se le ocurrió discutirle que ocupara él solo una mesa para cuatro personas. Strike era lo bastante corpulento, y tenía una mirada lo bastante hosca como para que incluso aquel grupo de funcionarios dudara de su capacidad de llegar a un acuerdo con él.

El bar, con suelo de madera, entraba en la categoría que Strike denominaría «funcional de lujo». El descolorido mural de la pared del fondo representaba a unos hombres con peluca del siglo XVIII que cuchicheaban entre ellos, pero por lo demás sólo había madera labrada y litografías monocromáticas. Miró por la ventana por si veía a Robin, pero, como no la vio, se bebió la cerveza, leyó las noticias en su móvil e intentó ignorar el menú que tenía delante, encima de la mesa, y que lo tentaba con una fotografía de pescado rebozado.

Robin debería haber llegado a las seis, pero eran las seis y media y todavía no había aparecido. Incapaz de seguir resistiéndose a aquella fotografía del menú, Strike pidió bacalao rebozado con patatas y otra cerveza, y leyó un largo artículo de *The Times* sobre la inminente

ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos, que en realidad era una larga lista de todas las razones por las que el periodista temía que el acto no representara de manera adecuada a la nación y, por tanto, resultara humillante.

A las siete menos cuarto empezó a preocuparse por Robin, pero, justo cuando se había decidido a llamarla por teléfono, ella apareció presurosa por la puerta, sonrojada, con las gafas que Strike sabía que no necesitaba y con una expresión en la que el detective enseguida reconoció la emoción difícilmente contenida de quien tiene algo interesante que contar.

—Ojos color avellana —comentó Strike, mientras Robin se sentaba delante de él—. Buena idea. Te cambian la cara por completo. ¿Qué has descubierto?

—¿Cómo sabes que...? Bueno, muchas cosas, la verdad —dijo ella tras decidir que no valía la pena hacerlo sufrir—. Pensaba llamarte antes, pero he estado rodeada de gente todo el día, y esta mañana me ha ido de un pelo que no me pillaran cuando he instalado el micrófono.

—¿Lo has conseguido? ¡Enhorabuena!

—Gracias. Espera, necesito una copa.

Volvió con una copa de vino tinto y, sin más preámbulos, le contó lo del mensaje que Raphael había encontrado en el contestador.

—No he podido recuperar el número desde el que han llamado, porque después había cuatro mensajes más. Es un contestador anticuado.

Strike frunció el ceño y preguntó:

—¿Cómo han pronunciado «Chiswell»? ¿Te acuerdas?

—Bien. *Chizzle*.

—Entonces podría ser Jimmy. ¿Qué ha pasado después de la llamada?

—Raff se lo ha contado a Izzy cuando ella ha vuelto al despacho.

A Strike le pareció detectar una pizca de timidez cuando Robin pronunció el diminutivo «Raff».

—Él no entendía el significado de lo que estaba transmitiendo, evidentemente. Izzy ha telefoneado a su padre de inmediato y él se ha puesto como una fiera. Lo oíamos gritar al otro lado de la línea, aunque no se entendía muy bien lo que decía.

Strike, pensativo, se acarició la barbilla.

—¿Cómo hablaba la persona que ha llamado?

—Tenía acento de Londres —contestó Robin—. El tono era amenazador.

—«La gente se mea encima cuando muere...» —repitió Strike en voz baja.

Robin quería decir algo, pero un traumático recuerdo personal hacía que le costara mucho articularlo.

—Las víctimas de estrangulamiento...

—Sí —la cortó Strike—. Ya lo sé.

Los dos dieron un trago a sus bebidas.

—En fin, suponiendo que fuese Jimmy —continuó Robin—, hoy ha llamado dos veces.

Abrió el bolso y le enseñó a Strike el micrófono que llevaba escondido dentro.

—¿Lo has retirado? —preguntó él, sorprendido.

—Y lo he sustituido por otro —respondió Robin, sin poder reprimir una sonrisa triunfante—. Por eso he llegado tarde. No he querido desaprovechar la ocasión. Aamir, el chico que trabaja con

Winn, se ha marchado, y Geraint ha venido a nuestro despacho cuando yo ya estaba recogiendo, para intentar ligar conmigo.

—¿En serio? —preguntó Strike, risueño.

—Me alegro de que lo encuentres divertido —dijo Robin con frialdad—. No es un tipo muy agradable.

—Lo siento —se disculpó Strike—. ¿En qué sentido no es agradable?

—Sé de lo que estoy hablando —masculló Robin—. He conocido a muchos como él en otras oficinas. Es un perverso, pero con algunos añadidos espeluznantes. Me ha dicho —continuó, mientras su indignación se reflejaba en el enrojecimiento progresivo de su rostro— que le recuerdo a su difunta hija. Y entonces me ha acariciado el pelo.

—¿Que te ha acariciado el pelo? —repitió Strike, esta vez muy serio.

—Me ha apartado un mechón del hombro y lo ha acariciado con los dedos —explicó Robin—. Entonces creo que se ha dado cuenta de lo que estaba pensando de él y ha intentado hacerlo pasar por un gesto paternal. Total, he dicho que tenía que ir al servicio, pero le he pedido que me esperara porque quería seguir hablando con él de las organizaciones benéficas. He ido a su despacho y he cambiado los micrófonos.

—Joder, Robin. Has estado muy fina.

—Venía escuchándolo por el camino —dijo Robin, sacándose unos auriculares del bolsillo—, y...

Le pasó los auriculares a Strike.

—Te lo he dejado preparado en la parte interesante.

Strike, obediente, se colocó los auriculares, y Robin puso en marcha la cinta que llevaba en el bolso.

«... a las tres y media, Aamir.»

La voz masculina con acento galés quedaba interrumpida por el timbre de un teléfono móvil. Se oían unos pies moviéndose cerca de la toma de corriente, cesaban los timbrados y Geraint decía:

«Ah, hola, Jimmy. Un mo... Aamir, cierra la puerta.»

Más ruido de pasos.

«Dime, Jimmy.»

A continuación, durante un buen rato, Geraint intentaba detener una diatriba que iba en aumento.

«Uf... Oye, espe... Jimmy, escucha... Jimmy... Jimmy..., ¡escúchame! Ya sé que has salido perdiendo, Jimmy, entiendo lo duro que... ¡Por favor, Jimmy! Sabemos cómo te sientes... Eso es injusto, Jimmy: ni Della ni yo crecimos en una familia acomodada. ¡Mi padre era minero, Jimmy! ¡Escúchame, por favor! ¡Estamos a punto de conseguir las fotografías!»

Después hubo una pausa, y a Strike le pareció oír, muy débilmente, las modulaciones del fluido discurso de Jimmy Knight al otro lado de la línea.

«Te entiendo —dijo por fin Geraint—, pero te pido que no te precipites, Jimmy. No te va a dar... ¡Escúchame, Jimmy! No te va a dar tu dinero, eso lo ha dejado muy claro. Sólo nos quedan los periódicos, así que... ¡pruebas, Jimmy, pruebas!»

Se oyeron de nuevo unos murmullos ininteligibles, aunque más breves.

«Ya te lo he dicho, ¿no? Sí... No, pero el ministro de Asuntos Exteriores... Bueno, no creo...

No, Aamir tiene un contacto... Sí... Sí... De acuerdo... Lo haré, Jimmy. Bueno..., sí, de acuerdo. Sí. Adiós.

Se oyó el golpe de un teléfono móvil contra la mesa, y luego la voz de Geraint:

«Gilipollas.»

Entonces se oían más pasos. Strike miró a Robin, que le indicó con un gesto de la mano que siguiera escuchando. Al cabo de unos treinta segundos, se oyó la voz de Aamir, cohibida y tensa:

«Geraint, Christopher no ha prometido nada de las fotos.»

Pese a que aquella conversación estaba grabada en una cinta diminuta, y a que se entremezclaba el susurro de unas hojas de papel que alguien revolvía en el escritorio de Geraint, uno podía apreciar lo cargado que estaba el silencio.

«Geraint, ¿me has o..?»

«¡Sí, te he oído! —le espetó Winn—. Por el amor de Dios, ¿eres licenciado por la London School of Economics y no se te ocurre ninguna forma de convencer a ese desgraciado para que te dé las fotografías? No te pido que las saques del departamento, sólo que consigas copias. No puede ser tan complicado.»

«No quiero tener más problemas», masculló Aamir.

«Yo creía que después de todo lo que Della, especialmente, ha hecho por ti...»

«Le estoy muy agradecido a Della —se apresuró a decir Aamir—. Ya sabes que le estoy agradecido. De acuerdo, lo... lo intentaré.»

Durante un minuto sólo se oyeron algunos pasos y el ruido de unas hojas de papel y, después, un chasquido mecánico. El dispositivo se apagaba de forma automática cuando nadie hablaba durante un minuto, y se activaba de nuevo cuando volvían a hablar. La siguiente voz era la de otro hombre que preguntaba si Della asistiría a la reunión del subcomité de esa tarde.

Strike se quitó los auriculares.

—¿Lo has entendido todo? —preguntó Robin.

—Me parece que sí.

Ella se echó hacia atrás y se quedó mirando a Strike, expectante.

—¿El Ministerio de Asuntos Exteriores? —dijo Strike en voz baja—. ¿Qué demonios habrá hecho para que el Ministerio de Asuntos Exteriores tenga fotografías?

—¿No se suponía que no nos tenía que interesar lo que hubiera hecho? —preguntó Robin con sorna.

—Yo nunca he dicho que no me interesara. Sólo he dicho que no me pagan por averiguarlo.

La camarera le llevó el pescado con patatas fritas a Strike. Él le dio las gracias y procedió a ponerse un montón de ketchup en el plato.

—Sea lo que sea, Izzy se ha referido a ello con toda naturalidad —dijo Robin, rememorando la conversación con Isabella—. No habría hablado del tema como lo ha hecho si él... bueno, ya me entiendes, si hubiese matado a alguien.

Evitó deliberadamente la palabra «estrangulado». Tres ataques de pánico en tres días eran más que suficientes.

—He de decir... —empezó Strike, mientras masticaba las patatas fritas— que esa llamada anónima hace que... —Se interrumpió; de pronto se le había ocurrido otra cosa—. A menos que Jimmy haya tenido la brillante idea de intentar implicar a Chiswell en lo de Billy, más allá de lo que Chiswell haya podido hacer realmente... Un infanticidio no tiene que ser cierto para causarle

problemas a un ministro que ya tiene a la prensa encima. Ya sabes lo que pasa con internet. Hay un montón de gente ahí fuera que cree que ser *tory* equivale a ser un infanticida. Podría ser una estratagema de Jimmy para presionarlo aún más.

Strike, enfurruñado, pinchó unas cuantas patatas con la ayuda del tenedor.

—Me encantaría saber dónde demonios está Billy, pero no tenemos a nadie disponible para buscarlo. Barclay no le ha visto el pelo, y dice que Jimmy ni siquiera ha mencionado que tenga un hermano.

—Billy dijo que estaba prisionero... —intervino Robin con vacilación.

—No creo que podamos dar mucho crédito a nada de lo que Billy diga ahora mismo, la verdad. Conocí a un tipo en los Shiners que tuvo un brote psicótico durante unos ejercicios. Creía que tenía cucarachas bajo la piel.

—¿En los qué?

—Los Shiners. Los fusileros reales. ¿Quieres una patata?

—No, mejor que no —dijo Robin, aunque tenía hambre.

Le había enviado un mensaje a Matthew para avisarlo de que llegaría tarde, y él le había dicho que la esperaba para cenar.

—Espera, que no te lo he contado todo —prosiguió.

—¿Has averiguado algo de Suki Lewis? —le preguntó Strike, esperanzado.

—No, todavía no he conseguido colarla en la conversación. No, lo que quería contarte es que la mujer de Chiswell asegura que ha visto a hombres escondidos entre los arriates del jardín y en las cuadras de su casa.

—¿«Hombres»? ¿En plural?

—Eso ha dicho Izzy, aunque también dice que Kinvara es una histérica y que sólo busca llamar la atención.

—Vaya, eso se está convirtiendo en un patrón recurrente, ¿no? Personas que presuntamente están demasiado locas para saber lo que han visto.

—¿Crees que el del jardín podría ser también Jimmy?

Strike reflexionó mientras masticaba.

—No veo qué podría conseguir merodeando por el jardín o figoneando entre los caballos, a menos que haya llegado a un punto en que lo único que quiere es asustar a Chiswell. Hablaré con Barclay, a ver si sabe si Jimmy tiene coche o si ha mencionado algún viaje a Oxfordshire. ¿Kinvara llamó a la policía?

—Raff se lo ha preguntado a Izzy cuando ha vuelto —dijo Robin, y una vez más Strike creyó detectar una pizca de timidez en ella cuando pronunció el nombre del joven—. Kinvara asegura que los perros se pusieron a ladrar y que ella vio la sombra de un hombre en el jardín, pero que el tipo huyó. Dice que a la mañana siguiente había huellas de pisadas en el prado de los caballos, y que a uno le habían hecho un corte con una navaja.

—¿Llamó al veterinario?

—No lo sé. Estando Raff en el despacho es más difícil hacer preguntas. No quiero parecer demasiado entrometida, porque él no sabe quién soy.

Strike apartó su plato y buscó sus cigarrillos.

—Fotos... —masculló, regresando al punto central—. Fotos en el Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Qué demonios habrá en esas fotos que pueda incriminar a Chiswell? Él nunca ha

trabajado en Asuntos Exteriores, ¿verdad?

—No —confirmó Robin—. El cargo más elevado que ha tenido es el de ministro de Comercio. Tuvo que dimitir por lo de la relación con la madre de Raff.

El reloj de madera que había encima de la chimenea estaba advirtiéndole a Robin que era hora de marcharse, pero ella no se movió.

—¿Y qué tal Raff? ¿Te gusta? —dijo Strike de pronto, pillándola desprevenida.

—¿Qué? —Robin temió haberse sonrojado—. ¿Cómo que si me gusta?

—Bueno, me ha dado esa impresión. Antes de conocerlo no tenías muy buena opinión de él.

—¿Qué quieres, que sea antipática con él? Se supone que soy la ahijada de su padre.

—No, claro que no —contestó Strike.

Robin tuvo la impresión de que se estaba burlando de ella y se ofendió.

—Tengo que irme —dijo. Recogió los auriculares de encima de la mesa y se los guardó en el bolso—. Le he dicho a Matt que estaría en casa para cenar.

Se levantó, se despidió de Strike y salió del pub.

El detective vio cómo se marchaba, un poco arrepentido de haber hecho aquel comentario sobre Raphael Chiswell. Se quedó unos minutos más en la mesa acabándose la cerveza, pagó la comida y salió a la calle. Allí encendió un cigarrillo y llamó al ministro de Cultura, que contestó al segundo tono.

—Espere un momento —dijo Chiswell.

Strike percibió el murmullo de una multitud.

—Estoy en una sala llena de gente.

Se oyó cómo se cerraba una puerta, y dejó de oírse a la gente.

—Estoy en una comida. ¿Tiene algo para mí?

—Me temo que no son buenas noticias.

Strike echó a andar por Queen Anne Street alejándose del pub, entre edificios pintados de blanco que relucían bajo el crepúsculo.

—Mi socia ha logrado colocar el micrófono en el despacho del señor Winn esta mañana —prosiguió—. Tenemos grabada una conversación suya con Jimmy Knight. El secretario de Winn... Aamir, ¿no?, está intentando conseguir copias de esas fotografías de las que me habló usted. Las del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El silencio que se produjo a continuación se prolongó tanto que Strike creyó que la comunicación se había cortado.

—¿Señor minis...?

—¡Sigo aquí! —gruñó Chiswell—. Ese chico... Mallik, ¿no? ¡Menudo hijo de la gran puta! ¡Hijo de la gran puta! Ya perdió un empleo. Que lo intente, sólo digo eso. ¡Que lo intente! ¿Qué se ha creído? ¿Que yo no...? Yo sé cosas sobre Aamir Mallik —añadió—. ¡Ya lo creo!

Strike aguardó, un tanto sorprendido, a que el ministro esclareciera esos comentarios, pero Chiswell se limitó a respirar agitadamente con el teléfono pegado a la boca. Unos golpes rítmicos, amortiguados, le indicaron al detective que estaba paseándose arriba y abajo sobre un suelo enmoquetado.

—¿Eso es todo lo que tenía que decirme? —preguntó por fin el ministro.

—Hay otra cosa —prosiguió Strike—. Me ha comentado mi socia que su mujer ha visto a un

hombre, o a más de uno, entrar en su propiedad por la noche.

—Ah, sí. —Chiswell no parecía especialmente preocupado—. Mi mujer tiene caballos y se toma muy en serio su seguridad.

—Supongo que no creerá que esto pueda tener alguna relación con...

—De ninguna manera, de ninguna manera. A veces Kinvara se pone un poco... Bueno, para serle sincero —dijo Chiswell—, puede llegar a ponerse muy histérica. Tiene unos cuantos caballos, y le preocupa mucho que se los roben. No quiero hacerle perder el tiempo persiguiendo sombras entre los matorrales de Oxfordshire. Mis problemas están en Londres. ¿Algo más?

Strike le respondió que no había nada más y, tras una despedida brusca, Chiswell colgó. El detective siguió renqueando hacia la estación de Saint James's Park.

Diez minutos más tarde, sentado en el vagón del metro, Strike cruzó los brazos, estiró las piernas y clavó la mirada en la ventanilla que tenía enfrente.

Aquella investigación estaba resultando muy atípica por varios motivos. Era la primera vez que llevaba un caso de chantaje en el que el cliente era tan poco explícito sobre el delito que había cometido... Aunque, claro, razonó Strike, también era la primera vez que tenía a un ministro como cliente. Del mismo modo, tampoco era muy habitual que un joven a todas luces psicótico irrumpiera en la agencia e insistiera en que había presenciado el asesinato de una niña, a pesar de que el detective, desde que su nombre había salido en los periódicos, había recibido gran cantidad de mensajes de personas desequilibradas; de hecho, lo que él llamaba, pese a las protestas de Robin, el «cajón de los chiflados», ahora ocupaba ya la mitad del armario archivador.

Lo que lo tenía preocupado era la relación exacta entre la niña estrangulada y el caso de chantaje de Chiswell, pese a que, en realidad, la relación era obvia: residía en el hecho de que Jimmy y Billy fuesen hermanos. Ahora, sin embargo, alguien (y Strike consideraba sumamente probable que fuese Jimmy, a juzgar por la llamada que le había relatado Robin) parecía haber decidido relacionar la historia de Billy con Chiswell, a pesar de que el delito que había dado pie al chantaje y que había llevado a Chiswell a contratar a Strike no podía ser el infanticidio, pues en ese caso Geraint Winn habría acudido a la policía. Como la punta de una lengua que pasa repetidamente por encima de un par de llagas, la mente de Strike seguía volviendo una y otra vez —aunque sin éxito— a los hermanos Knight: Jimmy, carismático, elocuente, bruto pero atractivo, oportunista y exaltado; y Billy, atormentado, desaliñado, sin ninguna duda enfermo, y torturado por un recuerdo no menos espantoso por el hecho de que quizá fuese falso.

«La gente se mea encima cuando muere.»

¿Quién? Strike creyó volver a oír a Billy Knight.

«La enterraron envuelta en una manta rosa, en la hondonada, cerca de la casa de mi padre. Pero después dijeron que era un niño.»

Su cliente acababa de darle instrucciones explícitas de que restringiera sus investigaciones a Londres y no las extendiera a Oxfordshire.

Mientras comprobaba el nombre de la estación en la que acababan de entrar, Strike se acordó de la actitud cohibida de Robin al hablar de Raphael Chiswell. Con un largo bostezo, sacó su móvil otra vez y buscó en Google al menor de los hijos de su cliente. Había numerosas fotografías en las que aparecía entrando en el tribunal donde iban a juzgarlo por homicidio involuntario.

A medida que iba pasando las imágenes de Raphael, Strike sentía cada vez más antipatía por aquel atractivo joven con traje oscuro. Dejando a un lado el hecho de que el hijo de Chiswell no

tenía ningún rasgo británico y más bien parecía un modelo italiano, las imágenes hicieron que un resentimiento latente, con raíces en heridas personales y de clase, se activara en el corazón de Strike. Raphael era el mismo tipo de hombre que Jago Ross, con quien Charlotte se había casado después de romper con él: clase alta, educado en colegios privados, vestido con ropa cara; sus pecadillos recibían un trato más indulgente porque podían permitirse a los mejores abogados, y porque se parecían a los hijos de los jueces que decidían su suerte.

El metro volvió a arrancar. Strike se quedó sin cobertura, así que se guardó el móvil en el bolsillo, se cruzó de brazos y siguió mirando fijamente la ventanilla oscura, tratando de negarle espacio mental a una idea incómoda, pero que seguía incordiándolo como un perro que pide comida y al que es imposible ignorar.

Se dio cuenta de que nunca había pensado que a Robin pudiera interesarle ningún otro hombre que no fuese Matthew, salvo, por supuesto, el día de su boda, cuando la había abrazado en la escalera y durante unos instantes...

Furioso consigo mismo, apartó de su mente esa idea tan poco útil y volvió a concentrarse en el extraño caso donde se conjugaban un ministro del gobierno, unos caballos con heridas de navaja y un cadáver envuelto en una manta rosa y enterrado en el fondo de una hondonada.

21

Pues que aquí, en esta casa, se lleva a cabo un juego doble a espaldas tuyas.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

—¿Por qué tú estás tan ocupada y yo no tengo nada que hacer? —le preguntó Raphael a Robin el viernes a última hora de la mañana.

Ella acababa de volver después de seguir a Geraint hasta Portcullis House. Observándolo desde cierta distancia, se había fijado en que las educadas sonrisas de muchas jóvenes a las que él saludaba por el camino se convertían en gestos de desagrado una vez que había pasado de largo. Geraint había desaparecido en una sala de reuniones del primer piso, y Robin había regresado al despacho de Izzy. Al acercarse al despacho de Winn, confió en poder colarse y retirar el segundo micro, pero la puerta estaba abierta, y vio que Aamir estaba sentado delante de su ordenador.

—Raff, cielo, ahora te doy algo que hacer —murmuró Izzy, estresada, mientras tecleaba en su ordenador—. Tengo que terminar esto, es para la presidenta local del partido. Papá va a venir a firmarlo dentro de cinco minutos.

Le lanzó una mirada angustiada a su hermano, que, repantigado en una butaca, con las largas piernas estiradas, la camisa arremangada y la corbata aflojada, jugaba con el pase de visitante que llevaba colgado del cuello.

—¿Por qué no vas a tomarte un café a la terraza? —le propuso.

Robin sabía que Izzy prefería que su hermanastro no estuviera allí cuando llegara Chiswell.

—¿Vienes a tomarte un café, Venetia? —le preguntó Raphael.

—No puedo —dijo Robin—. Estoy liada.

El ventilador del escritorio de Izzy giró hacia donde estaba sentada Robin, que disfrutó de unos segundos de brisa fresca. La ventana con cortinas sólo ofrecía una visión borrosa de aquel espléndido día de junio. Tras el cristal, los parlamentarios que estaban en la terraza parecían fantasmas luminosos. En el abarrotado despacho el aire estaba viciado, y a pesar de que Robin llevaba un vestido de algodón y el pelo recogido en una coleta, no dejaba de enjugarse el sudor del labio superior con el dorso de la mano mientras fingía que trabajaba.

Como le había explicado a Strike, tener a Raphael en el despacho era un inconveniente. Cuando estaba sola con Izzy no necesitaba inventarse excusas para merodear por el pasillo. Además, Raphael la observaba mucho, aunque las suyas no eran miradas lascivas que la recorrían de arriba abajo como las de Geraint. A Robin no le parecía bien lo que había hecho Raphael, pero a veces se sorprendía a sí misma peligrosamente cerca de sentir lástima por él. Se lo veía

nervioso cuando estaba delante de su padre, y por otra parte... Bueno, cualquiera lo habría considerado atractivo. Ésa era la principal razón por la que evitaba mirarlo: era lo mejor que podías hacer si no querías perder la objetividad.

Raphael siguió tratando de promover una relación más cercana con ella, y al mismo tiempo ella intentaba no fomentarla. El día anterior, la había interrumpido mientras Robin, que estaba junto a la puerta del despacho de Geraint y Aamir, escuchaba muy concentrada una conversación que el ayudante mantenía por teléfono acerca de una «investigación». Por los escasos detalles que había captado hasta ese momento, estaba convencida de que hablaban de Igualdad y Deporte.

—Pero esto no es una investigación reglamentaria, ¿no? —preguntó Aamir, que parecía preocupado—. No es oficial, ¿verdad? Yo creía que esto sólo era algo rutinario... De hecho, el señor Winn consideraba que, en su carta a la Junta Reguladora para las Recaudaciones de Fondos, había resuelto todas sus dudas.

Robin no podía desperdiciar aquella oportunidad, aunque sabía que la situación era bastante arriesgada. Lo que no había imaginado era que no sería Winn quien la sorprendiera, sino Raphael.

—¿Qué haces merodeando por aquí? —le preguntó riendo.

Robin se alejó a toda prisa, pero oyó cómo se cerraba la puerta del despacho de Winn y sospechó que Aamir se aseguraría de que en adelante estuviese siempre cerrada.

—¿Eres así de asustadiza con todo el mundo, o sólo conmigo? —Le preguntó Raphael, corriendo tras ella—. Va, ven a tomarte un café. Me muero de aburrimiento.

Robin rechazó bruscamente la invitación, pero, al mismo tiempo que fingía que estaba otra vez ocupada, tuvo que admitir que una parte de ella, una parte diminuta, se sentía halagada por las atenciones del joven.

Llamaron a la puerta, y Robin se llevó una sorpresa cuando Aamir Mallik entró en el despacho con una lista de nombres. Nervioso pero decidido, se dirigió a Izzy.

—Sí, bueno, hola. A Geraint le gustaría incluir a los fideicomisarios de Igualdad y Deporte en la recepción de los Juegos Paralímpicos del doce de julio...

—Yo no sé nada de esa recepción —lo cortó Izzy—. La organiza el DCMS, no yo. —Hizo una pausa y, apartándose el sudado flequillo de la frente, exclamó—: Pero ¿por qué viene todo el mundo a pedirme las cosas a mí?!

—Geraint necesita que vengan —dijo Aamir.

La lista de nombres temblaba en su mano.

Robin pensó que aquélla era una buena oportunidad para colarse en el despacho de Geraint, aprovechando que en ese momento estaba vacío, y cambiar los micrófonos. Se levantó sin hacer ruido y trató de no llamar la atención.

—¿Por qué no se lo pide a Della? —preguntó Izzy.

—Della está muy liada. Sólo son ocho personas —insistió Aamir—. En serio, necesita...

—¡Escuchad la palabra de Láquesis, hija de la Necesidad!

El vozarrón del ministro de Cultura lo precedió en el despacho. Chiswell se quedó en el umbral, con el traje arrugado, cerrándole el paso a Robin, que volvió a sentarse discretamente. Aamir respiró hondo y se preparó, o eso le pareció a ella.

—¿Sabe quién era Láquesis, señor Mallik? —preguntó Chiswell.

—Pues no, me temo que no —respondió Aamir.

—¿No? ¿Acaso no estudió a los griegos en el Instituto de Harringay? Veo que no estás muy

ocupado, Raff. Explícale al señor Mallik quién era Láquesis.

—Yo tampoco lo sé —dijo Raphael, mirando a su padre a través de sus densas y oscuras pestañas.

—¿Te haces el tonto? Láquesis —prosiguió Chiswell— era una de las Moiras. Se encargaba de medir la longitud de las vidas humanas. Sabía cuándo le llegaría el final a cada uno. ¿No le gusta Platón, señor Mallik? Supongo que se decanta más por Catulo, que escribió hermosos poemas sobre los hombres como usted. *Pedicabo ego vos et irrumabo, Aureli pathice et cinaede Furi*, ¿no? Poema dieciséis. Búsquelo, le gustará.

Raphael e Izzy miraban fijamente a su padre. Aamir permaneció allí plantado unos segundos, como si hubiese olvidado qué había ido a hacer, y entonces salió del despacho con cara de ofendido.

—Un pequeño repaso de los clásicos para todos —dijo Chiswell, dándose la vuelta para ver marchar al joven con malvada satisfacción—. Nunca es demasiado tarde para aprender, ¿verdad, Raff?

A Robin le vibró el móvil, que estaba encima de la mesa. Vio que Strike le había enviado un mensaje. Habían acordado no mandarse mensajes ni llamarse durante la jornada laboral a menos que fuese urgente. Metió el teléfono en el bolso.

—¿Dónde están los documentos que tengo que firmar? —le preguntó Chiswell a Izzy—. ¿Has terminado esa carta para la maldita Brenda Bailey?

—La estoy imprimiendo —contestó su hija.

Mientras Chiswell garabateaba su firma en un montón de cartas, respirando como un bulldog en el silencioso despacho, Robin masculló una disculpa y se apresuró a salir al pasillo.

Quería leer el mensaje de Strike sin temor a que la interrumpieran, de modo que siguió un letrero de madera que indicaba el camino a la cripta, bajó por la estrecha escalera de piedra y, al llegar abajo, se encontró en una capilla desierta.

La cripta estaba decorada como un joyero medieval: hasta el último centímetro de las paredes doradas estaba embellecido con símbolos y motivos tanto heráldicos como religiosos. Sobre el altar había retratos de santos que relucían como piedras preciosas, y los tubos del órgano, de color azul celeste, estaban decorados con cintas doradas y flores de lis rojas. Robin se sentó en un banco tapizado con terciopelo escarlata y abrió el mensaje de Strike.

Necesito que me hagas un favor. Barclay lleva diez días seguidos trabajándose a Jimmy Knight, pero acaba de enterarse de que su mujer tiene guardia este fin de semana y no encuentra a nadie que les cuide el bebé. Andy se marcha esta noche a Alicante con su familia y estará fuera una semana. Yo no puedo seguir a Jimmy, ya me conoce. Mañana la ROC participará en una manifestación antimisiles. Empieza a las 14 h, en Bow. ¿Puedes ir tú?

Robin se quedó contemplando el mensaje unos segundos, y luego soltó un gemido que resonó por toda la cripta.

Era la primera vez desde hacía más de un año que Strike le pedía que hiciera horas extra avisándola con tan poca antelación, pero aquel fin de semana celebraba su primer aniversario de boda. El lujoso hotel ya estaba reservado, y tenían las bolsas preparadas y cargadas en el coche. Robin tenía que reunirse con Matthew después del trabajo, y sólo faltaban un par de horas. Iban a

ir en coche directamente a Le manoir aux Quat'Saisons. Matthew se pondría furioso si le decía que no podía ir.

En el dorado silencio de la cripta, recordó las palabras que le había dicho Strike antes de acceder a que recibiese formación en investigación privada: «Necesito a alguien que pueda hacer jornadas prolongadas, trabajar los fines de semana... Tú tienes muy buenas aptitudes para el puesto, pero estás a punto de casarte con un hombre que no quiere que te dediques a esto...»

Y ella le había contestado que no le importaba lo que pensara Matthew, que esa decisión tenía que tomarla ella.

¿Dónde tenía depositada ahora su lealtad? Había prometido darle un voto de confianza a su matrimonio. Strike todavía le debía un montón de horas extra que no le había pagado. No podía tacharla de vaga.

Poco a poco, borrando palabras y sustituyéndolas por otras, escogiendo cuidadosamente cada sílaba, tecleó su respuesta:

Lo siento mucho, pero este fin de semana es nuestro primer aniversario de boda.
Tenemos el hotel reservado, nos vamos esta noche.

Le habría gustado escribir algo más, pero ¿qué podía decir? ¿«Mi matrimonio no va bien, es importante que lo celebre»? ¿«Preferiría mil veces disfrazarme de manifestante y seguir a Jimmy Knight»? Pulsó «Enviar».

Mientras esperaba a que llegara la respuesta de Strike como quien está a punto de obtener el resultado de unos análisis médicos, Robin siguió con la mirada el trazado de las parras labradas en la piedra que se entrelazaban en el techo. Unos rostros extraños la miraban desde las molduras, como el salvaje Hombre Verde de la mitología. La imaginería heráldica y pagana se mezclaba con ángeles y cruces. Aquella capilla no era una simple casa de Dios. Se remontaba a una era de superstición, magia y poder feudal.

Pasaban los minutos y Strike aún no había contestado. Robin se levantó y se paseó por la capilla. Al fondo encontró un armario. Lo abrió y vio una placa dedicada a la sufragista Emily Davison. Al parecer, había pasado la noche allí para poder dar como lugar de residencia la Cámara de los Comunes en el censo de 1911, siete años antes de que las mujeres obtuvieran el derecho a votar. Robin no pudo evitar pensar que Emily Davison no habría aprobado su decisión de poner un matrimonio con problemas por delante de la libertad de trabajar.

Volvió a vibrarle el móvil. Robin miró la pantalla, temiendo lo que estaba a punto de leer. Strike había contestado con dos letras:

OK

Notó que un gran peso descendía de su pecho al estómago. Strike, como ella sabía muy bien, aún vivía en el sencillo estudio de encima de la oficina, y solía trabajar los fines de semana. Era el único miembro de la agencia que no estaba casado, y la frontera entre su vida privada y la profesional era flexible y porosa, aunque no exactamente inexistente, mientras que la de Robin, Barclay y Hutchins no lo era. Y lo peor era que a Robin no se le ocurría ninguna forma de decirle a su socio que lo sentía, que lo entendía, que le habría gustado que las cosas fuesen diferentes, sin que les recordara a los dos el abrazo que se habían dado en la escalera el día de su boda; un abrazo que ya llevaban tanto tiempo sin mencionar que Robin se preguntaba si él lo recordaría

siquiera.

Se sentía sumamente desgraciada. Volvió sobre sus pasos y salió de la cripta; todavía llevaba en las manos los documentos que había fingido ir a entregar.

Raphael estaba solo en el despacho cuando ella regresó, sentado ante el ordenador de Izzy y tecleando tres veces más despacio que su hermanastra.

—Izzy ha ido con mi padre a hacer algo tan aburrido que ya ni me acuerdo —dijo—. No tardarán mucho.

Robin esbozó una sonrisa, volvió a su mesa y siguió pensando en Strike.

—Un poco raro ese poema, ¿no? —comentó Raphael.

—¿Qué? Ah, ¿esa frase en latín? Sí, un poco rara —coincidió Robin.

—Parecía que la hubiese memorizado expresamente para soltársela a Mallik. Nadie tiene algo así en la punta de la lengua.

Robin recordó que Strike también solía recitar de memoria citas en latín.

—Sí, no es muy normal.

—¿Le tiene manía a Mallik, o algo?

—Pues no lo sé, la verdad —mintió Robin.

Sin saber qué más hacer para seguir ocupada en su mesa, Robin se puso a remover hojas otra vez.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí, Venetia?

—No estoy segura. Supongo que hasta que el Parlamento clausure el curso político.

—Pero ¿de verdad quieres trabajar aquí? ¿De forma permanente?

—Sí. Me parece un trabajo interesante.

—¿Qué hacías antes de dedicarte a esto?

—Relaciones públicas —contestó Robin—. Era divertido, pero me apetecía un cambio.

—¿Te has propuesto cazar a un diputado? —dijo él con una sonrisita.

—La verdad es que por aquí todavía no he visto a nadie que pudiese optar a ser un candidato.

—Vaya. Tocado —susurró Raphael con fingida aflicción.

Robin temió haberse ruborizado; intentó disimularlo agachándose para abrir el cajón de la mesa y sacar unos cuantos objetos al azar.

—Bueno, ¿y Venetia Hall sale con alguien? —insistió él cuando Robin se enderezó.

—Sí. Se llama Tim. Hace un año que estamos juntos.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué se dedica?

—Trabaja en Christie's.

Había sacado esa idea de los compañeros de trabajo con los que había visto a Sarah Shadlock en el Red Lion: tipos trajeados e immaculados, educados en colegios privados, como se imaginaba que serían los amigos de la ahijada de Chiswell.

—¿Y tú? —preguntó—. Izzy comentó algo de...

—¿Lo de la galería de arte? —la interrumpió Raphael—. No, eso no fue nada. Ella era demasiado joven para mí. Además, ahora sus padres la han enviado a Florencia.

Raphael había hecho girar la silla para mirar de frente a Robin, con gesto serio y escrutador; la contemplaba como si quisiera saber algo que una conversación normal no le permitiría obtener. Robin bajó la vista. Sostener una mirada tan intensa no era compatible con ser la novia feliz de un

Tim imaginario.

—¿Tú crees en la redención?

Esa pregunta pilló a Robin totalmente desprevenida. Encerraba trascendencia y belleza, como aquella reluciente joya, la capilla que se ocultaba al final de la escalera de caracol.

—Pues... sí —contestó.

Raphael había cogido un lápiz de la mesa de Izzy, y lo hacía rodar entre sus largos dedos una y otra vez mientras observaba atentamente a Robin, como si estuviera evaluándola.

—¿Sabes lo que hice? ¿Con el coche?

—Sí —contestó ella.

Robin tuvo la sensación de que el silencio que se extendía entre los dos estaba poblado de destellos luminosos y siluetas. Se imaginó a Raphael al volante, ensangrentado, y el cuerpo reventado de la joven madre en la calzada, y los coches de policía, y la cinta de señalización, y la gente que no podía evitar mirar, embobada, al pasar en sus vehículos. Sus ojos seguían clavados en ella, con la esperanza, pensó Robin, de recibir algún tipo de bendición, como si su perdón importara. Robin sabía que, a veces, la bondad de un desconocido, o la de alguien a quien apenas conocías, podía ser transformadora, algo a lo que aferrarte mientras otras personas más cercanas a ti te hundían aún más con sus esfuerzos por ayudarte. Pensó en el anciano conserje del Members' Lobby, confundido pero inmensamente reconfortante; su voz ronca y sus palabras amables habían sido un hilo al que sujetarse, el hilo que la devolvía a la cordura.

Volvió a abrirse la puerta, y Robin y Raphael se sobresaltaron. Una pelirroja curvilínea entró en el despacho, con un pase de visitante colgado alrededor del cuello. Robin la reconoció de inmediato por las fotografías que había visto en internet: era Kinvara, la mujer de Jasper Chiswell.

—Hola —la saludó Robin, porque Kinvara se había quedado mirando fijamente a Raphael, que se había vuelto de inmediato hacia su ordenador y había empezado a teclear.

—Tú debes de ser Venetia —dijo Kinvara, y dirigió su mirada dorada hacia Robin. Tenía una voz aguda, infantil, y unos ojos felinos en una cara un tanto hinchada—. Qué guapa eres. Nadie me había dicho que eras tan guapa.

Robin no tenía ni idea de cómo reaccionar. Kinvara se dejó caer en la deformada butaca donde solía sentarse Raff, se quitó de la cabeza las gafas de sol de marca que sujetaban su larga melena pelirroja, y la sacudió. Llevaba las piernas y los brazos desnudos, y Robin vio que su piel estaba llena de pecas. Los botones superiores del vestido verde sin mangas se tensaban sobre su abultado pecho.

—¿De quién eres hija? —le preguntó Kinvara con cierta irritación—. Jasper no me lo ha dicho. La verdad es que no me cuenta nada si no es absolutamente imprescindible. Ya estoy acostumbrada. Sólo me ha dicho que eres su ahijada.

Nadie le había advertido a Robin que Kinvara no sabía quién era ella en realidad. Era muy probable que ni a Izzy ni a Chiswell se les había ocurrido pensar que las dos iban a encontrarse cara a cara.

—Soy la hija de Jonathan Hall —contestó Robin, nerviosa.

Se había inventado un contexto un tanto rudimentario para «Venetia la ahijada», pero no había imaginado que tendría que darle explicaciones a la mujer de Chiswell, que, con toda seguridad, conocía a todos los amigos y conocidos del ministro.

—¿Quién es? —preguntó Kinvara—. Supongo que debería saberlo, Jasper se enfadará y dirá que no presto atención...

—Es el administrador de fincas de...

—Ah, ¿el de las propiedades de Northumberland? —la interrumpió Kinvara, que no parecía particularmente interesada—. Vale, es de una época anterior a mí.

«Gracias a Dios», pensó Robin.

Kinvara cruzó los brazos sobre su voluminoso pecho y, casi de forma simultánea, hizo lo mismo con las piernas. Empezó a mover un pie compulsivamente y se volvió hacia Raphael, lanzándole una mirada dura, casi humillante.

—¿No piensas saludarme, Raphael?

—Hola —dijo él.

—Jasper me ha pedido que lo espere aquí, pero si prefieres que espere en el pasillo, no pasa nada —soltó Kinvara con su voz aflautada y tensa.

—Por supuesto que no —masculló Raphael, frunciendo el ceño y sin desviar la mirada de la pantalla.

—Bueno, espero no haber interrumpido nada —añadió Kinvara, ahora mirando a Robin.

La historia de la rubia de los lavabos de la galería de arte volvió a cruzar la mente de Robin, que fingió que buscaba algo en un cajón, y entonces, con gran alivio, oyó llegar a Chiswell y a Izzy por el pasillo.

—... a las diez, y no más tarde, o no me dará tiempo de leer todo ese rollo. Y dile a Haines que tendrá que hablar con la BBC, yo no puedo perder tiempo parlotando con una pandilla de idiotas de inclu... Ah, hola, Kinvara.

Chiswell se paró en seco en la puerta del despacho y, en un tono absolutamente desprovisto de afecto, dijo:

—Te pedí que me esperaras en el DCMS, no aquí.

—Yo también me alegro de verte, Jasper, sobre todo después de haber estado tres días separados.

Kinvara se levantó y se alisó el arrugado vestido.

—Hola, Kinvara —dijo Izzy.

—No me he acordado de que habíamos quedado en el DCMS —le dijo Kinvara a Chiswell, ignorando a su hijastra—. Llevo toda la mañana intentando llamarte...

—Ya te dije que iba a estar reunido hasta la una —refunfuñó Chiswell—, y si has venido para volver a hablarme de los precios de esos malditos sementales...

—Pues mira, no, no he venido para hablarte de los precios de los sementales, Jasper. ¡Y la verdad es que habría preferido contártelo en privado, pero si quieres que te lo cuente delante de tus hijos, lo haré!

—¡Por el amor de Dios! —bramó Chiswell—. Vamos, buscaremos alguna sala donde podamos estar a solas.

—Anoche vi a un hombre —dijo Kinvara—, ¡y no me mires así, Isabella!

La expresión de Izzy denotaba un escepticismo total. Arqueó las cejas y entró en el despacho como si Kinvara fuese invisible.

—¡He dicho que me lo puedes contar en privado! —gruñó Chiswell, pero Kinvara se resistió a que su marido se la llevara.

—¡Anoche vi a un hombre en el bosque junto a la casa, Jasper! —gritó con aquella voz chillona.

Robin no tuvo ninguna duda de que sus palabras resonarían por todo el estrecho pasillo.

—No me imagino cosas —prosiguió la mujer del ministro—. ¡Había un hombre en el bosque con una pala, lo vi perfectamente, y huyó cuando los perros salieron a perseguirlo! ¡Siempre me dices que no exagere, pero soy yo quien se pasa toda la noche sola en esa casa, y si tú no piensas hacer nada al respecto, Jasper, seré yo quien llame a la policía!

22

*¿No te sentirías con fuerzas para encargarte de ella...
por la buena causa?*

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Strike estaba de un humor de perros.

A la mañana siguiente, cojeando hacia Mile End Park, se preguntó por qué demonios tenía que ser él, el socio principal y fundador de la empresa, quien debiera infiltrarse en una manifestación de protesta una calurosa mañana de sábado, si tenía tres empleados y una pierna hecha polvo. Y se contestó a sí mismo: porque él no tenía un bebé al que había que cuidar ni una mujer que había comprado unos billetes de avión y que se había roto la muñeca ni un fin de semana planeado para celebrar su maldito aniversario de boda. Él no estaba casado, y por tanto era su tiempo de descanso el que había que sacrificar, su fin de semana el que se convertía en dos días laborables más.

Robin estaba en lo cierto, y Strike estaba pensando en todo eso en lo que ella temía que iba a pensar: en su casa de la adoquinada Albury Street, que no podía dejar de comparar con las dos frías habitaciones del ático de la agencia; en los derechos y el estatus que a ella le confería el anillo de oro que llevaba en el dedo, contra la decepción de Lorelei cuando Strike le había explicado que no podría comer con ella ni, probablemente, cenar; en las promesas de reparto equitativo de responsabilidades que Robin había hecho cuando él le había propuesto ser su socia, que contrastaban con sus prisas por volver a casa con su marido...

Sí, Robin había hecho muchas horas extra no remuneradas en los dos años que llevaba en la agencia. Sí, Strike sabía que ella había ido mucho más allá de sus obligaciones cuando él se lo había pedido. Sí, él, en teoría, le estaba tremendamente agradecido. Pero la dura realidad era que, esa misma mañana, mientras él cojeaba por la calle con la perspectiva de pasarse horas haciendo una vigilancia que seguramente resultaría infructuosa, ella y el gilipollas de su marido viajaban camino de un fin de semana en un hotelito rural, y ese pensamiento no contribuía a aliviar el dolor de su pierna ni de su espalda.

Sin afeitarse, vestido con unos vaqueros viejos y deshilachados, una sudadera desteñida con capucha y unas zapatillas de deporte destrozadas, y con una bolsa de plástico colgando de una mano, Strike entró en el parque. Vio, desde lejos, cómo iban concentrándose los manifestantes. El riesgo de que Jimmy lo reconociera había estado a punto de hacerlo desistir de meterse en esa manifestación, pero el último mensaje que había recibido de Robin (al que Strike, de tan cabreado como estaba, había preferido no contestar) le había hecho cambiar de opinión.

Ha venido Kinvara Chiswell al despacho. Dice que anoche vio a un hombre con una pala en el bosque, cerca de su casa. Por lo visto, Chiswell lleva tiempo diciéndole que no llame a la policía para informar sobre los intrusos, pero ella dice que lo hará si él no toma medidas. Kinvara no sabe que su marido nos ha contratado, por cierto. Cree que soy Venetia Hall de verdad. Otra cosa: es posible que la Comisión de Obras Benéficas esté investigando a Igualdad y Deporte. Estoy intentando obtener más detalles.

Ese mensaje sólo había conseguido irritar aún más a Strike. Con el *Sun* interesado por el caso Chiswell y su cliente tan estresado e irascible, lo único que habría podido satisfacer al detective ese día habría sido una prueba concreta contra Geraint Winn.

Según Barclay, Jimmy Knight tenía un Suzuki Alto de diez años de antigüedad, pero no había pasado la ITV y no podía circular. Barclay no podía garantizar con absoluta seguridad que Jimmy no hubiese utilizado el coche por la noche para desplazarse a más de cien kilómetros de Londres y entrar en los jardines y los bosques de Chiswell House, pero Strike no lo consideraba muy probable.

Por otra parte, también sopesaba la posibilidad de que Jimmy hubiese enviado a alguien a intimidar a la mujer de Chiswell. Aún debía de tener amigos o conocidos en la región donde había crecido... Y otra idea aún más inquietante era que Billy hubiese escapado de esa habitación, real o imaginaria, en la que le había dicho a Strike que lo tenían retenido, y que hubiera decidido ir allí a excavar en busca de alguna prueba de que había una niña envuelta en una manta rosa enterrada junto a la vieja casita de su padre. Incluso era posible que, impulsado por quién sabe qué paranoia, les hubiese hecho algún daño a los caballos de Kinvara con una navaja.

Preocupado por esos inexplicables aspectos del caso y por el interés que el *Sun* estaba manifestando por el ministro, y consciente de que la agencia no había avanzado mucho en la obtención de «elementos útiles con los que negociar» con ninguno de los chantajistas de Chiswell desde el día en que Strike había aceptado como cliente al ministro, creía que no tenía más alternativa que remover cielo y tierra. Pese al cansancio, el dolor muscular y la firme sospecha de que aquella manifestación no le aportaría nada útil, el sábado por la mañana se había levantado de mala gana de la cama, había vuelto a atarse la prótesis al muñón, que ya estaba un poco hinchado, y, sintiéndose incapaz de pensar en algo que le apeteciera menos que caminar durante dos horas, se dirigió a Mile End Park.

Una vez que estuvo lo bastante cerca de la masa de manifestantes como para poder distinguir los rostros de la gente, Strike sacó de la bolsa que llevaba en la mano una máscara de plástico de Guy Fawkes —blanca, con las cejas y el bigote curvos; un rostro que en la actualidad casi todo el mundo asociaba a la organización de *hackers* Anonymous— y se la puso. Hizo una bola con la bolsa, la tiró en la primera papelera que encontró y se dirigió hacia donde estaban congregados los portadores de pancartas y proclamas: «¡MISILES CONTRA CASAS NO!», «¡FRANCOTIRADORES EN LAS CALLES NO!», «¡BASTA DE JUGAR CON NUESTRAS VIDAS!». También había varios carteles que rezaban «¡QUE SE VAYA!», en los que se veía la cara del primer ministro.

Para Strike, la hierba siempre había sido una de las superficies más difíciles por las que caminar con el pie ortopédico, y ya estaba sudando cuando por fin distinguió las banderas naranja de la ROC, con el logo de los anillos olímpicos fragmentados.

Debía de haber una docena. Escondido detrás de un grupo de jóvenes que estaban charlando,

el detective se colocó bien la máscara de plástico, que no estaba hecha para alguien que se había roto la nariz, pues se le resbalaba constantemente, y desde allí vio a Jimmy Knight: hablaba con dos mujeres jóvenes, y en ese momento ambas echaron la cabeza hacia atrás, riendo encantadas de algo que Knight había dicho. Strike se apretó la máscara contra la cara para asegurarse de que las rendijas encajaban con sus ojos, escudriñó al resto de los miembros de la ROC y llegó a la conclusión de que el hecho de que no distinguiera ninguna melena de color rojo intenso no se debía a que Flick se hubiese teñido el pelo de otro color, sino a que no se encontraba allí.

Unos auxiliares empezaron a dirigir al grupo hasta colocarlo en bloque detrás de la primera fila. Strike se mezcló entre la masa de manifestantes, una silenciosa figura más que avanzaba pesadamente. Actuaba de una forma un tanto torpe, de modo que los jóvenes organizadores, intimidados por su corpulencia, lo trataron como si fuese una gran piedra que la corriente tenía que sortear, y así acabó colocándose justo detrás del grupo de la ROC. Un chico delgado que también llevaba una máscara de Anonymous le hizo una señal de aprobación con los dos pulgares mientras lo empujaban hacia la parte trasera del grupo. Strike le devolvió el gesto.

Jimmy, que había liado un cigarrillo y se lo estaba fumando, seguía bromeando con las dos chicas que iban detrás de él y que rivalizaban por su atención. La más morena, que era la más atractiva, llevaba un cartel de doble cara con un retrato muy detallado de David Cameron representado como Hitler contemplando el estadio olímpico en 1936. Era una obra de arte muy lograda, y Strike tuvo tiempo de admirarla mientras la procesión arrancaba por fin a un ritmo constante, flanqueada por policías y auxiliares provistos de chalecos reflectantes. Salieron poco a poco del parque y llegaron a la larga recta de Roman Road.

Strike empezó a sentirse algo más cómodo al caminar por la lisa calzada de asfalto, pero seguía doliéndole el muñón. Al cabo de unos minutos, los manifestantes empezaron a gritar: «¡Misiles fuera! ¡Misiles fuera!»

Un par de fotógrafos de prensa precedían al grupo, caminando hacia atrás por la calzada y tomando fotografías de la cabecera de la manifestación.

—Eh, Libby —le dijo Jimmy a la chica del cartel con el retrato de Hitler—. ¿Quieres subirte a mis hombros?

Strike se fijó en la envidia mal disimulada de la amiga, mientras Jimmy se agachaba para que Libby pudiera subirse a sus hombros y la levantaba por encima de la multitud, consiguiendo que el cartel quedara suficientemente alto como para que lo viesan los fotógrafos que estaban delante.

—¡Enséñales las tetas, vamos a salir en primera plana! —le gritó Knight.

—¡Jimmy! —gritó ella fingiendo indignación.

Su amiga compuso una sonrisa forzada, las cámaras dispararon, y Strike, con una mueca de dolor detrás de la máscara de plástico, intentó disimular un poco su cojera.

—El que lleva la cámara más grande te estaba enfocando todo el rato —dijo Jimmy cuando por fin bajó a la chica al suelo.

—Mierda, si salgo en los periódicos a mi madre le va a dar algo —contestó la chica, emocionada.

Y se puso a andar al lado de Jimmy, aprovechando cualquier oportunidad para darle bofetones o codazos cuando él se burlaba de ella por temer lo que pudieran decirle sus padres. Strike calculó que la chica sería unos quince años más joven que él.

—Qué bien te lo pasas, ¿eh, Jimmy?

La máscara reducía la visión periférica del detective, de modo que, hasta que la mata de pelo rojo y alborotado no apareció justo delante de él, no pudo confirmar que Flick se había unido a la manifestación. Su aparición repentina también pilló a Knight por sorpresa.

—¡Ah, estás aquí! —Jimmy fingió que se alegraba, pero sin esforzarse demasiado.

Flick miró a Libby, que se sintió intimidada y apretó el paso. Jimmy intentó ponerle un brazo alrededor de los hombros a Flick, pero ella se lo quitó de encima.

—¡Eh! —protestó él, con falsa indignación—. ¿Qué pasa?

—Te doy tres jodidas oportunidades para intentar adivinarlo —le gruñó Flick.

Strike comprendió que Jimmy estaba tratando de decidir qué táctica debía emplear con ella. En su rostro, atractivo pero rudo, se reflejaba cierta irritación; sin embargo, a Strike le pareció detectar también un punto de cautela. Jimmy intentó por segunda vez rodear a Flick con el brazo, y en esta ocasión ella lo apartó con un manotazo.

—¡Eh! —protestó él de nuevo, ahora ya más agresivo—. ¿Qué coño te he hecho?

—Me envías a hacer el trabajo sucio y, mientras tanto, tú te dedicas a tontear con ésa. ¿Me has tomado por imbécil, Jimmy?

—¡Misiles no! —gritó un auxiliar por el megáfono, y la multitud volvió a corear el lema.

Strike tenía al lado a una mujer con cresta mohicana cuyos chillidos agudos y estridentes recordaban a los de un pavo real. La única ventaja de que se hubieran reanudado los gritos era que, cada vez que pisaba la calzada con el pie ortopédico, Strike podía gruñir de dolor sin miedo a que lo oyeran, lo que le proporcionaba cierto alivio y hacía que la máscara de plástico temblara ligeramente sobre su cara sudada. Mirando a través de las ranuras de los ojos, vio que Jimmy y Flick seguían discutiendo, pero no logró entender ni una sola palabra de lo que decían en medio de tanto ruido. Hasta que los cánticos no cesaron, no pudo oír nada.

—... Estoy hasta los cojones —estaba diciendo Jimmy—. No soy yo el que se liga a estudiantes en los bares cuando...

—¡Me dejaste plantada! —dijo Flick en voz baja pero con rabia contenida—. ¡Me mandaste a paseo! ¡Me dijiste que no querías una relación exclusiva...!

—Eso lo dije en la euforia del momento —la interrumpió Jimmy—. Estaba estresado. Billy me estaba poniendo de los nervios. No esperaba que te fueras a un bar y te tirarás a un mierda...

—Me dijiste que estabas harto de...

—No me jodas, estaba de mala hostia y dije un montón de tonterías que no quería decir. Si yo me tirase a otra tía cada vez que tú te cabreas conmigo...

—Ya. Pues, mira, a veces pienso que la única razón por la que sigues conmigo es Chi...

—¡Cierra la puta boca!

—Y hoy, ¿tú te crees que ha sido divertido en casa de ese asqueroso?

—Ya te he dicho que te lo agradecía, joder. Ya lo hemos hablado, ¿no? Tenía que llevar a imprimir esos folletos. Si no, habría ido contigo.

—Y además hago la limpieza —añadió ella con un sollozo repentino—, y es asqueroso, y hoy vas y me envías... Ha sido horrible, Jimmy, tendrías que llevarlo al hospital, está hecho una...

Jimmy miró a su alrededor. Strike, que se encontraba dentro del campo visual de Knight, intentó caminar con naturalidad, aunque cada vez que le pedía a su muñón que soportara todo su peso le parecía estar apretándolo contra un millar de hormigas de fuego.

—Lo llevaremos al hospital —intervino Jimmy—. Lo llevaremos, pero si lo soltamos ahora lo

va a joder todo, ya sabes cómo es... Cuando Winn consiga esas fotografías... Eh —dijo cambiando el tono, y por tercera vez la rodeó con el brazo—. Oye, que te estoy muy agradecido.

—Sí —dijo Flick, sollozando y secándose la nariz con el dorso de la mano—, por el dinero. Porque ni siquiera sabrías lo que hizo Chiswell si yo no...

Jimmy tiró bruscamente de ella y la besó. Ella se resistió un poco, pero luego abrió los labios. El beso se prolongó mientras caminaban; Strike pudo ver cómo se entrelazaban sus lenguas al tiempo que seguían caminando hacia delante, tambaleándose ligeramente y enganchados el uno al otro; los otros miembros de la ROC sonreían, y la chica a la que Jimmy se había subido a los hombros parecía alicaída.

—En serio, Jimmy —murmuró Flick cuando por fin dejaron de besarse.

Él seguía abrazándola, y ahora ella lo miraba enternecida y apasionada, y le hablaba con voz susurrante.

—Creo que deberías ir a hablar con él. No deja de mencionar a ese maldito detective.

—¿Qué? —dijo Jimmy, pero Strike se dio cuenta de que la había oído perfectamente.

—A Strike. Ese militar con la pierna amputada. Billy está obsesionado con él. Se cree que va a ir a rescatarlo.

Por fin se veía el punto final de la manifestación: Bow Quarter, en Fairfield Road, donde la torre de ladrillo cuadrada de una antigua fábrica de cerillas, uno de los puntos propuestos para instalar misiles durante los Juegos, destacaba en el horizonte.

—¿Rescatarlo? —repitió Jimmy con sorna—. Joder, ni que lo estuviéramos torturando.

Los manifestantes ya estaban rompiendo filas y, al disolverse, volvieron a crear una multitud dispersa que pululaba alrededor del estanque de aguas verde oscuro que había enfrente del edificio de la fábrica. Strike habría dado cualquier cosa por poder sentarse en un banco o apoyarse en un árbol, como estaban haciendo muchos manifestantes, y dejar de cargar el peso en su muñón. Tanto el extremo, irritado e inflamado por la sobrecarga, como los tendones de la rodilla le estaban pidiendo a gritos hielo y descanso. Sin embargo, al detective no le quedó más remedio que seguir a Jimmy y a Flick, que se apartaron del grueso de los manifestantes y se alejaron de sus colegas de la ROC.

—... Quería verte, y le he dicho que estabas ocupado —le oyó decir a Flick—, y se ha puesto a llorar. Ha sido horrible, Jimmy.

Strike hizo como si observara al joven de color que, con un micrófono en la mano, subía a un escenario que habían colocado frente al grupo, y se acercó un poco más a la pareja.

—Cuando consiga el dinero, me ocuparé de Billy —le estaba diciendo Jimmy, que ahora parecía compungido y arrepentido—. Por supuesto que me ocuparé de él. Y de ti. No voy a olvidar lo que has hecho.

A ella le gustó oír esas palabras. Con el rabillo del ojo, Strike vio que la emoción coloreaba sus pringosas mejillas. Jimmy sacó un paquete de tabaco y papel de fumar del bolsillo de sus vaqueros y empezó a liar otro cigarrillo.

—Así que sigue hablando de ese detective de mierda, ¿no?

—Sí.

Jimmy encendió el cigarrillo y fumó en silencio durante un momento, mientras paseaba la mirada por la multitud.

—¿Sabes qué? —dijo de pronto—. Voy a ir a verlo. Eso lo tranquilizará. Sólo necesitamos

que se quede donde está un poco más. ¿Vienes?

Le tendió una mano; Flick, sonriente, se la cogió, y se marcharon juntos.

Strike les dio un poco de ventaja. Se quitó la máscara y la vieja sudadera gris, se puso las gafas de sol que había tenido la precaución de coger y los siguió. La máscara y la sudadera las tiró donde los manifestantes habían dejado sus pancartas.

Jimmy ya no llevaba el paso relajado de la manifestación. Ahora caminaba a grandes zancadas, y de vez en cuando Flick tenía que correr un poco para seguir su ritmo. Strike apretaba las mandíbulas; las terminaciones nerviosas de la piel inflamada del extremo de su muñón se irritaban por el roce con la prótesis, y los sobrecargados músculos de sus muslos no paraban de protestar.

Ahora estaba sudando profusamente, y su forma de andar era cada vez menos natural, de modo que los transeúntes empezaban a fijarse en él; Strike podía percibir su curiosidad y su lástima al verlo pasar cojeando. Era consciente de que debería haber hecho los malditos ejercicios de recuperación, de que debería haber dejado de comer patatas fritas... Sabía que, en un mundo ideal, ese día se habría cogido fiesta, habría hecho reposo, se habría quitado la prótesis y aplicado una bolsa de hielo en el muñón. Siguió renqueante, ignorando los avisos de su cuerpo, que le suplicaba que parara. La distancia que lo separaba de Jimmy y Flick se iba ampliando cada vez más, y el movimiento que tenía que hacer con la parte superior del cuerpo y con los brazos para mantener el equilibrio estaba volviéndose grotesco. Sólo podía confiar en que ni Jimmy ni Flick se diesen la vuelta y lo vieran cojear de esa forma, porque entonces no podría seguir pasando desapercibido de ninguna manera. Los vio meterse en el pequeño edificio de ladrillo rojo de la estación de Bow Road, mientras él seguía jadeando y sudando en la acera opuesta de la calle.

Cuando bajó del bordillo, sintió una punzada de dolor insoportable en la parte trasera del muslo derecho... Fue como si le hubieran cortado el músculo con un cuchillo: la pierna se le dobló, Strike estiró una mano, que le resbaló por el asfalto, y cayó al suelo golpeándose la cadera, el hombro y la cabeza. Una mujer que estaba cerca gritó alarmada. Los transeúntes debieron de pensar que iba borracho; ya le había pasado otras veces cuando se había caído. Humillado, furioso y gimiendo de dolor, Strike se arrastró hasta subir a la acera, tirando de su pierna derecha para apartarla de los coches que pasaban. Una joven se le acercó tímidamente y le preguntó si necesitaba ayuda, él le contestó con malos modos, aunque enseguida se arrepintió.

—Lo siento... —se disculpó.

Pero la chica ya se había alejado con sus dos amigas.

El detective se arrastró hasta la barandilla que bordeaba la acera y se sentó allí, con la espalda contra el metal, sudando y sangrando. No sabía si podría levantarse sin ayuda. Con un gruñido de dolor, se pasó las manos por la parte de atrás del muñón, y notó una hinchazón del tamaño de un huevo. Estaba seguro de que se había hecho un desgarró en los isquiotibiales. El dolor era tan intenso que le dieron ganas de vomitar.

Se sacó el móvil del bolsillo y vio que la pantalla estaba rota.

—Me cago en la puta... —masculló.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el frío metal. Se quedó inmóvil unos minutos, evaluando en silencio sus escasas opciones mientras la gente lo esquivaba al tomarlo por un vagabundo o un borracho. Por fin, sintiéndose acorralado, abrió los ojos, se enjugó el sudor de la cara con el antebrazo y llamó a Lorelei.

23

Y estabas aquí consumiéndote, languideciendo en la oscuridad de tu matrimonio.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Más adelante, Robin se dio cuenta de que su fin de semana de celebración estaba condenado al fracaso antes de empezar, desde el momento en que, en la cripta de la Cámara de los Comunes, había rechazado la petición de Strike de seguir a Jimmy.

Con la intención de liberarse de su sensación de culpa, cuando Matthew fue a recogerla después del trabajo decidió revelarle la petición de Strike. Él —que ya estaba tenso porque no le gustaba nada conducir el Land Rover, y menos aún con el tráfico de un viernes por la noche— pasó a la ofensiva y exigió saber por qué demonios tenía que sentirse culpable después de la cantidad de horas de trabajo mal pagadas que Strike la había obligado a hacer en los dos últimos años, y a continuación se puso a insultarlo de forma tan cruel que Robin se vio obligada a salir en su defensa.

Al cabo de una hora seguían discutiendo sobre el trabajo de Robin, y fue entonces cuando, de pronto, como ella no dejaba de gesticular, Matthew se fijó en que su mujer no llevaba ninguno de los anillos que debería llevar siempre, ni el de pedida ni el de casada. Robin se los quitaba cuando se hacía pasar por Venetia Hall, que era una mujer soltera, y no había caído en la cuenta de que no iba a poder ir a recogerlos a Albury Street antes de partir hacia el hotel.

—¿Es nuestro aniversario de boda y ni siquiera te acuerdas de ponerte los malditos anillos?! —le gritó Matthew.

Una hora y media más tarde, pararon el coche delante del hotel, un edificio de ladrillo de color crema. Un hombre uniformado y de aspecto impecable le abrió la puerta a Robin, y cuando ella le dio las gracias, apenas se la oyó por culpa del nudo de rabia que tenía en la garganta.

Casi no se dirigieron la palabra mientras cenaban en el restaurante con varias estrellas Michelin. Robin, que habría podido estar comiendo poliestireno y polvo, paseó la mirada por las otras mesas. Matthew y ella eran, con mucho, la pareja más joven del restaurante, y Robin se preguntó si alguno de aquellos matrimonios habría pasado por una mala racha parecida y si la habría superado.

Aquella noche durmieron dándose la espalda.

El sábado, Robin se despertó pensando que cada momento que pasaran en aquel hotel, cada paso que dieran por sus exuberantes jardines —con el sendero de lavanda, el rincón japonés, el huerto de frutales y los arriates de hortalizas orgánicas— estaría costándoles una pequeña fortuna. Quizá Matthew había estado pensando lo mismo, porque durante el desayuno se mostró

conciliador. Con todo, la conversación entre ellos no era relajada, y cada dos por tres se desviaba hacia temas peligrosos de los que tenían que apartarse rápidamente. La tensión acabó provocándole dolor de cabeza, pero no quería pedir analgésicos en el hotel, porque cualquier señal de insatisfacción podía desencadenar otra discusión. Robin pensó en lo agradable que debía de ser tener un buen recuerdo de la boda y la luna de miel. Al final acabaron hablando del trabajo de Matthew mientras paseaban por los jardines.

El sábado siguiente iba a celebrarse un partido benéfico de críquet en el que su empresa jugaría contra otra firma de la competencia. Matthew, que era tan bueno con el críquet como lo había sido con el rugby, estaba impaciente por que llegara ese día. Robin escuchó a su marido mientras éste se jactaba de su propia destreza y se burlaba de la torpeza de Tom, se rió en los momentos adecuados e hizo gestos de aprobación; pero, mientras tanto, una parte de ella que se sentía fría y desgraciada no paraba de preguntarse qué estaría pasando en ese preciso momento en Bow, si Strike habría ido a la manifestación, si habría descubierto algo interesante sobre Jimmy, y cómo había acabado ella con aquel hombre pretencioso y egocéntrico que estaba a su lado y que le recordaba vagamente al chico apuesto de quien había estado enamorada.

Aquella noche fue la primera vez que Robin tuvo relaciones sexuales con Matthew simplemente por no afrontar la pelea que sin ninguna duda estallaría si se negaba. Era su primer aniversario de boda, de modo que debían mantener relaciones sexuales. De hecho, aquello fue como ponerle el sello notarial a aquel fin de semana, y más o menos igual de agradable. Cuando Matthew eyaculó, a Robin le brotaron las lágrimas, y aquella parte de sí fría e infeliz, que se ocultaba en lo más profundo de su sumiso cuerpo, se preguntó cómo podía ser que su marido no notara su infelicidad, pese al esfuerzo que ella hacía por disimularla, y cómo podía pensar que su matrimonio funcionaba.

Cuando Matthew se hizo a un lado y dijo todas las cosas que se suponía que debía decir, Robin se cubrió los ojos llorosos con el brazo, protegida por la oscuridad. Por primera vez, cuando dijo «yo también te quiero» tuvo la absoluta certeza de que estaba mintiendo.

Con mucho cuidado, cuando Matthew ya dormía, Robin buscó a tientas el móvil en la mesilla de noche y revisó sus mensajes. No había recibido ninguna llamada de Strike. Buscó en Google fotografías de la manifestación de Bow y creyó reconocer, en medio de la multitud, a un tipo alto con el pelo rizado que llevaba una máscara de Guy Fawkes. Dejó el teléfono boca abajo en la mesilla de noche para que no se viera la luz y cerró los ojos.

24

Creo haberte hablado de su pasión salvaje y desenfrenada, a la cual me exigía corresponder.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Strike volvió a las dos habitaciones de su estudio de Denmark Street seis días más tarde, el viernes a primera hora de la mañana. Se ayudaba de unas muletas, llevaba la prótesis dentro de una bolsa de viaje colgada del hombro y la pernera derecha del pantalón recogida, y con su expresión ahuyentaba las discretas miradas de lástima que le lanzaban los transeúntes mientras recorría la corta calle hasta el número veinticuatro.

No había ido al médico. Lorelei había llamado al ambulatorio una vez que ella y el taxista, que se llevó una generosa propina, consiguieron subir al detective hasta su casa, pero su médico de cabecera le había pedido a Strike que fuese a su consulta para poder examinarlo.

—¿Y qué quiere que haga, que vaya saltando? Son los isquiotibiales, lo sé —le soltó Strike—. Y sé lo que hay que hacer: reposo, hielo y toda esa mandanga. Ya lo he hecho otras veces.

No había tenido más remedio que saltarse la norma de no pasar dos noches seguidas en casa de una mujer: se había quedado cuatro días y cinco noches en casa de Lorelei. Ahora se arrepentía, pero ¿qué alternativa tenía? Se había encontrado *a fronte praecipitium, a tergo lupi*, como lo habría expresado Chiswell. Se suponía que Lorelei y él iban a cenar juntos el sábado por la noche. Como había decidido contarle la verdad en lugar de buscar una excusa para no quedar con ella, no había tenido más remedio que aceptar su ayuda. Ahora lamentaba no haber llamado a sus viejos amigos Nick e Ilsa, o incluso a Shanker, pero ya era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho.

Saber que estaba siendo injusto y desagradecido con Lorelei no contribuía precisamente a mejorar el humor de Strike, que ahora se arrastraba cargado con su bolsa por la escalera. Si bien había habido aspectos de la estancia en el apartamento de Lorelei que habían resultado sumamente placenteros, lo ocurrido la noche anterior lo había estropeado todo, y Strike era el único culpable. Él había permitido que sucediera lo que había tratado de evitar desde su ruptura con Charlotte; había dejado que sucediera porque había bajado la guardia y había aceptado las tazas de té, las comidas caseras y las muestras de cariño; hasta que al final, la última noche, a oscuras, Lorelei, con la cabeza apoyada en su pecho desnudo, le había susurrado: «Te quiero.»

Volvió a hacer una mueca de dolor al apoyarse en las muletas para abrir la puerta, y cuando entró en el ático estuvo a punto de caerse. Cerró de un portazo, soltó la bolsa de viaje, fue hasta la sillita que había junto a la mesa de formica de su cocina americana, se dejó caer en ella y soltó las muletas. Se alegraba de volver a estar a solas en su casa, pese a lo difícil que iba a resultar

manejarse con la pierna en aquel estado. Debería haber regresado antes, obviamente, pero como no estaba en condiciones de seguir a nadie y tenía unas molestias considerables, lo más fácil había sido quedarse sentado en una cómoda butaca, con el muñón apoyado en un gran puf cuadrado, enviándoles instrucciones a Robin y a Barclay por teléfono mientras Lorelei iba a comprarle comida y bebida.

Encendió un cigarrillo y evocó a todas las mujeres con las que se había relacionado desde su ruptura con Charlotte. La primera, Ciara Porter, había sido un fabuloso ligue de una noche, sin reproches por ninguna de las partes. Unas semanas después de haber salido en las noticias por haber resuelto el caso Landry, Ciara lo había llamado. En la mente de la modelo, el detective había ascendido de polvo puntual a posible novio gracias a su interés periodístico, pero Strike no había querido volver a quedar con ella. Las novias que deseaban las fotografíaran con él no eran buenas para su negocio.

Después había salido con Nina, que trabajaba para un editor y a quien había utilizado para obtener información sobre un caso. Nina le gustaba, pero, visto con perspectiva, tenía que reconocer que no lo suficiente como para tratarla con la debida consideración. Le había hecho daño; no se enorgullecía de ello, aunque tampoco era algo que le quitase el sueño.

Elin había sido muy diferente: era hermosa y, mejor aún, muy poco exigente; por eso se había enrollado con ella. Elin estaba divorciándose de un hombre rico, y su necesidad de llevar una vida discreta y compartimentada era comparable a la de Strike. Habían conseguido mantener la relación unos meses, hasta que el detective le tiró una copa de vino por encima y se marchó del restaurante donde estaban cenando. Después la llamó por teléfono para disculparse, pero ella lo mandó a paseo sin permitirle terminar la frase. Teniendo en cuenta que la había dejado plantada y humillada en Le Gavroche, y con una factura de tintorería considerable, creyó que habría sido de muy mal gusto responder diciéndole «eso mismo iba a decirte yo ahora».

Después de Elin había llegado Coco, de quien Strike prefería no acordarse, y, por último, Lorelei. Lorelei le gustaba más que ninguna de las anteriores, y por eso lamentaba que hubiese sido ella quien hubiese pronunciado aquel «te quiero».

Dos años atrás, Strike se había hecho una promesa; algo que no hacía a menudo, porque le gustaba cumplirlas. Charlotte era la única mujer a la que le había dicho «te quiero», y no se lo diría a ninguna otra a menos que tuviera la certeza, más allá de cualquier duda razonable, de querer seguir con esa mujer y vivir con ella. Pronunciar esas palabras en unas circunstancias menos serias sería como si se estuviera burlando de lo que había sufrido con Charlotte. Sólo el amor explicaba la caótica relación que ambos habían mantenido o la cantidad de veces que Strike había retomado la relación pese a saber, en el fondo, que jamás funcionaría. El amor, para Strike, significaba pena y dolor buscados por uno mismo; una pena y un dolor que debían aceptarse y soportarse. Y no veía que pudiera darse nada de aquello en el dormitorio de Lorelei, con cortinas con estampado de vaqueras.

Así que, cuando ella susurró esa declaración, él no dijo nada, y entonces, cuando Lorelei le preguntó si la había oído, dijo: «Sí.»

Strike cogió sus cigarrillos. «Sí.» Bueno, al menos había sido sincero: oía perfectamente. Después se había producido un largo silencio; Lorelei se había levantado de la cama, había ido al cuarto de baño y se había quedado allí durante media hora. Strike suponía que había ido a llorar, aunque había tenido el detalle de hacerlo en silencio para que él no la oyera. Se quedó en la cama preguntándose qué podía decirle que fuese amable y al mismo tiempo sincero, pero sabía que nada

que no fuese «Yo también te quiero» sería aceptable, y lo cierto era que no la quería, y no estaba dispuesto a mentir.

Cuando Lorelei volvió a la cama, Strike estiró un brazo. Ella dejó que le acariciara el hombro un rato, pero entonces le dijo que estaba cansada y necesitaba dormir.

«¿Qué coño querías que hiciera?», le preguntó a una interrogadora imaginaria que se parecía muchísimo a su hermana Lucy.

«Podrías haber rechazado las tazas de té y las mamadas», fue la sarcástica respuesta, a lo que Strike, con el muñón dolorido, contestó: «Vete a la mierda.»

Le sonó el móvil. Había pegado con cinta adhesiva la pantalla rota y, pese a que la imagen estaba distorsionada, pudo ver que se trataba de un número desconocido.

—¿Diga?

—Hola, Strike, soy Culpepper.

Dominic Culpepper, que había trabajado para el *News of the World* hasta su cierre, le había conseguido trabajo a Strike en el pasado. La relación entre ambos, que en el terreno personal nunca había sido demasiado buena, se había vuelto ligeramente hostil cuando él se había negado a proporcionarle a Culpepper la historia en primera persona de sus dos casos de asesinato más recientes. Ahora Culpepper trabajaba para el *Sun*, y había sido uno de los periodistas que con más entusiasmo habían ahondado en la vida personal del detective tras la detención del destripador de Shacklewell.

—Quería saber si estás disponible para hacernos un trabajo —dijo Culpepper.

«Menuda jeta tienes.»

—¿Qué necesitáis?

—Buscarle los trapos sucios a un ministro del gobierno.

—¿A cuál?

—Te lo diré si aceptas el trabajo.

—Ahora mismo estoy muy liado. ¿De qué clase de trapos sucios estamos hablando?

—Eso es lo que necesitamos que averigües.

—Entonces, ¿cómo sabéis que hay trapos sucios?

—Tenemos una fuente bien informada —contestó Culpepper.

—¿Y para qué me necesitáis si tenéis una fuente bien informada?

—Todavía no puede hablar. Sólo nos ha insinuado que tiene cosas que contar. Muchas cosas.

—Lo siento, Culpepper, no puedo —dijo Strike—. Tengo la agenda a tope.

—¿Seguro? Pagamos bien, Strike.

—Últimamente no me va demasiado mal —respondió el detective, mientras encendía otro cigarrillo con la colilla del que aún no había apagado.

—Ya lo sé, cabrón —sentenció Culpepper—. Está bien, tendré que pedirselo a Patterson. ¿Lo conoces?

—¿El ex policía? Hemos coincidido un par de veces.

Pusieron fin a la llamada deseándose suerte con mutua hipocresía, y Strike se quedó aún más mosqueado. Buscó a Culpepper en Google y encontró su firma en un artículo de dos semanas atrás sobre Igualdad y Deporte.

Sí, cabía la posibilidad de que más de un ministro se encontrase en el punto de mira del *Sun*

por un delito contra la moral pública, pero el hecho de que Culpepper hubiese estado recientemente en contacto con los Winn apuntaba a que Robin tenía razón al sospechar que Geraint había puesto sobre aviso al *Sun*, y que era a Chiswell a quien Patterson iba a investigar.

Strike se preguntó si Culpepper sabía que él ya estaba trabajando para Chiswell, y si su llamada había sido una argucia para sonsacarle información, pero no parecía muy probable. Habría sido muy estúpido por su parte revelarle a Strike a quién se disponía a contratar, si sabía que el ministro ya lo había contratado a él.

Strike conocía a Mitch Patterson por su reputación: el año anterior los habían contratado en dos ocasiones las distintas partes de sendas parejas que se estaban divorciando. Patterson, un oficial de la Policía Metropolitana que se había prejubilado, tenía canas prematuras y su cara recordaba a un bulldog malhumorado. Pese a ser una persona desagradable, o al menos así era como se lo había descrito Eric Wardle, Patterson era un hombre que «conseguía resultados».

—Claro que ahora, en su nuevo trabajo, ya no podrá hacerse con la información pateando a la gente —había comentado Wardle—, de modo que esa arma tan útil ha desaparecido de su arsenal.

A Strike no le hacía demasiada gracia pensar que Patterson pronto empezaría a intervenir en el caso. Volvió a coger su móvil y vio que ni Robin ni Barclay le habían informado de nada desde hacía doce horas. El día anterior, había tenido que tranquilizar a Chiswell, que lo había llamado para expresarle sus dudas sobre Robin, dado el escaso éxito que había tenido hasta el momento.

Frustrado por la actitud de sus empleados y por su propia impotencia, Strike les envió el mismo mensaje:

El *Sun* ha intentado contratarme para investigar a Chiswell. Llámame cuanto antes, necesito info útil YA.

Apoyándose en las muletas, se levantó para examinar el contenido de la nevera y los armarios de la cocina, y descubrió que, si no iba pronto al supermercado, lo único que podría comer en los próximos dos días sería sopa de sobre. Tiró la leche caducada por el desagüe del fregadero, se preparó una taza de té y volvió a la mesa de formica; encendió un tercer cigarrillo y se preparó, muy a su pesar, para hacer los estiramientos de isquiotibiales.

Volvió a sonar el teléfono, pero, cuando vio que era Lucy, dejó que saltara el buzón de voz. Lo que menos le apetecía en ese momento era que lo pusiera al día sobre la última reunión del Consejo escolar.

Al cabo de unos minutos, cuando Strike estaba en el cuarto de baño, el móvil sonó de nuevo. Regresó a la cocina a la pata coja, con los pantalones por las rodillas, esperando que fuesen o Robin o Barclay, y al ver el número de teléfono de su hermana por segunda vez, maldijo en voz alta y regresó al cuarto de baño.

La tercera llamada le indicó que Lucy no pensaba rendirse. Irritado, soltó en la encimera la lata de sopa que estaba abriendo y cogió el teléfono.

—Lucy, estoy muy ocupado, ¿qué pasa? —preguntó, malhumorado.

—Soy Barclay.

—¡Hombre, ya era hora! ¿Alguna novedad?

—Sí, se trata de Flick, la chica de Jimmy, no sé si te servirá de algo.

—Todo sirve —dijo Strike—. ¿Por qué no me has avisado antes?

—Me he enterado hace diez minutos —contestó Barclay sin inmutarse—. Se lo acaba de decir

a Jimmy en la cocina. Parece ser que roba dinero del trabajo.

—¿De qué trabajo?

—No me lo ha dicho. El problema es que no parece que Jimmy le tenga mucho cariño. Creo que si la despidieran, a él no le importaría.

Strike oyó unos pitidos que lo distrajeron. Le estaba entrando otra llamada. Miró el teléfono y vio que volvía a ser Lucy.

—Y me he enterado de algo más —continuó Barclay—. Me lo dijo anoche, cuando estaba colocado. Dijo que conoce a un ministro del gobierno que tiene las manos manchadas de sangre.

Bip. Bip. Bip.

—¿Estás ahí? ¿Strike?

—Sí, sí.

Strike no le había contado la historia de Billy a Barclay.

—¿Qué ha dicho exactamente?

—Estaba despotricando del gobierno, de los *tories*, diciendo lo cabrones que son, y entonces, de repente, suelta: «y unos putos asesinos». «¿Qué quieres decir?», le dije yo. Y entonces él me contestó: «Conozco a uno que tiene las manos manchadas de sangre. Sangre de niño.»

Bip. Bip. Bip.

—Pero, bueno, que esos de la ROC están como putas cabras. A lo mejor se refería a los recortes de las prestaciones sociales. Para ellos, eso es tan grave como un asesinato. Aunque, si quieres que te diga la verdad, yo tampoco soy muy partidario de la política de Chiswell.

—¿Has visto a Billy, el hermano de Jimmy?

—No. Y nadie lo ha mencionado.

Bip. Bip. Bip.

—¿Y Jimmy no ha ido para nada a Oxfordshire?

—Que yo sepa, no.

Bip. Bip. Bip.

—De acuerdo. Sigue investigando. Y si te enteras de algo, me llamas enseguida.

Cortó la comunicación, pulsó la pantalla del móvil y recuperó la llamada de Lucy.

—Hola, Lucy —dijo con tono impaciente—. Estoy un poco ocupado, ¿te importa si...?

Pero en cuanto ella empezó a hablar, Strike palideció. Antes de que su hermana hubiese terminado de explicarle la razón por la que lo llamaba, ya tenía las llaves en la mano y estaba cogiendo las muletas.

25

Veremos si podemos dejarte fuera de combate.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Robin recibió el mensaje en el que Strike le pedía novedades a las nueve menos diez, justo cuando llegaba al pasillo donde estaban los despachos de Izzy y Winn. Estaba tan impaciente por saber qué le decía que se paró a leerlo en medio del pasillo desierto.

«Mierda», murmuró al leer que el *Sun* estaba cada vez más interesado por Chiswell. Se apoyó en la pared, con sus jambas de piedra curvada, comprobó que todas las puertas de roble estaban cerradas y tomó aire para devolverle la llamada a Strike.

No habían hablado desde que le había dicho que no podría encargarse de seguir a Jimmy. El lunes, cuando lo había llamado sólo para disculparse, había contestado Lorelei.

—¡Ah, hola, Robin, soy yo!

Una de las peores cosas que llevaba de Lorelei era que le caía bien. Por razones que Robin prefería no explorar, habría preferido mil veces que fuera una mujer desagradable.

—¡Lo siento, Corm está en la ducha! Ha pasado todo el fin de semana aquí, se hizo daño en la pierna siguiendo a alguien. A mí no ha querido contarme los detalles, pero supongo que ya estás al corriente. Tuvo que llamarme desde la calle, fue horrible, no podía levantarse. Fui en taxi a recogerlo y le pedí al conductor que me ayudara a subirlo a casa. No puede ponerse la prótesis, tiene que andar con muletas...

—Dile que no es nada importante —le pidió Robin con el estómago encogido—. Sólo quería saber si todo iba bien.

Robin había recordado aquella conversación varias veces desde entonces. Lorelei hablaba de Strike como si ya le perteneciera, como si fuera suyo. La había llamado a ella cuando se había visto en apuros («Bueno, lógico. ¿Qué querías que hiciera, llamarte a ti, que estabas en Oxfordshire?»), había pasado el resto del fin de semana en su piso («Salen juntos, ¿recuerdas? ¿Adónde querías que fuera?»); Lorelei estaba cuidándolo, consolándolo, tal vez despotricando con él de Robin, porque si ella hubiese estado allí, quizá no se habría lesionado.

Y ahora Robin tenía que llamar a Strike y decirle que, cinco días más tarde, aún no tenía nada. El despacho de Winn, tan accesible dos semanas atrás, cuando Robin había llegado allí, ahora siempre quedaba cerrado con llave cuando Geraint y Aamir se ausentaban.

Robin estaba convencida de que eso era cosa de Aamir, que desconfiaba de ella después del incidente de la pulsera, y más aún después de que Raphael la pusiera en evidencia al sorprenderla

escuchando a hurtadillas la conversación que Aamir mantenía por teléfono.

—Correo.

Robin se dio la vuelta y vio avanzar el carro hacia ella, empujado por un tipo afable de pelo canoso.

—Deme lo que tenga de Chiswell y Winn. Tenemos una reunión ahora mismo —se oyó decir Robin.

El cartero le entregó un montón de cartas, junto con una caja con una ventana de celofán transparente, por la que Robin vio un feto de plástico de tamaño real y muy realista. En la caja habían escrito: «Asesinarme es legal.»

—Qué horror —comentó Robin.

—Eso no es nada comparado con algunas cosas que les mandan —dijo el cartero con naturalidad—. ¿Se acuerda de aquellos polvos blancos que salieron en las noticias? Dijeron que era ántrax. Se armó la marimorena. Ah, y una vez entregué un zurullo en una caja. Estaba muy bien envuelta para que no oliera. El bebé es para Winn, no para Chiswell. Ella es la que defiende la libertad de elección... Bueno, ¿y cómo le va por aquí? —añadió, mostrando su buena disposición para charlar.

—Muy bien, estoy encantada —dijo Robin, a quien le había llamado la atención uno de los sobres que rápidamente había cogido—. Discúlpeme.

Dejó atrás el despacho de Izzy, pasó al lado del cartero y, cinco minutos más tarde, salió al Terrace Café, en la orilla del Támesis. La terraza estaba separada del río por un muro bajo de piedra, en el que había varias lámparas negras de hierro. A izquierda y derecha se veían, respectivamente, el puente de Westminster y el de Lambeth; el primero estaba pintado del mismo verde que los asientos de la Cámara de los Comunes, y el segundo, de rojo, como los de la Cámara de los Lores. En la orilla opuesta se veía la fachada blanca del Salón Condal, y entre el palacio y el salón discurría el ancho Támesis, cuya gris y oleosa superficie brillaba sobre el fondo fangoso.

Robin se sentó donde no pudiesen oírla los escasos clientes que había a aquella hora tan temprana, y se concentró en una de las cartas dirigidas a Geraint Winn que con tanto descaro había conseguido que le entregase el cartero. El nombre y la dirección del remitente estaban cuidadosamente escritos en el dorso del sobre, aunque con caligrafía insegura: «Sir Kevin Rodgers, 16 The Elms, Fleetwood, Kent», y resultó que Robin sabía, gracias a que se había documentado extensamente sobre la organización benéfica de los Winn, que el anciano sir Kevin, que había ganado una medalla de plata en la carrera de obstáculos de los Juegos Olímpicos de 1956, era uno de los administradores de Igualdad y Deporte.

¿Quién sentía la necesidad de escribir a mano en la actualidad, cuando las llamadas de teléfono y los correos electrónicos eran mucho más fáciles y rápidos? ¿Para decir qué cosas?, se preguntó Robin.

Cogió su móvil y encontró un número de teléfono de sir Kevin y lady Rodgers que encajaba con la dirección. Pensó que eran lo bastante mayores para seguir utilizando un teléfono fijo. Tomó un revitalizante sorbo de café y le escribió el siguiente mensaje a Strike:

Estoy tras una pista, te llamo en cuanto pueda.

Activó la función de número oculto de su móvil, sacó un bolígrafo y la libreta en la que había

anotado el número de teléfono de sir Kevin, y marcó los dígitos.

Al tercer tono, contestó una mujer mayor. Robin intentó hablar con acento galés, aunque no le pareció que sonara muy convincente.

—¿Podría hablar con sir Kevin, por favor?

—¿Eres Della?

—¿Está sir Kevin? —insistió Robin, en voz un poco más alta. Confiaba en no tener que hacerse pasar por una ministra.

—¡Kevin! —gritó la mujer—. ¡Kevin! ¡Es Della!

Se oyeron pasos, y Robin se imaginó unas pantuflas de cuadros escoceses.

—¿Diga?

—Kevin, Geraint acaba de recibir tu carta —dijo Robin, e hizo una mueca al notar que su falso acento flaqueaba y se quedaba entre Cardiff y Lahore.

—Perdona, Della, ¿qué dices? —preguntó el hombre con una voz frágil.

Robin tuvo la impresión de que estaba sordo, lo que era a la vez una ayuda y un inconveniente. Habló más alto y vocalizando lo mejor que pudo. Al tercer intento, sir Kevin entendió lo que le estaba diciendo.

—Le dije a Geraint que si no tomaba medidas urgentemente, yo tendría que dimitir —dijo, compungido—. Somos viejos amigos, Della, y era... es una buena causa, pero tengo que pensar en mi posición. Ya se lo advertí a Geraint.

—Pero ¿por qué, Kevin? —dijo Robin, cogiendo con más fuerza el bolígrafo.

—¿No te ha enseñado mi carta?

—No, no lo ha hecho —contestó Robin sin mentir y con el bolígrafo preparado.

—¡Madre mía...! —exclamó sir Kevin un tanto azorado—. Pues verás, para empezar..., veinticinco mil libras no justificadas son un asunto muy serio.

—¿Qué más? —preguntó Robin mientras tomaba notas apresuradamente.

—¿Cómo dices?

—Acabas de decir «para empezar». ¿Entonces, qué otra cosa te preocupa?

Robin oía hablar, al fondo, a la mujer que había contestado el teléfono. Parecía furiosa.

—Della, prefiero no comentar todo esto por teléfono —dijo sir Kevin, abochornado.

—Bueno, qué desilusión —insistió Robin, imitando la pomposidad y el empalago de Della—. Confiaba en que, al menos, me explicarías por qué, Kevin.

—Bueno, está el asunto Mo Farah...

—¿El asunto Mo Farah? —repitió Robin, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—¿Mo... Farah?

—¿No lo sabías? —dijo sir Kevin—. Madre mía. Madre mía...

Robin oyó pasos, y entonces la mujer volvió a ponerse al teléfono; primero su voz sonó amortiguada, y luego más clara.

—Déjame hablar con ella... Suelta, Kevin... Mira, Della, Kevin está muy disgustado por todo esto. Él ya sospechaba que tú no sabías nada de lo que estaba pasando, y... bueno, ya lo ves, tenía razón. Nadie dice nada para no preocuparte, Della —continuó; era evidente que consideraba que esa actitud protectora era un error—, pero lo que pasa es que... No, tiene que saberlo, Kevin...

Geraint lleva tiempo prometiendo a la gente cosas que no puede cumplir. Les dice a los niños minusválidos y a sus familias que van a ir a visitarlos David Beckham y Mo Farah y no sé quién más. Y ahora que se ha metido en todo esto la Comisión de Obras Benéficas, se sabrá todo, Della, y no voy a permitir que arrastren el buen nombre de Kevin por el barro. Es una persona muy escrupulosa y lo ha hecho lo mejor que ha podido. Lleva meses pidiéndole a Geraint que arregle las cuentas, y luego está lo de Elspeth... No, Kevin, no es verdad, sólo le estoy diciendo... Bueno, Della, las cosas podrían ponerse muy feas. Piensa que, además de la prensa, está la policía, y lo siento, pero yo tengo que preocuparme por la salud de Kevin.

—¿Qué es esa historia de Elspeth? —dijo Robin sin dejar de tomar notas en su libreta.

Oyó a sir Kevin decir algo en tono quejumbroso.

—No voy a hablar de eso por teléfono —contestó lady Rodgers, autoritaria—. Tendrás que preguntárselo a Elspeth.

Se oyeron más pasos, y sir Kevin volvió a coger el auricular. Parecía al borde de las lágrimas.

—Della, ya sabes cuánto te admiro. Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera.

—Sí —dijo Robin—. Bueno, entonces tendré que llamar a Elspeth.

—¿Cómo dices?

—¡Que llamaré a Elspeth!

—Dios mío... —susurró sir Kevin—. Es que, mira, quizá no sea verdad.

Robin se planteó pedirle el número de teléfono de Elspeth, pero decidió no hacerlo. Della debía de tenerlo.

—Me gustaría que fueras tú quien me contara lo de Elspeth —dijo con la punta del bolígrafo suspendida sobre el papel.

—No me gustan estas cosas... —repuso sir Kevin, dubitativo—. Esta clase de rumores pueden perjudicar gravemente la reputación de...

Lady Rodgers volvió a ponerse al teléfono.

—No tenemos nada más que decir. Todo este asunto ha sido muy duro para Kevin, muy estresante. Lo siento, pero no podemos seguir con esto, Della. Adiós.

Robin dejó el teléfono encima de la mesa, a su lado, y se aseguró de que nadie estuviera mirándola. Volvió a coger el móvil y buscó la lista de administradores de Igualdad y Deporte. Uno de ellos era la doctora Elspeth Curtis-Lacey, aunque su número personal no aparecía en la página web de la organización benéfica; Robin hizo una búsqueda en el directorio y tampoco lo encontró.

Llamó a Strike, pero le saltó el buzón de voz. Esperó un par de minutos y volvió a intentarlo, con el mismo resultado. Después del tercer intento, le mandó un mensaje:

Tengo algo sobre GW. Llámame.

La fría y húmeda sombra que ocupaba toda la terraza cuando había llegado Robin estaba retirándose poco a poco, y el sol empezaba a resbalar por su mesa mientras se tomaba el café a pequeños sorbos, esperando a que Strike le devolviera la llamada. Al final, su teléfono vibró y vio que había recibido un mensaje: lo abrió con el corazón acelerado, pero sólo era Matthew.

¿Te apetece tomar una copa con Tom y Sarah esta noche después del trabajo?

Se quedó mirando el mensaje con una mezcla de indiferencia y pavor. Al día siguiente iba a

celebrarse el partido benéfico de críquet con el que Matthew estaba tan emocionado. Ir a tomar una copa con Tom y Sarah implicaría, sin ninguna duda, muchas bromas sobre el tema. Se los imaginó a los cuatro en la barra: Sarah con aquella actitud coqueta hacia Matthew que nunca abandonaba; Tom, cada vez más molesto, esquivando los chistes de Matthew sobre lo mal lanzador que era y dando respuestas cada vez más torpes, y Robin, como sucedía cada vez con mayor frecuencia, fingiendo interés y diversión, porque eso era lo que tenía que hacer si no quería que Matthew le reprochara que parecía aburrida, o que se creía superior a los demás, o —como durante sus peleas más encarnizadas— que habría preferido estar tomándose una copa con Strike. Se consoló pensando que la velada no podía alargarse mucho, y que Matthew no podía emborracharse, porque se tomaba muy en serio los encuentros deportivos y querría dormir bien antes del partido. Así que contestó:

Vale, ¿dónde?

Y siguió esperando a que la llamara Strike.

Al cabo de cuarenta minutos, Robin empezó a preguntarse si su socio estaría en algún sitio desde donde no podía llamar, y eso le planteó la duda de si debía informar a Chiswell de lo que acababa de descubrir. ¿Consideraría Strike que se había tomado una libertad excesiva, o le molestaría más que Robin no le hubiese dado a Chiswell su «elemento útil con el que negociar», dado el poco tiempo del que disponían? Tras debatir un poco más consigo misma, llamó a Izzy; desde donde estaba sentada veía la mitad superior de la ventana de su despacho.

—Hola, Izzy. Soy yo, Venetia. Te llamo porque esto no puedo decírtelo delante de Raphael. Me parece que tengo una información sobre Winn para tu padre.

—¡Estupendo! —exclamó Izzy, y Robin oyó que Raphael preguntaba «¿Es Venetia? ¿Dónde está», y el ruido del teclado de un ordenador.

—Estoy revisando la agenda, Venetia... Estará en el DCMS hasta las once, pero luego tiene una reunión que durará toda la tarde. ¿Quieres que lo avise? Si te das prisa, a lo mejor puede verte ahora mismo.

De modo que Robin volvió a guardar el móvil, la libreta y el bolígrafo en el bolso, se terminó el café de un trago y se dirigió a toda prisa al Departamento de Cultura, Medios de Comunicación y Deporte.

Cuando llegó, al otro lado de la mampara de vidrio, Chiswell estaba paseándose arriba y abajo por su despacho, hablando por teléfono. Le hizo señas para que entrara, señaló un pequeño sofá de cuero que había cerca de su mesa y siguió hablando con alguien que, al parecer, lo había contrariado.

—... Era un regalo de mi hijo mayor —estaba diciendo Chiswell, procurando hablar con toda claridad—. De veinticuatro quilates, con la inscripción *Nec Aspera Terrent...* ¡Me cago en todo! —bramó de pronto, y Robin vio que algunos de los jóvenes que estaban fuera del despacho giraban la cabeza hacia el ministro—. ¡Es latín! ¡Páseme con alguien que sepa hablar inglés! Sí, Jasper Chiswell. Soy el ministro de Cultura. Ya le he dado la fecha... No, no puede... ¡Demonios, no tengo todo el maldito día!

Robin dedujo, por la parte de la conversación que estaba oyendo, que Chiswell había perdido una pinza para billetes con valor sentimental, y que creía habérsela dejado en un hotel donde Kinvara y él habían pasado la noche del cumpleaños de su mujer. Por lo que alcanzó a oír, el

personal del hotel no sólo no había encontrado la pinza, sino que además estaba mostrando muy poca deferencia hacia Chiswell, teniendo en cuenta que se había dignado alojarse en uno de sus establecimientos.

—¡Quiero que me llamen! —dijo a modo de conclusión—. Malditos inútiles... —masculló al colgar, y miró a Robin como si no se acordara de quién era.

Luego se dejó caer en el sofá que había enfrente, y todavía respirando de forma entrecortada, se dirigió a ella:

—Sólo dispongo de diez minutos, de modo que más vale que valga la pena.

—Tengo cierta información sobre el señor Winn —dijo Robin, sacando su libreta. Sin esperar a que el ministro respondiera, le hizo un resumen de la información que le había sonsacado a sir Kevin—. Y, por lo visto —concluyó al cabo de sólo un minuto y medio—, el señor Winn podría estar metido en otro asunto turbio, pero esa información la tiene la doctora Elspeth Curtis-Lacey, cuyo número de teléfono no aparece registrado. Supongo que no tardaremos mucho en encontrar la forma de contactar con ella —añadió Robin con cierta aprensión, porque Chiswell la miraba con sus diminutos ojos entornados, y su mirada denotaba, como mínimo, fastidio—, pero he pensado que sería mejor que le contara esto cuanto antes.

Durante unos segundos, Chiswell se limitó a mirarla fijamente con una expresión de irritación cada vez mayor, pero entonces se dio una palmada en el muslo, un gesto que indicaba satisfacción.

—Vaya, vaya... Ya me dijo que eras su mejor baza. Sí, eso me dijo.

Se sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se lo pasó por la cara, porque mientras hablaba por teléfono con el desafortunado conserje del hotel se le había cubierto de sudor.

—Vaya, vaya —repitió—, al final resultará que hoy va a ser un buen día. Uno a uno van metiendo la pata. ¿Así que Winn es un ladrón y un mentiroso, y quizá algo más?

—Bueno —dijo Robin, prudente—, no puede justificar las veinticinco mil libras, y ha hecho promesas que no puede cumplir...

—Doctora Elspeth Curtis-Lacey —susurró Chiswell, pensando en lo suyo—. Ese nombre me suena...

—Era concejala de los Liberales Demócratas por Northumberland —explicó Robin, que acababa de leer ese dato en la página web de Igualdad y Deporte.

—Abuso infantil —dijo Chiswell de pronto—. De eso me suena. Formaba parte de no sé qué comité. Está obsesionada con el tema, ve abusos por todas partes. Pero es que los Liberales Demócratas están todos chiñados. Dios los cría y ellos se juntan. Todos los bichos raros se congregan en sus filas.

Se levantó, dejando un poco de caspa en el respaldo de piel negra del sofá, y empezó a pasearse con el ceño fruncido.

—Todo esto de las obras benéficas acabará saliendo a la luz —dijo, coincidiendo con la mujer de sir Kevin—, pero, por el amor de Dios, no les gustaría nada que se destapase ahora, con el tinglado que tiene montado Della con los Juegos Paralímpicos. Winn entrará en pánico cuando se entere de que lo sé. Supongo que eso lo neutralizará, al menos a corto plazo. Pero si ha estado haciendo guarradas con críos...

—De eso no hay pruebas —le recordó Robin.

—... Va a pringar pero bien —agregó Chiswell, que seguía paseándose—. Vaya, vaya. Eso explica por qué Winn tiene tanto interés en llevar a sus administradores a nuestra recepción

paralímpica el jueves que viene. Es evidente que intenta tenerlos contentos, impedir que nadie más abandone el barco que se hunde. El príncipe Harry estará allí, y los del mundillo de las obras benéficas adoran todo lo relacionado con la realeza. Es la única razón por la que la mitad de ellos están metidos en todo eso.

Se rascó la tupida mata de pelo canoso, revelando unas grandes manchas de sudor en las axilas.

—Vamos a hacer una cosa —dijo—. Añadiremos a sus administradores a la lista de invitados, y tú vendrás también. Así podrás acorralar a esa tal Curtis-Lacey y enterarte de qué sabe. ¿Te parece bien? El doce por la noche.

—Sí —contestó Robin, tomando nota—. De acuerdo.

—Entretanto, yo le haré saber a Winn que sé que ha estado robando.

Robin estaba a punto de salir por la puerta, cuando, de pronto, Chiswell le dijo:

—No te interesará el puesto de secretaria, ¿verdad?

—¿Perdón?

—¿Sustituir a Izzy? ¿Cuánto te paga ese detective? Seguro que podría igualar la oferta. Necesito a alguien inteligente y con agallas.

—Estoy... contenta con mi trabajo —dijo Robin.

Chiswell refunfuñó.

—Ya. Bueno, quizá sea mejor así. Puede que tenga un poco más de trabajo para ti cuando ya nos hayamos librado de Winn y de Knight. Ya hablaremos.

Cuando le dio la espalda ya tenía una mano encima del teléfono.

Fuera, bajo el sol, Robin volvió a mirar el móvil. Strike no la había llamado, pero Matthew le había enviado el nombre de un pub de Mayfair, convenientemente cerca de las oficinas de Sarah. De todas formas, ella estaba más animada que antes de la reunión con Chiswell, y la perspectiva de aquella velada ya no se le hacía tan cuesta arriba. Incluso empezó a tararear una canción de Bob Marley mientras regresaba al Parlamento.

«Ya me dijo que eras su mejor baza. Sí, eso me dijo.»

26

No estaré tan solo; somos dos para soportarla.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Eran las cuatro de la madrugada, esa hora de desesperación en la que los insomnes, estremecidos, habitan en un mundo de sombras huecas, y en la que la existencia parece frágil y extraña. Strike, que se había quedado dormido, se despertó sobresaltado en la butaca del hospital. Durante unos segundos, lo único que sintió fue su dolorido cuerpo y el hambre, que le retorció el estómago. Entonces vio a Jack, su sobrino de nueve años, tumbado en la cama, inmóvil, con almohadillas protectoras en los ojos, un tubo introducido en la garganta y dos vías conectadas al cuello y la muñeca. Una bolsa de orina colgaba en un lado de la cama, y tres goteros diferentes introducían su contenido en un cuerpo que parecía diminuto y vulnerable en medio de aquellas máquinas que murmuraban débilmente, en el ambiente silencioso y en penumbra de la unidad de cuidados intensivos.

Strike podía oír los pasos amortiguados de los zapatos blandos de una enfermera al otro lado de la cortina que rodeaba la cama de Jack. Le habían dicho que no podía quedarse a pasar la noche en la butaca, pero él no había dado su brazo a torcer, y su fama, por pequeña que fuera, combinada con su minusvalía, había obrado en su favor. Las muletas descansaban apoyadas en la mesilla de noche. En la sala hacía calor, como suele ocurrir en los hospitales. Strike había pasado muchas semanas en una de esas camas de hierro después de que la mina le destrozara la pierna. Aquel olor lo transportaba a una época de dolor y de crueles reajustes; una época en la que se había visto obligado a recalibrar su vida para superar una sucesión de humillaciones, obstáculos y privaciones.

La cortina se movió y una enfermera entró en el cubículo, impasible y funcional con su uniforme. Al ver que Strike estaba despierto, le dirigió una sonrisa breve y profesional. Luego cogió el sujetapapeles que estaba colgado al pie de la cama de Jack y empezó a anotar lecturas de las pantallas que monitorizaban la presión arterial y los niveles de oxígeno. Cuando hubo terminado, le preguntó en un susurro al detective:

—¿Le apetece una taza de té?

—¿Cómo está? —quiso saber Strike, sin molestarse en disimular el tono lastimero de su voz —. ¿Cómo va todo?

—Está estable. No tiene que preocuparse. Todo va como tiene que ir en esta etapa. ¿Una taza de té?

—Sí, gracias. Muchas gracias.

Cuando la enfermera se marchó y corrió la cortina, Strike se dio cuenta de que tenía la vejiga llena y lamentó no haberle pedido que le acercara las muletas. Se levantó con dificultad, sujetándose en el brazo de la butaca para mantener el equilibrio, fue a la pata coja hasta la pared y las cogió. Entonces salió de detrás de la cortina y se dirigió hacia el rectángulo iluminado que había al fondo de la sala en penumbra.

Después de orinar en un urinario bajo una luz azul especial para impedir que los drogadictos se encontraran las venas, se dirigió a la sala de espera en la que, el día anterior por la tarde, había estado esperando a que Jack saliera de la operación de urgencia. El padre de un compañero de clase del niño, en cuya casa iba a pasar la noche su sobrino cuando se le reventó el apéndice, le había hecho compañía. El hombre estaba firmemente decidido a no dejar solo a Strike hasta que se confirmara que el niño estaba fuera de peligro, y, mientras Jack estaba en el quirófano, no había parado de hablar, nervioso, diciendo cosas como «a esta edad se recuperan muy rápido», «el chico es muy fuerte», «suerte que sólo vivimos a cinco minutos del colegio» y, una y otra vez, «Greg y Lucy deben de estar histéricos». Strike no decía nada: se limitaba a escuchar y se preparaba para la peor de las noticias; mientras tanto, cada media hora le enviaba a Lucy un mensaje con las últimas novedades.

Todavía está en quirófano.

Todavía no hay noticias.

Al final salió el cirujano y les explicó que Jack, a quien habían tenido que reanimar cuando había llegado al hospital, había superado la operación. Había sufrido «un proceso de septicemia grave», y no tardarían en llevarlo a cuidados intensivos.

—Traeré a sus amigos para que lo vean —dijo el amigo de Lucy y Greg, muy emocionado—. Así se animará. Le traeremos las cartas de Pokémon y...

—Es muy pronto para eso —lo interrumpió el cirujano, autoritario—. Estará profundamente sedado y con ventilación como mínimo durante las próximas veinticuatro horas. ¿Es usted el familiar más cercano?

—No, soy yo —contestó Strike con voz ronca; tenía la boca seca después de tanto rato sin hablar—. Soy su tío. Sus padres están en Roma, celebrando su aniversario de boda. Pero ya están en el aeropuerto buscando un vuelo para volver.

—Ah, de acuerdo. Bueno, todavía no está fuera de peligro, pero la operación ha ido bien. Le hemos limpiado el abdomen y ahora lleva un drenaje. Pronto lo bajarán.

—¡Ya te lo he dicho! —exclamó el amigo de Lucy y Greg, mirando a Strike con una sonrisa de oreja a oreja y lágrimas en los ojos—. ¡Ya te he dicho que se recuperan muy deprisa!

—Sí —dijo Strike—. Voy a contárselo a Lucy.

Pero los padres de Jack, víctimas de una cadena de calamidades, habían llegado al aeropuerto al borde del pánico y se habían dado cuenta de que Lucy había perdido su pasaporte en algún punto entre la habitación del hotel y la puerta de embarque. Desesperados e impotentes, volvieron sobre sus pasos y trataron de explicarle su situación al personal del hotel, a la policía y a la Embajada británica, pero acabaron perdiendo el último vuelo de aquella noche.

A las cuatro y diez de la madrugada, afortunadamente, la sala de espera estaba vacía. Strike encendió el móvil que había mantenido apagado mientras estaba en cuidados intensivos, y vio que

tenía una docena de llamadas perdidas de Robin y una de Lorelei. Las ignoró y le envió un mensaje a Lucy; él sabía que su hermana estaría despierta en el hotel de Roma, al que, poco después de medianoche, el taxista que lo había encontrado había ido a entregar su pasaporte. Lucy le había suplicado a su hermano que le enviara una fotografía de Jack cuando saliera del quirófano, y Strike había mentido y había dicho que la fotografía no se cargaba. Después del estrés que había soportado durante todo el día, lo último que le convenía a Lucy era ver a su hijo con ventilación asistida, los ojos tapados con aquellas almohadillas y casi perdido en el holgado pijama de hospital.

Todo bien. Sigue sedado, pero la enfermera parece optimista.

Envío el mensaje y esperó. Tal como había imaginado, su hermana respondió al cabo de dos minutos.

Debes de estar agotado. ¿Te han dado una cama en el hospital?

No, estoy sentado a su lado. Me quedo aquí hasta que lleguéis. Intenta dormir y no te preocupes.

Apagó otra vez el móvil, volvió a levantarse sosteniéndose sobre su único pie, se colocó bien las muletas y regresó a la unidad de cuidados intensivos.

Tenía la taza de té esperándolo: un té claro y lechoso como los que preparaba Denise, pero después de vaciar en él dos sobrecitos de azúcar se lo bebió de un par de tragos, dejando que su mirada se paseara alternativamente de Jack a las máquinas de monitorización y soporte vital. Nunca había observado con tanta minuciosidad a su sobrino. De hecho, nunca había tenido mucha relación con él, a pesar de los dibujos que le hacía el niño, y que Lucy le guardaba.

—Eres su héroe —le había dicho Lucy en varias ocasiones—. Quiere ser soldado.

Strike, sin embargo, solía evitar las reuniones familiares, en parte porque no le gustaba el padre de Jack, Greg, y en parte porque el empeño de Lucy de convencer a su hermano de que adoptara un modo de vida un poco más convencional le resultaba exasperante incluso cuando no estaban presentes sus hijos, el mayor de los cuales, a juicio de Strike, se parecía especialmente a su padre.

Él no sentía ningún deseo de tener hijos, y si bien estaba dispuesto a conceder que había críos simpáticos —estaba dispuesto a admitir, de hecho, que empezaba a sentir cierto afecto por Jack, desde que su hermana le había contado que la ambición del niño era entrar en la Policía Militar—, siempre había evitado resueltamente las fiestas de cumpleaños y las reuniones de Navidad para no estrechar demasiado los lazos.

Ahora, sin embargo, a medida que el amanecer se colaba a través de las finas cortinas que separaban la cama de Jack del resto de la sala, Strike se fijó por primera vez en el parecido del niño con su abuela Leda, la madre de Strike. Tenía el pelo castaño oscuro, la tez clara y unos labios bien dibujados, igual que ella. De hecho, parecía una niña, y muy guapa, pero Strike sabía lo que la pubertad estaba a punto de hacer con la barbilla y el cuello de Jack... Suponiendo que sobreviviera.

«Pues claro que va a sobrevivir, joder. La enfermera ha dicho...

»Está en cuidados intensivos. No te meten aquí por un ataque de hipo.

»Es duro de pelar. Quiere entrar en el Ejército. Se recuperará.

»Más le vale, joder. Nunca le he enviado ni un miserable mensaje para darle las gracias por sus dibujos.»

Strike tardó un rato en volver a quedarse dormido, y fue un sueño intranquilo.

Lo despertó la luz de la mañana, que penetraba en sus párpados. Abrió un poco los ojos y oyó pasos en el pasillo. A continuación se oyó un fuerte tintineo, se descorrió la cortina y la cama de Jack quedó expuesta al resto de la sala, donde había otras figuras inmóviles en otras camas. Otra enfermera, más joven, estaba de pie mirando a Strike, sonriendo. Llevaba el pelo, castaño oscuro, recogido en una coleta.

—¡Hola! —dijo alegremente, y cogió el sujetapapeles de Jack—. ¡Por aquí no vienen muchos famosos! Lo sé todo sobre usted, me leí toda la historia de cómo atrapó a aquel asesino en...

—Éste es mi sobrino Jack —la cortó él con frialdad.

Le parecía repugnante que se hubiera puesto a hablar del destripador de Shacklewell delante del pequeño. La enfermera dejó de sonreír.

—¿Le importaría esperar un momento detrás de la cortina? Hemos de tomar muestras de sangre, cambiar los goteros y la sonda...

Strike volvió a levantarse, cogió las muletas y, con dificultad, salió de la unidad de cuidados intensivos, tratando de no fijarse mucho en ninguno de los otros pacientes que allí había conectados a sus máquinas.

La cafetería estaba bastante concurrida cuando llegó. Con los ojos hinchados y sin afeitarse, ya había empujado su bandeja hasta la caja registradora y había pagado cuando se dio cuenta de que no podía llevársela mientras manejaba las muletas. Una joven que estaba limpiando mesas se percató de su problema y se ofreció a ayudarlo.

—Gracias —dijo Strike con brusquedad cuando la joven dejó la bandeja en una mesa junto a la ventana.

—De nada. Después déjela aquí, ya la recogeré yo.

Aquel pequeño detalle hizo que Strike se sintiera desproporcionadamente sensible. Sin tocar el desayuno completo que acababa de pedir, sacó el teléfono y le envió otro mensaje a Lucy.

Todo bien, la enfermera le está cambiando la vía, enseguida vuelvo con él.

Tal como había imaginado, el teléfono sonó cuando sólo había empezado a cortar el huevo frito.

—Hemos conseguido billetes —dijo Lucy sin más preámbulo—, pero el vuelo no sale hasta las once.

—No pasa nada. No tengo que ir a ningún sitio.

—¿Ya se ha despertado?

—No, todavía está sedado.

—Se va a poner tan contento cuando te vea si se despierta antes de... antes de...

Rompió a llorar. Strike la oía tratando de hablar entre sollozos.

—Yo sólo quiero llegar a casa... Sólo quiero verlo...

Por primera vez en la vida, Strike se alegró de oír a Greg, que le había quitado el teléfono de

las manos a su mujer.

—Te estamos muy agradecidos, Corm. Éste era nuestro primer fin de semana juntos después de cinco años; ¿puedes creer lo que...?

—Ya, habéis tenido muy mala suerte.

—Sí. Decía que le dolía la barriga, pero pensé que era cuento. Pensé que no quería que nos marcháramos. Ahora me siento como un capullo, te lo juro.

—No te preocupes. No tengo que ir a ningún sitio —repitió Strike.

Cruzaron un par de palabras más, y después, Lucy, llorosa, se puso de nuevo al teléfono para despedirse. Strike volvió a quedarse solo con su desayuno completo. Comió metódicamente y sin ningún placer en medio del barullo de la cafetería, rodeado de otras personas angustiadas y tristes que tragaban con desgana alimentos grasos y con mucho azúcar.

Estaba terminándose el beicon cuando recibió un mensaje de Robin.

Te he llamado varias veces, tengo novedades sobre Winn. Avisame cuando puedas hablar.

En ese momento, el caso Chiswell le parecía algo muy remoto, pero, al leer el mensaje de Robin, sintió un deseo irrefrenable de fumarse un cigarrillo y oír la voz de su socia. Dejó la bandeja en la mesa, le dio las gracias a aquella chica tan amable que lo había ayudado y volvió a coger las muletas.

Hacía una mañana despejada, y alrededor de la entrada del hospital había un grupito de fumadores encorvados como hienas. Strike encendió un cigarrillo, dio una larga calada y llamó a Robin.

—Hola —dijo cuando ella contestó—. Siento no haberte llamado antes, estoy en el hospital...

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Es mi sobrino, Jack. Ayer se le reventó el apéndice y... ha tenido...

Le dio mucha vergüenza, pero no pudo evitar que se le quebrara la voz. Mientras intentaba sobreponerse, se preguntó cuánto tiempo hacía que no lloraba. Las últimas lágrimas que recordaba eran las que había derramado, incapaz de contener la rabia y el dolor, en el hospital de Alemania al que lo habían aerotransportado desde la carretera en la que una bomba caminera le había arrancado la pierna.

—Mierda... —masculló por fin; por lo visto eran las únicas dos sílabas que podía articular.

—Cormoran, ¿qué ha pasado?

—Está... está en cuidados intensivos —dijo Strike, arrugando la cara en un intento de dominarse y hablar con normalidad—. Su madre... Lucy y Greg están en Roma, y me pidieron que...

—¿Con quién estás? ¿Está Lorelei ahí?

—No, qué va...

Lorelei diciéndole «Te quiero» también parecía formar parte de un tiempo remoto, aunque sólo habían pasado dos noches.

—¿Qué dicen los médicos?

—Creen que se pondrá bien, pero... bueno, no sé, está en cuidados intensivos... Mierda —dijo Strike con voz ronca, y se enjugó las lágrimas—. Lo siento, ha sido una noche jodida.

—¿En qué hospital estás?

Se lo dijo. Robin se despidió con prisas y colgó. Strike se quedó allí fuera terminándose el cigarrillo y enjugándose de vez en cuando la cara y la nariz con la manga de la camisa.

Cuando volvió a cuidados intensivos, el sol entraba en la sala y la iluminaba. Apoyó las muletas en la pared, volvió a sentarse junto a la cama de Jack con el periódico del día anterior que había birlado de la sala de espera, y se puso a leer un artículo en el que se aseguraba que el Arsenal iba a perder a Robin van Persie, que ficharía por el Manchester United.

Una hora más tarde, el cirujano y el anestesista encargados de la sala aparecieron a los pies de la cama de Jack para examinarlo. Strike escuchó, nervioso, la conversación que mantenían en voz baja:

—... no hemos conseguido que suba del cincuenta por ciento de saturación de oxígeno... Pirexia persistente... El gasto urinario ha disminuido en las cuatro últimas horas...

—... otra radiografía de tórax para comprobar que no hay nada en los pulmones...

Frustrado, Strike esperó a que alguien le ofreciera información asimilable. Finalmente, el cirujano se volvió hacia él.

—De momento vamos a mantenerlo sedado. Todavía no puede prescindir de la ventilación asistida, y necesitamos ajustar su equilibrio de fluidos.

—¿Eso qué significa? ¿Está peor?

—No, es el proceso normal. Ha tenido una infección grave. Le hemos lavado muy bien el peritoneo, pero quiero hacerle una radiografía de tórax por precaución, para asegurarme de que no le perforamos nada cuando lo reanimamos. Pasaré a verlo un poco más tarde.

Los médicos fueron a examinar a un adolescente cubierto de vendajes que aún tenía más vías y más sondas que su sobrino, y dejaron tras ellos a un Strike más angustiado y desconcertado que antes. Durante la noche, el detective había contemplado aquellas máquinas como a un aliado indispensable; al fin y al cabo, estaban ayudando a su sobrino a recuperarse. Sin embargo, de pronto le parecieron jueces implacables, y sus cifras indicaban que Jack no estaba logrando el objetivo.

—Mierda... —volvió a mascullar, y acercó un poco más la butaca a la cama—. Jack, tus padres... —Notó un peligroso cosquilleo detrás de los párpados. En ese momento pasaban dos enfermeras—. Mierda...

Hizo un esfuerzo tremendo, se controló y carraspeó.

—Lo siento, Jack, a tu madre no le gustaría que te soltara tacos al oído... Soy Cormoran, tu tío, por si no te... En fin, que papá y mamá están en camino, ¿vale? Y yo voy a quedarme contigo hasta que ellos...

Se detuvo antes de terminar la frase. Robin estaba en el umbral de la puerta de la sala, a cierta distancia. Vio cómo le pedía indicaciones a la enfermera jefe, y entonces echó a andar hacia él con una taza de plástico reciclable en cada mano. Iba con vaqueros y camiseta, llevaba el pelo suelto y sus ojos tenían el gris azulado de siempre. Al ver la espontánea expresión de felicidad y gratitud de Strike, Robin sintió que la amarga discusión que acababa de tener con Matthew y los dos trasbordos de autobús y el taxi que había tenido que coger para llegar al hospital habían valido la pena. Entonces reparó en el niño flacucho que estaba postrado en la cama, al lado de Strike.

—Oh, no... —dijo en voz baja, y se detuvo a los pies de la cama.

—Robin, no hacía falta que...

—Ya lo sé —lo cortó ella, y acercó una silla a la butaca de su socio—. Pero a mí no me gustaría tener que pasar por esto sola. Cuidado, que está muy caliente —añadió al darle la taza de té.

Strike la cogió y la dejó en la mesilla de al lado de la cama; entonces le cogió una mano a Robin y se la apretó tanto que le hizo daño. Se la soltó antes de que ella pudiera devolverle el apretón. Los dos se quedaron mirando a Jack unos segundos, hasta que Robin, con los dedos doloridos, preguntó:

—¿Qué dicen los médicos?

—Todavía necesita ventilación asistida y no orina lo suficiente. No sé qué significa. Preferiría que me dijeran un número del uno al diez, o que... Joder, no lo sé. Ah, y quieren hacerle una radiografía de tórax para ver si le perforaron los pulmones al introducirle ese tubo.

—¿Cuándo lo operaron?

—Ayer por la tarde. Se desmayó durante una carrera campo a través, en el colegio. Un amigo de Greg y Lucy que vive cerca de la escuela vino con él en la ambulancia; yo vine directamente aquí.

Se quedaron callados un momento, mirando a Jack.

Fue Strike quien rompió el silencio.

—He sido un tío penoso. No sé cuándo es su cumpleaños ni el de sus hermanos. Ni siquiera sabría decirte cuántos años tiene. El padre de su amigo, el que lo trajo aquí, sabía más que yo. Jack quiere ser militar, Lucy dice que siempre habla de mí... Y me hace dibujos, y yo ni siquiera le doy las gracias.

—Bueno —repuso Robin, y fingió no ver que Strike se estaba frotando los ojos con la manga—, pero ahora que te necesita estás aquí, a su lado, y tienes mucho tiempo por delante para compensarlo.

—Sí... —dijo Strike, parpadeando varias veces—. ¿Sabes qué haré si...? Lo llevaré al Imperial War Museum. A pasar el día entero.

—Buena idea —repuso Robin con cariño.

—¿Tú has estado?

—No —contestó Robin.

—Es un museo estupendo.

Dos sanitarios, un enfermero y la enfermera a la que Strike había tratado con cierto desprecio hacía unas horas, se acercaron a la cama de Jack.

—Tenemos que hacerle una placa —dijo la enfermera, mirando a Robin en vez de a Strike—. ¿Les importaría esperar fuera?

—¿Cuánto tardarán? —preguntó el detective.

—Media hora. Cuarenta minutos, quizá.

Robin cogió las muletas de Strike y se fueron a la cafetería.

—Te lo agradezco mucho, Robin —le soltó delante de otras dos tazas de té lechosas y unas galletas de jengibre—, pero si tienes cosas que hacer...

—Me quedará hasta que lleguen Greg y Lucy —sentenció Robin—. Lo habrán pasado fatal, estando tan lejos. Matt tiene veintisiete años, y su padre casi se muere de preocupación cuando se puso tan enfermo en las Maldivas.

—¿Ah, sí?

—Sí, ya sabes, cuando... Ah, claro. No te lo conté, ¿verdad?

—¿No me contaste qué?

—Matt tuvo una infección muy grave en nuestra luna de miel. Se arañó con un coral. Incluso estuvieron a punto de trasladarlo en helicóptero a un hospital, pero al final no hizo falta. No fue tan grave como parecía al principio.

Mientras lo decía, Robin se acordó del momento en que había empujado la puerta de madera, que aún conservaba el calor del sol, con un nudo de miedo en la garganta, preparándose para decirle a Matthew que quería pedir la anulación y sin saber a qué estaba a punto de enfrentarse.

—La madre de Matt murió hace relativamente poco, y por eso Geoffrey estaba tan preocupado por su hijo... Pero al final no pasó nada.

Robin tomó un sorbo de té, que ya estaba tibio, mirando a la mujer que, detrás de la barra, le servía judías cocidas a una adolescente flacucha.

Strike se quedó observando a su socia. Había percibido omisiones en la historia de Robin. «Toda la culpa la tiene una bacteria marina.»

—Vaya susto, ¿no? —dijo finalmente.

—Bueno, no fue divertido —admitió Robin mientras se examinaba las uñas, cortas y limpias; luego miró la hora—. Si quieres fumar, deberíamos irnos, no creo que tarden mucho más.

Uno de los fumadores que estaban fuera iba en pijama. Se había llevado el gotero con él, y lo sujetaba con firmeza, como si fuese el cayado de un pastor, para no perder el equilibrio. Strike encendió un cigarrillo y lanzó el humo contra el cielo despejado y azul.

—No te he preguntado cómo te fue el aniversario de boda.

—Siento no haber podido trabajar ese fin de semana —se apresuró a decir Robin—. Lo teníamos todo reservado y...

—Eso no es lo que quiero que me cuentes.

Ella titubeó.

—No fue nada del otro mundo, la verdad.

—Bueno, a veces hay tanta presión para pasarlo bien...

—Sí, exacto —coincidió Robin, y tras otra breve pausa, preguntó—: Lorelei debe de estar trabajando, ¿no?

—Probablemente —contestó Strike—. ¿Qué día es hoy, sábado? Sí, supongo que sí.

Se quedaron callados observando a los visitantes y a las ambulancias que no paraban de llegar, mientras el cigarrillo de Strike iba reduciéndose milímetro a milímetro. Aunque no había tensión entre ellos, daba la impresión de que la atmósfera estaba cargada de dudas y preguntas no formuladas. Al final, Strike apagó el cigarrillo en un gran cenicero que la mayoría de los fumadores no utilizaban y miró su teléfono.

—Han embarcado hace veinte minutos —dijo después de leer el último mensaje que había enviado Lucy—. Deberían estar aquí sobre las tres.

—¿Qué le ha pasado a tu móvil? —preguntó Robin al ver la pantalla recubierta de cinta adhesiva.

—Me caí encima. Me compraré otro nuevo cuando nos pague Chiswell.

Cuando entraron en cuidados intensivos, se cruzaron con la máquina de rayos X que estaban retirando de la sala.

—¡El pecho está bien! —dijo el radiólogo que la empujaba.

Se sentaron al lado de la cama de Jack y se pasaron otra hora hablando en voz baja, hasta que ella salió a comprar más té y unas barritas de chocolate en las máquinas expendedoras. Cuando volvió con las provisiones, fueron a tomárselas a la sala de espera, y Robin lo puso al día y le contó todo lo que había descubierto sobre la organización benéfica de Winn.

—Te has superado —dijo Strike, que ya iba por la segunda barrita de Mars—. Has hecho un trabajo excelente, Robin.

—¿No te importa que se lo haya contado a Chiswell?

—No, no. Tenías que contárselo. El tiempo no juega a nuestro favor, sobre todo ahora que Mitch Patterson está fisgoneando. ¿Sabes si esa tal Curtis-Lacey ha aceptado la invitación para ir a la recepción?

—El lunes me enteraré. ¿Y a Barclay? ¿Cómo le va con Jimmy?

—Todavía no tiene nada que podamos utilizar. —Strike suspiró y se pasó una mano por la barbilla sin afeitarse, donde rápidamente le estaba creciendo la barba—. Pero soy optimista. Barclay es bueno. Es como tú, tiene intuición para estas cosas.

Entró una familia en la sala de espera. El padre iba sonándose la nariz, y la madre sollozaba. El hijo, que no debía de tener más de seis años, se quedó mirando la pierna amputada del detective como si fuese otro detalle horrible más de aquel mundo de pesadilla en el que de pronto había entrado. Strike y Robin se miraron y salieron. Ella le llevaba la taza de té para que él pudiera apañarse con las muletas.

De nuevo sentados junto a la cama de Jack, Strike preguntó:

—¿Cómo reaccionó Chiswell cuando le contaste todo lo que sabías sobre Winn?

—Estaba encantado. Incluso me ofreció trabajo.

—Te aseguro que me sorprende que eso no suceda más a menudo —dijo Strike sin inmutarse.

Entonces volvieron a aparecer el anestesista y el cirujano.

—Bueno, la situación comienza a mejorar —informó el anestesista—. En la radiografía no se ve nada y la fiebre ha empezado a bajar. Es lo que pasa con los niños —añadió mirando a Robin, sonriéndole—, todo va muy deprisa, para bien y para mal. Vamos a ver cómo reacciona con un poco menos de oxígeno, pero creo que tenemos la situación controlada.

—Menos mal —afirmó Robin.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Strike.

—Sí, creo que sí —contestó el cirujano con un deje de paternalismo—. Como habrá podido comprobar, aquí sabemos lo que hacemos.

—Tengo que decírselo a Lucy —murmuró Strike.

Intentó levantarse, pero no pudo; oír aquellas buenas noticias lo habían hecho sentirse más débil que si hubieran sido malas. Robin cogió las muletas y lo ayudó a que se pusiera en pie. Mientras lo observaba ir hacia la sala de espera columpiándose en las muletas, se recostó en la silla, soltó un profundo suspiro y se cubrió el rostro con las manos durante unos segundos.

—Las madres siempre son las que lo pasan peor —dijo el anestesista en tono amable.

Ella no se tomó la molestia de sacarlo de su error.

Strike estuvo fuera durante unos veinte minutos. Cuando regresó, dijo:

—Acaban de aterrizar. He intentado preparar a mi hermana para cuando lo vea. No creo que tarden más de una hora.

—Genial —dijo ella.

—Ya puedes irte, Robin. No era mi intención estropearlo el sábado.

—Ah... Vale —dijo ella, un poco desanimada.

Se levantó y cogió su bolso y la chaqueta, que había dejado colgada en el respaldo de la silla.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, ahora que ya sabemos que se pondrá bien, supongo que intentaré echar una cabezadita. Te acompaño fuera.

—No, no hace falta...

—Sí, te acompaño. Aprovecharé para fumarme otro cigarrillo.

Sin embargo, cuando llegaron a la salida, Strike siguió caminando con ella y se alejaron del grupito de fumadores, y de las ambulancias, y del aparcamiento, que parecía extenderse a lo largo de varios kilómetros. Los techos de los coches relucían como lomos de criaturas marinas que emergían a través de la neblina.

—¿Cómo has venido? —preguntó Strike cuando se alejaron un poco de la gente, junto a una extensión de césped rodeada de alhelies cuyo perfume se mezclaba con el olor del caliente asfalto.

—En autobús, y luego en taxi.

—Deja que te pague el taxi...

—No digas tonterías. En serio, ni hablar.

—Bueno... Gracias, Robin. Ha sido un detalle.

Ella le sonrió.

—Para eso están los amigos, ¿no?

Strike se inclinó hacia ella torpemente, apoyándose en las muletas. Se dieron un abrazo breve, y Robin se separó primero, temiendo que él perdiera el equilibrio. Strike fue a besarla en la mejilla, pero justo entonces ella volvió la cara, y, sin querer, él acabó estampándole el beso en los labios.

—Lo siento —murmuró.

—No seas tonto —dijo ella, y se sonrojó.

—Bueno, tengo que volver.

—Sí, claro.

Strike dio media vuelta.

—¡Ya me dirás cómo está! —le gritó Robin.

El detective levantó una muleta para indicarle que la había oído.

Robin se marchó sin mirar atrás. Todavía notaba el roce de los labios de Strike y un cosquilleo en la mejilla que él le había rozado con la barba, pero no se frotó para eliminar esa sensación.

Strike no se acordó de que quería fumarse otro cigarrillo. Quizá porque ahora confiaba en que podría llevar a su sobrino al Imperial War Museum; quizá por alguna otra razón. Su agotamiento estaba aderezado con una ligereza absurda, como si acabara de tomarse un vasito de licor. Pese al calor y la suciedad, la tarde londinense, con el perfume de los alhelies en la atmósfera, de pronto parecía hermosa.

Era maravilloso que te devolvieran la esperanza cuando ya lo creías todo perdido.

27

Aquí en Rosmersholm no es tan fácil desprenderse de los muertos.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Ya eran las cinco de la tarde cuando, después de volver a cruzar la ciudad, Robin consiguió llegar al campo de críquet, en el que nunca había estado. El partido benéfico había terminado y Robin encontró a Matthew en el bar. Ya se había cambiado, estaba que echaba humo y apenas le dirigió la palabra. Su equipo había perdido, y el otro estaba celebrando la victoria.

Robin comprendió que su marido iba a ignorarla durante toda la velada, y, como no tenía amigos entre los compañeros de trabajo de Matthew, decidió no ir al restaurante con los miembros de los dos equipos y sus parejas, y se marchó sola a casa.

A la mañana siguiente, encontró a Matthew en el sofá, vestido y roncando como sólo lo hacía cuando estaba borracho. Cuando despertó, discutieron; fue una pelea que duró horas y que no resolvió nada. Matthew quería saber a santo de qué tenía que ir Robin corriendo a consolar a Strike, sobre todo considerando que él tenía novia. Robin sostenía que sólo un desgraciado dejaría tirado a un amigo que se enfrentaba a la posibilidad de ver fallecer a un niño.

La pelea fue subiendo de tono y alcanzó unos niveles de resentimiento nunca vistos en todo aquel año de riñas conyugales. Robin perdió los estribos y le preguntó a Matthew si no se merecía un poco de tiempo libre por su buen comportamiento, después de una década siguiéndolo por diversos campos de deporte para verlo pavonearse.

A Matthew eso le llegó al alma.

—¡Pues si no te gustaba, tendrías que haberlo dicho!

—A ti nunca se te ocurrió pensar que pudiera no gustarme, ¿verdad? Porque se supone que tengo que considerar mías todas tus victorias, ¿no, Matt? Mientras que mis éxitos...

—Perdona, ¿me los puedes recordar? —Fue un golpe bajo que hasta ese momento Matthew nunca le había lanzado—. ¿O es que sus éxitos cuentan como tuyos?

Tres días después, aún no se habían perdonado. Robin había dormido en la habitación de invitados todas las noches desde el día de la pelea, y se había levantado temprano para poder marcharse de casa antes de que Matthew hubiera salido de la ducha. Notaba un dolor constante detrás de los ojos, una infelicidad que no le costaba mucho ignorar cuando estaba en el trabajo, pero que volvía a posarse sobre ella todas las noches, como una masa de bajas presiones, en cuanto concluía su jornada. La rabia silenciosa de Matthew presionaba contra las paredes de aquella casa, que, pese a ser el doble de grande que cualquiera de las viviendas que habían

compartido hasta entonces, parecía más oscura y agobiante.

Era su marido, y ella había prometido intentarlo. Cansada, enfadada, arrepentida y triste, Robin tenía la sensación de estar esperando a que sucediera algo definitivo, algo que los liberaría a ambos con dignidad, sin más peleas desagradables, con sensatez. Recordaba una y otra vez el día de su boda, cuando había descubierto que Matthew había borrado los mensajes de Strike. Lamentaba con toda su alma no haberse marchado entonces, antes de que él se hiriera con el coral, antes de que ella se viera atrapada, así lo veía ahora, por una cobardía disfrazada de compasión.

El miércoles por la mañana, cuando Robin ya estaba cerca de la Cámara de los Comunes —todavía pensando en sus problemas conyugales e incapaz de concentrarse en la jornada que tenía por delante—, un hombre corpulento con abrigo, que estaba entre un grupo de turistas madrugadores, se apartó de las vallas y caminó hacia ella. Era alto y de hombros anchos; tenía una espesa mata de pelo plateado y los pómulos como aplastados, con la piel de la cara picada y muchas arrugas. Robin no se dio cuenta de que aquel hombre se dirigía hacia ella hasta que lo tuvo justo delante, con los pies firmemente plantados en el suelo y cerrándole el paso.

—¿Venetia? ¿Podemos hablar un momento?

Asustada, Robin dio un paso atrás y clavó la mirada en aquel rostro duro y plano, con los poros muy abiertos. Tenía que ser un periodista. ¿La habría reconocido? Las lentillas de color avellana se notaban más en las distancias cortas, a pesar de las gafas con cristales sin graduar.

—Acabas de empezar a trabajar para Jasper Chiswell, ¿verdad? ¿Te importaría contarme cómo ha sido? ¿Cuánto te paga? ¿Hace mucho que lo conoces?

—Sin comentarios —dijo Robin, tratando de esquivarlo.

El hombre volvió a cerrarle el paso, y Robin, tratando de dominar su sensación de pánico, dijo con firmeza:

—Apártese de mi camino. Tengo que ir a trabajar.

Un par de jóvenes escandinavos, muy altos, que llevaban sendas mochilas, observaban el enfrentamiento con preocupación.

—Sólo te estoy ofreciendo una oportunidad para que cuentes tu versión de la historia, querida —repuso con calma el hombre que la había abordado—. Piénsalo bien. Podría ser tu única oportunidad.

Se apartó, y Robin tropezó con sus rescatadores en potencia al intentar pasar por su lado. «Mierda, ¡mierda!» ¿Quién podía ser?

Después de cruzar el control de seguridad, buscó un rincón en el resonante vestíbulo de piedra, por el que no dejaban de pasar empleados, y llamó a Strike. El detective no contestó, así que le dejó un mensaje en el buzón de voz.

«Llárame cuando puedas, por favor. Es urgente.»

En lugar de dirigirse al despacho de Izzy o a la amplia y también resonante Portcullis House, se refugió en un salón de té más pequeño que, como no tenía mostrador con caja registradora, parecía la sala de profesores de una universidad, con las paredes forradas de madera oscura y el suelo cubierto de aquella omnipresente moqueta verde. Un biombo macizo de roble dividía el espacio, y los diputados se sentaban al fondo, lejos de los empleados de menor categoría. Robin pidió un café, se sentó a una mesa junto a la ventana, colgó la chaqueta en el respaldo de la silla y esperó a que Strike le devolviera la llamada. El ambiente, tranquilo y silencioso, no consiguió

calmar su nerviosismo.

Strike tardó casi tres cuartos de hora en llamarla.

—Lo siento, no te he oído, estaba en el metro —dijo, jadeando—. Y luego me ha llamado Chiswell. Acabo de colgar. Tenemos problemas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Robin sintió que el miedo le contraía el estómago y dejó la taza de café en la mesa.

—El *Sun* cree que la historia eres tú.

Robin comprendió de inmediato quién era el hombre que acababa de abordarla frente al Parlamento: Mitch Patterson, el detective privado que había contratado el periódico.

—Han estado hurgando en la vida de Chiswell para ver si encontraban algo nuevo, y te han encontrado a ti, una joven atractiva que trabaja en su despacho. Es lógico que te investiguen. El primer matrimonio de Chiswell se fue al traste porque él tenía un ligue en el trabajo. El problema es que no van a tardar mucho en averiguar que no eres su ahijada. ¡Ay...! Mierda.

—¿Qué pasa?

—Es el primer día que camino con las dos piernas y el Doctor Chungo ha decidido, por fin, quedar con una chica a escondidas. En el Jardín Medicinal de Chelsea. He ido en metro hasta Sloane Square, pero luego he tenido que andar un montón. En fin —dijo, resollando—, ¿tú qué malas noticias tienes?

—Más de lo mismo —contestó Robin—. Mitch Patterson acaba de abordarme delante del Parlamento.

—Mierda. ¿Crees que te ha reconocido?

—Me parece que no, pero no lo sé. Tendría que desaparecer, ¿no crees? —dijo Robin mientras contemplaba el techo de color crema, con un estucado de círculos superpuestos—. Podríamos poner a otro aquí. A Andy o a Barclay.

—No, todavía no... Si desapareces nada más toparte con Mitch Patterson, todos pensarán que la historia tiene que ver contigo. Además, Chiswell quiere que vayas a su recepción mañana por la noche para ver qué más puedes sonsacarle sobre Winn a esa otra administradora... ¿Cómo se llamaba? ¿Elsbeth? ¡Me cago en...! Perdona, esto está cubierto de virutas de madera y no hay quien camine por aquí. Chungo se está llevando a la chica a dar un paseo entre los matorrales. Juraría que no tiene más de diecisiete años.

—¿No necesitas el teléfono para hacer fotos?

—No, llevo puestas esas gafas con cámara incorporada. Ah, aquí están —añadió en voz baja—. Chungo está metiéndole mano entre los matorrales.

Robin esperó. Percibió una serie de chasquidos débiles.

—Y por ahí se acercan unos horticultores de verdad —dijo Strike en un susurro—. Han tenido que salir de su escondite... —Se quedó callado unos segundos, y luego afirmó—: Mira, quedamos mañana en la agencia cuando salgas de trabajar, antes de ir a la recepción. Estudiaremos los detalles y decidiremos qué hacemos luego. Haz todo lo posible por recuperar el segundo micrófono, pero no coloques otro, por si tenemos que sacarte de allí.

—De acuerdo —dijo Robin sin mucho entusiasmo—. Aunque será difícil. Estoy segura de que Amir sospe... Cormoran, tengo que dejarte.

Izzy y Raphael acababan de entrar en el salón de té. Raphael rodeaba con un brazo los hombros de su hermanastra, y Robin vio enseguida que Izzy estaba muy consternada y al borde de

las lágrimas. Cuando Raphael vio a Robin, ella se apresuró a cortar la conversación con Strike, y él le hizo un gesto indicando que Izzy estaba mal y le susurró algo a su hermana, que asintió y fue hacia la mesa de Robin mientras Raphael pedía las bebidas.

—¡Izzy! —exclamó Robin, retirando una silla para ella—. ¿Estás bien?

Izzy se sentó, e inmediatamente las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Robin le ofreció una servilleta de papel.

—Gracias, Venetia —dijo Izzy con voz ronca—. Lo siento mucho. Menudo numerito, qué tonta soy.

Respiró hondo, estremeciéndose, y se enderezó; se notaba que, de niña, le habían enseñado a sentarse bien y a guardar la compostura.

—Qué tonta... —repitió, y volvieron a humedecerse los ojos.

—Mi padre se ha pasado con ella, es un capullo —dijo Raphael cuando llegó con una bandeja.

—No digas eso, Raff... —se quejó Izzy, entre sollozos, mientras otra lágrima resbalaba por su nariz—. No lo ha dicho en serio. Ya estaba enfadado cuando he llegado, y entonces he metido la pata y lo he empeorado. ¿Sabías que ha perdido la pinza de oro de Freddie?

—No —contestó Raphael sin mucho interés.

—Cree que se la dejó en no sé qué hotel el día del cumpleaños de Kinvara. Cuando he llegado, acababan de devolverle la llamada y le habían dicho que no la tenían. Ya sabes cómo es papá con todo lo relativo a Freddie, incluso ahora.

El rostro de Raphael se ensombreció brevemente, como si hubiera tenido un pensamiento desagradable.

—Y entonces me he equivocado con la fecha de una carta —continuó Izzy con voz temblorosa— y lo he sacado de sus casillas.

Izzy retorció la servilleta húmeda.

—¡Cinco años! —estalló—. Llevo cinco años trabajando para él, y podría contar con los dedos de una mano las veces que me ha dado las gracias por algo. Cuando le comenté que me estaba planteando dejarlo, me gritó: «¡Antes de las olimpiadas, ni hablar!» —le temblaba la voz—, «no tengo tiempo de buscarte un sustituto y formararlo.»

Raphael renegó por lo bajo.

—Pero en realidad no es tan mala persona... —se apresuró a añadir Izzy, con un cambio de tono casi cómico.

Robin comprendió que acababa de acordarse de que, con suerte, Raphael iba a ser ese sustituto.

—Es que estoy disgustada, y parece peor de lo que...

Le sonó el móvil. Miró la pantalla para ver quién era y soltó un gemido.

—La LTD no, por favor. No puedo. Raff, habla con ella.

Le tendió el teléfono, pero Raphael se apartó como si estuvieran pidiéndole que cogiera una tarántula.

—Por favor, Raff. Va...

Él acabó contestando, pero de muy mala gana.

—Hola, Kinvara, soy Raff. Izzy no está en el despacho. No, Venetia tampoco... No... Sí, claro, yo sí, evidentemente, por eso he cogido el teléfono de Izzy... Él acaba de irse al parque

olímpico. No... No, no sé dónde está Venetia, lo único que sé es que no está aquí... Sí... Sí... Vale... Muy bien, adiós... —Arqueó las cejas—. Ha colgado.

Le devolvió el teléfono a Izzy, y ella le preguntó:

—¿Por qué le interesa tanto saber dónde está Venetia?

—A ver si lo adivinas —dijo Raphael, risueño.

Robin captó lo que quería decir y miró por la ventana, notando que se ruborizaba. ¿Habría sido Mitch Patterson? ¿Habría llamado a Kinvara y le habría metido esa idea en la cabeza?

—¡No digas tonterías! —saltó Izzy—. ¿Cree que papá...? Pero ¡si Venetia podría ser su hija!

—Por si no te habías dado cuenta, su mujer también —replicó Raphael—, y ya sabes cómo es Kinvara. Cuanto más se hunde su matrimonio, más celosa se pone. Papá no le coge el teléfono, por eso está tan paranoica y saca esas conclusiones.

—Papá no le coge el teléfono porque ella lo pone histérico —repuso Izzy; de pronto, el resentimiento que sentía hacia su padre quedó eclipsado por la antipatía que le tenía a su madrastra—. Lleva dos años sin querer salir de casa ni separarse de sus malditos caballos. Y ahora que están a punto de llegar las Olimpiadas y Londres está llena de famosos, lo único que quiere es venir a la ciudad vestida de punta en blanco y jugar a ser la esposa del ministro.

Volvió a inspirar hondo, se secó las lágrimas y se levantó.

—Debo irme, tengo muchas cosas que hacer. Gracias, Raff —dijo, dándole una palmadita cariñosa en el hombro.

Raphael la miró mientras se alejaba, y luego se volvió hacia Robin.

—Izzy fue la única que se molestó en ir a visitarme cuando estaba en la cárcel.

—Ya —dijo Robin.

—Y, cuando era pequeño y tenía que ir a esa maldita Chiswell House, ella era la única que se dignaba a hablar conmigo. Yo era el pequeño bastardo que había destrozado a la familia, y todos me odiaban, pero Izzy me dejaba que la ayudara a cepillar a su poni.

Agitó el café de la taza con gesto taciturno.

—Seguro que tú también estabas enamorada del chulo de Freddie, como todas las demás. A mí me odiaba. Me llamaba «Raphaela» y decía que mi padre le había dicho a la familia que yo era otra niña.

—Qué cruel —afirmó Robin.

Y el ceño de Raphael se transformó en una sonrisa reticente.

—Qué amable eres.

Dio la impresión de que debatía consigo mismo sobre si debía decir algo más, y de pronto preguntó:

—¿Conociste a Jack o'Kent en alguna de tus visitas?

—¿A quién?

—Al tipo que trabajaba para mi padre. Vivía en los jardines de Chiswell House. Cuando yo era pequeño, le tenía muchísimo miedo. Tenía la cara descarnada y ojos de loco, y aparecía cuando yo menos lo esperaba, dándome unos sustos de muerte... Nunca me hablaba, sólo me insultaba si me cruzaba con él.

—Sí, recuerdo... vagamente a alguien así —mintió Robin.

—Mí padre lo llamaba «Jack o'Kent». ¿Quién era Jack o'Kent? ¿No tenía algo que ver con el demonio? En fin, no sé, pero yo tenía pesadillas en las que salía él. Una vez me pilló intentando

entrar en un granero y me echó una bronca de miedo. Acercó mucho su cara a la mía y me dijo que no me iba a gustar lo que iba a ver allí dentro, o que era peligroso para un niño pequeño como yo... No lo recuerdo exactamente. Yo sólo era un crío.

—Qué horror, qué miedo —coincidió Robin, ahora más interesada—. ¿Y qué estaba haciendo allí? ¿Te enteraste?

—Seguro que sólo estaba guardando herramientas de labranza —contestó Raphael—, pero, por cómo lo dijo, parecía que estuviera realizando rituales satánicos... Eso sí, por lo visto, era muy buen carpintero. Hizo el ataúd de Freddie. Con un roble que se había caído... Mi padre quería enterrar a Freddie en un ataúd de madera de la finca...

Una vez más, pareció que se preguntaba si debía decir lo que estaba pensando. Miró fijamente a Robin con aquellos ojos de pestañas largas y oscuras y, por fin, preguntó:

—¿Tú ves a mi padre... normal últimamente?

—¿Qué quieres decir?

—¿No crees que su comportamiento es un poco extraño? ¿Por qué le grita a Izzy por cualquier tontería?

—Tal vez esté más estresado de lo habitual. Por el trabajo —sugirió Robin.

—Sí, puede ser... —concedió Raphael, que arrugó la frente y añadió—: La otra noche me llamó por teléfono, lo que ya es extraño, porque normalmente no puede ni verme. Me dijo que sólo quería charlar conmigo, algo que jamás había pasado. Bueno, había bebido, eso lo noté en cuanto abrió la boca... En fin, que acabó pegándome un rollo sobre Jack o'Kent. Yo no entendía nada de lo que me estaba diciendo. Mencionó la muerte de Freddie, y el bebé fallecido de Kinvara, y entonces...

Raphael se inclinó hacia delante. Robin notó que sus rodillas se tocaban por debajo de la mesa.

—¿Te acuerdas de aquella llamada que recibimos el día que llegué? Aquel mensaje horrible que decía que la gente se mea encima cuando muere.

—Sí —contestó Robin.

—Pues me dijo: «Es un castigo. Era Jack o'Kent. Viene a por mí.»

Robin permaneció en silencio.

—No sé quién es el que llamó —continuó Raphael—, pero no pudo ser Jack o'Kent, porque murió hace años.

Robin siguió callada. De pronto se había acordado de que Matthew, delirando en aquella larga noche subtropical, había confundido a Robin con su difunta madre. Raphael apretó más las rodillas contra las de Robin, y ella retiró un poco la silla.

—Me he pasado media noche en vela preguntándome si estará sufriendo una crisis nerviosa. No podemos permitirnos que mi padre se desmorone también, ¿no? Bastante tenemos con Kinvara alucinando con eso de que ve agresores de caballos y sepultureros...

—¿Sepultureros? —saltó Robin.

—¿He dicho «sepultureros»? —dijo Raphael, un tanto nervioso—. Bueno, ya sabes a qué me refiero. Hombres con palas deambulando por el bosque.

—¿Crees que son imaginaciones tuyas?

—Ni idea. Izzy y el resto de la familia creen que sí, pero ellos siempre la han tratado como a una histérica desde que perdió el bebé. Tuvo que parirlo, a pesar de que ya sabían que había

muerto, ¿lo sabías? Lo pasó muy mal, pero si eres un Chiswell tienes que aguantarte. Te calas el sombrero y vas a inaugurar una fiesta benéfica o algo así.

Debió de adivinar lo que Robin estaba pensando, porque añadió:

—¿Pensabas que la odiaría porque los demás la odian? Es una pesada y me considera un inútil, pero yo no me paso la vida calculando el dinero que se gasta en sus caballos y que le resta a la herencia de mis sobrinos. No es una cazafortunas, digan lo que digan Izzy y Fizzy. —Pareció poner especial énfasis en el apodo de su otra hermanastra—. También decían que mi madre era una cazafortunas. Es la única motivación que entienden. Se supone que no sé que también tienen los clásicos apodos de la familia Chiswell para mí y para mi madre... —Se sonrojó—. Aunque cueste entenderlo, Kinvara se enamoró de verdad de mi padre, yo me di cuenta. Si lo que iba buscando era dinero, habría podido hacerlo mucho mejor. Mi padre está pelado.

Robin, para quien la definición de «pelado» no incluía tener una gran casa en Oxfordshire, nueve caballos, un piso en Londres ni el collar con diamantes enormes que había visto lucir a Kinvara en varias fotografías, mantuvo un semblante imperturbable.

—¿Has estado en Chiswell House últimamente?

—No, hace tiempo que no voy por allí —contestó Robin.

—Se cae a trozos. Está todo apolillado y hecho polvo.

—Una de las veces que estuve en Chiswell House, la que mejor recuerdo, los adultos estaban hablando de una niña que había desaparecido.

—¿Ah, sí? —dijo Raphael, sorprendido.

—Sí, no me acuerdo de cómo se llamaba. Yo era pequeña. ¿Susan? ¿Suki? Algo por el estilo.

—No me suena.

Sus rodillas volvieron a rozar las de Robin.

—Oye, ¿a ti todo el mundo te confiesa sus secretos familiares cuando apenas hace cinco minutos que te conoce, o sólo es cosa mía?

—Tim siempre dice que tengo cara de persona comprensiva —repuso Robin—. A lo mejor debería olvidarme de la política y dedicarme a la terapia.

—Sí, quizá sí —coincidió él sin dejar de mirarla a los ojos—. Tienes pocas dioptrías, ¿verdad? ¿Por qué llevas gafas? ¿No prefieres usar lentes de contacto?

—Ah, es que... con gafas estoy muy cómoda —dijo Robin; se las subió un poco y recogió sus cosas—. Bueno, ahora tengo que irme.

Raphael se recostó en la silla y compuso una sonrisa compungida.

—Mensaje recibido. Tu Tim... es un hombre afortunado. Díselo de mi parte.

Robin rió un poco y se levantó, y al hacerlo se golpeó con el canto de la mesa. Cohibida y un poco aturullada, salió del salón de té.

Por el camino hacia el despacho de Izzy, pensó en lo que Raphael acababa de decirle sobre el comportamiento del ministro de Cultura. Los estallidos de mal genio y los desvaríos paranoides no eran muy sorprendentes tratándose de un hombre que se encontraba lidiando con dos chantajistas, pero la insinuación de Chiswell de que un muerto lo había llamado por teléfono era indudablemente extraña. A Robin no le había parecido, en ninguno de sus dos encuentros con él, que el ministro fuese de esas personas que creían en fantasmas ni en castigos divinos, pero se recordó que el alcohol podía tener efectos muy peculiares..., y de pronto se acordó de la cara desencajada de Matthew cuando, el domingo, le había gritado de una punta a otra del salón.

Ya casi estaba a la altura del despacho de Winn cuando se fijó en que la puerta volvía a estar entreabierta. Se asomó y le pareció que no había nadie en el despacho. Llamó dos veces con los nudillos, pero no obtuvo respuesta.

Tardó menos de cinco segundos en llegar a la toma de corriente de debajo de la mesa de Geraint. Desenchufó el ventilador, retiró el micrófono y, cuando acababa de abrir el bolso, oyó la voz de Aamir:

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Robin dio un respingo, intentó levantarse, se dio un golpe en la cabeza contra el escritorio y gritó de dolor. Aamir acababa de levantarse de una butaca que había colocada lejos de la puerta y se estaba quitando unos auriculares. Por lo visto, se había tomado unos minutos de descanso y estaba escuchando música en su iPod.

—¡He llamado! —exclamó Robin, frotándose la coronilla y con los ojos llorosos del daño que se había hecho. Todavía tenía el dispositivo en la mano, y lo escondió detrás de la espalda—. ¡Pensaba que no había nadie!

—Pero ¿qué estabas haciendo? —insistió él, yendo hacia ella.

Antes de que Robin pudiese contestar, la puerta se abrió de par en par y Geraint entró en el despacho.

Aquella mañana no lucía su sonrisa de labios finos. Ya no tenía aquel aire prepotente y dinámico, y no hizo ningún comentario procaz al ver a Robin en el suelo de su despacho. Curiosamente, parecía más menudo de lo normal, y se apreciaban ojeras bajo los ojos empequeñecidos por los cristales de sus gafas. Perplejo, miró primero a Robin y luego a Aamir, y cuando el joven empezó a explicarle que Robin acababa de entrar por sorpresa, ella consiguió guardarse el micrófono en el bolso.

—Lo siento mucho —dijo Robin, levantándose.

Sudaba profusamente. El pánico amenazaba con apoderarse de ella, pero entonces una idea surgió de su mente como un bote salvavidas que vuelve a la superficie.

—Lo siento —se lamentó—. Iba a dejar una nota. Sólo quería tomarlo prestado.

Los dos hombres la miraban con el ceño fruncido; entonces Robin señaló el ventilador que había desenchufado.

—El nuestro no funciona, y el despacho es un horno. Pensé que no les importaría —añadió dirigiéndose a Geraint—. Sólo pensaba quedármelo media horita. —Sonrió lastimeramente—. En serio, hace un rato creía que me iba a desmayar...

Se tiró de la parte delantera de la blusa y se la separó de la piel sudada. Geraint deslizó la mirada hasta su escote, y sus labios volvieron a dibujar aquella sonrisa lasciva.

—No debería decirlo, pero el calor te sienta bien —dijo Winn, sonriendo con satisfacción, y Robin soltó una risita forzada—. Bueno, podemos prescindir de él durante media hora, ¿verdad? —añadió volviéndose hacia Aamir.

El joven no dijo nada, y se quedó tieso como un palo, mirando fijamente a la intrusa sin disimular su desconfianza. Geraint cogió el ventilador de la mesa con cuidado y se lo dio a Robin. Cuando ella se volvió para irse, Winn le dio una palmadita en la parte baja de la espalda.

—Que lo disfrutes.

—Seguro que sí, gracias —contestó ella sin poder evitar estremecerse—. Muchas gracias, señor Winn.

28

*¿Que si lo tomo a pecho?
¡Verme así atado de pies y manos en mi profesión!*
HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

La larga caminata hasta el Jardín Medicinal de Chelsea no había contribuido a que mejorara la lesión de isquiotibiales de Strike. Como su estómago había empezado a quejarse de la dieta constante a base de ibuprofeno, llevaba veinticuatro horas sin tomar analgésicos; por eso, el jueves por la tarde, cuando se sentó en el sofá de la agencia con su pierna y media en alto, sentía lo que a sus médicos les gustaba describir como «molestias». Había dejado la prótesis apoyada en la pared mientras repasaba la carpeta del caso Chiswell.

En su despacho, destacándose contra la ventana como un vigilante sin cabeza, se veía la silueta de su mejor traje, colgado de la barra de la cortina junto con una camisa y una corbata; los zapatos y los calcetines limpios asomaban por debajo de las inertes perneras del pantalón. Había quedado para cenar con Lorelei y se había organizado para no tener que volver a subir la escalera hasta su ático antes de acostarse.

Como era de esperar, Lorelei se había mostrado muy comprensiva respecto al hecho de que Strike no se hubiese comunicado con ella durante la hospitalización de Jack, y le había dicho, con sólo una pizca de crispación en la voz, que debía de haber sido espantoso sobrellevar él solo aquella situación. Strike fue lo bastante prudente para no decirle que Robin había ido al hospital a hacerle compañía. Entonces Lorelei le había pedido, con cariño y sin asomo de rencor, que fuesen a cenar juntos «para hablar de un par de cosas».

Llevaban algo más de diez meses saliendo, y ella acababa de cuidarlo durante cinco días cuando él no había podido valerse por sí mismo, de modo que Strike consideró que no era ni justo ni decente pedirle que le dijera por teléfono lo que tuviese que decirle. Como el traje que estaba colgado en el despacho, la perspectiva de tener que buscar una respuesta a la inevitable pregunta «¿Adónde crees que nos lleva esta relación?» se cernía amenazadoramente sobre la periferia de la conciencia de Strike.

Sin embargo, lo que dominaba sus pensamientos era lo que él consideraba el peligroso estado en el que se encontraba el caso Chiswell, por el que aún no le habían pagado ni un penique, pero que le estaba suponiendo un gasto considerable en dietas y salarios. Robin tal vez hubiese conseguido neutralizar la amenaza inmediata de Geraint Winn, pero, tras un comienzo prometedor, Barclay todavía no tenía absolutamente nada que pudiesen utilizar contra el primer chantajista de Chiswell, y Strike preveía consecuencias desastrosas si el *Sun* daba con la pista de Jimmy Knight.

Sin acceso a las misteriosas fotografías del Ministerio de Asuntos Exteriores que le había prometido Winn, y a pesar de la certeza de Chiswell de que Jimmy no querría que la historia llegara a la prensa, Strike creía que era muy probable que Knight, frustrado y enojado, intentara obtener algún provecho de una oportunidad que parecía estar escapándosele de las manos. Su historial de pleitos hablaba por sí solo: Jimmy era un hombre propenso a lanzar piedras contra su propio tejado.

Para agravar el mal humor de Strike, tras varios días y noches seguidos saliendo con Jimmy y sus colegas, Barclay le había dicho a su jefe que, si no volvía pronto a su casa, su mujer no tardaría en ponerle una demanda de divorcio. El detective, que le debía las dietas a Barclay, le había pedido que pasara por la agencia a recoger un cheque, y le había dicho que después podría tomarse un par de días libres. Para colmo, Hutchins, que no solía fallar, había puesto pegas a que le dijera con tan poca antelación que tenía que encargarse de seguir a Jimmy Knight en lugar de quedarse en Harley Street, donde el Doctor Chungo volvía a atender a los pacientes en su consulta.

—¿Qué problema hay? —le preguntó Strike sin miramientos.

Sentía un dolor palpitante en el muñón, Hutchins le caía bien, pero no había olvidado que, hacía poco, el ex policía se había tomado unos días libres para ir de vacaciones con la familia, y que poco antes había tenido que ausentarse para llevar a su mujer al hospital cuando ella se había roto la muñeca.

—Sólo te pido que cambies de investigado. Yo no puedo seguir a Knight porque me conoce.

—Sí, vale. Lo haré.

—Muy amable, gracias —replicó Strike, enojado.

A las cinco y media, Strike oyó a Robin y a Barclay subir por la escalera metálica de la agencia, y lo agradeció, porque su mal humor no había hecho más que empeorar.

—Hola. —Robin entró en la oficina con una bolsa de viaje colgada del hombro, y, ante la mirada inquisitiva de Strike, le explicó que la ropa era para la recepción de los Juegos Paralímpicos—. Me cambiaré en el cuarto de baño, no tengo tiempo de ir a casa.

Barclay entró en la oficina detrás de Robin y cerró la puerta.

—Nos hemos encontrado abajo —le dijo a Strike alegremente—. No nos conocíamos.

—Sam me estaba contando la cantidad de marihuana que ha tenido que fumar para hacerse amigo de Jimmy —dijo Robin riendo.

—Pero sin tragarme el humo —añadió Barclay, impasible—. Eso habría sido negligencia profesional.

Incomprensiblemente, a Strike le molestó que Robin y Barclay hubieran hecho tan buenas migas; con gran esfuerzo, intentó levantarse del sofá de imitación de piel, y, al hacerlo, provocó aquellos ruidos que parecían ventosidades.

—Es el sofá —le espetó a Barclay, que había mirado a su alrededor, sonriente—. Voy a buscar tu dinero.

—No te muevas, ya voy yo —dijo Robin.

Dejó la bolsa de viaje en el suelo, sacó el talonario de cheques del último cajón del escritorio y se lo dio a Strike junto con un bolígrafo.

—¿Os apetece un poco de té? ¿Cormoran? ¿Sam?

—A mí sí, gracias —contestó Barclay.

—Os veo a los dos muy contentos —comentó Strike amargamente mientras rellenaba el cheque de Barclay—. Y eso que estamos a punto de perder el caso que ahora mismo nos mantiene a todos. A menos que alguno de vosotros tenga algo nuevo que contarme, por supuesto.

—Lo único emocionante que ha pasado en Knightville esta semana ha sido que Flick se ha peleado con una de sus compañeras de piso —dijo Barclay—. Una tal Laura. Por lo visto, esta chica aseguraba que Jimmy le había robado una tarjeta de crédito del bolso.

—¿Y es cierto? —preguntó Strike con brusquedad.

—Yo apostaría a que fue la propia Flick, la verdad. Ya te conté que había estado fardando de haber robado dinero del trabajo, ¿no?

—Sí.

—Todo empezó en el pub. La chica, Laura, estaba muy mosqueada. Flick y ella empezaron a discutir sobre cuál de las dos era más de clase media.

Strike no pudo evitar sonreír, a pesar de que estaba dolorido y malhumorado.

—Sí, la cosa se puso fea. Empezaron a hablar de ponis y vacaciones en el extranjero. Entonces Laura dijo que creía que, hacía meses, Jimmy le había robado la tarjeta de crédito. Jimmy se puso agresivo, dijo que eso era una calumnia...

—Lástima que lo tenga prohibido, porque habría podido demandarla —ironizó Strike, mientras arrancaba el cheque del talonario.

—Y Laura salió a la calle berreando. Se ha marchado del piso.

—¿Sabes su apellido?

—No, pero intentaré averiguarlo.

—¿Qué sabemos del pasado de Flick, Barclay? —preguntó Strike mientras el escocés se guardaba el cheque en la cartera.

—Bueno, me ha contado que dejó la universidad. Suspendió los exámenes de primero y tiró la toalla.

—Hay mucha gente muy válida que abandona los estudios —dijo Robin, acercándoles las tazas de té.

Tanto Strike como ella habían dejado los estudios antes de licenciarse.

—Gracias —dijo Barclay al aceptar la taza que le había preparado Robin—. Sus padres están divorciados —continuó—, y ella no se habla con ninguno de los dos. Jimmy no les cae bien, y yo lo comprendo perfectamente: si a mi hija se le ocurriera enrollarse con un desgraciado como Knight, tengo muy claro lo que haría. Cuando ella no está delante, Jimmy les cuenta a sus amigos todo lo que hace con otras chicas. Ellas creen que se están tirando a un gran revolucionario, lo hacen por la causa. Flick no sabe de la misa la mitad.

—¿Alguna es menor de edad? Su mujer me insinuó que no sería la primera vez. Eso podría ser una baza con la que negociar.

—Que yo sepa, todas tienen más de dieciséis.

—Lástima. —Strike miró a Robin, que regresaba de servirse una taza de té, y le aclaró—: Ya sabes lo que quiero decir... —Volvió a mirar a Barclay—. Por lo que pude oír en aquella manifestación, ella tampoco es monógama.

—Sí, una de sus amigas hizo una broma sobre un camarero indio.

—¿Un camarero? Yo oí hablar de un estudiante.

—No me extrañaría que se hubiese enrollado con los dos —dijo Barclay—. Es una...

Pero al ver la cara de Robin, Barclay prefirió no decir más y se limitó a tomar un sorbo de té.

—¿Y tú? ¿Alguna novedad? —le preguntó Strike a Robin.

—Sí. He recuperado el segundo micrófono.

—Estás de broma —dijo Strike, incorporándose.

—Acabo de terminar de transcribirlo, había horas de conversación. La mayor parte es paja, pero...

Robin dejó la taza, abrió la cremallera de la bolsa de viaje y sacó la grabadora.

—Hay un fragmento extraño. Escuchad.

Barclay se sentó en el brazo del sofá. Robin se irguió en la silla y le dio al interruptor del dispositivo.

Inmediatamente se oyó la voz cantarina de Geraint.

«... tratarlos bien, y me aseguraré de presentarle a Elspeth al príncipe Harry —dijo Geraint—. Vale, me voy. Nos vemos mañana.»

«Buenas noches», respondió Aamir.

Robin negó con la cabeza mirando a Strike y a Barclay y, en un susurro, señaló:

—Esperad.

Oyeron cómo se cerraba la puerta. Tras treinta segundos de silencio se oyó un chasquido que indicaba el momento en que la cinta se había detenido; luego volvió a ponerse en marcha. Se oyó una voz grave, femenina, que hablaba con acento galés.

«¿Estás ahí, corazón?»

Strike arqueó las cejas. Barclay dejó de masticar.

«Sí», contestó Aamir con su acento anodino de Londres.

«Ven a darme un beso», pidió Della.

Barclay se atragantó con el té. Se oyeron ruidos de besos. Después, pasos. Una silla arrastrada. Luego, unos golpecitos rítmicos.

—¿Qué es eso? —preguntó Strike.

—La cola del perro lazarillo —susurró Robin.

«Dame la mano —dijo Della—. No te preocupes, Geraint no va a volver, lo he enviado a Chiswick. Así, gracias. Mira, necesito hablar en privado contigo. Verás, cariño, tus vecinos se han quejado. Dicen que han oído ruidos extraños a través de las paredes.»

«¿Qué clase de ruidos?», preguntó Aamir con aprensión.

«Pues dicen... que les ha parecido oír a un animal —contestó Della—. Gemidos de perro. ¿No habrás...?»

«Por supuesto que no —aseguró Aamir—. Debía de ser la televisión. ¿Para qué iba a tener un perro? Estoy todo el día fuera de casa.»

«Pensé que lo de acoger a un pobre perrito callejero era muy propio de ti —especuló ella—. Como tienes tan buen corazón...»

«Pues no —dijo Aamir con un tono que denotaba tensión—. Y si no me crees, puedes ir a comprobarlo cuando quieras, tienes llave.»

«No te pongas así, cariño. Jamás se me ocurriría entrar sin tu permiso. No soy ninguna fisgona.»

«Estás en tu derecho —dijo él, y a Strike le pareció que lo decía con acritud—. Es tu casa.»

«Estás enfadado. Ya me imaginé que te enfadarías. Pero tenía que comentártelo, porque si la próxima vez es Geraint quien coge el teléfono... Fue una suerte que el vecino me encontrara a mí.»

«A partir de ahora tendré más cuidado con el volumen, ¿vale?», dijo Aamir.

«Entiéndelo, amor mío: por mí, puedes hacer lo que...»

«Mira, he estado pensándolo —la interrumpió Aamir—. Creo que sería mejor que te pagara un alquiler. ¿Y si...?»

«Ya lo hemos hablado. No seas tonto. No quiero tu dinero.»

«Pero...»

«De entrada, porque no podrías pagarlo —insistió ella—. ¿Una casa de tres dormitorios, para ti solo?»

«Pero...»

«Que no, que ya lo hemos hablado. Cuando te instalaste parecías contento. Yo creía que la casa te gustaba...»

«Claro que me gusta. Has sido muy generosa», dijo él, tenso.

«“Generosa”... No es una cuestión de generosidad, por el amor de Dios... Escucha: ¿te apetece venir conmigo a comer curry? Me sobra tiempo y pensaba acercarme al Kennington Tandoori. Invito yo.»

«Lo siento, no puedo —aseguró Aamir, que parecía agobiado—. Tengo que ir a casa.»

«Ah —respondió Della con un tono mucho menos afable—. Es una pena. Qué desilusión.»

«Lo siento —repitió él—. He quedado con un amigo. Un amigo de la universidad.»

«Ah, ya. Bueno, la próxima vez te llamaré con más tiempo, a ver si me buscas un hueco en tu agenda.»

«Della, yo...»

«No seas tonto, lo decía en broma. ¿Me acompañas hasta la salida, por lo menos?»

«Sí. Sí, claro.»

Se oyeron más pasos, y luego el ruido de la puerta al abrirse.

Robin paró la cinta.

—¿Follan? —preguntó Barclay en voz alta.

—No necesariamente —contestó Robin—. A lo mejor el beso se lo ha dado en la mejilla.

—¿«Dame la mano»? —repitió Barclay—. ¿Desde cuándo es normal que te digan algo así en la oficina?

—¿Qué edad tiene Aamir? —preguntó Strike.

—Calculo que veintitantos —contestó Robin.

—Y ella debe de tener...

—Sesenta y tantos —calculó Robin.

—Y le ha prestado una casa... No son familia, ¿verdad?

—No, que yo sepa, no tienen ningún parentesco —confirmó Robin—. Pero Jasper Chiswell sabe algo de su vida personal. Cuando coincidieron los dos en nuestro despacho, Chiswell le citó un poema en latín a Aamir.

—Eso no me lo habías contado.

—Lo siento... —dijo Robin, y se acordó de que aquello había pasado poco después de que

ella le dijera a Strike que no podría ir a la manifestación a vigilar a Jimmy—. Se me olvidó. Pero sí, Chiswell citó algo en latín, y luego se refirió a «los hombres como usted».

—¿Qué poema era?

—No lo sé, nunca he estudiado latín. —Robin miró la hora—. Voy a cambiarme. Tengo que estar en el DCMS dentro de cuarenta minutos.

—Sí, yo también me largo, Strike —indicó Barclay.

—Dos días, Barclay —le advirtió Strike cuando el otro se dirigió hacia la puerta—, luego te vuelves a ocupar de Knight.

—Tranquilo —respondió Barclay—, dentro de un par de días necesitaré descansar del pequeño.

Cuando dejaron de oírse los pasos de Barclay por la escalera metálica, Robin se volvió hacia el detective.

—Me cae bien.

—Sí —dijo Strike, y estiró un brazo para coger su prótesis—. Es buena gente.

Le había pedido a Lorelei que quedaran pronto, así que tenía que enfrentarse al duro proceso de ponerse presentable. Robin entró en el pequeño cuarto de baño para cambiarse, y Strike, que ya se había puesto la prótesis, se retiró a su despacho.

Acababa de ponerse los pantalones del traje cuando le sonó el móvil. Contestó con la remota esperanza de que fuese Lorelei quien llamaba para decirle que no podía ir a cenar, pero cuando miró la resquebrajada pantalla vio que era Hutchins. Tuvo un mal presentimiento.

—¿Strike?

—¿Qué pasa?

—La he cagado, Strike... —dijo Hutchins, como si no se encontrase bien.

—¿Qué ha pasado?

—Knight está con unos amigos. Los he seguido hasta un pub. Están planeando algo. Knight lleva una pancarta con la cara de Chiswell.

—¿Y...? —preguntó Strike, casi gritando.

—Lo siento, Strike... Me he mareado y he perdido el equilibrio... Los he perdido.

—¿Serás imbécil! —bramó el detective, fuera de sus casillas—. ¿Por qué no me dijiste que estabas enfermo?

—Es que últimamente me he cogido muchos días libres... Sabía que estabas apurado...

Strike puso el teléfono en manos libres, lo dejó encima de la mesa, cogió la camisa de la percha y empezó a vestirse a toda prisa.

—Lo siento mucho, tío. Me cuesta mucho andar...

—¿Sé perfectamente de qué me estás hablando, joder!

Strike cortó la llamada, furioso.

—¿Cormoran? —dijo Robin desde el otro lado de la puerta—. ¿Todo bien?

—¡No, joder! ¡Todo mal!

Strike abrió la puerta de su despacho.

Una parte de su cerebro registró que Robin llevaba el vestido verde que le había regalado dos años atrás como agradecimiento por haberlo ayudado a atrapar a su primer asesino. Estaba preciosa.

—Knight tiene una pancarta con la cara de Chiswell. Está tramando algo con un puñado de amigos. Lo sabía, joder, sabía que pasaría algo así ahora que Winn lo ha dejado tirado... Me apuesto lo que quieras a que va a la recepción. Mierda... —gruñó Strike al darse cuenta de que no se había calzado, y dio media vuelta—. ¡Y Hutchins los ha perdido! —gritó por encima del hombro—. ¡El muy inútil no me dijo que estaba enfermo!

—A lo mejor puedes avisar a Barclay —sugirió Robin.

—Ya debe de estar en el metro. ¡Mierda! Voy a tener que ir yo. —Se dejó caer en el sofá y se puso los zapatos—. Si Harry va a ir a esa recepción, estará lleno de periodistas. Y si uno solo de ellos se entera de lo que significa la puta pancarta de Jimmy, Chiswell se queda sin trabajo, y nosotros también. —Se puso en pie con dificultad—. ¿Dónde es la recepción?

—En la Lancaster House —dijo Robin—. Stable Yard.

—Vale. —Strike fue hacia la puerta—. Estate preparada, porque igual me tienes que echar un cable. Hay muchas posibilidades de que tenga que pegarle un puñetazo.

29

Ya es imposible continuar como un espectador ocioso.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Veinte minutos más tarde, el taxi que Strike había cogido en Charing Cross Road entró en Saint James's Street. El detective seguía hablando por el móvil con el ministro de Cultura.

—¿Una pancarta? ¿Y qué pone?

—Tiene su cara dibujada —contestó Strike—. Es lo único que sé.

—¿Y se dirige hacia la recepción? ¡Bueno, pues ya está, ¿no?! —gritó Chiswell, tan fuerte que Strike hizo una mueca de dolor y se apartó el teléfono de la oreja—. ¡Si lo ve la prensa, se habrá acabado todo! ¡Se suponía que usted iba a impedir que pasara algo parecido a esto!

—Y voy a intentarlo —dijo Strike—, pero si yo estuviera en su lugar, me gustaría que me avisaran. Le aconsejo...

—¡No le pago para que me dé consejos!

—Haré todo lo que pueda —le prometió Strike, pero Chiswell ya había colgado.

—No voy a poder pasar de aquí, amigo —repuso el taxista dirigiéndose al detective por el espejo retrovisor, del que colgaba un móvil que no paraba de bambolearse, con un dios Ganesh dorado estampado en relieve y rodeado de adornos multicolor.

El final de Saint James's Street estaba cortado. Un grupo cada vez más numeroso de curiosos que querían ver al príncipe y de entusiastas de las Olimpiadas, muchos de los cuales enarbolaban pequeñas Union Jacks, estaba congregándose detrás de las vallas, a la espera de que llegaran los atletas paralímpicos y el príncipe Harry.

—Vale, me bajo aquí —dijo Strike, sacando la cartera.

Otra vez se encontraba ante la fachada almenada de Saint James's Palace, cuyo reloj dorado con forma de rombo brillaba bajo el sol de la tarde. Y de nuevo descendía cojeando por la cuesta en dirección a la multitud. Dejó atrás la calle lateral donde estaba el Pratt's, mientras transeúntes vestidos con elegancia y trabajadores y clientes de galerías de arte y tiendas de vino se apartaban cortésmente a medida que su paso desigual iba volviéndose cada vez más pronunciado.

—Mierda, mierda, mierda... —masculló Strike, camino del grupo de entusiastas olímpicos y curiosos de la realeza.

El dolor le llegaba hasta la ingle cada vez que cargaba el peso del cuerpo en la prótesis. No veía ninguna pancarta ni ningún cartel de contenido político, pero cuando llegó a las últimas filas de gente, miró hacia Cleveland Row y distinguió una zona reservada para la prensa, donde varias

hileras de fotógrafos esperaban de pie a que el príncipe y los atletas hicieran acto de presencia. En ese momento vio pasar un coche en el que viajaba una mujer de lustrosa cabellera morena a la que Strike creyó reconocer de la televisión, y entonces se acordó de que no había llamado a Lorelei para avisarla de que llegaría tarde a la cena. Marcó rápidamente su número.

—Hola, Corm.

Parecía preocupada. El detective dedujo que ya suponía que la había llamado para cancelar la cita.

—Hola —dijo él, mientras con la mirada seguía buscando a Jimmy entre la multitud—. Lo siento muchísimo, pero ha surgido un imprevisto. Es posible que llegue tarde.

—Ah, no pasa nada... —contestó ella.

Strike se dio cuenta de que se alegraba de que todavía tuviese intención de cenar con ella.

—¿Quieres que intente cambiar la reserva?

—Sí, a ver si te dan mesa para las ocho en lugar de para las siete, ¿vale?

Se volvió por tercera vez para escudriñar Pall Mall, la calle que tenía detrás, y allí vio el pelo rojo de Flick. Ocho miembros de la ROC se dirigían hacia la multitud, entre ellos un joven fibroso con rastas rubias y otro más bajito y corpulento que parecía un vigilante de seguridad. Flick era la única mujer. Todos excepto Jimmy llevaban pancartas con los anillos olímpicos fragmentados y eslóganes como «JUEGO LIMPIO = SUELDOS JUSTOS» o «MÁS VIVIENDAS Y MENOS BOMBAS». Jimmy llevaba su pancarta boca abajo, con el dibujo vuelto hacia dentro, paralelo a la pierna, para que no se viera.

—Tengo que dejarte, Lorelei. Te llamo luego.

Varios policías uniformados se paseaban por el perímetro de vallas que impedía que la gente pasara más allá de cierto punto. Llevaban los walkie-talkies en la mano y observaban constantemente a los espectadores alborozados. Ellos también habían visto a los miembros de la ROC, que intentaban llegar justo enfrente de la zona reservada a la prensa.

Strike apretó las mandíbulas y empezó a abrirse paso a través de la multitud sin perder de vista a Jimmy.

30

No cabe negar que habría sido mejor detener la corriente antes.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Con su ceñido vestido verde y sus zapatos de tacón, y ligeramente cohibida, Robin atrajo un número considerable de miradas de admiración por parte de los transeúntes cuando salió del taxi delante de la entrada del Departamento de Cultura, Medios de Comunicación y Deporte. Al llegar a la puerta, vio que Izzy y Kinvara se acercaban a ella desde una distancia de unos cincuenta metros. La más joven de los Chiswell iba vestida de naranja intenso, y Kinvara llevaba un vestido negro muy elegante y el gran collar de diamantes que Robin le había visto en una fotografía en internet.

En aquel momento, lo único que le preocupaba era lo que podría estar pasando con Jimmy y Strike, pero aun así se percató de que Kinvara parecía disgustada. Cuando se acercaron a ella, Izzy miró a Robin y puso los ojos en blanco en un gesto de hastío. Kinvara la repasó de arriba abajo, como dando a entender que aquel vestido verde le parecía inapropiado, por no decir indecente.

—¿No habíamos quedado aquí? —preguntó una voz masculina atronadora cerca de Robin.

Jasper Chiswell acababa de salir del edificio con tres invitaciones en la mano, y le tendió una a Robin.

—Sí, ahora ya lo sé, Jasper, gracias —dijo Kinvara resoplando, al llegar junto a la puerta—. Siento mucho haberme equivocado otra vez. Nadie se ha molestado en comprobar si había recibido las indicaciones correctamente.

Los transeúntes clavaban la mirada en el ministro, cuya mata de pelo, que parecía un cepillo de deshollinador, les resultaba vagamente familiar, y Robin vio que un tipo trajeado le daba un codazo a su acompañante y señalaba hacia ellos. Justo en ese momento, un elegante Mercedes negro se detuvo junto al bordillo. El chófer se apeó, y Kinvara rodeó el coche y ocupó el asiento trasero, detrás del conductor. Izzy se deslizó hasta el centro del asiento, dejando espacio suficiente para que Robin se acomodara a su lado, y Chiswell se sentó delante.

El Mercedes arrancó. En el interior del vehículo el ambiente era de lo más tenso. Robin volvió la cabeza y, mientras observaba a la gente que salía del trabajo para ir a tomar algo al pub o hacer las compras de última hora, se preguntó si Strike ya habría encontrado a Knight. Le asustaba pensar qué sucedería cuando eso ocurriera, y deseó poder teletransportar el coche directamente a Lancaster House.

—¿Así que no has invitado a Raphael? —le disparó Kinvara a su marido.

—No —contestó Chiswell—. Ha intentado conseguir una invitación, pero sólo porque está colado por Venetia.

Robin notó que se le encendían las mejillas.

—Por lo que se ve, Venetia tiene un club de fans muy numeroso... —dijo Kinvara con desdén.

—Mañana hablaré con él —añadió Chiswell—. Últimamente lo veo bastante cambiado, la verdad.

Con el rabillo del ojo, Robin vio que Kinvara retorció la cadena de su feo bolsito de noche, adornado con una cabeza de caballo compuesta de pedacitos de cristal. Un silencio tenso se apoderó del interior del vehículo, que siguió recorriendo las calles de la ciudad.

31

Entonces le apalearon y le tiraron al arroyo.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

La adrenalina ayudaba a Strike a apartar de la mente el dolor que sentía en la pierna, cada vez más intenso. Ya estaba más cerca de Jimmy y sus amigos, cuyos planes de mostrarse claramente ante la prensa empezaban a verse frustrados, porque, con la esperanza de ver a algún famoso, la multitud emocionada se había ido adelantando cuando comenzaron a pasar los primeros coches oficiales. Los miembros de la ROC, que habían llegado tarde a la fiesta, se encontraron ante un muro humano impenetrable.

Cada vez pasaban más Mercedes y más Bentleys, y los curiosos intentaban distinguir caras famosas y no tan famosas. Un cómico saludó con la mano y recibió un gran aplauso. Se dispararon unos cuantos flashes.

Jimmy debió de decidir que ya no podía aspirar a un lugar más prominente, de modo que empezó a sacar la pancarta del enredo de piernas que lo rodeaban y se preparó para levantarla.

La mujer que Strike tenía delante gritó indignada cuando él la apartó de un empujón y avanzó hacia Knight en un par de zancadas. Con su enorme mano izquierda, cogió la muñeca derecha de Jimmy y le impidió levantar la pancarta más allá de la altura de la cintura, obligándolo a bajarla de nuevo. Strike tuvo tiempo de darse cuenta de que Knight lo había reconocido justo antes de que le lanzara un puñetazo dirigido a la garganta. Otra mujer también vio llegar el golpe y gritó.

Strike esquivó el puñetazo y, al mismo tiempo, empezó a pisotear la pancarta con el pie izquierdo y se ensañó con ella hasta partir el palo. Sabía que su pierna amputada no podría soportar por mucho tiempo todo su peso, y menos aún cuando Jimmy acababa de lanzarle un segundo puñetazo que sí dio en el blanco. Strike se desplomó, pero, antes de caer al suelo, consiguió golpear a Jimmy en la entrepierna. Knight soltó un gemido sordo de dolor, se dobló por la cintura, volvió a pegar a Strike y ambos cayeron al suelo. Al notar que los empujaban, los espectadores que los rodeaban empezaron a gritar, indignados. Cuando el detective chocó contra el asfalto, uno de los acompañantes de Jimmy intentó darle una patada en la cabeza, pero él le agarró el pie y se lo retorció. En medio del tumulto, el detective oyó gritar a una tercera mujer:

—¡Están atacando a ese hombre!

En ese momento, Strike estaba demasiado ocupado sujetando la maltrecha pancarta de Jimmy como para que le importara si lo habían identificado como víctima o como agresor. Tiró de la pancarta, que la gente pisoteaba al mismo tiempo que lo pisoteaba a él, y por fin consiguió romper el cartón. Uno de los trozos se enganchó en el tacón de aguja del zapato de una mujer que, presa

del pánico, intentaba apartarse de la pelea, de modo que aquel trozo acabó alejándose con ella.

De repente, Strike notó que unas manos lo agarraban por el cuello y apretaban con fuerza. Él reaccionó soltando un codazo que acabó impactando en la cara de Jimmy, que aflojó a su presa, pero entonces otro tipo le dio una patada en el estómago al detective, que al mismo tiempo recibió otro golpe en la cabeza. La visión de Strike empezó a llenarse de puntitos rojos.

Más gritos, un silbato, y de pronto la gente empezó a dispersarse. El detective notaba sabor a sangre en la boca, pero, a juzgar por lo que alcanzó a ver, los restos astillados y desgarrados de la pancarta de Knight se habían esparcido con la refriega. Jimmy quiso agarrar otra vez a Strike por el cuello, pero justo en ese momento alguien tiró de él hacia atrás y el activista se puso a soltar palabrotas a pleno pulmón. A Strike, que se había quedado sin aliento, también lo agarraron y lo levantaron. Él no ofreció resistencia. Dudaba mucho que hubiese podido levantarse por sus propios medios.

32

¿Tomará usted una taza de té con nosotros esta noche?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El Mercedes de Chiswell dobló al llegar a la esquina de Saint James's Street y Pall Mall, y siguió por Cleveland Row.

—¿Qué pasa? —refunfuñó el ministro cuando el coche redujo la velocidad hasta detenerse.

Los gritos que se oían más adelante no eran los de emoción y entusiasmo que los miembros de la familia real o las celebridades esperarían encontrar allí. Varios agentes uniformados se amontonaban ante la multitud que se encontraba en el lado izquierdo de la calle, y la gente se empujaba tratando de alejarse de lo que parecía un enfrentamiento entre policías y manifestantes. Dos individuos desaliñados, con vaqueros y camiseta, salieron del tumulto, ambos inmovilizados por varios agentes: eran Jimmy Knight y un joven con unas rastas rubias y mustias.

Robin reprimió un grito de consternación al ver aparecer a Strike, ensangrentado y cojeando, acompañado también por la policía. Detrás de ellos, el altercado no sólo no había cesado, sino que además parecía estar empeorando. Una valla se tambaleó.

—¡Pare, pare el coche! —le gritó Chiswell al chófer, que en ese momento empezaba a acelerar. El ministro bajó la ventanilla—. ¡La puerta! ¡Venetia, abre la puerta! ¡Ese hombre! —le gritó Chiswell al policía que estaba más cerca.

El agente se dio la vuelta y se sorprendió al ver al ministro de Cultura gritándole y señalando a Strike.

—¡Es mi invitado! Ese hombre es... ¡Suéltelo, maldita sea!

Al verse ante el coche oficial, el ministro del gobierno, aquella voz aristocrática e imperiosa y la invitación que enarbolaba ante su rostro, el agente optó por obedecer. La mayoría de la gente estaba pendiente del enfrentamiento, cada vez más violento, entre la policía y los miembros de la ROC, y los espectadores empezaban a empujarse y a pisotearse mientras intentaban alejarse de la refriega. Un par de cámaras habían salido del puesto de la prensa y corrían hacia allí.

—Muévete, Izzy. ¡Suba, Strike! ¡Suba! —gritó Chiswell, asomando la cabeza por la ventanilla.

Robin se apartó hasta casi sentarse en el regazo de Izzy para dejar sitio al detective, que se metió en la parte trasera del coche. La puerta se cerró y el vehículo volvió a ponerse en marcha.

—¿Quién es usted? —preguntó Kinvara con voz chillona, asustada; ahora Izzy la apretujaba contra la portezuela—. ¿Qué está pasando?

—Es detective privado —gruñó Chiswell.

Su decisión de hacer subir a Strike al coche parecía producto del pánico. Se volvió en el asiento delantero, fulminó al detective con la mirada y le soltó:

—¿Cómo demonios piensa ayudarme si lo detienen?

—No iban a detenerme —repuso Strike, tocándose suavemente la nariz con el dorso de la mano—. Sólo querían que prestara declaración. Knight me ha atacado cuando he ido a quitarle la pancarta... Gracias —añadió mientras, con dificultad debido a lo apretujados que iban, aceptaba la caja de pañuelos de papel que Robin había encontrado en la bandeja de detrás del asiento trasero.

Strike se cubrió la nariz con un pañuelo.

—He conseguido cargarme la pancarta —masculló a través del pañuelo manchado de sangre, aunque nadie lo felicitó.

—Jasper —dijo Kinvara—, ¿qué significa todo esto?

—Cállate —le espetó Chiswell sin mirarla—. No puedo contártelo delante de tanta gente. —Miró a Strike con enojo, como si hubiera sido el detective quien lo hubiese sugerido—. Hay más fotógrafos... Tendrá que entrar con nosotros. Ya lo arreglaré.

El coche avanzaba hacia una barrera donde la policía y los empleados de seguridad comprobaban los documentos de identidad y las invitaciones.

—Que nadie diga nada —ordenó Chiswell—. Cállate —añadió preventivamente dirigiéndose a Kinvara, dispuesta a hablar.

Dejaron pasar al Bentley que iba delante, y el Mercedes avanzó unos metros. Robin oyó chillidos detrás del coche y se dio la vuelta como pudo —gran parte del peso de Strike recaía sobre su pierna y su cadera izquierdas, y empezaban a dolerle—. Vio a una joven que corría tras ellos, perseguida por una agente de policía. La chica tenía el pelo de color rojo, llevaba una camiseta con el logo fragmentado de los juegos olímpicos y le gritaba al coche de Chiswell:

—¡Les puso ese puto caballo, Chiswell! ¡Eres un ladrón, un tramposo y un hijo de puta! ¡Eres un asesino!

—Viene conmigo una persona que no ha recibido su invitación —le dijo Chiswell por la ventanilla al policía armado que estaba en la barrera—. Cormoran Strike, el detective de la pierna amputada. Ha salido en los periódicos. Alguien se ha despistado en mi oficina y no le ha llegado la invitación... —Y con un desparpajo impresionante, añadió—: ¡El príncipe en persona ha pedido expresamente que se lo presenten!

Strike y Robin miraban lo que estaba ocurriendo detrás de ellos. Dos policías habían conseguido interceptar a Flick, que no dejaba de forcejear, y se la estaban llevando de allí. Se dispararon más flashes. El policía armado, cediendo a las presiones del ministro, pidió que Strike se identificara. El detective, que siempre llevaba un par de documentos de identidad, aunque no necesariamente con su nombre real, le pasó su carnet de conducir verdadero. La cola de vehículos era cada vez más larga. El príncipe sólo tardaría quince minutos en llegar. Al final el policía asintió y los dejó pasar.

—Muy mal. No debería haberme dejado entrar... —le dijo Strike a Robin en voz baja—. Eso es negligencia.

El Mercedes viró para acceder al patio interior y llegó, por fin, al pie de los escalones, cubiertos con una alfombra roja, de la entrada del enorme edificio de color miel, que parecía una casa solariega. Habían colocado dos rampas a ambos lados de la escalera para los invitados que

usaban sillas de ruedas, y un famoso jugador de baloncesto ya maniobraba con la suya para entrar.

Strike abrió la puerta y salió del coche, se dio la vuelta y le ofreció el brazo a Robin para ayudarla a bajar. Ella aceptó la ayuda. Tenía la pierna izquierda casi completamente dormida después de soportar el peso de Strike.

—Me alegro de volver a verte, Corm —dijo Izzy, con una sonrisa radiante, al bajar del vehículo detrás de Robin.

—Hola, Izzy —saludó Strike.

Chiswell ya no tenía más remedio que llevarse al detective con él, así que se apresuró a subir los escalones y le explicó a uno de los empleados con librea que estaban junto a la puerta que debían dejar entrar a Strike, aunque no llevara su invitación. Oyeron varias veces la palabra «amputada». No dejaban de llegar coches de los que salían pasajeros elegantemente vestidos.

—¿Qué significa todo esto? —quiso saber Kinvara, que había rodeado el Mercedes por detrás y se fue directa hacia el detective—. ¿Qué está pasando? ¿Para qué necesita mi marido a un detective privado?

—¿Quieres callarte ya, estúpida? —le susurró Chiswell.

Pese a que no cabía duda de que Chiswell estaba estresado y desbordado por la situación, a Robin la impresionó que se mostrara tan hostil. «La odia. La odia con toda su alma», pensó.

—Vosotras dos ya podéis entrar —dijo el ministro, señalando a su mujer y a su hija.

Seguía llegando gente que pasaba a su lado, pero Chiswell se volvió hacia Strike.

—Vaya pensando en una buena razón por la que debería seguir pagándole... —continuó y, al pronunciar aquellas palabras, víctima de una rabia necesariamente contenida, roció de saliva la corbata del detective—: ¿Se da cuenta de que acaban de llamarme «asesino» delante de más de veinte personas, entre ellas varios periodistas?

—La tomarán por una chiflada —repuso Strike.

Si esa suposición le produjo algún consuelo a Chiswell, no se notó.

—Venga a verme mañana por la mañana a las diez —le ordenó—. No a mi despacho. Venga a mi piso de Ebury Street. —Se dio la vuelta y, como si de pronto hubiese recordado algo, le ladró a Robin—: Y tú también.

Ella y Strike se lo quedaron mirando mientras subía los escalones con dificultad.

—Están a punto de despedirnos, ¿verdad? —preguntó Robin en voz baja.

—Tenemos bastantes números, sí —confirmó Strike.

Ahora que se había puesto de pie, se daba cuenta de lo magullado que estaba.

—Cormoran, ¿qué ponía en la pancarta? —le preguntó Robin.

Strike dejó pasar a una mujer con un vestido de gasa de color melocotón, y entonces dijo en voz baja:

—Era una fotografía de Chiswell colgado en la horca y, debajo, un montón de niños muertos. Pero había algo extraño.

—¿Qué?

—Todos los niños eran negros.

Sin dejar de darse toquecitos con el pañuelo en la nariz, Strike se metió la otra mano en el bolsillo para coger un cigarrillo, pero entonces recordó dónde estaba y volvió a sacarla.

—Mira, si esa tal Elspeth está aquí, podrías intentar averiguar qué más sabe sobre Winn. Eso nos ayudará a justificar la factura cuando nos despidan.

—De acuerdo —dijo Robin—. Te sangra la cabeza, por cierto.

Strike se dio unos toquitos en la coronilla con los pañuelos de papel que se había guardado, aunque no le sirvió de mucho. Empezó a subir los escalones al lado de Robin, sin poder ocultar su cojera.

—Será mejor que no nos vean mucho juntos esta noche —le dijo, cruzando el umbral y entrando en aquel resplandor ocre, escarlata y dorado—. En Ebury Street, cerca de la casa de Chiswell, hay una cafetería. Quedamos allí mañana a las nueve, y nos preparamos para el pelotón de fusilamiento. Pasa tú primero.

Pero cuando Robin se separó de él y empezó a dirigirse hacia la majestuosa escalera interior, Strike la llamó y le dijo:

—Un vestido muy bonito, por cierto.

33

¿Ya quién no podrá hechizar usted... si se lo propone?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El vestíbulo de la mansión era igual de grandioso que toda una manzana de espacio vacío. La escalera central, con la alfombra roja y dorada, se dividía al llegar a un rellano y continuaba a derecha e izquierda. Las paredes, que parecían de mármol, eran de color ocre, verde pálido y rosa. Robin y Strike caminaron en grupo junto a varios atletas paralímpicos que se dirigían hacia un ascensor situado a la izquierda de la entrada, pero el detective optó por la escalera y empezó a subir por ella ayudándose sin ningún reparo del pasamanos. El cielo, visible a través de una claraboya enorme y ornamentada, reforzada con columnas, iba apagándose y generando variaciones cromáticas que intensificaban los colores de los grandes cuadros venecianos de temas clásicos.

Strike, que se esforzó por caminar con naturalidad, porque no quería que lo confundieran con algún veterano paralímpico y le pidieran que enumerara sus triunfos, siguió a la gente que subía por la escalera de la derecha. Tras recorrer el balcón, entró en una antesala pequeña con vistas al patio donde estaban aparcados los coches oficiales, y desde allí lo guiaron junto al resto de los invitados hasta una larga y amplia galería con moqueta de color verde manzana y estampado de rosetas. A ambos lados de la sala había unos altos ventanales, y los cuadros cubrían hasta el último centímetro de las paredes blancas.

—¿Una copa, señor? —dijo un camarero apostado junto a la puerta.

—¿Es champán? —preguntó Strike.

—No. Vino espumoso inglés, señor.

Strike aceptó la copa sin mostrar mucho entusiasmo, y siguió avanzando entre el gentío. Dejó atrás a Chiswell y a Kinvara, que escuchaban (o fingían escuchar, pensó Strike) a una atleta que iba en silla de ruedas. Cuando el detective pasó por su lado camino de la pared del fondo, donde esperaba encontrar una silla o algo en lo que pudiera apoyarse, Kinvara lo miró con desconfianza con el rabillo del ojo. Por desgracia, las paredes de la galería estaban tan abarrotadas de cuadros que era imposible apoyarse en ellas, y tampoco había ningún asiento, de modo que Strike se quedó descansando junto a un cuadro gigantesco del conde d'Orsay que representaba a la reina Victoria montando un caballo tordillo. Mientras se bebía el vino espumoso a pequeños sorbos, intentó limpiarse discretamente los restos de sangre que todavía tenía en la nariz y sacudirse el polvo del pantalón del traje.

Los camareros circulaban por la galería con bandejas de canapés. Strike consiguió hacerse

con un par de pastelitos de cangrejo, y luego se dedicó a observar el entorno, dejando que su mirada se perdiera en otra espectacular claraboya, en esta ocasión reforzada por una serie de palmeras doradas.

La estancia parecía cargada de una energía peculiar. La llegada del príncipe era inminente, y el regocijo de los invitados iba y venía en oleadas nerviosas; las miradas hacia la puerta eran cada vez más frecuentes. Desde su posición privilegiada junto a la reina Victoria, Strike divisó a una figura imponente enfundada en un vestido amarillo pálido que estaba de pie casi enfrente de él, cerca de una ornamentada chimenea negra y dorada. Con una mano sujetaba, casi sin tocarla, la correa del arnés de un labrador de pelo dorado que estaba sentado a sus pies, jadeando ligeramente en la abarrotada sala. El detective tardó unos segundos en reconocer a Della, porque no llevaba gafas de sol, sino ojos de cristal. Aquella mirada levemente hundida, opaca y de color azul cian confería a su aspecto una inocencia extraña. Geraint estaba de pie a escasa distancia de su esposa, hablando por los codos con una mujer tímida y menuda que no dejaba de mirar a su alrededor en busca de alguien que la rescatara.

De pronto, se hizo el silencio cerca de la puerta por la que Strike había entrado, y el detective distinguió una cabeza pelirroja entre un ir y venir de hombres trajeados. La inquietud se extendió por la estancia como una brisa petrificante. Strike vio que la cabeza pelirroja se adentraba en el lado derecho de la sala, así que siguió tomándose la copa de vino espumoso inglés y se preguntó cuál de las mujeres allí presentes podía ser la administradora que tenía información comprometedor sobre Geraint Winn. Entonces se fijó en una mujer alta que estaba de espaldas a él.

Llevaba su larga y oscura melena recogida en un moño irregular, y, a diferencia de las otras invitadas, no parecía haber escogido el modelito más indicado para aquella fiesta. Era un vestido negro, recto y largo hasta las rodillas, tan sencillo que rayaba en la severidad, y, aunque no llevaba medias, lo complementaba con unos botines de tacón de aguja sin punta. Por un instante, Strike pensó que se había equivocado, pero entonces la mujer se movió y el detective pudo confirmar que era ella. Antes de que pudiera escabullirse, la mujer se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

Al ver a Strike, sus mejillas, por lo general pálidas como el marfil —como Strike sabía muy bien—, se sonrojaron. Estaba en los últimos meses del embarazo, aunque eso no se apreciaba en ninguna otra parte de su cuerpo, aparte del vientre. Su rostro mantenía todo su atractivo, y tanto sus piernas como sus brazos parecían igual de delgados que siempre. Iba menos acicalada que el resto de las invitadas, pero era, de largo, la más hermosa de todas. Durante unos segundos se miraron sin decirse nada; entonces ella, titubeante, dio unos pasos hacia Strike, y el color desapareció de sus mejillas tan rápidamente como había aparecido.

—Corm...

—Hola, Charlotte.

Si se había planteado besarlo, el frío semblante de Strike la disuadió de hacerlo.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Me han invitado —mintió Strike—. Soy un cojo famoso. ¿Y tú?

Charlotte parecía aturdida.

—La sobrina de Jago es paralímpica. Está...

Charlotte miró a su alrededor en busca de su sobrina, y tomó un sorbo de agua. Le temblaba la mano. Se derramaron unas gotas del vaso, y Strike las vio chocar como cuentas de cristal contra su

abultado vientre.

—Bueno, está por ahí... —dijo Charlotte con una risita inquieta—. Tiene parálisis cerebral y es increíble, es una amazona fabulosa. Su padre está en Hong Kong, y en su lugar su madre me ha invitado a mí.

El silencio de Strike la estaba poniendo nerviosa, así que decidió seguir hablando.

—A la familia de Jago le gusta que salga y haga cosas, pero mi cuñada se ha enfadado porque me lié con las fechas. Creía que esta noche cenábamos en el Shard y que todo esto era el viernes, o sea mañana, de modo que, como habrás podido comprobar, no voy adecuadamente vestida para un acto al que asiste un miembro de la familia real, pero llegaba tarde y no he tenido tiempo para cambiarme...

Se señaló el sencillo vestido negro y los botines de tacón de aguja.

—¿Y Jago? ¿No ha venido?

Sus ojos, verdes y con motitas doradas, parpadearon ligeramente.

—No, está en Estados Unidos.

Charlotte se fijó en el labio superior de Strike.

—¿Te has peleado con alguien?

—No —contestó él, volviendo a tocarse suavemente la nariz con el dorso de la mano. Se enderezó, cargó con cuidado el peso del cuerpo en la prótesis y se dispuso a marcharse—. Bueno, me alegro de...

—No te vayas, Corm...

Charlotte alargó un brazo hacia él, pero, antes de llegar a tocarle la manga con los dedos, dejó caer la mano.

—Espera un poco. Yo... Has hecho cosas increíbles. Lo he leído en la prensa.

La última vez que se habían visto, Strike también estaba sangrando, porque el cenicero que ella le había lanzado cuando él la había dejado le había dado en la cara. El detective se acordó del mensaje —«Era tuyo»— que le había enviado la víspera de su boda con Ross, refiriéndose a otro bebé que, según ella, había concebido y perdido antes de que Strike viera prueba alguna de su existencia. También se acordaba de la fotografía que le había enviado a la agencia apenas unos minutos después de pronunciar el «sí, quiero» ante Jago Ross, hermosa y afligida como una víctima sacrificial.

—Felicidades —dijo el detective sin dejar de mirarla a los ojos.

—Estoy enorme porque son gemelos.

Charlotte no se tocó el vientre, como Strike había visto hacer a otras mujeres embarazadas cuando hablaban de sus bebés, sino que miró hacia abajo como si le sorprendiera ligeramente que su figura hubiera cambiado tanto. Cuando ellos dos estaban juntos, Charlotte siempre le había dicho que no quería tener hijos. Ésa era una de las cosas que tenían en común. El bebé que ella le había asegurado que era suyo había sido una sorpresa poco grata para ambos.

Strike se imaginó a los retoños de Jago Ross enroscados bajo aquel vestido negro como un par de cachorros blancos no del todo humanos. Emisarios de su padre, que parecía un zorro ártico libertino. Se alegraba de que estuvieran allí, si es que podía llamarse «alegría» a una emoción tan triste. Cualquier impedimento, cualquier elemento disuasivo era bienvenido, porque allí mismo comprendió que la fuerza gravitatoria que Charlotte había ejercido durante tanto tiempo sobre él, incluso después de cientos de peleas y numeritos y miles de mentiras, aún no se había agotado.

Strike tuvo la sensación de que, tras aquellos ojos verdes con motitas doradas, Charlotte sabía exactamente en qué estaba pensando.

—Todavía falta mucho para que nazcan. Me han hecho una ecografía, son niño y niña. Jago está muy contento por el niño. ¿Has venido con alguien?

—No.

Al tiempo que lo decía, vio un destello verde más allá del hombro de Charlotte. Era Robin, que conversaba animadamente con la mujer tímida con vestido de brocado morado que por fin había logrado huir de Geraint.

—Muy guapa —comentó Charlotte, que se había dado la vuelta para ver qué era lo que había llamado la atención de Strike.

Siempre había tenido una intuición asombrosa para detectar hasta el más mínimo interés del detective por otras mujeres.

—No, espera... —dijo, pensativa—. ¿Ésa no es la chica que trabaja contigo? Salió en todos los periódicos. ¿Cómo se llama, Rob...?

—No —la interrumpió Strike—, no es ella.

No lo sorprendía ni remotamente que Charlotte supiera cómo se llamaba Robin, ni que la hubiese reconocido, a pesar de las lentillas de color avellana. Sabía que Charlotte seguiría controlándolo de cerca.

—Siempre te han gustado las mujeres con ese color de pelo, ¿verdad? —comentó ella con una especie de alegría artificial—. Aquella chica estadounidense con la que empezaste salir en Alemania, después de fingir que habíamos roto, también tenía ese...

De pronto, oyeron un grito ahogado.

—¡Madre mía, Charlie!

Izzy Chiswell se abalanzó sobre ellos, radiante; su cara, de un rosa subido, desentonaba un poco con el vestido naranja. Strike sospechó que ya se había tomado más de una copa de vino.

—Hola, Izz —la saludó Charlotte, forzando una sonrisa.

Strike casi podía sentir el esfuerzo que tenía que hacer para librarse de la maraña de viejos rencores y heridas que habían estrangulado poco a poco su relación hasta matarla.

Se dispuso a despedirse por segunda vez, pero la masa de gente que había a su alrededor se dividió de pronto, y Strike vio que el príncipe Harry, con aquella familiaridad hiperrealista tan propia de él, estaba a apenas unos metros de ellos, de modo que si se alejaba de allí en aquel momento se sometería al escrutinio de la mitad de la sala. Atrapado, optó por estirar un brazo y coger otra copa de vino de la bandeja de un camarero que pasaba en ese instante por su lado, y que se llevó un buen susto. Durante unos segundos, Charlotte e Izzy se quedaron observando al príncipe. Luego, cuando quedó claro que no iba a acercarse a ellas de momento, volvieron a mirarse la una a la otra.

—¡Ya se te nota! —dijo Izzy, observando el vientre de Charlotte—. ¿Te han hecho alguna ecografía? ¿Ya sabes qué es?

—Gemelos —contestó Charlotte sin entusiasmo. Y señalando a Strike, añadió—: ¿Te acuerdas de...?

—Sí, claro, Corm. ¡Si ha venido con nosotros! —exclamó Izzy, sonriente y sin sospechar siquiera que pudiera estar cometiendo ninguna indiscreción.

Charlotte deslizó la mirada de su antigua compañera de clase a su ex, y Strike la vio cavilar

sobre cuál podría ser la razón de que Izzy y él hubiesen ido juntos a aquella recepción. Se movió un poco, aparentemente para dejar entrar a Izzy en la conversación, pero al mismo tiempo acorralando a Strike, que ya no podría salir de allí sin pedirle a alguna de las dos que se apartara.

—Ah, sí, claro. Tú investigaste la muerte en combate de Freddie, ¿verdad? —preguntó Charlotte—. Recuerdo que me lo contaste. Pobre Freddie.

Izzy aceptó ese tributo a su hermano inclinando ligeramente la copa, y luego volvió la cabeza y miró por encima del hombro al príncipe Harry.

—Está cada día más sexy, ¿no? —dijo en voz baja.

—Sí, pero tiene el vello púbico pelirrojo, querida —repuso Charlotte con gesto deliberadamente inexpresivo.

Strike sonrió a su pesar. Izzy soltó una carcajada.

—Por cierto —continuó Charlotte, que nunca admitía haber hecho un comentario gracioso—, ¿esa de ahí no es Kinvara Hanratty?

—Mi abominable madrastra, efectivamente —confirmó Izzy—. ¿La conoces?

—Mi hermana le vendió un caballo.

A lo largo de los dieciséis años de relación intermitente con Charlotte, Strike había sido testigo de innumerables conversaciones como aquella. Se diría que, en la clase social de su ex, todo el mundo se conocía. Aunque nunca se hubiesen tratado, conocían a hermanos, primos, amigos o compañeros de clase, o alguno de sus padres conocía a alguno de sus padres: todos estaban conectados y formaban una especie de red que constituía un hábitat hostil para los intrusos. Los habitantes de aquella red raramente salían de ella para buscar amistad o amor. Charlotte había sido una excepción en su círculo al escoger a alguien tan inclasificable como Strike, cuyo atractivo invisible y cuyo bajo estatus habían sido, y él lo sabía, tema de continuos y escandalizados debates entre los amigos y los familiares de Charlotte.

—Bueno, pues espero que Amelia no le tuviese especial cariño a ese caballo —repuso Izzy—, porque Kinvara lo arruinará para siempre. Tiene unas manos espantosas y un trasero horrible, pero se cree que es Charlotte Dujardin. ¿Tú montas, Cormoran?

—No —contestó Strike.

—No se fía de los caballos —comentó Charlotte, sonriendo.

Strike no dijo nada. No tenía ninguna intención de hacer alusión, ni siquiera brevemente, a viejos chistes o recuerdos compartidos.

—Kinvara está furiosa, mírala —dijo Izzy con cierta satisfacción—. Mi padre acaba de insinuarle que va a intentar convencer a mi hermano Raff para que me sustituya, lo que me parece fabuloso. Es justo lo que yo esperaba que pasara. Antes mi padre dejaba que Kinvara le dijera cómo tenía que tratar a Raff, pero últimamente está empezando a plantarse.

—Me parece que conozco a Raphael —intervino Charlotte—. ¿No trabajaba en la galería de arte de Henry Drummond hará un par de meses?

El detective comprobó su reloj y luego dejó que su mirada volviera a vagar por la sala. El príncipe estaba alejándose de la zona donde se encontraban ellos, pero Strike no vio a Robin por ninguna parte. Con suerte, habría seguido a la administradora hasta los lavabos y estaría sonsacándole información sobre Winn ante el espejo.

—Dios mío... —exclamó Izzy en voz baja—. Mucho cuidado. Es el maldito Geraint... ¡Hola, Geraint!

Enseguida quedó claro que el objetivo de Geraint no era Izzy.

—Hola —dijo, escudriñando el rostro de Charlotte a través de sus sucias gafas y con una sonrisa lasciva en los labios—. Tu sobrina acaba de señalarme quién eres. Qué joven tan extraordinaria. Nuestra organización benéfica da apoyo al equipo de equitación. Geraint Winn —añadió, tendiéndole la mano—. Igualdad y Deporte.

—Ah, hola —lo saludó Charlotte.

Strike la había visto rechazar a hombres libidinosos en numerosas ocasiones. Después de reconocer su presencia, se quedó mirando con frialdad a Geraint, como si no acabara de entender por qué motivo seguía cerca de ella.

Strike notó que el móvil le vibraba dentro del bolsillo. Lo sacó y vio en la pantalla un número desconocido. Era la excusa perfecta para salir de allí.

—Lo siento, tengo que irme. Perdona, Izzy.

—Oh, qué pena —se lamentó Izzy frunciendo los labios—. ¡Iba a pedirte que me contaras toda la historia del destripador de Shacklewell!

Strike vio que Geraint abría mucho los ojos, y, maldiciéndola para sus adentros, se despidió:

—Buenas noches. —Entonces miró a Charlotte y añadió—: Adiós.

Se alejó del grupo tan deprisa como su pierna se lo permitió, pero, cuando se pegó el teléfono a la oreja, la persona que llamaba ya había colgado.

—Corm.

Strike notó que alguien le tocaba suavemente el brazo y se dio la vuelta. Charlotte lo había seguido.

—Yo también me marcho.

—¿Y tu sobrina?

—Acaban de presentarle a Harry, debe de estar entusiasmada. La verdad es que no le caigo muy bien. No le caigo muy bien a nadie de la familia. ¿Qué le ha pasado a tu móvil?

—Me caí encima.

Strike siguió caminando, pero Charlotte, que tenía las piernas muy largas, lo alcanzó de nuevo.

—Me parece que no vamos en la misma dirección, Charlotte.

—Bueno, a menos que vayas a salir por un túnel, tendremos que recorrer doscientos metros juntos.

El detective siguió caminando y no contestó. Volvió a ver un destello verde a su izquierda y, cuando llegaron a la gran escalera del vestíbulo, Charlotte, que no se sentía cómoda con aquellos tacones tan inapropiados para una mujer embarazada, se apoyó en el brazo de Strike. Él contuvo el impulso de soltarse.

Volvió a sonarle el móvil. Miró la pantalla y vio que había aparecido el mismo número desconocido. Charlotte se pegó un poco más a él y lo miró mientras contestaba. En cuanto se acercó el teléfono a la oreja, Strike oyó un grito desesperado y angustiante:

—¡Me van a matar, señor Strike, ayúdeme, ayúdeme, por favor, ayúdeme!

34

Pero ¿quién podía adivinar lo que iba a suceder?

Yo, al menos, no.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El cielo despejado y brumoso que prometía otro día de verano aún no se había traducido en temperaturas elevadas cuando, a la mañana siguiente, Robin llegó a la cafetería que estaba cerca de la casa de Chiswell. Habría podido sentarse a una de las mesas redondas que había en la acera, pero prefirió refugiarse en un rincón del local donde había quedado con Strike. Mientras sostenía la taza de café con leche con ambas manos para calentárselas, vio su imagen reflejada en la máquina de café: estaba pálida y tenía los párpados hinchados.

Ya se había imaginado que Strike no estaría allí cuando ella llegara. Se sentía nerviosa y deprimida al mismo tiempo. Habría preferido no quedarse a solas con sus pensamientos, pero allí estaba, acompañada tan sólo por el silbido de la cafetera, sintiendo frío a pesar de la chaqueta que había cogido en el último momento antes de salir de casa y ansiosa por el inminente encuentro con Chiswell, que, tras la catastrófica pelea de Strike con Jimmy Knight, probablemente pondría objeciones a la factura que le iban a presentar.

Pero eso no era lo único que la preocupaba. Aquella mañana había despertado de un sueño confuso en el que Charlotte Ross aparecía con un vestido negro y botines de tacón de aguja. Robin la había reconocido nada más verla en la recepción. Había intentado no mirarla mientras hablaba con Strike, furiosa consigo misma por estar tan interesada en lo que fuera que se estuvieran diciendo, y aun así, mientras iba de grupo en grupo, inmiscuyéndose sin pudor en las conversaciones de los demás con la esperanza de dar con la escurridiza Elspeth Curtis-Lacey, seguía buscando con la mirada a Strike y a Charlotte. Cuando los vio salir juntos de allí experimentó una sensación desagradable en el estómago, parecida a la que provoca el descenso brusco de un ascensor.

Al llegar a casa aún no había podido quitársela de la cabeza, y eso había hecho que se sintiera todavía más culpable cuando vio a Matthew saliendo de la cocina y comiéndose un sándwich. Robin tuvo la impresión de que su marido no llevaba mucho rato en casa. Él miró de arriba abajo el vestido verde, de una forma muy parecida a como lo había hecho Kinvara, y Robin intentó pasar por su lado para subir la escalera, pero Matthew se movió para cerrarle el paso.

—Va, Robin. Por favor. Hablemos.

Fueron al salón y hablaron. Robin, cansada de tanto conflicto, se disculpó por haber herido los sentimientos de Matthew al no llegar a tiempo para el partido de críquet, y también por haberse

olvidado de ponerse el anillo de boda el fin de semana de su aniversario. Matthew, a su vez, dijo que estaba arrepentido de lo que había dicho durante la pelea del domingo y, sobre todo, de su comentario sobre los escasos éxitos de Robin.

Ella tenía la sensación de que estaban moviendo piezas de ajedrez por un tablero que vibraba con los primeros temblores de un terremoto. «Es demasiado tarde. Supongo que sabes que nada de esto importa ya, ¿verdad?»

Aun así, cuando dieron por terminada aquella conversación, Matthew dijo:

—Entonces, todo bien, ¿no?

—Sí —contestó ella—. Todo bien.

Matthew se levantó, le tendió una mano y la ayudó a ponerse en pie. Robin sonrió de mala gana, y él la besó en la boca apasionadamente y empezó a tirar del vestido. Robin oyó que la tela de alrededor de la cremallera se rasgaba, pero, cuando quiso protestar, él volvió a besarla con ímpetu.

Ella sabía que podía pararle los pies, sabía que Matthew estaba esperando a que lo hiciera, que la estaba poniendo a prueba de una forma deshonesto y miserable, que negaría lo que estaba haciendo en realidad, que reivindicaría el papel de víctima. Robin lo odió por actuar de ese modo y, aun así, a una parte de ella le habría gustado ser la clase de mujer capaz de desconectarse de su propia aversión y de su propio cuerpo reticente. Pero había luchado demasiado y durante demasiado tiempo para recuperar la posesión de su propio cuerpo, y ya no estaba dispuesta a negociar con él.

—No —dijo, apartándolo—. No me apetece.

Él la soltó de inmediato, como ella sabía que haría, y la miró con una expresión en la que se mezclaban la rabia y el triunfo. De pronto, Robin se dio cuenta de que no había conseguido engañarlo cuando habían hecho el amor el fin de semana del aniversario, y, paradójicamente, eso la hizo ablandarse.

—Lo siento —dijo—. Estoy cansada.

—Ya. Yo también.

Matthew salió del salón, y Robin sintió un leve escalofrío en la espalda, justo en el punto donde el vestido verde se había desgarrado.

¿Dónde demonios se había metido Strike? Eran las nueve y cinco y ella necesitaba compañía. También quería saber qué había pasado después de que su socio se marchara de la recepción con Charlotte. Cualquier cosa habría sido preferible a estar allí sentada pensando en Matthew.

Entonces, como si hubiesen conectado por telepatía, le sonó el teléfono.

—Lo siento —se disculpó Strike antes de que Robin pudiera contestar—. Había un paquete sospechoso en Green Park. Llevo veinte minutos atrapado en el metro y hasta ahora no he tenido cobertura. Voy para allá, aunque quizá tengas que empezar sin mí.

—Oh, no... —dijo Robin, cerrando sus cansados ojos.

—Lo siento —repitió Strike—, estoy en camino. Y tengo algo que contarte. Anoche pasó algo curioso... Eh, espera, nos estamos moviendo. Nos vemos ahora.

Strike colgó, dejándola con la perspectiva de tener que enfrentarse ella sola a las primeras muestras de cólera de Jasper Chiswell, mientras luchaba contra sentimientos inciertos de temor y tristeza que giraban alrededor de una mujer misteriosa y elegante; una mujer que le llevaba una

ventaja de dieciséis años en todo lo relacionado con Cormoran Strike. «Déjalo ya, por el amor de Dios, ¿o es que no tienes suficientes problemas como para, además, preocuparte por la vida amorosa de Strike? Eso no tiene nada que ver contigo...», se dijo.

De pronto, percibió un cosquilleo de culpabilidad alrededor de los labios, justo donde Strike la había besado sin querer al salir del hospital. Se terminó el café, como si con aquel simple gesto pudiese hacer desaparecer esa sensación. Luego se levantó, salió de la cafetería y enfiló aquella calle recta y ancha, flanqueada por dos hileras simétricas de casas idénticas del siglo XIX.

Caminaba con paso enérgico, no porque estuviera deseosa de soportar el chaparrón de ira y decepción de Chiswell, sino porque la actividad la ayudaba a disipar otros pensamientos aún más desagradables.

Llegó a la casa del ministro de Cultura muy puntual, pero se demoró unos segundos junto a la lustrosa puerta principal, pintada de negro, por si Strike aparecía en el último momento. No apareció. Robin intentó tranquilizarse, subió los tres escalones blancos, impolutos, y llamó a la puerta, que no estaba cerrada con llave y se abrió unos centímetros. Una voz masculina amortiguada gritó algo así como un «¡Pase!».

Entró en un pequeño y lóbrego recibidor presidido por una escalera vertiginosa. El papel pintado, de color verde oliva, estaba descolorido y, en algunos sitios, despegado. Dejó la puerta principal entreabierta, tal como la había encontrado, y, alzando la voz, preguntó:

—¿Señor ministro?

Chiswell no contestó. Robin llamó con los nudillos a la puerta de la derecha y la abrió.

El tiempo se detuvo. La escena fue revelándose poco a poco, atravesando sus retinas y entrando en su mente, que no estaba preparada para algo así. La conmoción hizo que Robin permaneciera quieta en el umbral, con la mano aún en el picaporte y la boca un poco abierta, tratando de comprender lo que estaba viendo.

Había un hombre sentado en una butaca Queen Anne. Tenía las piernas extendidas y los brazos colgando, y su cabeza parecía un nabo gris y brillante con un agujero tallado como si fuera una boca, pero sin ojos.

Entonces el cerebro de Robin interpretó la imagen y comprendió que aquello no era un nabo, sino una cabeza humana envuelta en una bolsa de plástico transparente en la que se introducía un tubo conectado a una bombona. Todo parecía indicar que el hombre se había asfixiado. Su pie izquierdo estaba torcido sobre la alfombra, y en la suela del zapato se veía un pequeño agujero; los gruesos dedos de las manos casi rozaban el suelo, y en la entrepierna tenía una mancha porque la vejiga había vaciado su contenido.

Finalmente, Robin comprendió que el hombre que estaba sentado en aquella butaca era Jasper Chiswell, y que la tupida mata de pelo canoso se le había adherido a la cara por efecto del vacío que había creado la bolsa. La boca abierta había aspirado el plástico, y por eso parecía un agujero negro.

35

¡Sí, sí, el caballo blanco!

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Lejos, fuera de la casa, un hombre gritó. Era un obrero, y una parte del cerebro de Robin registró que se trataba de la misma voz que había oído después de llamar a la puerta, cuando lo que esperaba oír era un «¡Pase!». Nadie la había invitado a entrar. Habían dejado la puerta entreabierta, sencillamente.

En aquel momento, lo más lógico habría sido que el pánico se hubiese apoderado de ella, pero no fue así. Allí no había ninguna amenaza, por muy espeluznante que resultara la imagen de aquel monigote terrible con el nabo por cabeza y el tubo. Aquel triste maniquí sin vida no podía hacerle daño.

Robin sabía que debía comprobar si Chiswell estaba muerto, de modo que se acercó a él y le tocó suavemente un hombro. Fue más fácil de lo que esperaba porque no podía verle los ojos, ocultos bajo la mata de pelo áspero que le cubría la cara como el copete de un caballo. Notó su cuerpo duro bajo la camisa a rayas, y más frío de lo que habría esperado.

Pero entonces se imaginó que aquella boca abierta empezaba a hablar, y se apresuró a retroceder varios pasos, hasta que tropezó con algo duro que había en la alfombra. Había pisado un tubo de pastillas de plástico azul que estaba en el suelo, y lo había roto. Lo reconoció enseguida: era un medicamento homeopático que vendían en la farmacia de su barrio.

Cogió el móvil, llamó a emergencias y pidió que le pasaran con la policía. Tras explicar que acababa de encontrar un cadáver y dar la dirección, le dijeron que no tardaría en llegar una patrulla.

Robin intentó no centrar la atención en Chiswell, de modo que empezó a examinar el salón: las cortinas raídas, de un color parduzco indefinido, rematadas con unas borlas pequeñas y tristes; el televisor viejo con un revestimiento de imitación de madera; el trozo de papel pintado ligeramente más oscuro sobre la repisa de la chimenea, de donde sin duda había colgado un cuadro; las fotografías con marco de plata... Sin embargo, la cabeza envuelta en plástico, el tubo de goma y el frío destello de la bombona convertían toda aquella normalidad cotidiana en cartón piedra. Lo único real era la pesadilla.

Robin decidió abrir la cámara del móvil y tomar fotografías. Colocar una lente entre aquella imagen y ella mitigaba el horror, de modo que empezó a documentar metódicamente la escena.

En la mesita de centro, delante del cadáver, había un vaso con unos milímetros de líquido que parecía zumo de naranja, y a su lado, algunos libros y hojas de papel esparcidos. También había

una cuartilla de papel grueso de color crema para cartas, con una rosa Tudor roja en el encabezamiento que parecía una gota de sangre y la dirección impresa de la casa donde se encontraba Robin. En ella, con una caligrafía redondeada e infantil, había escritas las siguientes palabras:

Lo de esta noche ha sido la gota que colma el vaso. ¿Tan estúpida me consideras que metes a esa chica en tu despacho delante de mis narices? Espero que te des cuenta de lo ridículo que eres y de cómo la gente se ríe de ti, no sé cómo se te ocurre ir detrás de una chica que es más joven que tus hijas.

Estoy harta. Ponte en evidencia, ya no me importa. Se acabó.

He regresado a Woolstone. En cuanto tenga lo de los caballos arreglado, me marcharé definitivamente. Tus odiosos hijos se alegrarán, pero ¿y tú, Jasper? Lo dudo, pero ya es demasiado tarde.

K.

Robin se inclinó para fotografiar la nota, pero de pronto oyó que la puerta de la calle se cerraba de golpe y, con un grito ahogado, se dio la vuelta. La corpulenta figura de Strike, que iba sin afeitarse, se alzaba en el umbral. Llevaba el mismo traje con el que había ido a la recepción, y miraba fijamente al hombre que yacía en la butaca.

—La policía está en camino —dijo Robin—. Acabo de llamar.

El detective entró con cuidado en la habitación.

—Hostia puta...

Vio el bote de pastillas roto que estaba en el suelo, pasó por encima sin pisarlo y examinó la cara cubierta con la bolsa de plástico y el tubo.

—Raff comentó que últimamente tenía un comportamiento extraño —le informó Robin—, pero dudo mucho que se imaginara...

Strike no dijo nada. Seguía examinando el cadáver.

—¿Eso lo tenía ayer por la noche?

—¿Qué?

—Eso —repitió Strike.

El detective señaló una marca semicircular de color rojo oscuro que Chiswell tenía en la piel pálida y áspera del dorso de su mano.

—No me acuerdo —contestó Robin.

La gravedad de lo que había ocurrido estaba empezando a golpearla, y le costaba organizar sus ideas, que flotaban, desamarradas y desconectadas, por su cabeza: Chiswell gritando por la ventanilla del coche para convencer al policía de que debía dejar entrar a Strike en la recepción de la noche anterior; Chiswell llamando «estúpida» a Kinvara; Chiswell exigiendo que fuesen a verlo a su casa por la mañana... No era razonable esperar que Robin recordase si el ministro tenía alguna marca en el dorso de alguna de sus manos.

—Mmm —musitó Strike.

Entonces se dio cuenta de que Robin tenía el móvil en la mano.

—¿Ya lo has fotografiado todo?

Ella asintió.

—¿Todo esto? —insistió, señalando la mesita de centro—. ¿Y esto? —añadió, y señaló el tubo de pastillas roto.

—Sí. Eso es culpa mía. Lo he pisado yo.

—¿Cómo has entrado?

—La puerta estaba abierta, y he pensado que Chiswell la había dejado así para que pudiésemos entrar —dijo Robin—. Un obrero ha gritado en la calle, y en ese momento me ha parecido que era Chiswell que decía «¡Pase!». Esperaba...

—Quédate aquí —la cortó Strike.

Salió de la habitación. Robin lo oyó subir la escalera y luego siguió el sonido de sus pasos por el piso de arriba, pero ella sabía que allí no había nadie. Percibía la ausencia de vida que reinaba en la casa, su carácter endeble, su aparente irrealidad. Y, efectivamente, Strike regresó unos cinco minutos más tarde negando con la cabeza.

—Nadie.

Pasó junto a ella y salió por otra puerta; Robin oyó sus pasos sobre unas baldosas, y dedujo que había entrado en la cocina.

—La casa está completamente vacía —dijo Strike al regresar al salón.

—¿Qué ocurrió anoche? —le preguntó Robin—. Has dicho que ocurrió algo curioso.

Quería hablar de cualquier cosa que la apartara de aquella figura horrible que dominaba la habitación con su grotesca falta de vida.

—Me llamó Billy. Me dijo que querían matarlo, que lo perseguían. Dijo que estaba en una cabina de Trafalgar Square. Salí a buscarlo, pero no lo encontré.

—Vaya... —murmuró Robin.

Así que no había estado con Charlotte. Pese a hallarse en una situación tan extrema, Robin registró el dato y se alegró.

—¿Qué diablos...? —dijo Strike en voz baja, mirando más allá de Robin, hacia un rincón oscuro de la habitación.

Había una espada combada, apoyada en la pared. Parecía que la hubiesen doblado deliberadamente, haciendo fuerza o quizá poniéndose de pie encima de ella. Strike rodeó con cuidado el cadáver y fue a examinarla, pero entonces oyó que un coche de la policía se detenía delante de la casa y se incorporó de nuevo.

—Se lo contaremos todo, evidentemente.

—De acuerdo —asintió Robin.

—Excepto lo de los dispositivos de vigilancia. Mierda, los encontrarán en tu despacho...

—No. Ayer me los llevé a casa, por si decidíamos que era mejor que desapareciera por lo del *Sun*.

Antes de que Strike pudiese elogiar su clarividencia, llamaron a la puerta golpeándola con los nudillos.

—Bueno, estuvo bien mientras duró, ¿no? —dijo Strike con una sonrisa amarga, al tiempo que iba hacia el recibidor—. Lo de no salir en los periódicos, quiero decir.

SEGUNDA PARTE

36

Lo que ha sucedido se puede ocultar, o por lo menos, explicar.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El caso Chiswell conservó su peculiar carácter incluso después de que su cliente desapareciera.

Mientras el cadáver era sometido a los engorrosos procedimientos y formalidades de rigor, escoltaron a Strike y a Robin de Ebury Street a Scotland Yard, donde los interrogaron por separado. El detective sabía que, tras la muerte de un ministro del gobierno, las especulaciones debían de estar recorriendo las salas de redacción de toda la ciudad de Londres como un torbellino, y, efectivamente, cuando seis horas más tarde salieron de Scotland Yard, la radio y la televisión ya estaban emitiendo los succulentos detalles de la vida privada de Chiswell. Poco después, al consultar en los buscadores de internet de sus móviles, encontraron varios resúmenes en diversas páginas web de noticias, al tiempo que una maraña de teorías, a cuál más barroca, se extendía por los blogs y las redes sociales, donde una multitud de Chiswells caricaturizados morían a manos de una miríada de nebulosos enemigos. En el taxi, de regreso a Denmark Street, Strike leyó que a Chiswell, el capitalista corrupto, lo había asesinado la mafia rusa por no haber pagado los intereses de una sórdida transacción ilegal, y también que a Jasper Chiswell, el defensor de los sólidos valores ingleses, lo habían liquidado los vengativos islamistas tras sus intentos de combatir el auge de la ley islámica.

Strike regresó a su ático sólo para recoger sus objetos personales, y se fue por piernas a casa de sus viejos amigos Nick e Ilsa, gastroenterólogo él y abogada ella. Robin, que ante la insistencia de Strike había cogido un taxi y se había ido directa a su casa de Albury Street, recibió un imperioso abrazo de Matthew, cuya endeble simulación de solidaridad le pareció mucho peor que su furia sincera.

Sin embargo, cuando se enteró de que le habían pedido a Robin que volviera a Scotland Yard al día siguiente para proseguir con el interrogatorio, Matthew fue incapaz de dominarse.

—¡Esto se veía venir!

—Pues qué curioso, porque para la mayoría de la gente ha sido toda una sorpresa —replicó Robin.

Su madre ya la había llamado por teléfono cuatro veces aquella mañana, y aún no le había contestado.

—No me refiero a que Chiswell se haya suicidado...

—... Se pronuncia «Chizzle».

—¡Me refiero a que tengas problemas por espiar en el Parlamento!

—No sufras, Matt. Me aseguraré de que la policía se entere de que te opusiste desde el principio. No querría poner en peligro tus perspectivas de ascenso.

A Robin, sin embargo, no le dio la impresión de que el segundo interrogador fuese policía. El hombre de voz suave con traje gris oscuro no reveló para quién trabajaba, y a ella le pareció mucho más intimidante que los policías del día anterior, aunque en ocasiones habían mostrado una contundencia que rayaba en la agresividad. Robin le contó a su nuevo interrogador todo lo que había visto y oído en la Cámara de los Comunes, y sólo decidió omitir la extraña conversación entre Della Winn y Aamir Mallik, que había quedado registrada en la segunda grabadora. Aquel encuentro había tenido lugar a puerta cerrada y fuera del horario laboral, de modo que ella sólo habría podido enterarse empleando algún dispositivo de vigilancia. Más tarde, Robin calmó su conciencia recordándose que aquella conversación no podía tener nada que ver con la muerte de Chiswell, pero cuando salió del edificio por segunda vez se vio perseguida por las sensaciones desagradables de pánico y culpabilidad. Tras ese roce con los servicios de inteligencia, estaba tan atormentada por lo que confiaba que no fuese más que una paranoia que, en lugar de utilizar el móvil, llamó a Strike desde una cabina telefónica que encontró cerca del metro.

—Acaban de interrogarme otra vez. Estoy casi segura de que era el MI5.

—Era de esperar —contestó Strike, y su tono realista la tranquilizó—. Necesitan comprobar que eres quien dices ser. ¿No puedes ir a algún otro sitio que no sea tu casa? Me sorprende que los periodistas no se nos hayan echado encima todavía, pero no creo que tarden mucho.

—Supongo que podría volver a Masham —dijo Robin—, aunque, si se han propuesto encontrarme, también acabarán probando allí. Ya lo hicieron después de lo del destripador.

A diferencia de Strike, ella no tenía ningún amigo a quien pudiera recurrir para refugiarse en su casa. Todos sus amigos eran también los de Matthew, y Robin no tenía ninguna duda de que, igual que a su marido, a ellos también les daría miedo acoger a alguien que estuviese en el punto de mira de los servicios de inteligencia. Así que, como no se le ocurría nada mejor, regresó a Albury Street.

La prensa, sin embargo, no fue a buscarla allí, pese a que los periódicos no estaban precisamente conteniéndose al hablar de Chiswell. El *Mail* ya había publicado una doble plana sobre los diversos escándalos y tribulaciones que habían salpicado la vida de Jasper Chiswell. «Considerado en su momento un candidato a primer ministro»; «La sensual italiana Ornella Serafin, con la que tuvo una aventura que acabó con su primer matrimonio»; «La voluptuosa Kinvara Hanratty, treinta años más joven que él»; «El teniente Freddie Chiswell, su hijo mayor, fallecido en la guerra de Iraq, de la que su padre había sido un firme defensor», «El hijo menor, Raphael, que atropelló a una joven madre cuando conducía bajo los efectos de las drogas, provocándole la muerte...».

La prensa seria publicó tributos de amigos y colegas: «Un hombre inteligente, un ministro extremadamente competente, uno de los herederos más brillantes de Thatcher»; «De no haber sido por su vida privada, un tanto tumultuosa, habría podido llegar hasta donde se hubiese propuesto», «El personaje público era irascible y, en ocasiones, incluso desagradable, pero el Jasper Chiswell que yo conocí en Harrow era un chico ingenioso e inteligente».

Aun así, tras cinco días de morbosa cobertura periodística, aquella misteriosa contención respecto a la implicación de Strike y Robin en el caso se mantenía, y nadie había mencionado

todavía ni una sola palabra sobre chantajes.

La mañana del viernes posterior al descubrimiento del cadáver de Chiswell, Strike estaba sentado a la mesa de la cocina de Nick e Ilsa, y el sol entraba a raudales por la ventana que tenía detrás.

Sus anfitriones estaban trabajando. Nick e Ilsa, que llevaban varios años intentando concebir un hijo, habían adoptado hacía poco un par de gatitos a los que Nick se había empeñado en llamar *Ossie* y *Ricky*, como los dos jugadores de los Spurs a los que había idolatrado de adolescente. Los gatos, que no habían consentido en sentarse en las rodillas de sus padres adoptivos hasta hacía muy poco, no estaban nada contentos con la llegada de aquel desconocido enorme. Al encontrarse solos con él en la casa, se habían refugiado en lo alto de un armario de la cocina, y ahora Strike se sabía observado por dos pares de ojos de color verde claro que seguían cada uno de sus movimientos desde las alturas.

Aunque lo cierto era que el detective no estaba moviéndose mucho. De hecho, llevaba media hora prácticamente inmóvil, examinando las fotografías que Robin había tomado en Ebury Street y que él había impreso en el estudio de Nick para analizarlas mejor. Al final separó nueve e hizo un montoncito con las otras, asustando a *Ricky*, que saltó con el pelo erizado. Mientras Strike escudriñaba las imágenes que había seleccionado, *Ricky* volvió a sentarse, meneando la punta de la cola a la espera del siguiente movimiento del detective.

La primera fotografía seleccionada por Strike era un primer plano de la pequeña marca semicircular que Chiswell tenía en la mano izquierda.

La segunda y la tercera mostraban ángulos distintos del vaso que estaba en la mesita de centro que el ministro tenía delante. En los lados se apreciaban restos de polvo y, en el fondo, un dedo de zumo de naranja.

Strike puso la cuarta, quinta y sexta fotografía en fila. Cada una mostraba un ángulo ligeramente diferente del cadáver, y, de fondo, varios fragmentos de la habitación donde se encontraba. Examinó una vez más el contorno inquietante de la espada que descansaba apoyada en un rincón, la mancha oscura sobre la repisa de la chimenea donde antes debía de colgar un cuadro y, debajo, apenas perceptibles sobre el papel pintado oscuro, un par de ganchos de latón separados aproximadamente por un metro.

Al poner las fotografías siete y ocho una junto a la otra, Strike podía ver todo lo que había en la mesita de centro. La carta de despedida de Kinvara estaba encima de unos libros y unas hojas de papel, entre las que también había una carta firmada por «Brenda Bailey» de la que sólo se veía un fragmento. De los libros, Strike únicamente consiguió distinguir parte del título de un volumen viejo encuadernado en tela, «CATULO», y la parte inferior de una edición de bolsillo de Penguin. En el encuadre también entraba la esquina doblada de la alfombra raída que había debajo de la mesa.

En la novena y última fotografía, resultado de ampliar otra imagen del cadáver, el flash de la cámara de Robin había descubierto algo brillante y dorado asomando de un bolsillo del pantalón de Chiswell. Todavía estaba contemplando ese objeto brillante cuando sonó su teléfono. Era su anfitriona, Ilsa.

—Hola —dijo Strike, levantándose y cogiendo el paquete de Benson & Hedges y el encendedor que tenía al lado.

Con un estruendo de garras que arañaron la madera, *Ossie* y *Ricky* echaron a correr por lo alto

de los armarios de la cocina, por si a aquel intruso se le ocurría empezar a lanzarles objetos. Tras comprobar que los gatos estaban demasiado lejos para salir disparados al jardín, Strike se dirigió al exterior y cerró rápidamente la puerta.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Por lo visto tenías razón.

Strike se sentó en una silla de hierro del jardín y encendió un cigarrillo.

—Cuéntame.

—Acabo de tomar café con mi contacto. No puede hablar con libertad, por tratarse de lo que se trata, pero le he planteado tu teoría y me ha dicho: «Me parece muy plausible.» Entonces le he preguntado: «¿Otro político?», y me ha contestado que eso también le parecía muy probable, y yo le he dicho que suponía que, ante esa situación, la prensa apelaría, y me ha dicho que sí, que él opina lo mismo.

Strike soltó una bocanada de humo.

—Gracias, Ilsa, te debo una. La buena noticia es que podré dejaros en paz.

—No nos importa que te quedes en casa, Corm, ya lo sabes.

—A los gatos no les gusto.

—Dice Nick que es porque saben que eres del Arsenal.

—El mundo de la comedia perdió a una estrella el día que tu marido decidió dedicarse a la medicina. Esta noche me encargo yo de la cena, y luego recogeré la cocina.

A continuación, Strike llamó a Robin. Ella contestó enseguida.

—¿Va todo bien?

—Ya sé por qué la prensa no se nos ha echado encima —dijo Strike—. Della ha conseguido una resolución judicial. Los periódicos tienen prohibido informar de que Chiswell nos había contratado, por si sale a la luz lo del chantaje. Ilsa acaba de hablar con su contacto en el Tribunal Supremo y se lo ha confirmado.

Robin permaneció en silencio, digiriendo la información.

—¿Significa eso que Della ha convencido a un juez de que Chiswell se inventó lo del chantaje?

—Exacto. Concretamente, de que nos estaba utilizando para buscar los trapos sucios de sus enemigos. No me extraña que el juez se lo haya tragado. A Della la tienen todos por una santa.

—Pero Izzy sabía que yo estaba allí —objetó Robin—. La familia habrá confirmado que le estaban haciendo chantaje.

Strike tiró la ceniza, distraído, en un tiesto de romero de Ilsa.

—¿Tú crees? ¿O preferirán que no se hable del tema, ahora que Chiswell está muerto?

El detective interpretó que, con su silencio, Robin le daba la razón a regañadientes.

—La prensa apelará contra la resolución judicial, ¿no?

—Por lo que ha dicho Ilsa, es posible que ya lo estén intentando. Si yo fuese el director de un periódico sensacionalista, haría que nos vigilasen, de modo que será mejor que vayamos con cuidado. Esta noche volveré a la agencia, pero creo que tú deberías quedarte en casa.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Robin.

Strike notó tensión en su voz, y se preguntó si eso se debería únicamente al estrés que estaba provocándole aquel caso.

—Habrá que improvisar, Robin, saben que te infiltraste en el Parlamento. Ya les interesabas cuando Chiswell vivía, y no te quepa duda de que les interesarás más ahora que ya saben quién eres y que él está muerto.

Robin no dijo nada.

—¿Cómo va la contabilidad? —le preguntó Strike.

Ella se había empeñado en encargarse de ese trabajo, a pesar de que a ninguno de los dos les gustaba.

—Iría mucho mejor si Chiswell hubiese pagado la factura.

—Intentaré recordárselo a la familia —dijo Strike frotándose los ojos—, pero es de muy mal gusto pedir dinero antes de un funeral.

—He estado revisando otra vez las fotografías —lo informó ella.

Robin y él hablaban a diario desde que habían descubierto el cadáver, y en todas sus conversaciones regresaban a las fotografías del cadáver de Chiswell y de la habitación donde lo habían encontrado.

—Yo también. ¿Has visto algo nuevo? —preguntó Strike.

—Sí, dos pequeños ganchos de latón en la pared. Me imagino que la espada debía de...

—¿Estar expuesta debajo del cuadro que falta?

—Exacto. ¿Crees que era de Chiswell, del Ejército?

—Es muy probable. O de algún antepasado suyo.

—¿Por qué la descolgarían? ¿Y cómo se dobló?

—¿Crees que Chiswell la cogió de la pared e intentó defenderse de su asesino con ella?

—Es la primera vez que utilizas ese término —dijo Robin en voz baja—. «Asesino.»

Una avispa pasó volando cerca de Strike, pero, repelida por el humo de su cigarrillo, se alejó enseguida.

—Lo decía en broma.

—¿Seguro?

Strike estiró las piernas y se miró los pies. Como se había quedado en casa, donde no hacía frío, no se había molestado en ponerse calcetines ni zapatos. Su pie descalzo, que raramente veía la luz del sol, estaba pálido y lleno de vello. El pie ortopédico, una pieza de fibra de carbono sin dedos, brillaba débilmente bajo la luz del sol.

—Hay elementos extraños —dijo Strike mientras movía los dedos de su único pie—, pero ya ha pasado una semana y no ha habido detenciones. La policía tiene que haber visto todo lo que vimos nosotros.

—¿Y Wardle, no sabe nada? Vanessa ha cogido una baja porque su padre está enfermo; si no, se lo habría preguntado.

—Wardle está muy liado con todo el tema antiterrorista para las Olimpiadas. Eso sí, se tomó la molestia de llamarme y dejarme un mensaje partiéndose de risa porque se me había muerto el cliente.

—Cormoran, ¿te fijaste en el nombre de esas pastillas homeopáticas que pisé?

—No.

No salían en ninguna de las fotografías que había seleccionado.

—¿Cómo se llaman?

—Láquesis. Lo vi cuando amplíé la imagen.

—¿Y por qué es relevante?

—Porque, cuando Chiswell entró en nuestro despacho y le recitó aquel poema en latín a Aamir, soltando aquello de «los hombres como usted», mencionó a Láquesis. Dijo que era...

—Una de las Moiras.

—Exacto. La que sabía cuándo le llegaría el final a cada uno.

Strike dio una larga calada y no dijo nada durante unos segundos.

—Eso suena a amenaza.

—Ya lo sé.

—¿Seguro que no te acuerdas de qué poema era? ¿Ni del autor?

—Lo he intentado, pero no... ¡Espera! —exclamó Robin de pronto—. Tenía un número.

—Catulo —dijo Strike, enderezándose en la silla de hierro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los poemas de Catulo no llevan un título, sino un número. En la mesita de centro de Chiswell había un volumen viejo. Catulo describió una serie de hábitos interesantes: incesto, sodomía, pederastia... No sé si se dejó la zoofilia. Hay uno famoso sobre un gorrión, pero sin contenido sexual.

—Qué coincidencia, ¿no? —comentó Robin, ignorando la bromita.

—A lo mejor le recetaron esas pastillas y eso le hizo acordarse de la parca.

—¿Tú crees que Chiswell era de los que confían en la homeopatía?

—No —admitió Strike—, pero si insinúas que el asesino dejó tirado un tubo de Láquesis como floreo artístico... —Oyó el tintineo de un timbre a lo lejos.

—Llaman a la puerta —dijo Robin—. Tengo que...

—Comprueba quién es antes de contestar —le advirtió Strike de repente.

Había tenido un presentimiento.

Se oyeron los pasos de Robin, amortiguados por la moqueta.

—Oh, no.

—¿Quién es?

—Mitch Patterson.

—¿Te ha visto?

—No, estoy arriba.

—Pues no abras.

—No, claro.

Pero entonces Robin empezó a respirar ruidosa y entrecortadamente.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —contestó ella con voz estrangulada.

—¿Qué ha...?

—Te dejo. Te llamo más tarde.

La comunicación se cortó.

Strike dejó el móvil. De pronto notó calor en los dedos de la mano con la que no sujetaba el teléfono, y se dio cuenta de que el cigarrillo se había quemado hasta el filtro. Lo apagó en el suelo de baldosas recalentado por el sol, lo lanzó por encima del muro al jardín de un vecino que a Nick

e Ilsa les caía mal, y encendió otro al instante, pensando en Robin.

Estaba preocupado por ella. Evidentemente, era lógico que experimentara ansiedad y estrés después de encontrar un cadáver y de que la interrogaran los servicios de inteligencia, pero por teléfono se había fijado en que tenía lapsus de concentración y que le preguntaba lo mismo dos o tres veces. También mostraba lo que él consideraba una impaciencia enfermiza por volver a la oficina o por salir a la calle.

Convencido como estaba de que Robin debería haberse tomado unas vacaciones, Strike no le había mencionado la línea de investigación que había empezado a seguir, porque estaba seguro de que ella insistiría en que la dejara ayudar.

Lo cierto era que, para él, el caso Chiswell no había empezado cuando el ministro le había explicado que le estaban haciendo chantaje, sino cuando Billy Knight le había contado la historia de una niña a la que habían estrangulado y enterrado envuelta en una manta rosa. Desde la última vez que Billy lo había llamado suplicándole que lo ayudara, el detective había telefoneado varias veces al número desde el que el más joven de los Knight se había puesto en contacto con él. Al final, el día anterior le había contestado un transeúnte curioso, que le había confirmado la ubicación de la cabina: estaba cerca de Trafalgar Square.

«... A Strike. Ese militar con la pierna amputada. Billy está obsesionado con él. Se cree que va a ir a rescatarlo.»

Seguro que había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de que Billy regresara al lugar donde había pedido ayuda por última vez. Strike se había pasado varias horas deambulando por Trafalgar Square la tarde anterior, pese a saber que la posibilidad de que Billy apareciera era muy remota; aun así, se había sentido obligado a hacer algo, aunque no sirviera de nada.

La otra decisión que había tomado Strike, aún más difícil de justificar, porque costaba un dinero que en esos momentos la agencia no podía malgastar, fue mantener a Barclay encargado de la vigilancia de Jimmy y Flick.

—Es tu dinero —dijo el glasgowiano cuando el detective le dio aquellas instrucciones—, pero ¿qué tengo que buscar?

—A Billy —contestó Strike—, y si no encuentras a Billy, cualquier cosa que te parezca extraña.

Evidentemente, la próxima vez que Robin repasara los números, se enteraría de lo que había estado haciendo Barclay.

De pronto, Strike tuvo la sensación de que lo observaban. *Ossie*, el más atrevido de los gatitos de Nick e Ilsa, estaba sentado en la ventana de la cocina, junto a los grifos, mirando por la ventana con aquellos ojos de color jade claro. Era una mirada de desaprobación.

37

De éste no podré nunca apartarme del todo.

Siempre quedará una duda.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Para no contravenir los términos de la resolución judicial, los fotógrafos se mantuvieron alejados del funeral de Chiswell, celebrado en Woolstone. Las agencias de noticias se limitaron a emitir comunicados breves en los que informaban de que el oficio se había celebrado. Strike, que se había planteado enviar flores, acabó no haciéndolo por temor a que ese gesto se interpretara como un recordatorio grosero de que aún no le habían pagado la factura. Entretanto, la pesquisa judicial de la muerte de Chiswell quedó abierta y aplazada, pendiente de ulteriores investigaciones.

Y entonces, de repente, el interés por Jasper Chiswell se esfumó. Fue como si el cadáver que durante una semana se había mantenido a flote sobre ríos de tinta, rumores y cotilleos se hundiera bajo las historias de deportistas, preparativos olímpicos y predicciones; en ese momento, todo el país estaba dominado por una inquietud casi universal, pues, tanto si aprobabas como si desaprobabas el acontecimiento, era imposible ignorarlo o evitarlo.

Robin seguía llamando a Strike a diario y lo presionaba para que la dejara volver al trabajo, pero el detective continuaba negándose. Mitch Patterson había vuelto a aparecer un par de veces en la calle de Robin, pero también en la agencia había novedades: un nuevo músico callejero llevaba instalado en la acera de enfrente durante toda la semana; el joven se olvidaba de cambiar de acorde cuando veía aparecer al detective, y de vez en cuando se interrumpía a media canción para contestar al móvil. Por lo visto, la prensa tenía muy presente que algún día los Juegos Olímpicos terminarían y que aún habría una jugosa historia que contar sobre la razón por la que Jasper Chiswell había contratado a unos detectives privados.

Ninguno de los contactos que Strike tenía en la policía parecía saber cómo progresaba la investigación de sus colegas sobre el caso. Strike, que normalmente se dormía incluso en las condiciones menos propicias, estaba nervioso y desvelado por las noches, y se quedaba despierto en la cama escuchando los ruidos de Londres, que parecían aumentados ahora que la ciudad estaba abarrotada con motivo de los Juegos Olímpicos. La última vez que había tenido que soportar un período tan largo de insomnio había sido durante la primera semana de convalecencia, después de que una bomba caminera le arrancara media pierna en Afganistán. En aquellos días, lo que le había impedido dormir había sido un insoportable picor imposible de aliviar, porque lo notaba en el pie que ya no tenía.

Strike no había vuelto a ver a Lorelei desde la noche de la recepción paralímpica. Después de despedirse de Charlotte en la calle, había ido a Trafalgar Square con la intención de localizar a Billy, de modo que había llegado aún más tarde de lo que había previsto a la cena con Lorelei. Cansado, dolorido, frustrado por no haber localizado a Billy y afectado por el encuentro sorpresa con su ex, había llegado al restaurante indio con la convicción, o mejor dicho, con la esperanza, de que Lorelei ya se hubiese marchado.

Sin embargo, no sólo la encontró esperando pacientemente en la mesa, sino que además lo puso de inmediato en una situación violenta recurriendo a lo que él calificó para sus adentros como una «retirada estratégica». En lugar de obligarlo a hablar del futuro de su relación, se disculpó por lo que describió como una precipitada y ridícula declaración de amor fruto de la exaltación sexual, añadiendo que era consciente de que él se había sentido incómodo y que lo lamentaba sinceramente.

Strike, que se había bebido casi toda la cerveza nada más sentarse y estaba dispuesto a abordar la desagradable tarea de explicarle a Lorelei que no quería que su relación se volviera ni más seria ni más permanente, se quedó bloqueado. La afirmación de Lorelei de que aquel «te quiero» había sido una especie de *cri de joie* invalidaba el discurso que él llevaba preparado, y, dado que ella estaba encantadora bajo la luz tenue del restaurante, le había resultado más fácil y más agradable aceptar sus explicaciones sin cuestionarlas que forzar una ruptura que, evidentemente, ninguno de los dos quería.

A lo largo de la semana siguiente no se habían visto, pero habían hablado por teléfono y se habían mandado mensajes varias veces, aunque Strike había hablado mucho más con Robin que con Lorelei. Cuando le explicó que el cliente que había muerto era el ministro que se había asfixiado con una bolsa de plástico, Lorelei se mostró muy comprensiva respecto a su necesidad de mantener un perfil bajo durante unos días.

De hecho, ni siquiera se inmutó cuando el detective rechazó su invitación para ver la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos con ella, alegando que ya había quedado para ir a verla a casa de Lucy y Greg. Su hermana todavía no quería perder a Jack de vista, y por esa razón había rechazado el ofrecimiento de Strike de llevarse al niño al Imperial War Museum aquel fin de semana, de modo que lo había invitado a cenar. Cuando le explicó a Lorelei cómo estaban las cosas, el detective se dio cuenta de que ella albergaba la esperanza de que la invitase a ir con él a casa de su hermana para presentarle a su familia, pero Strike le explicó que quería ir solo para estar un rato con su sobrino, al que había tenido muy abandonado, y Lorelei aceptó la disculpa con cordialidad, limitándose a preguntarle si estaría libre la noche siguiente.

Mientras el taxi lo llevaba desde la estación de Bromley South hasta la casa de Lucy, Strike se puso a pensar en su relación con Lorelei, ya que su hermana siempre le pedía un informe sobre su vida amorosa. Ésta era, de hecho, una de las razones por las que evitaba verse con ella. A Lucy le preocupaba que Strike, a sus casi treinta y ocho años, siguiera soltero. En una ocasión, lo había puesto en una situación muy embarazosa al invitar a cenar a una mujer que, según ella, podría ser de su agrado, lo cual le había demostrado que Lucy no tenía ni la más remota idea de cuáles eran sus gustos y sus necesidades.

Cuando el taxi se adentraba ya en la zona residencial de clase media de las afueras, Strike se encontró cara a cara con la incómoda verdad: que la buena disposición de Lorelei para aceptar el carácter informal de su relación no surgía de una voluntad compartida de independencia, sino de

la desesperación por conservarlo casi a cualquier precio.

Mientras miraba por la ventanilla hacia aquellas casas espaciosas con garajes de dos plazas y pulcros jardines, se puso a pensar en Robin, que lo llamaba a diario en cuanto su marido salía de casa, y después en Charlotte, que se había apoyado en su brazo para bajar la escalera de la Lancaster House con aquellos botines de tacón de aguja. Tener a Lorelei a su lado durante los últimos diez meses y medio le había resultado cómodo y agradable; era una mujer poco exigente, con la que se llevaba bien en la cama y que fingía que no estaba enamorada de él. Strike podría alargar la relación diciéndose a sí mismo que estaba «viendo cómo iban las cosas» —una de aquellas típicas frases sin sentido—, o afrontar que lo único que estaba haciendo era posponer una decisión que tarde o temprano debería tomar, y que, cuanto más tiempo dejara pasar, más problemas y más dolor ocasionaría.

Esas reflexiones no eran lo mejor para animarlo, desde luego, y cuando el taxi se detuvo ante la casa de Lucy y vio moverse los visillos tras el magnolio del jardín, sintió un resentimiento irracional hacia su hermana, como si todo aquello fuese culpa suya.

Jack abrió la puerta de la calle antes de que Strike pudiera tocar el timbre. Su sobrino parecía muy recuperado desde la última vez que lo había visto, y Strike se alegró de ello, pero al mismo tiempo se sintió molesto porque no le habían permitido llevárselo al museo y porque lo habían obligado a hacer aquel largo e incómodo trayecto hasta Bromley.

Sin embargo, la alegría de Jack ante su llegada y su interés por saber todo lo que su tío recordaba de los días que habían pasado juntos en el hospital, mientras él estaba inconsciente, hicieron que se sintiera conmovido, igual que el hecho de que Jack insistiera en sentarse a su lado a la hora de cenar y monopolizara por completo su atención. Era evidente que el pequeño sentía que el vínculo entre los dos se había estrechado desde que ambos habían pasado por el trance de una cirugía de urgencia. Quiso saber tantos detalles de la amputación de Strike que Greg acabó dejando los cubiertos en la mesa y apartando el plato con cara de asco. El detective siempre había tenido la impresión de que Jack, el hijo mediano, no era el favorito de Greg, así que experimentó un placer un tanto perverso al satisfacer la curiosidad de su sobrino, sobre todo porque sabía que su cuñado, que en otras circunstancias habría cortado la conversación de raíz, se estaba reprimiendo sólo porque su hijo estaba convaleciente. Lucy, ajena a todas esas corrientes subterráneas, no dejaba de sonreír, mirando sin cesar a Strike y a Jack. Por una vez, no interrogó a su hermano sobre su vida privada. Al parecer, lo único que le importaba era que Strike fuese cariñoso y paciente con su hijo.

Tío y sobrino se levantaron de la mesa en muy buenos términos. Jack se sentó al lado de Strike en el sofá para ver la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos, y no paró de hablar mientras esperaban a que comenzase la transmisión. Comentó, entre otras cosas, que confiaba en que hubiese rifles, cañones y soldados.

Ese comentario inocente hizo que Strike se acordara de Jasper Chiswell, quien, según Robin, había expresado su contrariedad por el hecho de que el poderío militar británico no fuese celebrado en aquella gran exaltación nacional. Strike se preguntó si Jimmy Knight también estaría en alguna parte sentado delante de un televisor, preparado para burlarse de una celebración que, para él, no era más que una farsa del capitalismo.

Greg le pasó a Strike una botella de Heineken.

—¡Vamos allá! —exclamó Lucy, emocionada.

La emisión en directo empezó con una cuenta atrás. Al cabo de unos segundos, uno de los

globos numerados no estalló como estaba previsto. «Que no la pifien», pensó Strike, olvidándose, de pronto, de todo lo demás y dejándose llevar por un arrebató de paranoia patriótica.

Pero la ceremonia de inauguración resultó todo lo contrario de una pifia, así que Strike se quedó para verla hasta el final; perdió el último tren voluntariamente, y aceptó la invitación de quedarse a dormir en el sofá cama y de desayunar el sábado por la mañana con la familia.

—¿Cómo va la agencia? Bien, ¿no? —le preguntó Greg mientras se comían el succulento desayuno que había preparado Lucy.

—Sí, no va mal —contestó Strike.

Normalmente no hablaba de su trabajo con Greg, a quien parecía haberle pillado por sorpresa el éxito de Strike. Daba la impresión de que a su cuñado le molestaba su distinguido historial militar. Mientras respondía a las preguntas de Greg sobre la estructura del negocio, los derechos y las responsabilidades de sus colaboradores externos, el estatus especial de Robin como socia asalariada y las posibilidades de expansión, Strike detectó —y no por primera vez— las esperanzas mal disimuladas de Greg de que su cuñado hubiese olvidado o pasado algo por alto que demostrase que un soldado no podía desenvolverse con tanta facilidad en el ámbito civil de los negocios.

—Pero ¿qué intenciones tienes? —le preguntó Greg, mientras Jack permanecía pacientemente al lado de su tío, sin duda alguna con ganas de seguir hablando de temas militares—. Supongo que intentarás hacer crecer el negocio para no tener que patearte la calle, ¿no? Querrás dirigirlo desde tu despacho.

—No —dijo Strike—. Si quisiera un trabajo de oficina, me habría quedado en el Ejército. Mi objetivo es contar con unos cuantos empleados de confianza para mantener un flujo de trabajo constante y obtener unos ingresos decentes. A corto plazo, me gustaría tener suficiente dinero en el banco para poder sobrellevar las malas rachas.

—Me parece un plan poco ambicioso —opinó Greg—. Con la publicidad gratuita que tuviste después del caso del destripador...

—¡No creo que sea el momento de hablar de ese caso! —gritó Lucy desde la cocina.

Greg le lanzó una mirada a su hijo y se calló, lo que permitió a Jack entrar de nuevo en la conversación con una pregunta sobre las pistas americanas.

Lucy, que había disfrutado enormemente con la visita de su hermano, estaba radiante de alegría cuando, después de desayunar, se despidió de él con un abrazo.

—Avísame cuando pueda llevarme a Jack por ahí —le dijo Strike, mientras su sobrino lo miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, te avisaré, y muchas gracias, Stick. Nunca olvidaré lo que...

—Yo no hice nada —la cortó Strike, dándole unas palmaditas en la espalda—. Lo hizo él solo. Es un chico duro de pelar, ¿verdad, Jack? Gracias por todo, Luce.

Strike tuvo la impresión de que se había marchado justo a tiempo. Mientras se terminaba un cigarrillo fuera de la estación, aprovechando que todavía faltaban diez minutos para que pasara el siguiente tren con destino al centro de Londres, pensó que, durante el desayuno, Greg parecía haber recuperado aquella combinación de locuacidad y entusiasmo con la que solía tratar a su cuñado, mientras que las preguntas que le había hecho Lucy acerca de Robin cuando ya se estaba poniendo la chaqueta habrían podido convertirse en una extensa investigación sobre sus relaciones

con las mujeres en general. Sin mucho entusiasmo, volvió a pensar en Lorelei, y justo en ese momento le sonó el móvil.

—¿Diga?

—¿Eres Cormoran? —preguntó una voz de mujer con acento de clase alta a quien no reconoció.

—Sí. ¿Quién es?

—Izzy Chiswell —contestó ella, que parecía que estuviera acatarrada.

—¿Izzy! —exclamó Strike, sorprendido—. Hola, ¿cómo estás?

—Bueno, la verdad es que voy tirando. Mira, es que hemos recibido tu factura.

—Ah, sí —dijo Strike, preguntándose si Izzy iba discutirle el importe total, que era considerable.

—Me gustaría pagarte cuanto antes. ¿Podrías...? No sé, ¿puedes venir a verme? ¿Hoy mismo, si es posible? ¿Cómo lo tienes?

Strike miró la hora. Por primera vez desde hacía varias semanas, no tenía nada que hacer excepto ir a cenar a casa de Lorelei, y la perspectiva de ir a recoger un cheque por una cantidad importante resultaba muy atractiva.

—Sí, puedo pasarme —contestó—. ¿Dónde estás?

Ella le dio su dirección de Chelsea.

—Tardaré aproximadamente una hora.

—Perfecto —respondió; parecía aliviada—. Hasta ahora, pues.

38

¡Oh, esa duda mortal!

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Era casi mediodía cuando Strike llegó a Chelsea. La casa de Izzy estaba en los antiguos establos de Upper Cheyne Row, ahora reconvertidos en una hilera de casas de lujo pero sin ser ostentosas que, a diferencia de las de Ebury Street, formaban un conjunto armonioso pese a estar desparejadas. La de Izzy era pequeña, estaba pintada de blanco y tenía una lámpara de carruaje junto a la puerta principal. Cuando Strike llamó al timbre, ella sólo tardó unos segundos en abrir.

Izzy llevaba unos pantalones negros holgados y un jersey negro demasiado grueso para un día tan soleado. Al verla, Strike se acordó de su primer encuentro con Chiswell, al que el ministro se había presentado con abrigo en pleno mes de junio. Izzy llevaba también una cruz de zafiros colgada del cuello. El detective pensó que había llevado el luto tan lejos como lo permitían la forma de vestir y la sensibilidad contemporáneas.

—Pasa, pasa —le dijo, nerviosa y evitando mirarlo a los ojos.

Se apartó y lo condujo a una sala diáfana con cocina y las paredes pintadas de blanco, sofás con estampado llamativo y una chimenea Art Nouveau con dos sinuosas estatuillas femeninas que sostenían la repisa. Los ventanales del fondo daban a un pequeño jardín privado en el que se veían unos muebles de hierro forjado distribuidos con esmero entre los arbustos artísticamente podados.

—Siéntate —dijo Izzy, señalando uno de aquellos coloridos sofás—. ¿Té? ¿Café?

—Té, perfecto. Gracias.

Strike se sentó, apartó discretamente unos incómodos cojines con cuentas y examinó la habitación. A pesar de las telas modernas de colores alegres, imperaba el estilo inglés tradicional. Había dos grabados de escenas de caza colgados sobre una mesa llena de fotografías con marcos de plata, entre las que destacaba un gran retrato en blanco y negro de los padres de Izzy el día de su boda: Jasper Chiswell ataviado con el uniforme de los Húsares Reales de la Reina y lady Patricia, rubia y sonriente en medio de una nube de tul. Sobre la repisa de la chimenea había una gran acuarela de tres bebés rubios, y Strike dedujo que serían Izzy y sus dos hermanos mayores, el difunto Freddie y Fizzy, a la que aún no conocía.

Izzy iba de aquí para allá escogiendo cucharillas de té y abriendo y cerrando armarios sin encontrar lo que buscaba. Por fin, tras rechazar la ayuda que le había ofrecido Strike, preparó una bandeja con una tetera, dos tazas de porcelana fina y unas galletas, y recorrió con ella la escasa distancia que había entre la cocina y la mesita del salón.

—¿Viste la ceremonia de inauguración? —preguntó educadamente mientras se afanaba con la tetera y el colador.

—Sí —contestó Strike—. Estuvo muy bien, ¿verdad?

—Bueno, a mí me gustó la primera parte, con todo aquello de la Revolución Industrial... Pero después me pareció que todo se volvía demasiado políticamente correcto. No sé si los extranjeros entenderán a qué venía todo eso del Servicio Nacional de Salud, y la verdad es que yo me habría ahorrado la música rap. Sírvete tú mismo la leche y el azúcar.

—Gracias.

Hubo un breve silencio, sólo interrumpido por el tintineo de la plata y la porcelana; era aquel silencio exquisito que en Londres sólo podía permitirse la gente con mucho dinero. En el ático de Strike no se percibía un silencio como aquél ni en invierno: la música, los pasos y las voces llenaban las calles del Soho, y cuando los peatones abandonaban la zona, se oía el murmullo del tráfico durante toda la noche; además, hasta la más débil ráfaga de viento hacía vibrar sus frágiles ventanas.

—Ah, tu cheque —dijo Izzy, levantándose de nuevo para coger un sobre que estaba en la cocina—. Toma.

—Muchas gracias.

Izzy volvió a sentarse y cogió una galleta, pero luego se lo pensó mejor y la dejó en el plato. Strike bebió un sorbo de té; estaba seguro de que era de la mejor calidad, pero para él tenía un sabor desagradable a flores secas.

—Bueno —soltó Izzy por fin—, no sé por dónde empezar.

Se miró los dedos. Llevaba las uñas sin pintar.

—Me da miedo que pienses que estoy como una cabra —murmuró mirando a Strike con gesto cohibido.

—No se me ocurriría —repuso Strike, dejando la taza de té y adoptando una expresión que quería ser alentadora.

—¿Te has enterado de lo que han encontrado en el zumo de naranja de mi padre?

—No.

—Comprimidos de amitriptilina molidos. No sé si sabes... Es un antidepresivo. Dice la policía que es un método de suicidio bastante eficaz y poco doloroso. Por lo visto quiso... asegurarse. Los comprimidos... y la bolsa.

Tomó un sorbo de té sin guardar mucho las formas.

—La policía fue muy amable, francamente. Bueno, supongo que reciben formación, ¿no? Nos explicaron que, si el helio está muy concentrado, basta una sola aspiración y... te duermes.

Frunció los labios y, de pronto, alzando mucho la voz, soltó un torrente de palabras:

—El caso es que tengo la certeza absoluta de que mi padre jamás se habría suicidado, porque eso era algo que detestaba, siempre decía que era la opción de los cobardes, y que era horrible hacerle eso a la familia y a todos los que quedaban atrás... Y otra cosa muy extraña es que en la casa no había ningún envase de amitriptilina. Ni cajas vacías ni blísteres, nada. Evidentemente, si hubiera aparecido alguna caja, habría llevado el nombre de Kinvara. Es a ella a quien le recetaron amitriptilina. Hace más de un año que la toma.

Izzy miró a Strike para ver qué efecto habían tenido sus palabras. Como el detective no dijo nada, siguió hablando.

—Mi padre y Kinvara se habían peleado la noche anterior, en la recepción, justo antes de que yo fuese a hablar contigo y con Charlie. Papá acababa de decirnos que le había pedido a Raff que fuera a la casa de Ebury Street la mañana siguiente, y Kinvara se puso furiosa. Preguntó por qué, pero mi padre no quiso decírselo: se limitó a sonreír, y eso la sacó de sus casillas.

—¿Por qué...?

—Porque nos odia a todos —dijo Izzy, anticipándose correctamente a la pregunta de Strike. Tenía las manos entrelazadas y los nudillos blancos—. Siempre ha odiado cualquier cosa y a cualquier persona que le disputara la atención o el afecto de mi padre, y a Raff lo odia especialmente porque es igual que su madre, y Ornella siempre la ha hecho sentir muy insegura, todavía es una mujer muy atractiva... Aunque Kinvara también le tiene manía a Raff porque es un chico. Siempre ha temido que reemplazara a Freddie, y quizá que mi padre volviese a ponerlo en el testamento. Kinvara se casó con mi padre por su dinero. Nunca lo ha querido.

—Cuando dices «que volviese a ponerlo»...

—Papá quitó a Raff de su testamento cuando él... Cuando pasó aquello con el coche. Kinvara estuvo detrás de esa decisión, por supuesto: no paraba de incitar a mi padre para que cortase por completo los lazos con Raff. En fin, en Lancaster House, cuando papá nos dijo que había invitado a Raff a venir al día siguiente, Kinvara se quedó callada, y de repente, al cabo de un par de minutos, dijo que se marchaba. Ella dice que volvió a Ebury Street y que le escribió una nota de despedida a mi padre... Bueno, tú estuviste allí. ¿Viste esa nota?

—Sí, la vi.

—Ya. Pues ella dice que escribió esa nota, recogió sus cosas y regresó a Woolstone en tren. Por las preguntas que nos hizo la policía, se diría que creían que mi padre se había suicidado porque Kinvara lo había abandonado, pero eso es absolutamente ridículo. Su matrimonio estaba acabado desde hacía una eternidad. Creo que ya hacía meses que papá la había calado. Kinvara contaba mentirijillas absurdas y hacía toda clase de cosas melodramáticas con el fin de mantener vivo el interés de mi padre. Te lo aseguro, si él hubiese creído que estaba a punto de abandonarlo no habría tenido ideas suicidas, ¡habría sentido alivio! En cualquier caso, estoy convencida de que no se tomó aquella nota en serio, él sabía perfectamente que sólo era teatro. Kinvara tiene nueve caballos y cero ingresos. Tendremos que sacarla a rastras de Chiswell House, igual que a Tinky la Primera... La tercera esposa de mi abuelo —aclaró Izzy—. Por lo visto, los varones Chiswell sienten debilidad por las mujeres aficionadas a la hípica y con las tetas grandes.

Izzy, sonrojada bajo las pecas, inspiró hondo y añadió:

—Creo que Kinvara mató a mi padre. No puedo quitármelo de la cabeza, no puedo concentrarme, no puedo pensar en nada más. Ella estaba convencida de que había algo entre mi padre y Venetia. Sospeché de Venetia nada más verla, y entonces aparecieron los del *Sun* husmeando por ahí y eso le confirmó que tenía motivos para estar preocupada. Seguramente creyó que el hecho de que mi padre incluyera de nuevo a Raff en el testamento demostraba que se estaba preparando para una nueva etapa, y creo que molió sus antidepresivos y se los puso en el zumo de naranja cuando él estaba distraído. Papá siempre se tomaba un vaso de zumo nada más levantarse, era su rutina. Y entonces, cuando empezó a adormilarse y ya no podía defenderse de ella, le puso la bolsa en la cabeza, y después de matarlo escribió esa nota para que pareciese que era ella la que iba a divorciarse de él. Probablemente, luego salió a hurtadillas de la casa, regresó a Woolstone y fingió que estaba allí cuando papá murió...

Izzy estaba quedándose sin aliento. Cogió la cruz que llevaba colgada del cuello y empezó a

jugar con ella, observando la reacción de Strike entre cohibida y desafiante.

Strike, que en su época de militar había tenido que participar en la investigación de varios suicidios, sabía que los parientes del fallecido casi siempre experimentaban un tipo de dolor particularmente dañino, una herida infectada que supuraba durante mucho más tiempo que la de aquellos cuyos familiares habían muerto por fuego enemigo. Él podía tener sus propias dudas sobre la causa de la muerte de Chiswell, pero no pensaba compartirlas con la desorientada y apenada mujer que estaba a su lado. Lo que más lo impactó de la diatriba de Izzy fue el odio que por lo visto sentía por su madrastra. La acusación que estaba haciendo contra Kinvara no era ninguna tontería, y Strike se preguntó cómo era posible que Izzy creyera que aquella mujer malhumorada y más bien infantil con la que había compartido cinco minutos en un coche fuese capaz de planear una ejecución tan metódica.

—Seguro que la policía ha comprobado los movimientos de Kinvara, Izzy —concluyó por fin—. En casos como éste, el cónyuge suele ser el primer investigado.

—Pues han dado por buena su versión —dijo ella, frenética—. Estoy convencida.

«Eso significa que su versión es cierta», pensó Strike. Su opinión de la Policía Metropolitana era demasiado buena como para sospechar una falta de rigor a la hora de confirmar los movimientos de la esposa, que había tenido fácil acceso a la escena del crimen y que consumía por prescripción médica el medicamento que habían encontrado en el cadáver.

—¿Quién más sabía que mi padre siempre bebía zumo de naranja por la mañana? ¿Quién más tenía acceso a la amitriptilina y a la bombona de helio?

—¿Sabes si Kinvara ha admitido haber comprado el helio? —preguntó Strike.

—No, pero es lógico que no lo admita, ¿no? Lo único que hace es montar numeritos de niña histérica. —Con una vocecita aguda, Izzy imitó a Kinvara—: «¡No sé quién trajo esa bombona! ¿Por qué me agobian? ¡Déjenme en paz! ¡Acabo de quedarme viuda!»

»Se lo dije a la policía: hace algo más de un año atacó a mi padre con un martillo.

Strike, que estaba a punto de tomar otro sorbo de aquel insípido té, se detuvo en el último instante.

—¿Cómo?

—Atacó a mi padre con un martillo —repitió Izzy mirando fijamente a Strike con sus ojos azul claro, empeñada en que comprendiera lo que acababa de revelar—. Tuvieron una fuerte discusión, porque... Bueno, el motivo no importa, pero estaban fuera, en los establos... Eso ocurrió en casa, claro, en Chiswell House. Kinvara cogió un martillo que estaba encima de una caja de herramientas y golpeó a mi padre en la cabeza. No lo mató de milagro. Aquella lesión le produjo disfunción olfativa. Perdió el sentido del olfato y del gusto, y se enfadaba por cualquier tontería, pero él se empeñó en que nada de aquello saliera a la luz. Ingresó a Kinvara en un centro residencial y le dijo a todo el mundo que estaba enferma, que tenía «agotamiento nervioso».

»Pero la moza de cuadra lo presencié todo y nos contó lo que había ocurrido. La chica tuvo que llamar al médico del pueblo porque mi padre sangraba muchísimo. Si papá no hubiese conseguido ingresar a Kinvara en el centro psiquiátrico y no hubiese mantenido a raya a la prensa, habría salido en todos los periódicos.

Izzy cogió su taza de té, pero ahora le temblaba tanto la mano que tuvo que volver a dejarla en la mesita.

—No es lo que los hombres creen que es —afirmó Izzy con vehemencia—. Todos se tragan el

cuento de la niña inocente, incluido Raff. «No olvides que perdió a un bebé, Izzy.» Pero te aseguro que si Raff supiera una cuarta parte de lo que Kinvara dice de él a sus espaldas, no hablaría así...

»¿Y qué me dices de eso de que la puerta principal estuviese abierta? —continuó Izzy, cambiando de tema—. Ya lo sabes, porque por eso Venetia y tú pudisteis entrar, ¿no? Esa puerta no cerraba bien, tenías que dar un portazo. Mi padre lo sabía. Si hubiese estado solo en la casa, se habría asegurado de cerrarla, ¿no crees? Pero si Kinvara hubiese salido temprano y no hubiese querido que la oyeran, habría tenido que dejarla entornada en lugar de cerrarla, ¿no?

»No es muy inteligente, no sé si te has fijado. Seguro que se llevó los envases de amitriptilina pensando que, si los encontraban, la incriminarían. Ya sé que a la policía le ha extrañado que no hubiese ningún envase, pero aun así todos parecen inclinarse por el suicidio, y por eso quería hablar contigo, Cormoran —concluyó Izzy, echándose un poco hacia delante—. Quiero contratarte. Quiero que investigues la muerte de mi padre.

Strike sabía que Izzy iba a hacerle esa petición casi desde que le había ofrecido la taza de té. Evidentemente, la perspectiva de que le pagaran por investigar algo que, en cualquier caso, lo tenía obsesionado, resultaba muy atractiva; sin embargo, los clientes que sólo buscaban la confirmación de sus propias teorías siempre daban problemas. No podía aceptar el caso en los términos que había planteado Izzy, pero sentía compasión por ella, así que buscó una forma más suave de rechazar su oferta.

—La policía no querrá que meta las narices en esto, Izzy.

—No tienen por qué saber que lo que estás investigando es la muerte de mi padre —replicó ella, esperanzada—. Podríamos fingir que queremos que investigues a esos presuntos intrusos que, según Kinvara, han entrado varias veces en el jardín. Le fastidiará un montón que ahora nos lo tomemos en serio.

—¿Sabe el resto de la familia que has hablado conmigo?

—Sí, sí —confirmó Izzy—. Fizzy está de acuerdo en todo.

—¿Ah, sí? ¿Ella también sospecha de Kinvara?

—Bueno, no —dijo con un deje de frustración—, pero está completamente de acuerdo conmigo en que mi padre no se suicidó.

—¿Y quién cree que lo mató, si no fue Kinvara?

—Bueno... —Izzy parecía incómoda con aquellas preguntas—, a Fizz se le ha metido en la cabeza la idea absurda de que Jimmy Knight tuvo algo que ver, pero evidentemente es ridículo. Jimmy estaba detenido cuando murió mi padre, ¿no? Tú y yo vimos cómo se lo llevaba la policía la noche antes... Pero Fizz no atiende a razones, ¡está obsesionada con Jimmy! «¿Cómo quieres que Jimmy Knight supiera dónde estaban la amitriptilina y el helio?», le pregunté a mi hermana, pero ella no me escucha, sigue empeñada en que Knight quería vengarse...

—¿Vengarse de qué?

—¿Cómo? —dijo Izzy, evasiva, aunque Strike sabía que lo había oído perfectamente—. Bueno, ahora eso no importa, es agua pasada.

Izzy cogió la tetera, se levantó y fue a la cocina para añadir más agua caliente del hervidor. Luego regresó con la tetera llena y la dejó con un golpe seco en la mesa.

—Fizz dice muchas tonterías sobre Jimmy. Nunca lo ha soportado. Ni cuando éramos adolescentes.

Volvió a ruborizarse y se sirvió la segunda taza de té. Como Strike no decía nada, repitió con nerviosismo:

—Lo del chantaje no puede tener nada que ver con la muerte de papá. Todo eso es agua pasada.

—No se lo habéis contado a la policía, ¿verdad? —preguntó Strike.

Hubo un silencio, y luego Izzy se sonrojó aún más. Tomó un sorbo de té y respondió:

—No.

Y entonces, atropelladamente, añadió:

—Lo siento, ya me imagino lo que pensáis Venetia y tú, pero ahora estamos más preocupados por el legado de mi padre. No podemos permitir que todo esto salte a la prensa, Cormoran. La única relación que podría haber entre el chantaje y su muerte es que lo hubiera llevado a suicidarse, y, sencillamente, no creo que mi padre fuese capaz de quitarse la vida ni por eso ni por ninguna otra razón.

—A Della no debió de resultarle difícil conseguir la resolución judicial —comentó Strike—, sobre todo si la propia familia de Chiswell la apoyaba diciendo que nadie le estaba haciendo chantaje.

—Nos importa más cómo será recordado mi padre. El chantaje... Eso ya no tiene importancia.

—Aun así, Fizzy sigue creyendo que Jimmy podría haber tenido algo que ver con la muerte de tu padre.

—Eso no es... Eso sería un tema aparte, sin nada que ver con el motivo por el que le estaban haciendo chantaje —replicó Izzy, de forma muy poco coherente—. Jimmy estaba resentido con... No es fácil de explicar... No le hagas caso a Fizz. Es que ella... no soporta a Jimmy.

—¿Qué opina el resto de la familia de que vayas a contratarme?

—Bueno... A Raff no le entusiasma la idea, pero esto no tiene nada que ver con él. Te voy a pagar yo.

—¿Y a qué se debe su falta de entusiasmo?

—Pues... Bueno, la policía le hizo más preguntas a Raff que a ninguno de nosotros, porque... Mira, olvídate de Raff —repitió—. Yo seré tu clienta, soy yo quien quiere contratarte. Lo único que tienes que hacer es desmontar las coartadas de Kinvara. Sé que puedes hacerlo.

—Lo siento, Izzy, pero me temo que no puedo aceptar el trabajo con esas condiciones.

—¿Por qué no?

—No acepto que el cliente me diga lo que puedo y lo que no puedo investigar. A menos que quieras descubrir toda la verdad, te has equivocado de persona.

—No me he equivocado, sé que eres el mejor, por eso papá te contrató a ti, y por eso quiero que te encargues de esto.

—Entonces tendrás que contestar a todas las preguntas que te haga, en lugar de decirme qué debo considerar importante y qué no.

Izzy lo miró furiosa por encima del borde de la taza y entonces, para sorpresa del detective, soltó una risita crispada.

—No sé de qué me sorprende. Ya sabía que eres así. ¿Te acuerdas de cuando discutiste con Jamie Maugham en Nam Long Le Shaker? Sí, seguro que te acuerdas. No dabas el brazo a torcer. Llegó un momento en que toda la mesa iba contra ti. ¿Sobre qué era la discusión, te...?

—Sobre la pena de muerte —contestó Strike, un tanto sorprendido—. Sí, me acuerdo.

Por unos instantes, en lugar del salón limpio y luminoso de Izzy, con sus reliquias de un próspero pasado inglés, le pareció ver el sórdido interior en penumbra de un restaurante vietnamita de Chelsea donde, doce años atrás, había discutido con un amigo de Charlotte durante la cena. Recordaba muy bien la cara ligeramente porcina de Jamie Maugham. Se había propuesto dejar en ridículo a aquel palurdo al que Charlotte se había empeñado en llevarse a la cena en lugar de al viejo amigo de Jamie, Jago Ross.

—Jamie se enfadó muchísimo contigo —dijo Izzy—. Ahora es un abogado de mucho renombre.

—Pues debe de haber aprendido a controlar su mal genio en las discusiones —repuso Strike, y ella volvió a soltar una risita—. Izzy —continuó el detective, volviendo al tema principal—, si vas en serio con todo esto...

—Voy en serio.

—Entonces tendrás que contestar a mis preguntas —dijo Strike, sacándose un bloc y un bolígrafo del bolsillo.

Izzy se quedó mirando el bolígrafo, indecisa.

—Soy discreto. —Strike la tranquilizó—. En estos dos últimos años he tratado con los secretos de un centenar de familias, y ni uno solo de ellos ha salido a la luz. Nada que no tenga relación con la muerte de tu padre volverá a mencionarse fuera de las paredes de mi agencia. Pero si no confías en mí...

—Sí que confío —saltó Izzy. De pronto, se inclinó hacia delante y le puso una mano encima de la rodilla, lo que sorprendió ligeramente a Strike—. Confío en ti, Cormoran, en serio, pero es que... no me resulta nada fácil hablar de mi padre...

—Lo entiendo —dijo él, preparando el bolígrafo—. Empecemos por esto: ¿por qué la policía interrogó a Raphael mucho más que a ningún otro miembro de la familia?

Se dio cuenta de que ella no quería contestar, pero tras un momento de vacilación, Izzy comenzó su explicación:

—Bueno, creo que, en parte, fue porque papá llamó por teléfono a Raff a primera hora de la mañana el día que murió. Fue la última llamada que hizo.

—¿Y qué le dijo?

—Nada importante. Nada que pudiera tener alguna relación con la muerte de mi padre... —Y acto seguido, como si quisiera anular cualquier impresión que sus últimas palabras hubiesen podido causar, se apresuró a añadir—: Aun así, creo que la razón principal por la que a Raff no le entusiasma que te contrate es que se enamoró de Venetia mientras ella estaba en el despacho, y ahora... bueno, evidentemente, se siente un poco estúpido por haberle abierto su corazón.

—Ah, ¿se enamoró de ella?

—Sí, por eso no me extraña que sienta que todos se han burlado de él.

—Pero de todas formas...

—Sí, ya sé qué vas a decir, pero...

—Si quieres que inicie una investigación, seré yo quien decida lo que importa, Izzy, y no tú. Y quiero saber —se dispuso a enumerar las veces que Izzy había dicho que una información «no importaba» y, ayudándose con los dedos, dijo—: de qué quería hablar tu padre con Raphael cuando lo llamó por teléfono la mañana de su fallecimiento, por qué estaban discutiendo tu padre y Kinvara cuando ella lo golpeó en la cabeza con un martillo y con qué le estaban haciendo

chantaje a tu padre.

La cruz de zafiros centelleaba, oscura, sobre el pecho de Izzy, que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Cuando por fin contestó, lo hizo entrecortadamente:

—No soy la más indicada para decirte qué... qué se dijeron papá y Raff la última vez que hablaron... Eso tendrá que contártelo Raff.

—¿Porque son asuntos privados?

—Sí —contestó Izzy, muy colorada.

Strike se preguntó si estaría diciéndole la verdad.

—Antes has dicho que tu padre le había pedido a Raphael que fuera a la casa de Ebury Street el día que murió. ¿Crees que a lo mejor quería cambiar la hora? ¿O cancelarlo?

—Cancelarlo. Pero, insisto, eso tendrás que preguntárselo a Raff...

—De acuerdo —dijo Strike, y anotó algo en el bloc—. ¿Por qué golpeó tu madrastra a tu padre en la cabeza con un martillo?

Los ojos de Izzy se llenaron de lágrimas. Dejó escapar un sollozo, se sacó un pañuelo de la manga y se lo apretó contra el rostro.

—No quería co-contártelo porque... no quería que pensaras ma-mal de mi padre ahora que... ahora que está... Verás, mi pa-padre hizo algo que...

Los anchos hombros empezaron a temblarle al ritmo de sus nada elegantes sollozos. Strike, para quien aquellas muestras de angustia sinceras y ruidosas eran más conmovedoras de lo que lo habrían sido unos toquecitos delicados para enjugarse las lágrimas, esperó, impotente y solidario, mientras ella intentaba formular una disculpa.

—Es que... Es que estoy... tan...

—No seas tonta —dijo él con brusquedad—. Claro que estás trastornada.

Pero Izzy parecía sumamente avergonzada por aquella pérdida de compostura, y fue salpicando sus hipidos de reiterados «lo siento» hasta que se tranquilizó. Al final, con un par de movimientos bruscos se secó la cara como si limpiara una ventana, pronunció un último «lo siento mucho», se enderezó y, con una vehemencia que Strike no pudo más que admirar, dadas las circunstancias, dijo:

—Si aceptas el caso... cuando hayamos firmado los dos... te contaré lo que hizo mi padre para que Kinvara le pegara con el martillo.

—Supongo que también me revelarás la razón por la que Winn y Knight estaban chantajeando a tu padre.

—¿Es que no lo entiendes? —dijo ella, y volvieron a brotarle las lágrimas—, ahora tengo que preocuparme por el legado de mi padre, por su memoria. No quiero que sean esas cosas lo que la gente recuerde de él. Por favor, Corm, ayúdanos. Por favor. Estoy convencida de que no fue un suicidio, sé que no fue un suicidio.

Strike dejó que su silencio hablara por él. Finalmente, Izzy, compungida y con la voz tomada, asintió.

—Está bien. Te contaré lo del chantaje, pero sólo si Fizz y Torks están de acuerdo.

—¿Quién es Torks? —preguntó Strike.

—Torquil, el marido de Fizzy... Juramos que nunca se lo contaríamos a nadie, pero hablaré co-con ellos y, si están de acuerdo, te lo contaré to-todo...

—¿Y a Raphael no se lo consultáis?

—Raff nunca ha sabido nada de lo del chantaje. La primera vez que Jimmy vino a ver a mi padre él aún estaba en la cárcel, y además Raff no creció con nosotros, de modo que no podía... Él nunca lo supo.

—¿Y Kinvara? —insistió Strike—. ¿Ella lo sabía?

—Sí, sí —contestó Izzy, y una mirada de malevolencia endureció sus facciones, normalmente afables—, pero ella seguro que no quiere que te lo contemos. Y no para proteger a mi padre —añadió al interpretar de forma correcta la expresión de Strike—, sino para protegerse a sí misma. Verás, Kinvara se beneficiaba. No le importaba lo que mi padre se llevara entre manos mientras ella recogiese los beneficios.

39

Pero hablo lo menos posible de ello, como es natural. Esas cosas es mejor sofocarlas.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El sábado no estaba siendo un buen día para Robin, que había pasado una noche aún peor.

Se había despertado a las cuatro de la madrugada dando un grito, con la sensación de que estaba todavía enredada en una pesadilla en la que llevaba una bolsa llena de micrófonos por calles oscuras, huyendo de unos hombres con máscara. La herida de cuchillo del brazo se le había abierto, y sus perseguidores aprovechaban el rastro de la sangre que iba dejando. Robin era perfectamente consciente de que no conseguiría llegar al sitio donde la esperaba Strike para que le entregara la bolsa con los micrófonos...

—¿Qué pasa? —preguntó Matthew, adormilado.

—Nada —contestó Robin.

Luego se quedó despierta en la cama hasta las siete de la mañana, cuando por fin se sintió autorizada a levantarse.

Un joven rubio y desaliñado llevaba dos días merodeando por Albury Street, pero apenas se tomaba la molestia de disimular que estuviese vigilando su casa. Robin lo había hablado con Strike, y él estaba seguro de que era un periodista y no un detective privado; probablemente era un becario, y lo habían enviado a vigilarla porque la tarifa por horas de Mitch Patterson debía de haberse convertido en un gasto difícil de justificar.

Matthew y ella se habían mudado a Albury Street para alejarse del lugar donde el destripador de Shacklewell los había estado acechando. Se suponía que la casa les ofrecería seguridad; sin embargo, ahora ya se había contaminado también con una muerte violenta. A media mañana, Robin se refugió en el cuarto de baño para que Matthew no se diera cuenta de que su mujer estaba hiperventilando otra vez. Sentada en el suelo, recurrió a la técnica que había aprendido en las sesiones de terapia, la reestructuración cognitiva, destinada a identificar los pensamientos automáticos de persecución, dolor y peligro que surgían en su mente en presencia de ciertos detonantes. «Sólo es un imbécil que trabaja para el *Sun*. Lo único que quiere es una historia. No estás en peligro. Él no puede hacerte nada. No corres ningún peligro.»

Cuando por fin salió del cuarto de baño y bajó, encontró a su marido cerrando de golpe los armarios y los cajones de la cocina mientras se preparaba un sándwich. No le preguntó a Robin si quería uno.

—¿Qué se supone que les vamos a contar a Tom y a Sarah, con ese idiota asomándose a

nuestras ventanas?

—¿Por qué tenemos que contarles nada a Tom y a Sarah? —preguntó Robin con cara de póquer.

—¡Porque esta noche vamos a cenar a su casa!

—Oh, no... —gimió Robin—. Bueno, sí... Lo siento. No me acordaba.

—¿Y si ese maldito periodista nos sigue?

—No le haremos caso —dijo Robin—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Oyó sonar su teléfono en el piso de arriba y, alegrándose de tener una excusa para alejarse de Matthew, fue a contestar.

—Hola —dijo Strike—. Buenas noticias. Izzy nos ha contratado para investigar la muerte de Chiswell. Bueno —se corrigió—, en realidad lo que quiere es que demos que lo mató Kinvara, pero he conseguido ampliar nuestras competencias.

—Fantástico —susurró Robin, cerrando la puerta del dormitorio con cuidado y sentándose en la cama.

—Sabía que te alegrarías —intervino Strike—. Pues bueno, para empezar, necesitamos un contacto que nos diga cómo va la investigación policial y, sobre todo, lo que dice el informe forense. Acabo de intentarlo con Wardle, pero ya le han advertido que no hable con nosotros. Por lo visto tenían claro que seguiría husmeando. Luego he sondeado a Anstis, pero tampoco ha servido de nada porque está con las Olimpiadas a jornada completa y no conoce a nadie del caso. ¿Cómo lo ves? ¿Vanessa ya ha vuelto de la baja?

—¡Sí! —exclamó Robin, emocionándose cada vez más. Nunca habían recurrido a un contacto que fuera suyo y no de Strike—. Y mejor aún: está saliendo con un chico del Departamento de Criminalística, un tal Oliver. Yo no lo conozco, pero...

—Pues sería estupendo que Oliver quisiera hablar con nosotros —dijo Strike—. Mira, voy a llamar a Shanker, a ver si puede venderme algo. Te llamo enseguida.

El detective colgó. Aunque tenía hambre, Robin no bajó al primer piso, sino que se tumbó en la elegante cama de caoba que les había regalado por la boda el padre de Matthew. Era tan voluminosa y pesada que había hecho falta todo el equipo de mozos del servicio de mudanzas para llevarla hasta allí; sudorosos y renegando por lo bajo, la habían subido desmontada por la escalera y habían vuelto a montarla en el dormitorio. El tocador de Robin, en cambio, era viejo y barato. Sin los cajones no pesaba más que una caja de naranjas, y había bastado un mozo para subirlo y colocarlo entre las ventanas del dormitorio.

Al cabo de diez minutos, volvió a sonarle el teléfono.

—Qué rápido.

—Sí, estamos de suerte. Shanker se ha tomado el día libre, y parece que nuestros intereses coinciden. Hay un personaje que no le importaría que la policía retirara de la circulación. Dile a Vanessa que podemos ofrecerle información sobre Ian Nash.

—¿Ian Nash? —repitió Robin, incorporándose y cogiendo papel y bolígrafo para anotar el nombre—. ¿Qué más sabes de él?

—Es un mafioso. Vanessa sabrá quién es.

—¿Cuánto te ha costado?

Los lazos de amistad que existían entre Strike y Shanker, estrechos a su manera, nunca interferían en las reglas de negocio de Shanker.

—La mitad de los honorarios de la primera semana —contestó Strike—, pero, si ese tal Oliver tiene algo para nosotros, será un dinero bien invertido. ¿Cómo estás?

—¿Qué? —dijo Robin, desconcertada—. Estoy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Supongo que nunca se te ha ocurrido pensar que, como empleador tuyo, tengo ciertas obligaciones.

—Somos socios.

—Tú eres socia asalariada. Podrías demandarme por malas condiciones laborales.

—¿No crees que si mi intención fuera demandarte ya lo habría hecho? —preguntó Robin examinándose el antebrazo, donde todavía se apreciaba la cicatriz de veinte centímetros, levemente amoratada sobre su piel clara—. De todas formas, si estás ofreciéndote para arreglar el aseo del rellano...

—Lo único que digo —insistió Strike— es que sería muy lógico que tuvieras alguna secuela. Uno no encuentra un cadáver todos los días.

—Estoy perfectamente —mintió Robin.

«Tengo que estar bien. No pienso perderlo todo otra vez», se dijo cuando ya se habían despedido.

40

El punto de partida de usted era muy distinto al suyo.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El miércoles a las seis de la mañana, Robin, que había vuelto a dormir en la habitación de invitados, se levantó y se puso unos vaqueros, una camiseta, una sudadera y unas zapatillas de deporte. En la mochila llevaba una peluca oscura que había comprado en internet y que le habían entregado el día anterior por la mañana, ante las mismísimas narices del periodista que la vigilaba. Bajó sin hacer ruido para no despertar a Matthew, con quien no había hablado de su plan porque sabía perfectamente que lo desaprobaría.

Entre Matthew y ella se había establecido una especie de paz un tanto precaria, a pesar de que la cena del sábado con Tom y Sarah había sido espantosa. De hecho, su situación había mejorado un poco precisamente por lo espantosa que había sido la cena.

La velada había comenzado con mal pie porque el periodista, tal como Matthew sospechaba, los había seguido. Sólo habían conseguido librarse de él gracias a la formación de Robin en contravigilancia, que decidió escabullirse del abarrotado vagón del metro justo antes de que se cerraran las puertas. Aquella maniobra, sin embargo, había ofendido a Matthew, que la consideró un truco infantil y poco digno. Pero ni siquiera él fue capaz de cargarle la culpa a Robin de lo que ocurrió durante el resto de la velada.

Ya en la mesa, lo que había empezado siendo un análisis desenfadado de su derrota en el partido benéfico de críquet, se había acabado convirtiendo en una conversación desagradable y agresiva. Tom, que había bebido bastante, había comenzado a atacar a Matthew y a decirle que no era tan bueno como él se creía, que al resto del equipo le molestaba su arrogancia, que en el despacho tampoco despertaba muchas simpatías, que irritaba a la gente y que todos estaban hartos de él. Conmocionado por aquel ataque repentino, Matthew intentó preguntar qué había hecho mal en el trabajo, pero Tom —que estaba tan borracho que Robin dedujo que había empezado a beber vino mucho antes de llegar ellos— interpretó el aire dolido y la incredulidad de Matthew como una provocación.

—¡No te hagas el inocente conmigo! —le gritó—. ¡No pienso aguantarlo más! ¡Basta ya de joderme y menospreciarme!

—¿Es verdad? —le preguntó Matthew a Robin, todavía conmocionado, cuando caminaban a oscuras hacia el metro.

—No —dijo Robin honestamente—. No le has dicho nada desagradable.

Pero no añadió lo que estaba pensando: «Al menos no esta noche.» Fue un alivio volver a casa

con un hombre dolido y desconcertado, muy diferente del Matthew con el que convivía, y, además, la comprensión y el apoyo que le había mostrado ella le permitieron ganar un par de días de tregua en casa.

Así que Robin no pensaba poner en peligro aquel alto el fuego contándole a Matthew la táctica que había planeado para aquella mañana, con la intención de quitarse de encima al periodista que continuaba apostado en la calle. No podía permitirse que la siguieran a una reunión con un patólogo forense, y menos aún teniendo en cuenta que, según le había contado Vanessa, había tenido que emplear todas sus dotes de persuasión para que Oliver accediera a hablar con ellos.

Cuando Robin salió sin hacer ruido por el ventanal que daba al jardín, se subió a una silla y trepó al muro del patio trasero de la casa de al lado que, afortunadamente, tenía las cortinas corridas. Saltó del muro y, con un ruido amortiguado, aterrizó en el césped del jardín del vecino.

La siguiente fase de su huida fue un poco más complicada. Primero tuvo que arrastrar un pesado banco ornamental del jardín de sus vecinos y desplazarlo un buen trecho hasta pegarlo contra una valla tratada con creosota, y entonces, encaramándose al respaldo, trepó hasta lo alto del panel, que osciló peligrosamente bajo su peso, y saltó al parterre que había al otro lado. Perdió el equilibrio y cayó al suelo de rodillas, pero volvió a levantarse y corrió por el siguiente jardín hasta la siguiente valla, donde había una puerta que daba al aparcamiento que había al otro lado.

Por suerte, el cerrojo no se le resistió. Cuando tiró de la cancela del jardín y la cerró, pensó arrepentida en las huellas que había dejado en el césped cubierto de rocío de los dos jardines. Si los vecinos se despertaban temprano, no les iba a costar mucho deducir de dónde había salido el intruso que había invadido sus propiedades, movido sus muebles de jardín y aplastado sus begonias. El asesino de Chiswell, suponiendo que hubiese un asesino, había sido mucho más hábil al borrar su rastro.

Se agachó detrás de un Skoda que estaba estacionado en el vacío aparcamiento que utilizaban los vecinos de aquella calle, en la que no había garajes; sacó la peluca oscura de la mochila, se la colocó ayudándose del espejo retrovisor del coche y echó a andar con brío por la calle paralela a Albury Street, hasta que torció a la derecha y se metió por Deptford High Street.

No había casi nadie por la calle, aparte de un par de furgonetas que hacían los primeros repartos de la mañana y el propietario de un quiosco que levantaba la persiana de la puerta de su tienda. Robin volvió la cabeza y tuvo un arrebató, pero no de pánico, sino de euforia: nadie estaba siguiéndola. Aun así, no se quitó la peluca hasta que se sintió a salvo en el metro, dándole una buena sorpresa al joven que llevaba un rato mirándola disimuladamente mientras fingía leer en su Kindle.

Strike había escogido el Corner Café de Lambeth Road por su proximidad al laboratorio forense donde trabajaba Oliver Bargate. Cuando llegó, Robin lo encontró fuera, fumando. El detective se fijó en las rodillas manchadas de barro de los vaqueros.

—Aterrizaje forzoso en un parterre —le explicó ella cuando llegó a su lado—. El periodista sigue merodeando por mi calle.

—¿Cómo has trepado? ¿Te ha ayudado Matthew?

—No, he tenido que usar los muebles de jardín.

Strike apagó el cigarrillo en la pared que tenía al lado y entró con Robin en la cafetería, en la que flotaba un agradable olor a comida. Le pareció que Robin estaba más pálida y más delgada de lo habitual, a pesar de que la vio muy animada cuando pidió té, café y dos bocadillos de beicon.

—Uno —la corrigió Strike—. Uno —le dijo también, con pesar, al camarero que estaba detrás del mostrador—. Estoy intentando perder peso —añadió, dirigiéndose a ella y señalando una mesa que acababa de quedar libre—. Por la pierna.

—Ah, muy bien —dijo Robin.

Strike se sentó y apartó unas migas con la manga, y una vez más pensó que Robin era la única mujer que no había intentado mejorarlo. Sabía que habría podido cambiar de opinión y haber pedido cinco bocadillos de beicon, y ella se habría limitado a sonreír y se los habría dado. Ese pensamiento le hizo sentir un afecto especial hacia ella cuando se acercó a la mesa con sus vaqueros manchados.

—¿Todo bien? —le preguntó, y empezó a salivar mientras la veía poner ketchup en el bocadillo.

—Sí —mintió Robin—, todo bien. ¿Y tú? ¿Cómo está tu pierna?

—Un poco mejor. ¿Qué pinta tiene ese tío con el que hemos quedado?

—Alto, negro, con gafas —dijo Robin con la boca llena.

Tanta actividad a primera hora de la mañana le había abierto el apetito.

—¿Y Vanessa ya vuelve a trabajar en lo de las Olimpiadas?

—Sí —confirmó Robin—. Y por lo visto, ha tenido que insistir para que Oliver aceptara hablar con nosotros. A él no le hacía ninguna gracia, pero ella está buscando un ascenso.

—Pues la información sobre Ian Nash la ayudará, estoy seguro —dijo Strike—. Por lo que me ha contado Shanker, la Policía Metropolitana lleva tiempo...

—Mira, creo que es él —susurró Robin.

El detective se volvió y vio a un hombre de color, con gafas de montura al aire, larguirucho y con cara de preocupación, en la puerta de la cafetería. Llevaba un maletín. Strike levantó una mano y lo saludó, y Robin deslizó un poco su bocadillo y su café y ocupó el asiento de al lado para que Oliver pudiera sentarse enfrente de Strike.

Robin no tenía muy claro qué era lo que esperaba: el novio de su amiga era un tipo atractivo, con aquel corte de pelo degradado y aquella camisa blanca inmaculada, pero parecía desconfiado y reticente, dos rasgos que le costaba asociar con Vanessa. Sin embargo, Oliver le estrechó la mano a Strike y, volviéndose hacia ella, dijo:

—Tú eres Robin, ¿no? Nunca habíamos coincidido.

—Sí —dijo ella, estrechándole también la mano.

El impecable aspecto de Oliver estaba haciendo que se sintiera incómoda por ir despeinada y con los vaqueros sucios.

—Me alegro de conocerte por fin —añadió—. Hay que pedir en el mostrador. ¿Qué te apetece, té o café? Ya voy yo.

—Pues... Vale, sí, café —contestó Oliver—. Gracias.

Robin se levantó, y Oliver se volvió hacia Strike.

—Me ha dicho Vanessa que tienes cierta información para ella.

—Es posible —dijo Strike—. Todo depende de lo que tú tengas para nosotros, Oliver.

—Preferiría saber qué es exactamente eso que puedes ofrecerme, antes de continuar.

Strike se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y se lo mostró.

—Una matrícula de coche y un mapa dibujado a mano.

Al parecer, aquello era suficientemente significativo para Oliver.

—¿Puedo preguntarte dónde lo has conseguido?

—Puedes preguntármelo —dijo Strike, midiendo sus palabras—, pero esa información no está incluida en el trato. Sea como sea, Eric Wardle te confirmará que mi contacto es fiable al cien por cien.

Un grupo de trabajadores entró en la cafetería hablando en voz muy alta.

—Todo esto es confidencial —continuó Strike en voz baja—. Nadie sabrá que has hablado con nosotros.

Oliver suspiró. Luego se agachó, abrió su maletín y sacó de él una gran libreta. Robin volvió a la mesa con una taza de café para Oliver y se sentó, mientras Strike se preparaba para tomar notas.

—He hablado con uno de los miembros del equipo que realizó el análisis forense —dijo Oliver mirando a los trabajadores, que ahora vociferaban en la mesa de al lado—, y Vanessa ha hablado con una persona que sabe cómo va la investigación. —Se dirigió a Robin y añadió—: No saben que Vanessa es amiga tuya. Si llega a filtrarse que os hemos ayudado...

—Por nosotros no van a saber nada —le aseguró Robin.

Oliver frunció un poco el ceño, abrió la libreta con cuidado y consultó los datos que había anotado allí con una letra pequeña pero legible.

—Veamos, el informe forense es bastante claro. No sé si queréis muchos detalles técnicos...

—Los mínimos —repuso Strike—. Bastará con lo más destacado.

—Chiswell había ingerido en ayunas alrededor de quinientos miligramos de amitriptilina disueltos en zumo de naranja.

—Es una dosis considerable, ¿verdad? —preguntó Strike.

—Sí, habría podido ser fatal por sí sola, incluso sin el helio, pero no habría actuado tan deprisa. Por otra parte, Chiswell estaba enfermo del corazón, por lo que era más vulnerable. La sobredosis de amitriptilina puede causar arritmia y paro cardíaco.

—¿Es un método de suicidio habitual?

—Sí —confirmó Oliver—, pero no siempre tan indoloro como cree la gente. Aún la tenía casi toda en el estómago. Trazas muy pequeñas en el duodeno. Según el análisis del tejido pulmonar y cerebral, en realidad fue la asfixia lo que lo mató. Probablemente la amitriptilina sólo era para asegurar el tiro.

—¿Huellas en el vaso y en el cartón de zumo de naranja?

Oliver pasó la página de su libreta.

—En el vaso sólo había huellas de Chiswell. Encontraron el cartón de zumo en la basura, vacío; había huellas de Chiswell y algunas otras. Nada sospechoso. Lo que cabría esperar de un envase que han manipulado durante la compra. En los restos de zumo del cartón no se halló ningún rastro de medicamento, de modo que la amitriptilina se puso directamente en el vaso.

—¿Y la bombona de helio?

—La bombona también tenía las huellas de Chiswell y algunas otras. Nada sospechoso. Igual que el cartón de zumo: lo normal si la habían manipulado durante la compra.

—¿La amitriptilina sabe a algo? —preguntó Robin.

—Sí, es amarga —dijo Oliver.

—Disfunción olfativa —le recordó Strike a Robin—. Después de la lesión en la cabeza. Es posible que no notara el sabor.

—¿Le produjo somnolencia? —le preguntó Robin al agente.

—Es probable, sobre todo si no solía tomarla, pero también puede provocar reacciones inesperadas. Podría haberle causado cierto grado de agitación.

—¿Algún indicio de cómo o dónde molieron los comprimidos? —preguntó Strike.

—Sí, en la cocina. Se encontraron restos de polvo en el mortero.

—¿Huellas?

—Las suyas.

—¿Sabes si también analizaron las píldoras homeopáticas? —preguntó Robin.

—¿Las qué?

—En el suelo había un tubo de píldoras homeopáticas. Yo lo pisé —le explicó Robin—. Láquesis.

—Es la primera vez que oigo hablar de ellas —dijo Oliver, y Robin se arrepintió de haberlo mencionado.

—Tenía una marca en el dorso de la mano izquierda.

—Sí. —Oliver volvió a consultar las notas—. Abrasiones en la cara y una pequeña marca en la mano.

—¿En la cara también? —preguntó Robin, dejando el bocadillo a medio camino entre la boca y el plato.

—Sí —confirmó Oliver.

—¿Y tienen alguna explicación? —insistió Strike.

—Lo que te gustaría saber es si la bolsa se la pusieron a la fuerza en la cabeza. —Aquello no era una pregunta, sino una afirmación—. Al MI5 también. Saben que esas marcas no se las hizo él solo, pero no tenía nada bajo las uñas. Por otra parte, no había marcas en el cuerpo que indicaran violencia, ni nada fuera de su sitio en la habitación, ni ningún indicio de que hubiese habido un forcejeo...

—Excepto la espada con la hoja doblada —repuso Strike.

—Se me olvida que estuvisteis allí —dijo Oliver—. Todo esto ya lo sabéis.

—¿Huellas en la espada?

—La habían limpiado hacía poco, pero en el puño había huellas de Chiswell.

—¿A qué hora se calcula que murió?

—Entre las seis y las siete de la mañana —contestó Oliver.

—Pero estaba completamente vestido —musitó Robin.

—Por lo que sé de él, debía de ser la clase de persona a la que no le habría gustado que la muerte lo sorprendiera en pijama —dijo Oliver con frialdad.

—Entonces... ¿la Metropolitana se inclina por el suicidio? —preguntó Strike.

—Todavía no es oficial, pero creo que es muy probable que la causa del fallecimiento quede sin determinar. Hay algunas discrepancias que aún no hemos podido explicar... Que la puerta de la calle estaba abierta ya lo sabéis, claro. Está levemente combada. Para que se cierre tienes que tirar de ella con fuerza, pero a veces, si le das demasiado fuerte, rebota y se abre. De modo que el hecho de que estuviese abierta podría ser accidental. Cabe la posibilidad de que Chiswell no se diera cuenta de que la había dejado entreabierta, aunque, de todas formas, quizá el asesino no supiera que había truco para cerrarla.

—¿Por casualidad sabes cuántas llaves había de esa puerta? —dijo Strike.

—No. Y estoy seguro de que eres consciente de que Van y yo hemos tenido que disimular nuestro interés al hacer todas estas preguntas.

—El difunto es un ministro —repuso Strike—. No hacía falta disimular mucho.

—Lo que sí me queda claro —dijo Oliver— es que tenía muchas razones para quitarse la vida.

—¿Como cuáles? —preguntó Strike con el bolígrafo suspendido sobre la hoja de su bloc.

—Su mujer iba a abandonarlo...

—Presuntamente —señaló el detective mientras escribía.

—Habían perdido a un bebé, su hijo mayor murió en Iraq, la familia dice que se comportaba de un modo extraño, que bebía demasiado, etcétera, y además tenía problemas económicos graves.

—¿Ah, sí? —preguntó Strike—. ¿Qué clase de problemas?

—Se arruinó casi por completo durante la crisis de dos mil ocho —explicó Oliver—. Y luego... pasó eso que vosotros estabais investigando.

—¿Sabéis dónde estaban los chantajistas a la hora de la...?

Oliver dio una brusca sacudida y estuvo a punto de derramar el café. Se inclinó hacia Strike y, en voz baja, le dijo:

—Se ha emitido una resolución judicial, por si no lo sabíais.

—Sí, ya nos hemos enterado —afirmó Strike.

—Bueno, pues a mí me gusta mi trabajo.

—De acuerdo. —Strike no pareció inmutarse, pero bajó la voz—. Te lo preguntaré de otra forma. ¿Han comprobado los movimientos de Geraint Winn y de Jimmy...?

—Sí —lo interrumpió Oliver—, y los dos tienen coartada.

—¿Qué coartada?

—El primero estaba en Bermondsey con...

—¿Con Della? —saltó Robin, que no pudo controlarse.

La idea de que la coartada de Geraint fuese una mujer ciega le parecía indecente. Se había convencido a sí misma, tal vez de un modo un tanto ingenuo, de que Della estaba al margen de las actividades delictivas de Geraint.

—No —repuso Oliver secamente—. Aunque preferiría que dejarais de usar según qué nombres.

—Entonces ¿con quién? —preguntó Strike.

—Con un empleado. Él dice que estaba con él, y el empleado lo ha confirmado.

—¿Había más testigos?

—No lo sé —admitió Oliver con un deje de frustración—. Supongo que sí. Han dado por buena la coartada.

—¿Y Jim...? ¿Y el otro?

—Estaba en East Ham con su novia.

—¿Ah, sí? —dijo Strike, tomando nota—. Yo vi cómo se lo llevaban en una furgoneta policial la noche antes de morir Chiswell.

—Lo soltaron con una advertencia —Oliver bajó la voz y añadió—, pero los chantajistas no suelen asesinar a sus víctimas, ¿verdad?

—Si están obteniendo dinero de ellas, no —concedió Strike, que seguía escribiendo—. Pero Knight no había recibido nada.

Oliver miró la hora.

—Un par de cosas más —dijo Strike sosegadamente; seguía con el codo clavado en el sobre que contenía la información sobre Ian Nash—. ¿Sabe Vanessa algo de una llamada que Chiswell le hizo a su hijo la misma mañana que falleció?

—Sí, me comentó algo de eso... —contestó Oliver, hojeando la libreta hasta que encontró la información—. Sí, hizo dos llamadas poco después de las seis. La primera a su mujer y la segunda a su hijo.

Strike y Robin volvieron a mirarse.

—Ya sabíamos que había llamado a Raphael. ¿A su mujer también?

—Sí, la llamó a ella primero.

Oliver debió de interpretar bien su reacción, porque entonces añadió:

—La mujer está limpia. Fue la primera persona a la que investigaron, después de descartar que hubiese un móvil político, evidentemente. Un vecino la vio entrar en la casa de Ebury Street la noche anterior y salir poco después con una bolsa, dos horas antes de que regresara su marido. Un taxi la recogió hacia la mitad de la calle y la llevó a Paddington. Las cámaras la grabaron en el tren que cogió para regresar a su residencia en... Oxfordshire, ¿no? Y por lo visto había alguien en la casa que afirma que llegó allí antes de medianoche y no volvió a salir hasta que la policía fue a comunicarle la muerte de Chiswell. Varios testigos para las diferentes etapas del viaje.

—¿Quién estaba en la casa con ella?

—Eso no lo sé. —Oliver miró el sobre que Strike seguía sujetando con el codo—. Y no sé nada más, de verdad.

El detective le había preguntado todo lo que había querido y había conseguido un par de datos que no esperaba, entre ellos las abrasiones de la cara de Chiswell, su precaria situación económica y la llamada de teléfono a Kinvara a primera hora de la mañana.

—Nos has ayudado mucho —le dijo a Oliver, y deslizó el sobre por la mesa—. Muchas gracias.

Oliver se alegró de que el encuentro hubiese terminado. Se levantó y, tras volver a estrecharle brevemente la mano al detective y saludar con la cabeza a Robin, salió de la cafetería. Cuando lo perdió de vista, Robin se recostó en la silla y suspiró.

—¿A qué viene esa cara tan triste? —le preguntó Strike, terminándose la taza de té.

—Éste va a ser nuestro trabajo más breve hasta la fecha. Izzy quiere que demos que fue Kinvara.

—Lo que quiere es saber la verdad sobre la muerte de su padre —la corrigió Strike, aunque sonrió ante el gesto de escepticismo de Robin—, y sí, ella confía en que haya sido Kinvara. Bueno, tendremos que ver si podemos desmontar todas esas coartadas, ¿no te parece? El sábado voy a ir a Woolstone. Izzy me ha invitado a Chiswell House para conocer a su hermana. ¿Vienes conmigo? Tal como tengo la pierna, prefiero no conducir.

—Sí, claro —dijo Robin de inmediato.

La perspectiva de salir de Londres con Strike, aunque sólo fuese por un día, la atraía tanto que ni siquiera se planteó si Matthew y ella habían hecho algún plan; aunque seguro que, en la estela de su inesperada reconciliación, él no le pondría ningún obstáculo. Al fin y al cabo, Robin llevaba

una semana y media sin trabajar.

—Podemos ir en el Land Rover. Resultará más cómodo para conducir por el campo que tu BMW.

—Quizá necesites emplear alguna táctica de distracción si ese plumilla sigue vigilándote —dijo Strike.

—Imagino que me costará menos librarme de él en coche que a pie.

—Sí, supongo que sí —coincidió el detective.

Robin tenía un título de conducción avanzada. Strike nunca se lo había dicho, pero ella era la única persona de la que se fiaba al volante.

—¿A qué hora tenemos que estar en Chiswell House?

—A las once. Pero organízate para pasar todo el día fuera. Quiero aprovechar e ir a echar un vistazo a la antigua casa de los Knight... —Titubeó un momento—. No recuerdo si te lo dije..., pero he mantenido a Barclay infiltrado para vigilar a Jimmy y a Flick.

Imaginó que Robin se enfadaría al saber que había tomado esa decisión sin antes consultárselo; que le disgustaría enterarse de que Barclay había seguido trabajando mientras ella se quedaba en casa, o, aún más comprensible, que le preguntaría a qué estaba jugando, dado el estado de las finanzas de la agencia, pero Robin se limitó a decir, con más sorna que resentimiento:

—Sabes perfectamente que no me lo dijiste. ¿Por qué quieres que siga con eso?

—Porque tengo el presentimiento de que los hermanos Knight tienen más historia de lo que parece.

—Siempre me dices que desconfíe de los presentimientos.

—Pero nunca he dicho que no sea un poco hipócrita. Ah, y prepárate —añadió Strike mientras se levantaban—, porque Raphael no está nada contento contigo.

—¿Y eso?

—Dice Izzy que se enamoró de ti. No le ha sentado nada bien enterarse de que eres una detective que estaba allí infiltrada.

—Vaya... —dijo Robin, ruborizándose ligeramente—. Bueno, estoy segura de que lo superará enseguida. Es de esa clase de hombres.

41

No me preocupa eso en especial, sino lo que nos juntó en un principio, lo que nos une tan entrañablemente uno a otro.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Strike había dedicado muchas horas de su vida a tratar de adivinar qué había hecho para provocar el silencio y el mal humor de la mujer con la que estaba. En esta ocasión, sin embargo, sabía perfectamente por qué Lorelei había estado de morros durante gran parte de la noche del viernes, cómo la había hecho enfadar; es más, estaba dispuesto a admitir que su enfado, hasta cierto punto, era justificado.

Hacía cinco minutos que Strike había llegado al piso de Camden cuando Izzy lo llamó al móvil, en parte para decirle que había recibido una carta de Geraint Winn, pero sobre todo, como él vio enseguida, para charlar. No era la primera cliente que daba por hecho que, al contratar los servicios del detective, había contratado también los de una mezcla de padre confesor y terapeuta. Izzy parecía decidida a pasarse toda la noche del viernes hablando con él, y aquella coquetería que había manifestado al posar la mano en su rodilla en su anterior encuentro se acentuó aún más por teléfono.

Algunas mujeres con las que tenía que tratar en su vida profesional, sobre todo las más frágiles y las que se sentían solas, mostraban cierta tendencia a considerar a Strike como un amante en potencia. Él nunca se había acostado con ninguna cliente, pese a que en algún caso había tenido esa tentación. La agencia significaba demasiado para él. Pero, además, aunque se hubiese sentido atraído por Izzy, habría adoptado la precaución de mantener una actitud aséptica y profesional, porque siempre asociaría a Izzy con Charlotte.

Pese a que deseaba cortar cuanto antes la llamada —Lorelei había cocinado, y estaba muy guapa con un vestido de seda de color azul zafiro que parecía un camisón—, Izzy se había pegado a él como una lapa. Strike tardó casi tres cuartos de hora en librarse de su cliente, que se reía a carcajadas hasta de sus chistes más malos, por lo que era imposible que Lorelei no se hubiese dado cuenta de que la que estaba al otro lado de la línea era una mujer. Cuando Strike colgó y empezó a explicarle que se trataba de una cliente trastornada por el fallecimiento de un pariente, lo llamó Barclay para ponerlo al día sobre Jimmy Knight. A ojos de Lorelei, el solo hecho de haber contestado a la segunda llamada, por mucho que fuera considerablemente más breve, había agravado la ofensa inicial del detective.

Era la primera vez que quedaba con Lorelei desde que ella se había retractado de su declaración de amor. Durante la cena, su semblante lánguido confirmó sus sospechas de que, lejos

de querer continuar con aquella relación con un escaso grado de compromiso, Lorelei se había aferrado a la esperanza de que, si dejaba de presionarlo, él acabaría dándose cuenta de que, en realidad, estaba profundamente enamorado de ella. Pero, al permanecer al teléfono durante casi una hora mientras la cena iba enfriándose en el horno, Strike había echado por tierra todas sus esperanzas de pasar una velada perfecta y de establecer un nuevo comienzo para su relación.

Si Lorelei hubiera aceptado sus sinceras disculpas, Strike quizá habría tenido ganas de acostarse con ella. Sin embargo, hacia las dos y media de la madrugada, cuando, por fin, abrumada por una mezcla de autorrecriminación y autojustificación, ella rompió a llorar sin poder evitarlo, el detective estaba demasiado cansado y malhumorado como para compartir unos momentos de intimidad física que, sin duda alguna, habrían adquirido en la imaginación de Lorelei una importancia que él se negaba a darles.

«Esto tiene que acabar», pensó cuando se levantó, a las seis de la mañana, ojeroso y con barba incipiente, haciendo el menor ruido posible para no despertar a Lorelei antes de salir del piso. Prescindió del desayuno, porque ella había sustituido la puerta de la cocina por una cortina de cuentas muy graciosa, de estilo retro, que hacía mucho ruido. Ya se dirigía hacia la escalera que llevaba a la calle cuando, de pronto, Lorelei salió del oscuro dormitorio, despeinada, triste y muy sexi con su kimono corto.

—¿Ni siquiera pensabas despedirte?

«No llores. Por favor. No llores, joder.»

—No quería molestarte. Tengo que irme, Robin va a venir a recogerme a...

—Ah —dijo Lorelei—. Claro, no quieres hacer esperar a Robin.

—Ya te llamaré.

Le pareció oír un sollozo cuando llegó a la puerta de la calle, pero hizo más ruido del necesario para abrirla, y de ese modo pudo fingir no haber oído nada.

Como había salido con tiempo de sobra, Strike dio un rodeo y pasó por un McDonald's, donde se compró un Egg McMuffin y un café, y luego se sentó con su consumición a una mesa que aún no habían limpiado, rodeado de otros clientes que ese sábado también se habían levantado temprano. Un joven que tenía un forúnculo en la nuca leía el *Independent* justo delante de él, y Strike alcanzó a leer el titular por encima de su hombro —«LA MINISTRA DE DEPORTE SE DIVORCIA»— antes de que el chico pasara la página.

Sacó el móvil y buscó «matrimonio Winn» en Google. La noticia apareció de inmediato: «La ministra de Deporte anuncia la separación “amistosa” de su marido», «Della Winn pone punto final a su matrimonio», «La ministra ciega de los Paralímpicos se divorcia».

Las noticias de los periódicos más importantes eran objetivas y bastante breves; algunas incluían detalles de la impresionante carrera de Della dentro y fuera de la política, pero nada más. Los abogados de la prensa estaban siendo especialmente prudentes con los Winn, y eso significaba que la resolución judicial seguía vigente. Strike se terminó el McMuffin en un par de bocados, se puso un cigarrillo en los labios y salió cojeando del restaurante. Una vez en la calle, encendió el cigarrillo y buscó con el móvil la página web de un famoso *blogger* político conocido por sus calumnias.

El breve párrafo estaba escrito hacía apenas unas horas.

¿Qué repulsiva pareja de Westminster, famosa porque sus dos miembros sienten debilidad por los empleados jovencitos, se rumorea que se separa por fin? Él está a punto de perder el acceso a las jóvenes y bellas aspirantes a políticas que tanto tiempo lleva persiguiendo; ella, por su parte, ya ha encontrado a un apuesto y joven «ayudante» con quien aliviar el dolor de la separación.

Menos de cuarenta minutos más tarde, Strike salió de la estación de metro de Barons Court y se apoyó en el buzón que había enfrente de la entrada: una figura solitaria bajo las letras de estilo Art Nouveau y el frontón partido de la elegante estación que tenía detrás. Sacó otra vez el móvil y siguió leyendo sobre la separación de los Winn. Llevaban más de treinta años casados. Strike sólo conocía a otra pareja que hubiera durado tanto tiempo, sus tíos de Cornwallles, que habían cuidado de él y de su hermana durante aquellos intervalos en los que su madre no había podido o no había querido ocuparse de ellos.

Oyó un rugido y una vibración que le resultaron familiares y levantó la cabeza. El viejo Land Rover que Robin les había birlado a sus padres iba derecho hacia él. La visión de la dorada y brillante cabeza de Robin detrás del volante pilló desprevenido al cansado y alicaído detective, que sintió una oleada de felicidad inesperada.

—Buenos días —lo saludó Robin, fijándose en el mal aspecto que tenía Strike mientras él abría la puerta y tiraba su bolsa de viaje dentro del coche—. ¡Vete al cuerno! —añadió, mirando al conductor que tenía detrás y que ya estaba tocando el claxon, ofendido porque el detective estaba tardando demasiado tiempo en subir al coche.

—Lo siento, la pierna me está dando problemas. Me he vestido corriendo.

—No pasa nada... ¡Que te calles, imbécil! —le gritó Robin al conductor, que ahora los estaba adelantando y gesticulaba mientras la insultaba.

Strike ocupó por fin el asiento del acompañante y cerró la puerta, y Robin arrancó.

—¿Has tenido algún problema para salir? —preguntó el detective.

—¿A qué problema te...?

—El periodista.

—Ah —dijo ella—. No, no estaba. Parece que han desistido.

Strike se preguntó también si Matthew le habría puesto muchos problemas a Robin al saber que iba a trabajar el sábado.

—¿Te has enterado de lo de los Winn? —le preguntó.

—No, ¿qué ha pasado?

—Se separan.

—¡No!

—Sí. Sale en todos los periódicos. Escucha esto...

Le leyó la publicación de la página web sobre política.

—Madre mía —murmuró Robin.

—Anoche recibí un par de llamadas interesantes —continuó Strike mientras se dirigían hacia la M4.

—¿De quién?

—Una de Izzy, y la otra, de Barclay. Izzy recibió ayer una carta de Geraint.

—¿Ah, sí?

—Sí. Se la envió hace unos días a Chiswell House, en lugar de a su apartamento de Londres, y

por eso no pudo leerla hasta que volvió a Woolstone. Le pedí que me la escaneara y me la enviara por correo electrónico. ¿Quieres que te la lea?

—Sí, claro —contestó Robin.

—«Queridísima Isabella...»

—¡Uf! —Robin se estremeció.

—«Espero que comprendas —siguió leyendo Strike— que a Della y a mí no nos pareciera apropiado dirigirnos a ti inmediatamente después del fallecimiento de tu padre. Ahora lo hacemos con toda nuestra buena voluntad.»

—Pues si necesita aclarar eso...

—«Della y yo quizá hayamos tenido diferencias políticas y personales con Jasper, pero nunca hemos olvidado que era un hombre de familia, y sabemos que vuestra pérdida habrá sido muy dolorosa. Has dirigido esta oficina con cortesía y eficacia, y nuestro pequeño pasillo no será lo mismo sin ti.»

—Pero ¡si la trataba como si no existiera! —exclamó Robin.

—Eso es exactamente lo que me dijo Izzy por teléfono anoche. Espera, que ahora te menciona a ti.

—«Estoy convencido de que no tienes nada que ver con las actividades, casi con toda seguridad ilegales, de esa joven que se hace llamar “Venetia”. Creemos que es nuestro deber informarte de que estamos investigando la posibilidad de que accediera a información confidencial en las múltiples ocasiones en que entró en este despacho sin nuestro consentimiento.»

—Nunca toqué nada, aparte de la toma de corriente —protestó Robin—, y tampoco entré en el despacho en «múltiples ocasiones». Como mucho, fueron tres veces.

—«Como ya sabes, el suicidio es una tragedia que también ha golpeado a nuestra familia. Sabemos que éste va a ser un momento sumamente triste y difícil para vosotros. Parece que nuestras familias están condenadas a coincidir en sus horas más oscuras. Os acompañamos en el sentimiento, un fuerte abrazo, etcétera, etcétera.»

Strike cerró la carta en el teléfono.

—Eso no es una nota de condolencias —dijo ella.

—No, es una amenaza. Si los Chiswell se van de la lengua sobre algo de lo que has averiguado acerca de Geraint o su organización benéfica, él te utilizará a ti para atacarlos.

Robin entró en la autopista.

—¿Cuándo dices que le envió esa carta?

Strike lo comprobó en el móvil.

—Hace cinco o seis días.

—No da la impresión de que cuando la envió supiera que su matrimonio estaba acabado... ¿Y esa chorrada de «nuestro pasillo no será lo mismo sin ti»? Si se separa de Della, supongo que él también perderá su empleo, ¿no?

—Supongo —contestó Strike—. ¿Es muy guapo Aamir Mallik?

—¿Cómo? —dijo Robin, extrañada—. Ah, el «joven ayudante»... Bueno, no está mal, pero tampoco es nada del otro mundo.

—Tiene que ser él. ¿O es que se dedica a coger de la mano y a llamar «cariño» a muchos más jóvenes?

—Me cuesta imaginar que sea el amante de Della —repuso Robin.

—«Los hombres como usted...» —citó Strike—. Es una pena que no recuerdes el número de ese poema.

—¿Tiene uno sobre jóvenes que se acuestan con mujeres mayores?

—Los más conocidos tratan precisamente sobre eso —dijo Strike—. Catulo se enamoró de una mujer mayor.

—Aamir no está enamorado —dijo Robin—. Ya has oído la grabación.

—No parecía que estuviera loco por ella, tienes razón. Pero no me importaría saber qué es lo que provoca esos ruidos de animal que hace por la noche. Esos de los que se quejan los vecinos.

Le dolía la pierna y se palpó la articulación, entre la prótesis y el muñón. Parte del problema era que se había puesto la prótesis con prisas y a oscuras.

—¿Te importa si me coloco bien la...?

—No, claro que no —dijo Robin.

Strike se arremangó la pernera y empezó a quitarse la prótesis. Durante dos semanas no había tenido más remedio que dejar de ponérsela, y ahora la piel del muñón ya no aceptaba la fricción. Sacó un tubo de crema E45 de su bolsa y se aplicó una capa abundante en la piel enrojecida.

—Perdona, tendría que haberlo hecho antes...

Robin dedujo, por la presencia de la bolsa de viaje de Strike, que el detective había ido allí desde casa de Lorelei, y se preguntó si habría estado demasiado entretenido con su novia como para preocuparse por su pierna. Matthew y ella no habían vuelto a acostarse desde el fin de semana del aniversario.

—Me la voy a quitar un rato —dijo Strike.

Y la puso junto a la bolsa de viaje, en el asiento trasero del Land Rover. Al darse la vuelta, vio que Robin sólo había cogido un termo forrado con tela escocesa y dos tazas de plástico. Se llevó un chasco. En las anteriores ocasiones en que habían salido de Londres en coche, siempre había llevado una bolsa llena de comida en el asiento trasero.

—¿No hay galletas?

—¿No estabas intentando adelgazar?

—Nada de lo que se come cuando viajas en coche cuenta, eso te lo dirá cualquier dietista competente.

Robin sonrió.

—«Las calorías son un fraude: la dieta Cormoran Strike.»

—«Strike y el hambre: al borde de la inanición en un Land Rover.»

—Deberías haber desayunado —dijo Robin, preguntándose de nuevo si su socio habría estado demasiado ocupado para eso.

—He desayunado, pero ahora me apetece una galleta.

—Si tienes hambre, podemos parar a comer algo. Vamos bien de tiempo.

Mientras Robin aceleraba suavemente para adelantar a un par de coches que iban muy despacio, Strike sintió un alivio y un placer que no podía atribuir únicamente a haberse quitado la prótesis o a haber escapado del piso de Lorelei, con su decoración *kitsch* y su dolida ocupante. El simple hecho de haberse quitado la prótesis mientras Robin conducía y de poder permanecer sentado sin que todos los músculos de su cuerpo estuvieran tensos era del todo inusual. Después de la explosión que le había destrozado la pierna, le había resultado muy difícil superar la ansiedad que le producía ir de pasajero en un coche, y no sólo eso: además sentía una secreta pero

profunda aversión hacia las conductoras, un prejuicio que atribuía a las tempranas y pavorosas experiencias que había tenido con todas las mujeres de su familia. Sin embargo, lo que le había levantado el ánimo esa mañana cuando había visto a Robin al volante del Land Rover no se debía sólo a una mera apreciación objetiva de su habilidad como conductora. Con la vista fija en la carretera, de pronto lo asaltó un recuerdo punzante, agradable y, a la vez, doloroso; creyó volver a oler aquellas rosas blancas cuyo aroma lo había envuelto mientras abrazaba a Robin en la escalera el día de su boda, y revivió la breve caricia de sus labios en el aparcamiento del hospital.

—¿Me pasas las gafas de sol? —dijo Robin—. Están en mi bolso.

Strike se las dio.

—¿Te apetece un poco de té? —preguntó mientras Robin se las ponía.

—No, esperaré un rato. Sírvete tú.

Estiró un brazo para coger el termo y se sirvió una taza. El té estaba exactamente como a él le gustaba.

—Anoche le pregunté a Izzy qué ponía en el testamento de Chiswell —dijo Strike.

—¿Mucha pasta? —preguntó Robin, recordando lo poco cuidado que estaba el interior de la casa de Ebury Street.

—Mucha menos de la que cabría esperar. —Strike sacó el bloc donde había anotado todo lo que le había contado Izzy—. Oliver tenía razón. Los Chiswell están arruinados. Relativamente hablando, por supuesto... Por lo visto, el padre de Chiswell se pulió casi todo el patrimonio en mujeres y caballos. Y el divorcio de Jasper y lady Patricia fue complicado, ya que la familia de ella tenía dinero y podía permitirse a los mejores abogados. Izzy y su hermana no tienen problemas de dinero gracias a la familia de su madre. Hay un fideicomiso, lo que explica que Izzy viva en ese apartamento tan elegante de Chelsea.

»La madre de Raphael, por su parte, consiguió una cuantiosa manutención para su hijo; de hecho, fue tan cuantiosa que, al parecer, dejó a Chiswell casi pelado. Después de eso, el ministro hizo algunas inversiones arriesgadas asesorado por su yerno, que es corredor de bolsa. “Torks”, por lo visto, lo lleva bastante mal. Izzy preferiría que en la reunión de hoy no lo mencionásemos. La crisis de dos mil ocho dejó a Chiswell prácticamente en la bancarrota. Intentó encontrar alguna forma de ahorrarse el impuesto de sucesiones y, poco después de perder casi todo su dinero, donó algunas reliquias familiares valiosas y la propia Chiswell House al mayor de sus nietos...

—A Pringle —dijo Robin.

—¿Cómo?

—Pringle. Es como llaman al mayor de los nietos. Fizzy tiene tres hijos —explicó Robin—, Izzy se pasaba el día hablando de ellos: Pringle, Flopsy y Pong.

—La hostia —murmuró Strike—. Esto va a ser como entrevistar a los Teletubbies.

Robin soltó una carcajada.

—Por lo demás, creo que Chiswell confiaba en poder recuperarse vendiendo algunos terrenos de los alrededores de Chiswell House y otros objetos de menor valor sentimental. La casa de Ebury Street está sujeta a una doble hipoteca.

—¿Así que Kinvara y todos sus caballos viven en la casa del nieto de su marido? —dijo Robin, cambiando de marcha para adelantar a un camión.

—Sí, Chiswell dejó una lista de deseos con su testamento, en la que pide que Kinvara tenga

derecho a permanecer en la casa mientras viva o hasta que vuelva a casarse. ¿Cuántos años tiene Pringle?

—Creo que diez.

—Pues será interesante ver si la familia respeta la petición de Chiswell, dado que al menos uno de sus miembros cree que fue Kinvara quien lo mató. Aunque todavía está por ver si Kinvara tendrá suficiente dinero para mantener la casa, a juzgar por lo que me contó Izzy anoche. A Izzy y a su hermana les deja cincuenta mil libras a cada una, y los nietos se llevan diez mil cada uno, pero no hay liquidez suficiente para respetar ese legado. Eso deja a Kinvara con lo que quede tras la venta de Ebury Street y los otros efectos personales, exceptuando los valiosos objetos que ya están a nombre del nieto, claro. Básicamente se queda con la chatarra que no valía la pena vender y con los regalos que Chiswell le hizo durante su matrimonio.

—¿Y Raphael no hereda nada?

—A mí no me da mucha pena. Según Izzy, su sofisticada madre se ha dedicado toda la vida a desplumar a hombres adinerados, y él heredará de ella un piso en Chelsea... En fin, sea como sea, la opción de que a Chiswell pudieran haberlo matado por su dinero no será fácil de defender —concluyó el detective—. Por cierto, ¿cómo demonios se llama la otra hermana? No pienso llamarla «Fizzy».

—Sophia —contestó Robin, risueña.

—Bueno, pues a ella podemos descartarla. Lo he comprobado y, la mañana en que murió su padre, estaba en Northumberland, en un curso de equitación para minusválidos. Raphael no ganaba nada con la muerte de su padre, e Izzy cree que él lo sabía, aunque tenemos que comprobarlo. En cuanto a Izzy, como ella misma dijo, salió un poco «achispada» de Lancaster House, y al día siguiente se sintió un poco débil. Su vecina puede dar fe de que, a la hora de la muerte, estaba tomándose un té en el jardín compartido que tienen en la parte trasera. Me lo dijo anoche sin que yo se lo preguntara.

—Entonces sólo queda Kinvara —dijo Robin.

—Eso parece. Veamos, si Chiswell no confiaba en ella lo suficiente para decirle que había contratado a un detective privado, quizá tampoco fuese sincero con ella sobre el estado de la economía familiar. Es posible que Kinvara creyera que iba a heredar mucho más de lo que va a heredar realmente, pero...

—Tiene la mejor coartada de la familia —informó Robin.

—Exacto.

Ya habían dejado atrás los setos silvestres y los arbustos bien podados que bordeaban la autopista a su paso por Windsor y Maidenhead. Ahora había árboles a izquierda y derecha, árboles centenarios anteriores a la construcción de la carretera que debían de haber visto cómo talaban a otros viejos árboles como ellos para hacerle sitio.

—La llamada de Barclay es interesante... —continuó Strike, hojeando un par de páginas de su bloc—. Knight está de muy mal humor desde que murió Chiswell, pero no le ha explicado por qué. Por lo visto, el miércoles por la noche estuvo provocando a Flick. Decía que estaba de acuerdo con la ex compañera de Flick en que tenía gustos burgueses. ¿Te importa que fume? Bajaré la ventanilla.

La brisa que entraba en el coche era vigorizante, aunque hizo que le lloraran sus cansados ojos. Siguió hablando y, entre calada y calada, mantuvo el cigarrillo encendido fuera del coche.

—Se ve que Flick se cabreó mucho, dijo que le había estado haciendo «aquel trabajo de mierda» y, luego, que ella no tenía la culpa de que no hubiesen conseguido las cuarenta mil libras... Y entonces, según Barclay, Jimmy se puso como un energúmeno. Flick se largó, furiosa, y el jueves por la mañana Knight le envió un mensaje a Barclay en el que le decía que iba a volver al pueblo donde había crecido para «visitar» a su hermano.

—Entonces ¿Billy está en Woolstone? —preguntó Robin, extrañada.

Se dio cuenta de que había llegado a pensar en el menor de los Knight como en un personaje casi imaginario.

—Jimmy podría haber utilizado a su hermano como tapadera. No podemos saber adónde fue en realidad. En fin, Jimmy y Flick volvieron a aparecer anoche por el pub, muy sonrientes. Dice Barclay que era evidente que habían hecho las paces por teléfono; además, durante esos dos días que él estuvo ausente, ella consiguió un empleo idóneo, nada burgués.

—Vaya, bien por Barclay —dijo Robin.

—¿Cómo se te da el trabajo de dependienta?

—Trabajé en un par de tiendas de jovencita —contestó ella—. ¿Por qué?

—Flick ha empezado a trabajar a tiempo parcial en una joyería de Camden. Le contó a Barclay que la dueña es una chiflada practicante de la Wicca. Cobra el salario mínimo y, como la jefa está como un cencerro, no les resulta fácil encontrar más personal.

—¿No crees que podrían reconocerte?

—Los Knight nunca te han visto en persona. Si te hicieras algo drástico en el pelo y volvieras a ponerte las lentillas de color... —Dio una larga calada al cigarrillo, y añadió—: Tengo la impresión de que Flick oculta muchas cosas. ¿Cómo sabía cuál era el delito por el que podían chantajear a Chiswell? No olvides que fue ella quien se lo contó a Jimmy, y eso es muy extraño.

—Espera —dijo Robin—. ¿Qué?

—Sí, la oí hablar de ello cuando me metí en aquella manifestación para seguirlos. ¿No te lo conté?

—No.

Entonces Strike se acordó de que se había pasado la semana posterior a la manifestación en casa de Lorelei, con la pierna en alto, y de que, como seguía tan enfadado con Robin por haberse negado a ir a trabajar, prácticamente no había hablado con ella. Después, Robin y Strike se habían encontrado en el hospital, pero él estaba demasiado trastornado y preocupado como para ponerse a hablar del caso con ella, como hubiera hecho en una situación normal.

—Lo siento —se disculpó—. Fue la semana después de...

—Ya —lo cortó Robin. Ella también prefería no pensar en el fin de semana de la manifestación—. ¿Y qué dijo exactamente?

—Que Jimmy no habría sabido lo que había hecho Chiswell de no ser por ella.

—Eso es muy raro —Robin se extrañó—, al fin y al cabo, era él quien vivía justo al lado de los Chiswell cuando era niño.

—Pero lo que propició el chantaje pasó hace sólo seis años, cuando Jimmy ya no vivía en la casa de su padre —le recordó Strike—. ¿Sabes qué creo? Que Jimmy sigue con Flick porque ella sabe demasiado. Me da la sensación de que no se atreve a dejarla por si se va de la lengua.

»Si no consigues sonsacarle nada útil a Flick, puedes decir que lo de vender pendientes no está hecho para ti y largarte, pero, tal como está su relación con Jimmy, no me extrañaría nada que

se confesara con una amable desconocida. No olvides —añadió, mientras tiraba la colilla del cigarro por la ventanilla y subía el cristal— que además ella es su coartada para la hora de la muerte.

Robin estaba emocionada ante la perspectiva de volver a trabajar infiltrada.

—No me había olvidado.

Se preguntó cómo reaccionaría Matthew si se afeitaba los lados de la cabeza o se teñía el pelo de azul. Lo cierto era que no había puesto muy mala cara cuando se había enterado de que Robin iba a pasar el sábado entero con Strike. Los días que había estado prácticamente en arresto domiciliario, y la solidaridad que le había demostrado después de la discusión con Tom, parecían haberle concedido algo de crédito.

Poco después de las diez y media, dejaron la autopista y entraron en una carretera secundaria que descendía serpenteando hacia el valle donde se ubicaba el pequeño pueblo de Woolstone. Robin aparcó junto a un seto de jazmín silvestre para que Strike pudiese volver a colocarse la prótesis. Guardó las gafas de sol en su bolso y vio que tenía dos mensajes de Matthew. Los había recibido hacía dos horas, pero el estruendo del Land Rover debía de haberle impedido oír el sonido del móvil.

El primero rezaba:

Todo el día. ¿Y Tom?

Y el segundo, enviado diez minutos después:

Perdón, no era para ti, era para el trabajo.

Robin estaba releyéndolos cuando Strike dijo:

—Mierda.

Ya se había colocado la prótesis y miraba a través de la ventanilla algo que ella no podía ver.

—¿Qué pasa?

—Mira eso.

Strike señaló la colina por la que acababan de descender. Robin agachó la cabeza para poder ver lo que había llamado la atención del detective.

En la ladera había una figura prehistórica gigantesca grabada en la caliza blanca. Al principio, Robin creyó que se trataba de un estilizado leopardo, pero, cuando entendió lo que representaba en realidad, Strike dijo:

—«Arriba, donde el caballo. La estranguló donde el caballo.»

42

En una familia no deja de haber algo que se tuerce.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Un letrero de madera con la pintura desconchada señalaba el desvío de Chiswell House. El camino, cubierto de malas hierbas y lleno de baches, tenía a la izquierda una densa parcela de bosque, y a la derecha, un extenso prado que estaba dividido en una serie de potreros con alambre electrificado, en los que había varios caballos. Cuando el Land Rover pasó dando bandazos y rugiendo camino de la casa, que aún no se veía, dos de los caballos más grandes, asustados por aquel vehículo tan ruidoso que no conocían, echaron a correr. Entonces se produjo una reacción en cadena, y casi todos los otros animales se pusieron a medio galope. Los dos primeros iban dándose coces el uno al otro.

—¡Guau! —exclamó Robin mirando los caballos, mientras el Land Rover se zarandeaba por aquel terreno tan irregular—. Tiene varios sementales juntos.

—Eso está mal, ¿no? —preguntó Strike.

Un ejemplar de pelo azabache atacó con los dientes y las patas a otro también muy grande que el detective habría descrito como marrón, aunque seguro que aquel color tenía un nombre equino específico.

—No suele hacerse —dijo Robin, que hizo una mueca cuando las patas traseras del semental negro impactaron contra el flanco del otro caballo.

Tomaron una curva y vieron una casa neoclásica de fachada muy sencilla, de piedra de color amarillo sucio. El patio delantero, cubierto de grava, tenía varios baches y estaba lleno de malas hierbas, igual que el camino; las ventanas estaban muy sucias y, por extraño que pudiera parecer, junto a la puerta principal había un gran recipiente con pienso para caballos. Había tres coches aparcados: un Audi Q3 rojo, un Range Rover de color verde británico de competición y un Grand Vitara viejo y lleno de barro. A la derecha de la casa había un establo, y a la izquierda, un extenso campo de cróquet del que ya se habían apoderado las margaritas. Detrás del edificio principal se alzaba un bosque muy tupido.

Robin frenó, y un labrador negro y gordo y un terrier de pelo duro salieron disparados por la puerta principal, los dos ladrando. El labrador parecía contento de hacer nuevas amistades, pero el terrier de Norfolk, que tenía cara de mono malévolo, siguió ladrando y gruñendo hasta que un hombre rubio, con camisa a rayas y pantalones de pana de color mostaza, salió por la puerta y gritó:

—¡Cállate, *Rattenbury!*

El perro, acobardado, redujo el tono de sus gruñidos, todos dirigidos a Strike.

—Torquil D'Amery —dijo el hombre, que se acercó a Strike tendiéndole la mano.

Tenía bolsas bajo los ojos, de color azul claro, y daba la impresión de que su cara, sonrosada y brillante, no necesitaba afeitados.

—No le haga caso al perro, es incorregible.

—Cormoran Strike. Y ella es...

Robin acababa de tenderle la mano cuando Kinvara salió de la casa ataviada con unos pantalones de montar viejos y una camiseta desteñida. Llevaba la melena pelirroja alborotada.

—Pero ¡por favor! ¿Es que no entienden nada de caballos? —les gritó a Strike y a Robin—. ¿Cómo se les ocurre venir a esa velocidad por el camino?

—¡Si vas a meterte ahí, ponte el casco, Kinvara! —le gritó Torquil, mientras ella se alejaba sin dar muestras de haberlo oído—. No es culpa vuestra —les dijo a los recién llegados, poniendo los ojos en blanco—. Por ese camino no puedes ir despacio... ¡Te puedes quedar atrapado en un bache! —Y soltó una carcajada—. Pero venid, entremos... ¡Ah, aquí está Izzy!

Izzy salió de la casa con un vestido camisero azul marino; todavía llevaba la cruz de zafiros colgada del cuello. A Robin le sorprendió que abrazara a Strike como si fuese un viejo amigo que hubiese ido a darle el pésame.

—Hola, Izzy —la saludó él, dando un imperceptible paso atrás para librarse de su abrazo—. Ya conoces a Robin, claro.

—Ah, sí... Sólo que ahora tendré que acostumbrarme a llamarte «Robin» —dijo Izzy, sonriente, besándola en las mejillas—. Si te llamo «Venetia» tendrás que perdonarme. Lo siento, pero me va a costar... Por cierto, ¿os habéis enterado de lo de los Winn? —preguntó, casi sin tomar aliento.

Ellos asintieron.

—¡Qué tipejo tan horrible! —exclamó Izzy—. Me alegro muchísimo de que Della le haya dado la patada... Bueno, venid, entremos... ¿Dónde se ha metido Kinvara? —le preguntó a su cuñado mientras los hacía entrar en la casa, cuyo interior parecía un tanto lúgubre en contraste con la luminosidad del exterior.

—Esos malditos caballos vuelven a estar inquietos —dijo Torquil.

El terrier de Norfolk se había puesto a ladrar otra vez.

—¡No, vete al cuerno, *Rattenbury*! Te quedas fuera.

Torquil le cerró la puerta al terrier, y el perro empezó a gimotear y a arañarla. El labrador siguió tranquilamente a Izzy, que los precedió a todos por un vestíbulo deslucido con una ancha escalera de piedra hasta un pequeño salón que había a la derecha.

Unas altas ventanas daban al campo de cróquet y a los bosques. Cuando entraron, vieron pasar a tres niños de pelo muy rubio; iban corriendo por la hierba crecida y gritando, y enseguida se perdieron de vista. Llevaban ropa y peinados anticuados, parecían salidos de los años cuarenta.

—Son los hijos de Torquil y Fizzy —dijo Izzy con cariño.

—Me declaro culpable —añadió Torquil con orgullo—. Mi mujer está arriba. Iré a buscarla.

Al apartarse de la ventana, a Robin le llegó un olor fuerte y empalagoso que le produjo una sensación de tensión inexplicable, hasta que vio el jarrón de azucenas blancas que había encima de una mesa, detrás del sofá. Hacían juego con unas cortinas desteñidas que en su día debían de haber sido rojas, pero que ahora se habían quedado en un rosa claro, y también con la tela raída

con la que estaban forradas las paredes, en las que se veían dos rectángulos más oscuros que señalaban el lugar de donde habían retirado algunos cuadros. Todo estaba gastado y deslucido. Sobre la repisa de la chimenea colgaba uno de los pocos cuadros que quedaban: representaba a un precioso caballo marrón y blanco en la cuadra, tocando con el morro a un potrillo completamente blanco que estaba acurrucado en la paja.

Bajo ese cuadro, y tan quieto que al principio ni siquiera lo vieron, estaba Raphael. De pie y de espaldas a la chimenea vacía, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, parecía más italiano que nunca en aquella habitación decorada tan a la inglesa, con sus cojines de damasco desteñidos, sus libros de jardinería formando un montoncito en la mesa de centro y sus lámparas de porcelana china descascarillada.

—Hola, Raff —lo saludó Robin.

—Hola, Robin —dijo él sin sonreír.

—Raff, te presento a Cormoran Strike —lo presentó Izzy.

Como Raphael no se movió, el detective fue hasta él para estrecharle la mano. El joven le dio la suya a regañadientes, y de inmediato volvió a metérsela en el bolsillo.

—Bueno, precisamente Fizz y yo estábamos hablando de Winn —continuó Izzy, que parecía muy preocupada por la noticia del divorcio—. Espero que él sepa tener la boca cerrada, porque ahora que papá no está puede decir lo que quiera sobre él sin que nadie objete nada, ¿no?

—Puede arriesgarse, pero vosotros tenéis pruebas contra él —le recordó Strike.

Izzy le lanzó una mirada de gratitud.

—Claro, tienes razón, y no las tendríamos de no ser por ti... y por Venetia... Perdón, por Robin.

—¡Torks, estoy abajo! —gritó una mujer en el vestíbulo, y al cabo de un momento entró en el pequeño salón cargada con una bandeja.

No había ninguna duda de que era la hermana de Izzy. Era mayor que ella, tenía muchas pecas y el cutis curtido. Se entreveían algunas canas en su pelo rubio, y llevaba una camisa de rayas muy parecida a la de su marido, aunque la suya iba combinada con un collar de perlas.

—¡Torks! —bramó mirando al techo, y Robin se sobresaltó—. ¡¡¡Estoy aquí!!!

Dejó la bandeja encima de la otomana bordada que había delante de la chimenea, cerca de donde estaba Raff.

—Hola, soy Fizzy. ¿Dónde se ha metido Kinvara?

—Está perdiendo el tiempo con los caballos —contestó Izzy, rodeando el sofá y sentándose en él—. Supongo que es una excusa para no estar aquí. Pero sentaos...

Strike y Robin se sentaron en sendos sillones con el fondo un tanto hundido que estaban en ángulo recto, uno en cada extremo del sofá. Los muelles que tenían debajo debían de llevar décadas gastados. Robin notaba que Raphael la estaba mirando.

—Me ha contado Izz que conoces a Charlie Campbell —le dijo Fizzy a Strike mientras empezaba a servirles el té a todos.

—Sí, es verdad —se limitó a contestar Strike.

—¡Qué suerte tienes! —intervino Torquil, que acababa de volver a entrar en la salita.

El detective hizo como si no lo hubiera oído.

—¿Conoces a Jonty Peters? —continuó Fizzy—. Es un amigo de los Campbell. Tenía algo que ver con la policía... No, *Badger*, eso no es para ti... Torks, ¿qué hacía exactamente Jonty Peters?

—Es juez —contestó Torquil al instante.

—Ay, sí, claro —dijo su mujer—, juez... ¿Conoces a Jonty, Cormoran?

—No —contestó Strike—, me temo que no.

—Estaba casado con... ¿cómo se llama? Una chica monísima, Annabel. Recaudó una fortuna para Save the Children. El año pasado le concedieron la Orden del Imperio Británico, muy merecida. Ah, pero si conoces a los Campbell, seguro que conoces a Rory Moncrieff, ¿no?

—Creo que no —dijo Strike sin perder la paciencia.

Se preguntó qué habría dicho Fizzy si él le hubiese confesado que los Campbell lo habían mantenido tan lejos como habían podido de sus amistades y su familia. Con toda probabilidad hubiese continuado en su línea: «Ah, en ese caso debías de conocer a Basil Plumley. Ellos lo odiaban, era un alcohólico y un violento, pero su mujer escaló el Kilimanjaro para recaudar fondos para Dogs Trust...»

Torquil apartó al labrador de las galletas, y el perro se retiró a un rincón, se dejó caer pesadamente y se puso a dormir. Fizzy se sentó en el sofá, entre su marido e Izzy.

—No sé si Kinvara piensa volver —dijo Izzy—. Creo que podemos empezar sin ella.

Strike preguntó si la familia había sabido algo más de cómo avanzaba la investigación policial. Se instaló un breve silencio, y por unos segundos sólo se oyeron los gritos distantes de los niños, que jugaban en el descuidado jardín.

—No sabemos mucho más de lo que ya te he contado —repuso Izzy—, aunque me parece que todos tenemos la sensación... ¿verdad? —Miró al resto de los miembros de la familia—. De que la policía cree que fue un suicidio. Por otra parte, es obvio que piensan llevar a cabo una investigación minuciosa...

—Eso es porque tu padre era quien era, Izz —la interrumpió Torquil—. Es lógico que investiguen con más interés la muerte de un ministro de la Corona que la de cualquier ciudadano de a pie. Deberías saber, Cormoran... —continuó pomposamente, y acomodó su considerable peso en el sofá—, lo siento, chicas, pero lo voy a decir: has de saber que yo, personalmente, creo que fue un suicidio.

»Ya sé que es una idea difícil de asimilar, y no creas que no me alegro de que Izzy haya recurrido a ti... —le aseguró a Strike—. Si así las chicas se quedan más tranquilas, mucho mejor. Pero el sector... masculino de la familia, ¿no, Raff?, cree que no hay más misterio y que, sencillamente, mi suegro ya no podía aguantar más. Cosas que pasan. Es evidente que no estaba en pleno uso de sus facultades, ¿no, Raff? —repitió Torquil.

A Raphael no pareció entusiasmarle aquella orden implícita, y se dirigió directamente a Strike, ignorando a su cuñado.

—Mi padre llevaba un par de semanas comportándose de forma extraña. En aquel momento yo no entendí por qué. Nadie me contó que le estaban haciendo chan...

—No vamos a hablar de eso —saltó Torquil—. Estamos todos de acuerdo. Es una decisión familiar.

—Cormoran —intervino Izzy, nerviosa—, ya sé que querías saber con qué le estaban haciendo chantaje a mi padre...

—Jasper no violó ninguna ley —declaró Torquil—, y no se hable más. No dudo de tu discreción —le dijo a Strike—, pero estas cosas siempre acaban sabiéndose. No queremos que los periódicos se nos vuelvan a echar encima. Estamos todos de acuerdo, ¿verdad? —le dijo a su

mujer.

—Supongo —intervino Fizzy, que parecía discrepar—. Bueno, claro que no queremos que todo eso salga en los periódicos, pero Jimmy Knight tenía motivos para querer perjudicar a papá, Torks, y creo que es importante que Cormoran sepa eso, como mínimo. ¿Sabes que ha estado aquí, en Woolstone, esta semana?

—No —contestó Torquil—, no lo sabía.

—Pues sí, se encontró con la señora Ankill. Jimmy le preguntó si había visto a su hermano.

—Pobre Billy... —dijo Izzy con vaguedad—. Ese chico no estaba bien. Bueno, es lógico, ¿no?, teniendo en cuenta que lo crió Jack o'Kent. Hace unos años, mi padre estaba fuera con los perros —les explicó a Strike y a Robin— y vio a Jack pegándole patadas a Billy..., pero literal, ¿eh?, iba pateándolo por todo el jardín de su casa. El pequeño estaba desnudo. Al ver a mi padre, Jack o'Kent paró, por supuesto.

Por lo visto, ni a Izzy ni a su padre se les había ocurrido informar de aquel incidente a la policía ni a los servicios sociales. Era como si, para ellos, Jack o'Kent y su hijo fuesen criaturas salvajes del bosque que, lamentablemente, se comportaban como lo hacían esos animales en su estado natural.

—Creo que, cuanto menos hablemos de Jack o'Kent, mejor —dijo Torquil—. Y tú, Fizz, dices que Jimmy tenía motivos para querer perjudicar a tu padre, pero, en realidad, lo que quería era dinero, y desde luego matando a tu padre no iba a...

—Pero estaba enfadado con papá —repuso Fizzy con determinación—. Quizá se enfureció cuando comprendió que papá no iba a soltar ni una sola libra. Cuando era adolescente era muy violento —le dijo a Strike—. Se metió muy pronto en la izquierda radical. Iba mucho al pub del pueblo con los hermanos Butcher, y siempre estaba por ahí diciendo que a los *tories* había que colgarlos y descuartizarlos, intentaba venderle el *Socialist Worker* a la gente...

Fizzy miró de reojo a su hermana, y a Strike le pareció que Izzy la ignoraba deliberadamente.

—Causaba problemas allá adonde iba —añadió Fizzy—. A las chicas les gustaba, pero...

La puerta se abrió de golpe, y todos se sorprendieron cuando Kinvara, muy alterada y sofocada, irrumpió en la salita. Strike consiguió levantarse con cierta dificultad del hundido sillón y le tendió la mano.

—Cormoran Strike. ¿Cómo está usted?

Kinvara le estrechó la mano de mala gana, dejando muy claro que hubiera preferido ignorar el saludo. Torquil acercó otro sillón a la otomana, y Fizzy sirvió otra taza de té.

—¿Están bien los caballos, Kinvara? —preguntó Torquil con interés.

—Bueno, *Mystic* le ha dado otro bocado a *Romano* —contestó ella, lanzándole una fiera mirada a Robin—, y he tenido que llamar otra vez al veterinario. Se altera mucho cada vez que alguien pasa tan deprisa por el camino, es el único problema que tiene.

—No sé por qué has puesto juntos a los sementales —dijo Fizzy.

—Eso de que tienen que estar separados es una tontería —le soltó Kinvara—. En libertad, las manadas con varios sementales son habituales. Un estudio suizo demostró que pueden coexistir pacíficamente una vez que han establecido la jerarquía del grupo.

Su tono era dogmático, traslucía casi fanatismo.

—Estábamos hablando de Jimmy Knight —dijo Fizzy.

—Tenía entendido que no queríais hablar de...

—No estábamos hablando del chantaje —se apresuró a aclarar Torquil—, sino de lo horrible que era de joven.

—Ah, ya veo.

—Su hijastra cree que Jimmy podría haber tenido algo que ver con la muerte de su marido —intervino Strike, observando atentamente la reacción de la recién llegada.

—Ya lo sé... —dijo ella con aparente indiferencia.

Y siguiendo con la mirada a Raphael, que se había separado de la chimenea para coger un paquete de Marlboro Lights que estaba al lado de una lámpara de mesa, añadió:

—Yo no conocía a Jimmy Knight. La primera vez que lo vi fue el día que se presentó aquí, hace un año, para hablar con Jasper. Debajo de esa revista tienes un cenicero, Raphael.

Su hijastro encendió un cigarrillo y regresó con el cenicero, que dejó en una mesita al lado de Robin; entonces volvió a ocupar su posición, delante de la chimenea vacía.

—Ahí empezó todo eso... del chantaje —continuó Kinvara—. Jasper no estaba en casa esa noche, y Jimmy habló conmigo. Cuando llegó Jasper y se lo conté, se puso furioso.

Strike esperó. Sospechaba que no era el único de los presentes que creía que Kinvara podría romper el juramento de silencio de la familia y revelar eso que Jimmy había ido a decirles. Sin embargo, Kinvara se contuvo, así que Strike sacó su bloc de notas.

—¿Le importa que le haga unas preguntas rutinarias? Estoy seguro de que la policía ya se lo habrá preguntado todo, pero, si no le importa, me gustaría que me aclarara un par de detalles.

»¿Cuántas llaves hay de la casa de Ebury Street?

—Tres, que «yo» sepa —contestó Kinvara.

Con el énfasis en el «yo» insinuaba que cabía la posibilidad de que el resto de la familia tuviese alguna escondida.

—¿Y quién las tenía? —preguntó el detective.

—Bueno, Jasper tenía la suya, yo tenía otra y Jasper le había dado una copia a la chica de la limpieza.

—¿Cómo se llama?

—No tengo ni idea. Jasper la despidió un par de semanas antes de... morir.

—¿Por qué la despidió? —preguntó Strike.

—Pues mire, nos la sacamos de encima porque estábamos apretándonos el cinturón.

—¿La había mandado una agencia?

—No. Jasper era muy anticuado para esas cosas. Dejó su tarjeta en una tienda y la chica nos llamó. Creo que era rumana, polaca o algo así.

—¿Conserva sus datos de contacto?

—No. Fue Jasper quien la contrató y quien la despidió. Yo ni siquiera la conocí.

—¿Qué pasó con la llave que le había dado su marido?

—Pues estaba en el cajón de la cocina de Ebury Street, pero después de morir Jasper vimos que la había sacado de allí y la había guardado bajo llave en la mesa de su despacho —explicó Kinvara—. El ministerio nos la devolvió junto con todos sus efectos personales.

—Eso parece un tanto extraño —comentó Strike—. ¿Alguien sabe por qué la guardó allí?

El resto de la familia no dijo nada, pero Kinvara comentó:

—Jasper se preocupaba mucho por la seguridad, y últimamente estaba un poco paranoico...

Bueno, menos cuando se trataba de la seguridad de los caballos, claro. Todas las llaves de Ebury Street son especiales. Es imposible hacer copias.

—Es difícil hacer copias —puntualizó Strike mientras anotaba algo en su libreta—, pero no imposible. Sólo hay que conocer a la persona adecuada. ¿Dónde estaban las otras dos llaves en el momento de la muerte?

—La de Jasper estaba en el bolsillo de su chaqueta, y la mía aquí, en mi bolso —respondió Kinvara.

—La bombona de helio —continuó Strike—. ¿Alguien sabe dónde se compró?

Todos guardaron silencio.

—¿Celebraron alguna fiesta? —preguntó Strike—. ¿Quizá la fiesta de cumpleaños de alguno de los niños?

—No, nunca —dijo Fizzy—. Mi padre utilizaba Ebury Street para trabajar. Que yo recuerde, allí nunca se celebró ninguna fiesta.

—¿Y usted, señora Chiswell? —le preguntó Strike a Kinvara—. ¿Recuerda alguna ocasión...?

—No —lo cortó ella—. Ya se lo he dicho a la policía. Debió de comprarla Jasper, no hay ninguna otra explicación.

—¿Han encontrado algún recibo? ¿Algún comprobante de tarjeta de crédito?

—Seguramente pagó en efectivo —dijo Torquil.

—Otra cosa que me gustaría aclarar —continuó Strike, que iba siguiendo punto por punto la lista que llevaba preparada— es el tema de las llamadas telefónicas que hizo el ministro la mañana de su muerte. Por lo visto la llamó a usted, señora Chiswell, y luego a ti, Raphael.

Raphael asintió. Kinvara dijo:

—Jasper quería saber si iba en serio cuando le dije que me iba, y le respondí que sí. No fue una conversación muy larga. Yo no sabía... No sabía quién era su ayudante en realidad. Apareció de la nada, y Jasper me contestó con evasivas cuando le pregunté por ella, y yo... Yo estaba muy enfadada. Pensé que estaban liados.

—¿La sorprendió que su marido esperara hasta la mañana siguiente para llamarla y hablar con usted de la nota que le había dejado? —le preguntó Strike.

—Me dijo que no la había visto al llegar.

—¿Dónde se la había dejado?

—En su mesilla de noche. Seguramente estaba borracho cuando regresó. Últimamente bebe... bebía mucho. Desde que empezó lo del chantaje.

De pronto, el terrier de Norfolk que habían dejado fuera apareció al otro lado de uno de los ventanales y se puso a ladrar otra vez.

—Maldito perro... —masculló Torquil.

—Echa de menos a Jasper —dijo Kinvara—. Era su... perro.

Se levantó de golpe y cogió unos cuantos pañuelos de papel de una caja que estaba encima de los libros de jardinería. Todos parecían un poco incómodos. El terrier no paraba de ladrar. El Labrador, que hasta ese momento había estado dormitando, se despertó y contestó con un solo ladrido; entonces volvió a aparecer uno de los niños rubios en el jardín y llamó al terrier para que fuera a jugar con ellos a pelota. El perro obedeció al niño.

—¡Bien hecho, Pringle! —exclamó Torquil.

En cuanto cesaron los ladridos, en el salón sólo se oyeron los débiles sollozos de Kinvara y

los ruiditos del Labrador cambiando de postura para volver a dormirse. Izzy, Fizzy y Torquil se miraron, aún incómodos, pero Raphael permaneció impasible, con la vista al frente. Pese a lo poco que le gustaba Kinvara, a Robin le pareció que la pasividad de la familia denotaba una falta absoluta de sensibilidad.

—¿De dónde ha salido ese cuadro? —preguntó Torquil con fingido interés, escudriñando la pintura de temática ecuestre que Raphael tenía detrás—. Es nuevo, ¿no?

—Era de Tinky —dijo Fizzy, mirando ella también la pintura desde el sofá—. Se trajo un montón de trastos de Irlanda, todos relacionados con caballos.

—¿Veis ese potrillo? —dijo Torquil sin apartar los ojos del cuadro—. ¿Sabéis qué parece? Síndrome de albinismo letal. ¿Habéis oído hablar de él? —preguntó, mirando ahora a su mujer y a su cuñada—. Tú seguro que sí, Kinvara —añadió, sin duda convencido de que estaba abriéndoles a todos una puerta para retomar la conversación—. El potro nace completamente blanco y parece sano, pero tiene una malformación del intestino. No puede expulsar las heces. Mi padre criaba caballos —le explicó a Strike—. Los blancos letales no pueden sobrevivir. Lo trágico es que nacen vivos, así que la yegua los amamanta y establece un vínculo con ellos, pero poco después...

—Torks... —dijo Fizzy en voz baja, pero ya era demasiado tarde.

Kinvara salió precipitadamente de la habitación y cerró de un portazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Torquil, sorprendido—. ¿Qué he...?

—El bebé —le susurró Fizzy.

—¡Oh, Dios mío, ya no me acordaba!

Se levantó y se subió los pantalones de pana de color mostaza, abochornado y a la defensiva.

—Bueno, ¿cómo podía imaginarme que se lo iba a tomar por ahí? —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Por el amor de Dios, sólo es un cuadro!

—Ya sabes cómo se pone con cualquier cosa que esté relacionada con la maternidad —insistió Fizzy—. Lo siento —añadió dirigiéndose a Strike y a Robin—. Kinvara tuvo un hijo que no sobrevivió. Está muy susceptible con este tema.

Torquil se acercó al cuadro y, entornando los ojos, leyó la inscripción de la placa que había en el marco.

—*El duelo de la yegua*. ¿Lo veis? —dijo con aire triunfal—. El potro está muerto.

—A Kinvara le gusta —dijo de pronto Raphael— porque la yegua le recuerda a su *Lady*.

—¿A quién? —preguntó Torquil.

—A aquella yegua que tenía laminitis.

—¿Qué es la laminitis? —preguntó Strike.

—Es una enfermedad de los cascos —le explicó Robin.

—Ah, ¿tú montas? —le preguntó Fizzy con interés.

—Montaba.

—La laminitis es grave —le explicó Fizzy a Strike—. Puede dejarlos cojos. Necesitan muchos cuidados, y a veces no se puede hacer nada y es mejor...

—Mi madrastra llevaba semanas cuidando a aquella yegua —intervino Raphael—. Se levantaba de madrugada y hacía lo que hiciera falta por ella. Un día mi padre esperó...

—Raff, eso no viene al caso —lo interrumpió Izzy.

—Esperé a que Kinvara saliera de casa —continuó Raphael, ignorando a su hermanastra—, llamó al veterinario sin decirle nada a ella y le pidió que sacrificara a la yegua.

—*Lady* estaba sufriendo —repuso Izzy—. Papá me contó cómo estaba. Mantenerla viva habría sido una crueldad.

—Sí, ya —dijo Raphael con la vista fija en el jardín que se veía al otro lado de las ventanas—, pero si yo hubiese salido de casa y al volver me hubiese encontrado el cadáver de un animal al que quería, a lo mejor también habría cogido la primera herramienta que hubiese encontrado y...

—Raff —lo cortó Izzy—. ¡Por favor!

—Tú te lo has buscado, Izzy —continuó Raphael sin disimular su satisfacción—. ¿Acaso crees que el señor Strike y su glamurosa ayudante no van a encontrar a Tegan y van a hablar con ella? No tardarán en enterarse de lo capullo que podía llegar a...

—¡Raff! —gritó Fizzy con ímpetu.

—Mantén la calma, amiguito —dijo Torquil, algo que Robin creía que nunca llegaría a oír salvo en los libros—. Todo este asunto nos ha alterado mucho a todos, pero no hay necesidad de llegar a eso.

Raphael se volvió hacia Strike, ignorándolos a todos.

—Supongo que tu siguiente pregunta iba a ser qué me dijo mi padre a mí cuando me llamó aquella mañana.

—Exacto —confirmó Strike.

—Me ordenó que viniera aquí —explicó Raphael.

—¿Aquí? ¿A Woolstone?

—Aquí —señaló Raphael—. A esta casa. Me dijo que sospechaba que Kinvara iba a cometer alguna estupidez. Parecía confuso. No se le entendía bien. Como si tuviese una fuerte resaca.

—¿Y tú qué entendiste cuando dijo «una estupidez»? —preguntó Strike, con el bolígrafo suspendido sobre la hoja del bloc.

—Bueno, no hubiera sido la primera vez que Kinvara amenazaba con quitarse la vida —contestó Raff—, así que supongo que eso fue lo que me imaginé. Aunque a lo mejor mi padre tenía que le pegara fuego a lo poco que le quedaba. —Hizo un ademán para mostrar la descuidada estancia—. Como puedes ver, no era mucho.

—¿Te dijo tu padre que Kinvara quería abandonarlo?

—Me dio la impresión de que las cosas no iban bien entre ellos dos, pero no recuerdo sus palabras exactas. No hablaba con mucha coherencia.

—¿Hiciste lo que te pidió? —preguntó Strike.

—Sí. Cogí el coche, como un buen hijo, vine hasta aquí y encontré a Kinvara en la cocina, vivita y coleando, despotricando contra Venetia... Bueno, contra Robin —se corrigió—. Como habrás podido deducir, Kinvara creía que mi padre se la estaba cepillando.

—¡Raff! —protestó Fizzy, indignada.

—No hace ninguna falta que emplees ese lenguaje —dijo Torquil.

Todos se esmeraban en esquivar la mirada de Robin, que se había puesto colorada.

—Un poco raro, ¿no? —preguntó Strike—. ¿Por qué crees que tu padre te pidió que vinieses hasta Oxfordshire, cuando había varias personas mucho más cerca a quienes habría podido pedir que vigilaran a su mujer? Antes me ha parecido entender que había alguien durmiendo aquí, ¿no?

Izzy intervino antes de que Raphael pudiese contestar.

—Sí, Tegan, la moza de cuadra, pasó la noche aquí. Kinvara nunca deja los caballos sin

vigilancia —aclaró, y entonces, adelantándose a la siguiente pregunta de Strike, añadió—: Me temo que no tenemos su número de teléfono, y además Kinvara discutió con ella justo después de que papá muriera, y Tegan se marchó. No sé dónde trabaja ahora. Pero no olvides —continuó Izzy, inclinándose hacia delante y acaparando la atención de Strike— que probablemente Tegan estaba durmiendo a la hora a la que Kinvara asegura que regresó. Esta casa es muy grande. Kinvara podría afirmar que regresó a cualquier hora, y Tegan no tendría por qué haberse enterado.

—Si Kinvara estaba con él en Ebury Street, ¿por qué me hizo venir aquí a vigilarla? —preguntó Raphael, exasperado—. ¿Y cómo se explica que llegase aquí antes que yo?

Dio la impresión de que a Izzy le habría gustado contestar a aquellas preguntas, pero por lo visto no se le ocurrió nada que decir. Ahora Strike entendía por qué Izzy le había dicho que el contenido de la llamada telefónica de Chiswell a su hijo «no importaba»: desmontaba aún más la teoría de que Kinvara fuese la asesina.

—¿Cómo se llama Tegan de apellido? —preguntó Strike.

—Butcher —contestó Izzy.

—¿Tiene algún parentesco con los hermanos Butcher con los que salía Jimmy Knight?

A Robin le pareció que los tres que estaban sentados en el sofá evitaban mirarse. Fue Fizzy la que contestó.

—Sí, de hecho sí, pero...

—Supongo que podría hablar con la familia y pedirles el número de teléfono de Tegan —dijo Izzy—. Lo intentaré y ya te diré si he conseguido algo, Cormoran.

Strike volvió a dirigirse a Raphael.

—Entonces, cuando tu padre te pidió que vinieses a ver cómo estaba Kinvara, no saliste de inmediato hacia aquí, ¿no?

—No, primero comí algo y me duché —contestó Raphael—. La verdad es que no me moría de ganas de verla. No nos tenemos mucho cariño. Llegué aquí sobre las nueve.

—¿Cuánto tiempo te quedaste?

—Bueno, al final me quedé bastantes horas. Llegaron un par de policías y nos dieron la noticia de que mi padre había muerto. Después de eso, no podía marcharme sin más, ¿no? Kinvara estuvo al borde de...

La puerta volvió a abrirse y Kinvara entró de nuevo en el salón. Se sentó en la misma silla de antes, muy seria y con unos pañuelos de papel en la mano.

—Sólo tengo cinco minutos —anunció—. Acaba de llamar el veterinario; está por la zona y aprovechará para venir a ver a *Romano*. Tengo que atenderlo.

—¿Puedo hacer una pregunta? —le dijo Robin a Strike—. A lo mejor es una tontería —añadió, dirigiéndose a todos en general—, pero había un tubito de píldoras homeopáticas en el suelo, al lado del ministro, cuando yo lo encontré. No creo que la homeopatía fuese algo...

—¿Qué píldoras eran? —la cortó Kinvara, y Robin se sorprendió.

—Láquesis.

—¿Un tubito azul?

—Sí. ¿Eran suyas?

—¡Sí, eran mías!

—¿Se las dejó en Ebury Street? —preguntó Strike.

—No, las perdí hace varias semanas, pero... pero no entiendo qué hacían allí —dijo

arrugando la frente, como si hablara consigo misma—. Las compré en Londres porque en la farmacia de Woolstone no las tenían.

Frunció el ceño al tiempo que trataba de ordenar sus recuerdos.

—Me acuerdo de que probé un par al salir de la farmacia... Quería saber si se notarían en la comida...

—¿Cómo dice? —preguntó Robin, creyendo que no había oído bien.

—En la comida de *Mystic* —aclaró Kinvara—. Las compré para dárselas a *Mystic*.

—¿Ibas a darle unas píldoras homeopáticas a un caballo? —preguntó Torquil, invitando a todos los demás a coincidir con él en que aquello era gracioso.

—A Jasper también le pareció una idea absurda... —dijo Kinvara, que parecía seguir concentrada en sus recuerdos—. Sí, abrí el tubo justo después de pagar, tomé un par y... —Gesticuló repitiendo los movimientos que iba recordando—. Me guardé el envase en el bolsillo de la chaqueta. Aunque cuando llegué a casa ya no estaba allí. En ese momento creí que tal vez se me había caído en el...

De pronto, soltó un grito ahogado y se sonrojó. Dio la impresión de que había caído en algo que la había dejado atónita. Entonces, al ver que todos la estaban observando, explicó:

—Aquel día volví a casa desde Londres con Jasper. Nos encontramos en la estación, subimos juntos al tren... ¡Me las quitó del bolsillo! ¡Me las robó para que no pudiese dárselas a *Mystic*!

—¡No seas ridícula, Kinvara! —dijo Fizzy.

Raphael apagó el cigarrillo en el cenicero de porcelana que había dejado al lado de Robin. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo para mantenerse callado.

—¿Y no compró más? —le preguntó Robin a Kinvara.

—Sí...

Kinvara estaba casi aturdida después de aquella revelación, aunque a Robin le pareció muy extraña la conclusión que había sacado de lo que había pasado con sus píldoras.

—Pero el envase era diferente... Ese tubito azul fue el primero que compré.

—Pero ¿la homeopatía no tiene sólo un efecto placebo? —preguntó Torquil—. ¿Cómo quieres que un caballo...?

—Cállate, Torks —masculló Fizzy.

—¿Por qué razón iba a robarle su marido un tubo de píldoras homeopáticas? —preguntó Strike—. Parece...

—¿De una maldad gratuita? —preguntó Raphael, con los brazos cruzados, bajo el cuadro del potro muerto—: ¿Quizá porque estás tan convencido de tener razón, y de que la otra persona se equivoca, te parece correcto impedir que esa persona haga algo inofensivo?

—Raff —saltó Izzy—, ya sé que estás enfadado...

—No estoy enfadado, Izz —la corrigió Raphael—. La verdad es que repasar las cabronadas que hizo nuestro padre me resulta muy liberador.

—¡Ya basta, muchacho! —exclamó Torquil.

—No me llames «muchacho»... —replicó Raphael, sacando otro cigarrillo del paquete—. ¿Vale? No me llames «muchacho», joder.

—Tendrás que disculpar a Raff —le dijo Torquil a Strike—, está enfadado con mi difunto suegro por lo del testamento.

—¡Yo ya sabía que me había borrado del testamento! ¡Y también que fue idea tuya, Kinvara!

—¡Te aseguro que tu padre no necesitó que yo lo convenciera de nada! —replicó Kinvara, que se había puesto muy colorada—. Además, tú ya tienes mucho dinero, ¡con lo que te malcría tu madre! —Miró a Robin y añadió—: Su madre dejó a Jasper por un comerciante de diamantes, después de sacarle todo lo que pudo.

—¿Puedo hacer un par de preguntas más? —intervino Strike antes de que Raphael, que estaba furioso, pudiese contestar.

—El veterinario llegará en cualquier momento —repuso Kinvara—. Tengo que volver a las cuadras.

—Sólo será un momento —le aseguró Strike—. ¿Echó usted en falta algún comprimido de amitriptilina? Creo que se los habían recetado, ¿no?

—Eso ya me lo preguntó la policía. Es posible que perdiera algunos... —contestó ella con una vaguedad exasperante—, no estoy segura. Tenía una caja que creía que había perdido y que luego encontré, y dentro no había tantos comprimidos como yo recordaba. Y sé que quería dejar una caja en Ebury Street por si algún día iba a Londres y me las olvidaba, aunque cuando me lo preguntó la policía no logré acordarme de si llegué a hacerlo o no.

—Entonces ¿no podría asegurar que le faltaban comprimidos?

—No. Jasper podría haberme robado unos cuantos, pero no pondría la mano en el fuego.

—¿Ha vuelto a ver intrusos en su jardín desde que murió su marido? —preguntó Strike.

—No.

—Tengo entendido que un amigo de su marido intentó llamarlo a primera hora de la mañana, y que no consiguió contactar con él. ¿Sabe usted de qué amigo se trata?

—Ah, sí... Henry Drummond.

—¿Y quién es...?

—Es un marchante de arte, un viejo amigo de mi padre —intervino Izzy—. Raphael trabajó un tiempo para él, ¿verdad, Raff? Poco antes de ir a la Cámara de los Comunes a ayudar a mi padre.

—No sé qué tiene que ver Henry en todo esto —terció Torquil con una risita de desdén.

—Bueno, creo que esto es todo —dijo Strike, pasando por alto ese último comentario y cerrando el bloc de notas—. Sólo me gustaría saber una cosa más, señora Chiswell: ¿cree usted que su marido se suicidó?

La mano que sujetaba el pañuelo de papel se contrajo ligeramente.

—A nadie le interesa lo que yo pienso —contestó.

—Le aseguro que a mí sí —dijo el detective.

Kinvara miró a Raphael, que contemplaba el jardín con el ceño fruncido, y después a Torquil.

—Pues mire, si quiere saber mi opinión, Jasper cometió una gran estupidez justo antes de...

—¡Kinvara! —la interrumpió Torquil con brusquedad—, te aconsejo que...

—¡No me interesan tus consejos! —gritó Kinvara, volviéndose hacia él con los ojos entornados—. ¡Al fin y al cabo, fueron tus consejos los que llevaron a la ruina a esta familia!

Fizzy le lanzó una mirada a su marido para advertirle que no debía replicar. Kinvara miró de nuevo a Strike.

—Poco antes de morir, mi marido provocó a alguien, alguien a quien yo le había advertido que no debía molestar...

—¿Se refiere a Geraint Winn? —preguntó Strike.

—No —dijo Kinvara—, pero no va usted desencaminado. Torquil no quiere que hable de eso porque está implicado su buen amigo Christopher...

—¡Maldita sea! —explotó Torquil. Se levantó, volvió a tirar hacia arriba de su pantalón de pana y, colérico, añadió—: ¡Por el amor de Dios, ¿ahora vamos a invitar a unos perfectos desconocidos a participar en esta fantasía?! ¿Qué demonios tiene que ver Christopher con todo esto? ¡Mi suegro se suicidó! —dijo dirigiéndose a Strike; luego se volvió hacia su mujer y su cuñada—. Hasta ahora he tolerado esta tontería por respeto a vosotras dos, pero, francamente, si vamos a empezar a...

Izzy y Fizzy protestaron a la vez y trataron de tranquilizar a Torquil y de justificarse. Aprovechando el alboroto, Kinvara se levantó, sacudió su melena larga y pelirroja y fue hacia la puerta; Robin tuvo la impresión de que había lanzado aquella granada en medio de la conversación deliberadamente. Cuando llegó a la puerta y se detuvo, los otros volvieron la cabeza como si ella los hubiera llamado, y con aquella voz aguda e infantil la viuda de Jasper Chiswell dijo:

—Venís a esta casa y os comportáis como si fueseis los dueños y yo sólo fuese una invitada, pero Jasper dijo que podría vivir aquí toda la vida. Ahora tengo que ir a atender al veterinario y, cuando vuelva, me gustaría que ya os hubierais marchado. Aquí ya no sois bienvenidos.

43

Porque me temo que pronto tendremos noticias de ese fantasma.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Antes de marcharse de Chiswell House, Robin preguntó si podía ir al cuarto de baño, y Fizzy, que todavía estaba furiosa con Kinvara, la acompañó.

—¿Cómo se atreve? —dijo mientras cruzaban el vestíbulo—. ¡Cómo se atreve! Esta casa no es suya, es de Pringle. —Y a continuación añadió—: Por favor, no hagas caso de lo que ha dicho sobre Christopher, sólo estaba intentando provocar a Torks. Ha sido repugnante, mi marido está furioso.

—Pero ¿quién es Christopher? —preguntó Robin.

—Bueno, no sé si debo decírtelo —contestó Fizzy—. Aunque supongo que si tú... Evidentemente, él no ha podido tener nada que ver con esto. Lo que pasa es que Kinvara está rabiosa. Se refería a sir Christopher Barrowclough-Burns, un viejo amigo de la familia de Torks. Christopher es un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, y fue el mentor de ese chico, Aamir Mallick.

El cuarto de baño era anticuado y frío. Mientras echaba el pestillo de la puerta, Robin oyó que Fizzy regresaba al salón, sin duda para apaciguar al enojado Torquil. Las paredes de piedra del aseo, pintadas y desconchadas, estaban desnudas, aunque tenían varios agujeros de los que todavía asomaba algún clavo. Robin dedujo que Kinvara había descolgado los marcos de metacrilato que ahora estaban amontonados en el suelo, enfrente del váter, en los que había un batiburrillo de fotografías familiares que formaban un desordenado *collage*.

Después de secarse las manos con una toalla húmeda que olía a perro, Robin se puso en cuclillas para examinar las fotografías enmarcadas. Izzy y Fizzy eran casi idénticas de pequeñas, de forma que resultaba imposible distinguir cuál de las dos era la que hacía la rueda por el campo de cróquet, o la que saltaba por encima de un poni en la gincana del pueblo, o la que bailaba en el vestíbulo ante el árbol de Navidad, o la que abrazaba a un joven Jasper Chiswell en un picnic, donde todos los hombres llevaban pantalones de *tweed* y chaquetas Barbour.

A Freddie, en cambio, se lo reconocía inmediatamente porque, a diferencia de sus hermanas, había heredado el protuberante labio inferior de su padre. De pequeño tenía el pelo tan rubio como su sobrina y sus sobrinos, y aparecía con mucha frecuencia en las fotos: de bebé y sonriendo a la cámara, muy serio estrenando el uniforme del colegio de primaria, y triunfante y cubierto de barro con el equipo de rugby.

Robin examinó con detenimiento una foto de grupo de unos adolescentes que iban equipados

con el traje de esgrima completo, todos con la Union Jack en los lados de las perneras del pantalón. Enseguida reconoció a Freddie, que estaba de pie en medio del grupo sosteniendo una gran copa de plata, y en uno de los extremos había una chica de aspecto triston a la que Robin también reconoció de inmediato: era Rhiannon Winn, aunque se la veía mayor y más delgada que en la fotografía que su padre le había enseñado; su aspecto cohibido desentonaba con las sonrisas orgullosas del resto.

Robin siguió examinando las fotos y se detuvo en la última, una imagen descolorida en la que aparecía un grupo de personas muy numeroso.

La fotografía estaba tomada en un entoldado instalado en una especie de escenario, y por encima de las cabezas de la gente danzaban una gran cantidad de globos de helio de color azul que formaban el número dieciocho. Había cerca de un centenar de adolescentes a los que habían pedido que miraran a la cámara. Robin escudriñó meticulosamente la escena y no tardó en encontrar a Freddie, rodeado de un gran grupo de chicos y chicas que entrelazaban los brazos hombro con hombro, sonriendo y, en algunos casos, riendo a carcajadas. Al cabo de casi un minuto, descubrió la cara que su intuición estaba buscando: Rhiannon Winn, delgada, pálida y seria junto a la mesa de las bebidas. Detrás de ella, semiescondidos entre las sombras, se veía a un par de chicos que no llevaban traje, sino vaqueros y camiseta. Uno de ellos destacaba por su misterioso atractivo; llevaba el pelo largo y vestía una camiseta con una imagen de The Clash.

Robin sacó el móvil y tomó fotografías del equipo de esgrima y de la fiesta de cumpleaños; luego dejó el montón de marcos de metacrilato tal como los había encontrado y salió del cuarto de baño.

Al principio creyó que en el silencioso vestíbulo no había nadie. Entonces vio a Raphael apoyado en una consola con los brazos cruzados.

—Bueno, adiós —dijo Robin, dirigiéndose hacia la puerta de la calle.

—Espera un momento.

Robin se detuvo y él se acercó a ella.

—Estaba muy enfadado contigo, ¿lo sabías?

—Ya me imagino por qué —afirmó Robin—, pero yo sólo cumplía con el trabajo para el que tu padre me había contratado.

Raff se acercó un poco más a ella y se detuvo bajo una vieja lámpara de cristal que colgaba del techo, en la que faltaban la mitad de las bombillas.

—Y has demostrado que lo haces muy bien. Consigues que la gente confíe en ti.

—De eso se trata —respondió Robin.

—Estás casada —apuntó él, mirándole la mano izquierda.

—Sí.

—¿Con Tim?

—No, no hay ningún Tim.

—No me digas que estás casada con él —dijo Raphael, señalando hacia fuera.

—No. Sólo trabajamos juntos.

—Y éste es tu verdadero acento... De Yorkshire.

—Sí —confirmó Robin.

Creyó que iba a decirle algo ofensivo, pero Raff recorrió todo su rostro con aquella mirada de color verde oliva, y luego negó levemente con la cabeza.

—Tu voz me gusta, pero prefiero el nombre de «Venetia». Me hace pensar en orgías con máscaras.

Se dio la vuelta y se marchó; Robin salió presurosa a reunirse con Strike, convencida de que estaría esperándola impaciente en el Land Rover. Pero se equivocaba: el detective todavía estaba fuera del coche, al lado del capó, e Izzy estaba muy cerca de él, hablando atropelladamente y en voz baja. Cuando oyó las pisadas de Robin por la grava, dio un paso hacia atrás, como si los hubiese pillado *in fraganti*.

—Ha sido un placer volver a verte —dijo Izzy, y besó a Robin en las mejillas, como si aquello sólo hubiese sido una visita de cortesía—. Me llamarás, ¿no? —añadió dirigiéndose a Strike.

—Sí, te mantendré informada —contestó él, y rodeó el coche hasta la puerta del acompañante.

Robin encendió el motor, y ni ella ni Strike comentaron nada. Izzy les dijo adiós con la mano —resultaba un tanto patética con aquel vestido camisero holgado—, y el detective le devolvió el saludo cuando ya tomaban la curva del camino que les haría perderla de vista.

Robin condujo muy despacio para no molestar a los asustadizos sementales, y Strike miró a la izquierda y vio que se habían llevado al caballo herido del prado. A pesar de las buenas intenciones de Robin, el semental negro echó a correr otra vez cuando el ruidoso y destartado Land Rover pasó cerca de donde estaba.

—¿Nunca te has preguntado quién debió de ser el primero que vio un animal como ése y pensó: «Voy a montarme encima?» —dijo Strike mientras observaba al caballo, que seguía corcoveando.

—Hay un viejo dicho que reza: «El caballo es tu espejo» —comentó Robin mientras intentaba esquivar los baches más pronunciados—. La gente suele decir que los perros se parecen a sus amos, pero yo creo que es aún más cierto con los caballos.

—Entonces, según ese dicho, Kinvara se pone nerviosa enseguida y arremete contra todos a la menor provocación, ¿no? Pues sí, la verdad... Tuerce a la derecha. Quiero echarle un vistazo a Steda Cottage.

Al cabo de un par de minutos, Strike añadió:

—Aquí. Sube por aquí.

El camino que llevaba a Steda Cottage estaba cubierto de maleza. De hecho, ella ni siquiera lo había visto la primera vez que habían pasado por delante. Se adentraba en el bosque que lindaba con los jardines de Chiswell House, pero desgraciadamente el Land Rover sólo consiguió recorrer diez metros porque, más allá, el camino era completamente impracticable. Robin paró el motor, preguntándose para sus adentros cómo iba a pasar Strike por aquel camino de tierra que ni siquiera se distinguía, cubierto de hojas y lleno de ortigas y zarzas, pero, al ver que el detective salía del coche sin más, hizo lo mismo y lo siguió, cerrando tras ella la puerta del conductor.

El suelo estaba resbaladizo, porque las copas de los árboles eran tan tupidas que el camino quedaba en sombra, y el sotobosque estaba oscuro y húmedo. El olor a descomposición era muy fuerte, y los pájaros y otros pequeños animales protestaron ruidosamente al ver invadido su hábitat.

—Bueno —dijo Strike mientras avanzaban con dificultad entre la maleza y los arbustos—. Christopher Barrowclough-Burns. Ese nombre es nuevo.

—No, nuevo no —lo corrigió Robin.

Strike la miró de reojo, sonriente, pero justo en ese momento tropezó con una raíz, y aunque consiguió mantener el equilibrio, fue a costa de su dolorida rodilla.

—Mierda... No sabía si te acordarías.

—«Christopher no ha prometido nada de las fotos» —citó Robin sin vacilar—. Es un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, y fue el mentor de Aamir Mallik. Fizzy acaba de contármelo.

—Volvemos a «los hombres como usted», ¿no?

Guardaron silencio durante un rato, concentrados en abrirse paso por un tramo del camino especialmente traicionero, donde ramas que parecían látigos se adherían a la tela y a la piel. El sol se filtraba por el dosel de hojas y teñía la piel de Robin de un verde pálido y moteado.

—¿Has vuelto a ver a Raphael mientras yo te esperaba fuera?

—Pues... sí —dijo Robin, un tanto cortada—. Hemos coincidido en el vestíbulo cuando yo salía del cuarto de baño.

—Imaginaba que no desaprovecharía la oportunidad de hablar a solas contigo.

—No es lo que te imaginas —mintió Robin, recordando el comentario de Raphael sobre las orgías con máscaras—. ¿Y qué me dices de Izzy? ¿Era interesante eso que te estaba susurrando al oído?

Sorprendido por el contraataque de Robin, Strike apartó los ojos del camino un momento y volvió a tropezar con un tocón cubierto de barro. Esta vez evitó una dolorosa caída agarrándose a un árbol por el que trepaba una enredadera espinosa.

—Mierda.

—¿Estás...?

—Estoy bien, estoy bien —contestó él, furioso consigo mismo.

Se examinó la palma de la mano, llena de espinas, y empezó a arrancárselas con los dientes. Oyó un fuerte chasquido de madera detrás de él y, al darse la vuelta, vio que Robin había partido una rama caída para hacer con ella un bastón.

—Toma, usa esto —dijo tendiéndole la rama.

—No nece... —empezó a decir Strike, pero al ver el gesto serio de Robin acabó cediendo—. Gracias.

Se pusieron de nuevo en marcha. Strike comprobó que, aunque le fastidiara, el bastón resultaba muy útil.

—Izzy sólo intentaba convencerme de que Kinvara habría podido regresar a Oxfordshire después de cargarse a Chiswell entre las seis y las siete de la mañana. Está claro que la policía todavía no le ha dado todos los detalles a la familia, y aún no saben nada de los múltiples testigos que confirman cada una de las etapas del viaje de Kinvara desde Ebury Street. Aun así, creo que, cuando comprenda que Kinvara no pudo hacerlo personalmente, Izzy empezará a sugerir que quizá contrató a un asesino a sueldo... Por cierto, ¿qué te han parecido los arrebatos de Raphael?

—Bueno, no puedo reprocharle que se mosquee con Torquil —dijo Robin, esquivando unas ortigas.

—Ya —coincidió Strike—. Si yo fuera Raphael, a mí Torks también me pondría de los nervios.

—Raff parece muy enfadado con su padre, ¿no? No tenía por qué contarnos que Chiswell había hecho sacrificar a aquella yegua. Daba la impresión de que estaba dispuesto a hacer lo que

fuese para retratar a su padre como un..., bueno...

—Como un mierda —dijo Strike—. Y también cree que Chiswell le robó esos comprimidos a Kinvara sólo por fastidiarla. De hecho, todo ese episodio es muy raro. ¿Por qué te interesaban tanto esos comprimidos?

—Porque me pareció que a Chiswell no le pegaban nada.

—No está mal. Creo que nadie más se había preguntado qué hacían allí. ¿Y qué opina la psicóloga del menosprecio de Raphael hacia su difunto padre?

Robin negó con la cabeza y sonrió, como solía hacer cuando Strike se refería a ella usando ese término. El detective sabía perfectamente que Robin había abandonado la carrera de Psicología Forense.

—Lo digo en serio... —insistió Strike.

Su pie ortopédico volvió a resbalar con las hojas del suelo, aunque esta vez pudo evitar la caída gracias al bastón que le había hecho Robin.

—Joder... Dime, ¿cómo interpretas que Raphael despotique de esa forma de su padre?

—Bueno, creo que está dolido y furioso —contestó Robin calibrando sus palabras—. A juzgar por lo que me contó durante el tiempo que pasé en la Cámara de los Comunes, últimamente su padre y él se llevaban mejor que nunca, pero ahora que Chiswell ha muerto, Raphael ya no podrá recuperar esa relación, ¿no? Tiene que enfrentarse al hecho de que fue excluido del testamento, y se queda con la duda de qué sentía realmente Chiswell por él. El ministro era muy contradictorio con Raphael. Cuando estaba borracho y deprimido, buscaba su apoyo, pero luego era muy grosero y lo ignoraba. Aunque la verdad es que no puedo decir que viera a Chiswell siendo agradable con nadie, salvo quizá...

Robin se interrumpió de golpe.

—Sigue —dijo Strike.

—Pues... iba a decir que fue bastante agradable conmigo el día que descubrí lo de Igualdad y Deporte.

—¿Cuándo te ofreció un empleo?

—Sí. Y también me dijo que a lo mejor tenía más trabajo para mí cuando le hubiésemos librado de Winn y Knight.

—¿Ah, sí? Eso no me lo habías contado.

—¿No? Ya, puede que no...

Y, como Strike, Robin se acordó de la semana que el detective había pasado en casa de Lorelei, y de las horas posteriores en el hospital, cuidando de Jack.

—Como te dije, fui a su despacho y lo encontré hablando por teléfono con el conserje de un hotel sobre una pinza para billetes que había perdido. Era de Freddie. Cuando colgó, le conté lo de Igualdad y Deporte y se puso muy contento. «Uno a uno van metiendo la pata», dijo.

—Interesante —comentó Strike, resollando; la pierna le dolía cada vez más—. Así que crees que Raphael está disgustado por lo del testamento, ¿no?

Robin creyó detectar una nota de sarcasmo en la voz de Strike.

—No es sólo el dinero...

—Ya, la gente siempre dice lo mismo —replicó él—. Es el dinero, y no lo es. Porque ¿qué implica el dinero? Libertad, seguridad, placer, una oportunidad para empezar de nuevo... Creo que podemos sonsacarle mucho más a Raphael, y me parece que vas a tener que encargarte tú.

—¿Qué más puede revelarnos?

—Me gustaría saber más sobre la llamada de teléfono que le hizo Chiswell justo antes de morir con esa bolsa de plástico en la cabeza —contestó Strike, jadeando; el dolor iba en aumento—. No le veo mucho sentido, porque, aunque Chiswell supiera que estaba a punto de suicidarse, había personas más indicadas para hacerle compañía a Kinvara que un hijastro al que ella no soportaba y que, además, estaba en Londres, a kilómetros de distancia.

»Y el problema es que esa llamada aún tiene menos sentido si fue un asesinato... Me parece que hay algo que no nos están con... —Strike se interrumpió—. Mira, menos mal.

Steda Cottage acababa de aparecer ante ellos en un claro que había un poco más allá. El jardín, rodeado por una valla rota, estaba casi tan crecido como los alrededores. El edificio era bajo, de piedra oscura, y estaba en ruinas. Tenía un agujero en el tejado y grietas en casi todas las ventanas.

—Siéntate —le aconsejó Robin a Strike, y señaló un gran tronco que había junto a la valla.

Strike, demasiado dolorido para discutir, le hizo caso y se sentó, mientras Robin se dirigía hacia la puerta de la casa. La empujó para ver si podía abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Luego caminó entre la hierba, que le llegaba por las rodillas, y se asomó por cada una de las sucias ventanas. Las habitaciones estaban vacías y tenían una gruesa capa de polvo. El único sitio donde había señales de que allí había vivido alguien era la cocina, donde vio una vieja taza con una imagen de Johnny Cash sobre una encimera mugrienta.

—No parece que aquí haya vivido nadie desde hace años, y tampoco hay indicios de que hayan entrado okupas —le dijo a Strike cuando apareció por el otro lado de la casa.

El detective, que acababa de encender un cigarrillo, no dijo nada. Tenía la vista fija en un gran hoyo que había en el suelo del bosque, de unos dos metros cuadrados, rodeado de árboles y lleno de ortigas, espinos y maleza.

—¿Tú a eso lo llamarías una «hondonada»? —le preguntó a Robin.

Ella se asomó al hoyo.

—Bueno, se parece más a una hondonada que nada que hemos visto hasta ahora —argumentó.

—«Él estranguló a esa cría y la enterró en la hondonada que hay al lado de la casa de nuestro padre» —recitó Strike.

—Voy a ver —repuso Robin—. Tú quédate aquí.

—No —dijo Strike, y levantó una mano para detenerla—, no vas a encontrar nada...

Pero ella ya estaba deslizándose por uno de los pronunciados bordes de la «hondonada», con las zarzas enganchándosele en los vaqueros.

Cuando llegó al fondo, comprobó que era muy difícil moverse por allí dentro. Las ortigas le llegaban casi hasta la cintura, y tenía que caminar con las manos levantadas para que no le picaran. El apio lechal y la hierba de San Benito salpicaban la vegetación verde oscura de blanco y amarillo, y los largos y espinosos tallos de las rosas silvestres se enroscaban como el alambre de espino por todas partes.

—Ten cuidado, Robin.

Strike se sentía impotente viendo cómo ella intentaba avanzar e iba llenándose de arañazos y picaduras.

—Estoy bien —contestó ella mientras inspeccionaba el suelo entre la vegetación silvestre.

Si habían enterrado algo allí, hacía mucho que había quedado cubierto de plantas, y cavar en

aquel suelo no iba a ser nada fácil. Se lo dijo a Strike mientras se agachaba para ver qué había debajo de unas zarzas.

—De todas formas, dudo mucho que Kinvara nos dejara cavar —dijo Strike, e inmediatamente recordó las palabras de Billy: «A mí ella no me dejaría excavar, pero a usted sí.»

—Espera —dijo de pronto Robin.

—¿Qué pasa? —preguntó Strike, nervioso, pese a que sabía perfectamente que lo más probable era que no hubiera encontrado nada importante.

—Aquí hay algo.

Robin movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro, tratando de ver mejor entre una densa mata de ortigas, justo en el centro de la hondonada.

—¡Hostia!

—¿Qué pasa? —repitió Strike, que, aunque estaba mucho más alto que ella, no distinguía absolutamente nada entre las ortigas—. ¿Qué has visto?

—No lo sé. Igual me lo estoy imaginando, pero... —Robin titubeó—. Supongo que no tienes unos guantes, ¿verdad?

—Pues no. Robin, no...

Pero ella ya se había metido entre las ortigas, con las manos en alto, y empezó a pisotearlas para aplanarlas. Strike vio que se agachaba y recogía algo del suelo. Robin se incorporó y se quedó quieta, con la cabeza inclinada sobre lo que había encontrado, hasta que Strike, impaciente, preguntó:

—¿Qué es?

Robin echó la cabeza hacia atrás y se apartó el pelo rubio rojizo de la cara, cuya palidez contrastaba con la espesa vegetación que la rodeaba, y levantó una pequeña cruz de madera.

—¡No, no te muevas! —se apresuró a decir al ver que Strike, automáticamente, iba hacia el borde de la hondonada para ayudarla a subir—. Estoy bien.

Lo cierto era que ya estaba cubierta de arañazos y picaduras de ortiga, así que poco importaban algunas más: se impulsó para salir de la hondonada, agarrándose con las manos a los bordes hasta que alcanzó una altura desde donde podía coger la mano que le ofrecía Strike, y superó el último tramo con su ayuda.

—Gracias —dijo ella respirando entrecortadamente—. Supongo que lleva años ahí...

Empezó a retirar la tierra que estaba adherida a la base de la cruz, terminada en punta para clavarse mejor en el suelo. La madera estaba húmeda y manchada.

—Tiene algo escrito —observó Strike, que se la quitó de las manos y escudriñó la superficie.

—¿Dónde? —preguntó Robin.

Su pelo le rozó la mejilla a Strike; estaban de pie, muy cerca el uno del otro, examinando los restos apenas visibles de algo que parecía haber sido escrito con rotulador, y que la lluvia y el rocío habían diluido casi por completo.

—Parece letra de niño pequeño —susurró Robin.

—Eso es una «S» —dijo Strike—, y lo del final... ¿Qué es, una «G» o una «Y»?

—No lo sé —respondió Robin.

Se quedaron en silencio contemplando la cruz, hasta que los débiles ladridos de *Rattenbury*, el terrier de los Chiswell, los sacaron de su ensimismamiento.

—Todavía estamos en la propiedad de Kinvara —advirtió Robin, nerviosa.

—Sí.

Con la cruz en la mano, Strike empezó a desandar el camino apretando los dientes para soportar el dolor de la pierna.

—Vamos a buscar un pub. Me muero de hambre —dijo.

44

Pero ¡hay tantas clases de caballos blancos en este mundo, señora Helseth!

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

—De todas formas, que haya una cruz clavada en el suelo no significa que haya nada enterrado debajo —dijo Robin cuando ya se dirigían en el Land Rover hacia el pueblo.

—Cierto —coincidió Strike, que había agotado casi todo su aliento durante el recorrido hasta el coche, formulando una obscenidad tras otra mientras tropezaba y resbalaba por el suelo del bosque—, pero da que pensar, ¿no?

Robin no dijo nada y siguió manejando el volante con las manos llenas de arañazos y enrojecidas por las picaduras de ortiga.

El hotel rural al que llegaron cinco minutos más tarde parecía salido de una postal de la campiña inglesa: un edificio blanco con entramado de madera y ventanas en saliente emplomadas, tejas de pizarra cubiertas de musgo en el tejado y un rosal trepador de rosas rojas alrededor de la puerta. Completaba el cuadro una terraza de bar con sombrillas. Robin estacionó el Land Rover en el pequeño aparcamiento de enfrente.

—No me lo puedo creer... —murmuró Strike mientras salía del coche.

Había dejado la cruz en el salpicadero y estaba mirando fijamente la puerta del pub.

—¿Qué pasa? —preguntó Robin, y rodeó el coche para reunirse con él.

—Se llama «White Horse».

—«Caballo blanco», sí, como el de la ladera de la colina —dijo Robin mientras cruzaban juntos la calle—. Mira con atención el letrero.

La extraña figura que hacía poco habían visto grabada en la piedra caliza estaba pintada en el letrero que colgaba de un poste de madera.

—El pub donde hablé por primera vez con Jimmy Knight también se llamaba «White Horse» —comentó Strike.

—«White Horse» es uno de los diez nombres de pub más populares de Gran Bretaña —dijo Robin mientras subían los escalones de la terraza; la cojera de Strike se apreciaba más que nunca—. Lo leí una vez en no sé qué artículo. Mira, éstos se van. Coge la mesa, corre, yo iré a buscar las bebidas.

El interior del pub, de techo bajo, estaba muy concurrido. Robin se dirigió directamente a los lavabos, donde se quitó la chaqueta, se la ató alrededor de la cintura y se lavó las escocidas manos. Lamentó no haber podido buscar acedera por los alrededores de Steda Cottage cuando

volvían al coche, pero durante todo el camino se había concentrado en vigilar a Strike, que había estado a punto de caerse dos veces más y que avanzaba cojeando, furioso consigo mismo y rechazando con malos modos cualquier intento de Robin de ayudarlo, mientras se apoyaba en el bastón que ella le había hecho con una rama.

En el espejo, Robin comprobó que iba desaliñada y sucia en comparación con los adinerados clientes de mediana edad que acababa de ver en el bar, pero tenía prisa por volver con Strike y repasar todo lo que había ocurrido aquella mañana, así que se limitó a cepillarse un poco el pelo y a limpiarse una mancha del cuello. Luego se puso en la cola para pedir las bebidas.

—Salud, Robin —dijo Strike, agradecido, cuando ella llegó a la mesa de la terraza con una pinta de Arkell's Wiltshire Gold y le acercó la carta—. ¡Oh, qué maravilla! —exclamó tras dar el primer sorbo—. Bueno, ¿cuál es el más popular?

—¿Cómo dices?

—El nombre de pub más popular. Según tú, «White Horse» está entre los diez más frecuentes.

—Ah, sí. Ahora no recuerdo si es «The Red Lion» o «The Crown».

—El mío, el de verdad, se llama «The Victory» —dijo Strike desempolvando recuerdos.

Hacía dos años que no iba a Cornualles. Recordaba el pub perfectamente: un edificio bajo de piedra encalada, con unos escalones que descendían serpenteando hasta la bahía. Era el local donde había conseguido por primera vez que le sirvieran una cerveza sin enseñar ningún documento de identidad, cuando tenía dieciséis años; su madre lo había dejado unas semanas en casa de sus tíos, mientras ella pasaba por uno de sus recurrentes períodos turbulentos.

—El nuestro se llama «Bay Horse» —dijo Robin.

Y a ella también la asaltó, de repente, la imagen del pub que siempre sería «su casa». El local tenía la fachada blanca, igual que el de Strike, y estaba en una calle que salía de la plaza del mercado de Masham. Allí era donde había celebrado los resultados del examen final de bachillerato con sus amigos, la misma noche en que Matthew y ella se habían enzarzado en una pelea estúpida que sólo acabó cuando él se hubo marchado. Robin se había negado a irse con él y se había quedado con sus amigos.

—«¿Caballo Bayo?» ¿Por qué «bayo»? —preguntó Strike.

Ya se había bebido media cerveza y estaba disfrutando del sol, con la dolorida pierna estirada.

—¿Por qué no simplemente «castaño»?

—Es que ya hay caballos castaños —le explicó Robin—, «bayo» significa otra cosa. Tienen los cabos negros: las patas, la crin y la cola.

—¿De qué color era tu poni...? *Angus*, ¿no?

—¿Cómo puede ser que te acuerdes de su nombre? —preguntó Robin, sorprendida.

—No lo sé. A mí me sorprende que tú te acuerdes de los nombres de los pubs. Hay cosas que se quedan, supongo.

—Era tordillo.

—O sea, blanco. Va, confiesa: en realidad no es más que una jerga para confundir a los plebeyos que no montan a caballo, ¿verdad?

—No —dijo Robin riendo—. Los tordillos tienen la piel negra bajo el pelo blanco. Los blancos de verdad...

—Mueren jóvenes —sentenció Strike.

La camarera fue a tomarles nota, y Strike pidió una hamburguesa. Encendió otro cigarrillo y, cuando la nicotina le llegó al cerebro, sintió una oleada de algo parecido a la euforia. Una cerveza, un caluroso día de agosto, un trabajo bien pagado, la comida en camino y Robin sentada frente a él. Además, su relación había mejorado mucho y, si bien no era tan buena como lo había sido antes de la luna de miel de Robin, volvían a estar tan unidos como podían estarlo teniendo en cuenta que ella era una mujer casada. En ese momento, en aquella terraza soleada, y pese al dolor de la pierna, el cansancio y la indefinición de su relación con Lorelei, la vida parecía sencilla y prometedora.

—Las entrevistas en grupo no suelen ser una buena idea —comentó, y echó el humo procurando que no le llegase a la cara a Robin—, pero entre los Chiswell han surgido conflictos interesantes, ¿no te parece? Voy a seguir trabajándome a Izzy. Seguramente, sin el resto de la familia delante, se mostrará más comunicativa.

«A Izzy le va a encantar que te la trabajes», pensó Robin mientras cogía su móvil.

—Mira, quiero enseñarte una cosa.

Buscó la fotografía de la fiesta de cumpleaños de Freddie Chiswell.

—Esa de ahí —dijo, señalando la cara triste y pálida de la chica— es Rhiannon Winn. Estaba en la fiesta de los dieciocho años de Freddie Chiswell. Por lo visto —continuó, mientras pasaba a la fotografía anterior y le enseñaba al grupo con el traje de esgrima— estaban juntos en el equipo británico.

—¡Hostia, claro! —exclamó Strike, y le cogió el teléfono a Robin—. La espada... La espada de Ebury Street. ¡Seguro que era de Freddie!

—¡Claro! —exclamó también Robin, preguntándose cómo podía ser que no hubiera pensado en ello al ver la fotografía.

—Esa foto debieron de tomarla poco antes de que se suicidara —especuló Strike mientras escudriñaba la figura de aspecto triste de Rhiannon Winn en la fiesta de cumpleaños—. Y... ¡joder, ese que está detrás de ella es Jimmy Knight! ¿Qué hacía Jimmy en el dieciocho cumpleaños del alumno de un colegio privado?

—¿Beber gratis? —sugirió Robin.

Strike sonrió y le devolvió el teléfono.

—A veces la respuesta obvia es la correcta. ¿Son imaginaciones mías o Izzy se ha cortado un poco cuando ha salido el tema del atractivo sexual de Jimmy en sus años adolescentes?

—No —dijo Robin—, yo también me he fijado.

—Y nadie quiere que hablemos con esos viejos amigos de Jimmy, los hermanos Butcher.

—¿Porque saben algo más, aparte de dónde trabaja su hermana?

Strike dio un sorbo de cerveza y recordó lo que Chiswell había dicho la primera vez que se habían visto.

—Chiswell comentó que había otras personas implicadas en eso que él había hecho y por lo que estaban haciéndole chantaje, pero que tenían mucho que perder si salía a la luz...

Sacó su bloc y releyó sus notas, tomadas con una caligrafía angulosa y difícil de leer, mientras Robin disfrutaba de la tranquilidad de la terraza. Una abeja pasó volando, perezosa, cerca de ella, y le recordó el sendero de lavanda de Le Manoir aux Quat'Saisons, donde Matthew y ella habían pasado su aniversario de boda. Pensó que era mejor que no comparase cómo se sentía en ese momento con cómo se había sentido aquel fin de semana.

—A lo mejor los hermanos Butcher aceptaron herir a esos caballos mientras Jimmy estaba en Londres —conjeturó Strike, dando golpecitos con el bolígrafo en el bloc de notas—. Siempre he pensado que podría tener amigos aquí que habrían podido encargarse de esa parte del trabajo. Pero, antes de hablar con ellos, dejaremos que Izzy les pregunte por el paradero de Tegan. No conviene molestar al cliente, a menos que sea absolutamente necesario.

—Claro —coincidió Robin—. ¿Crees que Jimmy les hizo una visita cuando vino aquí buscando a Billy?

—Es probable —dijo Strike, asintiendo mientras releía sus notas—. Y también interesante. A juzgar por lo que dijeron en la manifestación, Jimmy y Flick sabían dónde estaba Billy en ese momento. De hecho, iban a verlo cuando me lesioné los isquiotibiales. Ahora que han vuelto a perderle la pista... En fin, daría cualquier cosa por encontrar a Billy. Con él empezó todo esto, y seguimos...

Se interrumpió cuando les llevaron la comida: una hamburguesa con queso azul encima para Strike, y un cuenco de chile con carne para Robin.

—¿Seguimos? —dijo Robin cuando se marchó la camarera.

—Sin saber nada de la cría a la que asegura que vio morir —continuó Strike—. No he querido preguntarles a los Chiswell por Suki Lewis, al menos de momento. Prefiero que no sepan que me interesa otra muerte aparte de la de Chiswell.

Cogió la hamburguesa y, con la mirada perdida en el otro lado de la calle, le dio un bocado enorme. Después de pulirse media hamburguesa, siguió con sus notas.

—Cosas que tenemos que hacer —anunció, y volvió a coger el bolígrafo—. Quiero encontrar a esa chica de la limpieza a la que despidió Jasper Chiswell. Tuvo llave de la casa durante un tiempo, y quizá sepa decirnos cómo y cuándo entró la bombona de helio en la casa.

»Confiamos en que Izzy acabe localizando a Tegan Butcher. A ver si Tegan puede arrojar un poco de luz sobre la razón por la que Raphael vino aquí la mañana que murió su padre, porque no me trago ese cuento.

»Y por el momento dejaremos a los hermanos Butcher en paz, porque es evidente que los Chiswell no quieren que hablemos con ellos. Aunque quizá intente hablar con Henry Drummond, el marchante de arte.

—¿Por qué? —preguntó Robin.

—Era un viejo amigo de Chiswell, y le hizo un favor cuando contrató a Raphael. Debían de ser buenos amigos. Nunca se sabe, Chiswell podría haberle contado de qué iba el chantaje. Además, trató de hablar con el ministro a primera hora de la mañana el día que murió. Me gustaría saber por qué.

»Así que, a partir de ahora, tú intentas sonsacarle algo a Flick en la tienda de bisutería, Barclay puede seguir con Jimmy y Flick, y yo abordaré a Geraint Winn y a Aamir Mallik.

—Se negarán a hablar contigo —dijo Robin, convencida—. Ya lo verás.

—¿Te juegas algo?

—Diez libras.

—No te pago suficiente para que vayas por ahí regalando billetes de diez. Te dejo que me invites a una cerveza.

El detective pagó la cuenta y cruzaron la calle para volver al coche. Robin no dijo nada, pero le habría gustado tener que ir a algún otro sitio con Strike, porque la perspectiva de regresar a

Albury Street no la atraía lo más mínimo.

—Será mejor que cojamos la M40 —dijo Strike, consultando el mapa en el móvil—. Ha habido un accidente en la M4.

—Vale.

Si tomaban ese camino, pasarían por delante de Le Manoir aux Quat’Saisons. Robin dio marcha atrás para salir del aparcamiento, y de pronto se acordó de los mensajes que le había mandado Matthew unas horas antes. Le había dicho que se había equivocado y que eran mensajes de trabajo, pero, por lo que ella recordaba, Matthew nunca contactaba con la oficina durante el fin de semana. Una de sus quejas recurrentes era que el horario y las obligaciones del trabajo de Robin no respetaban los fines de semana, a diferencia del suyo.

—¿Qué? —preguntó al darse cuenta de que Strike le había dicho algo.

—Digo que se supone que dan mala suerte, ¿no? —repitió Strike mientras se alejaban del pub.

—¿Qué da mala suerte?

—Los caballos blancos. ¿No hay una obra en la que los caballos blancos representan un presagio de muerte?

—No lo sé —dijo Robin, cambiando de marcha—. Pero la muerte monta un caballo blanco en el Apocalipsis.

—¿Blanco? ¿No será «tordillo»? —preguntó Strike mientras bajaba la ventanilla para volver a fumar.

—Eres un pedante.

—Y lo dice la que no puede llamar «castaño» a un caballo castaño.

Cogió la cruz de madera, que había resbalado por el salpicadero. Robin mantuvo la vista al frente, decidida a ahuyentar de su mente la imagen que la había asaltado cuando la había visto por primera vez, semiescondida entre los gruesos y velludos tallos de las ortigas: la de una niña pudriéndose bajo tierra en el fondo de aquella oscura hondonada, en medio del bosque, muerta y olvidada por todos, salvo por un hombre al que llamaban loco.

45

Necesito salir de una posición falsa.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

A la mañana siguiente, Strike pagó con dolor la caminata por el bosque de Chiswell House. Era domingo, y tenía tan pocas ganas de levantarse de la cama y bajar a trabajar que tuvo que recordarse a sí mismo que, como Hyman Roth, el personaje de una de sus películas favoritas, había elegido aquel negocio libremente. Si la investigación privada, como la mafia, le exigía más de lo normal, tendría que aceptar los inconvenientes que acompañaban a las recompensas.

Al fin y al cabo, había podido escoger. El Ejército se lo habría quedado de buen grado, aunque le faltase media pierna. Varios amigos de amigos le habían ofrecido todo tipo de empleos, desde cargos de dirección en la industria de la seguridad hasta ser socio de diversos negocios, pero sus ansias de investigar, de resolver y de restablecer el orden moral no se habían extinguido, y dudaba mucho que llegaran a extinguirse jamás. El trabajo de oficina, los clientes muchas veces bulliciosos, la contratación y el despido de subordinados no le proporcionaban ninguna satisfacción; pero aceptaba con estoicismo, y a veces con placer, las largas jornadas, las incomodidades y los ocasionales peligros de su trabajo. Así que se duchó, se puso la prótesis y, dolorido, bajó la escalera bostezando. Se acordó de que su cuñado le había sugerido que su objetivo debería ser quedarse sentado en un despacho mientras otros se ocupaban del trabajo de campo.

Se sentó delante del ordenador de Robin e, inevitablemente, pensó en ella. Nunca le había preguntado qué ambiciones tenía respecto a la agencia; había dado por hecho, quizá con cierta arrogancia, que eran las mismas que las suyas: acumular un saldo bancario suficiente para que ambos pudiesen tener unos ingresos decentes y ocuparse del trabajo más interesante, sin miedo a perderlo todo en cuanto perdiesen a un cliente. Pero ¿y si Robin estaba esperando a que él le plantease una propuesta en la línea de lo que había insinuado Greg? Intentó imaginarse cómo reaccionaría si la invitaba a sentarse en el sofá de las flatulencias y le mostraba una presentación en PowerPoint sobre objetivos a largo plazo y propuestas para diferenciarse de sus competidores.

Se puso a trabajar, y los recuerdos de Charlotte desplazaron a Robin de su pensamiento. Se acordó de cómo eran los días como aquél en la época en que estaban juntos, en los que tenía que pasarse horas delante del ordenador. A veces Charlotte salía sola, envolviéndolo todo de un misterio innecesario y sin decirle adónde iba, o se inventaba razones para interrumpirlo, o provocaba una pelea que lo obligaba a parar mientras veía cómo se le escapaban unas horas valiosísimas. Y sabía que se estaba recordando a sí mismo lo difícil y agotador que había

resultado aquel comportamiento porque, desde que la había visto en Lancaster House, Charlotte no había parado de entrar y salir de su desprevenida mente como un gato callejero.

Al cabo de casi ocho horas, siete tazas de té, tres visitas al cuarto de baño, cuatro sándwiches de queso, tres bolsas de patatas fritas, una manzana y veintidós cigarrillos, Strike había pagado todas las dietas de sus subalternos, se había asegurado de que el contable recibía los últimos recibos de la agencia, había leído el último informe de Hutchins sobre el Doctor Chungo y había seguido la pista de varios Aamir Mallik por el ciberespacio en busca del que él quería entrevistar. A las cinco creyó haber dado por fin con él, pero en la fotografía distaba tanto de parecer «apuesto» (así describían a Mallik en el artículo de cotilleo) que pensó que lo mejor que podía hacer era enviarle a Robin por correo electrónico las fotografías que había encontrado en Google, para que ella le confirmase si aquél era el Mallik que estaba buscando.

Se desperezó, bostezó y escuchó el solo de batería de un posible comprador que estaba probando el instrumento en una de las tiendas de música de Denmark Street. Decidió volver arriba a ver los resúmenes del día de las Olimpiadas, que incluirían la carrera de cien metros de Usain Bolt, pero cuando se disponía a apagar el ordenador, sonó la alerta que anunciaba la llegada de un correo electrónico; era de Lorelei@VintageVamps.com, cuyo asunto rezaba, simplemente: «Tú y yo.»

Strike se frotó los ojos con la base de las manos, como si la imagen de aquel correo electrónico hubiese sido una aberración visual pasajera. Sin embargo, cuando levantó la cabeza y abrió los ojos de nuevo, allí seguía, encabezando su bandeja de entrada.

—Mierda —masculló.

Pensó que prefería saberlo, fuera lo que fuese, y clicó encima del mensaje. Tenía casi mil palabras y daba la impresión de que había sido escrito con mucho esmero. Consistía en una disección metódica del carácter de Strike, redactada a modo de apuntes de un caso psiquiátrico que, pese a no ser incurable, requería una intervención urgente. Según el análisis de Lorelei, Cormoran Strike era un personaje traumatizado con un comportamiento disfuncional que ponía obstáculos a su propia felicidad. Provocaba sufrimiento a los demás con su falta de honradez en el manejo de las emociones, y como nunca había tenido una relación sana, huía de ella cuando alguien se la ofrecía. No sabía valorar a quienes se preocupaban por él, y seguramente sólo se daría cuenta de ello cuando tocara fondo y se encontrara solo, sin nadie que lo amara y torturado por los remordimientos.

Esa predicción iba seguida de una descripción de las dudas y el examen de conciencia que habían precedido a la decisión de Lorelei de enviar aquel correo electrónico, en lugar de limitarse a comunicarle a Strike que daba por suspendido su acuerdo de mantener una relación sin ataduras. Concluía diciendo que creía que lo más justo era explicarle por escrito por qué ella, y por extensión cualquier otra mujer, lo rechazaría a menos que cambiase su comportamiento. Le pedía que leyese y reflexionase sobre lo que le había dicho «teniendo presente que no lo había escrito movida por la rabia, sino por la tristeza», y le proponía quedar para «decidir si aquella relación le interesaba lo suficiente como para intentar mantenerla con otras premisas».

Cuando llegó al final del mensaje, Strike se quedó quieto mirando la pantalla, no porque se planteara responder, sino porque necesitaba prepararse para el dolor físico que sabía que sentiría cuando se levantase. Al final se dio impulso y se puso en pie, componiendo una mueca de dolor al apoyar el peso en la prótesis, apagó el ordenador y cerró con llave la puerta de la oficina.

«¿Por qué no podemos cerrar el tema por teléfono?», se preguntó mientras subía la escalera

ayudándose de la barandilla. «Está claro que esta relación está muerta, ¿no? ¿Qué necesidad hay de practicarle la autopsia?»

Ya en su estudio, encendió otro cigarrillo, se sentó en una silla de la cocina y llamó a Robin, que contestó casi de inmediato.

—Hola —dijo ella en voz baja—. Un momento.

Strike oyó cerrarse una puerta, pasos y otra puerta que se cerraba.

—¿Has recibido mi correo? Te he mandado un par de fotos.

—No —contestó Robin sin subir la voz—. ¿Qué fotos?

—Me parece que he encontrado a Mallik. En Battersea. Un tipo regordete y cejijunto.

—No, no es él. Es alto y delgado, y lleva gafas.

—Vaya, pues acabo de desperdiciar una hora —dijo Strike con frustración—. ¿Nunca comentó dónde vivía? ¿Qué hacía los fines de semana? ¿Su número de la Seguridad Social?

—No. Hablamos muy poco. Ya te lo dije.

—¿Qué tal va el disfraz?

Robin ya le había explicado a Strike en un mensaje de texto que el jueves tenía una entrevista con la «wiccana chiflada» que regentaba la tienda de bisutería de Camden.

—No está mal —dijo Robin—. Estoy haciendo pruebas con...

Se oyó un grito amortiguado de fondo.

—Lo siento, tengo que irme —se apresuró a decir Robin.

—¿Va todo bien?

—Sí. Hablamos mañana.

Robin colgó, y Strike se quedó con el móvil pegado a la oreja. Dedujo que la había pillado en un momento delicado, quizá incluso en medio de una discusión, y bajó la mano un tanto decepcionado por no haber podido hablar un rato más. Miró el teléfono. Lorelei debía de estar esperando que la llamara en cuanto hubiese leído su mensaje. Decidió que podía fingir no haberlo leído todavía, dejó el teléfono y cogió el mando a distancia del televisor.

46

Habría tratado su falta con más tacto.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Cuatro días más tarde, a la hora de comer, Strike estaba apoyado en el mostrador de un pequeño establecimiento de pizzas para llevar. El local estaba convenientemente situado para observar una casa de la acera de enfrente. Se trataba de una casa pareada de ladrillo oscuro idéntica a la que tenía al lado; sobre las puertas tenían grabado en piedra el nombre de IVY COTTAGES, que a Strike se le antojaba más adecuado para viviendas más humildes que para aquellos edificios con ventanas arqueadas y dovelas con cornisa.

Estaba masticando un trozo de pizza cuando notó que le vibraba el teléfono en el bolsillo. Antes de contestar miró quién era, porque ese día ya había mantenido una tensa conversación con Lorelei. Al ver que se trataba de Robin, contestó.

—¡Conseguido! —dijo Robin, que parecía emocionada—. Acabo de hacer la entrevista. La propietaria es horrible, no me extraña que nadie quiera trabajar para ella. Es un contrato de cero horas. Básicamente necesita un par de personas que la sustituyan cuando a ella no le apetece trabajar.

—¿Flick todavía trabaja allí?

—Sí, atendía el mostrador mientras yo hablaba con la propietaria. Quiere que vaya mañana a hacer una prueba.

—¿No te han seguido?

—No, me parece que ese periodista ha desistido. Ayer tampoco estaba. Bueno, y aunque me hubiera visto dudo mucho que me hubiese reconocido. Tendrías que ver mi pelo.

—¿Por qué? ¿Qué te has hecho?

—Tiza.

—¿Qué?

—Me lo he teñido con tiza —dijo Robin—. Es un tinte temporal. Negro y azul. Y llevo los ojos muy maquillados y unos cuantos tatuajes no permanentes.

—Mándame una foto. Me vendrá bien algo que me haga reír un poco.

—Tiñete tú también, hombre. Bueno, ¿y a ti cómo te va?

—Un coñazo. Esta mañana he visto salir a Mallik de la casa de Della. Iba con ella.

—¿Qué me dices? ¿Viven juntos?

—Ni idea. Han cogido un taxi con el perro lazarillo y se han largado a algún sitio. Han vuelto

hace una hora, estoy esperando a ver qué pasa. Ah, un detalle importante: ya había visto antes a Mallik. Lo he reconocido nada más verlo.

—¿En serio?

—Sí, estaba en aquella reunión de la ROC de Jimmy a la que fui para ver si encontraba a Billy.

—Qué raro. ¿Crees que hacía de intermediario para Geraint?

—Es posible —contestó Strike—, pero, si querían hablar, no entiendo por qué no se llamaban por teléfono. No sé, ese Mallik... tiene algo raro.

—Es buena gente —dijo Robin enseguida—. Yo no le caí bien, pero fue porque desconfiaba de mí. Eso sólo significa que es más listo que los demás.

—¿No lo ves como asesino?

—¿Lo dices por eso que dijo Kinvara?

—«Mi marido provocó a alguien, alguien a quien yo le había advertido que no debía molestar» —citó Strike.

—¿Y por qué tendría que estar alguien especialmente preocupado por haber molestado a Aamir? ¿Porque es de piel oscura? La verdad es que a mí me daba pena; tener que trabajar con...

—Un momento —dijo Strike, dejando el último trozo de pizza en el plato.

La puerta de la casa de Della había vuelto a abrirse.

—Me voy —añadió.

Mallik salió solo de la casa, cerró la puerta tras de sí, recorrió el camino del jardín con paso enérgico y echó a andar por la calle. Strike salió de la pizzería.

—Ahora va con prisas. Da la impresión de que se alegra de alejarse de ella.

—¿Qué tal tu pierna?

—Bueno, ha estado peor. Espera, que tuerce a la izquierda. Robin, tengo que dejarte. Si no me doy prisa, lo voy a perder.

—Buena suerte.

—Gracias.

Strike cruzó Southwark Park Road tan deprisa como le permitió su pierna y se metió por Alma Grove, una larga calle residencial con plátanos plantados a intervalos regulares y casas victorianas de dos pisos idénticas a ambos lados. Para sorpresa de Strike, Mallik se detuvo delante de una casa con la puerta pintada de color turquesa y entró. Entre su domicilio y el de los Winn había, como mucho, cinco minutos a pie.

Las casas de Alma Grove eran estrechas, y Strike se imaginó que cualquier ruido fuerte atravesaría fácilmente las paredes. Le dio a Mallik lo que consideró tiempo suficiente para quitarse la chaqueta y los zapatos, se acercó a la puerta de color turquesa y llamó con los nudillos.

Aamir abrió al cabo de unos segundos. Su expresión cambió de inmediato de la educada interrogación a la conmoción. Era obvio que sabía perfectamente quién era Strike.

—¿Aamir Mallik?

El joven no dijo nada, pero se quedó inmóvil, con una mano en la puerta y la otra en la pared del recibidor, mirando a Strike con sus ojos oscuros y empequeñecidos por el grosor de las lentes de sus gafas.

—¿Qué quiere?

—Hablar contigo.

—¿Por qué? ¿De qué?

—Me ha contratado la familia de Jasper Chiswell. No están seguros de que se suicidara.

Aamir seguía quieto y callado, como si estuviese temporalmente paralizado. Al final se apartó de la puerta.

—De acuerdo, pase.

En su situación, Strike también habría preferido enterarse de qué sabía o qué sospechaba el detective, antes que pasarse las noches en vela preguntándose por qué había ido a verlo. Strike entró y se limpió los zapatos en el felpudo.

Por dentro, la casa era más grande de lo que parecía desde el exterior. Aamir precedió a Strike por una puerta que había a la izquierda y entraron en un salón. Saltaba a la vista que la decoración correspondía al gusto de una persona mucho mayor que Aamir. La alfombra, gruesa y con un estampado de color rosa y verde, las butacas cubiertas con cretonas, la mesita del salón con su tapete de encaje y el espejo ornamental colocado en la repisa de la chimenea revelaban que los ocupantes eran ancianos, aunque en la chimenea de hierro alguien había instalado un antiestético hervidor de agua eléctrico. Los estantes estaban vacíos, y en las superficies no había ornamentos ni objetos decorativos. En el brazo de una butaca había un libro de Stieg Larsson.

Aamir se volvió hacia Strike con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Usted es Cormoran Strike —dijo.

—Correcto.

—La chica que se hacía pasar por una tal Venetia en la Cámara de los Comunes es su socia.

—También correcto.

—¿Qué quiere? —volvió a preguntar Aamir.

—Hacerte unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—¿Te importa que me sienta? —preguntó Strike, sentándose antes de que él le diera permiso.

Se fijó en que Aamir desviaba la mirada a su pierna, así que estiró la prótesis de forma ostentosa, haciendo que el metal del tobillo asomara un poco por encima del calcetín. Tratándose de alguien que se había mostrado tan considerado con la minusvalía de Della, aquello tenía que bastar para que no le pidiese a Strike que se levantara.

—Como ya te he dicho, la familia pone en duda que Jasper Chiswell se suicidase.

—¿Y cree que yo tengo algo que ver con su muerte? —preguntó Aamir; intentaba aparentar incredulidad, pero sólo consiguió parecer asustado.

—No —dijo Strike—, pero si quieres hacer una confesión, no te cortes. Me ahorrarías mucho trabajo.

Aamir no sonrió.

—Lo único que sé de ti, Aamir —continuó Strike—, es que estabas ayudando a Geraint Winn a hacerle chantaje a Chiswell.

—Eso no es verdad —aclaró Aamir de inmediato.

Era la negación automática y poco meditada de quien tiene miedo.

—¿No intentabas conseguir unas fotografías incriminatorias para utilizarlas contra él?

—No sé de qué me habla.

—La prensa está tratando de esquivar la resolución judicial que han conseguido tus jefes. Cuando lo del chantaje salga a la luz, tu participación en él no permanecerá oculta por mucho tiempo. Tu amigo Christopher y tú...

—¡No es amigo mío!

A Strike la vehemencia de Aamir le pareció interesante.

—¿Esta casa es tuya?

—¿Cómo?

—Es que parece muy grande para un joven de veinticuatro años que se supone que no cobra un sueldazo.

—Eso no es asunto suyo.

—A mí, personalmente, no me importa —prosiguió Strike, inclinándose hacia delante—, pero a los periódicos sí. Si no pagas un alquiler que esté en consonancia con la casa, podría parecer que tienes algún tipo de obligación con los propietarios. Podría parecer que les debes algo, o que te han comprado. Y si los propietarios son tus empleadores, Hacienda lo considerará un pago en especie, lo que podría causaros problemas a ambos.

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme? —lo interrumpió Aamir.

—Bueno, reconozco que no ha sido nada fácil —declaró Strike—. No eres demasiado activo en las redes sociales, ¿verdad? Pero al final... —se sacó unas hojas de papel que llevaba dobladas en el bolsillo interior de la chaqueta y las desdobló— encontré la página de Facebook de tu hermana. Es tu hermana, ¿no?

Puso encima de la mesita la hoja en la que había impreso la publicación de Facebook. Una joven atractiva y rechoncha con hiyab sonreía en la pobre reproducción de la fotografía, rodeada de cuatro niños pequeños. Strike interpretó el silencio de Aamir como una afirmación, así que continuó.

—He repasado las publicaciones de varios años. Éste eres tú —dijo.

Puso otra hoja impresa encima de la primera. Un Aamir bastante más joven sonreía a la cámara con la túnica académica, flanqueado por sus padres.

—Te graduaste con matrícula de honor en Política y Economía en la London School of Economics. Impresionante.

»Y después entraste en un programa de prácticas del Ministerio de Asuntos Exteriores —continuó Strike mientras ponía una tercera hoja encima de las anteriores.

Era una fotografía oficial en la que un grupito de chicos y chicas posaban elegantemente vestidos; todos eran negros o de alguna minoría étnica, y rodeaban a un individuo con calva incipiente y la cara colorada.

—Aquí sales junto a sir Christopher Barrowclough-Burns, el alto funcionario que en aquella época dirigía una campaña de fomento de la diversidad en la contratación laboral.

A Aamir le tembló un párpado.

—Y aquí —dijo Strike, poniendo encima de la mesa la última hoja impresa— estás con tu hermana, hace sólo un mes, en esa pizzería que hay enfrente de la casa de Della. Cuando identifiqué la pizzería y me di cuenta de lo cerca que estaba de la casa de los Winn, pensé que tal vez valiera la pena venir hasta Bermondsey y ver si te encontraba por aquí.

Aamir se quedó mirando la fotografía en la que salía con su hermana. Era un selfi que había tomado ella. Detrás, a través de la ventana, se veía claramente Southwark Park Road.

—¿Dónde estabas el trece de julio a las seis de la mañana? —preguntó Strike.

—Aquí.

—¿Podría corroborarlo alguien?

—Sí. Geraint Winn.

—¿Había dormido aquí?

Aamir avanzó unos pasos con los puños en alto. Era evidente que jamás había boxeado, pero aun así Strike se puso en tensión. Aamir parecía a punto de derrumbarse.

—Lo único que digo —continuó el detective, levantando las manos en un gesto apaciguador— es que suena un poco raro que Geraint Winn estuviese precisamente en tu casa a las seis de la mañana.

Aamir bajó poco a poco los puños, y entonces, como si ya no supiese qué más hacer, retrocedió y se sentó en el borde de la primera butaca que encontró.

—Geraint vino a decirme que Della se había caído.

—¿No podía llamarte por teléfono?

—Supongo que sí, pero no lo hizo —dijo Aamir—. Quería que lo ayudara a convencerla para que fuese a urgencias. Había resbalado al final de la escalera y se le estaba hinchando la muñeca. Me acerqué a su casa, porque viven aquí mismo, pero no conseguí convencerla. Es muy testaruda. Al final resultó que sólo era un esguince, no se había roto nada. No era grave.

—Entonces tú eres la coartada de Geraint para la hora de la muerte de Jasper Chiswell, ¿no?

—Supongo.

—Y él es la tuya.

—¿Por qué querría yo matar a Jasper Chiswell? —preguntó Aamir.

—Buena pregunta.

—Apenas lo conocía.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Entonces ¿cómo es que te citó a Catulo, y mencionó a las Moiras, y dio a entender, en una habitación llena de gente, que conocía algunos detalles sobre tu vida privada?

Hubo un largo silencio. A Aamir le volvió a temblar el párpado.

—Eso es mentira —dijo.

—No me digas. Pues mi socia...

—Miente. Chiswell no sabía nada de mi vida privada. Nada.

Strike oyó el murmullo amortiguado de un aspirador en la casa de al lado. Tenía razón: las paredes no eran muy gruesas.

—Yo ya te había visto antes —repuso Strike.

Mallik parecía más asustado que nunca.

—En la reunión que organizó Jimmy Knight en East Ham, hace un par de meses.

—No sé de qué me habla —respondió Mallik—. Me confunde con otro. —Y entonces, de forma muy poco convincente, añadió—: ¿Quién es Jimmy Knight?

—De acuerdo, Aamir —dijo Strike—. Si vas en este plan, no tiene sentido continuar. ¿Puedo usar el cuarto de baño, por favor?

—¿Perdón?

—Necesito mear. Luego me marcharé y te dejaré en paz.

Era evidente que Mallik quería impedir que fuera al baño, pero por lo visto no encontraba ninguna excusa.

—Sí, vale —concedió—. Pero...

De repente tuvo una idea.

—Un momento. Tengo que quitar... Estaba lavando unos calcetines en el lavamanos. Espere aquí.

—Sí, claro —accedió Strike.

Aamir salió del salón. Lo que buscaba Strike era una excusa para husmear en el piso de arriba y ver si encontraba alguna pista sobre quién o qué podía haber hecho ruidos animales lo bastante fuertes para molestar a los vecinos, pero el ruido de pasos de Aamir le indicó que el cuarto de baño estaba en la planta baja, un poco más allá de la cocina.

Aamir regresó al cabo de un par de minutos.

—Es por aquí.

Guió a Strike por el pasillo y por una cocina insulsa y casi vacía, y señaló la puerta del cuarto de baño.

Strike entró, echó el cerrojo y tocó el fondo del lavamanos. Estaba seco. Las paredes del cuarto de baño eran de color rosa, a juego con los muebles. Los agarres que había a ambos lados del váter y la barra que, en uno de los extremos de la bañera, iba del techo al suelo, indicaban que en aquella casa había vivido, no hacía mucho, una persona frágil o discapacitada.

¿Qué era lo que Aamir había querido quitar o esconder antes de que entrara el detective? Strike abrió el armario del cuarto de baño. Sólo contenía los típicos artículos de neceser de un joven: kit de afeitado, desodorante y loción para después de afeitarse.

Al cerrar el armario, vio su reflejo en el espejo y, por encima de su hombro, la puerta, donde había un grueso albornoz azul marino colgado de cualquier manera, no por la presilla del cuello diseñada para ese propósito, sino por el hueco de una de las mangas.

Tras vaciar la cisterna para fingir que estaba demasiado ocupado como para fisgar por allí, se acercó a la puerta y palpó los bolsillos del albornoz. Mientras estaba haciéndolo, el albornoz, mal colgado, resbaló del gancho.

Strike dio un paso hacia atrás para apreciar mejor lo que acababa de revelarse. Alguien había dibujado una figura rudimentaria de cuatro patas en la puerta del cuarto de baño, rayando la pintura y la madera. El detective abrió el grifo del agua fría, por si Aamir estaba escuchando, tomó una fotografía del dibujo con el móvil, cerró el grifo y colocó el albornoz tal como lo había encontrado.

Aamir estaba esperando en la cocina.

—No te importa que me lleve esas hojas, ¿verdad? —dijo Strike y, sin esperar una respuesta, volvió al salón y recogió las páginas de Facebook que había impreso.

»Dime una cosa... ¿Por qué dejaste Asuntos Exteriores? —preguntó, fingiendo simple curiosidad.

—Porque... no me gustaba.

—¿Y cómo acabaste trabajando para los Winn?

—Nos conocíamos —respondió Aamir—. Della me ofreció un empleo y lo acepté.

En ocasiones, muy de vez en cuando, Strike tenía escrúpulos acerca de hasta dónde estaba

dispuesto a llegar durante una entrevista.

—Perdona, pero no he podido evitar fijarme —dijo mostrándole las hojas impresas— en que, después de dejar el Ministerio de Asuntos Exteriores, perdiste el contacto con tu familia durante un tiempo. Ya no apareces en las fotografías de las reuniones familiares, ni siquiera en la del setenta cumpleaños de tu madre. Tu hermana dejó de mencionarte durante mucho tiempo.

Aamir guardó silencio.

—Como si te hubiesen repudiado —añadió Strike.

—Ya puede marcharse —concluyó Aamir, pero Strike no se movió.

—Cuando tu hermana publicó esa fotografía en la que estáis los dos en la pizzería —continuó Strike, y volvió a desdoblar la hoja—, los comentarios fueron...

—Quiero que se marche —insistió Aamir, esta vez alzando un poco más la voz.

—«¿Qué haces con ese cerdo?» «¿Sabe tu padre que todavía lo ves?» —Strike leyó en voz alta los mensajes que aparecían debajo de la fotografía de Aamir y su hermana—. «Si mi hermano practicara *liwat*...»

Aamir cargó contra él lanzándole un puñetazo con la derecha que el detective consiguió bloquear. Pero el joven, pese a su pinta de empollón, estaba poseído por esa rabia ciega que es capaz de convertir prácticamente a cualquiera en un oponente peligroso. Agarró una lámpara, tiró de ella hasta desenchufarla y la lanzó con tanta violencia que, de no haberse agachado Strike a tiempo, la base podría haberse estrellado contra su cara en lugar de hacerlo contra la pared que dividía el salón.

—¡Basta! —le gritó Strike al ver que Aamir soltaba los restos de la lámpara y volvía a abalanzarse sobre él.

Esquivando los puñetazos del joven, le puso la pierna ortopédica por detrás de la pantorrilla y lo derribó. Luego se incorporó jadeando y maldiciendo por lo bajo, porque aquella maniobra no le había hecho ningún bien a su dolorido muñón, y dijo:

—Inténtalo otra vez y te decoro la cara.

Aamir rodó por el suelo para apartarse de Strike y se levantó. Las gafas le colgaban de una oreja. Se las quitó con manos temblorosas y examinó una patilla rota. De pronto sus ojos parecían muy grandes.

—A mí no me interesa tu vida privada, Aamir —dijo Strike entrecortadamente—. Me interesa la persona a la que estás encubriendo...

—Largo de aquí —masculló Aamir.

—Porque si la policía decide que fue un asesinato, todo lo que estás intentando ocultar saldrá a la luz. Las pesquisas de un asesinato no respetan la intimidad de nadie.

—¡Largo!

—Vale. Pero luego no digas que no te lo advertí.

Ya en la puerta de la calle, Strike se volvió por última vez y miró a Aamir, que lo había seguido hasta el recibidor. El joven se puso tenso al ver que el detective no se marchaba.

—¿Quién ha hecho esa marca en la puerta del cuarto de baño, Aamir?

—¡Fuera!

El detective sabía que no tenía sentido insistir. Nada más cruzar el umbral, la puerta se cerró de golpe detrás de él.

Unas casas más allá, Strike se apoyó en un árbol para aligerar el peso de la prótesis y le

mandó a Robin la fotografía que acababa de tomar, junto con el siguiente mensaje:

¿Te recuerda a algo?

Encendió un cigarrillo y esperó a recibir la respuesta de su socia, contento de tener una excusa para permanecer quieto, porque, aparte del dolor del muñón, también le dolía la espalda por el esfuerzo que había hecho para derribar al joven y un lado de la cabeza, en la que se había dado un golpe al esquivar la lámpara.

Se volvió y miró hacia la puerta de color turquesa. Para ser sincero, tenía que admitir que había algo más que le dolía: la conciencia. Había entrado en casa de Mallik con la intención de sorprenderlo e intimidarlo para sonsacarle la verdad sobre su relación con Chiswell y los Winn. Si bien un detective privado no siempre podía permitirse el lujo de hacer suyo el lema de los médicos, «ANTE TODO, NO HAGAS DAÑO», por lo general Strike intentaba llegar hasta la verdad sin causar ningún perjuicio innecesario a nadie. Leerle los comentarios que habían aparecido debajo de aquella publicación de Facebook había sido un golpe bajo. Aamir Mallik era un joven brillante y desgraciado, sin duda atado a los Winn por causas ajenas a su voluntad, y su arrebatado de cólera había sido la reacción de un hombre desesperado. Strike no necesitaba consultar las hojas que llevaba en el bolsillo para recordar la fotografía en la que Mallik posaba con orgullo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, a punto de comenzar una carrera estelar con su flamante licenciatura, y con su mentor, sir Christopher Barrowclough-Burns, a su lado.

Le sonó el móvil.

—¿Dónde demonios has encontrado esa figura? —preguntó Robin.

—En la puerta del cuarto de baño de Aamir, tapada con un albornoz.

—Me tomas el pelo.

—No. ¿A ti a qué te recuerda?

—Al caballo blanco de la ladera que se ve desde Woolstone.

—Bueno, menos mal —dijo Strike, que se dio impulso para separarse del árbol donde estaba apoyado y siguió cojeando por la calle—. Creía que estaba empezando a tener alucinaciones.

No obstante, quiero participar también en la batalla de la existencia.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El viernes por la mañana, Robin salió de la estación de Camden Town a las ocho y media y puso rumbo a la tienda de bisutería donde debía pasar el primer día de prueba. Iba mirándose en todos los escaparates por los que pasaba.

En los meses posteriores al juicio del destripador de Shacklewell, había acabado dominando diversas técnicas de maquillaje, como alterar la forma de las cejas o aumentar el tamaño de los labios al aplicar el pintalabios, lo que, combinado con las pelucas y las lentillas, hacía que su aspecto físico cambiase considerablemente. Aun así, nunca había ido tan maquillada como aquella mañana. Se había puesto unas lentillas de color marrón oscuro, y llevaba los ojos muy perfilados con kohl negro, los labios pintados de rosa claro y las uñas con esmalte gris metálico. Como sólo tenía un agujero en los lóbulos de las orejas, para conseguir una imagen más atrevida se había comprado un par de aretes de presión que parecían *piercings*. El vestido corto de segunda mano de color negro, que se había comprado en una tienda Oxfam en Deptford, aún olía un poco a rancio, a pesar de que el día anterior lo había metido en la lavadora, y aunque hacía mucho calor, lo había combinado con unas medias tupidas negras y unas botas planas con cordones. Confiaba en que ese atuendo la ayudara a hacerse pasar por una de aquellas chicas góticas o *emo* que frecuentaban Camden, una zona de Londres que Robin casi nunca visitaba y que asociaba, sobre todo, con Lorelei y su tienda de ropa *vintage*.

Su nuevo alter ego se llamaba Bobbi Cunliffe. Cuando uno trabajaba infiltrado, lo mejor era adoptar nombres con los que pudiese establecer alguna asociación personal, porque así reaccionaba de forma instintiva. «Bobbi» sonaba parecido a «Robin» y, de hecho, más de una vez alguien había intentado abreviar así su nombre. Su hermano Martin, sin ir más lejos, cuando quería fastidiarla, o un admirador que había tenido hacía mucho tiempo en una de las oficinas en las que había trabajado temporalmente. «Cunliffe» era el apellido de Matthew.

Afortunadamente, aquella mañana Matthew se había marchado pronto a trabajar, porque estaba haciendo una auditoría en unas oficinas de Barnet, y Robin había podido completar su transformación física sin tener que aguantar los comentarios desagradables y las muestras de desaprobación de su marido al ver que volvía a trabajar infiltrada. De hecho, Robin pensó que le produciría cierta satisfacción utilizar su apellido de casada —era la primera vez que lo hacía— para encarnar a una chica a la que Matthew, sin ninguna duda, despreciaría. A medida que se hacía mayor, cada vez lo irritaban más y desdeñaba más a quienes no vestían, pensaban o vivían igual

que él.

La tienda de bisutería de la wiccana, Triquetra, estaba semiescondida en el mercado de Camden. Robin llegó a las nueve menos cuarto. Los vendedores de Camden Lock Place empezaban a montar sus tenderetes, pero la tienda aún estaba cerrada. Esperó y, al cabo de cinco minutos, llegó la propietaria, una mujer gruesa que resollaba ligeramente. Debía de rayar los sesenta años y llevaba el pelo teñido de negro y desgredado con un dedo de raíces blancas. Abusaba del delineador de ojos casi tanto como Bobbi Cunliffe, y aquel día se había puesto un vestido largo de terciopelo verde.

En la somera entrevista previa al día de prueba, la propietaria le había hecho muy pocas preguntas y, en cambio, le había hablado largo y tendido de su marido, con el que llevaba casada más de treinta años y que acababa de abandonarla para irse a vivir a Tailandia; del vecino, que le había puesto una demanda a raíz de una disputa por unas lindes, y del desfile de empleadas insatisfactorias y desagradecidas que la habían dejado plantada tras aceptar otros trabajos. Robin se preguntó, dada la manifiesta intención de la dueña de obtener el máximo volumen de trabajo a cambio de la mínima cantidad de dinero, y dadas sus efusivas muestras de autocompasión, cómo era posible que alguien hubiese aceptado trabajar para ella alguna vez.

—Eres puntual —observó cuando todavía estaba acercándose a Robin—. Eso está bien. ¿Dónde está la otra?

—No lo sé —contestó Robin.

—Lo que me faltaba —dijo la mujer con un deje de histerismo—. ¡El día que tengo la reunión con el abogado de Brian!

Abrió la puerta e hizo entrar a Robin en la tienda, que tenía el tamaño de un quiosco grande, y cuando levantó los brazos para subir la persiana, el olor corporal y a pachulí se mezclaron con la atmósfera viciada y con un intenso olor a incienso. La luz natural entró en la tienda como si fuese algo sólido e hizo que la mercancía pareciese aún más cutre e insustancial de lo que era. De unas barras colgadas en las paredes, pintadas de morado oscuro, colgaban collares y pendientes de plata sin brillo; muchos representaban pentáculos, símbolos de la paz y hojas de marihuana. Detrás del mostrador, en unos estantes, había cachimbas de cristal, cartas del tarot, velas negras, aceites de distintas esencias y dagas ceremoniales.

—Pues ahora mismo están llegando millones de turistas más a Camden —dijo la propietaria mientras se afanaba detrás del mostrador—, y si no aparece... ¡Ah, ya estás aquí! —dijo al ver entrar a Flick, que acudía enfurruñada.

Llevaba una camiseta amarilla y verde de Hezbolá, unos vaqueros con desgarrones y un gran bolso bandolera de cuero.

—El metro llevaba retraso —dijo.

—¡Qué raro, porque yo he llegado bien, y Bibi también!

—Bobbi —la corrigió Robin, exagerando deliberadamente su acento de Yorkshire.

Esta vez no quería hacerse pasar por londinense. Era mejor no tener que hablar de escuelas ni locales que Flick pudiera conocer.

—Bueno, necesito que las dos lo vigiléis todo muy bien, y todo-el-rato —dijo la propietaria enfatizando las tres últimas palabras con tres palmadas—. A ver, Bibi...

—Bobbi.

—Eso. Ven aquí, te enseñaré cómo funciona la caja registradora.

Robin no tuvo ningún problema para entender cómo funcionaba la caja, porque en la adolescencia había trabajado los sábados en una tienda de ropa de Harrogate. Fue una suerte que no necesitase muchas explicaciones porque, a pesar de que la tienda sólo llevaba unos diez minutos abierta, ya había un flujo constante de compradores. Para sorpresa de Robin, porque allí no había nada que a ella pudiese haberle interesado comprar. Por lo visto, mucha gente que visitaba Camden creía que el desplazamiento no estaba completo si no salían de allí con unos pendientes de peltre, una vela con un pentáculo dibujado o una de aquellas bolsitas de arpillera que había en un cesto junto a la caja registradora, y que presuntamente contenían un amuleto mágico.

—Bueno, tengo que irme —anunció la propietaria a las once, cuando Flick estaba atendiendo a una alemana que dudaba entre dos paquetes de cartas del tarot—. Acordaos: una de las dos tiene que estar siempre concentrada en vigilar los artículos para que no haya hurtos. Mi amigo Eddie también vigilará —añadió, señalando el puesto de vinilos de segunda mano que había delante de la puerta—. Tenéis veinte minutos cada una para comer, por separado. No lo olvidéis —repitió en tono amenazador—: Eddie estará vigilando.

Se marchó, dejando tras ella un torbellino de terciopelo y olor corporal. La alemana salió poco después con las cartas del tarot y, cuando Flick cerró de golpe el cajón de la caja registradora, el ruido resonó en la tienda, momentáneamente vacía.

—A Eddie le importa un cuerno —dijo con mala baba—. Podrían vaciarte la tienda y no movería ni un dedo, estúpida.

Robin rió para complacer a Flick.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó exagerando el acento de Yorkshire—. No me lo ha dicho.

—Flick. Y tú, Bobbi, ¿no?

—Sí.

Flick sacó el móvil del bolso que había dejado debajo del mostrador, lo revisó, no vio lo que, por lo visto, esperaba ver, y volvió a guardarlo.

—Debías de necesitar mucho el trabajo, ¿no? —le preguntó a Robin.

—Tenía que pillar lo que pudiese. Me despidieron.

—¿Ah, sí?

—Sí, los cabrones de Amazon —contestó Robin.

—Esos jodidos evasores de impuestos... —dijo Flick, un poco más interesada—. ¿Qué pasó?

—No alcancé la cuota diaria.

Robin había sacado esa historia de un reportaje reciente sobre las condiciones laborales en uno de los almacenes de la empresa, que hablaba de la presión constante para cumplir los objetivos y empaquetar y escanear miles de productos todos los días bajo la vigilancia despiadada de los supervisores. Mientras Robin hablaba, la expresión de Flick vacilaba entre la compasión y la rabia.

—¡Es indignante! —exclamó cuando Robin hubo terminado.

—Ya. Y ni sindicato ni nada, por supuesto. Mi padre era un sindicalista importante de Yorkshire.

—Seguro que se puso furioso.

—Está muerto —dijo Robin sin inmutarse—. Los pulmones. Era minero.

—Hostia, que putada... Lo siento.

Estaba empezando a mirar a Robin con respeto e interés.

—Debían de tenerte como provisional y no como empleada. Es como se lo montan para salirse con la suya.

—¿Qué diferencia hay?

—El trabajador provisional tiene menos derechos legales —explicó Flick—. Pero si te deducían algo del salario, quizá podrías denunciarlos.

—No sé si podría demostrarlo. ¿Cómo es que sabes tanto de esas cosas?

—Estoy muy metida en el movimiento obrero —dijo Flick. Titubeó unos segundos y añadió—: Y mi madre es abogada especializada en derecho laboral.

—¿Ah, sí? —dijo Robin, adoptando un tono de educada sorpresa.

—Sí —contestó Flick, hurgándose debajo de las uñas—, aunque no nos llevamos bien. Bueno, la verdad es que no veo a casi nadie de mi familia... No les gustaba mi pareja. Y tampoco mis tendencias políticas.

Se alisó la camiseta de Hezbolá y se la enseñó a Robin.

—¿Qué pasa, son *tories*? —preguntó Robin.

—Como si lo fueran. Les gustaba el asqueroso de Blair.

Robin notó que el móvil le vibraba en el bolsillo del vestido.

—¿Hay algún lavabo por aquí cerca?

—Por esa puerta de ahí —dijo Flick, señalando una puerta pintada de color morado con varias barras llenas de joyas, de modo que quedaba prácticamente camuflada.

Detrás, Robin encontró un cuchitril con una ventana sucia y el cristal roto. Había una caja fuerte al lado de una cocina destartada con un hervidor, algunos productos de limpieza y una bayeta que parecía haberse solidificado encima. No había sitio para sentarse, y muy poco para estar de pie, porque habían instalado un váter mugriento en un rincón.

Robin se encerró en aquel cubículo de aglomerado, bajó la tapa del váter, se sentó y se puso a leer el largo mensaje que Barclay les había enviado a Strike y a ella.

Han encontrado a Billy. Lo recogieron de la calle hace dos semanas. Tuvo un episodio psicótico y lo ingresaron en un psiquiátrico del norte de Londres, todavía no sé cuál. Hasta ayer no les dijo a los médicos quién era su familiar más cercano. Una trabajadora social ha llamado a Jimmy esta mañana. Me ha pedido que vaya con él a convencer a Billy para que pida el alta. Lo acojona pensar lo que pueda contarles Billy a los médicos, dice que habla demasiado. Además, ha perdido una hoja de papel donde dice que sale el nombre de Billy y está cabreadísimo. Me ha preguntado si la había visto. Dice que es una nota escrita a mano, no me ha dado más detalles, no sé por qué es tan importante. Jimmy cree que se la ha robado Flick. Vuelven a estar de muy mal rollo.

Robin estaba releendo el mensaje cuando llegó la respuesta de Strike.

Barclay: entérate del horario de visita del hospital, quiero ver a Billy. Robin: intenta registrar el bolso de Flick.

Ella le contestó de inmediato, un tanto ofendida:

Gracias. Jamás se me habría ocurrido.

Se levantó, tiró de la cadena y salió a la tienda, donde había un grupo de góticos vestidos de negro examinando los artículos como una bandada de cuervos lánguidos. Al pasar al lado de Flick, Robin vio que ésta había dejado su bolso en un estante de detrás del mostrador. Cuando los góticos se marcharon por fin, provistos de aceites esenciales y velas negras, Flick cogió su teléfono y comprobó una vez más si tenía algún mensaje. Enseguida volvió a guardarlo, contrariada.

Trabajando como empleada temporal en diferentes oficinas, Robin había aprendido que pocas cosas unían más a las mujeres que descubrir que no estaban solas en las miserias que tenían que soportar por culpa de los hombres. Cogió su teléfono y vio otro mensaje de Strike:

Por eso yo cobro más. Porque tengo cerebro.

Contuvo una sonrisa y dijo:

—Me toma por imbécil.

—¿Qué pasa?

—Mi novio. Bueno, ¿se supone que es mi novio! —dijo Robin, volviéndose a guardar el teléfono en el bolsillo—. Dice que se está separando de su mujer, y ¿sabes dónde ha pasado la noche? Una amiga mía lo ha visto salir de la casa de esa zorra esta mañana —resopló teatralmente, y se desplomó encima del mostrador.

—Ya. Mira, a mi novio le gustan las mujeres mayores... —empezó Flick.

Robin se acordaba de que Jimmy había estado casado con una mujer trece años mayor que él; confiaba en que Flick le hiciera más confidencias, pero no tuvo ocasión de preguntarle nada más porque entró un grupo de chicas que hablaban en un idioma que Robin no reconoció, aunque le pareció que era de algún país de Europa del Este. Se apiñaron alrededor del cesto de los presuntos amuletos.

—*Dziękuję ci* —dijo Flick cuando una de las chicas le dio el dinero, y ellas rieron y la felicitaron por su acento.

—¿Qué les has dicho? —le preguntó Robin cuando las chicas salieron de la tienda—. ¿Era ruso?

—Polaco. Aprendí un poco de la asistenta que venía a limpiar a casa de mis padres...

Dio la sensación de que Flick se arrepentía de haber pronunciado esas palabras, y empezó a justificarse atropelladamente:

—Bueno, la verdad es que siempre me he llevado mejor con las limpiadoras que con mis padres. Hoy en día no puedes decir que eres socialista y tener a una limpiadora en casa, ¿no? Nadie debería vivir en una casa tan grande que no pueda limpiar por sí mismo, tendría que haber embargos forzosos, redistribución de tierras y vivienda gratuita para la gente que la necesita.

—Totalmente de acuerdo —dijo Robin con entusiasmo.

Flick pareció tranquilizarse al ver que Bobbi Cunliffe, la hija de un minero y sindicalista de Yorkshire, le perdonaba que tuviera unos padres burgueses.

—¿Te apetece un té? —preguntó.

—Sí, gracias.

—¿Has oído hablar del Partido Socialista Verdadero? —le preguntó Flick cuando volvió a

entrar en la tienda con dos tazas.

—No.

—No es un partido político como los otros —le aseguró—. Nosotros más bien somos una campaña que surge de la comunidad, tipo la Cruzada de Jarrow, ¿sabes? Representamos el verdadero espíritu del movimiento laborista, y no como esa mierda imperialista que nos venden como «nuevo laborismo» y que en realidad no se diferencia mucho del Partido Conservador. Nosotros no queremos participar en el viejo juego de la política, queremos cambiar las reglas para favorecer a los obreros y...

Empezó a sonar la versión de Billy Bragg de la Internacional. Flick metió una mano en su bolso, y Robin comprendió que aquél era el tono de llamada de su teléfono. Al comprobar quién la llamaba, Flick se puso tensa.

—¿Te importa quedarte sola un momento?

—No, claro que no —contestó Robin.

Flick se metió en la trastienda y cerró la puerta, y Robin le oyó decir:

—¿Qué pasa? ¿Lo has visto?

Tras asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, Robin fue al mostrador, se agachó y metió la mano bajo la solapa de cuero del bolso de Flick. El interior parecía un basurero. Empezó a registrarlo y vio varios trozos de papel arrugados, algunos envoltorios de caramelo, una masa pegajosa que sólo podía ser chicle, varios bolígrafos sin capuchón, tubos de maquillaje, una lata con la cara del Che Guevara en la tapa, un paquete de tabaco de liar cuyo contenido se había mezclado con el resto de los artículos, papel de fumar, tampones y una prenda de ropa hecha una bola que temió que pudieran ser unas bragas usadas. Alisar, leer y volver a arrugar uno por uno los trozos de papel le llevó mucho tiempo. La mayoría de las notas parecían borradores descartados de artículos. Entonces oyó gritar a Flick desde el otro lado de la puerta que Robin tenía detrás:

—¿Strike? Pero ¿qué coño...?!

Robin se quedó quieta y aguzó el oído.

—... paranoico... en paz... dile que está...

—Perdona —dijo una mujer que se había asomado por encima del mostrador.

Robin se incorporó de un brinco. La cliente, una señora gruesa de pelo canoso que llevaba una camiseta desteñida en plan hippy, señaló un estante de la pared.

—¿Puedo ver ese *athame*?

—¿Cuál? —preguntó Robin, confusa.

—El *athame*. La daga ceremonial —dijo la mujer.

La voz de Flick subía y bajaba de tono en la trastienda.

—... ¿no?... acuerdas... pagarme... dinero de Chiswell...

—Mmm —dijo la cliente, sopesando la daga con una mano—, ¿tienes alguno más grande?

—¿Lo tenías tú, no yo! —gritó Flick detrás de la puerta.

—Pues... —Robin entornó los ojos y miró en el estante—, creo que es lo único que tenemos... Ah, esta de aquí quizá sea un poco más grande...

Se puso de puntillas para coger otra daga un poco más larga, y oyó que Flick gritaba:

—¡Vete a la mierda, Jimmy!

—Mire —dijo Robin, y le mostró la daga de dieciocho centímetros.

La puerta de la trastienda se abrió de pronto y golpeó a Robin en la espalda. Un montón de collares cayeron al suelo.

—Lo siento... —se disculpó Flick.

Agarró su bolso y guardó el teléfono dentro. Respiraba de forma entrecortada y tenía los ojos llorosos.

—Ya... Es que me gusta el símbolo de la triple luna de la más pequeña —dijo la mujer, que presuntamente era una bruja wiccana, señalando la decoración del puño de la primera daga y sin inmutarse ante la dramática reaparición de Flick—, pero prefiero la más larga.

Flick se hallaba en ese estado febril entre la cólera y las lágrimas que, como Robin sabía muy bien, era uno de los más propicios para las indiscreciones y las confesiones. Impaciente por librarse de aquella clienta tan pesada, decidió zanjar el tema cuanto antes.

—Bien, pues no tenemos ninguna más —dijo con el marcado acento de Yorkshire de Bobbi.

La clienta refunfuñó un poco más, sopesó las dos dagas y acabó saliendo de la tienda sin comprar nada.

—¿Estás bien? —le preguntó a Flick.

—No. Necesito fumar.

Miró la hora.

—Si vuelve, le dices que he salido a comer, ¿vale?

«Maldita sea», pensó Robin cuando Flick se marchó, llevándose con ella el bolso y aquel estado de ánimo tan prometedor.

Durante más de una hora, Robin se ocupó ella sola de la tienda. Cada vez tenía más hambre y, en un par de ocasiones, intercambió una mirada con Eddie, el chico del puesto de vinilos, que no parecía interesarse mucho por lo que ella estuviera haciendo. Aprovechando un momento en que no había ningún cliente, Robin entró en la trastienda para comprobar si allí había algo que pudiera comer. No había nada.

A la una menos diez, Flick regresó con un tipo atractivo, moreno y con pinta de bruto que llevaba una camiseta ceñida de color azul. Sometió a Robin a la típica mirada arrogante y descarada de los mujeriegos, en la que se mezclan la aprobación y el desdén, como indicándole que, aunque ella fuese guapa, tendría que esforzarse un poco si quería despertar su interés. Era una estrategia que Robin había visto que funcionaba con otras chicas de las oficinas donde había trabajado. Con ella, en cambio, jamás había surtido efecto.

—Perdona que haya tardado tanto —le dijo Flick a Robin. Su mal humor aún no había desaparecido—. Me he encontrado a Jimmy. Jimmy, ésta es Bobbi.

—¿Qué tal? —dijo él, tendiéndole la mano.

Robin se la estrechó.

—Sal tú ahora a comer algo —le indicó Flick.

—Vale, gracias.

Jimmy y Flick se quedaron esperando mientras ella, fingiendo que buscaba dinero en su bolso y aprovechando que el mostrador la ocultaba en parte, se agachó, encendió la grabadora del móvil y lo dejó en el fondo del oscuro estante.

—Ahora vuelvo, pues —dijo alegremente, y salió al mercado.

48

Vamos a ver, ¿qué dices, Rebeca?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Una avispa entraba y salía zigzagueando del despacho de Strike, cruzando las ventanas que habían dejado abiertas de par en par para que pasara el aire cargado de gases de los tubos de escape. Barclay la ahuyentó con la bolsa que acababan de entregarles, llena de cajas de comida china. Robin separó las tapas de las cajas de cartón y las puso encima de su escritorio, mientras Strike buscaba un tercer tenedor en la pequeña encimera donde estaba el hervidor de agua.

Matthew se había mostrado asombrosamente complaciente cuando, hacía tres cuartos de hora, Robin lo había llamado por teléfono desde Charing Cross Road para decirle que tenía una reunión con Strike y con Barclay, y que seguramente volvería tarde a casa.

—Vale —le había contestado—. Tom quería ir a cenar a un indio. Nos vemos luego en casa.

Antes de que colgara, Robin le preguntó:

—¿Qué tal te ha ido en esa oficina de...?

Se quedó en blanco.

—Barnet —dijo él—. Una desarrolladora de videojuegos. Ha ido bien. ¿Y tú, qué tal?

—Bien —contestó Robin.

Matthew se interesaba tan poco por los detalles del caso Chiswell después de mucho discutir sobre él que no tenía sentido que Robin le contara dónde había estado, por quién se estaba haciendo pasar ni cómo le había ido el día. Después de despedirse, Robin siguió caminando entre turistas ociosos y trabajadores que se iban de copas el viernes por la noche. Estaba segura de que, si alguien hubiese oído su conversación con Matthew, habría pensado que se trataba de dos personas unidas meramente por la proximidad o las circunstancias, entre las que no existía ningún cariño especial.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Strike, y le enseñó el paquete de cuatro Tennent's que había comprado.

—Sí, por favor —dijo Robin.

Todavía llevaba el vestidito negro y las botas con cordones, pero se había recogido el pelo teñido, se había desmaquillado y se había quitado las lentillas marrones. Se fijó en la cara de Strike iluminada por la última luz de la tarde y pensó que no tenía muy buen aspecto. Las arrugas de alrededor de la boca y de la frente parecían más marcadas de lo normal, y Robin dedujo que sin duda se debía al dolor constante que tenía que soportar. Además, se movía con torpeza, y

cuando se dirigió hacia el escritorio de Robin con la cerveza, utilizó la parte superior del cuerpo para darse la vuelta e intentó disimular su cojera.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó a Strike, mientras Barclay se llenaba el plato de comida.

—Seguir a Geraint Winn. Se ha refugiado en un *bed & breakfast* miserable que está a cinco minutos de la vivienda conyugal. Me ha hecho ir hasta el centro de Londres y luego otra vez a Bermondsey.

—Muy arriesgado, ¿no? —comentó Robin—. Podría haberte reconocido.

—Aunque hubiésemos ido los tres detrás de él, no se habría enterado. Ha adelgazado como mínimo seis kilos desde la última vez que lo vi.

—¿Y qué ha hecho?

—Ha ido a comer a un sitio que está justo al lado de la Cámara de los Comunes, el Cellarium. No tiene ventanas, es como una cripta.

—Debe de ser un sitio muy alegre —ironizó Barclay, que se sentó en el sofá de piel artificial y empezó a comerse las albóndigas con salsa agridulce.

—Parecía una triste paloma mensajera regresando con los turistas al lugar de sus glorias pasadas —dijo Strike mientras se servía en el plato todo el recipiente de fideos Singapur—. Luego hemos ido a King's Cross.

Robin, que estaba sirviéndose brotes de soja, se detuvo unos segundos.

—Una mamada rápida en un portal oscuro —dijo Strike con naturalidad.

—Uf —masculló Robin, que siguió sirviéndose la comida.

—¿Y tú lo has visto? —le preguntó Barclay con mucho interés.

—Vista trasera, sí. Me he abierto paso a codazos hasta el portal; luego he pedido disculpas y me he ido. Geraint no estaba en condiciones de reconocermé. Después se ha comprado unos calcetines en Asda y ha vuelto al *bed & breakfast*.

—Bueno, no está mal... —dijo Barclay, que ya se había comido la mitad de lo que tenía en el plato. Al ver que Robin lo miraba, con la boca llena, añadió—: Mi mujer me quiere en casa antes de las ocho y media.

—Vale, Robin —repuso Strike, sentándose con cuidado en su silla de despacho, que había sacado a la recepción—. Vamos a oír lo que han dicho Jimmy y Flick cuando creían que no los escuchaba nadie.

Abrió un bloc y cogió un bolígrafo del bote que estaba encima de la mesa de Robin, mientras con la mano izquierda seguía metiéndose fideos Singapur en la boca. Barclay, que masticaba enérgicamente, se inclinó hacia delante en el sofá, intrigado. Robin dejó su móvil boca arriba encima de la mesa y pulsó «Play».

Al principio sólo se oían pisadas: era Robin saliendo de la tienda para ir a comer algo.

«Creía que estabas sola», se oyó decir a Jimmy, con voz débil pero clara.

«Ha venido hoy a hacer la prueba —dijo Flick—. ¿Dónde está Sam?»

«He quedado con él en tu casa más tarde. Bueno, ¿dónde tienes el bolso?»

«Jimmy, yo no he...»

«A lo mejor lo has cogido sin darte cuenta.»

Más pisadas, roce de cuero sobre madera, ruidos indefinidos, golpes y susurros.

«Pero ¡¿cuánta mierda llevas aquí?!»

«Yo no lo tengo, ¿cuántas veces quieres que te lo diga? Además, no tienes ningún derecho a registrar mi bolso sin mi...»

«Esto va en serio, Flick. Lo tenía en la cartera. ¿Adónde ha ido a parar?»

«Se te habrá caído en algún sitio, ¿no?»

«O alguien me lo ha cogido.»

«Pero ¿para qué te lo iba a coger yo?»

«Es como una póliza de seguro.»

«Si lo que pone ahí es una puta mi...»

«Y si es eso en lo que estás pensando, en cubrirte las espaldas, será mejor que recuerdes que me lo has robado, y que por lo tanto te incrimina tanto como a mí. O más.»

«¡Mira, Jimmy, si yo estaba allí era por ti!»

«Ah, ¿ésa va a ser tu versión de la historia? Nadie te obligó, idiota. Acuérdate de que todo esto lo empezaste tú.»

«¡Sí, y no sabes cómo me arrepiento!»

«Demasiado tarde. Quiero que me devuelvas ese papel. Y vas a devolvérmelo por la cuenta que te trae. Ese papel demuestra que teníamos acceso a su casa.»

«Querrás decir que demuestra que había una relación entre él y Bill... ¡Ay!»

«¡No seas cuentista, no te he hecho daño! Cuando te haces la víctima ofendes a las mujeres a las que maltratan de verdad. Te lo digo en serio. Si me lo has cogido...»

«¡No me amences!»

«¿Qué piensas hacer, ir corriendo a contárselo a papá y mamá? ¿Qué van a decir cuando se enteren de lo que ha hecho su hijita?»

La agitada respiración de Flick se convirtió en sollozos.

«Si incluso le robaste dinero», dijo Jimmy.

«Pues en aquel momento a ti te pareció muy divertido, dijiste que se lo merecía.»

«Trata de utilizar eso para defenderte ante un tribunal, a ver hasta dónde llegas. Si intentas salvarte acusándome a mí, te aseguro que no me lo pensaré dos veces y le contaré a la policía que has estado metida en esto desde el principio. Así que si ese trozo de papel aparece donde no toca...»

«¡Ni lo tengo ni sé dónde está!»

«Estás avisada. Dame la llave de tu piso.»

«¿Cómo? ¿Por qué?»

«Porque voy a ir a esa pocilga en la que vives y la voy a registrar con Sam.»

«Ni hablar, si quieres ir a mi casa tendrá que ser conmigo.»

«¿Por qué? ¿Tienes a otro camarero indio durmiendo la mona allí?»

«¡Yo nunca he...!»

«Me importa un cuerno —dijo Jimmy—. Te puedes follar a quien quieras. Dame la llave. ¡Dámela!»

Más pisadas, tintineo de llaves. Los pasos de Jimmy alejándose y luego una cascada de sollozos que no se interrumpieron hasta que Robin pulsó el botón de pausa.

—Ha seguido llorando hasta que ha vuelto la propietaria —explicó Robin—. Yo he llegado poco después, y en toda la tarde apenas ha abierto la boca. He intentado acompañarla hasta el

metro, pero no ha querido. Espero que mañana esté más comunicativa.

—Entonces ¿Jimmy y tú habéis registrado su piso? —le preguntó Strike a Barclay.

—Sí. Los libros, los cajones, debajo del colchón... Nada.

—¿Y qué era exactamente eso que buscabais?

—«Un trozo de papel con algo escrito a mano y el nombre de Billy», me ha dicho. «Lo llevaba en la cartera y ha desaparecido.» Según él, tenía algo que ver con una movida de drogas. Se cree que soy imbécil y que no me entero de nada.

Strike dejó el bolígrafo, comió más fideos y dijo:

—Bueno, no sé qué opináis vosotros, pero a mí lo que más me llama la atención es eso de que el papel «demuestra que teníamos acceso».

—Me parece que yo sé algo más sobre eso —intervino Robin, que hasta ese momento había logrado disimular su emoción por lo que se disponía a revelar—. Hoy me he enterado de que Flick habla un poco de polaco, y también sabemos que robó dinero de su anterior puesto de trabajo. ¿Y si...?

—«Hago la limpieza» —dijo Strike de pronto—. ¡Eso fue lo que le dijo Flick a Jimmy en la manifestación el día que los estaba siguiendo! «Y además hago la limpieza, y es asqueroso.» Hostia puta. ¿Creéis que Flick era...?

—La chica de la limpieza polaca de Chiswell. —Robin se anticipó, decidida a que no le robaran su momento de gloria—. Sí, creo que sí.

Barclay, que seguía engullendo albóndigas de cerdo, abrió mucho los ojos para expresar su sorpresa.

—Si eso es verdad, cambia todo —dijo Strike—. Flick habría tenido acceso a la vivienda de Ebury Street, habría podido husmear a su antojo, habría podido llevar todo lo necesario a la casa...

—¿Cómo se enteró de que Chiswell necesitaba una limpiadora? —preguntó Barclay.

—Debió de ver la tarjeta que Chiswell dejó en el escaparate del quiosco.

—Pero si viven lejísimos. El piso de Flick está en Hackney.

—A lo mejor fue Jimmy quien vio la tarjeta cuando fisgoneaba por Ebury Street con la intención de cobrar el dinero del chantaje —sugirió Robin, pero Strike frunció el ceño.

—No, eso no encaja. Si Flick descubrió el delito con el que podían hacerle chantaje a Chiswell cuando trabajaba de limpiadora, tuvieron que contratarla antes de que Jimmy pretendiera cobrar el dinero.

—Vale. Entonces a lo mejor Jimmy aún no iba detrás del dinero. Quizá se enteraron de que Chiswell necesitaba una asistenta cuando aún no tenían nada y simplemente estaban buscando trapos sucios.

—¿Para poder publicarlos en la página web del Partido Socialista Verdadero? —sugirió Barclay—. Eso sólo lo leen cuatro o cinco personas.

Strike sonrió y afirmó:

—El caso es que ese trozo de papel tiene a Jimmy muy preocupado.

Barclay pinchó la última albóndiga y se la metió en la boca.

—Lo cogió Flick —dijo con la boca llena—. Eso te lo garantizo.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó Robin.

—Necesita algo para manipular a Jimmy —contestó Barclay, y se levantó para llevar su plato

vacío al fregadero—. La única razón por la que él sigue con Flick es porque ella sabe demasiado. El otro día me dijo que, si pudiese, le daría la patada. Cuando le pregunté por qué no lo hacía, no me contestó.

—A lo mejor, si ese trozo de papel es tan incriminatorio, Flick lo ha destruido —especuló Robin.

—No lo creo —repuso Strike—. Flick es hija de abogados, no creo que haya destruido una prueba. Ese trozo de papel podría serle muy útil si las cosas se ponen chungas y ella decide cooperar con la policía.

Barclay se sentó otra vez en el sofá y cogió su cerveza.

—¿Cómo está Billy? —le preguntó Robin, mientras empezaba por fin a comerse la cena, que se le estaba enfriando.

—Pobre chaval —dijo Barclay—. Está en los huesos. Lo detuvo un guardia porque se saltó una barrera del metro. Intentó pegarle y acabó metido en un psiquiátrico. Los médicos dicen que tiene manía persecutoria. Al principio el chico creía que lo perseguía el gobierno y que todo el personal médico formaba parte de una conspiración gigantesca, pero ahora ya vuelve a tomarse la medicación y está un poco más calmado.

»Jimmy pretendía llevárselo a su casa esa misma mañana, pero los médicos le dijeron que ni hablar... Lo que tiene más mosqueado a Jimmy... —Barclay hizo una pausa para acabarse la lata de Tennent's— es que Billy sigue obsesionado con Strike. No para de preguntar por él. Los médicos creen que eso forma parte de su delirio, que su relación con el famoso detective es una de sus fantasías, porque dice que Strike es la única persona de la que puede fiarse plenamente. Billy no podía explicarles a los médicos que Strike y él se conocen, porque Jimmy estaba delante diciéndoles que se inventa todo lo que dice.

»Los médicos no quieren que se le acerque nadie a menos que sea un pariente directo, y tampoco les hace mucha gracia que lo visite Jimmy, después de lo mucho que ha insistido para que dejen a Billy volver a casa.

Barclay aplastó la lata de cerveza con una mano y miró la hora.

—Tengo que irme, Strike.

—Vale —dijo el detective—. Gracias por venir. Me ha parecido buena idea reunirnos un momento para ponernos al día.

—Tranquilo.

Barclay saludó a Robin con la mano y se marchó. Strike se agachó para coger su cerveza del suelo y compuso una mueca.

—¿Estás bien? —le preguntó ella mientras se servía más pan de gambas.

—Sí —contestó él, y se enderezó—. Hoy he vuelto a caminar mucho, y la pelea de ayer... Me la podría haber ahorrado.

—¿La pelea? ¿Qué pelea?

—Con Aamir Mallik.

—¿Qué dices!

—No te preocupes, no le hice daño. Bueno, no mucho.

—¿No me dijiste que habíais llegado a las manos!

—Quería decírtelo en persona para verte la cara, y ya veo que me consideras un cabronazo. ¿No podrías mostrar un poco de compasión por tu socio cojo?

—¡Eres ex boxeador! ¡Y él no pesa ni sesenta kilos con la ropa mojada!

—Me atacó con una lámpara.

—¿Aamir?

Robin no se imaginaba a aquel joven reservado y meticuloso al que había conocido en la Cámara de los Comunes empleando la fuerza física contra nadie.

—Sí. Lo estaba provocando con el comentario de Chiswell sobre «los hombres como él» y saltó. Por si te hace sentir mejor, no estoy orgulloso de lo que hice —continuó Strike—. Un momento. Tengo que ir a mear.

Se levantó con dificultad de la silla y fue al cuarto de baño del rellano. En cuanto la puerta se cerró, el móvil de Strike, que estaba cargándose encima del armario archivador, al lado del escritorio de Robin, empezó a sonar. Ella se levantó para ver quién era y, en la pantalla agrietada y remendada con cinta adhesiva, vio el nombre de Lorelei. Se planteó contestar, pero tardó demasiado en decidirse y acabó saltando el contestador. Cuando estaba a punto de volver a sentarse, un débil pitido anunció que había llegado un mensaje de texto.

Si lo que buscas es un plato caliente y un polvo sin que intervengan para nada las emociones humanas, hay restaurantes y burdeles.

Robin oyó que se abría la puerta del cuarto de baño y se apresuró a sentarse en su silla. Strike entró cojeando en la recepción, se sentó y cogió sus fideos.

—Acaba de sonar tu teléfono —le informó Robin—. No he contestado...

—Pásamelo —dijo él.

Robin obedeció. El detective leyó el mensaje sin mudar la expresión, puso el móvil en silencio y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué estábamos diciendo?

—Que te arrepentías de la pelea.

—No, no me arrepiento de la pelea —la corrigió él—. Si no me hubiese defendido, ahora tendría la cara llena de puntos.

Enrolló los fideos con el tenedor.

—De lo que no me siento orgulloso es de haberle dicho que sé que su familia lo ha repudiado... y que le hace el vacío a la única de sus hermanas que todavía no ha cortado los lazos con él. Está todo en Facebook. Cuando mencioné que su familia no le dirigía la palabra fue cuando casi me abrió la cabeza con la lámpara.

—A lo mejor están molestos porque creen que se ha liado con Della —sugirió Robin, mientras Strike masticaba los fideos.

Él se encogió de hombros, poniendo cara de «puede ser», tragó los fideos y dijo:

—¿Se te ha ocurrido pensar que, de hecho, Aamir es la única persona relacionada con el caso que tiene un móvil claro? Chiswell lo amenazó, seguramente con revelar cuestiones íntimas. «Los hombres como usted...», «Láquesis sabía cuándo le llegaría el final a cada uno...»

—¿Y qué me dices de «olvídate del móvil y concéntrate en los medios»?

—Vale, vale —dijo Strike con desánimo.

Apartó su plato, en el que apenas quedaban cuatro fideos, cogió el paquete de tabaco y el encendedor y se enderezó un poco.

—Concentrémonos en los medios: ¿quién tenía acceso a la casa, a los antidepresivos y al helio?, ¿quién conocía suficientemente bien las costumbres de Jasper Chiswell para asegurarse de que esa mañana se bebería el zumo de naranja?, ¿quién tenía una llave, o de quién se habría fiado Chiswell lo bastante como para abrirle la puerta a primera hora de la mañana?

—Miembros de su familia.

—De acuerdo —afirmó Strike, y encendió el mechero—, pero sabemos que Kinvara, Fizzy, Izzy y Torquil no pueden haberlo hecho, así que sólo nos queda Raphael y esa historia de que le ordenaron ir a Woolstone aquella mañana.

—¿De verdad lo crees capaz de matar a su padre, coger el coche, conducir hasta Woolstone y esperar con Kinvara a que llegase la policía?

—Olvídate de la psicología y de la probabilidad: ahora estamos valorando la oportunidad —dijo Strike, lanzando una larga bocanada de humo—. Hasta ahora no he oído nada que excluya la posibilidad de que Raphael estuviese en Ebury Street a las seis de la mañana. Ya sé lo que vas a decir —se adelantó—, pero no sería la primera vez que un asesino finge una llamada de teléfono. Podría haberse llamado al móvil desde el de Chiswell para que pareciese que su padre le había ordenado ir a Woolstone.

—Lo que significa que o bien Chiswell no tenía el móvil bloqueado mediante contraseña, o Raphael la sabía.

—Bien visto. Tendremos que comprobarlo.

Strike apretó el pulsador del bolígrafo y anotó algo en su bloc. Mientras lo hacía, se preguntó si Matthew, que en una ocasión había borrado el historial de llamadas de Robin sin que ella lo supiera, sabía su contraseña actual. Esas pequeñas cuestiones de confianza solían ser excelentes indicadores de la salud de una relación.

—Si lo mató Raphael, hay otro problema logístico —dijo Robin—. Él no tenía llave, y si su padre le abrió la puerta, significa que Chiswell estaba despierto y consciente mientras Raphael trituraba antidepresivos en la cocina.

—Bien visto otra vez —reconoció Strike—, pero lo de triturar las pastillas también habría que descartarlo en el caso de los otros sospechosos.

»Flick, por ejemplo. Si se hacía pasar por la chica de la limpieza, seguramente conocía la casa de Ebury Street mejor que la mayoría de los miembros de la familia. Tenía cantidad de oportunidades de husmear por ahí, y durante un tiempo tuvo llave de la casa. Es de esas llaves que no se pueden copiar fácilmente, pero supongamos que lo consiguió; en ese caso, podía entrar y salir de la vivienda a su antojo.

»Imaginemos que entró sin que la vieran, muy temprano, para preparar la mezcla con el zumo de naranja. Aunque machacar pastillas en un mortero es una tarea ruidosa...

—A menos —dijo Robin— que llevara las pastillas ya machacadas, en una bolsa o algo, y que echara un poco de polvo en el mortero para que pareciese que lo había hecho Chiswell.

—Vale, pero en ese caso todavía tendríamos que explicar por qué no había restos de amitriptilina en el cartón de zumo de naranja vacío que estaba en el cubo de la basura. Raphael, en cambio, podría haberle dado a su padre el vaso de zumo...

—Si no fuera porque las huellas de Chiswell eran las únicas que había en el vaso...

—Pero ¿no le habría parecido raro a Chiswell bajar por la mañana y encontrarse un vaso de zumo ya preparado? ¿Tú te beberías un vaso de algo que no te hubieras servido tú misma, y que

hubiese aparecido misteriosamente en una casa que creías vacía?

Abajo, en Denmark Street, un grupo de chicas cantaba una canción de Rihanna, *Where have you been?*, y sus voces se imponían al constante murmullo del tráfico.

—*Where have you been? All my life, all my life...*⁵

—A lo mejor fue un suicidio —dijo Robin.

—Con esa actitud no vamos a pagar las facturas —señaló Strike, tirando la ceniza del cigarrillo en el plato—. Veamos, ¿quiénes tenían los medios para entrar en Ebury Street ese día? Raphael, Flick...

—Y Jimmy —añadió Robin—. Todo lo que podamos atribuirle a Flick también se lo podemos atribuir a él, porque ella podría haberle pasado toda la información sobre las costumbres de Chiswell y sobre su casa, y podría haberle dado su llave.

—Correcto. Entonces ya tenemos a tres personas que sabemos que habrían podido entrar esa mañana —arguyó Strike—, pero hacía falta mucho más que, simplemente, poder entrar por esa puerta. El asesino también tenía que saber qué antidepresivos estaba tomando Kinvara, e ingeniárselas para que la bombona de helio y los tubos de goma estuviesen allí, lo que sugiere un contacto muy directo con los Chiswell y acceso a la vivienda para poder llevar todo lo necesario, o al menos saber que el helio y los tubos ya estaban en la casa.

—Que nosotros sepamos —dijo Robin—, Raphael no había estado en Ebury Street últimamente, y teniendo en cuenta cómo se lleva con Kinvara dudo mucho que supiera qué pastillas tomaba su madrastra, aunque supongo que su padre podría habérselo mencionado. Si sólo consideramos la oportunidad, creo que podemos descartar a los Winn y a Aamir; por lo tanto, suponiendo que fuese la chica de la limpieza, Jimmy y Flick suben al primer puesto de la lista de sospechosos.

Strike dio un suspiro y cerró los ojos.

—Mierda —masculló, pasándose una mano por la cara—, siempre acabo volviendo al móvil.

Abrió los ojos, apagó el cigarrillo en el plato y encendió otro.

—No me extraña que el MI5 se haya interesado en el caso, porque aquí no hay ningún beneficio obvio. Oliver tenía razón: los chantajistas no suelen matar a sus víctimas, más bien ocurre lo contrario. El odio es una posibilidad muy plausible, pero un asesino movido por el odio habría actuado en caliente, golpeando a su víctima en la cabeza con un martillo o una lámpara, y eso no encaja con un falso suicidio meticulosamente planeado. Si fue un asesinato, parece más bien una ejecución quirúrgica organizada hasta el último detalle. ¿Por qué? ¿Qué obtenía el asesino actuando así? Y eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué justo entonces? ¿Por qué murió Chiswell justo entonces?

»No cabe duda de que a Jimmy y a Flick les interesaba que Chiswell siguiera vivo mientras buscaban las pruebas necesarias para obligarlo a entregarles el dinero. Y Raphael, lo mismo: lo habían excluido del testamento, pero la relación con su padre estaba empezando a mejorar. Le interesaba que continuara con vida.

»Sin embargo, Chiswell había amenazado de forma encubierta a Aamir con revelar algo que aún no sabemos, aunque, dada la cita de Catulo, es probable que fuera de índole sexual, y recientemente el ministro había obtenido información sobre la fraudulenta organización benéfica de los Winn. No debemos olvidar que Geraint Winn no era un auténtico chantajista: lo que él quería no era dinero, sino que Chiswell dejase su cargo y cayese en desgracia. ¿No hay

absolutamente ninguna posibilidad de que Winn o Mallik decidiesen tomarse otro tipo de venganza cuando se dieron cuenta de que su primer plan había fracasado?

Strike dio una fuerte calada al cigarrillo y continuó:

—Se nos escapa algo, Robin. Se nos escapa algo que lo relaciona todo.

—A lo mejor no hay relación —dijo Robin—. La vida es así, ¿no? Tenemos a un grupo de individuos, cada uno con sus tribulaciones y sus secretos. Algunos tenían sus motivos para que Chiswell no les cayera bien, para estar resentidos con él, pero eso no significa que todo esté relacionado. Debe haber cosas irrelevantes.

—Pero seguimos teniendo un cabo suelto.

—Hay muchas cosas que no...

—No, se trata de algo importante, algo... fundamental. Lo huelo. Es como si estuviera delante de nosotros y no lo viéramos. ¿Por qué nos dijo Chiswell que quizá tuviese más trabajo para nosotros una vez que se hubiese librado de Winn y Knight?

—No lo sé —sentenció Robin.

—«Uno a uno van metiendo la pata» —citó Strike—. ¿Quién había metido la pata?

—Geraint Winn. Yo acababa de contarle a Chiswell lo del dinero sustraído de la organización benéfica.

—Dices que oíste a Chiswell hablando por teléfono, que trataba de recuperar una pinza para billetes. Una pinza para billetes que pertenecía a Freddie.

—Correcto —confirmó Robin.

—Freddie... —repitió Strike rascándose la barbilla.

Y de pronto fue como si volviese a la sala de televisión de un hospital militar alemán, con un televisor encendido y sin volumen en un rincón y ejemplares del *Army Times* encima de una mesita. El joven teniente que había presenciado la muerte de Freddie Chiswell estaba allí sentado, solo, cuando Strike llegó; iba en silla de ruedas y aún tenía una bala de los talibanes alojada en la columna vertebral.

—El convoy se detuvo, el comandante Chiswell me ordenó que bajara y que fuera a ver qué pasaba. Le dije que veía movimiento en la cresta de las montañas. Él me dijo que cumpliera la maldita orden.

»Apenas había dado un par de pasos cuando recibí un disparo en la espalda. Lo último que recuerdo es que el comandante me gritaba desde el camión. Entonces el francotirador le voló la cabeza.

El teniente le había pedido un cigarrillo a Strike y, aunque se suponía que no podía fumar, él le había regalado el paquete que llevaba encima.

—Chiswell era un cabronazo —dijo el joven.

Strike se imaginó a Freddie, alto y rubio, subiendo con paso decidido por un camino rural, confraternizando con Jimmy Knight y sus colegas. Lo vio con el traje de esgrima, en la pista, y vio a Rhiannon Winn, que quizá ya tuviese pensamientos suicidas, observándolo disimuladamente.

Les caía mal a sus soldados, y su padre lo adoraba: ¿sería Freddie el cabo suelto que estaba buscando Strike, el elemento que lo relacionaba todo, que conectaba a los dos chantajistas con la historia de una cría estrangulada? Pero esa idea iba perdiendo fuerza a medida que la examinaba, y los diversos hilos de la investigación volvieron a deshacerse, empecinados en permanecer desconectados entre sí.

—Quiero saber qué es lo que muestran las fotografías del Ministerio de Asuntos Exteriores — dijo Strike con la vista clavada en el cielo morado que se veía detrás de la ventana del despacho —. Quiero saber quién dibujó el caballo blanco de Uffington en la puerta del cuarto de baño de Aamir Mallik, y quiero saber por qué había una cruz en el suelo justo en el sitio donde Billy dijo que había una niña enterrada.

—Bueno —repuso Robin, mientras se levantaba para recoger los restos de la comida china—, nadie ha dicho nunca que no seas una persona ambiciosa.

—Deja eso, ya lo haré yo. Tienes que irte a casa.

«Es que no quiero irme a casa.»

—Es un momento. ¿Qué haces mañana?

—Tengo una cita por la tarde con ese amigo de Chiswell. Drummond, el marchante de arte.

Después de enjuagar los platos y los cubiertos, Robin cogió su bolso de la percha donde lo había colgado y se dio la vuelta. Sabía que Strike solía rechazar las muestras de preocupación, pero ese día Robin no pudo evitarlo.

—No te ofendas, pero tienes muy mala cara. Quizá deberías descansar un poco la pierna antes de volver a salir, ¿no crees? Nos vemos.

Se marchó antes de que el detective pudiese contestar. Strike se quedó ensimismado un rato, hasta que comprendió que debía comenzar el doloroso trayecto hasta su ático. Volvió a levantarse, cerró las ventanas, apagó las luces y cerró la puerta de la agencia con llave.

En cuanto puso el pie ortopédico en el primer peldaño de la escalera, volvió a sonarle el teléfono y supo que era Lorelei, que no estaba dispuesta a soltarlo sin, por lo menos, intentar hacerle el mismo daño que él le había hecho a ella. Poco a poco, con cuidado, evitando cargar el peso en la prótesis, subió la escalera y fue a acostarse.

49

Los Rosmer de Rosmersholm, pastores y militares, funcionarios con importantes cargos; todos perfectas honorabilidades, una familia que durante dos siglos fue la primera del distrito.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Lorelei no se rindió. Quería ver a Strike cara a cara, quería saber por qué le había regalado casi un año de su vida, según ella, a un vampiro emocional.

—Me lo debes —dijo, cuando él, por fin, se puso al teléfono al día siguiente, a la hora de comer—. Quiero que nos veamos. Me debes eso, como mínimo.

—¿Y qué conseguirás? —le preguntó él—. Ya he leído tu correo, dejabas muy claros tus sentimientos. Y yo te dije desde el principio lo que quería y lo que no quería...

—No me vengas con el cuento de que nunca me diste a entender que querías algo serio. ¿A quién llamaste cuando no podías caminar? No tuviste ningún inconveniente en que hiciera el papel de esposa cuando estabas...

—Vale, coincidimos en que soy un cabronazo —la interrumpió él.

Estaba sentado en su salón-cocina, con la pierna amputada estirada y apoyada en una silla. Sólo llevaba puestos unos calzoncillos bóxer, aunque pronto tendría que colocarse la prótesis y vestirse elegante para no llamar la atención en la galería de arte de Henry Drummond.

—Despidámonos como buenos amigos y...

—No —dijo ella—, no te saldrás con la tuya tan fácilmente. Era feliz, me estaba yendo bien...

—Nunca he querido hacerte daño. Me gustas...

—¿Te gusto? —repitió ella con voz estridente—. ¿Llevamos un año juntos y me dices que te gusto?

—¿Y qué quieres? —Strike estaba empezando a perder los estribos—. ¿Que recorra contigo el puto pasillo hasta el altar, a pesar de no sentir lo que debería sentir, de no desearlo, mientras sueño con estar en otro sitio? Me estás obligando a decir lo que no quiero decir. Yo no quería hacerle daño a nadie...

—¿Pues a mí me has hecho daño! ¡Y ahora pretendes desaparecer como si no hubiera pasado nada!

—Y tú, en cambio, quieres montar un numerito en un restaurante.

—Lo que quiero —replicó Lorelei, llorando— es no sentir que para ti yo habría podido ser cualquiera. Quiero un último recuerdo que no me haga sentir que soy de usar y tirar.

—Yo nunca te he visto así. No te veo así ahora —dijo él con los ojos cerrados, pensando que

ojalá no se le hubiera ocurrido cruzar la habitación en la fiesta de Wardle para ir a hablar con Lorelei—. La verdad es que eres demasiado...

—No me digas que soy demasiado buena para ti —lo interrumpió ella—. Al menos déjame un poco de dignidad.

Lorelei colgó. El sentimiento que predominaba en Strike era el alivio.

Ninguna otra investigación había obligado a Strike a volver con tanta frecuencia a la misma zona de Londres. Unas horas más tarde, el taxi lo dejó en la suave pendiente de Saint James's Street, con la fachada de ladrillo rojo de Saint James's Palace al fondo y el Pratt's en Park Place a su derecha. Después de pagar al taxista, se dirigió a la galería de arte Drummond's, situada entre una tienda de vinos y otra de sombreros, en la acera izquierda de la calle. Aunque había conseguido ponerse la prótesis, tenía que ayudarse de un bastón plegable que Robin le había comprado en otra ocasión en la que, como ahora, la pierna le dolía tanto que no podía soportar su peso.

La llamada de Lorelei había puesto fin a una relación de la que Strike quería escapar, pero también había hecho mella en él. En el fondo, el detective sabía que —si no literalmente, por lo menos en espíritu— era culpable de algunos de los cargos de los que ella lo había acusado. Era cierto que, desde el principio, él le había dejado claro que no buscaba ni compromiso ni continuidad, pero sabía muy bien que ella había dado por hecho que se refería a «aquel momento», y que no descartaba que las cosas pudiesen ser diferentes en el futuro. Lo que también era cierto era que él no había corregido esa impresión porque aquel trato con Lorelei le venía muy bien para defenderse de los sentimientos que lo habían acosado tras la boda de Robin.

Sin embargo, su habilidad para distanciarse de sus emociones —algo de lo que siempre se había quejado Charlotte, y a lo que Lorelei había dedicado un largo párrafo del correo electrónico en el que diseccionaba su personalidad— aún no le había fallado.

Llegó con dos minutos de antelación a su cita con Henry Drummond, y se concentró sin ninguna dificultad en las preguntas que quería hacerle al viejo amigo de Jasper Chiswell.

Cuando se detuvo junto a la fachada de mármol negro del exterior de la galería, se vio reflejado en el escaparate y se enderezó la corbata. Llevaba su mejor traje italiano. Detrás del cristal impoluto, colocado sobre un caballete, había un solo cuadro con un ornamentado marco dorado. Estaba iluminado con mucho acierto, y representaba un par de caballos que a Strike le parecieron poco realistas, con cuellos que se asemejaban a los de una jirafa y unos ojos saltones, montados por *jockeys* del siglo XVIII.

Abrió la puerta maciza y entró en la galería, fresca, silenciosa y con un suelo de mármol blanco muy pulido. Apoyándose en el bastón, caminó con cuidado ante los cuadros, que representaban temas deportivos y de naturaleza —todos ellos discretamente iluminados y distribuidos por las paredes blancas, con sus gruesos marcos dorados—, hasta que una joven rubia, muy arreglada y con un vestido negro ceñido, salió por una puerta lateral.

—Ah, buenas tardes —lo saludó.

Y sin preguntarle cómo se llamaba, se dirigió hacia el fondo de la galería. Sus zapatos de tacón de aguja producían un ruido metálico sobre las baldosas.

—¡Henry! ¡Ha llegado el señor Strike!

Se abrió una puerta disimulada por la que salió Drummond, un hombre con un físico curioso.

Tenía unos rasgos severos —nariz estrecha y cejas negras— enmarcados por una barbilla carnosa y un cuello grueso, como si un puritano hubiese sido absorbido por el cuerpo de un alegre terrateniente. Las patillas, que se le unían al bigote, y el traje de tres piezas gris oscuro le daban el aire atemporal e inconfundible de los miembros de la clase alta.

—¿Cómo está usted? —se dirigió a él, ofreciéndole al detective una mano tibia y seca—. Pase a mi despacho, por favor.

—Henry, acaba de llamar la señora Ross —dijo la joven, mientras Strike entraba en la pequeña habitación que había detrás de aquella discreta puerta; estaba muy ordenada y forrada de arriba abajo de estanterías de caoba llenas de libros—. Dice que le gustaría ver el Munnings antes de que cerremos. Ya le he dicho que está reservado, pero dice que de todas formas...

—Avísame cuando llegue —la interrumpió Drummond—. Ah, ¿y podrías prepararnos un poco de té, Lucinda? ¿O prefiere café? —le preguntó a Strike.

—No, mejor té, gracias.

—Siéntese, por favor —ofreció Drummond.

Strike se sentó, agradecido, en una butaca de piel grande y sólida. Sobre el escritorio antiguo que los separaba sólo había una bandeja de papel timbrado, una pluma estilográfica y un abrecartas de plata y marfil.

—Así pues —intervino el galerista con solemnidad—, investiga usted este espantoso asunto por encargo de la familia, ¿no?

—Exacto. ¿Le importa que tome notas?

—No, adelante.

Strike sacó su bloc y su bolígrafo, mientras Drummond hacía girar un poco su silla hacia un lado y hacia el otro.

—Una conmoción terrible —dijo en voz baja—. Como es lógico, uno piensa inmediatamente en una interferencia extranjera: un ministro del gobierno, todas las miradas puestas en Londres con motivo de las Olimpiadas...

—¿Usted no pensó que Chiswell podía haberse suicidado?

Drummond lanzó un profundo suspiro.

—Lo conocía desde hacía cuarenta y cinco años. En su vida no habían faltado las desgracias: el divorcio de Patricia, la muerte de Freddie, su dimisión del gobierno, el fatídico accidente de tráfico de Raphael... Pero que se suicidara ahora, después de haberlo superado todo, cuando era ministro de Cultura y parecía que su vida volvía a encarrilarse...

»Porque el Partido Conservador era su vida, ¿me entiende? —continuó Drummond—. Sí, sí. Lo llevaba en la sangre. Lamentó mucho tener que abandonarlo, y se alegró enormemente de volver a entrar, de ascender a ministro... Cuando éramos jóvenes, bromeábamos con que algún día llegaría a ser primer ministro, pero ese sueño ya estaba olvidado. Jasper siempre decía: «A los *tories* acérrimos les gustan los cabrones o los bufones», y él no era ninguna de las dos cosas.

—Entonces ¿usted diría que, en los días previos a su muerte, Chiswell se mostraba animado?

—Bueno, tanto como eso, no. Tenía algunas preocupaciones, estaba estresado... Pero ¿pensamientos suicidas? No, eso tampoco. De ninguna manera.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—La última vez que nos vimos en persona fue aquí, en la galería —contestó Drummond—. Y puedo decirle la fecha exacta: el viernes veintidós de junio.

Strike sabía que era el día en que él se había reunido con Chiswell por primera vez. Recordaba que, después de comer juntos en el Pratt's, el ministro se había ido andando hacia la galería Drummond's.

—Y ese día ¿cómo lo vio?

—Estaba muy enojado —dijo Drummond—, pero es algo perfectamente lógico, dado el panorama con el que se encontró aquí.

El galerista cogió el abridor de cartas y lo fue girando con delicadeza con sus gruesos dedos.

—Su hijo Raphael acababa de ser descubierto por segunda vez... —titubeó un instante— *in fraganti*, con una joven empleada de la galería. En el cuarto de baño que tengo aquí detrás.

Señaló una puerta negra, discreta.

—Ya los había sorprendido un mes antes. La primera vez no le dije nada a Jasper, porque pensé que ya tenía suficientes preocupaciones.

—¿A qué se refiere?

Drummond acarició el mango de marfil labrado, carraspeó y dijo:

—El matrimonio de Jasper no es..., bueno, no era... Lo que quiero decir es que Kinvara es una mujer complicada. Una mujer difícil. Esos días le estaba insistiendo mucho a Jasper para que apareara a una de sus yeguas con *Totilas*.

Al ver que Strike ponía cara de no entender nada, Drummond aclaró:

—Es su mejor semental de doma clásica. Su semen vale cerca de diez mil libras.

—Caray.

—Pues sí —confirmó Drummond—. Y cuando Kinvara no consigue lo que quiere... No sé muy bien si es un problema de carácter o si es algo más grave, una verdadera inestabilidad mental. En fin, el caso es que Jasper estaba pasando una mala racha con ella.

»Además, ya había pasado por lo de ese desagradable asunto del... accidente de Raphael, en el que murió esa pobre chica. La prensa todo el día encima, su hijo en la cárcel... En fin, Jasper era mi amigo, y yo no quería darle más preocupaciones.

»La primera vez que sorprendí a Raphael con la chica le dije que no se lo contaría a Jasper, pero también que aquello era un ultimátum, y que si volvía a pasarse de la raya, lo pondría de patitas en la calle aunque su padre fuese amigo mío. Además, yo tenía que pensar en Francesca. Es mi ahijada, tiene dieciocho años y está loca por él, y yo no quería tener que contárselo a sus padres.

»Así que, en esta segunda ocasión, cuando entré y los oí, no tuve alternativa. Pensé que no había peligro en dejar a Raphael a cargo de la galería durante una hora porque Francesca tenía el día libre, pero resulta que ella vino expresamente para verlo. Cuando Jasper llegó, me encontró aporreando la puerta. Fue imposible ocultarle lo que estaba sucediendo. Raphael intentaba evitar que yo entrara en el cuarto de baño mientras Francesca salía por la ventana. Ella no tuvo el valor de hablar conmigo. Entonces llamé por teléfono a sus padres y se lo conté todo. La chica ya no ha vuelto por aquí.

»Raphael Chiswell es un bala perdida —afirmó Drummond, tajante—. Freddie, el hijo que murió, y que también era ahijado mío, por cierto, valía un millón de veces más que... Bueno... —dijo mientras seguía dándole vueltas al abrecartas—, ya sé que no está bien decirlo...

Se abrió la puerta del despacho y entró la rubia del vestido negro con la bandeja del té. Puso en la mesa dos teteras de plata, una de las cuales sólo contenía agua caliente; dos tazas de

porcelana con sus platillos y un azucarero con sus pinzas. Strike comparó aquel despliegue con el té que se preparaba él en la agencia.

—Acaba de llegar la señora Ross, Henry.

—Dile que todavía me quedan unos veinte minutos. Pídele que espere, si puede.

Cuando Lucinda volvió a salir, el detective retomó el hilo:

—Entonces, aquel día no tuvieron mucho tiempo para conversar, ¿no?

—Lo cierto es que no mucho —contestó Drummond, afligido—. Jasper venía para ver cómo le iba a Raphael en la galería, convencido de que todo iría estupendamente... Y llegar y encontrarse con aquella escena... Cuando entendió lo que estaba pasando, se puso de mi parte, por supuesto. De hecho, fue él quien apartó al chico de un empujón para abrir la puerta. Y entonces se quedó muy pálido. No sé si sabe que tenía un problema de corazón que llevaba años incordiándolo. De pronto, se sentó en el inodoro. Yo estaba muy preocupado, la verdad, pero él no me dejó llamar a Kinvara.

»Al menos ese día Raphael tuvo la decencia de mostrarse avergonzado. Intentó ayudar a su padre. Jasper le dijo que lo dejara en paz, y a mí me pidió que saliera del baño y que cerrara la puerta...

Drummond se interrumpió y empezó a servir el té. Era evidente que estaba abrumado. Echó tres terrones de azúcar en su taza y, al remover, la cucharilla repiqueteó contra la porcelana.

—Tendrá que disculparme. Fue la última vez que vi a Jasper. Salió del cuarto de baño con muy mala cara, me estrechó la mano, me pidió perdón y me dijo que lamentaba mucho haberle fallado... a uno de sus más viejos amigos.

Drummond volvió a carraspear, tragó saliva y, haciendo un esfuerzo, continuó:

—Jasper no tuvo la culpa de nada. La cuestionable moralidad de Raphael le viene de su madre, y todos sabemos que la mejor forma de describir a esa mujer... En fin, no pronunciaré esa palabra. La verdad es que todos los problemas de Jasper empezaron cuando conoció a Ornella. Si no se hubiese divorciado de Patricia...

»Y ya no volví a verlo. Si quiere que le diga la verdad, me costó mucho estrecharle la mano a Raphael en el funeral.

Drummond dio un sorbo de té, y Strike probó también el suyo. Estaba muy flojo para su gusto.

—Una situación realmente lamentable —dijo el detective.

—Y que lo diga —coincidió Drummond.

—Supongo que comprenderá que me veo obligado a preguntarle sobre temas un tanto delicados.

—Por supuesto.

—Sé que habló con Izzy. ¿Le contó ella que a Jasper Chiswell le estaban haciendo chantaje?

—Sí, lo mencionó. —Drummond desvió la mirada para comprobar si la puerta estaba cerrada—. Él no me había contado nada. Izzy me dijo que era un hijo de los Knight; me acuerdo de esa familia. El padre hacía trabajos de mantenimiento. Y los Winn... Bueno, la verdad, no creo que Jasper y ellos se tuvieran mucha simpatía. Forman una pareja extraña.

—La hija de los Winn, Rhiannon, practicaba esgrima —continuó Strike—. Coincidió en el equipo juvenil con Freddie Chiswell.

—Ah, sí, Freddie era muy bueno —dijo Drummond.

—A Rhiannon la invitaron a la fiesta del dieciocho cumpleaños de Freddie, pero ella era un

par de años más joven. Sólo tenía dieciséis cuando se suicidó.

—Estremecedor —repuso Drummond.

—¿Sabe usted algo de eso?

—No, ¿qué iba a saber yo? —contestó Drummond, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Usted no asistió a esa fiesta de cumpleaños?

—Sí, claro que asistí. Yo era el padrino de Freddie, como ya le he dicho.

—¿Y no se acuerda de Rhiannon?

—¡No, claro que no! ¿Cómo quiere que me acuerde de tantos nombres? Allí había más de cien jóvenes. Jasper instaló una carpa en el jardín y Patricia organizó una búsqueda del tesoro.

—¿Ah, sí?

En su fiesta de los dieciocho, que se celebró en un pub destartalado de Shoreditch, no había habido búsquedas del tesoro.

—Bueno, por allí, por el jardín. A Freddie le encantaba competir. Les daban una copa de champán cada vez que encontraban una pista. Había muy buen ambiente, la fiesta estaba muy animada. Yo era el encargado de la pista número tres, que estaba junto a lo que los niños llamaban «la hondonada».

—¿Ese hoyo que hay en el jardín, al lado de la casa de los Knight? —preguntó Strike con disimulo—. Cuando yo lo vi estaba lleno de ortigas.

—Bueno, no pusimos la pista en la hondonada exactamente, sino debajo del felpudo de Jack o'Kent. A él no podíamos pedirle que se ocupase del champán, porque tenía problemas con la bebida. Me pusieron en una tumbona al borde de la hondonada para vigilar desde allí, y cuando alguien encontraba la pista, recibía una copa de champán y se marchaba.

—¿Había refrescos para los menores de dieciocho? —preguntó Strike.

—Nadie estaba obligado a beber champán —replicó Drummond, exasperado por aquella actitud tan aguafiestas—. Era una fiesta de cumpleaños, una celebración.

—Dígame, ¿Jasper Chiswell nunca le mencionó algo que él no quisiera que se filtrara a la prensa? —preguntó el detective volviendo al tema principal.

—No, absolutamente nada.

—Cuando me pidió que buscara la manera de pararles los pies a sus chantajistas, me dijo que lo que había hecho había sucedido seis años atrás. Me insinuó que entonces no era ilegal, pero que ahora sí.

—No tengo ni idea de a qué se refería. Jasper era muy respetuoso con las leyes. Todos los miembros de la familia son auténticos pilares de la comunidad, van a misa, han hecho muchísimo por la región...

Drummond se puso entonces a recitar una letanía de las obras de beneficencia de los Chiswell que duró un par de minutos, y que no consiguió engañar a Strike ni por un momento. El detective estaba convencido de que el marchante trataba de despistarlo porque sabía perfectamente qué era lo que había hecho Chiswell seis años atrás. Se puso casi lírico al ensalzar la bondad innata de Jasper y de toda su familia, con la sola excepción, siempre, de Raphael, el bribón.

—Era muy generoso —concluyó Drummond—: financió la compra del minibús de las niñas exploradoras y las reparaciones del tejado de la iglesia, y no dejó de hacer donaciones cuando la economía familiar... En fin... —Se interrumpió, ligeramente abochornado.

—Ese delito con el que lo estaban chantajeando... —insistió Strike.

Pero Drummond lo interrumpió

—Jasper no cometió ningún delito —saltó, demostrando con ello que sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir—. Usted mismo acaba de decirlo. Chiswell le dijo que no había hecho nada ilegal. No había violado ninguna ley.

Strike comprendió que no serviría de nada seguir presionando a Drummond con lo del chantaje, así que pasó la hoja de su bloc y le pareció ver que su interlocutor se relajaba.

—Usted llamó por teléfono a Chiswell el día de su muerte, a primera hora de la mañana —expuso.

—Sí, así es.

—¿Era la primera vez que hablaban después de que usted despidiera a Raphael?

—No, de hecho, no. Un par de semanas antes habíamos mantenido una conversación. Mi mujer quería invitar a cenar a Jasper y a Kinvara. Lo llamé al despacho; me pareció una buena ocasión para romper el hielo... Usted ya me entiende, después de lo ocurrido con Raphael... No fue una conversación muy larga, pero sí cordial. Me dijo que no podían venir la noche que les proponíamos. También me dijo... Bueno, le seré franco: me comentó que no sabía si Kinvara y él iban a seguir juntos mucho tiempo, que su matrimonio pasaba por un mal momento. Lo encontré cansado, agotado y... triste.

—¿No volvieron a hablar hasta el día trece?

—El trece tampoco hablamos —le recordó Drummond—. Llamé por teléfono a Jasper, sí, pero no me contestó. Dice Izzy... —Hizo una pausa—. Dice que seguramente ya había fallecido.

—Era un poco pronto para llamar por teléfono —observó Strike.

—Es que yo... tenía una información que creí que debía compartir con él.

—¿De qué tipo?

—De carácter personal.

Strike esperó mientras Drummond bebía un poco más de té.

—Era un asunto relacionado con la economía familiar; imagino que usted ya sabrá que, cuando Jasper falleció, ésta dejaba mucho que desear.

—Sí.

—Había vendido tierras y había hipotecado por segunda vez su casa de Londres. Se había sacado de encima todos los cuadros buenos gracias a mí. Al final estaba sin un céntimo, y quería vender algunos de los cuadros que había dejado Tinky. La verdad es que resultaba un poco... incómodo.

—¿Por qué?

—Yo me dedico a grandes maestros —contestó Drummond—. No compro cuadros de caballos moteados de artistas locales australianos que nadie conoce. Por hacerle un favor a Jasper, por ser un viejo amigo, le pedí a mi contacto habitual de Christie's que me tasara algunos. El único que tenía algún valor monetario era un cuadro de una yegua pía con su potro...

—Sí, me parece que lo he visto.

—Pero resultó que no valía nada. Una miseria.

—¿Cuánto, aproximadamente?

—Entre cinco y ocho mil, tirando alto —respondió Drummond con desdén.

—Para mucha gente eso no es ninguna miseria —comentó Strike.

—Mi querido amigo —dijo Henry Drummond—, con eso no se habría podido reparar ni una

décima parte del tejado de Chiswell House.

—Aun así, el ministro se planteaba venderlo, ¿no? —preguntó Strike.

—Sí, junto con unos cuantos más.

—Me pareció que la señora Chiswell le tenía un cariño especial a ese cuadro.

—Creo que, a esas alturas, los deseos de su mujer no le importaban mucho. —Drummond suspiró—. Le aseguro que todo esto me resulta muy difícil. No quiero sentirme responsable de haberle revelado a la familia algo que sé que sólo les causará rabia y dolor. Ya están sufriendo bastante.

Se dio unos golpecitos en los dientes con una uña.

—Le aseguro —continuó— que el motivo de mi llamada no puede tener ninguna relación con la muerte de Jasper.

Aun así, Strike se dio cuenta de que Drummond no lo tenía tan claro.

—Debe usted hablar con Raphael —dijo, y era evidente que estaba escogiendo sus palabras con mucho cuidado—, porque creo que... es posible que... En fin, Raphael no me cae bien —confesó, como si no lo hubiera dejado suficientemente claro—, pero creo que hizo algo muy noble la mañana que murió su padre. Al menos, no veo qué podía ganar él con lo que hizo, y creo que no lo ha contado por la misma razón que yo. Él forma parte de la familia, y por lo tanto está mejor situado que yo para decidir qué hacer. Hable con Raphael.

Strike tuvo la impresión de que Henry Drummond prefería que fuese Raphael quien se ganara la antipatía de la familia.

Llamaron a la puerta del despacho y la rubia Lucinda asomó la cabeza.

—La señora Ross no se encuentra muy bien, Henry; dice que se marcha, pero le gustaría despedirse.

—De acuerdo —dijo Drummond, y se levantó—. Me temo que no puedo hacer nada más por usted, señor Strike.

—Le agradezco mucho que me haya recibido —dijo el detective, levantándose también, aunque con dificultad, y recuperando su bastón—. ¿Me permite hacerle una última pregunta?

—Desde luego.

—¿Le dice algo la frase «les puso ese caballo»?

Drummond parecía sinceramente desconcertado.

—¿Quién puso qué caballo? ¿Dónde?

—¿No sabe qué puede significar?

—No, no tengo ni idea. Lo siento muchísimo, pero, como ya ha oído, hay una clienta esperándome.

Strike no tuvo más remedio que salir con Drummond del despacho.

En medio de la galería, por lo demás desierta, estaba Lucinda, muy preocupada por una mujer morena en avanzado estado de gestación que, sentada en una silla, bebía agua a pequeños sorbos.

Strike reconoció a Charlotte, y de inmediato supo que aquel segundo encuentro no podía ser una simple coincidencia.

50

Me ha marcado usted para siempre, para toda la vida.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

—Hola, Corm —dijo Charlotte con un hilo de voz.

Lo miraba boquiabierto por encima del borde del vaso. Estaba pálida, pero Strike sabía que era capaz de montar un numerito con tal de conseguir lo que se hubiese propuesto, aunque para ello tuviese que saltarse una comida o maquillarse de blanco para parecer enferma, así que se limitó a saludarla con la cabeza.

—Ah, pero ¿se conocen? —preguntó Drummond, sorprendido.

—Tengo que irme —balbuceó Charlotte, poniéndose de pie.

Lucinda, atribulada, no se separaba de ella.

—He quedado con mi hermana y llego tarde.

—¿Seguro que ya se encuentra mejor? —le preguntó Lucinda.

Charlotte miró a Strike con una sonrisa trémula en los labios.

—¿Te importaría acompañarme? Es sólo una manzana.

Drummond y Lucinda miraron al detective. Era obvio que se alegraban de descargar sobre él sus obligaciones hacia aquella mujer adinerada y con buenos contactos.

—Me parece que no soy la persona idónea —contestó Strike, señalando su bastón.

La sorpresa de Drummond y Lucinda no le pasó en absoluto desapercibida.

—No sufras, si veo que voy a ponerme de parto, te avisaré con tiempo —dijo Charlotte—. Por favor.

Habría podido decir «No», y ya está. Habría podido preguntarle: «¿Por qué no le pides a tu hermana que venga a recogerte?» Pero ella sabía muy bien que si se negaba a acompañarla, quedaría como un maleducado delante de unas personas con las que, probablemente, necesitaría volver a hablar en el futuro.

—Está bien —cedió por fin, con un tono que rayaba la descortesía.

—Muchas gracias, Lucinda —dijo Charlotte mientras se encaminaba lentamente hacia la salida.

Llevaba una gabardina de seda beis, una camiseta negra, unos vaqueros de premamá y unas zapatillas de deporte. Todas las prendas, pese a ser informales, eran de excelente calidad. Siempre había preferido la ropa de un solo color y de líneas austeras y clásicas, que realzaban su asombrosa belleza.

Strike se adelantó para abrirle la puerta. Su palidez le recordó aquella ocasión en que Robin también se había quedado blanca como la cera. Estaban de viaje y Robin conducía un coche de alquiler; encontraron hielo en la carretera y, con una destreza asombrosa, ella había conseguido controlar el vehículo, evitando lo que habría podido ser un accidente grave.

—Gracias —le dijo el detective a Henry Drummond antes de salir.

—Ha sido un placer —contestó el marchante con formalidad.

—El restaurante no está lejos —dijo Charlotte al cerrarse la puerta de la galería, señalando la calle en ligera pendiente.

Echaron a andar uno al lado del otro. Probablemente, las personas con las que se cruzaban daban por hecho que él era el responsable del abultado vientre de Charlotte. Strike reconoció el olor a Shalimar que desprendía su piel. Llevaba utilizándolo desde los diecinueve años, y él se lo había comprado varias veces. Aquel perfume hizo que volviera a acordarse del día que había recorrido aquella calle y había acabado enfrentándose al padre de Charlotte en un restaurante italiano, hacía ya muchos años.

—Crees que lo tenía todo planeado, ¿verdad?

Strike no contestó. No tenía ningunas ganas de meterse en discusiones que le resultaran demasiado familiares. Cuando por fin habló, ya habían recorrido dos manzanas.

—¿Dónde está el restaurante?

—En Jermyn Street. Se llama Franco's.

En cuanto lo nombró, Strike se dio cuenta de que era el mismo en el que se había producido aquel encuentro con el padre de Charlotte; allí habían mantenido aquella breve pero sumamente violenta discusión. Por lo visto, todos los miembros de aquella aristocrática familia tenían una vena pendenciera. Después, Charlotte y Strike habían ido al piso de ella y habían hecho el amor con una pasión y un apremio que el detective, ahora, habría preferido no haber conservado en su memoria. No tenía ningunas ganas de recordar cómo lloraba Charlotte al alcanzar el orgasmo, derramando gruesas lágrimas sobre él mientras gritaba de placer.

—¡Uy, espera! —dijo Charlotte de pronto.

Strike se detuvo y se volvió hacia ella. Charlotte se llevó ambas manos al vientre y retrocedió hacia un portal, frunciendo el ceño.

—Siéntate —aconsejó él.

El mero hecho de hacerle esa pequeña sugerencia para ayudarla ya lo incomodaba.

—Ahí, en el escalón.

—No. Ayúdame a llegar a Franco's y luego te puedes ir —repuso ella respirando hondo.

Siguieron andando.

El *maître* estaba preocupadísimo: saltaba a la vista que Charlotte no se encontraba bien.

—¿Ha llegado mi hermana? —le preguntó Charlotte.

—No, todavía no —contestó el *maître* con inquietud.

Y, al igual que Henry Drummond y Lucinda, miró a Strike para compartir con él la responsabilidad de aquel problema alarmante e imprevisto.

Al cabo de un minuto, Strike estaba sentado en la silla de Amelia, en una mesa para dos junto a la ventana. Charlotte seguía respirando hondo, el camarero les llevaba una botella de agua, el *maître* les servía pan y, con timidez, sugería que quizá Charlotte se sintiera mejor si comía algo, pero también le comentaba a Strike en voz baja que, si lo consideraba necesario, podía pedir una

ambulancia en cualquier momento.

Por fin los dejaron solos, pero Strike siguió sin decir nada. Estaba decidido a marcharse de allí en cuanto Charlotte recuperara el color o llegara su hermana. En las otras mesas, los adinerados comensales disfrutaban del vino y la pasta rodeados de madera noble, piel y cristal. Sobre el papel pintado con un estampado geométrico blanco y rojo, había unas litografías en blanco y negro.

—Crees que lo tenía todo planeado —murmuró Charlotte otra vez.

Strike no le respondió. Estaba atento por si aparecía la hermana de Charlotte, a la que no veía desde hacía varios años; sin duda se llevaría una sorpresa al verlos juntos.

Tal vez mantendrían otra tensa discusión; una que pasaría desapercibida para el resto de los comensales y en la que Strike tendría que volver a oír calumnias sobre su forma de ser, sus orígenes y sus motivos para acompañar a su ricachona, embarazada y casada ex novia al restaurante donde había quedado con su hermana.

Charlotte cogió un bastoncito de pan y empezó a comérselo mientras observaba a Strike.

—No sabía que ibas a estar allí, Corm. Te lo prometo.

Strike no se lo creyó ni por asomo. El encuentro en Lancaster House sí había sido casual: había visto la conmoción reflejada en el rostro de Charlotte cuando sus miradas se habían encontrado, pero esta encerrona estaba lejos de ser una coincidencia. De no haber sabido que era imposible, Strike habría supuesto, incluso, que Charlotte sabía que acababa de romper con Lorelei aquella misma mañana.

—No me crees.

—Eso no importa —dijo él, y siguió escudriñando la calle por si veía aparecer a Amelia.

—Me he quedado de piedra cuando Lucinda me ha dicho que estabas allí.

«Mentira. Lucinda nunca te habría dicho quién estaba en el despacho. Tú ya lo sabías.»

—Últimamente me pasa a menudo —insistió—. Se llaman «contracciones de Braxton Hicks». Odio estar embarazada.

Strike se dio cuenta enseguida de que no había podido disimular lo que le había pasado en ese instante por la cabeza, porque ella se inclinó hacia él y, en voz baja, le dijo:

—Ya sé en qué estás pensando. No me deshice del nuestro. Te lo prometo.

—No empieces, Charlotte —contestó él, con la sensación de que, bajo sus pies, el suelo empezaba a temblar y a agrietarse.

—Lo perdí.

—No voy a pasar por eso otra vez —dijo Strike con un claro tono de advertencia—. No vamos a repasar lo ocurrido hace dos años. Todo eso ya no me importa.

—Me hice un test en casa de mi madre y...

—Te he dicho que no me importa.

Quería marcharse, pero Charlotte estaba ahora aún más pálida, y le temblaban los labios mientras miraba a Strike con aquellos ojos verdes con motitas doradas en los que se estaban acumulando las lágrimas. Aquel vientre redondeado parecía ajeno a su cuerpo. Strike no se habría sorprendido en exceso si Charlotte se hubiese levantado la camiseta y hubiese revelado que, debajo, llevaba un cojín.

—Ojalá fuesen tuyos.

—No me jodas, Charlotte.

—Si fuesen tuyos, estaría feliz.

—No me vengas con ésas. Tú tenías las mismas pocas ganas que yo de tener hijos.

Con manos temblorosas, Charlotte se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. En la mesa de al lado, un hombre trataba de disimular que estaba observándolos, y Charlotte, que siempre estaba muy pendiente del efecto que tenía sobre quienes la rodeaban, le lanzó una mirada con la que le hizo volver precipitadamente a sus *tortellini*. Entonces rompió un trozo de bastoncito de pan y se lo puso en la boca, y empezó a masticar y a llorar al mismo tiempo. Bebió agua para ayudarse a tragar, se señaló el vientre y dijo en voz baja:

—Me dan pena. Es lo único que siento: pena. Me da pena ser su madre y que Jago sea su padre. Menuda forma de empezar en la vida. Primero pensaba en formas de morir sin matarlos a ellos...

—No seas tan autocomplaciente —dijo Strike con aspereza—. Te van a necesitar, ¿no crees?

—Yo no quiero que me necesiten. Nunca lo he querido. Quiero ser libre.

—¿Para quitarte la vida?

—Sí. O para intentar que vuelvas a quererme.

Strike se inclinó hacia ella.

—Estás casada. Llevas a los hijos de tu marido en tu vientre. Lo nuestro se acabó.

Ella se inclinó también; su rostro surcado de lágrimas era el más hermoso que él había visto en su vida. Strike volvió a percibir su perfume.

—Siempre te amaré más que a nadie en el mundo —dijo, tremendamente pálida y deslumbrante—. Sabes que es verdad. Te amé más que a nadie de mi familia, te amaré más de lo que podré amar a mis hijos, te amaré en mi lecho de muerte. Pienso en ti cuando Jago y yo...

—Si sigues así, me marcho ahora mismo.

Charlotte volvió a apoyarse en el respaldo de la silla y lo miró fijamente, como si él fuese un tren que se acercaba y ella estuviese atada a las vías.

—Sabes que es verdad —repitió con voz ronca—. Lo sabes.

—Charlotte...

—Ya sé qué vas a decir. Que soy una mentirosa. Lo soy. Soy una mentirosa, pero nunca miento respecto a lo importante, Bluey.

—No me llames así.

—No me amabas lo suficiente...

—No te atrevas a culpabilizarme —dijo él sin poder controlarse.

No había nadie más que fuera capaz de provocarlo de ese modo: nadie se acercaba siquiera.

—Fuiste tú la que se cargó la relación —añadió Strike.

—Tú no quisiste ceder...

—Ya lo creo que cedí. Y mucho. Me fui a vivir contigo, como tú querías.

—No quisiste aceptar el trabajo que papá...

—Ya tenía trabajo. Tenía la agencia.

—Me equivoqué con la agencia. Ahora lo sé. Has hecho cosas increíbles. Leo todo lo que publican sobre ti. Jago lo sabe, lo vio en mi historial de internet.

—Será que no borraste bien las huellas. Tenías mucho más cuidado cuando te lo follabas.

—Yo nunca me acosté con Jago mientras tú y yo estábamos juntos.

—Te comprometiste con él dos semanas después de romper conmigo.

—Fue todo muy rápido porque yo quise que fuese muy rápido —replicó ella con ferocidad—. Dijiste que lo de mi embarazo era mentira, estaba dolida y furiosa. Tú y yo estaríamos casados si no hubieras...

—La carta —dijo el camarero, que había aparecido de pronto junto a su mesa.

Les ofreció una a cada uno, y Strike rechazó la suya con un gesto.

—Yo no me voy a quedar.

—Coge una para Amelia —le dijo Charlotte.

Strike le quitó la carta de la mano al camarero y la dejó bruscamente en la mesa.

—Además de lo que hay en la carta, hoy tenemos un par de platos especiales —empezó a recitar el camarero.

—¿Tenemos cara de querer oír los platos especiales? —gruñó Strike.

El camarero se quedó un momento paralizado; luego se dio la vuelta y se marchó muy ofendido sorteando las mesas.

—No me vengas con cuentos románticos —dijo el detective, inclinándose hacia Charlotte—. Tú querías cosas que yo no podía darte. Te horrorizaba la idea de vivir con estrecheces.

—Me porté como una niña mimada, ya lo sé —admitió Charlotte—. Luego me casé con Jago y conseguí todas esas cosas que creía que me merecía, y ahora... Ahora sólo quiero morirme, joder.

—No eran sólo joyas y vacaciones, Charlotte. Tú querías destruirme.

Charlotte se quedó rígida, como tantas veces había sucedido justo antes de los peores arrebatos, antes de las escenas más espeluznantes.

—Querías impedir que yo disfrutara con nada que no fueses tú. Sólo así te habría demostrado que te amaba realmente: tenía que olvidarme del Ejército, de la agencia, de mi amigo Dave Polworth, de todas aquellas malditas cosas que me hacían ser quien soy.

—Yo nunca he querido destruirte. No seas cruel con...

—Querías destruirme porque es lo que haces siempre. Tienes que romperlo todo para evitar que se apague. Tienes que controlarlo todo. Así si lo matas, no tienes que verlo morir.

—Mírame a los ojos y dime que has amado a alguien como me amaste a mí.

—No, afortunadamente, no —contestó Strike.

—Pasamos momentos increíbles juntos.

—Tendrás que recordármelos.

—Aquella noche en el barco de Benjy, en Little France...

—¿En tu treinta cumpleaños? ¿Durante las Navidades en Cornualles? Sí, fue increíble todo. Una pasada.

Charlotte se llevó una mano al vientre. Strike creyó ver algo que se movía a través de su fina camiseta negra, y volvió a parecerle que bajo su piel se ocultaba algo extraño e inhumano.

—Dieciséis años —dijo él—. En total dieciséis años. Te di lo mejor de mí mismo, y nunca fue suficiente. Y llega un momento en que ya no puedes seguir intentando salvar a la persona que está dispuesta a arrastrarte hasta el fondo con ella.

—¡No me vengas con ésas! —De pronto, la Charlotte vulnerable y desesperada había desaparecido, dejando paso a una mujer mucho más dura, fría e inteligente—. Tú no querías salvarme, Bluey. Lo que querías era repararme. Que no es exactamente lo mismo.

Strike se alegró de que reapareciera aquella otra Charlotte: le resultaba igual de familiar que su versión frágil, pero no tenía tantos escrúpulos para herirla.

—Ahora te gusto porque me he hecho famoso y tú te casaste con un gilipollas.

Ella encajó el golpe sin pestañear, aunque sus mejillas adquirieron una pizca de color. A Charlotte siempre le habían gustado las peleas.

—¡Eres tan predecible! Sabía que dirías que he vuelto a aparecer porque te has hecho famoso.

—Bueno, es que tiendes a reaparecer cuando hay algún drama, Charlotte —dijo Strike—. Me parece recordar que la última vez acababan de volarme una pierna.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó ella con una sonrisa fría en los labios—. ¿Es así como recuerdas los meses que me pasé cuidándote?

A Strike le sonó el móvil: era Robin.

—Hola —saludó, dando la espalda a Charlotte y dirigiendo la mirada hacia la ventana—. ¿Cómo va todo?

—Hola, sólo llamo para decirte que esta noche no podremos vernos —dijo Robin con un acento de Yorkshire mucho más marcado de lo normal—. He quedado con una amiga. Vamos a ir a una fiesta.

—Supongo que Flick está escuchando, ¿no?

—Sí, ya. Mira, si te sientes solo, ¿por qué no llamas a tu mujer? —respondió Robin.

—Vale, lo haré. —Strike se estaba divirtiendo a pesar de que podía intuir la gélida mirada de Charlotte—. ¿Quieres que te grite para darle un poco más de credibilidad al asunto?

—¡No, vete a la mierda! —exclamó Robin, y colgó.

—¿Quién era? —preguntó Charlotte con los ojos entornados.

—Tengo que marcharme —dijo Strike.

Se guardó el móvil en el bolsillo y se dispuso a coger el bastón, que había resbalado y se había caído debajo de la mesa mientras discutían. Al darse cuenta de lo que buscaba, Charlotte se inclinó hacia un lado y pescó el bastón antes de que él pudiera cogerlo.

—¿Dónde está el bastón de Malacca que te regalé?

—Te lo quedaste tú —le recordó Strike.

—¿Quién te ha regalado éste? ¿Robin?

Aunque Charlotte era especialista en lanzar acusaciones paranoicas y descabelladas, de vez en cuando daba en el blanco con una pericia asombrosa.

—Pues mira, sí —contestó Strike, arrepintiéndose al instante de haber respondido a esa pregunta.

Había entrado en el juego de Charlotte, y de pronto ella se transformó en un tercer personaje menos previsible, ni frío ni frágil, sino sincero hasta la temeridad.

—Lo único que me ayuda a soportar este embarazo es pensar que, en cuanto los tenga, podré marcharme.

—¿Vas a abandonar a tus hijos nada más nacer?

—Estaré atrapada tres meses más. Están todos tan emocionados con el niño que no me quitan los ojos de encima. Pero cuando haya parido, será diferente. Podré largarme. Seré una madre horrible, eso lo sabemos los dos. Los niños estarán mucho mejor con los Ross. La madre de Jago ya se está poniendo en la cola para ser mi sustituta.

Él alargó una mano para que Charlotte le diera el bastón. Ella vaciló un momento, pero al final se lo dio. Strike se levantó.

—Dale recuerdos a Amelia.

—No va a venir. Te he mentado. Sabía que estarías en la galería de Henry. Ayer fui a verlo para un asunto personal. Y me dijo que hoy irías a hablar con él.

—Adiós, Charlotte.

—¿Tal vez habrías preferido que te advirtiera con antelación que quiero recuperarte?

—Es que no quiero que me recuperes —respondió él, mirándola desde arriba.

—¿A quién pretendes engañar, Bluey?

Strike salió del restaurante cojeando bajo la mirada escrutadora de los camareros; al parecer, todos sabían lo grosero que había sido con uno de sus compañeros. Dio un portazo al salir, y cuando enfiló la calle, tuvo la sensación de que lo perseguían, como si Charlotte se hubiese desdoblado en un súcubo que no se separaría de él hasta que volvieran a encontrarse.

51

¿Puedes darme un ideal o dos?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

—Te han lavado el cerebro para que pienses que las cosas no pueden ser de otra manera — dijo el anarquista—. Mira, tienes que empezar a plantearte un mundo sin líderes. Un mundo donde ningún individuo esté investido de más poder que cualquier otro individuo.

—Ya —dijo Robin—. ¿Y donde nunca haya que votar?

El pub The Duke of Wellington, en Hackney, estaba lleno a rebosar aquel sábado por la noche, pero aún hacía una temperatura agradable, pese a que ya había oscurecido del todo, y unos cuantos amigos de Flick y varios camaradas de la ROC se habían instalado en la acera de Balls Pond Road para tomarse unas copas antes de ir a la fiesta que Flick daba en su casa. Muchos llevaban bolsas de plástico con botellas de vino barato y cervezas.

El anarquista rió y negó con la cabeza. Era delgado, rubio y llevaba rastas y muchos *piercings*. Robin creyó reconocerlo del tumulto que se había formado la noche de la recepción de los Juegos Paralímpicos. Él acababa de mostrarle una pieza blanducha de hachís con la que pensaba contribuir al buen ambiente de la fiesta, y Robin, cuya experiencia con las drogas se reducía a haberle dado un par de caladas a una cachimba el año que abandonó sus estudios universitarios, había fingido interés y complicidad.

—¡Qué inocente eres! —le dijo el chico—. ¡Votar forma parte de la gran estafa de la democracia! Es un ritual inútil concebido para que las masas crean que tienen voz e influencia. Es un acuerdo entre los *tories* rojos y los azules para repartirse el poder.

—Pero si la respuesta no es votar, entonces ¿cuál es? —preguntó Robin.

Tenía en las manos media pinta de cerveza que apenas había probado.

—La organización comunitaria, la resistencia y las protestas masivas —contestó el anarquista.

—¿Y quién organiza todo eso?

—Las propias comunidades. Te han lavado el cerebro para que creas que los líderes son necesarios —repitió el anarquista, atenuando la dureza de su afirmación con una leve sonrisa, porque le gustaba la franqueza de Bobbi Cunliffe, la socialista de Yorkshire—. Pero si la gente abre los ojos, puede organizarse por su cuenta sin que nadie la dirija.

—¿Y quién va a abrirle los ojos?

—Los activistas —contestó el chico, dándose unas palmadas en su enjuto pecho—, que no ambicionan dinero ni poder, y cuyo objetivo no es controlar al pueblo, sino empoderarlo. Mira, no

te ofendas —añadió, porque sabía que el padre de Bobbi Cunliffe había sido sindicalista—, pero hasta los sindicatos tienen las mismas estructuras de poder. Los líderes imitan a la dirección de...

—¿Estás bien, Bobbi? —preguntó Flick, que había conseguido acercarse a ellos abriéndose paso entre la multitud—. Enseguida nos iremos, ésta era la última ronda. ¿Qué le estás contando, Alf? —añadió con una pizca de ansiedad en la voz.

Después de un largo sábado en la tienda de bisutería, y tras el intercambio de numerosas confidencias sobre sus respectivas vidas privadas (por parte de Robin, todas inventadas), Flick se había acabado prendando de Bobbi Cunliffe, hasta el punto de que se le había pegado un poco su acento de Yorkshire. A última hora de la tarde, le había hecho una doble invitación: por un lado, le había propuesto asistir a la fiesta de esa noche, y por otro, aún pendiente de la aprobación de su amiga Hayley, le había ofrecido compartir el alquiler del dormitorio que acababa de dejar Laura, su ex compañera de piso. Robin había aceptado ambas ofertas, había llamado por teléfono a Strike y había coincidido con Flick en que, como no había ni rastro de la wiccana, podían cerrar la tienda un poco antes.

—Me estaba explicando que mi padre no era mejor que los capitalistas —dijo Robin.

—Eres un capullo, Alf —le soltó Flick al anarquista, que protestó riendo.

El grupo se puso en marcha y empezó a desfilar hacia el piso de Flick. Era evidente que el anarquista estaba impaciente por seguir instruyendo a Robin en los principios básicos de un mundo sin líderes, pero Flick se lo sacó de encima, porque quería hablar de Jimmy con Robin. Unos diez metros más allá, un marxista rechoncho al que llamaban Digby, con barba y los pies torcidos hacia dentro, guiaba al grupo hacia la fiesta.

—Dudo mucho que venga Jimmy —le dijo Flick a Robin, como si estuviera preparándose para llevarse un chasco—. Está de mal humor. Le preocupa su hermano.

—¿Qué le pasa?

—Tiene esquizofrenia afectiva o algo así... —explicó Flick.

Robin estaba convencida de que Flick sabía el término correcto, pero, por lo visto, para hablar con alguien que provenía de una auténtica familia trabajadora, le parecía más apropiado fingir un nivel de formación más bajo. Aquella tarde se le había escapado que había empezado un curso en la universidad y, a partir de ese momento, arrepentida de haberlo dicho, había comenzado a imitar el acento de Robin.

—... No lo sé exactamente. Tiene alucinaciones.

—¿Sobre qué?

—Cree que el gobierno conspira contra él, y cosas así. —Flick soltó una risita.

—¡Joder! —exclamó Bobbi.

—Sí, ahora está ingresado en un hospital. Le ha dado muchos problemas a Jimmy —continuó Flick, que se puso un cigarrillo que acababa de liar en los labios y lo encendió—. ¿Has oído hablar de Cormoran Strike?

Pronunció el nombre como si fuese otra enfermedad.

—¿Quién?

—El detective privado —dijo Flick—. Sale mucho en los periódicos. ¿Te acuerdas de aquella modelo que se cayó por una ventana, Lula Landry?

—Sí, me suena —respondió Robin.

Flick miró por encima del hombro para comprobar que Alf, el anarquista, no podía oírlas.

—Bueno, pues Billy fue a verlo.

—¿Y para qué coño fue?

—Billy está chiflado, ya te digo —prosiguió Flick, volviendo a reír—. Está convencido de que hace años vio algo...

—¿Algo? ¿Cómo qué? —saltó Robin, quizá más deprisa de lo que hubiera sido conveniente.

—Un asesinato.

—No jodas.

—No lo vio, evidentemente. Todo eso no son más que tonterías. Es decir, vio algo, sí, pero no un asesinato. Jimmy estaba allí y lo sabe. El caso es que Billy fue a ver al detective ese de los cojones, y ahora no podemos librarnos de él.

—¿Qué quieres decir?

—Le pegó una paliza a Jimmy.

—¿El detective?

—Sí. Siguió a Jimmy en una manifestación que habíamos organizado y se lió a hostias con él. Jimmy acabó detenido.

—Joder —volvió a decir Bobbi Cunliffe.

—Rollo «Estado profundo», ¿sabes? Es ex militar. La reina, la bandera y toda esa mandanga. Y todo porque Jimmy y yo habíamos descubierto algo sobre un ministro conservador...

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Flick—. No puedo explicarte de qué va la cosa, pero es algo gordo, y entonces Billy lo jodió todo. Por su culpa, Strike empezó a husmear, y creemos que habló con alguien del gob...

De pronto se interrumpió y siguió con la mirada un coche que acababa de pasar por su lado.

—Perdona, me ha parecido que era el coche de Jimmy. Pero no, no lo es. Se me había olvidado que lo tiene fuera de circulación...

Su ánimo volvió a decaer. Aquel día, en la tienda, Flick había aprovechado los ratos de inactividad para contarle a Robin la historia de su relación con Jimmy, que, con sus interminables batallas, treguas y negociaciones, habría podido ser la de un territorio en disputa. Al parecer, nunca habían conseguido llegar a un acuerdo sobre el estatus de la relación, y todos sus tratados de paz habían acabado rompiéndose por culpa de riñas y traiciones.

—Si quieres saber mi opinión, estarías mejor sin él —dijo Robin.

Durante todo el día se había mostrado prudente y, para sonsacarle más confidencias a Flick, había intentado liberarla de la lealtad que ella creía deberle al desleal Jimmy.

—Ojalá fuese tan fácil —contestó Flick, usando de nuevo el acento de Yorkshire que había adoptado hacia el final de la jornada—. No es que quiera casarme con él ni nada parecido —aclaró riendo—, Jimmy puede acostarse con quien quiera, y yo también. Es lo que hemos acordado, y por mí está bien.

Ya le había explicado en la tienda que se identificaba como persona de género no binario y pansexual, y que la monogamia, si la examinabas a fondo, era un instrumento de la opresión patriarcal, una afirmación que Robin sospechaba que Flick había sacado de Jimmy. Anduvieron un rato en silencio. Entraron en un paso subterráneo, donde estaba aún más oscuro, y Flick, con una expresión traviesa, añadió:

—Bueno, yo al menos me he divertido lo mío.

—Me alegro —dijo Robin.

—Aunque, si supiera con cuántos, a Jimmy no le haría ninguna gracia.

El marxista patizambo que iba delante se volvió hacia ellas al oír este último comentario, y bajo la luz de una farola, Robin vio que miraba a Flick y le sonreía. Ella ni se enteró, porque estaba muy ocupada buscando las llaves del piso en el fondo de su bolso lleno de trastos.

—Ya hemos llegado —dijo Flick, señalando las tres ventanas iluminadas de encima de una pequeña tienda de deportes—. Hayley ya ha vuelto. Mierda, espero que se haya acordado de esconder mi portátil.

Al piso se accedía por una entrada trasera que daba a una escalera fría y estrecha. Aún no habían empezado a subir y ya se oían las machaconas notas del bajo de *Niggas in Paris*; al llegar al rellano encontraron la puerta, endeble, abierta de par en par, y a unas cuantas personas apoyadas en las paredes, compartiendo un porro enorme.

«*What's fifty grand to a much-fucka like me*»⁶, rapeaba Jay-Z en el piso en penumbra.

El grupo de recién llegados se mezcló con el más numeroso que ya estaba dentro. Parecía mentira la cantidad de gente que podía caber en aquel piso tan pequeño, que sólo contaba con dos dormitorios, un lavabo minúsculo con ducha y una cocina del tamaño de un armario.

—¡Bailaremos en la habitación de Hayley, que es la más grande. Es la que tú compartirás! —le gritó Flick al oído a Robin mientras se abrían paso hacia la oscura habitación.

Sólo la iluminaban unas guirnaldas de luces y los pequeños rectángulos de las pantallas de teléfono de los invitados, que revisaban sus mensajes o sus redes sociales. Ya estaba abarrotada de gente y había un fuerte olor a cannabis. En medio de la habitación, cuatro chicas y un chico se habían hecho un hueco para bailar. La vista de Robin se fue acostumbrando poco a poco a la oscuridad, hasta que distinguió la estructura de una litera, donde había varias personas compartiendo un porro en el colchón superior. También pudo ver una bandera LGBTI con el arcoíris y un póster de Tara Thornton, el personaje de *Sangre fresca*, colgados en la pared de detrás.

Robin sabía que Jimmy y Barclay ya habían registrado ese piso en busca de la hoja de papel que Flick había sustraído de la casa de Chiswell, y que no la habían encontrado. Aun así, escudriñó la oscuridad en busca de posibles escondrijos. Por un momento, se preguntó si Flick llevaría el papel encima todo el tiempo, pero Jimmy ya debía de haber pensado en esa posibilidad y, a pesar de la declaración de pansexualidad de Flick, Robin creía que Jimmy lo tenía más fácil que ella para conseguir que Flick se desnudara. Entretanto, la oscuridad podría jugar a favor de Robin si se ponía a pasar la mano por debajo de los colchones y las alfombras, aunque había tanta gente en la fiesta que dudaba mucho que pudiese hacerlo sin que alguien se fijase en su extraño comportamiento.

—¡Vamos a buscar a Hayley! —le gritó Flick al oído a Robin, poniéndole una lata de cerveza en la mano.

Salieron de la habitación y fueron al dormitorio de Flick, que parecía aún más pequeño de lo que era en realidad porque las paredes y el techo estaban completamente cubiertos de panfletos políticos y pósteres. Predominaban el naranja de la ROC y el negro y rojo del Partido Socialista Verdadero. La cama era simplemente un colchón en el suelo y, a modo de cabecero, había una bandera Palestina gigantesca clavada a la pared.

En el dormitorio de Flick, iluminado por una sola lámpara, ya había cinco personas. Dos

chicas, una blanca y una negra, estaban abrazadas encima del colchón, mientras que Digby, el gordito con barba, se había sentado en el suelo y hablaba con ellas. También había dos adolescentes vestidos de negro que estaban de pie, apoyados en la pared y con las cabezas muy juntas; parecían un poco incómodos y lanzaban miradas furtivas a las chicas mientras liaban un porro.

—Hayley, te presento a Bobbi —dijo Flick—. Le interesa compartir la mitad de la habitación que ha dejado libre Laura.

Las dos chicas del colchón volvieron la cabeza hacia ellas, pero fue la más alta, una rubia oxigenada con expresión soñolienta, la que contestó.

—Ya le he dicho a Shanice que podía venir a vivir aquí —afirmó con voz de colocada.

Y la chica negra, más menuda, que estaba entre sus brazos, la besó en el cuello.

—Vaya —dijo Flick, mirando a Robin con cara de consternación—. Mierda, lo siento.

—No pasa nada... —contestó Robin, fingiendo entereza ante la adversidad.

—¡Flick, Jimmy está abajo! —gritó alguien desde el pasillo.

—Me cago en todo... —exclamó Flick, aturullada, aunque Robin vio un destello de placer en su rostro—. Espérame aquí —le dijo a Robin mientras salía al pasillo abarrotado de gente.

«*Bougie girl, grab her hand*»⁷, rapeaba Kanye West en la otra habitación.

Fingiendo que se interesaba por la conversación que mantenía Digby con las dos chicas que estaban en la cama, Robin se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo laminado y, mientras se bebía la cerveza a pequeños sorbos, aprovechó la oportunidad para inspeccionar la habitación de Flick. Era evidente que la había ordenado para la fiesta. No había armario, sólo un burro con varias chaquetas y algún vestido; las camisetas y los jerséis estaban doblados de cualquier manera en un rincón oscuro. Encima de la cómoda había unos cuantos peluches y un revoltijo de artículos de maquillaje, y en un rincón, varias pancartas amontonadas. Seguro que Jimmy y Barclay habían registrado a conciencia aquel dormitorio. Robin se preguntó si se les habría ocurrido buscar detrás de todos aquellos panfletos. Desgraciadamente, aunque no lo hubiesen hecho, aquél no era un buen momento para ponerse a mirar.

—Es elemental —dijo Digby dirigiéndose a las chicas de la cama—. Supongo que estaréis de acuerdo en que el capitalismo depende, en parte, del trabajo mal pagado de las mujeres. Por tanto, el feminismo, para ser eficaz, también debe ser marxista. Una cosa implica la otra.

—El patriarcado no se reduce al capitalismo —replicó Shanice.

Con el rabillo del ojo, Robin vio que Jimmy se abría paso por el estrecho pasillo, con un brazo alrededor del cuello de Flick. Ella parecía más contenta de lo que lo había estado en toda la noche.

—La opresión de las mujeres va inextricablemente unida a su imposibilidad de incorporarse a la fuerza laboral —declaró Digby.

Hayley, con los párpados levemente caídos, se separó de Shanice y alargó una mano hacia los adolescentes, que, sin necesidad de que ella dijese nada, le pasaron el porro por encima de la cabeza de Robin.

—Siento lo de la habitación —le dijo a Robin después de dar una calada—. Encontrar habitación en Londres está muy chungo, ¿verdad?

—Sí, chunguísimo —coincidió Robin.

—... Porque queréis diluir el feminismo en la ideología del marxismo —iba diciendo

Shanice.

—¡No se diluye nada, los objetivos son los mismos! —la contradijo Digby con una risita de incredulidad.

Hayley intentó pasarle el porro a Shanice, pero ésta, exaltada, lo rechazó con un gesto.

—¿Dónde os escondéis los marxistas cuando nosotras cuestionamos el ideal de familia heteronormativa? —le preguntó Shanice a Digby.

—Eso, eso —dijo Hayley con vaguedad.

Luego volvió a acurrucarse con Shanice y le pasó el porro a Robin, que se lo devolvió a los dos adolescentes. Pese a lo interesados que parecían en las lesbianas, los dos jóvenes se marcharon rápidamente del dormitorio antes de que alguien más pudiera ofrecer a los invitados sus escasas provisiones de hachís.

—Yo tenía unos cuantos peluches como éstos... —dijo Robin poniéndose en pie, aunque nadie pareció escucharla.

Digby aprovechó la ocasión para intentar atisbar debajo de la minifalda negra de Robin cuando ella pasó por su lado camino de la cómoda. Amparándose en aquella conversación cada vez más acalorada sobre feminismo y marxismo, y fingiendo un interés vagamente nostálgico, Robin cogió y volvió a dejar, uno por uno, todos los muñecos de peluche de Flick, apretándolos y palpando a través de la fina tela el relleno del interior. No le pareció que ninguno hubiese sido abierto y vuelto a coser para esconder dentro un trozo de papel.

Un tanto desanimada, salió al oscuro pasillo donde se apretujaba la gente y que desembocaba en el rellano.

Una chica golpeaba la puerta del cuarto de baño.

—¡Parad de follar ya! ¡Me estoy meando! —gritó, provocando las risas de varias personas que estaban cerca.

«Esto es imposible.»

Robin entró en la cocina, del tamaño aproximado de dos cabinas telefónicas. Allí había sólo una pareja, ella sentada de lado encima de él, y él con una mano debajo de su falda, y los dos adolescentes de negro, que hurgaban en los armarios en busca de comida. Robin fingió que buscaba algo de beber y se puso a revolver latas y botellas vacías; mientras tanto, observó los torpes movimientos de los chicos, que seguían revisando los armarios, y pensó que una caja de cereales habría sido un escondite muy poco seguro.

Alf, el anarquista, apareció en la puerta de la cocina justo cuando Robin salía de ella. Estaba mucho más colocado que en el pub.

—Ah, estás aquí —dijo, intentando enfocar a Robin con la mirada—. La hija del sindicalista...

—Sí —contestó Robin, mientras D'banj cantaba *Oliver, Oliver, Oliver Twist* en uno de los dormitorios.

Intentó colarse por debajo del brazo de Alf, pero él lo bajó y le impidió salir de la cocina. Los invitados que bailaban en la habitación de Hayley hacían vibrar el laminado barato del suelo.

—Estás buena —saltó Alf—. Bueno, no sé si estoy autorizado a decir algo así... Desde el punto de vista feminista, quiero decir.

Ella le sonrió y, mascullando un «gracias», consiguió esquivarlo y salir al pasillo, donde la chica seguía aporreando la puerta del cuarto de baño, desesperada. Alf cogió a Robin por un

brazo, se inclinó hacia ella y le dijo algo ininteligible al oído. Cuando se enderezó, el tinte de tiza de Robin había dejado una mancha negra en la punta de su sudada nariz.

—¿Qué? —preguntó Robin.

—¡Digo que si quieres que busquemos un sitio más tranquilo donde podamos hablar! —gritó él.

Pero entonces Alf vio a alguien detrás de Robin.

—¿Todo bien, Jimmy?

Knight había llegado al pasillo. Sonrió a Robin, se apoyó en la pared y se quedó allí fumando, con una lata de cerveza en la mano. Era diez años mayor que la mayoría de los que estaban allí, y varias chicas le lanzaban miradas de reojo, atraídas por su camiseta negra y sus vaqueros ceñidos.

—¿También estás esperando para entrar en el baño? —le preguntó a Robin.

—Sí —contestó ella, porque ésa parecía la forma más sencilla de librarse de Jimmy y de Alf, si hacía falta.

La puerta del dormitorio de Hayley seguía abierta, y vio que Flick estaba allí, bailando; ahora parecía feliz y se reía de todo lo que le decían.

—Me ha contado Flick que tu padre era sindicalista —le dijo Jimmy—. Minero, ¿no?

—Sí —confirmó Robin.

—¡Me cago en la puta! —maldijo la chica que llevaba tanto rato aporreando la puerta del cuarto de baño.

Se contoneó unos segundos más, como si bailara sin moverse del sitio, y entonces salió precipitadamente del piso.

—¡A la izquierda hay cubos! —le gritó otra chica.

Jimmy se inclinó más hacia Robin para que pudiera oírlo a pesar de la música. A ella le pareció que su expresión era agradable, incluso amistosa.

—También me ha dicho que murió. ¿Los pulmones?

—Sí.

—Lo siento —dijo Jimmy en voz baja—. Yo pasé por algo parecido.

—¿Ah, sí?

—Sí, mi madre. Por lo mismo, los pulmones.

—¿Algo relacionado con el trabajo?

—Amianto —explicó Jimmy, asintiendo con la cabeza mientras daba otra calada al cigarrillo—. Ahora ya no pasa, la legislación ha cambiado. Entonces yo tenía doce años y mi hermano dos. Él no se acuerda de ella. Y mi padre, cuando se encontró solo, se mató a beber, literalmente.

—Joder, qué duro —dijo Robin con sinceridad—. Lo siento.

Jimmy expulsó el humo hacia un lado y compuso una mueca.

—Historias paralelas —indicó, entrechocando su lata de cerveza con la de Robin—. Dos veteranos de la lucha de clases.

Alf se alejó, tambaleándose un poco, y se metió en la habitación de las guirnaldas.

—¿Recibisteis alguna indemnización? —preguntó Jimmy.

—Lo intentamos —respondió Robin—. Mi madre todavía sigue peleando.

—Le deseo mucha suerte. —Jimmy alzó la lata y dio un sorbo—. Muchísima suerte.

Llamó a la puerta del cuarto de baño.

—¡Daos prisa, joder, hay gente esperando! —gritó.

—A lo mejor hay alguien que se encuentra mal —especuló Robin.

—No, estarán echando uno rapidito —dijo Jimmy.

Digby salió del dormitorio de Flick con gesto de contrariedad.

—¡Por lo visto soy un instrumento de la opresión patriarcal! —anunció en voz alta.

Nadie se rió. Digby se rascó la barriga metiéndose una mano por debajo de la camiseta, en la que llevaba estampada la cara de Groucho Marx, y entró en la habitación en la que Flick estaba bailando.

—Es un imbécil —le susurró Jimmy a Robin—. Un discípulo de Rudolf Steiner. No ha superado que ya nadie lo premie por sus esfuerzos.

Robin se rió, pero Jimmy no: le clavó la mirada unos instantes más de lo imprescindible, hasta que se abrió un poco la puerta del cuarto de baño y una chica rechoncha con las mejillas coloradas se asomó por la rendija. Detrás de la joven, Robin vio a un hombre con barba rala y entrecana que se calaba una gorra Mao.

—¡Larry, eres un viejo cabronazo! —dijo Jimmy, sonriente.

La chica se escabulló, pasó al lado de Robin y se metió en la habitación en la que acababa de entrar Digby.

—Hola, Jimmy —contestó el viejo trotskista con una sonrisa forzada, mientras salía del cuarto de baño.

Unos cuantos jóvenes lo saludaron.

—Pasa tú —le dijo Jimmy a Robin, aguantándole la puerta y poniéndose delante por si alguien intentaba colarse.

Ella le dio las gracias y entró en el cuarto de baño.

La luz del fluorescente, que contrastaba con la penumbra del resto del piso, la deslumbró por completo. En aquel cuarto de baño apenas había sitio para estar de pie entre la ducha más pequeña que Robin había visto en su vida —con una cortina transparente y mugrienta que colgaba de la mitad de los aros— y un váter pequeño en el que flotaba una gran cantidad de papel higiénico y una colilla. En una papelera de mimbre había un condón usado.

Robin se quedó mirando los tres precarios estantes de encima del lavamanos. Estaban atestados de artículos de tocador empezados y de otros cachivaches, y daba la impresión de que si uno tocaba algo, todo lo demás se vendría abajo.

Y entonces tuvo una idea. Acordándose de que ella había confiado en la ignorancia y la aprensión de la mayoría de los hombres respecto a todo lo relacionado con la menstruación cuando había escondido los micrófonos en aquella caja de Tampax, se acercó a los estantes un poco más y paseó rápidamente la mirada por las botellas de champú de marca blanca, un viejo bote de Vim, una esponja sucia, un par de desodorantes baratos y unos cuantos cepillos de dientes muy gastados en una taza descascarillada.

Con mucho cuidado, porque todo estaba muy apretujado, Robin sacó una cajita de tampones, aunque en su interior sólo había uno y tenía el envoltorio intacto. Cuando fue a devolver la caja a su sitio, sin embargo, vio la esquina de un paquetito blando con un envoltorio de plástico: estaba escondido detrás del bote de Vim y de una botella de gel de ducha con un perfume afrutado.

Emocionada, metió la mano y tiró del paquetito con cuidado para sacarlo sin tirar todo lo demás.

Alguien aporreó la puerta.

—¡Va, hostia, que me estoy meando! —gritó una chica.

—¡Ya voy! —contestó Robin.

Contenía dos compresas gruesas, enrolladas en sus correspondientes envoltorios con un mensaje nada romántico: «PARA FLUJO MUY ABUNDANTE.» Era la clase de artículo que difícilmente cogería una chica, sobre todo si llevaba ropa ligera. Robin las cogió. A la primera no le encontró nada raro. Sin embargo, la segunda emitió un débil crujido cuando la dobló. Su entusiasmo iba en aumento. Le dio la vuelta a la compresa y vio que la habían abierto por el borde, seguramente con una hoja de afeitar. Metió los dedos en el relleno y notó un trozo de papel grueso, doblado; lo sacó y lo desplegó.

Era el mismo papel de carta en el que Kinvara había escrito su nota de despedida, con el apellido «Chiswell» grabado en la parte superior y, debajo, una rosa Tudor que parecía una gota de sangre. Había una serie de palabras y frases inconexas escritas con aquella caligrafía característica, muy apretada, que Robin había visto tan a menudo en el despacho de Chiswell, y, en medio de la hoja, una palabra encerrada en varios círculos.

251 Ebury Street
London
SW1W

Blanc de blanc

Suzuki

¿Madre?



Odi et amo, quare id faciam, fortasse requiris? Nescio, sed fieri sentio et excrucior.

Robin casi no podía respirar de la emoción. Sacó su móvil, tomó varias fotografías de la nota, volvió a doblarla, la metió en la compresa y dejó el paquete en el estante donde lo había encontrado. Tiró de la cadena, pero el váter estaba atascado y lo único que consiguió fue que el nivel del agua de la taza subiera amenazadoramente y se negara a volver a bajar, con la colilla flotando en medio del amasijo de papel higiénico.

—Lo siento —dijo Robin al abrir la puerta—. El váter está atascado.

—No importa —contestó la chica, impaciente—, mearé en el lavamanos.

Apartó a Robin de un empujón y cerró con un portazo.

Jimmy estaba esperándola en el pasillo.

—Creo que me largo —le dijo Robin—. En realidad sólo he venido a ver si esa habitación estaba libre, pero alguien se me ha adelantado.

—Qué pena... Ven a alguna reunión. Nos vendrá bien un poco de aire del norte.

—Vale, a lo mejor —repuso Robin.

—¿A lo mejor qué?

Flick apareció detrás de él, con una botella de Budweiser en la mano.

—A lo mejor viene a alguna reunión —dijo Jimmy, sacando un cigarrillo del paquete—. Tenías razón, Flick, es muy auténtica.

Jimmy rodeó a Flick con un brazo y la besó en la coronilla.

—Sí, sí que lo es —coincidió Flick, sonriéndole con ternura y abrazándolo por la cintura—. Ven a la próxima, Bobbi.

—Sí, lo intentaré —afirmó Bobbi Cunliffe, la hija del sindicalista.

Les dijo adiós, recorrió el pasillo hasta el rellano y salió a la fría escalera.

Junto a la puerta de la calle, uno de los adolescentes vestidos de negro vomitaba abundantemente en la acera, pero ni esa imagen ni el mal olor consiguieron enfriar la alegría de Robin. Incapaz de esperar ni un minuto, le mandó la fotografía de la nota de Jasper Chiswell a Strike mientras caminaba con brío hacia la parada del autobús.

52

En ese caso, se hallaba usted equivocada de medio a medio, señorita West.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Strike se había quedado dormido, completamente vestido y con la prótesis puesta, encima de la colcha del dormitorio del ático. Tenía el dossier con toda la información relacionada con el caso Chiswell encima del pecho, y las hojas vibraban suavemente al ritmo de sus ronquidos. Estaba soñando que él y Charlotte paseaban, cogidos de la mano, por Chiswell House. Acababan de comprar la casa, y Charlotte, alta, delgada y hermosa, ya no estaba embarazada. Iba dejando tras ella un rastro de Shalimar y gasa negra, pero la felicidad de ambos iba evaporándose en el ambiente húmedo y frío de las marchitas habitaciones por las que pasaban. ¿Qué podía haberlos llevado a tomar la temeraria y quijotesca decisión de comprar aquella casa destartada, con las paredes desconchadas y los cables colgando del techo?

El fuerte zumbido que indicaba que acababa de recibir un mensaje lo sacó bruscamente de aquel sueño. Necesitó una fracción de segundo para darse cuenta de que estaba en su habitación del ático, solo, y para entender que no era ni el propietario de Chiswell House ni el amante de Charlotte Ross. Entonces buscó a tientas el teléfono, que resultó que estaba debajo de su cuerpo, convencido de que iba a encontrar un mensaje de Charlotte.

Pero se equivocaba: cuando miró la pantalla, el nombre que había en ella era el de Robin, y además vio que era la una de la madrugada. Strike no se acordaba de que su socia había ido a una fiesta con Flick, y cuando se incorporó, sobresaltado, el dossier que tenía encima del pecho resbaló y las hojas que contenía se esparcieron por el suelo, mientras él achicaba los ojos para ver la imagen que Robin acababa de mandarle.

—La madre que la parió...

Sin preocuparse por recoger las hojas, la llamó inmediatamente.

—Hola —dijo ella, jovial, con el inconfundible ruido de fondo de un autobús nocturno de Londres: el rugido del motor, el chirrido de los frenos, el débil repique para solicitar parada y las risas de rigor de lo que parecía un grupito de chicas borrachas.

—¿Cómo coño lo has conseguido?

—Soy una mujer —contestó Robin.

Strike se la imaginó sonriendo.

—Sé muy bien dónde escondemos las cosas cuando no queremos que las encuentren. Creía que estarías durmiendo.

—¿Dónde estás? ¿En un autobús? Bájate y coge un taxi. Si pides el recibo, lo podemos cargar a la cuenta de Chiswell.

—No hace falta...

—¡Hazme caso, joder! —insistió Strike, con un tono un poco más agresivo de lo que le habría gustado, porque, si bien Robin acababa de anotarse un punto muy importante, el año anterior había sido apuñalada cuando iba sola por la calle, de noche.

—Vale, vale, cogeré un taxi —concedió Robin—. ¿Has leído la nota de Chiswell?

—Estoy haciéndolo ahora... —dijo Strike, poniendo el teléfono en modo manos libres para poder leer la nota mientras hablaba con Robin—. Supongo que la habrás dejado donde estaba.

—Sí. Me ha parecido que era lo mejor, ¿no?

—Sí, claro... ¿Y dónde...?

—Dentro de una compresa.

—Joder —dijo Strike, impresionado—. Jamás se me habría ocurrido...

—Ya, y está claro que a Jimmy y a Barclay tampoco —comentó Robin con suficiencia—. ¿Puedes leer lo que pone al final? ¿Eso que está en latín?

Strike, con los ojos entornados, tradujo:

—«Odio y amo. ¿Y por qué lo hago, os preguntaréis? No lo sé, pero siento que así es, y eso me atormenta.» Otra vez Catulo. Una cita famosa.

—¿Estudiaste latín en la universidad?

—No.

—Entonces ¿cómo...?

—Es una larga historia —dijo Strike.

En realidad, la historia de por qué sabía leer latín no era larga, sino sólo inexplicable, al menos para la mayoría de la gente. No le apetecía explicarla en plena madrugada, ni tampoco quería contarle a Robin que Charlotte había estudiado a Catulo en Oxford.

—«Odio y amo» —repitió Robin—. ¿Por qué escribiría eso Chiswell?

—¿Porque lo sentía? —especuló Strike.

Tenía la boca seca: había fumado demasiado antes de quedarse dormido. Se levantó, entumecido y dolorido, y, con el teléfono en la mano, sorteó las hojas que habían caído al suelo y se dirigió al fregadero de la otra habitación.

—¿Por quién, por Kinvara? —preguntó Robin con recelo.

—¿Lo viste con alguna otra mujer mientras estuviste cerca de él?

—No. Aunque tal vez no se refiera a una mujer.

—Cierto —admitió Strike—. En Catulo hay mucho amor entre hombres. Quizá por eso a Chiswell le gustaba tanto.

Llenó una taza con agua fría del grifo y se la bebió de un trago; luego cogió una bolsita de té y encendió el hervidor mientras observaba la pantalla iluminada de su teléfono, que destacaba en la oscuridad.

—«Madre», tachado —murmuró.

—La madre de Chiswell murió hace veintidós años —dijo Robin—. Lo acabo de buscar.

—Mmm —masculló Strike—. «Fact.» en un círculo.

—¿Factor? ¿Factible? —especuló Robin.

—O factura —dijo Strike—.«Suzuki», «Blanc de»... Un momento. Jimmy Knight tiene un Suzuki Alto.

—Según Flick, está fuera de circulación.

—Sí, dice Barclay que no pasó la ITV.

—Y en Chiswell House había un Suzuki Grand Vitara aparcado el día que fuimos nosotros —añadió Robin—. Debe de ser de alguno de los Chiswell.

—Bien visto —dijo Strike.

El detective encendió la luz y fue hasta la mesa que había junto a la ventana, donde había dejado el bloc y el bolígrafo.

—¿Sabes qué? —dijo Robin, pensativa—. Me parece que he visto «Blanc de blanc» en algún sitio hace poco.

—¿Ah, sí? ¿Has bebido champán? —preguntó Strike.

Se había sentado para tomar notas.

—No, pero... Sí, supongo que debo de haberlo visto en una etiqueta de vino, ¿no? Blanc de blancs... ¿Qué significa? ¿«Blanco de blancos»?

—Sí.

Durante un minuto permanecieron los dos en silencio, examinando la nota.

—Mira, Robin, odio decirlo —habló Strike por fin—, pero creo que lo más interesante de todo esto es que Flick tuviese la nota. Parece una lista de tareas pendientes. No veo nada que demuestre ningún delito ni que sugiera motivos para chantajear o matar a nadie.

—«Madre», tachado... —repitió Robin, que parecía decidida a obtener algún significado de aquellas expresiones sin sentido—. La madre de Jimmy Knight murió de asbestosis. Acaba de contármelo en la fiesta de Flick.

Strike dio unos golpecitos con el bolígrafo en el bloc mientras reflexionaba, hasta que Robin formuló la pregunta con la que él estaba forcejeando.

—Esto tendremos que contárselo a la policía, ¿verdad?

—Sí —contestó Strike, frotándose los ojos—. Esto demuestra que Flick tenía acceso a Ebury Street. Desgraciadamente, tendrás que dejar la tienda de bisutería. Cuando la policía registre el cuarto de baño de Flick, ella no tardará mucho en atar cabos.

—Mierda —protestó Robin—. Tenía la impresión de que me había ganado su confianza y de que podría sacarle partido.

—Ya. Es lo malo de no tener estatus oficial en una investigación. A mí me encantaría sentarme con Flick en una sala de interrogatorios. Este maldito caso... —Strike se detuvo y soltó un bostezo—. Llevo toda la noche repasando el dossier. Esta nota es como todo lo demás: plantea más preguntas de las que responde.

—Un momento —dijo Robin, y Strike oyó movimiento—. Perdona, Cormoran, me voy a bajar aquí porque acabo de ver una parada de taxis.

—Vale. Buen trabajo, Robin. Te llamo mañana... Bueno, dentro de un rato.

Después de colgar, Strike dejó el cigarrillo en el cenicero, volvió al dormitorio, recogió las hojas que se habían caído al suelo y se las llevó a la cocina. Acababa de hervir agua, pero sacó una cerveza del frigorífico, se sentó a la mesa con el dossier del caso Chiswell y, en el último momento, abrió un poco la ventana que tenía al lado para que entrara aire en la habitación mientras seguía fumando.

En la Policía Militar había aprendido a organizar los interrogatorios y las conclusiones en tres categorías principales: personas, lugares y cosas, y, antes de quedarse dormido encima de la cama, había estado aplicando ese sensato y viejo método al caso Chiswell. Ahora repartió el contenido del dossier por la mesa de la cocina y se puso a trabajar de nuevo, mientras la fría brisa nocturna, cargada de los gases de los tubos de escape, hacía temblar las esquinas de las hojas y las fotografías.

—Personas... —murmuró Strike.

Antes de quedarse dormido había escrito una lista de las personas que más le interesaban en relación con la muerte de Chiswell. Se dio cuenta de que, inconscientemente, había ordenado los nombres según su grado de implicación en el chantaje al difunto. Jimmy Knight encabezaba la lista, seguido de Geraint Winn; detrás iban Flick Purdue y Aamir Mallik, a quienes Strike consideraba los respectivos lugartenientes de los dos primeros. A continuación estaba Kinvara, que sabía que a Chiswell le estaban haciendo chantaje y por qué, y Della Winn, cuya resolución judicial había conseguido que el chantaje no saltara a la prensa, aunque su grado de implicación en el caso era un misterio para Strike. Luego iba Raphael, quien, con toda certeza, ignoraba lo que había hecho su padre y que lo estuviesen chantajeando, y en el último puesto de la lista estaba Billy Knight, cuya única relación conocida con el chantaje era su parentesco con el principal chantajista.

Pero ¿por qué había organizado los nombres siguiendo ese orden en particular? No se había demostrado relación alguna entre la muerte de Chiswell y el chantaje, a menos, por supuesto, que la amenaza de que se diera a conocer su misterioso delito hubiera llevado al ministro a quitarse la vida.

Entonces se le ocurrió que, si le daba la vuelta a la lista, se revelaba otra jerarquía. Ahora era Billy quien estaba en el primer puesto: no ambicionaba dinero ni buscaba la ruina de nadie, sólo perseguía la verdad y la justicia de forma desinteresada. Siguiendo ese orden, Raphael era el segundo, con aquella historia extraña —en opinión de Strike, inverosímil— de que la mañana de la muerte de su padre, éste lo había enviado a vigilar a su madrastra; además, según había asegurado a regañadientes Henry Drummond, Raphael ocultaba un noble motivo todavía desconocido. Della ocupaba el tercer lugar, una mujer muy admirada y de moral impecable, cuyas ideas y sentimientos hacia su marido chantajista y la víctima de éste seguían siendo un misterio.

Si leía la lista en orden inverso, la relación de cada sospechoso con el difunto era más mundana, más transaccional; el último lugar lo ocupaba Jimmy Knight, con su impetuosa reclamación de cuarenta mil libras.

Strike siguió revisando detenidamente su lista de nombres como si esperara que, de pronto, pudiera surgir algo de su caligrafía apretada y picuda, de forma parecida a como, al dejar de enfocar con la mirada, uno descubría una imagen 3D oculta en una serie de puntos de colores. Sin embargo, lo único que se le ocurrió fue que había un número muy alto de pares relacionados con la muerte de Chiswell: parejas, Geraint y Della, Jimmy y Flick; pares de hermanos, Izzy y Fizzy, Jimmy y Billy; el dúo de chantajistas colaboradores, Jimmy y Geraint, y el tándem de cada chantajista y su lugarteniente, Flick y Aamir. Incluso había un emparejamiento pseudoparental formado por Della y Aamir. Quedaban dos personas que también formaban una pareja por el simple hecho de estar aisladas dentro de una familia, por lo demás, muy unida: la viuda Kinvara y Raphael, el hijo marginado e insatisfactorio.

Strike siguió golpeando inconscientemente el bloc con el bolígrafo y pensando en esa

coincidencia. «Pares...» Todo aquel asunto había empezado con un par de delitos: el chantaje a Chiswell y el presunto infanticidio referido por Billy. El detective había buscado la relación entre ambos desde el principio, ya que no podía creer que fueran casos completamente independientes, a pesar de que, en apariencia, lo único que los unía era el parentesco de los hermanos Knight.

Pasó la página y examinó las notas que había agrupado bajo el título «Lugares». Tras unos minutos examinando sus propias anotaciones relativas al acceso a la casa de Ebury Street y a la ubicación de los sospechosos en el momento de la muerte de Chiswell —en varios casos desconocida—, tomó nota de que debía acordarse de que Izzy aún no le había pasado los datos de contacto de Tegan Butcher, la moza de cuadra que podía confirmar que Kinvara estaba en la casa de Woolstone mientras, en Londres, Chiswell se asfixiaba con una bolsa de plástico.

Pasó a la siguiente página, titulada «Cosas». Esta vez dejó el bolígrafo y esparció las fotografías de Robin hasta formar un *collage* del escenario de la muerte. Volvió a fijarse en el destello dorado del bolsillo del difunto y, después, en la espada doblada, semioculta en un rincón oscuro de la habitación.

Strike tenía la impresión de que el caso que investigaba estaba plagado de objetos que habían aparecido en lugares sorprendentes: la espada del rincón, las píldoras de Láquesis del suelo, la cruz de madera del fondo de la hondonada llena de ortigas, la bombona de helio y los tubos de goma en una casa donde no se había celebrado nunca ninguna fiesta infantil...

Estaba demasiado cansado para encontrar respuestas o descubrir patrones.

Se terminó la cerveza, lanzó la lata vacía al cubo de la basura desde donde estaba, abrió el bloc por una página en blanco y empezó a escribir una lista de tareas para el domingo, del que ya habían transcurrido dos horas.

1. Llamar a Wardle

Mandarle nota encontrada en piso de Flick.

Que me cuente cómo llevan ellos el caso, si puede.

2. Llamar a Izzy

Enseñarle la nota robada.

Preguntar: ¿encontraron la pinza para billetes de Freddie?

¿Datos de Tegan?

Número de teléfono de Raphael.

También número de teléfono de Della Winn, si puede ser.

3. Llamar a Barclay

Ponerlo al día.

Que vuelva a ocuparse de Jimmy + Flick.

¿Cuándo visita Jimmy a Billy?

4. Llamar al hospital

Organizar encuentro con Billy cuando no esté Jimmy.

5. Llamar a Robin

Organizar entrevista con Raphael.

6. Llamar a Della

Intentar concertar encuentro.

Pensó si faltaba algo más en la lista, y añadió el siguiente punto:

7. Comprar té / cerveza / pan.

Recogió el contenido del dossier de Chiswell, vació el rebosante cenicero en el cubo de la basura y abrió más la ventana para que entrara aire fresco. Luego fue a orinar por última vez, se lavó los dientes, apagó las luces y volvió al dormitorio, donde había dejado una lamparita de lectura encendida.

Entonces, con las defensas debilitadas por la cerveza y el cansancio, los recuerdos que había intentado ahuyentar trabajando en el caso Chiswell volvieron a abrirse paso hasta el primer plano de su pensamiento. Mientras se desvestía y se quitaba la pierna ortopédica, repasó sin proponérselo cada una de las palabras que Charlotte le había dicho desde su lado de la mesa en Franco's, recordó la expresión y el verde de sus ojos, la fragancia de su perfume, que se imponía al olor a ajo del restaurante, sus dedos finos y blancos jugando con el palito de pan...

Se metió en la cama entre las sábanas frías y se quedó tumbado boca arriba con las manos detrás de la cabeza, con la vista fija en la oscuridad. Le habría gustado sentir indiferencia, pero lo cierto era que su ego se había venido arriba al saber que ella había leído todo lo publicado sobre los casos que lo habían hecho famoso y que pensaba en él cuando estaba en la cama con su marido. Ahora, sin embargo, el sentido común y la experiencia se arremangaban para realizarle una autopsia profesional a esa conversación, y desenterrar metódicamente las señales inconfundibles del incombustible deseo de escandalizar de Charlotte y de su necesidad al parecer insaciable de ir en busca del conflicto.

Abandonar a un marido con título de nobleza y a sus hijos recién nacidos por un detective cojo y famoso constituiría, sin ninguna duda, el máximo logro de una trayectoria caótica. Charlotte sentía un odio casi patológico por la rutina, la responsabilidad y la obligación, y había saboteado toda posibilidad de una relación estable antes de tener que enfrentarse a las amenazas del aburrimiento o el compromiso. Strike era muy consciente de todo eso, porque la conocía mejor que nadie, y sabía que su separación definitiva había tenido lugar en el momento exacto en que era necesario hacer un sacrificio real y tomar decisiones difíciles.

Pero también sabía —y ese conocimiento era como las bacterias imposibles de erradicar de una herida, que le impedían curarse— que Charlotte lo amaba como nunca había amado a nadie. Como era lógico, las escépticas novias y esposas de sus amigos, que no sentían ninguna simpatía por Charlotte, le habían dicho infinidad de veces: «Eso que te ofrece no es amor», o «Va en serio, Corm, ¿cómo sabes que no les ha dicho exactamente lo mismo a todos los amantes que ha tenido?». Aquellas mujeres consideraban que su certeza de que Charlotte lo amaba era fruto del autoengaño o del egocentrismo. Pero ellas no habían presenciado aquellos momentos de pura dicha y absoluto entendimiento mutuo, los mejores de la vida de Strike. No habían compartido unas bromas que ningún otro ser humano que no fuese Charlotte o él habría podido entender, ni sentido la necesidad mutua que los había mantenido unidos durante dieciséis años.

Después de romper con él, Charlotte se había echado directamente a los brazos del hombre que creyó que más daño le haría a Strike, y sí, le hizo daño, porque Ross era su antítesis exacta y había salido con Charlotte antes de que Strike lo conociera. Sin embargo, el detective seguía convencido de que volver con Ross había sido la inmólación elegida por Charlotte, y que lo había hecho únicamente por el espectacular efecto que sabía que lograría, una especie de *sati* charlottiano.

*Difficile est longum subito deponere amorem,
Difficile est, verum hoc qua lubet efficias.*

Es difícil abandonar repentinamente un amor duradero,
es difícil, pero tienes que hacerlo como sea.

Strike apagó la lámpara, cerró los ojos y se sumergió una vez más en aquel sueño intranquilo de la casa vacía, donde unos rectángulos de papel pintado que no habían perdido el color atestiguaban la retirada de cualquier objeto valioso. Esta vez, sin embargo, estaba solo, con la sensación extraña de que unos ojos ocultos lo observaban.

53

¡Y como final, el triunfo conmovedor y acusador, en el torrente del molino!

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Robin llegó a casa poco antes de las dos de la madrugada. En la cocina, mientras se preparaba un sándwich procurando no hacer ruido, vio en el calendario que Matthew tenía previsto ir a jugar un partido de fútbol sala aquella misma mañana. Veinte minutos más tarde, cuando se metió en la cama a su lado, puso la alarma del teléfono a las ocho en punto antes de ponerlo a cargar. Quería levantarse pronto para verlo un momento antes de que él se marchara, y así cumplir su propósito de mantener una atmósfera cordial.

Matthew parecía contento de que Robin hubiese hecho el esfuerzo de levantarse para desayunar con él, pero cuando ella le preguntó si quería que fuese a ver el partido y animar al equipo, o que quedaran después para almorzar juntos, rechazó ambas sugerencias.

—Esta tarde tengo que revisar unos documentos. No quiero beber a la hora de comer. Volveré directamente —dijo.

Y Robin se alegró porque estaba agotada; le dijo que se lo pasara bien y se despidió de él con un beso.

Intentó no pensar en lo aliviada y relajada que se había sentido en cuanto Matthew salió de casa. Se puso a hacer la colada y a ocuparse de otras tareas domésticas, hasta que, poco después del mediodía, cuando estaba cambiando las sábanas de la cama, la llamó Strike.

—Hola —dijo Robin, dejando lo que estaba haciendo—. ¿Alguna novedad?

—Muchas. ¿Puedes tomar nota?

—Sí, claro.

Se apresuró a coger una libreta y un bolígrafo de encima de su tocador, y se sentó en el colchón a rayas.

—He hecho algunas llamadas. La primera, a Wardle. Le ha impresionado mucho que hayas encontrado la nota...

Robin se miró en el espejo y sonrió.

—... Pero me ha advertido de que a la policía no le hará ninguna gracia saber que le estamos «metiendo mano» a un caso abierto. La expresión es suya. Le he pedido que no diga quién le ha dado el chivatazo sobre lo de la nota, pero supongo que atarán cabos, porque saben que Wardle y yo somos amigos. En fin, es inevitable. Lo interesante es que la policía sigue preocupada por los mismos detalles del escenario de la muerte que nosotros, y ha indagado un poco más en las

finanzas de Chiswell.

—¿En busca de indicios de un chantaje?

—Sí, pero no han encontrado nada, porque Chiswell no llegó a pagar. Y ahora viene lo más interesante. El año pasado, Chiswell recibió un pago en efectivo no justificado de cuarenta mil libras. Abrió una cuenta bancaria para ingresarlas, y luego, por lo visto, se las gastó en reparaciones de la casa y otros gastos diversos.

—¿«Recibió» cuarenta mil libras?

—Sí. Y Kinvara y el resto de la familia aseguran que no tenían ni idea. Dicen que no saben de dónde procedía el dinero y que no entienden por qué Chiswell abrió una cuenta aparte para ingresarlo.

—Es la misma cantidad que le pidió Jimmy antes de rebajar su petición —comentó Robin—. Qué raro.

—Sí, un poco. También he llamado a Izzy.

—Vaya, has estado muy ocupado.

—Pues todavía no te he contado ni la mitad. Izzy niega saber de dónde procedían las cuarenta mil, pero no sé si creérmela. Luego le he preguntado sobre la nota que robó Flick. Le ha horrorizado saber que Flick se hacía pasar por la chica de la limpieza de su padre. Está muy consternada. Me parece que incluso se está planteando por primera vez la posibilidad de que Kinvara sea inocente.

—Deduzco que ella nunca llegó a hablar con la presunta polaca.

—Correcto.

—¿Qué ha dicho de la nota?

—Dice que ella también cree que es una lista de tareas pendientes. Supone que «Suzuki» se refiere al Grand Vítara, que era de Chiswell. Lo de «Madre» no le sugiere nada. Sin embargo, me ha dado un detalle muy interesante relacionado con lo de «blanc de blanc». Chiswell era alérgico al champán. Se ve que le hacía ponerse muy colorado e hiperventilar. Lo curioso es que, la mañana que murió, en la cocina había una gran caja vacía con la etiqueta de Moët & Chandon.

—Eso no me lo habías dicho.

—Acabábamos de encontrar el cadáver de un ministro. En ese momento, una caja vacía no me pareció demasiado interesante, y no se me ocurrió pensar que pudiese tener ninguna relevancia hasta hoy, después de hablar con Izzy.

—¿Había alguna botella dentro?

—Yo no vi ninguna, y según la familia, Chiswell nunca recibía a gente en aquella casa. Si él no bebía champán, ¿qué hacía la caja allí?

—No estarás pensando...

—Eso es exactamente lo que estoy pensando —dijo Strike—. Creo que el helio y los tubos de goma entraron en la casa escondidos en esa caja.

—Hostia —dijo Robin, que se tumbó en la cama por hacer y se quedó mirando el techo.

—¿Le enviaría el asesino la caja como si fuese un regalo, a sabiendas de que era muy improbable que la abriera para beberse una botella? Sería una jugada muy astuta...

—Pero también un poco chapucera —opinó Robin—. ¿Qué le impedía abrir la caja? ¿O regalársela a alguien?

—Tenemos que averiguar cuándo se la enviaron —dijo Strike—. Por otra parte, se ha resuelto

otro pequeño misterio. Han encontrado la pinza para billetes de Freddie.

—¿Dónde?

—En el bolsillo de Chiswell. ¿Te acuerdas del destello dorado de la fotografía que tomaste?

—¡Anda! —Robin se sorprendió—. ¿Así que la encontró antes de morir?

—No sé, supongo que después lo tenía más difícil.

—Ja, ja —rió Robin con sarcasmo—. Hay otra posibilidad.

—¿Que el asesino se la pusiera al cadáver? Es curioso que lo sugieras. Izzy dice que le sorprendió mucho que hubiese aparecido en el cuerpo sin vida de su padre. Está convencida de que si la hubiese encontrado, él se lo habría dicho enseguida. Por lo visto, montó un cirio cuando se perdió.

—Es verdad —coincidió Robin—. Una vez lo oí hablar por teléfono de esa pinza, y estaba furioso. Supongo que habrán comprobado las huellas dactilares, ¿no?

—Sí. Y no había nada sospechoso. Sólo han encontrado las de Chiswell... Aunque, a estas alturas, eso no significa nada. Si hubo un asesino, es evidente que utilizó guantes. También le he preguntado a Izzy qué opina de la espada doblada, y teníamos razón: era el sable de Freddie. Nadie sabe cómo se dobló, pero sólo tiene las huellas dactilares de Chiswell. Es posible que el ministro se emborrachara, se pusiera sentimental y lo descolgara de la pared, y que luego lo pisara sin querer, aunque tampoco podemos descartar que lo manipulara un asesino provisto de guantes.

Robin suspiró. Por lo visto, se había precipitado al alegrarse tanto de haber encontrado la nota.

—Entonces seguimos sin ninguna pista real.

—Espera, espera —dijo Strike—. Todavía no he llegado a lo mejor. Izzy ha conseguido otro número de teléfono de esa moza de cuadra que puede confirmar la coartada de Kinvara, Tegan Butcher. Quiero que la llames. Seguro que tú la intimidarás menos que yo.

Robin anotó los dígitos que le cantó Strike.

—Y después de llamar a Tegan, quiero que hables con Raphael —continuó el detective, dándole el segundo número que también le había facilitado Izzy—. Quiero que nos aclare de una vez por todas qué hizo la mañana que murió su padre.

—De acuerdo —dijo Robin, contenta de tener algo concreto que hacer.

Barclay seguirá vigilando a Jimmy y a Flick, y yo...

Hizo una breve pausa, muy teatral, y Robin se rió.

—Y tú...

—Voy a entrevistarme con Billy Knight y Della Winn.

—¿Qué? —Robin no daba crédito—. ¿Cómo vas a colarte en el hospital? Y ella jamás accederá a un...

—Mira, pues en eso te equivocas, Robin —dijo Strike—. Izzy me buscó el teléfono de Della en la agenda de Chiswell. Acabo de llamarla. Y he de admitir que creía que me iba a mandar al cuerno...

—En un lenguaje un poco más elevado, por lo que yo sé de Della —matizó Robin.

—... Al principio creía que era lo que iba a hacer —reconoció Strike—, pero Aamir ha desaparecido.

—¿Cómo dices?

—Tranquila. «Desaparecido» es la palabra que ha utilizado Della. En realidad dejó su empleo

anteayer y vació su casa, lo que no lo convierte en una persona desaparecida. Parece ser que no le coge el teléfono a Della. Ella me culpa a mí, porque, según dice, hice «un buen trabajo» con él cuando fui a interrogarlo. Dice que Amir es muy vulnerable y que si le pasa algo, será culpa mía. Así que...

—¿Te has ofrecido para buscarlo a cambio de que te conteste unas preguntas?

—Exacto —confirmó Strike—. No lo ha dudado ni un momento. Dice que sólo yo podría convencerlo de que no está en ningún apuro y de que no le contaré a nadie nada desagradable que yo pueda haber oído sobre él.

—Espero que esté bien —dijo Robin, preocupada—. Yo no le hacía ninguna gracia, pero, como ya te comenté, lo único que demuestra eso es que es más inteligente que el resto. ¿Cuándo vas a ver a Della?

—Hemos quedado esta tarde a las siete, en su casa de Bermondsey. Y mañana por la tarde, si todo va bien, iré a hablar con Billy. Barclay me ha confirmado que Jimmy no tiene intención de ir a visitarlo mañana, así que he llamado al hospital. Ahora estoy esperando a que el psiquiatra de Billy me devuelva la llamada y me lo confirme.

—¿Y crees que te dejarán interrogarlo?

—Con supervisión, creo que sí. Les interesa ver si tiene una actitud coherente hablando conmigo. Vuelve a tomarse la medicación y ha mejorado mucho, pero sigue contando la historia de la niña estrangulada. Si el equipo psiquiátrico está de acuerdo, mañana iré al pabellón restringido.

—Estupendo. Me alegro de tener cosas en marcha. Nos vendría muy bien hacer algún pequeño descubrimiento, aunque sea sobre la muerte que no nos pagan por investigar —comentó Robin.

—Es posible que en el fondo de la historia de Billy no haya ninguna muerte —le recordó Strike—, pero hasta que lo averigüemos, no dormiré tranquilo. Ya te contaré cómo me va con Della.

Robin le deseó suerte, se despidió y cortó la llamada, pero se quedó tumbada en la cama por hacer. Al cabo de unos segundos, dijo en voz alta:

—Blanc de blancs.

Volvía a tener la sensación de que un recuerdo se estremecía en su memoria, dejando tras él una ráfaga de tristeza. ¿Dónde demonios había visto esa locución y se había sentido desgraciada?

—Blanc de blancs —repitió, y se levantó de la cama—. Blanc de... ¡Ay!

Iba descalza y había pisado algo pequeño y punzante. Se agachó y recogió del suelo un pendiente de diamantes, sin la pieza de detrás.

Al principio se quedó mirándolo fijamente, impasible. Aquel pendiente no era suyo. Ella no tenía ninguno como aquél. Se preguntó por qué no lo había pisado cuando se había metido en la cama aquella madrugada, mientras Matthew dormía. Quizá lo había esquivado por poco... Aunque lo más probable era que el pendiente estuviese en la cama y se hubiera caído al suelo cuando Robin había apartado la sábana bajera.

Sin duda había muchos pendientes como aquél en el mundo... Pero los únicos que Robin recordaba haber visto recientemente eran los de Sarah Shadlock. Ella los llevaba puestos la última vez que Robin y Matthew habían salido a cenar con ellos, la noche en que Tom había atacado a Matthew con una ferocidad repentina y aparentemente injustificada.

Durante lo que a ella le pareció un rato largo, aunque en realidad fue poco más de un minuto, Robin se quedó contemplando el diamante que tenía en la mano. Luego dejó el pendiente con

cuidado en la mesilla de noche, cogió el teléfono, entró en «Ajustes», lo configuró para llamar con número oculto y llamó a Tom al móvil.

Tom contestó enseguida y con voz de gruñón. De fondo se oía a un locutor preguntándose cómo sería la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos.

—¿Diga?

Robin colgó. Tom no estaba en un partido de fútbol sala. Se quedó sentada, inmóvil y con el teléfono en la mano, en la maciza cama de matrimonio que tan difícil había sido subir por la estrecha escalera de aquella bonita casa de alquiler, mientras repasaba las señales evidentes que ella, la detective, se había obstinado en pasar por alto.

—Qué estúpida soy —dijo en voz baja, en la habitación vacía, iluminada por el sol—. Qué estúpida.

54

Te abonan tu carácter apacible y recto, la distinción de tu manera de pensar, tu honorabilidad intachable, conocidos y apreciados por todos en esta comarca.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

A última hora de la tarde aún había luz, pero el jardín de Della quedaba a la sombra, lo que le daba un aire plácido y melancólico que contrastaba con la calle bulliciosa y polvorienta que había al otro lado de la verja. Cuando tocó el timbre, Strike se fijó en que había dos grandes excrementos de perro en el césped, por lo demás inmaculado, y se preguntó quién ayudaría a Della con esa clase de prosaicas tareas ahora que se había separado de su marido.

Se abrió la puerta y apareció la ministra de Deportes con sus impenetrables gafas negras. Llevaba puesta lo que la anciana tía de Strike, en Cornualles, habría llamado una «bata de estar por casa»: una prenda de lana de color morado, larga hasta la rodilla y abrochada hasta el cuello, que le daba un aire vagamente eclesiástico. El perro lazarillo estaba detrás de ella y miraba a Strike con unos ojos oscuros y tristes.

—Hola, soy Cormoran Strike —dijo el detective sin moverse.

Dado que no podía reconocerlo mediante la vista ni examinar ningún documento de identidad que él pudiese mostrarle, la única forma que Della tenía de saber a quién estaba dejando entrar en su casa era por el sonido de la voz.

—Hemos hablado antes por teléfono y me ha pedido que viniese a verla.

—Sí —dijo ella sin sonreír—. Pase.

Se apartó para dejarlo entrar, mientras sujetaba al labrador por el collar. Strike se limpió los zapatos en el felpudo y entró. Un torrente de música, dominado por instrumentos de cuerda y viento de madera a todo volumen y punteado por el golpeteo de un tambor, salía de lo que Strike dedujo que era la sala de estar. A él lo había criado una mujer que prácticamente sólo escuchaba grupos de heavy metal, y no entendía mucho de música clásica, pero aquella melodía tenía un tono inquietante y amenazador que no le gustó nada. El pasillo estaba oscuro porque nadie había encendido las luces, y por lo demás era bastante soso: Strike sólo distinguió una moqueta estampada de color marrón oscuro que, si bien debía de resultar práctica, era bastante fea.

—He preparado café —dijo Della—. Si no le importa, tendrá que llevar la bandeja al salón.

—Claro —contestó Strike.

El detective siguió al labrador, que caminaba pegado a los tobillos de Della moviendo un poco la cola. El volumen de la sinfonía aumentó cuando pasaron por delante del salón, y Della

tocó levemente el marco de la puerta para orientarse.

—¿Es Beethoven? —preguntó Strike por decir algo.

—No, Brahms. Sinfonía número uno en *do* menor.

Los cantos de todas las superficies de la cocina eran redondeados, y los mandos del horno tenían números en relieve. Había un tablero de corcho con una lista de números de teléfono bajo el título «EN CASO DE EMERGENCIA», y Strike supuso que sería para el personal doméstico. Mientras Della iba hacia la encimera, él aprovechó para sacar el móvil del bolsillo de la chaqueta y fotografiar el número de teléfono de Geraint Winn. La mano extendida de Della palpó el borde del hondo fregadero de cerámica y luego se desplazó hacia un lado, donde había una bandeja con una taza y una cafetera de café recién hecho. Junto a ella había dos botellas de vino. Della cogió las dos, se dio la vuelta y se las mostró a Strike; seguía sin sonreír.

—¿Cuál es cuál? —preguntó.

—El de su mano izquierda es el Châteauneuf-du-Pape, de dos mil diez —contestó Strike—, y el de la derecha, el Château Musar de dos mil seis.

—Tomaré una copa del Châteauneuf-du-Pape, si no le importa abrir la botella y servírmela. He dado por hecho que usted no querría beber, pero si me he equivocado, sírvase usted mismo.

—Gracias —dijo Strike, cogiendo el sacacorchos que Della había dejado al lado de la bandeja—. Prefiero café.

La ministra echó a andar en silencio y dejó que Strike la siguiera con la bandeja. Cuando entró en el salón, al detective le llegó un intenso aroma a rosas, e inmediatamente se acordó de Robin. Mientras Della deslizaba las yemas de los dedos por los muebles e iba a tientas hacia una butaca con unos brazos anchos de madera, Strike vio que había cuatro grandes jarrones de flores distribuidos por el salón, cuyos intensos rojos, amarillos y rosa ponían el contrapunto a la monotonía de la decoración.

Della se alineó con la butaca apoyando en ella la parte posterior de las pantorrillas y se sentó con un movimiento fluido; entonces inclinó levemente el torso hacia Strike, que dejó la bandeja encima de la mesita.

—¿Quiere ponerme la copa aquí, en el brazo derecho de la butaca? —dijo la ministra, señalando el sitio con la mano.

Strike le llevó la copa. El labrador, que se había tumbado al lado de la butaca de su dueña, miraba al detective con sus ojos bondadosos y somnolientos.

Las notas de los violines seguían trazando las ondulaciones de la sinfonía. Strike se sentó. Todo en aquella estancia tenía una tonalidad marrón, desde la moqueta de color beis hasta los muebles, que parecían diseñados en los años setenta. La mitad de una de las paredes estaba ocupada por unos estantes empotrados, donde había como mínimo unos mil cedés. Al fondo de la sala había una mesa con un montón de manuscritos en Braille, y en la repisa de la chimenea destacaba una gran fotografía enmarcada de una adolescente. A Strike se le ocurrió pensar que su madre no podía disfrutar del consuelo agrídulce de mirar la imagen de Rhiannon Winn todos los días, y sintió una compasión inoportuna.

—Bonitas flores —comentó.

—Sí. Mi cumpleaños fue hace poco —dijo Della.

—Ah. Muchas felicidades.

—¿Es usted del West Country?

—En parte. De Cornualles.

—Lo noto en sus vocales —explicó Della.

La ministra esperó mientras él cogía la cafetera y se servía el café, y sólo volvió a hablar cuando cesaron los ruidos.

—Como le comenté por teléfono, estoy muy preocupada por Aamir. Debe de seguir en Londres, estoy segura, porque no conoce nada más. Aunque no con su familia, desde luego... —añadió, y a Strike le pareció detectar un deje de desprecio—. Estoy sumamente preocupada por él.

Con cuidado, buscó la copa de vino que tenía al lado, la cogió y tomó un sorbo.

—Después de asegurarle que no va a tener ningún problema y que usted no revelará nada de lo que Chiswell hubiera podido contarle sobre él, debe decirle que se ponga en contacto conmigo de inmediato.

Los violines seguían chirriando y gimiendo; para Strike, poco instruido en música clásica, aquel sonido era la expresión disonante de un mal presentimiento. Al rascarse, el perro lazarillo dio unos golpecitos en el suelo con la pata. Strike sacó su bloc de notas.

—¿Tiene los nombres y los datos de contacto de algún amigo al que Mallik pueda haber acudido?

—No. No creo que tenga muchos amigos. Hace poco mencionó a alguien de la universidad, pero no recuerdo su nombre. Dudo mucho que se tratara de un amigo ni siquiera mínimamente íntimo. —Daba la impresión de que pensar en esa relativa amistad le producía desasosiego—. Estudió en la London School of Economics, de modo que esa zona de Londres la conoce bien.

—Tiene buena relación con una de sus hermanas, ¿verdad?

—No, no —dijo Della sin vacilar—. Lo han repudiado todos. No, la verdad es que no tiene a nadie más que a mí, y por eso esta situación es tan peligrosa.

—Su hermana publicó en Facebook una fotografía bastante reciente en la que salen los dos. Están en esa pizzería que hay enfrente de su casa.

La expresión de Della no delató sólo sorpresa, sino también desagrado.

—Aamir me contó que había estado usted fisgando en internet. ¿Qué hermana es?

—Tendría que compro...

—Aun así, dudo mucho que haya ido a casa de su hermana —dijo Della sin dejar que terminara—. Después de cómo lo ha tratado el resto de la familia... Aunque supongo que podría haber hablado con ella, sí, quizá debería usted preguntarle si sabe algo.

—Lo haré —contestó Strike—. ¿Alguna otra idea de adónde puede haber ido?

—Es que no tiene a nadie más —repuso la ministra—. Por eso estoy tan preocupada. Es un chico muy vulnerable. Es de vital importancia que lo encontremos.

—Bueno, le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano —prometió Strike—. Bien, por teléfono me dijo que contestaría a unas preguntas.

Della adoptó un gesto un poco más severo.

—No creo que pueda facilitarle ninguna información de interés, pero adelante.

—¿Podemos empezar por Jasper Chiswell y la relación que usted y su marido tenían con él?

Della se las ingenió para transmitir con su expresión que esa pregunta le parecía impertinente y, al mismo tiempo, un tanto absurda. Esbozó una sonrisa fría, arqueó las cejas y respondió:

—Bueno, Jasper y yo teníamos una relación profesional, evidentemente.

—¿Y cómo era esa relación? —preguntó el detective mientras le añadía azúcar al café, lo

removía y daba un sorbo.

—Dado que Jasper lo contrató para que buscara alguna información comprometida sobre nosotros —dijo Della—, creo que ya sabe la respuesta a esa pregunta.

—Entonces ¿usted sostiene que su marido no le estaba haciendo chantaje a Chiswell?

—Por supuesto.

Strike era consciente de que, con la resolución judicial, Della ya había demostrado hasta dónde estaba dispuesta a llegar en su propia defensa, de modo que si insistía en aquel punto sólo conseguiría enemistarse con ella. Le pareció que lo más indicado era practicar una retirada provisional.

—¿Qué me dice del resto de la familia Chiswell? ¿Los conoce?

—A algunos —contestó ella con cierto recelo.

—¿Y qué le parecen?

—Los conozco muy poco. Según Geraint, Izzy es muy trabajadora.

—El hijo de Chiswell, el que falleció, había coincidido con su hija en el equipo británico de esgrima, ¿verdad?

Al detective le pareció apreciar que los músculos de la cara de Della se contraían. Le recordó a una anémona cerrándose al percibir la presencia de un depredador.

—Sí.

—¿A usted le caía bien Freddie?

—Creo que nunca llegué a hablar con él. Geraint era el que se encargaba de acompañar a Rhiannon a los torneos. Él sí conocía al equipo.

Las sombras de los tallos de las rosas que estaban más cerca de la ventana parecían barrotes al proyectarse en la moqueta. La sinfonía de Brahms seguía sonando, turbulenta, en segundo plano. Las gafas oscuras de Della contribuían a transmitir la sensación de amenaza inescrutable, y Strike, pese a no sentirse en absoluto intimidado, se acordó de los adivinos ciegos y de las pitonisas que poblaban los mitos de la Antigüedad, y del aura sobrenatural que las personas sin discapacidades atribuían a esa discapacidad en particular.

—¿Por qué cree que a Jasper Chiswell le interesaba tanto encontrar algo que pudiera perjudicarla?

—Porque no le caía bien. Discrepábamos con mucha frecuencia. Él provenía de un ambiente donde se considera que cualquier cosa que se aleja de sus propias convenciones y de sus propias normas es sospechosa, artificial e incluso peligrosa. Chiswell era un conservador, señor Strike; era un conservador, varón, blanco y rico, y creía que lo mejor era que por los pasillos del poder sólo transitaran conservadores, varones, blancos y ricos. Aspiraba a restaurar en todos los ámbitos el *statu quo* que recordaba de su juventud. Ése era el objetivo que perseguía, y muchas veces actuaba sin escrúpulos y con absoluta hipocresía.

—¿En qué sentido?

—Pregúnteselo a su mujer.

—Usted conoce a Kinvara, ¿verdad?

—Yo no diría que «la conozco». Hace un tiempo tuve un encuentro inesperado con ella que, sin duda alguna, resultó interesante a la luz de las declaraciones públicas de Chiswell sobre la santidad del matrimonio.

Strike tuvo la impresión de que, bajo aquel lenguaje grandilocuente, y pese a su preocupación

sincera respecto a Aamir, Della estaba disfrutando con la oportunidad de expresar todo aquello en voz alta.

—¿Qué sucedió? —le preguntó Strike.

—Kinvara se presentó sin previo aviso en el ministerio a última hora de la tarde, pero Jasper ya se había marchado a Oxfordshire. Sospecho que ella se había propuesto sorprenderlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo diría que... como mínimo hace un año. Creo que fue poco después de concluir el curso parlamentario. Estaba muy alterada. Oí un pequeño alboroto y salí a averiguar qué estaba pasando. Por el silencio que imperaba en la zona de recepción de la oficina, deduje que estaban todos muy intrigados. Ella parecía muy trastornada y exigía ver a su marido. Al principio pensé que debía de haber recibido una noticia muy mala y que quizá necesitara que Jasper la consolara y le diera su apoyo, así que la hice entrar en mi despacho.

»En cuanto nos quedamos solas, se derrumbó por completo. Apenas podía articular un discurso coherente, pero por lo poco que logré entender —continuó Della—, acababa de descubrir que había otra mujer.

—¿Le dijo quién era?

—No, creo que no. Quizá sí me lo dijo, pero estaba... Verá, aquello resultaba francamente perturbador —dijo Della con solemnidad—. Parecía que acabase de perder a un ser querido, y no que se enfrentase al fin de su matrimonio. «Yo sólo era una pieza de su juego», «Nunca me ha querido de verdad», y esas cosas.

—¿A qué juego cree usted que se refería?

—Supongo que al político. Dijo que se sentía humillada, que su marido le había dicho que ya había cumplido su propósito...

»Jasper Chiswell era un hombre muy ambicioso. Ya había fracasado profesionalmente una vez por culpa de sus infidelidades. Me imagino que fue muy cuidadoso a la hora de buscar a otra esposa con la que lavar su imagen. Estaba intentando volver a entrar en el gobierno, así que las italianas poco fiables ya no le servían. Probablemente pensó que Kinvara encajaría muy bien con los conservadores de la aristocracia rural. Era una mujer de buena familia. Aficionada a los caballos.

»Más adelante me contaron que, poco después, Jasper la había encerrado en no sé qué clínica psiquiátrica. Supongo que así es como las familias como los Chiswell gestionan los excesos de emotividad. —Tomó otro sorbo de vino—. Y, sin embargo, Kinvara siguió con él. Hay mucha gente que lo hace, desde luego. Muchas personas siguen con su matrimonio aunque las maltraten de forma abominable. Delante de mí, él había hablado muchas veces de ella como si fuese una cría deficiente y necesitada. Recuerdo que una vez dijo que la madre de Kinvara iría a hacerle de “niñera” por su cumpleaños, porque él tenía una votación en el Parlamento. Habría podido arreglarlo, por supuesto: sólo tenía que buscar a un diputado del partido laborista y llegar a un acuerdo con él. Pero ni siquiera se tomó esa molestia.

»Las mujeres como Kinvara Chiswell, cuya autoestima se basa enteramente en el estatus y el éxito de su matrimonio, se quedan destrozadas cuando todo sale mal. Creo que los caballos de Kinvara son una válvula de escape, un sustituto y... Ah, sí —dijo Della—, ahora me acuerdo: lo último que me dijo aquel día fue que, por si fuese poco, tenía que volver a su casa y sacrificar a su preciosa yegua.

Della acarició la suave y ancha cabeza de *Gwynn*, que seguía tumbado a sus pies.

—Cuando dijo eso sentí mucha lástima por ella. Los animales han sido un consuelo enorme para mí a lo largo de toda mi vida. Creo que sería difícil exagerar sobre lo mucho que llegan a reconfortarnos a veces.

Strike se fijó en que la mano que acariciaba la cabeza del perro todavía llevaba puesta la alianza de boda, junto con un grueso anillo de amatista cuyo color hacía juego con la bata de Della. Supuso que alguien, seguramente Geraint, le habría dicho que eran del mismo color y, muy a su pesar, volvió a compadecerse de aquella mujer.

—¿Le explicó Kinvara cómo o cuándo había descubierto que su marido le había sido infiel?

—No, no, únicamente dio rienda suelta a una efusión casi incoherente de rabia y dolor, como una niña pequeña. Repetía una y otra vez: «Yo lo quería, pero él nunca me quiso a mí, era todo mentira.» Jamás había oído un arrebato tan sentido de dolor, ni siquiera en un funeral, ni en un lecho de muerte. Después de eso no volví a hablar con ella, como mucho nos saludábamos. Ella se comportaba como si no recordase que habíamos tenido aquella conversación.

Della tomó otro sorbo de vino.

—¿Le parece bien que volvamos a Mallik? —le preguntó Strike.

—Sí, por supuesto —se apresuró a decir ella.

—La mañana que murió Jasper Chiswell, el día trece, ¿estaba usted aquí, en su casa?

Hubo un largo silencio.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo Della cambiando de tono.

—Porque me gustaría corroborar una historia que me han contado —respondió el detective.

—¿Según la cual Aamir estaba aquí conmigo esa mañana?

—Exactamente.

—Bien, pues es cierto. Yo había resbalado y me había hecho un esguince en la muñeca. Llamé a Aamir, y él vino enseguida. Quería llevarme a Urgencias, pero no había necesidad. Podía mover los dedos sin problemas, lo único que necesitaba era un poco de ayuda para prepararme el desayuno y esas cosas.

—¿Fue usted quien llamó a Mallik?

—¿Cómo?

Era el viejo y transparente «¿cómo?» de quien teme haber cometido un error. Strike supuso que, detrás de los oscuros cristales de aquellas gafas, la maquinaria mental de Della estaba trabajando a toda velocidad.

—¿Fue usted quien llamó a Aamir?

—¿Por qué? ¿Qué le ha contado él?

—Él me dijo que su marido fue en persona a buscarlo a su casa.

—Ah —dijo Della, y a continuación añadió—: Claro, sí. No me acordaba.

—¿No? —preguntó Strike con gentileza—. ¿O lo dice para respaldar su versión?

—No me acordaba —repitió Della con firmeza—. Cuando he dicho que lo llamé, no me refería al teléfono. Me refería a que le pedí que viniera. A través de Geraint.

—Pero, si Geraint estaba aquí cuando usted resbaló, ¿no habría podido ayudarla él con el desayuno?

—Creo que lo que pretendía Geraint era que Aamir lo ayudara a convencerme para que fuese

a Urgencias.

—De acuerdo. Entonces ¿ir a buscar a Aamir no fue idea suya, sino de Geraint?

—No me acuerdo bien —contestó ella, aunque luego se contradijo al añadir—: Fue una caída bastante aparatosa. Geraint tiene problemas de espalda y, como es lógico, necesitaba ayuda, y yo pensé en Aamir, y luego los dos intentaron convencerme para llevarme a Urgencias, pero no fue necesario. Sólo me hice un esguince.

Al otro lado de las cortinas, la luz empezaba a atenuarse. En los cristales negros de las gafas de Della se reflejaba el rojo neón del sol, que estaba a punto de ocultarse detrás de los tejados.

—La verdad es que estoy muy preocupada por Aamir —insistió con voz cansada.

—Sólo le haré un par de preguntas más —prosiguió Strike—. Jasper Chiswell insinuó en una habitación llena de gente que sabía algo vergonzoso sobre Mallik. ¿Sabría decirme algo al respecto?

—Sí, claro —dijo Della con voz débil—, esa conversación fue lo que hizo que Aamir se planteara dejar su empleo. Me di cuenta de que, después de ese día, empezó a distanciarse de mí. Y luego usted remató la faena, ¿no? Fue a su casa para seguir insultándolo.

—Le aseguro que no hubo ningún insulto, señora Winn.

—*Liwat*, señor Strike. ¿Tanto tiempo en Oriente Próximo y no sabe qué significa?

—Sí sé qué significa —dijo Strike con naturalidad—. «Sodomía.» Parece ser que Chiswell estaba amenazando a Aamir con desenmascarar...

—¡Le aseguro que, si Jasper lo acusó de eso, fueron acusaciones falsas! —saltó Della con vehemencia—. ¡Esto no debería tener ni la más mínima relevancia, pero resulta que Aamir no es gay!

La sinfonía de Brahms seguía con lo que, para Strike, era un curso triste e intermitentemente siniestro, en el que las trompas y los violines competían por ponerle los nervios de punta.

—¿Quiere saber la verdad? —le preguntó Della alzando la voz—. ¡Aamir se opuso a ser objeto del acoso sexual y los toqueteos, de las metidas de mano, señor Strike, de un alto funcionario cuyas inapropiadas caricias a los jovencitos que pasan por su despacho son un secreto a voces, motivo incluso de chistes! Y cuando un chico musulmán educado en un instituto público pierde los nervios y abofetea a un alto funcionario, ¿quién de los dos cree que se expone a ser estigmatizado y calumniado? ¿Quién de los dos cree que se convierte en objeto de comentarios despectivos y rumores, y se ve obligado a renunciar a su empleo?

—Supongo que en ningún caso sir Christopher Barrowclough-Burns —contestó Strike.

—¿Cómo ha sabido a quién me refería? —preguntó Della con brusquedad.

—Sigue en su cargo, ¿no? —dijo Strike, ignorando su pregunta.

—¡Por supuesto! Todo el mundo está al corriente de sus «inofensivas» costumbres, pero nadie quiere constar en acta. Llevo años intentando hacer algo con lo de Barrowclough-Burns. Cuando me enteré de que Aamir había abandonado el programa de fomento de la diversidad bajo circunstancias misteriosas y turbias, me propuse encontrarlo como fuese. La primera vez que hablé con él, estaba en un estado francamente lamentable. Dejando aparte el descarrilamiento de lo que debería haber sido una carrera profesional estelar, también hubo un primo malintencionado que había oído cotilleos y se dedicó a hacer correr el rumor de que a Aamir lo habían despedido por tener conductas homosexuales en el puesto de trabajo.

»Resulta que el padre de Aamir no es precisamente uno de esos hombres que muestran una

actitud comprensiva hacia un hijo gay. Y como Aamir llevaba tiempo oponiéndose a las presiones de sus padres para casarse con una chica que ellos consideraban adecuada para él, hubo una pelea terrible y una ruptura completa. Así que, en cuestión de dos semanas, un chico brillante lo perdió todo: la familia, la casa y el trabajo.

—Y entonces intervino usted.

—Geraint y yo teníamos una propiedad vacía muy cerca de aquí, donde habían vivido nuestras madres. Ni Geraint ni yo tenemos hermanos, y llegó un momento en que se nos hizo muy complicado gestionar desde Londres la atención que necesitaban nuestras madres en Gales, así que decidimos traerlas y alojarlas en la misma casa, a la vuelta de la esquina. La madre de Geraint murió hace dos años, y la mía este mismo año, de modo que la vivienda estaba vacía. No necesitábamos el alquiler, y nos pareció sensato permitir que Aamir se instalara en ella.

—¿Y lo hicieron de forma absolutamente desinteresada? —preguntó Strike—. ¿Seguro que no pensaron que Aamir podría resultarles útil si le ofrecían vivienda y trabajo?

—¿«Útil»? ¿Qué quiere decir? Aamir es un joven muy inteligente; en cualquier oficina que...

—Su marido estaba presionando a Aamir para que obtuviera del Ministerio de Asuntos Exteriores cierta información que podía inculpar a Jasper Chiswell, señora Winn. En concreto, fotografías. Estaba presionando a Aamir para que le pidiera unas fotografías a sir Christopher.

Della alargó la mano para coger la copa de vino, pero no calculó bien y golpeó el pie de cristal con los nudillos. Strike se lanzó hacia delante e intentó atraparla, pero llegó tarde: un latigazo de vino tinto describió una parábola en el aire y aterrizó en la moqueta beis; la copa cayó con un golpe sordo a su lado. *Gwynn* se levantó, se acercó a la mancha con moderado interés y la olfateó.

—¿Es muy grave? —preguntó Della con apremio, agarrándose a los brazos de la butaca e inclinándose levemente hacia el suelo.

—Bastante —dijo Strike.

—Sal, por favor. Échele sal. ¡Está en el armario a la derecha de los fogones!

Strike fue a la cocina y encendió la luz, y se fijó por primera vez en un detalle curioso que no había visto antes al entrar allí: un sobre en lo alto de un armario de pared, a la derecha, a demasiada altura para que Della pudiera cogerlo. Cogió la sal del armario y, a continuación, se detuvo a leer la única palabra que había escrita en el sobre: «Geraint.»

—¡A la derecha de los fogones! —le gritó Della, un poco angustiada, desde el salón.

—¡Ah, a la derecha! —gritó Strike, al tiempo que cogía el sobre y lo abría.

Dentro había una factura de «Kennedy Bros. Joiners», una empresa de carpintería, correspondiente a la sustitución de una puerta de cuarto de baño. Strike se lamió un dedo, humedeció la solapa del sobre, volvió a cerrarlo lo mejor que pudo y lo puso donde lo había encontrado.

—Lo siento —le dijo a Della cuando volvió al salón—. La tenía delante y no la veía.

Giró el tapón del envase de cartón y roció la mancha de color morado con abundante sal. La sinfonía de Brahms concluyó justo cuando él se enderezó, escéptico respecto al éxito de aquel remedio casero.

—¿Lo ha hecho? —preguntó Della en voz baja.

—Sí —contestó Strike mientras observaba cómo el vino impregnaba la capa blanca de sal, que adquiriría un tono grisáceo—. Pero creo que, de todas formas, le tendrán que limpiar la

moqueta.

—Vaya... Esta moqueta era nueva de este año.

La ministra se veía muy afectada, aunque a Strike le pareció más que discutible que eso se debiera tan solo al vino derramado. El detective volvió a sentarse en el sofá y dejó la sal junto al café; la música empezó a sonar de nuevo: esta vez, una melodía húngara no menos inquietante que la sinfonía, pero con un ritmo extrañamente frenético.

—¿Le sirvo más vino? —preguntó.

—Pues... sí, por favor.

Le sirvió otra copa y se la puso en la mano. Ella bebió un poco y, con voz temblorosa, dijo:

—¿Cómo ha averiguado lo que acaba de decirme, señor Strike?

—Prefiero no contestar esa pregunta, pero le aseguro que es cierto.

Della sujetó la copa con ambas manos.

—Necesito que encuentre a Aamir. Si creyó que yo aprobaba que Geraint lo obligara a pedirle favores a Barrowclough-Burns, no me extraña que...

Era evidente que estaba empezando a perder el dominio de sí misma. Intentó dejar el vino en el brazo de la butaca, pero tuvo que palparla con la otra mano un buen rato para conseguirlo; mientras lo hacía, no dejaba de dar pequeñas sacudidas con la cabeza que revelaban su frustración.

—¿Qué es lo que no le extraña? —preguntó Strike.

—Me acusó de... asfixiarlo, de... controlarlo. Y claro, esto lo explica todo. Estábamos muy unidos... Usted no lo entendería, es difícil de explicar. Pero es increíble lo rápido que creamos un vínculo... casi familiar. A veces surge una afinidad instantánea, una conexión que con otras personas no se conseguiría ni con años de relación.

»Pero estas últimas semanas todo cambió. Lo noté enseguida. Todo empezó cuando Chiswell se burló de él delante de todo el mundo. Aamir se mostraba distante... Era como si ya no confiase en mí. No sé cómo no me di cuenta... Dios mío, debería haberme dado cuenta... Tiene que encontrarlo, tiene que...

Strike pensó que cabía la posibilidad de que la intensidad y la urgencia de aquella necesidad fuesen de origen sexual, y que tal vez, en un nivel subconsciente, contuviesen un matiz de admiración por la juventud y la masculinidad de Aamir. Aun así, mientras Rhiannon Winn los observaba desde su sencillo marco dorado, con una sonrisa que no se reflejaba en unos ojos que denotaban cierta angustia, mostrando unos dientes apenas visibles bajo los aparatos de ortodoncia, a Strike le pareció mucho más probable que Della fuese una mujer poseída por aquello de lo que Charlotte obviamente carecía: un instinto maternal ardiente y frustrado, teñido, en el caso de Della, de una pena imposible de aliviar.

—También esto —susurró la ministra—. También esto... ¿Hay algo que no haya destruido?

—¿Se refiere a...?

—¡Mi marido! —exclamó Della sin ningún reparo—. ¿A quién me voy a referir? Mi organización benéfica... Nuestra organización benéfica... Pero, claro, usted eso ya lo sabe, ¿no? ¿No fue usted quien le contó a Chiswell lo de las veinticinco mil libras que faltaban? ¿Y lo de las mentiras, las mentiras absurdas, que Geraint iba contándole a la gente? ¿David Beckham, Mo Farah... todas esas promesas imposibles?

—Lo descubrió mi socia.

—Nadie me creerá... —dijo Della, ensimismada—. Pero ¡yo no lo sabía, no tenía ni idea! Me había saltado las cuatro últimas reuniones de la junta por culpa de los preparativos de los Juegos Paralímpicos. Geraint no me confesó la verdad hasta que Chiswell lo amenazó con contárselo a la prensa. Incluso entonces me aseguró que la culpa la tenía el contable, pero me juró que lo otro no era cierto, me lo juró sobre la tumba de su madre.

Se puso a darle vueltas al anillo de casada que llevaba en el dedo, aparentemente abstraída.

—Supongo que su miserable socia también rastreó a Elspeth Lacey-Curtis, ¿no?

—Me temo que sí —mintió Strike, considerando que valía la pena jugársela—. ¿Eso también lo negó Geraint?

—Sentía muchísimo haber dicho algo que hubiera incomodado a las chicas, pero me juró que no había pasado nada, que jamás había tocado a nadie y que como mucho había hecho un par de chistes atrevidos. Pero ¡tal como están las cosas —dijo Della, exaltada—, un hombre tiene que saber qué chistes no debe hacer delante de un grupo de niñas de quince años!

Strike se inclinó hacia delante y cogió la copa de vino de Della, que corría peligro de volver a caerse.

—¿Qué hace?

—Voy a poner su copa en la mesita —dijo Strike.

—Ah, gracias... —Della hizo un esfuerzo notorio para controlarse y continuó—: ¡Geraint me representaba a mí en ese acto, y, cuando todo salga a la luz, pasará lo que siempre pasa con la prensa: todo habrá sido culpa mía, todo! Porque los delitos que cometen los hombres, en última instancia, siempre son nuestros delitos; ¿no es así, señor Strike? La responsabilidad definitiva siempre recae en la mujer, que es quien debería haberle parado los pies, quien debería haber actuado, quien debería haberlo sabido. Sus faltas son en realidad nuestras faltas, ¿verdad? Porque la mujer debe ser, ante todo, una cuidadora, y en este mundo no hay nada peor que ser una mala madre.

Respiraba agitadamente, y se presionó las sienes con dedos temblorosos. Detrás de las cortinas, la noche azul oscura descendía poco a poco como un velo sobre el rojo de la puesta de sol y, a medida que el salón iba oscureciéndose, las facciones de Rhiannon Winn se difuminaban en la penumbra. Pronto sólo se distinguiría su sonrisa, en la que brillaban aquellos protuberantes aparatos.

—Acérqueme la copa, por favor.

Strike se la dio. Della bebió hasta casi vaciarla y se quedó con ella en la mano.

—Mucha gente está dispuesta a pensar toda clase de cosas extrañas sobre una mujer ciega —dijo con amargura—. Cuando era joven era mucho peor, por supuesto. Muchas veces detectaba un interés lascivo por mi vida privada. Era en lo primero que pensaban algunos hombres. Quizá usted haya experimentado algo parecido con su pierna ortopédica, ¿no?

A Strike no le molestó que Della se refiriese con tanta franqueza a su discapacidad.

—Sí, a mí también me ha pasado a veces —admitió—. Con un tipo con el que había ido al colegio. Llevábamos años sin vernos. Era la primera vez que volvía a Cornualles después de la amputación. Cuando llevaba cinco cervezas en el cuerpo, me preguntó en qué momento advertía a las mujeres que, cuando me quitase los pantalones, se me desprendería también la pierna. Le pareció muy gracioso.

Della esbozó una sonrisa.

—Hay gente a la que nunca se le ocurre que deberíamos ser nosotros quienes hiciésemos los chistes, ¿no? Aunque en su caso debe de ser diferente, porque es un hombre. Por lo visto, la mayoría de la gente cree que el orden natural de las cosas es que la mujer físicamente capaz cuide del hombre discapacitado. Geraint tuvo que cargar con eso durante años: la gente daba por hecho que era un poco raro porque había escogido a una mujer discapacitada. Es posible que yo haya querido compensarlo por eso. Siempre intenté que él tuviese un papel..., un estatus... Pero ahora me doy cuenta de que habría sido mejor para ambos que él hubiese desarrollado cualquier otra actividad que no tuviese relación alguna conmigo.

A Strike le pareció que Della estaba un poco borracha. Quizá no hubiese comido nada. De pronto, sintió el impulso inapropiado de ver qué tenía en la nevera. Sentado ante aquella mujer vulnerable e imponente, le resultaba fácil comprender por qué Aamir se había involucrado tanto con ella, tanto profesional como personalmente, pese a no tener ninguna intención previa de que eso sucediese.

—La gente da por hecho que me casé con Geraint porque nadie más se había interesado por mí, pero se equivoca —dijo Della, enderezándose en el asiento—. En el colegio tenía un compañero que estaba loco por mí, y cuando tenía diecinueve años me propuso matrimonio. Tuve que decidir, y escogí a Geraint. No para tener a un cuidador, ni, como a veces han insinuado algunos periodistas, porque mi desmedida ambición hiciese necesaria la figura de un marido, sino... porque lo quería.

Strike se acordó del día que había seguido al marido de Della hasta aquel portal de King's Cross, y de las cosas que le había contado Robin sobre el sórdido comportamiento de Geraint en la oficina, y aun así nada de lo que Della acababa de decir le parecía inverosímil. La vida le había enseñado que se podía sentir un amor profundo y poderoso por las personas aparentemente más miserables, una circunstancia que, al fin y al cabo, debería servirnos de consuelo a todos.

—¿Está usted casado, señor Strike?

—No.

—Creo que el matrimonio es casi siempre una entidad insondable, incluso para quienes están dentro. Hizo falta este... todo este jaleo... para que me diera cuenta de que no podía continuar con él. La verdad es que no sé cuándo dejé de amarlo, pero en algún momento, después de fallecer Rhiannon...

Se le quebró la voz.

—... Se nos escapó. —Tragó saliva—. ¿Le importaría servirme otra copa de vino?

Strike hizo lo que Della le pedía. La habitación ya estaba muy oscura. Había vuelto a cambiar la música, y ahora sonaba un melancólico concierto de violín que a Strike le pareció, por fin, apropiado para la conversación. Al principio, Della se había mostrado reacia a hablar con él y, sin embargo, ahora parecía resistirse a dar por terminado aquel encuentro.

—¿Por qué su marido odiaba tanto a Jasper Chiswell? —preguntó Strike en voz baja—. ¿Por los desacuerdos políticos entre Chiswell y usted, o...?

—No, no —dijo Della Winn, desalentada—. Porque Geraint necesita culpar a alguien de las desgracias que le suceden.

Strike guardó silencio y esperó, pero ella bebió un poco más de vino y no añadió nada más.

—¿Concretamente qué...?

—No importa —lo cortó ella—. Da lo mismo, no tiene importancia.

Pero al cabo de un momento, tras otro gran sorbo de vino, añadió:

—Rhiannon no quería practicar esgrima. Lo que quería era un poni, como la mayoría de las niñas, pero nosotros, Geraint y yo, no veníamos de ambientes donde los niños tuviesen ponis. No teníamos ni la más remota idea de qué hacía la gente para tener caballos. Viéndolo con perspectiva, supongo que habríamos podido encontrar alguna forma de solucionarlo, pero los dos estábamos ocupadísimos y nos parecía la cosa más complicada del mundo, así que nuestra hija empezó a practicar esgrima, y resultó que era muy buena...

»¿He cumplido mi parte del trato, señor Strike? —preguntó con voz un poco pastosa—. ¿Me promete que encontrará a Aamir?

—Lo intentaré —contestó Strike—. ¿Puede darme el número de teléfono de Aamir? Y también su número privado, para mantenerla informada.

Della se los dijo de memoria, y Strike los anotó antes de cerrar su bloc y levantarse del sofá.

—Me ha ayudado usted mucho, señora Winn. Gracias.

—No sé si debo preocuparme —dijo ella, frunciendo el ceño—. Porque no estoy segura de que ésa fuese mi intención.

—¿Necesita que...?

—No necesito nada, gracias —respondió Della con absoluta claridad—. Me llamará cuando encuentre a Aamir, ¿verdad?

—Si no le digo nada antes, la llamaré la semana que viene para informarla de cualquier novedad —le aseguró Strike—. ¿Tiene que venir alguien esta noche, o...?

—Veo que no es usted tan duro como quizá sugiera su reputación —añadió Della—. No se preocupe por mí. Dentro de un rato vendrá mi vecina a pasear a *Gwynn*. También revisa los mandos del gas y esas cosas.

—En ese caso, no se levante. Buenas noches.

El perro, casi blanco, levantó la cabeza al ver que Strike iba hacia la puerta y olfateó el aire. El detective dejó a Della sentada a oscuras, un poco borracha, sin más compañía que la fotografía de la hija fallecida a la que ella nunca había visto.

Cerró la puerta de la calle. No recordaba la última vez que había sentido semejante mezcla de admiración, compasión y desconfianza.

55

Entonces lucharemos, al menos, con armas dignas, ya que hemos de luchar.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

En teoría, Matthew sólo iba a estar fuera por la mañana, pero aún no había regresado a casa. Había enviado dos mensajes, el primero a las tres de la tarde:

Tom tiene problemas en el trabajo y quiere hablar conmigo. Hemos ido al pub (yo sólo refrescos). Volveré en cuanto pueda.

Y el segundo, a las siete:

Lo siento mucho, se ha emborrachado, no puedo dejarlo solo. Voy a buscarle un taxi y luego iré a casa. Espero que no me hayas esperado para cenar. Te quiero.

Robin, que aún tenía el teléfono configurado para llamar con número oculto, llamó al móvil de Tom. Él contestó enseguida. No se oía el clásico ruido de fondo de un pub.

—¿Diga? —preguntó, malhumorado y aparentemente sobrio—. ¿Quién es?

Robin colgó.

Había dos maletas hechas esperando en el recibidor. Robin ya había llamado a Vanessa y le había preguntado si podía quedarse un par de noches en su sofá, hasta que encontrara algún sitio donde instalarse. Le pareció un poco extraño que su amiga no se mostrara más sorprendida, pero, al mismo tiempo, se alegró de no tener que eludir sus muestras de compasión.

En el salón, sentada en la moderna butaca de su casero mientras esperaba a Matthew, veía caer la noche detrás de las ventanas, y se preguntaba si habría sospechado algo de no haber encontrado el pendiente. En las últimas semanas, cada vez que Matthew se ausentaba, ella se alegraba de quedarse sola en casa, porque entonces podía relajarse y no tenía que esconderle nada: ni lo que le exigía su trabajo en el caso Chiswell ni los ataques de pánico que se había acostumbrado a gestionar sin hacer ruido en el suelo del cuarto de baño.

Tenía la extraña sensación de que estaba viviendo en un recuerdo. ¿Volvería a pasarle? ¿Volvería a sentir que estaba viviendo unos instantes que iban a cambiar su vida para siempre? Aquella habitación permanecería en su memoria durante mucho tiempo, y Robin paseó la mirada por ella para grabarla en su mente, tratando de ignorar la tristeza, la vergüenza y el dolor que ardían y se retorcían en su interior.

Poco después de las nueve, oyó que Matthew abría la puerta y sintió que se le encogía el estómago.

—¡Lo siento! —gritó él antes incluso de cerrar la puerta—, he topado con un taxista difícil, me ha costado un montón convencerlo para que aceptara...

Robin oyó entonces la débil exclamación de sorpresa de su marido al ver las dos maletas. Ahora ya podía marcar el número que tenía preparado en el móvil. Matthew entró en el salón, desconcertado, y la oyó pedir un taxi. Robin colgó. Se miraron.

—¿Qué significan esas maletas?

—Me marcho.

Hubo un largo silencio. Matthew parecía no entender nada.

—¿Qué quieres decir?

—Me parece que está muy claro, Matt.

—¿Me dejas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque te acuestas con Sarah.

Vio que Matthew trataba de dar con las palabras que quizá lo salvaran, pero pasaban los segundos, y ya era demasiado tarde para mostrar incredulidad, sorpresa, inocencia o incompreensión.

—¿Cómo? —dijo por fin, con una risa forzada.

—No lo hagas, por favor. No tiene sentido. Se acabó.

Él seguía en el umbral del salón; parecía cansado, ojeroso incluso.

—Pensaba irme y dejarte una nota —le explicó Robin—, pero me ha parecido que era demasiado melodramático. De todas formas, hemos de hablar de ciertos temas.

Lo miraba y tenía la sensación de que podía leer sus pensamientos: «¿Cómo me he delatado?», «¿Quién se lo ha contado?»

—Robin, espera... —repuso Matthew con apremio, soltando la bolsa de deporte a su lado (que sin duda estaba llena de ropa perfectamente limpia y planchada)—, ya sé que, desde hace un tiempo, las cosas no van bien entre nosotros, pero yo te quiero, Robin. No lo tires todo por la borda. Por favor.

Dio unos pasos, se puso en cuclillas junto a la butaca e intentó cogerle una mano. Robin la apartó, asombrada.

—Te acuestas con Sarah —repitió.

Él se levantó y luego se sentó en el sofá. Se tapó la cara con ambas manos y, con voz débil, dijo:

—Lo siento. Lo siento. Las cosas estaban tan complicadas entre tú y yo...

—¿Que no tuviste más remedio que acostarte con la prometida de tu amigo?

Al oír esas palabras, Matthew la miró sorprendido y con cara de pánico.

—¿Has hablado con Tom? ¿Lo sabe?

De pronto, llena de un desprecio que jamás había sentido, Robin no soportó estar tan cerca de él y fue hacia la ventana.

—¿Qué pasa, Matt? ¿Lo que más te preocupa son tus perspectivas de ascenso?

—¡No! Mierda... Tú no lo entiendes. Sarah y yo hemos terminado...

—¿Ah, sí?

—Sí. ¡Sí! Mierda... Qué ironía, joder. Nos hemos pasado todo el día hablando. Hemos acordado que esto no podía continuar, porque Tom y tú... Hemos decidido no vernos más. Hace apenas una hora.

—¡Vaya! —exclamó Robin, soltando una risita—. Sí que es irónico, sí.

Le sonó el móvil, y contestó como si estuviera en un sueño, como si estuviese desconectada de su propio cuerpo.

—¿Robin? —dijo Strike—. Novedades. Acabo de estar con Della Winn.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ella, tratando de parecer atenta y serena.

Estaba decidida a no interrumpir la llamada. Ahora su vida profesional era su única vida, y Matthew ya no podría condicionarla. Le dio la espalda a su marido, que echaba chispas, y se quedó mirando la oscura calle adoquinada por la ventana.

—Muy bien —contestó Strike—. Dos cosas muy interesantes. Primera: ha metido la pata. No creo que Geraint estuviese con Aamir la mañana que murió Chiswell.

—Interesante, sí —dijo Robin, y se obligó a concentrarse, consciente de que Matthew la observaba.

—Tengo su número de teléfono. He llamado, pero no contesta. Me he acercado al *bed & breakfast* en el que se alojaba, para ver si todavía estaba allí, pero el dueño dice que ya ha dejado la habitación.

—Una pena. ¿Y la otra? —preguntó Robin.

—¿Es Strike? —preguntó Matthew en voz alta, detrás de ella.

Robin no le hizo caso.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Strike.

—Nada. Sigue.

—Pues la otra cosa interesante es que el año pasado Della tuvo un encuentro con Kinvara; al parecer estaba histérica porque creía que Chiswell...

Robin notó que le arrancaban bruscamente el móvil de la mano. Se dio la vuelta. Matthew cortó la llamada sin miramientos.

—¿Cómo te atreves?! —le gritó Robin, alargando la mano para cogérselo—. ¡Devuélvemelo!

—¿Estamos intentando salvar nuestro puto matrimonio y tú contestas a su llamada?!

—¡Yo no estoy intentando salvar ningún matrimonio! ¡Devuélveme el móvil!

Matthew pareció dudar, pero finalmente le devolvió el teléfono con un movimiento brusco. Luego puso cara de enfado cuando Robin, impasible, volvió a marcar el número de Strike.

—Lo siento, Cormoran, se ha cortado —dijo bajo la mirada colérica de Matthew.

—¿Va todo bien, Robin?

—Sí, sí. ¿Qué me decías de Chiswell?

—Que tenía una aventura.

—¿Una aventura? —dijo Robin, mirando a los ojos a Matthew—. ¿Con quién?

—No lo sé. ¿Y tú? ¿Has conseguido hablar con Raphael? Sabemos que él no está tan preocupado por proteger la memoria de su padre. A lo mejor nos cuenta algo.

—Le he dejado un mensaje, y otro a Tegan, pero ninguno de los dos me ha devuelto la llamada.

—Vale. Bueno, mantenme informado. Todo esto podría explicar lo del martillo volador de Kinvara, ¿no te parece?

—Ya lo creo —dijo Robin.

—Acabo de llegar al metro. Te dejo. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro —afirmó Robin, tratando de aparentar una impaciencia rutinaria—. Hasta luego.

Y colgó.

—«Hasta luego» —repitió Matthew con la vocecilla aguda que solía utilizar para imitar a las mujeres—. «Hasta luego, Cormoran. Voy a abandonar a mi marido y así podré estar siempre a tu disposición, Cormoran. No me importa cobrar el sueldo mínimo, Cormoran, mientras pueda ser tu sierva.»

—Vete a la mierda, Matt —dijo Robin sin perder la calma—. Vete a la mierda y llévate a Sarah contigo. El pendiente que se dejó en nuestra cama está arriba, en mi mesilla de noche, por cierto.

—Robin... —de repente, Matthew se puso muy serio—, podemos arreglarlo. Si nos queremos, podemos arreglarlo.

—Ya. Pero el problema, Matt, es que yo ya no te quiero.

Robin siempre había creído que eso de que los ojos «se oscurecían» era una metáfora, una licencia poética, pero vio que los ojos claros de su marido se volvían negros al dilatársele de golpe las pupilas.

—Eres una zorra —dijo Matthew en voz baja.

Robin sintió el impulso cobarde de mentir, de retirar aquella afirmación tan tajante, de protegerse; pero se impuso algo más poderoso: la necesidad de decir la verdad sin tapujos, después de tanto tiempo mintiéndole a él y mintiéndose a sí misma.

—No, ya no te quiero —repitió—. Debería haber acabado con esto en la luna de miel. Me quedé porque estabas enfermo. Me diste pena... No —rectificó, decidida a hacerlo bien por fin—: en realidad ni siquiera deberíamos habernos ido de luna de miel. Debería haberme largado el mismo día de la boda, en cuanto me enteré de que habías borrado aquellas llamadas de Strike.

Quería mirar la hora para saber cuánto iba a tardar el taxi, pero no se atrevía a desviar la mirada del rostro de Matthew. Su expresión tenía algo que recordaba a una serpiente asomando por debajo de una roca.

—¿Qué crees que piensa la gente de tu vida? —preguntó entonces él, en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Abandonaste los estudios. Ahora abandonas tu matrimonio. Incluso abandonaste a tu terapeuta. Eres una rajada de mierda. Lo único que todavía no has dejado es ese empleo estúpido que casi te mata, aunque tu jefe te despidió. Te dejó volver porque se te quiere follar. Y seguramente no encuentra a ninguna tía que le salga tan barata como tú.

Fue como si le hubiese dado un puñetazo. Robin se quedó sin aire, pero con un hilo de voz aún fue capaz de articular unas últimas palabras:

—Gracias, Matt. —Fue hacia la puerta—. Gracias por ponérmelo tan fácil.

Pero él le cerró rápidamente el paso.

—Era un empleo tentador. Él te prestaba atención, y tú te engañaste y creíste que era el trabajo perfecto para ti, a pesar de que era lo último que deberías hacer, teniendo en cuenta tu historial...

Robin trataba de contener las lágrimas, decidida a no sucumbir.

—Durante años quise dedicarme a algo relacionado con la investigación...

—¡Eso son chorradas! —Matthew se burló—. ¿Desde cuándo has...?

—¡Yo tenía una vida antes de conocerte, ¿sabes?! —le gritó Robin—. ¡Tenía una vida, y una familia, y hablaba de cosas de las que tú nunca me has oído hablar! A ti nunca te lo conté, Matthew, porque sabía que te reirías de mí, igual que los imbéciles de mis hermanos. Decidí estudiar Psicología porque pensé que podría especializarme en estudios forenses.

—Nunca me habías hablado de eso, sólo intentas justificarte porque...

—No te hablé de eso porque sabía que te burlarías de mí.

—Mentira...

—¡No es mentira! —gritó Robin—. Te estoy diciendo la verdad, la pura verdad, y una vez más no eres capaz de creer lo que te digo. Además, te alegraste de que dejara la universidad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—«No tengas prisa por volver», «No necesitas hacer una carrera universitaria»...

—¡Ah, así que ahora me reprochas que fuese comprensivo!

—Te alegraste, te encantó que me quedara en casa de mis padres; ¿por qué no lo admites? Sarah Shadlock en la universidad... y yo en Masham, sin poder explotar mi potencial... Eso compensaba que hubiese sacado mejor nota de acceso a la universidad que tú, y que me hubiesen aceptado en mi primera opción de...

—¡Ja, ja! —Soltó una carcajada de desprecio—. ¿Sacaste mejor nota de acceso a la universidad que yo? Ah, sí, no duermo por las noches, mira.

—¡Si no me hubiesen violado, habríamos roto hace muchos años!

—¿Eso es lo que aprendiste yendo a terapia? ¿A contar mentiras sobre tu pasado para justificar todos tus fracasos?

—¡Aprendí a decir la verdad! —gritó Robin, al borde de la violencia—. Y te voy a decir una más: ¡ya me estaba desenamorando de ti antes de que me violasen! No te interesaba nada de lo que hacía: ni mis estudios ni mis nuevos amigos. Lo único que querías saber era si alguien intentaba ligar conmigo. Pero después fuiste tan dulce, tan tierno... Parecías el hombre más fiable del mundo, el único en quien podía confiar. Por eso seguí contigo. Si no me hubiesen violado, ahora no estaríamos aquí.

Oyeron llegar el taxi. Robin intentó pasar y salir al recibidor, pero Matthew se desplazó hacia un lado y volvió a cerrarle el paso.

—Ni hablar. No te vas a salir con la tuya tan fácilmente. ¿Que seguiste conmigo porque yo era fiable? ¡Y un cuerno! Estabas enamorada de mí.

—Creía que lo estaba —dijo Robin—, pero ya no. Apártate. Me marchó.

Intentó esquivarlo, pero él volvió a bloquearle el paso.

—No —insistió, y esta vez avanzó, obligándola a ella a retroceder—. No te vas a ninguna parte. Tenemos que solucionar esto.

El taxista llamó al timbre.

—¡Ya voy! —gritó Robin.

Pero Matthew insistió:

—Esta vez no vas a huir, te vas a quedar aquí y vas a arreglar este desastre...

—¡No! —gritó ella como si le diera una orden a un perro.

Se plantó, negándose a retroceder más hacia el salón, a pesar de que tenía a Matthew tan cerca que notaba su aliento en la cara, y de repente se acordó de Geraint Winn y sintió una repulsión arrolladora.

—¡Apártate de mí! ¡Apártate ahora mismo!

Y Matthew, como un perro, dio un paso atrás, pero no obedeciendo a la orden, sino reaccionando a algo que había detectado en la voz de Robin. Estaba furioso, pero también asustado.

—Muy bien —dijo Robin.

Sabía que estaba al borde de una crisis de ansiedad, pero aguantó, y cada segundo que pasaba sin que se derrumbara le daba más fuerza y la ayudaba a mantenerse firme.

—Me marchó. Si intentas impedírmelo, me defenderé. He peleado contra hombres mucho más corpulentos y más peligrosos que tú, Matthew. Y tú ni siquiera llevas encima un maldito cuchillo.

Vio que sus ojos se oscurecían más que nunca, y de pronto recordó que, en la boda, su hermano Martin le había dado un puñetazo en la cara. Pasara lo que pasase —se prometió, poseída por una especie de euforia salvaje—, ella lo haría mejor que Martin. Le rompería la maldita nariz a Matthew, si hacía falta.

—Por favor —dijo él, dejando caer los hombros—, Robin...

—Si quieres impedir que me marche, tendrás que hacerme daño, pero te lo advierto: si lo haces, te denunciaré por agresión. Eso no les va a gustar nada en la oficina, ¿no crees?

Robin le sostuvo la mirada unos segundos más, y entonces avanzó hacia él, apretando los puños, preparada para que Matthew le cerrara el paso o la agarrara, pero esta vez él se apartó.

—Robin... —rogó con voz ronca—. Espera... En serio, espera. Has dicho que había temas de los que había que hablar...

—Ya hablarán nuestros abogados —sentenció ella, y abrió la puerta de la calle.

El frescor de la noche en su rostro fue como una bendición.

Una mujer fornida estaba al volante de un Corsa Vauxhall y, al ver las maletas de Robin, salió para ayudarla a meterlas en el maletero. Matthew se quedó en el umbral. Cuando Robin ya estaba a punto de entrar en el coche, la llamó, y a ella se le desbordaron las lágrimas, pero no lo miró y cerró de un portazo.

—Vámonos, por favor —le dijo con voz entrecortada a la taxista.

Matthew bajó los escalones y se agachó para hablar con ella a través del cristal.

—¡Todavía te quiero, joder!

El coche arrancó por la calzada de adoquines de Albury Street y se alejó de las fachadas con molduras de las bonitas casas de marinos mercantes donde Robin nunca se había sentido cómoda. Al llegar al final de la calle supo que, si miraba atrás, vería a Matthew viendo cómo se alejaba el coche. Su mirada y la de la taxista se encontraron en el espejo retrovisor.

—Lo siento —se excusó Robin absurdamente, y luego, desconcertada por su propia disculpa, añadió—: Acabo... de dejar a mi marido.

—¿Ah, sí? —La taxista puso el intermitente—. Yo ya he dejado a dos. Con la práctica cada vez resulta más fácil.

Robin intentó reír, pero le salió un fuerte hipido, mitad sollozo, y cuando el coche dejó atrás al solitario cisne tallado en la piedra del pub de la esquina, rompió a llorar a lágrima viva.

—Toma.

La taxista le pasó un paquetito de pañuelos de papel.

—Gracias —dijo Robin.

Extrajo uno y se tapó con él los cansados y enrojecidos ojos, hasta que el pañuelo quedó empapado y con manchas de los restos del rímel y el delineador negro de Bobbi Cunliffe. Esquivó la mirada compasiva de la taxista en el espejo retrovisor y clavó la vista en el regazo. Al ver el envoltorio de plástico de los pañuelos de papel, se dio cuenta de que eran de una marca estadounidense desconocida: «Dr. Blanc.»

De inmediato, el vago recuerdo de Robin se convirtió en una imagen clara, como si hubiera estado esperando ese pequeño empujón. Recordaba perfectamente dónde había visto la locución «Blanc de blanc», aunque no tenía nada que ver con el caso, sino con su matrimonio en ruinas, con un sendero entre la lavanda y un jardín acuático japonés: con la última vez que había dicho «Te quiero» y la primera que había sido consciente de que, al decirlo, mentía.

56

No puedo ni quiero cruzar por la vida con un cadáver a cuestas.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Al día siguiente, por la tarde, Strike se acercaba a Henlys Corner, en North Circular Road, y maldijo por lo bajo al ver que los coches que tenía delante se detenían. Se suponía que aquel cruce, un clásico foco de embotellamientos, había mejorado con las obras realizadas ese año. Se puso en la cola de vehículos parados, bajó la ventanilla, encendió un cigarrillo y miró la hora en el reloj del salpicadero con la habitual sensación de impotencia y rabia que con tanta frecuencia generaba conducir por Londres.

Se había planteado si sería mejor coger el metro para ir al norte de la ciudad, pero el hospital psiquiátrico estaba a casi dos kilómetros de la estación más cercana, y el BMW resultaba algo más cómodo, tal como tenía la pierna. Ahora temía llegar tarde a la entrevista que estaba decidido a no perderse, en primer lugar porque no quería contrariar al equipo psiquiátrico que lo había autorizado para hablar con Billy Knight, y en segundo, porque no sabía cuándo volvería a tener una oportunidad de hablar con el hermano pequeño de los Knight sin miedo a encontrarse con el mayor. Barclay le había asegurado aquella misma mañana que los planes de Jimmy para ese día consistían en escribir un artículo sobre la influencia global de Rothschild para la página web del Partido Socialista Verdadero, y en probar el nuevo hachís de Barclay.

Mientras tamborileaba en el volante con el ceño fruncido, Strike se puso a pensar de nuevo en una pregunta que llevaba incordiándolo desde la noche pasada: ¿se había cortado la llamada de Robin porque Matthew le había quitado el teléfono de las manos? Robin no le había parecido muy convincente cuando le había asegurado que no pasaba nada.

Strike incluso había estado a punto de llamarla de nuevo mientras se calentaba unas judías cocidas en el único fogón de la cocina. Seguía intentando adelgazar, y se comió la frugal cena sin entusiasmo delante del televisor viendo un resumen de la ceremonia de clausura de las Olimpiadas, aunque sin prestar mucha atención al espectáculo de las Spice Girls, que recorrían el estadio subidas en los típicos taxis londinenses. «Creo que el matrimonio es casi siempre una entidad insondable, incluso para quienes están dentro», había dicho Della Winn. A lo mejor, Robin y Matthew estaban en la cama en ese momento. ¿Era peor arrancarle el teléfono de la mano que borrar su historial de llamadas? Después de aquello, Robin había seguido con Matthew... ¿Dónde estaba su línea roja?

Además, a Matthew le importaba demasiado su reputación y su futuro en la empresa como para no comportarse de forma civilizada. Aquella noche, uno de los últimos pensamientos de

Strike antes de quedarse dormido había sido que Robin se había defendido con éxito del destripador de Shacklewell, una idea horrible, desde luego, pero que al menos le proporcionaba cierta tranquilidad.

El detective era plenamente consciente de que la salud del matrimonio de su socia debería ser la menor de sus preocupaciones, dado que aún no tenía ninguna información para la clienta que estaba pagando a tres investigadores a jornada completa para que averiguaran algún dato relevante sobre la muerte de su padre. Aun así, cuando los coches se pusieron por fin en marcha, Strike siguió dándole vueltas a la relación de Robin y Matthew, hasta que vio el letrado de la clínica psiquiátrica y, haciendo un esfuerzo, se obligó a concentrarse en la entrevista que tenía por delante.

A diferencia del gigantesco prisma rectangular de hormigón y cristal negro donde había estado ingresado su sobrino Jack unas semanas atrás, el hospital en cuyo aparcamiento Strike estacionó veinte minutos más tarde ostentaba unos pináculos llenos de filigranas y ventanas bizantinas con barrotes. El detective pensó que el edificio parecía el hijo bastardo de un palacio de pan de jengibre y una cárcel gótica. Un maestro cantero victoriano había labrado la palabra «SANATORIO» en el sucio arco de ladrillo rojo de la puerta principal de doble hoja. Strike, que llegaba cinco minutos tarde, abrió la puerta del conductor y, sin molestarse en quitarse las zapatillas de deporte y ponerse un calzado más elegante, cerró el BMW y se apresuró, cojeando, hacia los mugrientos escalones de la entrada.

Entró en un vestíbulo frío, con techos altos de un blanco grisáceo, ventanas de iglesia y un tufillo a decadencia y descomposición que el olor a desinfectante no lograba disimular. Buscó el número de la sala que le habían indicado por teléfono y enfiló un pasillo que había a su izquierda.

El sol entraba por las ventanas con barrotes y proyectaba sombras discontinuas en las paredes blancuzcas, adornadas con cuadros mal colgados, algunos de ellos realizados sin duda por antiguos pacientes. Strike pasó por delante de una serie de *collages* que representaban detalladas escenas agrícolas hechas con fieltro, oropel e hilazas, y vio salir a una adolescente esquelética de un cuarto de baño, acompañada por una enfermera. Ninguna de las dos se fijó en él. De hecho, la chica tenía la mirada ausente, como si estuviera enfocada, pensó Strike, en una batalla que libraba en su interior, lejos del mundo real.

Lo sorprendió un poco encontrar la puerta de doble hoja de la sala, que estaba cerrada con llave, al final del pasillo. Una vaga asociación entre los pináculos y la primera esposa de Edward Rochester había hecho que se la imaginara en las plantas superiores, quizá escondida en alguna de aquellas torres puntiagudas. La realidad era mucho más prosaica: un gran timbre verde en la pared, que Strike pulsó, y un enfermero pelirrojo que se asomó a una ventanilla de cristal y volvió la cabeza para hablar con alguien que estaba detrás de él. Abrieron la puerta y lo dejaron pasar.

En la sala había cuatro camas y una zona de descanso donde dos pacientes vestidos de calle jugaban a las damas: un hombre mayor, aparentemente sin dientes, y un joven paliducho con un aparatoso vendaje en el cuello. Junto a la puerta, de pie en una pequeña oficina de recepción, había varias personas: un camillero, dos enfermeros más y lo que Strike dedujo que eran dos médicos, un hombre y una mujer. Cuando entró, todos se volvieron y se quedaron mirándolo. Uno de los enfermeros le dio discretamente con el codo al otro.

—¿Cómo está usted, señor Strike? —dijo el doctor, de escasa estatura y aspecto inteligente, con un marcado acento de Mánchester—. Soy Colin Hepworth, habló conmigo por teléfono. Ella es la doctora Kamila Muhammad.

Strike le estrechó la mano a la mujer, cuyo pantalón de uniforme azul marino le recordó al de una policía.

—Los dos estaremos presentes durante su entrevista con Billy —le explicó la doctora—. Ha ido un momento al cuarto de baño. Está muy emocionado con la idea de volver a verlo. Hemos pensado utilizar una de nuestras salas de entrevistas. Está aquí mismo.

Bajo la ávida mirada de los enfermeros, le hizo cruzar la pequeña oficina y lo condujo a una habitacioncita con cuatro sillas y una mesa que estaba atornillada al suelo. Las paredes, pintadas de rosa claro, estaban totalmente desprovistas de adornos.

—Perfecto —dijo Strike.

Era como muchas de las salas de interrogatorio que él había utilizado en la Policía Militar. Allí también solía haber terceras personas presentes, generalmente abogados.

—Antes de empezar, me gustaría comentarle algunas cosas —dijo Kamila Muhammad, que se colocó junto a Strike y su colega detrás de la puerta para que los enfermeros no pudieran oír su conversación—. No sé cuánto sabe usted de la enfermedad de Billy.

—Su hermano me dijo que padece un trastorno esquizoafectivo.

—Exactamente —confirmó ella—. Dejó la medicación y acabó teniendo un episodio psicótico grave. Debió de ser entonces cuando fue a verlo a usted.

—Sí, parecía muy trastornado. Y también me dio la impresión de que había dormido en la calle.

—Sí, es muy probable. Su hermano nos dijo que entonces llevaba cerca de una semana desaparecido. Creemos que Billy ya ha superado la fase aguda —dijo la doctora—, pero todavía está muy encerrado en sí mismo, y por tanto es difícil valorar hasta qué punto está desconectado de la realidad. A veces es muy complicado hacerse una idea precisa del estado mental de una persona cuando ésta presenta síntomas paranoides y alucinaciones.

—Confiamos en que usted pueda ayudarnos a separar los hechos de la ficción —añadió el doctor—. Desde que ingresó aquí, el detective Strike ha sido un tema recurrente en sus conversaciones. Está impaciente por hablar con usted, mientras que con nosotros se muestra reticente. También ha expresado su temor a sufrir... represalias si se sincera con alguien, y, una vez más, es difícil valorar si ese miedo forma parte de su enfermedad o si realmente tiene motivos fundados para temer a alguien. Porque...

Titubeó, como si escogiese sus palabras con mucho cuidado.

—Creo que su hermano podría ser una amenaza real, si las cosas no salieran como él espera —intervino Strike.

El psiquiatra pareció aliviado al ver que el detective lo había entendido sin que él hubiese tenido que violar la confidencialidad.

—Usted conoce a su hermano, ¿verdad?

—Sí, lo conozco. ¿Viene a menudo a visitar a Billy?

—Ha venido un par de veces. Y después de verlo, Billy suele estar más nervioso y angustiado. Si también se muestra afectado durante esta entrevista con usted... —dijo el doctor.

—Entendido —contestó Strike.

—La verdad es que resulta curioso tenerlo aquí —afirmó el doctor, y esbozó una sonrisa—. Dábamos por hecho que la fijación que tenía Billy con usted formaba parte de su psicosis. En esta clase de trastornos, es bastante frecuente que el paciente esté obsesionado con algún personaje

famoso. De hecho —añadió ingenuamente—, hace sólo un par de días Kamila y yo coincidíamos en que esa fijación podría impedir que le diésemos el alta. En realidad es una suerte que nos llamara usted.

—Sí —dijo Strike con frialdad—, es una suerte.

El enfermero pelirrojo llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Billy ya está listo para hablar con el señor Strike.

—Estupendo —dijo la doctora—. Eddie, ¿Puedes traernos un poco de té? ¿Le apetece un té, señor Strike? —le preguntó, mirando hacia él.

El detective asintió. La doctora abrió la puerta y comentó:

—Ya puedes pasar, Billy.

Billy Knight llevaba pantalones de chándal, una sudadera gris y unas zapatillas de hospital. Aún tenía unas ojeras muy marcadas y, en algún momento desde la última vez que lo había visto, se había afeitado la cabeza. Llevaba el índice y el pulgar de la mano izquierda vendados. Strike pensó que aquel chándal seguramente se lo había facilitado Jimmy y, a pesar de que le iba muy holgado, se dio cuenta de que Billy había adelgazado. Se había mordido las uñas hasta hacerse sangre y tenía una llaga en la comisura de los labios, pero ya no desprendía aquel hedor a animal. Entró en la salita arrastrando los pies y, mirando fijamente a Strike, le tendió una mano huesuda que el detective estrechó. Billy se volvió hacia los médicos.

—¿Ustedes se quedan?

—Sí —le aclaró Colin—, pero no te preocupes, no diremos nada. Puedes contarle lo que quieras al señor Strike.

Kamila colocó dos sillas junto a la pared mientras Strike y Billy se sentaban frente a frente, uno a cada lado de la mesa. El detective habría preferido una disposición menos formal, pero, por su experiencia en la División de Investigaciones Especiales, sabía que una barrera sólida entre interrogador e interrogado solía resultar muy útil, y seguro que sucedía lo mismo en un hospital psiquiátrico.

—Llevo buscándote desde el día en que viniste a verme —empezó Strike—. Estaba preocupado por ti.

—Ya —dijo Billy—. Lo siento.

—¿Te acuerdas de lo que me contaste en mi despacho?

Un tanto ensimismado, Billy se tocó la nariz y el esternón, pero aquel gesto no era nada comparado con el tic que había repetido el día que había estado en Denmark Street. A Strike le pareció que ese movimiento le servía para acordarse de cómo se había sentido entonces.

—Sí —contestó Billy, y esbozó una sonrisita triste—. Le conté lo de la niña, lo que pasó allí arriba, donde el caballo. La niña a la que estrangularon.

—¿Sigues pensando que viste cómo estrangulaban a una niña? —le preguntó el detective.

Billy se llevó el dedo índice a la boca, se mordisqueó la uña y asintió con la cabeza.

—Sí... —contestó, sacándose el dedo de la boca—. Sí, lo vi. Dice Jimmy que me lo imaginé porque estoy..., bueno, enfermo. Usted conoce a Jimmy, ¿verdad? Lo siguió hasta el White Horse, ¿verdad?

Strike asintió.

—Jimmy estaba furioso. El White Horse... —dijo Billy, soltando una carcajada—. Tiene gracia. Mierda, ¡tiene mucha gracia! No había caído hasta ahora.

—Me contaste que habías visto cómo mataban a una niña «arriba, donde el caballo». ¿A qué caballo te referías?

—Al Caballo Blanco de Uffington. Es una gran figura grabada en la caliza, en la ladera de la montaña, cerca de donde yo me crié. No parece un caballo... Se parece más a un dragón, y además está en Dragon Hill. Nunca he entendido por qué dicen que es un caballo.

—¿Me puedes explicar qué viste exactamente allí arriba?

Strike tuvo la impresión de que Billy, como la chica esquelética con la que acababa de cruzarse, miraba fijamente en su interior, como si la realidad exterior se hubiera desvanecido por un instante. Tras esa pausa, el joven dijo en voz baja:

—Yo era pequeño, un crío... Creo que me habían dado algo. Me sentía muy mareado, como si estuviera soñando, caminaba lento y aturdido, y ellos me hacían repetir palabras y cosas y yo no podía hablar bien, y todos lo encontraban muy gracioso. Por el camino me caí en la hierba. Alguien me llevó un rato en brazos. Yo sólo quería dormir.

—¿Crees que te habían hecho tomar alguna droga?

—Sí —contestó Billy, abstraído—. Seguramente hachís. Jimmy siempre tenía un poco. Creo que mi hermano me llevó con ellos a la colina para que mi padre no se enterara de lo que habían hecho.

—¿A quiénes te refieres cuando dices «ellos»?

—No lo sé —dijo Billy sin más—. Adultos. Jimmy es diez años mayor que yo. Mi padre lo obligaba a cuidar de mí cuando él salía a beber con sus amigos. Llegaron a la casa por la noche y me desperté. Me dieron un yogur. Había otra niña pequeña. Y entonces se metieron todos en un coche... Yo no quería ir. Estaba mareado, y lloraba, pero Jimmy me zurró.

»Nos hicieron subir hasta la ladera del caballo. Estaba muy oscuro. La niña y yo éramos los únicos pequeños. Ella no paraba de chillar —añadió Billy, y la piel de su demacrado rostro se tensó aún más sobre los huesos—. Lloraba y llamaba a su madre, y él le dijo: “Tu madre ya no puede oírte, se ha ido.”

—¿Quién dijo eso?

—Él —contestó Billy en voz baja—. El que la estranguló.

Se abrió la puerta y entró una enfermera con una bandeja.

—Aquí está el té —anunció alegremente, mirando con curiosidad a Strike.

El psiquiatra frunció un poco el ceño; ella se retiró y volvió a cerrar la puerta.

—Nunca me creyeron —explicó Billy, y Strike detectó la súplica que subyacía en esa afirmación—. He intentado recordar algo más, ojalá pudiera... No dejo de pensar en aquel día, y me gustaría acordarme mejor.

»La estranguló para que dejase de lloriquear. No creo que pensara llegar tan lejos. Todos se asustaron mucho. Recuerdo que alguien gritó: “¡La has matado!”... O “lo has matado” —indicó Billy en voz baja—. Después Jimmy dijo que era un niño, pero ahora no quiere reconocerlo. Dice que me lo invento todo. “¿Cómo quieres que dijera que era un niño si eso nunca pasó? ¡Estás chalado!” Era una niña —se empeñó Billy—. No entiendo por qué se empeñaba en negarlo. Tenía nombre de niña. No me acuerdo de cómo se llamaba, pero era un nombre de niña...

»La vi desplomarse. Muerta. Se cayó al suelo. Estaba oscuro. Y entonces a todos les entró pánico... No sé cómo bajamos de allí, no me acuerdo de nada más... Sólo de cuando la enterraron, abajo, en la hondonada que había al lado de la casa de mi padre.

—¿Aquella misma noche?

—Creo que sí... —dijo Billy, nervioso—. Recuerdo que miré por la ventana de mi dormitorio y todavía estaba oscuro, y vi cómo la llevaban a la hondonada... Mi padre y él.

—¿Quién es «él»?

—El que la mató. Creo que era él. Un tipo alto. Con el pelo blanco. Dejaron el bulto en el suelo, envuelto con una manta rosa, y lo cubrieron de tierra.

—¿Le preguntaste a tu padre qué había pasado, qué era aquello que habías visto?

—No. No preguntábamos a mi padre sobre lo que hacía por aquella familia.

—¿Qué familia?

Billy frunció el ceño, desconcertado.

—¿Te refieres a tu familia? —preguntó Strike.

—No. A la familia para la que trabajaba. Los Chiswell.

Strike tuvo la impresión de que era la primera vez que Billy mencionaba a la familia del difunto ministro delante de los psiquiatras. Vio que los dos bolígrafos titubeaban.

—¿Qué tiene que ver el entierro con ellos?

Billy parecía confuso. Fue a decir algo, cambió de idea, frunció el ceño y recorrió las paredes de color rosa pálido con la mirada; finalmente, volvió a mordisquearse el dedo índice.

—No sé por qué he dicho eso... —dijo entonces.

No sonó a mentira ni a negación. Billy parecía sinceramente sorprendido por las palabras que acababan de salir de su boca.

—¿No recuerdas haber oído ni visto nada que te hiciera pensar que tu padre estaba enterrando a la niña por encargo de los Chiswell?

—No —respondió Billy, pensativo y frunciendo el ceño más aún—. No, pero... antes, cuando lo he dicho... he pensado que les estaba haciendo un favor..., como si después hubiese oído algo...

Negó con la cabeza.

—No me haga caso. No sé por qué lo he dicho.

«Personas, lugares y cosas», pensó Strike; sacó su bloc y lo abrió.

—Aparte de Jimmy y de la niña que murió —dijo—, ¿qué más recuerdas del grupo que subió hasta la colina del caballo aquella noche? ¿Cuántas personas crees que había?

Billy se concentró.

—No lo sé. Unas... ocho o diez.

—¿Todos hombres?

—No, también había mujeres.

Strike vio que, más allá del hombro de Billy, la psiquiatra arqueaba las cejas.

—¿Recuerdas algo más de aquel grupo? Ya sé que eras pequeño —dijo Strike, adelantándose a las objeciones de Billy—, y que probablemente te habían dado algo que te había dejado aturdido, pero ¿recuerdas algo más que no me hayas contado? ¿Algo que hicieran? ¿La ropa que llevaban? ¿Te acuerdas del pelo o del color de piel de alguno de ellos? ¿De cualquier detalle?

Hubo una larga pausa; entonces Billy cerró un momento los ojos y negó una vez con la cabeza, como si expresara su firme desaprobación ante una sugerencia que sólo él había oído.

—Era morena. La niña. Era...

Con un leve movimiento de la cabeza señaló a la doctora, que estaba detrás de él.

—¿Asiática? —preguntó Strike.

—Puede ser, sí —dijo Billy—. Pelo negro...

—¿Quién te llevó en brazos a la colina?

—Jimmy y otro se turnaron.

—¿Y nadie comentó por qué subían allí en plena noche?

—Creo que querían llegar al ojo.

—¿Al ojo del caballo?

—Sí.

—¿Para qué?

—No lo sé —contestó Billy, nervioso, pasándose las manos por la cabeza afeitada—. Se contaban historias sobre el ojo. Él la estranguló en el ojo, eso sí lo sé. De eso me acuerdo perfectamente. La niña se meó encima al morir. Vi cómo el pis salpicaba el ojo del caballo blanco...

—¿Y no recuerdas nada del hombre que lo hizo?

Billy tenía el rostro contraído. Inclinado hacia delante, empezó a sollozar y a sacudir la cabeza. El médico hizo ademán de levantarse de la silla, pero Billy debió de percibir sus intenciones, porque se serenó y negó con la cabeza.

—Estoy bien —dijo—. Quiero contárselo. Necesito saber si es real. Toda mi vida... No lo soporto más, necesito saberlo. Dejen que pregunte, sé que debe hacerlo. Dejen que siga —insistió—. No me pasa nada.

El psiquiatra volvió a sentarse lentamente.

—No te olvides del té, Billy.

—Sí. —Billy parpadeó para contener las lágrimas y se limpió la nariz con el dorso de la manga—. Vale.

Cogió la taza con las dos manos, una de ellas vendada, y tomó un sorbo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que continuemos? —le preguntó Strike.

—Sí —respondió Billy, más tranquilo—. Continuemos.

—¿Te acuerdas de si alguien mencionó a una niña llamada Suki Lewis, Billy?

Strike esperaba un «no». Ya había pasado la página para empezar con la lista de preguntas bajo el título «Lugares» cuando Billy dijo:

—Sí

—¿Ah, sí?

—Los hermanos Butcher la conocían —dijo Billy—. Eran amigos de Jimmy, y a veces hacían trabajos en casa de los Chiswell, con mi padre. Hacían tareas de jardinería, ayudaban con los caballos...

—¿Y conocían a Suki Lewis?

—Sí. La chica que se fugó, ¿no? Salió en las noticias. Los Butcher estaban muy emocionados porque habían visto su fotografía en la tele y conocían a la familia. Su madre estaba loca... Sí, la niña vivía en una casa de acogida y se fugó a Aberdeen.

—¿A Aberdeen?

—Sí, eso dijeron los Butcher.

—Tenía doce años.

—Tenía familia en el norte. La dejaron quedarse allí.

—¿Ah, sí? —preguntó Strike.

Imaginó que a los Butcher, unos adolescentes de Oxfordshire, Aberdeen debía de parecerles una ciudad muy remota, y pensó que quizá se sintiesen más inclinados a creerse esa historia porque, al no tener forma de comprobarla, les resultaba más verosímil.

—Estamos hablando de los hermanos de Tegan, ¿verdad? —preguntó Strike.

—¿Ha visto lo bueno que es? —le dijo Billy ingenuamente al psiquiatra volviendo la cabeza—. ¿Ha visto cuánto sabe? Sí —contestó, dirigiéndose de nuevo a Strike—. Tegan es la hermana pequeña. Ellos también trabajaban para los Chiswell, como nosotros. En aquella época había muchas cosas que hacer, pero luego empezaron a vender muchas tierras. Ahora ya no necesitan a tanta gente.

Bebió un poco más de té, sujetando la taza con ambas manos.

—Billy, ¿sabes dónde has estado desde el día que viniste a verme a mi despacho?

El tic volvió a aparecer de inmediato. Billy soltó la taza caliente con la mano derecha y se tocó la nariz y el pecho varias veces en una rápida sucesión.

—Estaba... Jimmy no quiere que hable de eso. —Dejó la taza encima de la mesa con un movimiento torpe—. Me dijo que no lo contara.

—Creo que es más importante que contestes a las preguntas del señor Strike, Billy. No te preocupes por lo que pueda pensar tu hermano —dijo el médico, que estaba sentado detrás del detective—. Ya lo sabes, si no quieres, no tienes por qué ver a Jimmy. Podemos pedirle que te deje quedarte aquí un tiempo, hasta que estés más tranquilo.

—¿Fue a verte Jimmy al sitio donde estabas? —le preguntó Strike.

Billy se mordió el labio.

—Sí —respondió por fin—, y me dijo que tenía que quedarme allí porque, si no, volvería a estropearlo todo y él tendría problemas por mi culpa. Yo creía que había puesto explosivos en la puerta... —continuó con una risita nerviosa—. Creía que, si intentaba salir, explotaría. Seguramente no era verdad, ¿no? —miró a Strike como si buscara una pista en su semblante—. A veces, cuando no estoy bien, se me ocurren ideas raras.

—¿Te acuerdas de cómo saliste de ese sitio?

—Pensé que habían desconectado los explosivos —contestó Billy—. El chico me dijo que saliera corriendo, y yo me largué.

—¿Quién era ese chico?

—El que se encargaba de que yo no saliera de allí.

—¿Te acuerdas de algo de lo que hacías mientras estabas prisionero allí? ¿Cómo pasabas el rato?

Billy negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas —insistió Strike— de si tallaste alguna figura en algo de madera?

La mirada de Billy se llenó de asombro y temor. Entonces se rió.

—¡Lo sabe usted todo! —dijo, y levantó la mano izquierda, que era la que llevaba vendada—. Me resbaló la navaja. Me la clavé.

El psiquiatra volvió a intervenir:

—Billy tenía tétanos cuando llegó aquí. Tenía un corte muy infectado en la mano.

—¿Qué tallaste en la puerta, Billy?

—Es verdad, ¿no? ¿Tallé el caballo blanco en la puerta? Porque después no sabía si lo había hecho o no.

—Sí, lo hiciste —le confirmó Strike—. He visto la puerta. Te quedó muy bien.

—Sí, bueno —dijo Billy—, es que antes... hacía esas cosas. Tallas. Para mi padre.

—¿Dónde tallabas el caballo?

—En unos colgantes —contestó Billy inesperadamente—. En unos circulitos de madera colgados de un cordón de cuero. Para los turistas. Los vendían en una tienda de Wantage.

—Billy, ¿te acuerdas de cómo fuiste a parar a aquel cuarto de baño? ¿Fuiste allí a ver a alguien o te llevaron?

Billy volvió a recorrer las paredes rosa con la mirada, pensativo, y frunció levemente el ceño.

—Fui a buscar a un tal Winner. No... Winner no...

—¿Winn? ¿Geraint Winn?

—Eso es —confirmó Billy, y volvió a escudriñar el rostro de Strike, maravillado—. ¡Lo sabe todo! ¿Cómo es que lo sabe todo?

—Te estuve buscando —le recordó Strike—. ¿Para qué querías ver a Winn?

—Oí a Jimmy hablando con él. —Billy volvió a mordisquearse la uña—. Jimmy dijo que Winn iba a ayudarlo a averiguar qué había pasado con la niña que habían asesinado.

—¿Winn iba a ayudarlo a averiguar qué había pasado con la niña estrangulada?

—Sí... —contestó Billy, nervioso—. Porque, después de verlo a usted, creí que usted era de los que querían atraparme y encerrarme. Creí que quería tenderme una trampa y... Cuando estoy mal me pasa eso —dijo con frustración—. Por eso fui a ver a Winner... A Winn. Jimmy tenía una dirección y un número de teléfono suyos, así que fui a buscar a Winn y entonces me pillaron.

—¿Quién te pilló?

—Ese chico... de piel morena —masculló Billy, mirando de soslayo a la psiquiatra—. Me daba miedo, creía que era un terrorista y que iba a matarme, pero entonces me dijo que trabajaba para el gobierno, y pensé que el gobierno quería tenerme retenido en su casa y que había explosivos en las puertas y las ventanas... Aunque creo que no había explosivos. Eran imaginaciones mías. Seguramente ese chico no quería que yo estuviese en su cuarto de baño. Seguramente estaba deseando librarse de mí —dijo Billy con una sonrisa triste—. Y yo no quería irme porque creía que saltaría por los aires.

En un movimiento reflejo, su mano derecha saltó a su nariz y a su pecho una vez más.

—Creo que intenté llamarlo otra vez, pero usted no cogió el teléfono.

—Sí, me llamaste. Me dejaste un mensaje en el contestador.

—¿Ah, sí? Bueno... Pensé que usted podría ayudarme a salir de allí. Lo siento... —dijo Billy, frotándose los ojos—. Cuando estoy mal no sé lo que hago.

—Pero ¿estás seguro de que viste cómo estrangulaban a aquella niña, Billy? —le preguntó Strike.

—Oh, sí —respondió Billy, afligido, y levantó la cabeza—. Sí, de eso no tengo ninguna duda. Estoy seguro de que lo vi.

—¿Alguna vez intentaste cavar en el sitio donde crees que...?

—¡No, qué va! —saltó Billy—. ¿Cavar al lado de la casa de mi padre? ¡No! ¡Qué miedo! —

dijo con voz débil—. No quería volver allí. Después de enterrarla, dejaron crecer la maleza: ortigas, malas hierbas... Yo tenía unas pesadillas horribles, no se lo puede ni imaginar. Soñaba que la niña salía trepando de la hondonada por la noche, medio descompuesta, y que intentaba entrar por la ventana de mi dormitorio.

Los bolígrafos de los psiquiatras rasgaban en el papel.

Strike pasó a la categoría de «Cosas» que tenía preparada en su bloc. Sólo quedaban dos preguntas.

—¿Pusiste una cruz en el suelo, en el sitio donde viste enterrar el cadáver, Billy?

—No —contestó él, asustado sólo de pensarlo—. Nunca me acercaba a esa hondonada si podía evitarlo. No quería acordarme.

—Última pregunta, Billy —anunció el detective—. ¿Sabes si tu padre hacía algo... inusual para los Chiswell? Ya sé que se encargaba del mantenimiento de la finca, pero ¿recuerdas si hacía otras cosas...?

—¿A qué se refiere? —preguntó Billy.

De pronto parecía más asustado que en ningún otro momento de la entrevista.

—No lo sé —dijo Strike, observando con prudencia su reacción—. Sólo me preguntaba si...

—¡Jimmy ya me lo advirtió! Me dijo que estaba usted husmeando en lo que hacía mi padre. ¡No puede culparnos de eso a nosotros, nosotros no teníamos nada que ver, éramos unos críos!

—No te culpo de nada... —le aseguró Strike.

Sin embargo, Billy y los dos psiquiatras ya se habían levantado; la doctora tenía una mano preparada sobre un discreto botón que había junto a la puerta, que Strike supuso que era una alarma.

—¿Todo esto era una trampa para hacerme hablar? ¿Para buscarnos problemas a Jimmy y a mí?

—No —repuso Strike, que también se levantó—. He venido porque creo que viste cómo estrangulaban a una niña, Billy.

Agitado y receloso, el joven se tocó dos veces la nariz y el pecho con la mano vendada.

—Entonces ¿por qué me pregunta qué hacía mi padre? —dijo en voz baja—. ¡La niña no murió así, no tuvo nada que ver con eso! Jimmy me va a zurrar —dijo con la voz quebrada—. Ya me dijo que usted iba tras él por lo que hacía mi padre.

—Nadie va a zurrar a nadie —afirmó el psiquiatra con firmeza—. Creo que hemos agotado el tiempo, señor Strike —añadió con tono enérgico y abriendo la puerta—. Ya puedes salir, Billy.

Pero el chico no se movió. Físicamente tal vez hubiese crecido, pero su rostro delataba el miedo y el desamparo de un crío huérfano de madre a quien los dos hombres que se suponía que debían protegerlo habían hecho enloquecer. Strike había conocido a infinidad de niños que habían tenido una infancia inestable y desordenada, en familias desestructuradas, y reconoció en la expresión de súplica de Billy una última exhortación al mundo de los adultos para que los mayores hiciesen lo que se suponía que debían hacer: conseguir que el orden se impusiera al caos, que la razón se impusiera a la brutalidad. Al contemplar la expresión de Billy, sintió una afinidad extraña con aquel enfermo demacrado y con la cabeza afeitada, porque se identificaba con sus ansias de orden. En su caso, aquella necesidad lo había empujado a posicionarse al lado de la ley. Quizá la única diferencia entre los dos era que la madre de Strike había vivido lo suficiente y lo había querido lo suficiente como para impedir que él se derrumbase cuando la vida lo había

maltratado.

—Voy a descubrir qué le pasó a la niña a la que viste estrangular, Billy. Te lo prometo.

Los psiquiatras se mostraron sorprendidos e incluso miraron al detective con desaprobación. Strike sabía que hacer afirmaciones absolutas y garantizar soluciones no formaba parte de su profesión. Se guardó el bloc en el bolsillo, rodeó la mesa y le tendió la mano a Billy. Al cabo de unos segundos, tras considerarlo detenidamente, la animosidad de Billy pareció desaparecer. Se acercó a Strike arrastrando los pies, aceptó la mano que le ofrecía y la sostuvo largo rato, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

En un susurro, para que no lo oyeran los médicos, le dijo:

—Yo lo odiaba, señor Strike. Odiaba ponerles el caballo.

¿Tienes valor y voluntad para ello, Rebeca?

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El apartamento de un solo dormitorio de Vanessa ocupaba la planta baja de una casa independiente, a escasa distancia del estadio de Wembley. Aquella mañana, antes de irse al trabajo, le había dado a Robin una copia de la llave del piso, le había asegurado que iba a tardar más de un par de días en encontrar otro sitio donde vivir y le había dicho que no le importaba en absoluto que se quedara allí hasta que hubiese solucionado el problema.

La noche anterior, ella y Robin se habían quedado bebiendo hasta tarde. Vanessa le había contado por primera vez la historia completa de cómo se había enterado de que su ex prometido la engañaba. El relato estaba lleno de giros inesperados y enredos varios, como la apertura de dos páginas de Facebook falsas que Vanessa había utilizado como cebo para su ex y su amante, a través de las cuales, al cabo de tres meses de pacientes halagos, había recibido desnudos de ambos. Robin, impresionada, se había reído mucho cuando Vanessa le representó la escena en la que le había pasado las fotografías a su ex, escondidas dentro de la felicitación de san Valentín que le había dado en mano en su restaurante favorito.

—Eres demasiado buena, chica —le dijo Vanessa, mirándola con frialdad por encima de su copa de pinot grigio—. Yo, como mínimo, me habría quedado el maldito pendiente y me habría hecho un colgante con él.

Vanessa ya se había ido a trabajar, y el edredón de repuesto descansaba pulcramente doblado en un extremo del sofá en el que Robin estaba sentada con el portátil abierto delante. Llevaba toda la tarde mirando habitaciones en viviendas compartidas, que era lo único que podía permitirse con el sueldo que le pagaba Strike. No podía dejar de acordarse de la litera del piso de Flick mientras leía los anuncios que quedaban dentro de la franja que podía pagar, algunos con fotografías de habitaciones austeras con varias camas que se asemejaban a barracones, y otras que parecían hechas para ilustrar noticias sobre tipos que acumulan basura de forma compulsiva y que acaban siendo hallados muertos por sus vecinos. Las risas de la noche anterior ya parecían muy lejanas. Robin hacía todo lo posible por ignorar el nudo doloroso y duro que tenía en la garganta, y que no lograba disolver por muchas tazas de té que se tomara.

Matthew había intentado hablar con ella dos veces a lo largo del día. Ella no había contestado a ninguna de las llamadas, y él no le había dejado ningún mensaje. Robin iba a tener que buscarse un abogado para ocuparse del divorcio, y eso le costaría un dinero que no tenía. Por el momento, sin embargo, su prioridad era encontrar un sitio donde vivir y seguir dedicándole las horas de

siempre al caso Chiswell. No quería poner en peligro la única faceta de su vida que todavía tenía algún valor para ella, así que no debía darle motivos a Strike para pensar que no estaba haciendo su parte del trabajo. «Abandonaste los estudios. Ahora abandonas tu matrimonio. Incluso abandonaste a tu terapeuta. Eres una rajada de mierda.»

Las fotografías de habitaciones cutres en pisos ajenos seguían disolviéndose ante sus ojos mientras se le revolvían las tripas al imaginarse a Matthew y a Sarah en la maciza cama de caoba que les había regalado su suegro. Cuando su autocontrol amenazaba con desintegrarse, le daban ganas de llamar a Matthew y desahogarse con él, pero no lo hizo, porque se negaba a ser eso en lo que él quería convertirla: la mujer irracional, sin medida y descontrolada, la «rajada de mierda».

Además, tenía noticias para Strike; noticias que estaba impaciente por comunicarle en cuanto él saliera de su entrevista con Billy. Raphael Chiswell había contestado a sus llamadas a las once de la mañana y, tras un primer intercambio bastante frío, había accedido a hablar con ella, pero sólo si quedaban en un sitio escogido por él. Una hora más tarde, Robin había recibido una llamada de Tegan Butcher, a la que no había tenido que insistir mucho para que se aviniera a charlar un rato. De hecho, parecía decepcionada por estar quedando con la socia de Strike, y no con el detective en persona.

Robin anotó los datos de una habitación en Putney («piso compartido con la casera, cocina vegetariana, gatos en la casa»), miró la hora y decidió cambiarse y ponerse el único vestido que se había llevado de Albury Street, y que estaba colgado, limpio y planchado, en la puerta de la cocina de Vanessa. Sabía que tardaría más de una hora en ir desde Wembley hasta el restaurante de Old Brompton Road donde había quedado con Raphael, y era consciente de que iba a necesitar más tiempo del habitual para arreglarse, porque la cara que vio en el espejo del cuarto de baño de Vanessa estaba pálida y aún tenía los párpados hinchados por la falta de sueño.

Robin estaba intentando disimular sus ojeras con corrector cuando le sonó el móvil.

—Hola, Cormoran —saludó, y conectó el altavoz—. ¿Ya has visto a Billy?

Su relato de la entrevista con el menor de los Knight duró unos diez minutos, durante los cuales Robin terminó de maquillarse, se cepilló el pelo y se puso el vestido.

—¿Sabes qué? —dijo Strike—. Estoy empezando a preguntarme si no deberíamos hacer lo que Billy nos pidió que hiciésemos al principio: excavar.

—Mmm —murmuró Robin, y luego añadió—: Un momento, ¿qué dices? ¿Te refieres a excavar literalmente?

—Sí, creo que sí.

Por primera vez aquel día, los problemas de Robin quedaron completamente eclipsados por otra cosa, una monstruosa. El cadáver de Jasper Chiswell había sido el primero que había visto fuera del contexto coherente y suavizado de un hospital o de una funeraria, pero el recuerdo de la cabeza con forma de nabo envuelta en plástico, con el oscuro agujero de la boca, no era nada comparado con la imagen de los huesos en descomposición de una niña envueltos en una manta vieja.

—Cormoran, si de verdad crees que hay una niña enterrada en esa hondonada, lo que deberíamos hacer es contárselo a la policía.

—Ya. Lo haría si creyera que los médicos de Billy iban a responder por él, pero no lo harán. Después de la entrevista, he estado hablando con ellos un buen rato. No pueden garantizar que el estrangulamiento de esa niña no sucediera de verdad, es el clásico problema de «imposible demostrar una negación», pero no se lo creen.

—¿Creen que se lo inventa?

—No en un sentido estricto. Creen que es una alucinación o, al menos, que Billy interpretó mal algo que vio cuando era muy pequeño. Incluso valoran la posibilidad de que lo viera en televisión. Eso encajaría con el resto de sus síntomas. Yo también creo que es poco probable que allí abajo haya algo, pero no estaría mal saberlo con certeza... En fin, ¿a ti cómo te ha ido? ¿Alguna novedad?

—¿Cómo? —preguntó Robin, desconcertada—. Ah, sí... He quedado con Raphael para tomar algo a las siete.

—Buen trabajo. ¿Dónde?

—En un sitio que se llama Nam no sé qué. ¿Nam Long Le Shaker?

—¿En Chelsea? —preguntó Strike—. Lo conozco, estuve hace mucho tiempo. No fue la mejor noche de mi vida.

—Y Tegan Butcher me ha devuelto la llamada. Por lo visto es una gran admiradora tuya.

—Justo lo que necesita este caso: otro testigo mentalmente trastornado.

—No seas grosero —dijo Robin, tratando de sonar divertida—. Bueno, por lo visto vive con su madre en Woolstone y trabaja en un bar del hipódromo de Newbury. Dice que no quiere quedar en el pueblo porque a su madre no le hará ninguna gracia saber que tiene tratos con nosotros, y pregunta si podemos ir a verla a Newbury.

—¿A qué distancia está de Woolstone?

—A unos treinta kilómetros, calculo.

—Vale —dijo Strike—, ¿qué te parece si vamos a Newbury en el Land Rover a entrevistar a Tegan, y luego nos acercamos a la hondonada y le echamos otro vistazo?

—Mmm... vale —contestó Robin, pensando ya en la mejor forma de volver a Albury Street a buscar el Land Rover.

Lo había dejado allí porque, para aparcar en la calle de Vanessa, hacía falta un permiso de residente.

—¿Cuándo?

—Cuando le vaya bien a Tegan, pero a ser posible esta semana. Cuanto antes, mejor.

—Vale —dijo Robin, pensando ahora en los planes que había empezado a hacer para ir a ver habitaciones en los dos días siguientes.

—¿Va todo bien, Robin?

—Sí, claro.

—Llámame después de hablar con Raphael, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —replicó Robin, que se alegraba de poner fin a aquella llamada—. Hasta luego.

58

Además, hay dos clases de voluntad en una persona, por supuesto.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Nam Long Le Shaker era un bar con una atmósfera decadente que recordaba a la era colonial. La iluminación tenue, las plantas muy frondosas y la variedad de pinturas y litografías de mujeres hermosas destacaban en una decoración que combinaba el estilo vietnamita y el europeo. A las siete y cinco, cuando Robin entró en el restaurante, encontró a Raphael apoyado en la barra, con traje oscuro y camisa blanca, sin corbata; ya se estaba tomando una copa mientras charlaba con la atractiva joven de larga melena que estaba de pie frente a una reluciente pared de botellas.

—Hola —dijo Robin.

—Hola —respondió él con una pizca de frialdad, y añadió—: ¿Qué les ha pasado a tus ojos? ¿Los tenías de ese color en Chiswell House?

—¿Azules? —preguntó Robin mientras se quitaba la chaqueta.

No hacía frío, pero se la había puesto porque estaba un poco destemplada.

—Sí —añadió.

—Supongo que no me di cuenta porque falta la mitad de las bombillas. ¿Qué te apetece tomar?

Robin titubeó. Sabía que no debía beber mientras realizaba una entrevista, pero, por otra parte, de repente se moría por una copa. Aún no se había decidido cuando Raphael, con un tono de crispación en la voz, dijo:

—¿Hoy también has trabajado infiltrada?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque has vuelto a quitarte el anillo de casada.

—¿Cuando estábamos en el despacho también te fijabas en todo? —le preguntó Robin.

Él le respondió con una sonrisa, haciendo que Robin recordara por qué siempre lo había encontrado tan agradable, a su pesar.

—Me fijé en que llevabas unas gafas falsas, ¿te acuerdas? Pensé que lo hacías para que te tomaran en serio, porque eras demasiado guapa para dedicarte a la política. Ya lo ves, éstos me funcionan bien. —Se señaló los ojos castaño oscuro—. Pero esto —añadió, dándose unos golpecitos en la sien— no tanto.

—Tomaré una copa de vino tinto —dijo Robin, sonriendo también—, y pago yo, por supuesto.

—Si invita el señor Strike, ¿por qué no cenamos? —propuso enseguida Raphael—. Me muero de hambre y estoy sin blanca.

—¿Ah, sí?

Tras haberse pasado el día buscando habitaciones de alquiler asequibles, Robin no estaba de humor para volver a oír la definición de pobreza de los Chiswell.

—Sí, aunque te cueste creerlo. —Raphael compuso una sonrisa un tanto sarcástica, y Robin sospechó que había adivinado lo que estaba pensando—. Bueno, ¿quieres que cenemos o no?

—Vale —dijo Robin, que apenas había comido en todo el día—. Cenemos.

Raphael cogió su botella de la barra y la guió por el restaurante hasta una mesa para dos. Era tan pronto que aún no había ningún cliente.

—Mi madre venía mucho a este restaurante en los ochenta —explicó Raphael—. Era conocido porque al dueño le gustaba mandar a la mierda a los clientes ricos y famosos si no iban bien vestidos, y a todos les encantaba.

—¿Ah, sí? —preguntó Robin, aunque en realidad tenía la cabeza en otro sitio.

Acababa de caer en la cuenta de que nunca volvería a cenar a solas con Matthew. Recordaba la última vez que lo habían hecho, en Le Manoir aux Quat'Saisons. ¿En qué estaría pensando su marido mientras comía en silencio? Seguro que estaba furioso porque ella iba a seguir trabajando con Strike, pero quizá también estuviera sopesando los atractivos de Sarah, con su empleo bien remunerado en Christie's, su reserva inagotable de historias sobre personas de su entorno forradas de dinero y su comportamiento desinhibido en la cama... La misma cama en la que, días después, se dejaría el pendiente de diamantes que le había regalado su prometido.

—Oye, si por cenar conmigo se te va a poner esa cara, no me importa volver al bar —dijo Raphael.

—¿Cómo? —preguntó Robin, distraída—. Ah, no, no es por ti...

Un camarero le sirvió la copa de vino, y ella tomó un gran sorbo.

—Lo siento —se disculpó—, estaba pensando en mi marido. Anoche lo dejé.

Raphael se quedó atónito, con la cerveza a un centímetro de los labios, y Robin comprendió que acababa de cruzar una frontera invisible. En todo el tiempo que llevaba trabajando en la agencia, nunca había utilizado datos de su vida privada para obtener la confianza de alguien; nunca había mezclado lo personal y lo profesional para ganarse a otra persona. Sabía que, al usar la infidelidad de Matthew para manipular a Raphael, estaba haciendo algo que a su marido le habría parecido repugnante. Para él, su matrimonio debía ser sacrosanto, no podía contaminarse con el trabajo de Robin, que consideraba sórdido e indigno.

—¿En serio?

—Sí, aunque no espero que me creas, teniendo en cuenta todas las mentiras que te conté cuando me hacía pasar por Venetia. En fin. —Sacó su bloc del bolso—. Dijiste que no te importaba que te hiciera unas preguntas, ¿verdad?

—Bueno... sí —respondió él, aparentemente incapaz de decidir si aquello lo divertía o lo perturbaba—. Pero ¿va en serio? ¿Decidiste separarte anoche?

—Sí —confirmó Robin—. ¿Por qué te sorprende tanto?

—No lo sé. Es que pareces tan... «buena chica». —Escudriñó su cara—. Forma parte de tu atractivo.

—Entonces ¿puedo hacerte esas preguntas? —continuó Robin sin inmutarse.

Raphael bebió un poco más de cerveza y dijo:

—Siempre pensando en el trabajo, ¿eh? Eso me lleva a preguntarme qué cosas podría hacer

para distraerte.

—En serio...

—Vale, vale. Las preguntas. Pero antes vamos a pedir. ¿Te apetece un poco de *dim sum*?

—Sí, me va bien cualquier cosa —dijo Robin, abriendo el bloc de notas.

Raphael se animó después de pedir la comida.

—Bebe un poco más.

—En realidad no debería beber nada —contestó ella, que de hecho no había vuelto a probar el vino después del primer trago—. Bien, me gustaría hablar de Ebury Street.

—Adelante —intervino Raphael.

—Ya oíste lo que dijo Kinvara de las llaves. Me gustaría saber si...

—¿Si yo tenía una? —preguntó Raphael con serenidad—. Adivina cuántas veces he estado en esa casa.

Robin lo miró, expectante.

—Una —continuó Raphael—. De pequeño nunca iba. Cuando salí de la..., bueno, ya sabes..., mi padre, que no había ido a visitarme ni una sola vez, me pidió que fuese a verlo a Chiswell House, así que fui. Me peiné, me puse un traje y fui a esa maldita casa, pero él no se presentó. Se justificó diciendo que se había retrasado debido a una votación en el Parlamento o una excusa parecida. Imagínate cómo debió de alegrarse Kinvara de que yo pasara allí la noche, en aquella casa deprimente que me ha provocado pesadillas desde que era un crío. ¡Bienvenido a casa, Raff! Regresé a Londres en el primer tren de la mañana. Durante la semana siguiente no tuve noticias de mi padre, hasta que volvió a pedirme que fuese a verlo, pero esta vez a Ebury Street. Me planteé pagarle con la misma moneda y no presentarme... Aún me pregunto por qué acabé yendo.

—¿Por qué crees que lo hiciste?

Él la miró a los ojos.

—¿Crees que se puede odiar a alguien y, al mismo tiempo, desear que le importes, mientras te odias a ti mismo por desear algo así?

—Sí, claro —dijo Robin en voz baja.

—Así que me fui para Ebury Street, creyendo que a lo mejor podría conseguir que mi padre..., bueno, no que me abriese el corazón, tú ya viste cómo era, pero quizá..., no sé, que mostrase algún tipo de emoción humana. Me abrió la puerta, dijo «Ah, eres tú», y me llevó al salón donde estaba Henry Drummond, y entonces comprendí que se trataba de una entrevista de trabajo. Drummond dijo que estaba dispuesto a contratarme, y mi padre me advirtió que no la cagara y me dijo que ya podía largarme. Fue la primera y la última vez que pisé esa casa —repitió Raphael—, así que no puedo decir que conserve buenos recuerdos de ella.

Hizo una pausa, como si estuviera reflexionando sobre lo que acababa de decir, y entonces soltó una risita.

—Además, mi padre se suicidó allí, claro. Me olvidaba de ese detalle.

—No tenías llave —dijo Robin, y lo anotó en su bloc.

—No, hubo muchas cosas que no me dieron ese día, entre ellas una copia de la llave y una invitación para ir allí siempre que quisiera.

—Tengo que preguntarte algo que quizá te parezca un poco fuera de lugar —comentó Robin con cautela.

—Suena interesante —señaló Raphael, que se inclinó hacia delante.

—¿Alguna vez sospechaste que tu padre tenía una amante?

—¡¿Qué?! —exclamó Raphael, sumamente sorprendido—. No, pero... ¿Cómo?

—En este último año, más o menos.

Raphael no daba crédito a lo que acababa de oír.

—De acuerdo —dijo Robin—. Si tú no...

—¿Qué demonios te hace pensar que tenía una amante?

—Kinvara mostraba una actitud muy posesiva, siempre estaba muy preocupada por saber dónde estaba tu padre, ¿no?

—Sí —confirmó Raphael, esbozando una sonrisa malévola—, pero ya sabes por qué. Era por ti.

—Me han dicho que Kinvara se derrumbó unos meses antes de que yo entrase a trabajar en el despacho. Le contó a alguien que tu padre la había engañado. Según me han comentado, estaba muy afectada. Fue más o menos cuando tuvieron que sacrificar a su yegua, y cuando ella...

—¿... Golpeó a mi padre con un martillo? —Raphael frunció el ceño—. Ah, yo creía que eso había sido porque Kinvara no quería que sacrificasen a la yegua. Bueno, supongo que, cuando era joven, mi padre sí debía de ser muy mujeriego. ¡Eh, un momento! A lo mejor fue eso lo que pasó la noche que fui a Chiswell House y él se quedó en Londres, ¿no? Kinvara lo estaba esperando y se puso furiosa cuando él, en el último momento, se echó atrás.

—Sí, podría ser —dijo Robin mientras seguía tomando notas—. ¿Te acuerdas de qué día fue?

—Pues sí, sí que me acuerdo. El día que sales de la cárcel se te queda grabado para siempre. Me pusieron en libertad el miércoles dieciséis de febrero del año pasado, y mi padre me pidió que fuese a Chiswell House el sábado siguiente, o sea... el diecinueve.

Robin lo anotó.

—¿Nunca viste ni oíste nada que pudiese indicar que había otra mujer?

—Tú misma pudiste verlo en la Cámara de los Comunes, mi padre y yo teníamos una relación muy distante. ¿Crees que me habría contado que estaba tonteando con alguien?

—Te contó que había visto al fantasma de Jack o'Kent deambulando por los jardines por la noche...

—Eso es diferente. Aquel día estaba borracho y... se puso morboso. Fue raro. No paraba de mencionar el rollo ese del castigo divino. No sé, puede que sí, que estuviese refiriéndose a una aventura. A lo mejor, después de tres esposas, empezaba a tener algo de conciencia.

—Yo creía que con tu madre no se había casado.

Raphael entornó los ojos.

—Sí, perdona. Se me había olvidado que soy el hijo bastardo.

—Oh, vamos, Raff —dijo Robin—, ya sabes que no lo he dicho con esa...

—Tranquila, no me hagas caso —masculló él—. Es que estoy un poco susceptible. Es lo que pasa cuando tu padre te excluye del testamento.

Robin se acordó de lo que había dicho Strike sobre las herencias: «Es el dinero, y no lo es.»

Raphael pareció que le había leído el pensamiento, y dijo:

—No es el dinero, aunque te aseguro que me vendría muy bien. No tengo trabajo, y dudo mucho que el viejo Henry Drummond me escriba una carta de recomendación. Por si fuera poco, mi madre está pensando en instalarse de forma permanente en Italia, y dice que va a vender el piso de Londres, lo que significa que tampoco tendré donde vivir. Ya lo ves —dijo con amargura—,

acabaré siendo el mozo de cuadra de Kinvara. Porque nadie querrá trabajar para ella, y a mí nadie querrá darme trabajo.

»Pero no, no se trata sólo del dinero. Cuando te excluyen del testamento... Bueno, “te excluyen”, eso lo dice todo. El testamento es el último mensaje del difunto a su familia, y yo no merecí ni una simple mención. Y ahora el capullo de Torquil me aconseja que me largue a Siena con mi madre y “empiece de cero”. ¡No te jode! —exclamó Raphael con gesto torvo.

—¿Es allí donde vive tu madre? ¿En Siena?

—Sí. Ahora está saliendo con un conde italiano, y créeme, lo que menos le apetece es que su hijo de veintinueve años se instale en su casa. No parece que el conde tenga intención de casarse con ella, y a mi madre empieza a preocuparle el futuro, de ahí que se le haya ocurrido vender el piso. Ya está un poco mayor para repetir la jugada que le hizo a mi padre.

—¿A que te ref...?

—Se quedó embarazada a propósito —la interrumpió Raphael—. No pongas esa cara. Mi madre nunca ha querido ocultarme la cruda realidad, ni en este caso ni en ningún otro. Esta historia me la contó hace años. Yo soy una apuesta que no salió bien. Mi madre pensó que él se casaría con ella si se quedaba embarazada, pero como tú misma acabas de señalar...

—Ya te he dicho que lo siento, Raff —insistió Robin—. Lo siento mucho. He sido muy desconsiderada y muy... estúpida.

Pensó que Raphael iba a mandarla a paseo, pero él, en voz baja, le dijo:

—¿Lo ves? Eres tan dulce... En el despacho no era todo teatro, ¿verdad?

—No lo sé —contestó ella—. Supongo que no.

Notó que Raphael movía las piernas por debajo de la mesa y ella volvió a echarse ligeramente hacia atrás.

—¿Cómo es tu marido?

—No sabría describirlo.

—¿Trabaja en Christie's?

—No. Es contable.

—Hostia —soltó Raphael, perplejo—. ¿Y eso te gusta?

—Cuando lo conocí todavía no lo era. ¿Te importa que volvamos a la llamada que te hizo tu padre el día de su muerte?

—Como quieras, aunque preferiría mil veces hablar de ti.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó esa mañana y después me preguntas lo que quieras? —le propuso Robin.

La sombra de una sonrisa atravesó el rostro de Raphael. Dio otro sorbo de cerveza y dijo:

—Mi padre me llamó. Me dijo que creía que Kinvara iba a hacer una estupidez y me pidió que fuese inmediatamente a Woolstone para impedirlo. Como puedes imaginar, le pregunté por qué me lo pedía precisamente a mí.

—Eso no nos lo contaste en Chiswell House —dijo Robin, revisando sus notas.

—Claro que no, porque estaban los otros delante. Mi padre me dijo que no quería pedírselo a Izzy. Fue bastante grosero. Francamente, mi padre era un desagradecido. Izzy se dejaba la piel trabajando para él, y ya viste cómo la trataba.

—¿A qué te refieres cuando dices que fue grosero?

—Me dijo que si se lo pedía a Izzy, ella sería desagradable con Kinvara, que le gritaría y que

aún sería peor. Como si él la tratara de maravilla, ¿no te jode? Pero lo cierto —continuó— es que, para él, yo sólo era una especie de sirviente de primera categoría, mientras que Izzy era un verdadero miembro de la familia. No le importaba que yo me ensuciase las manos, y tampoco que le tocase las narices a su esposa irrumpiendo en su casa e impidiéndole...

—¿Impidiéndole qué?

—¡Ah, la comida! —dijo Raphael.

La camarera dejó el *dim sum* en la mesa y se retiró.

—¿Impidiéndole qué? —repitió Robin—. ¿Que dejara a tu padre? ¿Que se hiciera daño?

—Me encanta esto —repuso Raphael, examinando los *dumpling* de gamba.

—Kinvara dejó una nota diciendo que se marchaba —insistió Robin—. ¿Te envió tu padre a Chiswell House para disuadirla? ¿Temía que Izzy la alentara a abandonarlo?

—Pero ¿tú crees que yo habría podido persuadir a Kinvara de que no abandonara a mi padre? La perspectiva de no tener que volver a verme habría sido para ella un incentivo más para separarse.

—Entonces ¿por qué te pidió que fueras?

—Ya te lo he dicho. Mi padre creía que Kinvara iba a hacer una estupidez.

—Raff —dijo Robin—, no puedes irte continuamente por las ramas...

Raphael se quedó inmóvil.

—Hostia, cómo se te marca el acento de Yorkshire. Di eso otra vez.

—La policía cree que en tu versión de lo que hiciste esa mañana hay algo que no cuadra —le informó Robin—. Y nosotros también.

Eso hizo que reaccionara.

—¿Cómo sabes lo que cree la policía?

—Tenemos nuestros contactos —contestó Robin—. Raff, has dado a entender a todo el mundo que tu padre intentaba impedir que Kinvara se hiciese daño, pero la verdad es que nadie se lo traga. La moza de cuadra estaba allí. Tegan. Ella habría podido impedir que Kinvara se hiciese daño.

Raphael masticó un rato, como si estuviera reflexionando.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. Está bien, mira, ya sabes que mi padre había vendido todo lo que tenía de valor, ¿no?, y que lo demás se lo había dado a Peregrine...

—¿A quién?

—Vale, a Pringle —rectificó Raphael, sin poder ocultar su irritación—. Es que prefiero no utilizar esos apodos tan estúpidos.

—No vendió todo lo que tenía de valor —repuso Robin.

—¿Qué quieres decir?

—El cuadro de la yegua y el potro vale entre cinco y ocho...

A Robin le sonó el móvil. Por el tono de llamada supo que era Matthew.

—¿No vas a contestar?

—No.

Esperó hasta que el teléfono dejó de sonar, y entonces lo sacó del bolso.

—«Matt» —dijo Raphael leyendo el nombre desde donde estaba—. Es el contable, ¿no?

—Sí —contestó Robin.

Puso el móvil en silencio, pero inmediatamente empezó a vibrarle en la mano. Matthew la estaba llamando otra vez.

—Bloquéalo —le sugirió Raphael.

—Sí, buena idea.

Lo único que le importaba en ese momento era que Raphael siguiese cooperando. Le pareció que disfrutaba viéndola bloquear a Matthew. Se guardó el móvil en el bolso y dijo:

—Me estabas hablando de los cuadros.

—Bueno, ya sabes que mi padre había vendido todos los cuadros valiosos a través de Drummond, ¿no?

—Hay quien cree que un cuadro de cinco mil libras es bastante valioso —dijo Robin sin poder contenerse.

—De acuerdo, doña Rojilla —repuso Raphael en un tono bastante impertinente—. Puedes seguir burlándote de la gente como yo, que no le damos valor al dinero...

—Lo siento —se disculpó Robin, y se maldijo para sus adentros—. De verdad, no me hagas caso... Me he pasado la mañana buscando una habitación de alquiler. Ahora mismo, cinco mil libras me cambiarían bastante la vida.

—Ah —dijo Raphael, frunciendo el ceño—. Claro, lo entiendo... De hecho, a mí también me vendría de perlas tener cinco mil en el bolsillo ahora mismo, pero yo me refería a objetos de otra categoría, valorados en decenas y centenares de miles, cosas que mi padre quería que se quedaran en la familia. Las había puesto a nombre de Pringle para evitar el impuesto de sucesiones. Había un armario de laca chino, un costurero de marfil y un par de cosas más, pero también estaba el collar.

—¿Qué collar?

—Uno horrible, enorme, de diamantes —dijo Raphael y, con la mano con la que no estaba pinchando los *dumpling*, indicó el grosor del collar—. Unos pedruscos enormes. Según tengo entendido, pertenece a la familia desde hace cinco generaciones y, según la tradición, lo recibía la hija mayor al cumplir los veintiún años; pero el padre de mi padre, que, como seguramente ya habrás oído, era un poco golfo...

—¿El que se casó con Tinky, la enfermera?

—Ella era su tercera o cuarta esposa... —aclaró Raphael—. Nunca me acuerdo. Pues bueno, sólo tuvo hijos varones, así que dejó que todas sus esposas usaran el collar, y al final se lo dejó a mi padre, que perpetuó la nueva tradición. Lo llevaron sus mujeres, incluida mi madre, y mi padre se olvidó de aquello de regalárselo a la hija mayor cuando cumpliera veintiún años. Pringle no lo tiene y mi padre no lo mencionó en su testamento.

—Espera, ¿me estás diciendo que ahora ese collar...?

—Aquella mañana, mi padre me llamó por teléfono y me dijo que tenía que hacerme con el maldito collar. Un trabajito fácil que a nadie le habría importado hacer —añadió con sarcasmo—. «Vete a casa de tu madrastra, que te odia, entérate de dónde guarda el valioso collar y róbaselo delante de sus narices.»

—Entonces... ¿crees que tu padre sí se tomó en serio lo de que Kinvara iba a dejarlo y temió que tuviese intención de llevarse el collar?

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo estaba cuando hablaste con él por teléfono?

—Ya te lo dije. Algo aturdido. Yo pensé que tenía resaca. Cuando me enteré de que se había suicidado... —Raphael titubeó un poco—. Bueno...

—¿Qué?

—La verdad, no podía quitarme de la cabeza que lo último que me había dicho mi padre era: «Ve corriendo y asegúrate de que tu hermana se queda los diamantes.» Unas palabras para atesorar en la memoria toda la vida, ¿no crees?

Robin no supo qué decir. Dio otro sorbo de vino, y entonces preguntó:

—¿Saben Izzy y Fizzy que ahora el collar es de Kinvara?

Los labios de Raphael esbozaron una sonrisa torva.

—Bueno, saben que legalmente lo es, pero ahora viene lo más divertido: creen que Kinvara se lo va a dar. Después de todo lo que han dicho de ella, después de llamarla «cazafortunas» durante años y ponerla a bajar de un burro a la mínima oportunidad, no conciben que Kinvara no vaya a entregarle el collar a Fizzy para que se lo dé a Flopsy... Maldita sea, a Florence. No les cabe en la cabeza porque —imitó una vocecilla aguda de clase alta—: «Querido, ni siquiera Tinky Dos sería capaz de hacer eso, el collar pertenece a la familia, y ella tiene que comprender que no puede vendérselo.» Son egocéntricas hasta la estupidez. Creen que existe una especie de ley natural según la cual los Chiswell consiguen lo que quieren, y los seres inferiores se ponen en la cola.

—¿Cómo sabía Henry Drummond que querías impedir que Kinvara se quedara con el collar? Le dijo a Cormoran que fuiste a Chiswell House por un noble motivo.

Raphael soltó una risotada.

—Vaya, se ha ido de la lengua, ¿eh? Sí, por lo visto Kinvara le dejó un mensaje a Henry el día antes de morir mi padre. Le preguntaba adónde podía llevar a tasar el collar.

—¿Por eso Drummond llamó a tu padre aquella mañana?

—Exacto. Para advertirle de lo que Kinvara pretendía hacer.

—¿Por qué no le contaste nada de todo esto a la policía?

—Porque cuando los otros se enteren de que Kinvara tiene intención de venderlo, será la bomba. Habrá una pelea tremenda, la familia recurrirá a los abogados y esperarán que yo les ofrezca mi apoyo para joder a Kinvara; pero mientras tanto me siguen tratando como a un ciudadano de segunda, como a un puto mensajero. Me hicieron ir a recoger los cuadros para llevárselos a Drummond a Londres, así fue como me enteré de cuánto le iban a dar a mi padre por ellos, un dinero del que no he visto ni un céntimo. No pienso implicarme en el escándalo del collarcito de marras, no pienso participar en su maldito juego. El día que mi padre me llamó por teléfono, debería haberle dicho que se metiera el collar donde le cupiese, pero me pareció que no se encontraba bien, y supongo que me dio pena o... yo qué sé... Eso sólo demuestra que tienen razón: no soy como ellos, no soy un auténtico Chiswell.

Se había quedado sin aliento. Acababan de entrar dos parejas en el restaurante. Robin vio, por el espejo, que una rubia muy acicalada se fijaba en Raphael al sentarse a la mesa con su rubicundo y grueso acompañante.

—Dime, ¿por qué has dejado a Matthew? —le preguntó de golpe.

—Porque me ha engañado. —Robin no tuvo fuerzas para mentir.

—¿Con quién?

Robin tuvo la impresión de que Raphael buscaba la forma de equilibrar una especie de

balanza de poder. Aunque con aquel arrebató contra su familia había exhibido toda su rabia y su desprecio, Robin también había percibido sufrimiento en sus palabras.

—Con una amiga suya de la universidad —contestó al final.

—¿Cómo te enteraste?

—Encontré un pendiente suyo en nuestra cama.

—¿En serio?

—En serio.

De pronto, la perspectiva de volver a hacer el trayecto hasta Wembley, donde la esperaba aquel duro sofá, hizo que se sintiera triste y desanimada. Y eso que aún no había llamado a sus padres para contarles lo que había pasado.

—En circunstancias normales, intentaríá seducirte —dijo Raphael—. Bueno, quizá no ahora mismo. Ni esta noche. Pero dentro de un par de semanas...

»Lo malo es que te miro... —La apuntó con el dedo y, a continuación, señaló detrás de ella, como si hubiese allí una figura imaginaria—. Y veo a tu jefe, el cojo, asomándose por encima de tu hombro.

—¿Hay alguna razón específica por la que consideres necesario mencionar que es cojo?

Raphael sonrió.

—Ah, lo proteges, ¿eh?

—No, yo no...

—Tranquila. A Izzy también le gusta.

—Yo nunca...

—Y te pones a la defensiva.

—Va, por favor... —dijo Robin, casi riendo.

Raphael sonrió con ironía.

—Voy a pedir otra cerveza. ¿Por qué no te acabas ese vino? —dijo señalando la copa de Robin, que seguía casi llena.

Poco después, Raphael volvió a la mesa con otra botella y, con una sonrisa maliciosa, dijo:

—A Izzy siempre le han gustado los hombres un poco rudos. ¿Te fijaste en la mirada que le lanzó Fizzy cuando mencionaron a Jimmy Knight?

—Sí, me fijé. ¿A qué venía?

—En la fiesta del dieciocho cumpleaños de Freddie —contestó Raphael sin dejar de sonreír—, Jimmy se presentó con un par de amigotes, e Izzy... ¿Cómo te lo digo sin que suene ofensivo? «Perdió» algo con él.

—Vaya —dijo Robin, perpleja.

—Estaba completamente borracha. Es un episodio que forma parte de las leyendas de la familia. Aunque yo no estaba allí. Era demasiado pequeño.

»A Fizzy le alucina tanto pensar que su hermana se acostó con el hijo del carpintero de la finca que cree que Jimmy debe de tener una especie de atractivo sexual sobrenatural, casi diabólico. Por eso cree que Kinvara se puso un poco de su parte cuando Jimmy se presentó pidiendo dinero.

—¿Cómo? —preguntó Robin extrañada, y volvió a abrir la libreta.

—No te emociones demasiado —dijo Raphael—, no sé con qué le hacía chantaje a mi padre, nunca lo supe. Como no soy un miembro de la familia de pleno derecho, no se puede confiar en mí

del todo.

»Kinvara te lo dijo en Chiswell House, ¿no te acuerdas? Estaba sola en casa la primera vez que Jimmy se presentó allí. Mi padre volvía a estar en Londres. He ido atando cabos y creo que, la primera vez que mi padre y ella hablaron del asunto, Kinvara defendió a Jimmy. Fizzy piensa que eso se debe al atractivo sexual de Jimmy. ¿Tú crees que lo tiene?

—Supongo que habrá quien se lo encuentre —repuso Robin con indiferencia mientras seguía tomando notas—. Kinvara opinaba que tu padre debía pagarle ese dinero a Jimmy, ¿no?

—Por lo que he podido averiguar, al principio Jimmy no lo planteó como un chantaje. Kinvara consideraba que Jimmy estaba haciendo una reclamación legítima y se mostró partidaria de darle algo.

—¿Sabes cuándo fue eso?

—Ni idea. Me parece que entonces yo estaba en la cárcel. Tenía otras preocupaciones más acuciantes.

»Adivina —dijo Raphael por segunda vez— cuántas veces me ha preguntado algún miembro de la familia cómo fue mi experiencia en la cárcel.

—No lo sé —contestó Robin con cautela.

—Fizzy, nunca. Mi padre, nunca.

—Dijiste que Izzy fue a visitarte, ¿no?

—Sí —contestó Raphael, brindando con la cerveza a la salud de su hermana—. Sí, Izzy sí que vino. Y el imbécil de Torks hizo un par de chistes con lo de no agacharse en la ducha. Yo le contesté —añadió con una dura sonrisa— que él seguramente sabía mucho de esas cosas, porque su viejo amigo Christopher se pasaba el día metiendo la mano en la entrepierna de los jovencitos del despacho. Por lo visto, lo que se considera una ofensa grave en el caso de un presidiario viejo y peludo no es más que una travesura inofensiva entre los que han ido a un colegio privado.

Miró a Robin.

—Supongo que sabes cómo se mofaba mi padre de ese pobre chico, Aamir.

Robin hizo un gesto afirmativo.

—Kinvara cree que esas burlas pueden haber sido el móvil del asesinato —añadió Raphael, mirando al techo—. Proyección, pura proyección: todos hacen lo mismo.

»Kinvara cree que Aamir fue quien lo mató porque mi padre se burló cruelmente de él delante de un montón de gente. Bueno, pues deberías haber oído las cosas que mi padre le decía a Kinvara en los últimos tiempos.

»Fizzy cree que el asesino podría ser Jimmy Knight porque estaba cabreado por el dinero. En realidad, es ella la que está cabreada por todo el dinero de la familia que ha desaparecido, sólo que no se atreve a decirlo, porque su marido es el principal responsable de que se haya esfumado.

»Izzy cree que lo mató Kinvara porque se sentía abandonada, marginada y prescindible. Pero no podemos olvidar que mi padre jamás le agradeció a Izzy nada de lo que ella hacía por él, y que le importó un cuerno cuando ella le dijo que pensaba dejar el despacho. ¿Ves adónde quiero ir a parar?

»Ahora que mi padre está muerto, nadie tiene el valor de admitir que a todos les habría gustado matarlo en algún momento, y por eso proyectan toda la mierda en los demás. Y por eso —continuó Raphael— nadie habla de Geraint Winn. Él está protegido por partida doble, porque san Freddie tiene mucho que ver con el resentimiento de Winn. Es obvio que él sí tenía un verdadero

motivo, pero se supone que de eso no debemos hablar...

—Sigue —dijo Robin, con el bolígrafo preparado—. Habla.

—No, olvida que lo he dicho —rectificó Raphael—. No debería...

—No creo que a ti las cosas se te escapen sin querer, Raff. Suéltalo ya.

Raphael sonrió.

—Sólo intento no joder a la gente que no se merece que la jodan. Forma parte de mi gran proyecto de redención.

—¿Quién no se lo merece?

—Francesca, la chica con la que..., ya sabes, la de la galería. Me lo contó ella. A ella se lo dijo su hermana mayor, Verity.

—¿Verity? —repitió Robin.

Había dormido muy poco y tuvo que esforzarse para recordar dónde había oído aquel nombre. Se parecía mucho a «Venetia», claro... Y entonces se acordó.

—Espera... —dijo, frunciendo el ceño en un esfuerzo por concentrarse—. Había una chica que se llamaba Verity en el equipo de esgrima de Freddie y Rhiannon Winn.

—Exactamente —confirmó Raphael.

—Todos os conocéis... —comentó, haciéndose eco, sin saberlo, de las reflexiones de Strike.

Volvió a anotar algo en el bloc.

—Sí, eso es lo bueno de los colegios privados —dijo Raphael—. En Londres, si tienes dinero, te encuentras a las mismas trescientas personas allá adonde vas. Cuando llegué a la galería de Drummond, lo primero que me contó Francesca fue que su hermana mayor había salido con Freddie. Supongo que creía que eso significaba que nosotros estábamos predestinados, o algo así.

»Sin embargo, cuando se dio cuenta de que yo opinaba que Freddie era un mierda, cambió de táctica y me contó una historia repugnante.

»Por lo visto, en la fiesta de su dieciocho cumpleaños, Freddie, Verity y un par más decidieron castigar a Rhiannon por haberse atrevido a sustituir a Verity en el equipo de esgrima. La encontraban un poco..., no sé, ¿un poco vulgar? ¿Demasiado galesa? Así que le echaron alcohol en la bebida para reírse un poco de ella. La típica bromita de internado, ya sabes.

»Pero a Rhiannon no le sentó nada bien el vodka, o, desde el punto de vista de los bromistas, reaccionó maravillosamente. El caso es que consiguieron hacerle unas fotos que luego se fueron pasando entre ellos. Eso fue en los inicios de internet. Hoy en día, supongo que las habrían visto medio millón de personas en las primeras veinticuatro horas, pero Rhiannon sólo tuvo que soportar las burlas de todo el equipo de esgrima y de la mayoría de los amigos de Freddie...

»En fin —concluyó Raphael—, al cabo de un mes, Rhiannon se suicidó.

—Dios mío... —susurró Robin.

—Sí —dijo Raphael—. Cuando la pequeña Franny me contó esa historia, le pregunté a Izzy si era verdad. Ella se disgustó mucho, me dijo que no debía contárselo a nadie, pero no lo negó. Luego me soltó el rollo de que «nadie se suicida por una broma de mal gusto en una fiesta», y me dijo que no debía hablar en esos términos de Freddie, porque le partiría el corazón a mi padre...

»Sin embargo, a los muertos ya no se les puede partir el corazón, ¿no? Y, la verdad, creo que ya iba siendo hora de que alguien se meara en la llama eterna de Freddie. Si no hubiese llevado el apellido Chiswell, ese desgraciado habría acabado en un reformatorio. Aunque supongo que pensarás que no soy el más indicado para decir eso, después de lo que hice.

—No —respondió Robin—. Eso no es lo que he pensado.

La expresión belicosa se borró de la cara de Raphael, que miró la hora.

—Voy a tener que irme. Me esperan en un sitio a las nueve.

Robin levantó la mano para pedir la cuenta. Cuando volvió a mirar a Raphael, lo vio examinando de forma rutinaria a las otras dos mujeres que estaban en el restaurante, y por el espejo se dio cuenta de que la rubia intentaba sostenerle la mirada.

—Si quieres, vete —dijo Robin, dándole la tarjeta de crédito a la camarera—. No quiero que llegues tarde por mi culpa.

—No, ya te espero.

Mientras Robin se guardaba la tarjeta de crédito en el bolso, él le cogió la chaqueta y se la sostuvo para ayudarla a ponérsela.

—Gracias.

—De nada.

Salieron a la calle, y Raphael paró un taxi.

—Coge tú éste —dijo—. A mí me apetece caminar. Me aclara las ideas. Estoy como si acabara de salir de una sesión de terapia chungu.

—No, tranquilo —repuso Robin, que no quería cargarle a Strike un trayecto en taxi hasta Wembley—. Voy a coger el metro. Buenas noches.

—Buenas noches, Venetia —contestó él.

Raphael se metió en el taxi, y éste arrancó. Robin se ciñó la chaqueta y echó a andar en la dirección opuesta. Había sido una entrevista caótica, pero le había sonsacado a Raphael mucha más información de la que esperaba. Volvió a sacar el móvil y llamó a Strike.

59

Nos seguimos el uno al otro.
HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Cuando vio que era Robin quien llamaba, Strike, que había ido a tomar algo al Tottenham y estaba consultando su bloc de notas, se lo guardó en el bolsillo, se terminó la cerveza de un trago y salió a la calle para contestar desde allí.

Estaba tan acostumbrado al caos provocado por las obras en la parte alta de Tottenham Court Road —el canal lleno de escombros donde antes había una calle; las vallas portátiles y las barreras de plástico; las pasarelas y los tabloneros que permitían a decenas de miles de personas seguir transitando por aquel bullicioso cruce— que ya ni le llamaba la atención. De todas formas, no había salido para admirar el paisaje, sino para fumar, y se fumó dos cigarrillos mientras Robin le contaba su conversación con Raphael.

Después de hablar con ella, Strike se guardó el móvil en el bolsillo y, con la mirada ausente, se encendió un tercer cigarrillo con la colilla del segundo. Se quedó allí plantado, reflexionando sobre todo lo que le había explicado su socia y obligando a los peatones a esquivarlo.

Un par de cosas de las que le había contado Robin le habían parecido muy interesantes. Cuando se terminó el tercer cigarrillo y lanzó la colilla al abismo de la calle, el detective entró de nuevo en el pub y pidió otra cerveza. Un grupo de estudiantes había ocupado su mesa, así que se dirigió al fondo del local, donde había unas pocas mesas con taburetes altos bajo una cúpula de cristal cuyos colores, por la noche, quedaban atenuados. Una vez allí, Strike volvió a sacar su bloc de notas y repasó la lista de nombres que ya había estado estudiando la madrugada del domingo, mientras buscaba alguna forma de no pensar en Charlotte. Después de contemplar la lista de nuevo como quien sabe que allí se oculta algo, pasó las páginas para releer las notas que había tomado durante su entrevista con Della.

Con su corpulencia y encorvado e inmóvil como estaba —salvo por su mirada, que recorría una a una las líneas que había garabateado en casa de la ministra ciega—, Strike ahuyentó sin proponérselo a una pareja de mochileros tímidos que estuvieron a punto de preguntarle si podían compartir la mesa con él y aliviar sus pies doloridos. Al verlo tan concentrado, los chicos debieron de temer las consecuencias de interrumpirlo y se retiraron antes de que el detective los viera siquiera.

Strike volvió a la lista de nombres. Matrimonios, amantes, socios, hermanos...

«Parejas.» Volvió a retroceder hasta llegar a las notas que había tomado durante la entrevista con Oliver, que les había revelado los hallazgos forenses. Se trataba de una muerte producida por

dos agentes químicos: amitriptilina y helio; ambos eran potencialmente fatales por sí mismos y, sin embargo, los habían empleado juntos.

«Parejas.»

Dos víctimas asesinadas en un lapso temporal de veinte años: una niña estrangulada y un ministro asfixiado; la primera, enterrada en la finca del segundo.

«Parejas.»

Con aire pensativo, Strike buscó una hoja en blanco y anotó lo siguiente:

Francesca - confirmar historia

60

Pues tiene usted que explicarme por qué toma esa... verosimilitud tan a pecho.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Al día siguiente, apareció en todos los periódicos un comunicado oficial sobre Jasper Chiswell cuidadosamente redactado. Strike, igual que el resto de los ciudadanos británicos, se enteró, mientras desayunaba, de que las autoridades habían descartado la participación de países extranjeros u organizaciones terroristas en el fallecimiento del ministro de Cultura, aunque aún no se había llegado a ninguna otra conclusión.

La noticia de que seguía sin haber noticias apenas había tenido repercusión en internet. Todavía se estaban pintando de dorado, por todo el país, los buzones más próximos a las viviendas de los medallistas olímpicos, y los ciudadanos disfrutaban de la satisfacción posterior a unos juegos triunfantes; ahora, el entusiasmo por los temas deportivos, que aún no se había agotado, se concentraba en los inminentes Juegos Paralímpicos. La opinión pública ya había archivado la muerte de Chiswell como el misterioso suicidio de un acaudalado *tory*.

Impaciente por saber si ese comunicado oficial significaba que la Metropolitana daría pronto por terminada su investigación, Strike llamó a Wardle para averiguar qué sabía su amigo.

Por desgracia, Wardle no tenía más información que ofrecerle. Con cierta irritación, añadió que hacía tres semanas que no tenía ni un solo día libre; que controlar la capital cuando Londres soportaba la carga adicional de millones de visitantes era mucho más complejo y oneroso de lo que seguramente Strike podía imaginar, y que no tenía tiempo de fisgonear por ahí en busca de información sobre temas que no eran de su incumbencia para hacerle un favor a él.

—Claro, claro —dijo Strike sin inmutarse—. Sólo preguntaba. Dale recuerdos a April de mi parte.

—Vale. Por cierto... —añadió Wardle antes de que el detective pudiera colgar—, me ha pedido que te pregunte a qué juegas con Lorelei.

—No te entretengo más, Wardle. El país te necesita —repuso Strike, y colgó mientras su amigo se reía de mala gana.

Sin información adicional de sus contactos en la policía y sin autoridad para conseguir las entrevistas que le habría gustado concertar, Strike se hallaba provisionalmente bloqueado en un punto crucial del caso, lo que le provocaba una frustración con la que ya estaba familiarizado, aunque no por eso le resultaba menos desagradable.

Después de desayunar, realizó una serie de llamadas que le permitieron saber que Francesca

Pulham —la compañera de trabajo y amante de Raphael durante el tiempo que habían coincidido en la galería de arte de Drummond— seguía estudiando en Florencia, adonde la habían enviado para alejarla de aquella mala influencia. Los padres de Francesca se encontraban de vacaciones en Sri Lanka, y la asistenta doméstica de los Pulham, la única persona relacionada con la familia con quien Strike consiguió hablar, se negó rotundamente a facilitarle sus números de teléfono. Por la forma en que reaccionó ante su petición, el detective dedujo que los Pulham eran de la clase de personas a las que les bastaba la sospecha de que un detective privado estuviese intentando contactar con ellos para avisar corriendo a sus abogados.

Tras haber agotado todas las vías posibles para hablar con los Pulham durante sus vacaciones, Strike le dejó un mensaje de voz a Geraint Winn solicitándole educadamente una entrevista. Era la cuarta vez que lo telefoneaba aquella semana, pero transcurrían las horas y Winn no le devolvía las llamadas. Strike no podía reprochárselo. Dudaba mucho que él se hubiese mostrado colaborador de haber estado en su situación.

Aún no le había comentado a Robin que tenía una nueva teoría sobre el caso. Ella estaba muy ocupada en Harley Street, vigilando al Doctor Chungo, pero el miércoles había llamado a la agencia con la buena noticia de que había concertado una cita con Tegan Butcher en el hipódromo de Newbury para el sábado siguiente.

—¡Excelente! —Strike se alegró, animado por la perspectiva de actuar.

Salió rápidamente a la recepción y abrió Google Maps en el ordenador de su socia.

—Vale, creo que tendremos que quedarnos a dormir por la zona. Entrevistamos a Tegan y, cuando oscurezca, nos vamos a Steda Cottage.

—¿Lo dices en serio, Cormoran? ¿De verdad quieres ir a excavar en la hondonada?

—Eso que has dicho parece sacado de una canción de cuna —observó Strike, mientras estudiaba las carreteras secundarias de la zona de Woolstone en el monitor—. Mira, yo ya no creo que haya nada enterrado allí. De hecho, después de lo de ayer, estoy convencido de que no hay nada.

—¿Qué pasó ayer?

—Tuve una idea. Ya te lo contaré cuando nos veamos. Pero le prometí a Billy que iba a averiguar la verdad sobre su niña estrangulada, y la única forma de asegurarme totalmente es yendo y excavando, ¿no te parece? Si crees que te impresionará demasiado, puedes quedarte en el coche.

—¿Y Kinvara? Vamos a entrar sin permiso en su propiedad.

—No le estropearemos nada. Toda esa zona es un erial. Voy a pedirle a Barclay que se reúna con nosotros allí a última hora de la tarde, porque no creo que yo pueda cavar mucho. A Matthew no le importará que pases fuera la noche del sábado, ¿no?

—No, qué va —dijo Robin con una inflexión que a Strike le hizo sospechar todo lo contrario.

—Y supongo que no hay problema en volver a coger el Land Rover...

—Mmm... ¿No podríamos ir en tu BMW?

—Prefiero no conducir el BMW por caminos en mal estado. ¿Hay algún problema con el...?

—No, no. —Robin se adelantó—. No pasa nada, podemos ir en el Land Rover.

—Estupendo. ¿Qué está haciendo Chungo?

—Está en su consulta. ¿Sabes algo de Aamir?

—Andy está buscando a la hermana con la que todavía se habla.

—¿Y tú qué haces?

—Leer la página web del Partido Socialista Verdadero.

—¿Y eso?

—Jimmy da mucha información en las entradas que publica en su blog. Sitios donde ha estado, cosas que ha visto... ¿Te va bien seguir con Chungo hasta el viernes?

—Bueno, iba a preguntarte si podía cogerme un par de días libres para ocuparme de unos asuntos personales...

—Ah —dijo Strike, muy cortado.

—Tengo un par de citas que necesito... En fin, a las que preferiría no fallar.

A Strike no le venía nada bien tener que ocuparse del Doctor Chungo, en parte porque aún le dolía la pierna, pero sobre todo porque estaba impaciente por seguir buscando la confirmación de su teoría sobre el caso Chiswell. Además, habría preferido que Robin le hubiese avisado con más antelación si quería cogerse dos días de fiesta. Por otra parte, acababa de confirmarle que estaba dispuesta a sacrificar el fin de semana para participar en una misión que, probablemente, no sería más que una pérdida de tiempo.

—Vale, cógetelos. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien. Ya te avisaré si pasa algo interesante con Chungo. Si no te digo nada, calculo que podemos salir de Londres el sábado hacia las once.

—¿Desde Barons Court, como la otra vez?

—¿Te importa que quedemos en la estación del estadio de Wembley? Será más cómodo, porque el viernes por la noche voy a estar allí.

A Strike eso tampoco le venía bien: suponía hacer un trayecto de metro el doble de largo y que incluía un trasbordo.

—Vale —concedió.

Después de colgar, se quedó un rato reflexionando sobre la conversación que acababan de mantener. Robin se había mostrado muy reservada respecto a esas citas tan importantes, y el detective recordó lo particularmente enojado que parecía Matthew, a quien incluso había oído refunfuñar en segundo plano, las últimas veces que había llamado por teléfono a Robin para hablar de su exigente, inestable y en ocasiones peligroso trabajo. Por otro lado, era la segunda vez que su socia se mostraba muy poco entusiasmada con la perspectiva de cavar en la hondonada, y ahora preguntaba si podían ir en el BMW en lugar del Land Rover, aquel tanque destartado.

Strike ya casi había olvidado sus sospechas de un par de meses atrás, cuando se le había ocurrido pensar que quizá Robin estuviese intentando quedarse embarazada. De pronto, lo asaltó una imagen del protuberante vientre de Charlotte en la mesa del restaurante. Robin no era la clase de mujer capaz de abandonar a su hijo nada más nacer. Si Robin se quedaba embarazada...

Pese a lo lógico y metódico que solía ser, y consciente, en el fondo, de que estaba haciendo elucubraciones con muy pocos datos, su imaginación se empeñaba en mostrarle a Matthew, el futuro padre, escuchando la conversación que Robin mantenía con él al teléfono —mientras ella, tensa, le pedía tiempo para ir a hacerse pruebas y exámenes médicos—, y gesticulando, malhumorado, para recordarle que ya iba siendo hora de que parara, se lo tomara con calma y empezara a cuidarse.

Volvió a concentrarse en el blog de Jimmy Knight, aunque su mente tardó más de lo habitual en obedecerlo.

61

Ande; a mí sí que puede usted decírmelo.

Al fin y al cabo, somos buenas amigas.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Los pasajeros con los que coincidió Strike el sábado por la mañana en el metro le dejaron espacio de sobra, a él y a su petate. Normalmente, el detective no tenía muchos problemas para abrirse paso entre la multitud, dada su corpulencia y su perfil de boxeador, pero ese día iba renegando y farfullando mientras subía con esfuerzo la escalera de la estación del estadio de Wembley —los ascensores no funcionaban—, y el resto de los viandantes ponían especial atención en no empujarlo ni obstaculizarle el paso.

El principal motivo del mal humor de Strike era Mitch Patterson, a quien había visto esa mañana desde la ventana de su despacho escondido en un portal, con unos vaqueros y una sudadera con capucha que no encajaban con su edad y su estilo. Intrigado y enojado por la reaparición del detective privado, pero sin otra forma de abandonar el edificio que no fuese por la puerta principal, Strike había pedido un taxi indicándole al conductor que esperara al final de la calle, y no había salido de la agencia hasta que había llegado. La cara que puso Patterson cuando Strike pasó por su lado y le dijo «Buenos días, Mitch» quizá le habría hecho gracia si no se hubiera sentido tan insultado por el hecho de que Patterson creyera que podía vigilar la agencia sin ser descubierto.

Durante el trayecto hasta la estación de Warren Street, donde pidió al taxista que lo dejara, Strike estuvo muy alerta, preocupado por si Patterson sólo había sido una distracción o un señuelo para que lo siguiera otra sombra menos reconocible. Incluso ahora, ya en la estación de Wembley, cuando llegó jadeando a lo alto de la escalera, se dio la vuelta y observó con atención a los pasajeros por si alguno se agachaba, daba media vuelta o se tapaba precipitadamente la cara. Nadie lo hizo, de modo que Strike llegó a la conclusión de que Patterson trabajaba solo; quizá padeciese los mismos problemas de falta de personal que él. En cualquier caso, el hecho de que Patterson no hubiese rechazado un trabajo como aquél sugería que su cliente le pagaba bien.

Strike se acomodó el petate y se dirigió hacia la salida. Durante el incómodo trayecto hasta Wembley, había intentado explicarse por qué habría reaparecido Patterson, y se le ocurrían tres razones. La primera era que la prensa se hubiese enterado de que la Metropolitana había descubierto alguna novedad interesante respecto a la muerte de Chiswell, y que eso hubiese dado pie a que algún periódico volviese a contratar a Patterson para que averiguase qué se traía Strike entre manos y cuánto sabía.

La segunda posibilidad era que alguien hubiese pagado a Patterson para seguir a Strike con la esperanza de dificultar sus movimientos y entorpecer su trabajo. Eso sugería que su cliente era alguien a quien Strike estaba investigando, y también explicaba que fuera Patterson quien se ocupase en persona de la tarea: se trataría precisamente de desestabilizar a Strike haciéndole saber que lo estaban vigilando.

La tercera posible razón del renovado interés de Patterson por él era la que más le preocupaba, pues intuía que probablemente era la cierta. Sabía que lo habían visto con Charlotte en Franco's; su informante era Izzy, a quien el detective había llamado por teléfono con la esperanza de dar cuerpo a los detalles de una teoría que aún no le había revelado a nadie.

—¡Me he enterado de que saliste a cenar con Charlotte! —le soltó antes de que él pudiese preguntarle nada.

—No, no salimos a cenar juntos. Me quedé con ella veinte minutos porque se encontraba mal, y luego me marché.

—Ah, lo siento —dijo Izzy, amedrentada por su tono—. No vayas a creer que te vigilo... Es que Roddy Forbes estaba en Franco's y os vio.

Si Roddy Forbes, quienquiera que fuese, estaba difundiendo por Londres que Strike había invitado a cenar a su ex prometida, casada y en avanzado estado de gestación, mientras su marido se encontraba en Nueva York, seguro que la prensa amarilla estaría pendiente del rumor, porque la rebelde, hermosa y aristocrática Charlotte siempre era noticia. Su nombre había aparecido en las crónicas de sociedad desde que tenía dieciséis años, y sus diversas tribulaciones —sus fugas del colegio y sus ingresos en clínicas psiquiátricas y de rehabilitación— estaban bien documentadas. Hasta cabía la posibilidad de que a Patterson lo hubiese contratado Jago Ross, quien sin duda podía permitirselo. Y si el efecto colateral de vigilar los movimientos de su mujer era fastidiar la buena marcha del negocio de Strike, Ross sin ninguna duda lo habría considerado una bonificación.

Sentada en el Land Rover, a escasa distancia de la estación, Robin vio salir a Strike a la calle con el petate colgado del hombro y enseguida pensó que nunca lo había visto de tan mal humor. El detective encendió un cigarrillo y recorrió la calle con la mirada, hasta que distinguió el Land Rover detrás de una fila de vehículos aparcados y echó a andar hacia ella, cojeando y muy serio. Robin, cuyo estado de ánimo también dejaba mucho que desear, supuso que Strike estaba enfadado por haber tenido que desplazarse hasta Wembley con su pierna dolorida y cargando con un petate que debía de pesar bastante.

Robin se había despertado a las cuatro de la madrugada y no había vuelto a conciliar el sueño. Se había quedado en el duro sofá de Vanessa, incómoda e infeliz, pensando en su futuro y en la discusión que había tenido con su madre por teléfono. Matthew había llamado a Masham creyendo que encontraría a su mujer allí, y Linda, además de preocupadísima, estaba furiosa porque Robin no la había llamado para contarle lo que estaba pasando.

—¿Dónde estás viviendo? ¿Con Strike?

—Pues claro que no estoy viviendo con Strike. ¡¿Cómo demonios voy a estar...?!

—Pues ¿dónde?

—Con una amiga.

—¿Qué amiga? ¿Por qué no nos lo has dicho? ¿Qué piensas hacer? ¡Voy a ir inmediatamente a

Londres!

—No, por favor... —dijo Robin, apretando las mandíbulas.

Se sentía culpable por el gasto que la boda había supuesto para sus padres, que además iban a tener que pasar el mal trago de explicarles a sus amigos que el matrimonio de su hija sólo había durado un año; pero no soportaba imaginarse a Linda importunándola, engatusándola y tratándola como si fuese un ser frágil y vulnerable. Lo último que le apetecía era oír a su madre tratando de convencerla para que volviera a Yorkshire y se refugiase en el dormitorio donde había vivido algunos de los peores momentos de su vida.

Durante dos días, Robin había estado visitando un montón de casas de alquiler compartido, todas ellas abarrotadas de gente, y al final había pagado el depósito de un cuartito en Kilburn, en una casa donde vivían otros cinco inquilinos y a la que podría mudarse la semana siguiente. Cada vez que pensaba en aquel cuchitril se le revolvió el estómago de ansiedad y pena. Tenía casi veintiocho años e iba a ser la inquilina de más edad.

Para apaciguar a Strike, salió del coche y se ofreció a ayudarlo con el petate, pero él refunfuñó diciendo que podía hacerlo solo. Cuando la lona tocó el suelo metálico del maletero del Land Rover, Robin oyó un fuerte ruido de herramientas que entrechocaban y sintió que se le encogía el estómago de nuevo.

Strike le había echado una rápida ojeada a Robin y lo que había visto había confirmado sus peores sospechas. Pálida y con ojeras, tenía la cara hinchada y demacrada al mismo tiempo, y parecía haber adelgazado desde la última vez que la había visto. A la mujer de Graham Hardacre, un viejo amigo suyo del Ejército, habían tenido que hospitalizarla en las primeras semanas del embarazo por culpa de los constantes vómitos. Quizá alguna de aquellas inaplazables citas de Robin tuviese relación con ese problema.

—¿Estás bien? —le preguntó Strike bruscamente mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Sí —contestó ella con la sensación de que lo decía por enésima vez, y atribuyó la sequedad de Strike al largo viaje en metro que se había visto obligado a hacer.

Salieron de Londres sin volver a pronunciar una sola palabra. Al final, cuando llegaron a la M40, Strike dijo:

—Patterson ha vuelto a aparecer. Esta mañana estaba vigilando la agencia.

—¿Qué dices!

—¿No has visto a nadie rondando por tu casa?

—Pues la verdad es que no —contestó Robin, con un rastro apenas perceptible de vacilación en la voz.

Tal vez por eso la había llamado Matthew y había estado intentando localizarla incluso en casa de sus padres.

—¿Has tenido problemas para escabullirte esta mañana?

—No —dijo Robin, sin necesidad de mentir.

Desde que se había marchado de casa, se había planteado varias veces contarle a Strike que había decidido separarse, pero aún no había dado con ninguna fórmula que le garantizase que podría explicárselo con la serenidad necesaria. Eso le producía cierta frustración: tendría que ser fácil, se decía. Strike era el colega y el amigo que había estado a su lado cuando se había visto obligada a cancelar la boda, y el único que sabía lo de la primera infidelidad de Matthew con

Sarah. Tendría que haber podido contárselo con naturalidad, sacando el tema en medio de cualquier conversación, como había hecho con Raphael.

El problema era que, en las escasas ocasiones en que Strike y ella se habían decidido a compartir confidencias sobre su vida amorosa, uno de los dos siempre había estado borracho. Por lo demás, entre ellos siempre había habido una estricta discreción respecto a esos asuntos, a pesar de las paranoias de Matthew, que estaba convencido de que, cuando estaban en el trabajo, se pasaban la mayor parte del tiempo coqueteando.

Pero había algo más. Strike era el hombre al que había abrazado en la escalera el día de la boda; el hombre con el que había fantaseado fugarse antes de consumarse el matrimonio; el hombre por quien se había pasado las noches de la luna de miel caminando sola por la playa, trazando un surco en la arena blanca y preguntándose si estaba enamorada de él. Le daba miedo delatarse, que él descubriera lo que pensaba y sentía, porque estaba convencida de que, si Strike tenía la más leve sospecha de hasta qué punto había sido un factor perturbador, tanto en los inicios como al final del matrimonio de Robin, eso, sin ninguna duda, contaminaría su relación profesional, del mismo modo que la perjudicaría que Strike se enterase de sus ataques de pánico.

No, Robin debía aparentar que era como él: autosuficiente y estoica, capaz de superar los traumas y seguir adelante, dispuesta a afrontar cualquier dificultad que se le presentase sin pestañear ni mirar para otro lado, incluso si se trataba de mirar al fondo de aquella hondonada.

—¿Y qué crees que anda buscando Patterson? —preguntó.

—El tiempo lo dirá. ¿Qué tal tus compromisos, bien?

—Sí —contestó Robin y, para no pensar en su cuchitril recién alquilado ni en la pareja de estudiantes que le habían enseñado el resto de la casa mirando con recelo a aquella mujer de más edad que iba a vivir con ellos, añadió—: En el asiento de atrás hay una bolsa con galletas. No hay té, lo siento, pero si quieres podemos parar.

El termo se había quedado en Albury Street; era una de las cosas que a Robin se le había olvidado llevarse de casa cuando había vuelto a entrar aprovechando que Matthew estaba en el trabajo.

—Gracias —dijo Strike, sin mucho entusiasmo, mientras se preguntaba si la reaparición de los tentempiés, dado que él estaba a régimen y ella lo sabía, sería una prueba más del embarazo de su socia.

A Robin le sonó el móvil en el bolsillo. No contestó. Esa mañana ya había recibido dos llamadas del mismo número desconocido, y temía que fuese Matthew, que, al ver que ella lo había bloqueado, hubiese pedido prestado otro teléfono.

—¿No quieres contestar? —le preguntó Strike, observando su perfil pálido y serio.

—No, nunca contesto cuando estoy conduciendo.

—Si quieres puedo contestar yo...

—No —insistió ella, quizá con demasiada precipitación.

El móvil dejó de sonar, pero, casi de inmediato, empezó a hacerlo de nuevo. Robin, ya completamente convencida de que era Matthew, se sacó el teléfono del bolsillo.

—Me parece que ya sé quién es, y ahora no quiero hablar. Cuando cuelgue, ¿te importa ponerlo en silencio?

Strike cogió el móvil.

—Es una llamada desviada de la oficina. Pongo el altavoz.

El Land Rover era muy viejo y no tenía Bluetooth ni nada parecido (ni siquiera funcionaba la calefacción), así que Strike le acercó el móvil a la cara a Robin para que pudieran oírla por encima del rugido del motor.

—Hola, soy Robin, ¿con quién hablo?

—¿Robin? ¿Seguro que no quieres decir «Venetia»? —respondió una voz con acento galés.

—¿Señor Winn? —dijo Robin sin levantar la vista de la calzada, mientras Strike sostenía el teléfono.

—Sí, mentirosa de mierda, soy yo.

Robin y Strike se miraron, perplejos. No había ni rastro del Winn empalagoso y lascivo, siempre deseoso de cautivar e impresionar.

—Ya has conseguido lo que buscabas, ¿no? Contoneándote arriba y abajo por el pasillo, metiendo las narices donde no debías, «Ay, señor Winn» —hizo como Matthew e imitó una voz aguda e infantil—, «ayúdeme, señor Winn, no sé si dedicarme a las organizaciones benéficas o a la política, deje que me incline un poco más y le enseñe las tetas, señor Winn». ¿A cuántos hombres has engañado con esas patrañas? ¿Hasta dónde...?

—¿Quiere decirme algo, señor Winn? —lo interrumpió Robin alzando la voz—. Porque si sólo me ha llamado para insultarme...

—Ya lo creo, tengo muchas cosas que decirle, ¡muchas cosas! —le gritó Winn—. Pagaré por lo que me ha hecho, señorita Ellacott, pagaré por el daño que nos ha hecho a mí y a mi esposa, no crea que se irá de rositas: lo que hizo en mi despacho es una violación de la ley, y nos veremos en los tribunales, ¿entendido? —Estaba cada vez más alterado, casi histérico—. Ya veremos si sus artimañas funcionan igual de bien ante un juez, ¿qué le parece? A ver si se presenta el día del juicio con un buen escote y diciendo «¡Ay, creo que me estoy acalorando...!».

Robin sintió que los contornos de la carretera empezaban a desvanecerse con una luz blanca y la visión que tenía delante fue adquiriendo la forma de un túnel.

—¡No! —gritó de pronto, levantando ambas manos del volante y volviéndolas a posar de golpe en él.

Le temblaban los brazos. Era el mismo «no» que le había gritado a Matthew; un «no» tan radical y violento que Geraint Winn se quedó callado, exactamente igual que él.

—¡Nadie lo obligaba a acariciarme el pelo ni a toquetearme por detrás ni a mirarme las tetas, señor Winn! Yo nunca busqué eso, aunque supongo que a usted le encanta pensar que sí.

—¡Robin! —gritó Strike.

Pero ella lo ignoró como si su advertencia no fuese más que otro chirrido del viejo chasis del coche, y también ignoró a Geraint cuando éste le preguntó, gritando:

—¿Quién más hay ahí?! ¿Es Strike?!

—Es usted un monstruo, señor Winn, un monstruo que no ha tenido escrúpulos en robar dinero de una organización benéfica, así que no sólo me alegro de haber descubierto esa información de usted, sino que además me encantará explicarle a la gente que el tipo que se pasa el día enarbolando las fotografías de su difunta hija es el mismo que se dedica a mirar el escote de las jóvenes que...

—¡Cómo te atreves! —exclamó Winn—. ¿Es que no tienes...? No te atrevas a mencionar a Rhiannon. Saldrá todo a la luz, la familia de Samuel Murape...

—¡Váyase a la mierda con sus malditos resentimientos! —le gritó Robin—. Es usted un

perverso, un ladrón y...

—¡Si tiene algo más que decir, le sugiero que lo ponga por escrito, señor Winn! —le gritó Strike al teléfono, mientras Robin, que no sabía lo que hacía, seguía chillando e insultándolo.

El detective cortó la llamada y sujetó el volante al ver que Robin no dejaba de gesticular.

—¡Joder, Robin! —protestó Strike—. ¡Para el coche! ¡Para el coche ahora mismo!

Robin lo obedeció automáticamente; la adrenalina la desorientaba como si estuviera bebida, y cuando el Land Rover se detuvo con una sacudida, se desabrochó el cinturón de seguridad, se bajó del coche y se quedó en el arcén. Los otros vehículos pasaban zumbando su lado. Prácticamente sin saber qué hacía, empezó a alejarse del Land Rover trastabillando, llorando de rabia, tratando de dejar atrás el pánico que iba invadiéndola, porque acababa de enemistarse de forma irrevocable con un hombre con quien tal vez necesitasen volver a hablar, un hombre que ya había empezado a hablar de venganza, y que tal vez incluso fuese quien estaba pagando a Patterson.

—¡Robin!

Ahora Strike también pensaría que ella era un desastre, una loca que nunca debería haberse dedicado a aquella clase de trabajo y que huía cuando las cosas se complicaban. Fue ese pensamiento lo que hizo que se diera la vuelta hacia él, y entonces vio que intentaba seguirla, renqueando por el arcén; se enjugó las lágrimas con la manga y, antes de que Strike pudiera empezar a increparla, dijo:

—Ya sé que no debería haber perdido los papeles, ya sé que la he cagado, lo siento...

Pero el fuerte martilleo que tenía en los oídos le impidió oír la respuesta de Strike, y de pronto la invadió el pánico, como si hubiese estado esperando a que se quedase quieta para abalanzarse sobre ella. Aturdida, incapaz de ordenar sus ideas, Robin se derrumbó en el borde del arcén, y los tallos de hierba seca le atravesaron los vaqueros y se le clavaron en las piernas; con los ojos cerrados y tapándose la cara con las manos, intentó respirar con normalidad mientras los coches pasaban zumbando a su lado.

No sabía muy bien si había transcurrido un minuto o diez, pero al final su pulso empezó a normalizarse, sus pensamientos se apaciguaron y el pánico desapareció, dejando paso a un sentimiento de vergüenza. Después de esforzarse tanto en aparentar que controlaba la situación, lo había echado todo a perder.

Le llegó el olor a humo de cigarrillo. Abrió los ojos y vio las piernas de Strike en el suelo, a su derecha. Él también se había sentado en el borde del arcén.

—¿Cuánto hace que tienes ataques de pánico? —le preguntó.

No tenía sentido seguir disimulando.

—Un año, más o menos —musitó ella.

—¿Y has pedido ayuda?

—Sí. Fui a un terapeuta durante un tiempo. Ahora hago ejercicios de terapia cognitivo-conductual.

—Pero ¿de verdad los haces? —dijo Strike, sonriendo—. Porque la semana pasada yo me compré beicon vegetariano, pero creo que no ha sido muy beneficioso para mi salud porque sigue en el paquete, dentro de la nevera.

Robin se puso a reír, y enseguida comprobó que no podía parar. Seguían resbalándole las lágrimas por las mejillas. Strike la observaba afectuosamente mientras se fumaba el cigarrillo.

—Quizá podría hacerlos con más regularidad... —admitió Robin por fin, enjugándose las

lágrimas de nuevo.

—¿Hay algo más que te apetezca contarme, ya puestos? —preguntó Strike.

Prefería que Robin le contara lo peor, antes de empezar a darle consejos sobre su salud mental; pero ella lo miró como si no lo entendiera.

—¿Algún otro tema de salud que pudiera afectar a tu capacidad de trabajar? —la ayudó el detective.

—¿Como qué?

Strike no se atrevía a formular directamente la pregunta, por si infringía de algún modo los derechos de su empleada.

—No sé —se aventuró—, he pensado que a lo mejor estabas... embarazada.

Robin se echó a reír otra vez.

—Dios, esto sí que tiene gracia...

—¿Ah, sí?

—No, no estoy embarazada —dijo Robin, negando con la cabeza.

Entonces Strike se fijó en que Robin no llevaba puestos ni el anillo de pedida ni la alianza. Estaba tan acostumbrado a verla sin ellos cuando se hacía pasar por Venetia Hall o Bobbi Cunliffe que no se le había ocurrido pensar que el hecho de que no los llevase ese día pudiese significar algo, y sin embargo no quería preguntárselo directamente, por razones que, en este caso, no tenían nada que ver con los derechos laborales de su socia.

—Matthew y yo nos hemos separado —dijo Robin, frunciendo el ceño y manteniendo la vista fija en los coches que pasaban, en un intento de no volver a llorar—. Hace una semana.

—Vaya —dijo Strike—. Mierda... Lo siento.

Pero su gesto de preocupación no se correspondía en absoluto con sus sentimientos. Su mal humor se había aligerado de golpe, como si hubiera pasado de estar completamente sobrio a llevar tres cervezas en el cuerpo. El olor a caucho, polvo y hierba reseca le recordó al del aparcamiento donde, sin querer, había besado a Robin; le dio una calada al cigarrillo e hizo todo lo posible para que sus sentimientos no se reflejasen en su rostro.

—Ya sé que no debería haberle hablado así a Geraint Winn —dijo Robin, poniéndose a llorar de nuevo—. No debería haber mencionado a Rhiannon, he perdido el control... Pero ¡maldita sea, ¿es que los hombres siempre tienen que juzgar a los demás según sus patrones?!

—¿Qué ha pasado con Matt?

—Se acostaba con Sarah Shadlock —contestó Robin sin miramientos—. La prometida de su mejor amigo. Sarah se dejó un pendiente en nuestra cama y... ¡Mierda!

Era inútil: se tapó la cara con las manos y, sintiendo que ya no tenía nada que perder, se puso a llorar a lágrima viva. Ya lo había estropeado todo delante de Strike. Se había cargado la única parte de su vida que hasta ese momento había conseguido proteger. Cómo le habría encantado a Matthew verla allí, derrumbándose en el arcén de una autopista y demostrando que él tenía razón, que no estaba capacitada para desempeñar el trabajo que tanto le gustaba porque durante toda su vida iba a verse condicionada por su pasado, por el hecho de haber estado dos veces en el lugar equivocado, en el momento equivocado y con los hombres equivocados...

Sintió que el fuerte brazo de Strike se posaba sobre sus hombros. Era un gesto reconfortante y, al mismo tiempo, muy mala señal, porque era la primera vez que él hacía algo así, y Robin estaba segura de que era sólo un preludio, que enseguida le diría que no estaba en condiciones de

trabajar y que tendrían que cancelar la entrevista que habían concertado y regresar a Londres.

—¿Dónde has dormido estos días?

—En el sofá de Vanessa —contestó Robin mientras trataba desesperadamente de enjugarse las lágrimas y limpiarse la nariz, porque ya tenía las rodillas de los vaqueros empapadas—. Pero ya he encontrado otro sitio.

—¿Dónde?

—En Kilburn. Una habitación en una casa compartida.

—Joder, Robin —dijo Strike—. ¿Por qué no me dijiste nada? Nick e Ilsa tienen una habitación de invitados, estarán encantados de...

—No quiero gorronear a tus amigos —se apresuró a decir Robin.

—Eso no es gorronear —replicó Strike. Se puso el cigarrillo en los labios y empezó a palpase los bolsillos con la mano libre—. Les caes muy bien, y podrías quedarte con ellos un par de semanas hasta que... ¡Ajá! Ya me parecía que tenía uno. Sólo está arrugado, no lo he utilizado. Bueno, eso espero...

Robin cogió el pañuelo de papel y se sonó con tanta fuerza que lo destrozó.

—Escúchame —empezó a decir Strike.

Pero Robin lo interrumpió de inmediato.

—¡No me digas que me tome unas vacaciones, por favor! Estoy bien, puedo trabajar, hacía una eternidad que no tenía un ataque de pánico, estoy...

—No me estás escuchando.

—Tienes razón, perdona —murmuró ella, con el pañuelo encerrado en el puño—. Dime.

—Después de perder la pierna, no podía subirme a un coche sin que me pasara lo que acaba de pasarte a ti: me entraba pánico, me daban sudores y casi no podía respirar. Durante un tiempo, hacía cualquier cosa para evitar ir de pasajero. La verdad es que todavía no lo he superado del todo.

—No me había dado cuenta —dijo Robin—. No se te nota.

—Bueno, ya, es que tú eres la mejor conductora que conozco. Deberías verme cuando es mi hermana la que está al volante. El caso, Robin, es que... ¡Oh, mierda!

Una patrulla de tráfico acababa de parar detrás del Land Rover abandonado en el arcén. Por lo visto, los agentes no entendían por qué sus ocupantes estaban sentados a cincuenta metros de distancia, al parecer muy poco preocupados por lo que pudiese sucederle al vehículo, que además habían dejado muy mal estacionado.

—No parecen tener mucha prisa para pedir ayuda, ¿no? —observó el más corpulento de los policías con sarcasmo.

Su contoneo revelaba que se creía muy gracioso.

Strike retiró el brazo de los hombros de Robin y los dos se levantaron, él con cierta torpeza.

—Se ha mareado —aclaró Strike—. Tenga cuidado, agente, o podría vomitarle encima.

Volvieron al coche. El otro agente estaba comprobando que el Land Rover tenía la ITV al día.

—Ya no se ven muchos como éste —comentó.

—Todavía no me ha dejado tirada—le contestó Robin.

—¿Seguro que puedes conducir? —le preguntó Strike cuando ella se sentó al volante y le dio al contacto—. Podemos fingir que todavía estás mareada.

—No, estoy bien.

Y esta vez era verdad. Strike acababa de decirle que era la mejor conductora que conocía, y quizá no fuese gran cosa, pero le había devuelto parte de su dignidad; hizo una maniobra impecable y se incorporó a la autopista.

Siguieron en silencio durante un buen rato. Strike decidió que era mejor aplazar cualquier conversación sobre el estado mental de Robin hasta que volvieran a parar.

—Winn ha mencionado un nombre... —caviló mientras sacaba su bloc de notas—. ¿Lo has oído?

—No —masculló Robin, avergonzada.

—Era Samuel... algo —dudó Strike, y anotó algo—. ¿Murdoch? ¿Matlock?

—No lo he oído.

—Venga, ánimo —dijo él—. Seguramente, si no le hubieses gritado como le has gritado, no se le habría escapado. De todas formas, no te aconsejo que en el futuro llames «pervertidos» y «ladrones» a tus entrevistados...

Alargó un brazo hacia atrás y pescó la bolsa de plástico del asiento trasero.

—¿Te apetece una galleta?

¡No quiero ver tu derrota, Rebeca!

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El aparcamiento del hipódromo de Newbury ya estaba atestado cuando llegaron. Muchas de las personas que se dirigían a las taquillas llevaban ropa cómoda, igual que Strike y Robin, que iban con chaqueta y vaqueros, pero otras lucían ondeantes vestidos de seda, trajes, chalecos acolchados, sombreros de *tweed* y pantalones de pana de tonos mostaza y morado que a Robin le recordaron a Torquil.

Se pusieron en la cola para comprar las entradas, ambos absortos en sus pensamientos. Robin estaba preocupada por lo que podía pasar cuando llegaran al Crafty Filly, el bar del hipódromo donde trabajaba Tegan Butcher. Convencida de que Strike aún no había dicho todo lo que tenía que decir sobre su estado de salud mental, temía que se hubiese limitado a aplazar el momento de comunicarle que quería que volviese a ocuparse de las tareas administrativas de la agencia.

Lo cierto era que, de momento, Strike tenía la cabeza en otra parte. Las vallas blancas que entreveía más allá de la pequeña marquesina donde el público hacía cola para comprar las entradas, y toda aquella abundancia de pana y *tweed*, le recordaban la última vez que había estado en un hipódromo. Él no tenía ningún interés especial en aquel deporte. La única figura paterna constante de su vida, su tío Ted, era aficionado al fútbol y a la vela, y, aunque a un par de amigos suyos del Ejército les gustaba apostar en las carreras de caballos de vez en cuando, él nunca había sentido aquella tentación.

Sin embargo, hacía tres años había asistido al Derby de Epsom con Charlotte y dos de sus hermanos favoritos. Ella, al igual que Strike, provenía de una familia desestructurada y disfuncional. En una de sus imprevisibles efusiones de entusiasmo, Charlotte se había empeñado en aceptar la invitación de Valentine y Sacha, pese al escaso interés de Strike por aquel deporte y a la poca simpatía que sentía por los hermanos de Charlotte, que lo consideraban una excentricidad inexplicable en la vida de su hermana.

En esa época Strike estaba sin un céntimo; había montado la agencia con muy poco dinero, y los abogados ya habían empezado a perseguirlo para que devolviese el pequeño crédito que había aceptado de su padre biológico cuando todos los bancos le habían dado la espalda por ser un cliente de alto riesgo. Aun así, Charlotte se había enfurecido cuando, después de perder cinco libras apostando por el favorito —un caballo llamado *Fame and Glory* que al final había llegado segundo—, Strike no había querido volver a apostar. Charlotte se había abstenido de llamarlo «puritano» o «mojigato», «plebeyo» o «tacaño», como ya había hecho otras veces cuando él se

había negado a imitar los derroches temerarios y ostentosos de sus parientes y amigos, pero, incitada por sus hermanos, había optado por hacer ella misma unas apuestas cada vez mayores, y acabó ganando dos mil quinientas libras e insistiendo en ir a la carpa del champán, donde su belleza y su júbilo habían atraído todas las miradas.

Mientras caminaba con Robin por la avenida asfaltada, paralela al hipódromo que había detrás de las altas gradas, donde estaban las cafeterías, los puestos de sidra y las furgonetas de helados, los vestuarios de los *jockeys* y el bar de los propietarios y los entrenadores, Strike iba pensando en Charlotte y en las apuestas que salían bien y en las que salían mal; hasta que la voz de Robin lo devolvió al presente.

—Me parece que es aquí.

De la fachada de ladrillo del bar colgaba un letrero con el dibujo de la cabeza de una yegua oscura que llevaba puesto el bocado y guiñaba un ojo. En la terraza casi todas las mesas estaban ocupadas, y se oía el entrecuchar de las flautas de champán en medio de un murmullo de risas y conversaciones. El Crafty Filly daba a un *paddock* por donde pronto empezarían a desfilar los caballos, alrededor del cual ya se estaba congregando otra multitud.

—Coge esa mesa alta —le dijo Strike a Robin—. Yo voy a buscar algo de beber y a avisar a Tegan de que ya hemos llegado.

Entró en el bar sin preguntarle a su socia qué quería tomar.

Robin se sentó en uno de aquellos taburetes altos de metal; sabía que Strike los prefería porque, con la pierna ortopédica, le sería más fácil sentarse y levantarse de ellos que de los sofás bajos de mimbre. Toda la terraza estaba cubierta por un toldo impermeable para proteger a los clientes de una lluvia inexistente. Ese día el cielo estaba despejado, hacía una temperatura agradable y soplaba una ligera brisa que apenas movía las hojas de los arbustos ornamentales de la entrada del bar. Robin pensó que haría una noche despejada y que eso les facilitaría su trabajo en la hondonada de Steda Cottage, suponiendo, por supuesto, que Strike no hubiese decidido ya cancelar la expedición porque considerase que su socia estaba demasiado débil y sensible para llevársela con él.

Para aliviar la inquietud que le produjo ese pensamiento, se puso a leer las listas de caballos que les habían dado junto con los cartones de apuestas, hasta que un botellín de Moët & Chandon aterrizó inesperadamente delante de ella y Strike se sentó con un vaso de cerveza amarga en la mano.

—Tienen Doom Bar de barril —dijo muy contento, y levantó el vaso antes de dar un sorbo.

Robin se quedó mirando atónita el botellín de champán, que le hizo pensar en un baño de burbujas.

—¿A qué viene esto?

—Hay que celebrarlo —afirmó Strike después de dar un buen trago de cerveza—. Ya sé que probablemente debería reservarme mis opiniones —continuó, mientras buscaba el paquete de cigarrillos en sus bolsillos—, pero has hecho bien librándote de él. ¿Acostarse con la prometida de su amigo en vuestra propia cama? Se merece todas las desgracias que le ocurran.

—No puedo beber. Tengo que conducir.

—Mira, eso me ha costado veinticinco libras, así que creo que puedes dar un sorbito, aunque sólo sea para probarlo.

—¿Te han cobrado veinticinco libras por esto?! —exclamó Robin, y aprovechando que Strike

estaba encendiendo el cigarrillo, se enjugó disimuladamente una lágrima.

—Dime una cosa —dijo Strike mientras agitaba la cerilla para apagarla—. ¿Alguna vez te has planteado cómo ves el futuro de la agencia?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Robin, alarmada.

—Mi cuñado me sometió a un tercer grado cuando estuve en su casa para ver la ceremonia de inauguración de las Olimpiadas. No paraba de decirme que lo ideal para mí sería llegar a un punto en que ya no tuviera que salir a la calle.

—Pero si ni a ti ni a mí nos ha gustado nunca la idea de... Un momento —dijo Robin, con ansiedad—. ¿Estás insinuando que tengo que volver a mi escritorio para contestar al teléfono y...?

—No. —Strike lanzó el humo lejos de su cara—. Sólo quería saber si piensas en el futuro.

—¿Quieres que me marche? —preguntó Robin, aún más alarmada—. ¿Quieres que me busque otro...?

—¡Hostia, Ellacott, no! Sólo te estoy preguntando si piensas en el futuro.

Observó a Robin descorchar el botellín.

—Sí, claro que sí —dijo ella, dubitativa—. Me gustaría que tuviésemos una cuenta corriente un poco más saneada para no tener que vivir siempre al día, pero me encanta... —Le tembló la voz—. Me encanta este trabajo, ya lo sabes. Eso es lo único que quiero. Trabajar, mejorar y... supongo que conseguir que nuestra agencia sea la mejor de Londres.

Con una sonrisa en los labios, Strike entrechocó su vaso de cerveza con el botellín de champán.

—Muy bien, pues ten presente que los dos queremos exactamente lo mismo mientras te cuento la segunda parte, ¿vale? Y, tranquila, puedes beber. Tegan no tiene un descanso hasta dentro de cuarenta minutos, y además nos quedan muchas horas por delante hasta que oscurezca y podamos ir a la hondonada.

Strike la observó dar un gran sorbo de champán antes de continuar.

—Fingir que estás bien cuando no lo estás no significa que seas fuerte.

—Bueno, en eso te equivocas —lo contradijo Robin. El burbujeo del champán en la lengua le infundió valor antes de que el alcohol llegara a su cerebro—. A veces, fingir que estás bien hace que estés bien. A veces tienes que armarte de valor, poner buena cara y salir a la calle, y al cabo de un rato ya no estás fingiendo, sino que es real. Si yo hubiese esperado hasta sentirme preparada para salir de mi cuarto después de..., bueno, ya sabes —continuó—, todavía estaría allí. Tenía que salir aunque no estuviese preparada. —Lo miró a los ojos; los suyos estaban hinchados y enrojecidos—. Llevo dos años trabajando contigo, viéndote seguir adelante pase lo que pase, cuando ambos sabemos que cualquier médico te habría aconsejado poner la pierna en alto y descansar.

—Y qué he conseguido con eso, ¿eh? —replicó Strike—. Quedarme una semana fuera de la circulación, con los isquiotibiales suplicándome que pare cada vez que ando más de cincuenta metros. ¿Quieres buscar paralelismos? Muy bien. Estoy a régimen, hago los estiramientos...

—¿Y ese beicon vegetariano que tienes pudriéndose en la nevera?

—¿Pudriéndose? Eso es como caucho industrial, puedes estar segura de que me sobrevivirá. Escucha —dijo, negándose a que Robin se desviara del asunto principal—, sería un milagro que no hubieses sufrido ninguna secuela después de lo que te ocurrió el año pasado. —Buscó con la mirada el extremo de la cicatriz morada que Robin tenía en el antebrazo, visible bajo el puño de

su blusa—. Nada de lo que te ha sucedido en el pasado impide que desempeñes este trabajo, pero si quieres hacerlo, tienes que cuidarte. Si necesitas tiempo para...

—Eso es lo último que quiero...

—No se trata de lo que quieres. Se trata de lo que necesitas.

—¿Quieres que te cuente una cosa graciosa? —dijo Robin. No sabía si era por el sorbo de champán o por algún otro motivo, pero se sentía mucho más animada, y se le estaba soltando la lengua—. Se supone que esta última semana debería haber tenido un montón de ataques de pánico, ¿no? He estado buscando un sitio donde vivir, visitando pisos, recorriendo todo Londres con cientos de personas andando detrás de mí y adelantándose inesperadamente... Ése es el principal desencadenante —aclaró—. Tener a alguien detrás cuando uno no espera que esté allí.

—Vale, creo que no necesitamos a Freud para descifrar eso.

—Pero, mira, no he sufrido ninguno —le informó Robin—. Y creo que es porque no he tenido que...

Se interrumpió, pero Strike creía saber cómo habría terminado la frase. Se arriesgó y dijo:

—Este trabajo se convierte en algo casi imposible si tu vida privada está patas arriba. He pasado por eso. Lo sé.

Robin se alegró de que la entendiera; bebió más champán y le comentó atropelladamente:

—Creo que lo que empeoraba la situación era tener que ocultar lo que me estaba pasando, tener que hacer los ejercicios a escondidas, porque, ante la más mínima señal de que no estaba al cien por cien, Matthew habría empezado a chillarme otra vez y a recriminarme que me empeñara en hacer este trabajo. Esta mañana creía que era él quien me llamaba por teléfono; por eso me negaba a contestar. Y entonces Winn ha empezado a insultarme, y..., no sé, era como si le hubiese cogido el teléfono a Matthew. No necesito que Winn me diga que no soy más que un par de tetas andantes, una chica estúpida e ilusa que no se da cuenta de que ése es su único atributo útil.

«¿Es eso lo que te decía Matthew?», pensó Strike, y se le ocurrieron un par de medidas correctivas de las que Matthew quizá podría beneficiarse.

—El hecho de que seas mujer... —dijo pausadamente, escogiendo bien sus palabras—. Es verdad, me preocupo más por ti cuando sé que estás sola haciendo un trabajo, más que si fueses un hombre. Pero escúchame bien —añadió con firmeza al ver que ella abría la boca, alarmada—: si no somos sinceros el uno con el otro, estamos jodidos. Tú sólo escúchame, ¿vale?

»Lograste librarte de dos asesinos utilizando tu ingenio y recordando tu entrenamiento. Me juego lo que quieras a que el inútil de Matthew no habría sido capaz de algo así. Pero no quiero que haya una tercera vez, Robin, porque no sabemos si volverás a tener tanta suerte.

—Vale, quieres que retome el trabajo de oficina.

—¿Me dejas terminar? —dijo él muy serio—. No quiero perderte, porque eres lo mejor que tengo. En todos los casos en los que hemos trabajado desde que llegaste, has encontrado pruebas que yo no habría podido hallar y te has ganado a personas a las que yo no habría podido convencer para que hablaran conmigo. Si estamos donde estamos es en gran parte gracias a ti. Pero si vuelves a tropezar con un hombre violento, siempre llevarás las de perder, y yo tengo responsabilidades. Soy el socio principal, podrías denunciarme si...

—¿Te preocupa que te denuncie?

—No, Robin —respondió él con dureza—, me preocupa que acabes muerta y tener que cargar con eso en mi conciencia durante el resto de mi vida.

Tomó otro sorbo de Doom Bar y añadió:

—Si voy a seguir mandándote a la calle, necesito saber que estás bien psicológicamente. Quiero plenas garantías de que vas a ocuparte de esos ataques de pánico, porque, si no estás a la altura, no serás la única que tendrá que cargar con las consecuencias.

—De acuerdo —masculló Robin. Vio que Strike arqueaba las cejas y añadió—: En serio. Haré lo que tenga que hacer. De verdad.

Cada vez había más gente alrededor del *paddock*, porque iban a desfilan los caballos de la siguiente carrera.

—¿Cómo te va con Lorelei? —preguntó Robin—. Es muy simpática, me cae bien.

—Pues en ese caso me temo que tengo más malas noticias para ti, porque Matthew y tú no sois los únicos que rompieron el fin de semana pasado.

—Hostia, lo siento... —dijo Robin, y disimuló su bochorno bebiendo un poco más de champán.

Strike sonrió.

—Menos mal que no lo querías. Te lo estás acabando muy deprisa.

—Por cierto, no te lo he contado, ¿verdad? —dijo Robin; de pronto, al levantar el botellín verde, se había acordado—. Ya sé dónde había visto eso de «Blanc de blancs», y no fue en una botella. Aunque tampoco nos sirve para aclarar nada del caso...

—Cuenta.

—En Le Manoir aux Quat' Saisons hay una suite que se llama así. Por Raymond Blanc, el chef que fundó el hotel. Es un juego de palabras. «Blanc de blanc», pero sin la «s».

—¿Es el hotel donde pasaste el fin de semana del aniversario?

—Sí. Aunque nosotros no estuvimos en esa suite. No podíamos permitirnosla. Pero me acuerdo de que pasamos por delante de la habitación. Sí, allí fue donde celebramos nuestro aniversario de papel. De papel... —repitió con un suspiro—. Y pensar que hay parejas que llegan al de platino.

Siete purasangres oscuros estaban entrando en el *paddock*, cada uno con un *jockey* con sus colores encaramado a la silla como un mono; los mozos y mozas de cuadra guiaban a aquellos nerviosos animales de flancos sedosos, que avanzaban haciendo cabriolas. Strike y Robin eran de los pocos que no estiraban el cuello para ver mejor. Sin pensárselo dos veces, Robin sacó el tema del que más le interesaba hablar.

—¿Era Charlotte la mujer con la que te vi hablando en la recepción de los Juegos Paralímpicos?

—Sí —confirmó Strike.

Él la miró. No era la primera vez que Robin se lamentaba de la facilidad con que él le adivinaba el pensamiento.

—Charlotte no tiene nada que ver con el hecho de que Lorelei y yo hayamos roto. Ella está casada.

—Matthew y yo también estábamos casados —dijo Robin, y tomó otro sorbo de champán—. Eso no le importó mucho a Sarah Shadlock.

—Yo no soy Sarah Shadlock.

—Ya, eso está claro. Además, si fueras tan insoportable como ella, no trabajaría para ti.

—Mira, podrías escribir eso en tu próxima reseña de satisfacción laboral: «El jefe no es tan

insoportable como la mujer que se acostaba con mi marido.» La haré enmarcar.

Robin se rió.

—Pues yo tenía mi propia teoría sobre ese «Blanc de blancs» —continuó Strike—. Estaba analizando la lista de Chiswell y tratando de eliminar posibilidades y corroborar una teoría.

—¿Qué teoría? —preguntó Robin con interés.

En ese momento, Strike comprobó que, a pesar de que ya se había bebido media botella de champán, de que su matrimonio hacía aguas y de que se iba a mudar a un cuchitril en una casa compartida de Kilburn, el interés de Robin por el caso seguía intacto.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que creía que había algo importante, algo fundamental detrás de todo el asunto Chiswell? ¿Algo que aún no habíamos sabido ver?

—Sí, dijiste que era como si «lo tuviéramos delante y no lo viéramos».

—Exacto. Qué memoria. Pues a raíz de un par de cosas que dijo Raphael...

—Hola. Ya estoy aquí —dijo una voz femenina, con nerviosismo, detrás de ellos.

63

*Esto es, al fin y al cabo, un asunto de lo más personal; no hay ninguna necesidad de ir
pregonándolo por todo el país.*

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Tegan Butcher era una chica fornida, de escasa estatura y con muchas pecas. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba recogido en un moño. A pesar de que el uniforme del bar —que incluía una corbata gris y una camisa negra con un caballo blanco y un *jockey* bordados— era muy elegante, se notaba que la chica estaba más cómoda con unas botas de agua manchadas de barro. Había salido del bar con un café con leche para tomárselo mientras la interrogaban.

—Muchas gracias —dijo cuando Strike fue a buscar otra silla para ella, complacida de que el famoso detective se tomara tantas molestias.

—De nada —contestó Strike—. Te presento a mi socia, Robin Ellacott.

—Sí, usted fue la que me llamó, ¿verdad? —preguntó Tegan mientras se subía a la silla con cierta dificultad, por lo bajita que era. Parecía emocionada y asustada a la vez.

—Ya sé que no tienes mucho tiempo —le dijo Strike—, así que, si no te importa, iremos al grano, Tegan.

—No. Quiero decir, sí... Muy bien. Adelante.

—¿Cuánto tiempo trabajaste para Jasper y Kinvara Chiswell?

—Empecé a trabajar a horas sueltas cuando todavía iba al colegio, así que, si eso cuenta..., dos años y medio.

—¿Te gustaba trabajar para ellos?

—No estaba mal —contestó Tegan, prudente.

—¿Cómo te caía el ministro?

—Bastante bien... —Y como pareció comprender que no era una respuesta muy descriptiva, añadió—: Mi familia lo conoce desde hace un montón de años. Mis hermanos trabajaban en Chiswell House de vez en cuando.

—¿Ah, sí? —dijo Strike mientras tomaba notas—. ¿Qué clase de trabajo hacían?

—Pequeñas reparaciones, un poco de jardinería... Pero se han vendido casi todas las tierras. El jardín ya no lo cuidan.

Cogió su café y dio un sorbo, y entonces, un poco angustiada, añadió:

—Mi madre se pondrá furiosa si se entera de que he quedado con ustedes. Me advirtió que no debía meterme.

—¿Por qué?

—«En boca cerrada no entran moscas», suele decir. Eso y «Cuando menos te ven, más te admiran». Eso empezó a decírmelo cuando yo quería ir a la discoteca del pueblo.

Robin se rió. Tegan sonrió, orgullosa de haber dicho algo gracioso.

—¿Qué te parecía la señora Chiswell como empleadora? —continuó Strike.

—Estaba bastante bien —volvió a decir Tegan.

—A la señora Chiswell le gustaba que siempre hubiera alguien durmiendo en la casa cuando ella no estaba, ¿no es así? Para que los caballos no estuviesen solos.

—Sí —confirmó Tegan, y entonces, por primera vez, aportó información voluntariamente—: Es muy paranoica.

—¿No hirieron a uno de los caballos?

—Bueno, tanto como herir... En realidad sólo fueron unos arañazos. *Romano* consiguió quitarse la manta durante la noche. De no ser por eso, no le habría pasado nada.

—Entonces ¿tú no sabes nada de unos intrusos a los que vieron en el jardín? —preguntó Strike, con el bolígrafo suspendido sobre el bloc de notas.

—Bueno —dijo Tegan—, ella comentó algo, pero...

Su mirada se desvió hacia el paquete de Benson & Hedges de Strike, que estaba encima de la mesa, junto a su vaso de cerveza.

—¿Puedo coger un cigarrillo? —preguntó sin cortarse.

—Sí, claro.

Strike sacó el encendedor y se lo acercó.

Tegan encendió el cigarrillo, dio una larga calada y dijo:

—Yo no creo que hubiese nadie en los jardines. Eso son imaginaciones de la señora Chiswell. Es muy... —Intentó dar con la palabra adecuada—. Bueno, si fuese un caballo diría que es asustadiza. Yo nunca oí nada las veces que me quedé a dormir.

—Dormiste allí la víspera del día que encontraron a Jasper Chiswell muerto en Londres, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te acuerdas de a qué hora volvió la señora Chiswell?

—Sobre las once. Me dio un susto de muerte, porque se suponía que iba a quedarse en Londres. —Tegan empezaba a soltarse y a dejar entrever cierta garrulidad—. Se puso como un basilisco nada más llegar, porque yo me había fumado un cigarrillo viendo la tele y a ella le molesta que se fume en la casa, y también me había tomado un par de copas de vino de una botella que había en la nevera... Bueno, antes de marcharse me había dicho que podía coger lo que quisiera de la cocina, pero ella es así, cambia las reglas del juego continuamente. Lo que está bien, al cabo de un momento está mal. Tenías que ir con mucho cuidado.

»Aunque aquella noche ya venía de muy mal humor. Me di cuenta porque entró en el recibidor dando pisotones. Lo del cigarrillo y el vino sólo fue una excusa para desahogarse conmigo. Siempre hace lo mismo.

—Pero te quedaste a dormir de todas formas.

—Sí. Me dijo que estaba demasiado borracha para conducir. No era verdad, yo no estaba borracha, y luego me dijo que fuese a ver qué hacían los caballos porque ella tenía que llamar a alguien.

—¿La oíste hacer esa llamada?

Tegan cambió de postura en la silla, demasiado alta para ella; tenía el cigarrillo en una mano, encajó el codo en la palma ahuecada de la otra mano y entornó ligeramente los ojos para que no les entrara el humo, una pose que, evidentemente, consideraba apropiada para mantener una conversación con un detective privado un poco tramposo.

—Me da que no debo hablar de eso.

—¿Qué te parece si yo te digo un nombre y tú asientes si acierto?

—Vale, va —dijo ella con la mezcla de desconfianza y curiosidad de alguien a quien le han prometido un truco de magia.

—Henry Drummond —mencionó el detective—. ¿La señora Chiswell le dejó un mensaje diciéndole que quería que le tasara un collar?

Tegan hizo un gesto afirmativo, impresionada a su pesar.

—Sí. Exacto —confirmó.

—¿Y fuiste a ver qué hacían los caballos?

—Sí, y cuando volví, la señora Chiswell me dijo que me quedara a dormir de todas formas, porque necesitaba que estuviese allí temprano. Así que me quedé.

—¿Y dónde durmió ella? —le preguntó Robin.

—Pues... arriba —dijo Tegan, riendo un poco, sorprendida—. En su dormitorio, como siempre.

—¿Estás segura de que estuvo allí toda la noche? —le preguntó Robin.

—Sí —contestó Tegan, volviendo a reír—. Su dormitorio está al lado del que solía usar yo cuando me quedaba. Son los únicos con ventanas que dan a las cuadras. Incluso pude oír cómo se acostaba.

—¿Estás segura de que no salió de la casa durante la noche? ¿No cogió el coche para ir a ningún sitio, por ejemplo? —le preguntó Strike.

—No. Lo habría oído. Hay baches por todas partes, no puedes salir de la finca sin hacer ruido. Además, a la mañana siguiente me la encontré en el rellano. Iba al cuarto de baño, y llevaba puesto el camisón.

—¿Recuerdas a qué hora?

—Sobre las siete y media. Desayunamos juntas en la cocina.

—¿Todavía estaba enfadada contigo?

—Un poco antipática —admitió Tegan.

—¿Y a la hora del desayuno no la oíste contestar otra llamada?

Tegan dijo, mostrando auténtica admiración:

—¿Del señor Chiswell, se refiere? Sí. Salió de la cocina para contestar al teléfono. Lo único que pude oír fue: «No, esta vez va en serio, Jasper.» Parecía una discusión. Ya se lo he contado a la policía. Pensé que habrían discutido en Londres, y que por eso ella había vuelto a casa antes de lo previsto en lugar de quedarse allí.

»Entonces salí a limpiar las cuadras, y ella salió también y sacó a *Brandy*, una de sus yeguas, para que hiciera ejercicio, y poco después... —continuó Tegan, vacilando—, llegó él. Raphael, ¿saben? El hijo.

—¿Y qué pasó? —preguntó Strike.

Tegan titubeó.

—Discutieron, ¿verdad? —dijo Strike, consciente de que Tegan estaba consumiendo su rato de descanso.

—Sí —respondió la chica, con una sonrisa de admiración—. ¡Es que lo sabe todo!

—¿Conoces el motivo de la discusión?

—El mismo por el que ella había hablado la noche anterior con aquella otra persona por teléfono.

—¿El collar? ¿Discutían porque la señora Chiswell quería venderlo?

—Sí.

—¿Tú dónde estabas cuando ellos discutían?

—Limpiando las cuadras. Él salió del coche y fue derecho a buscarla al potrero...

Al ver la expresión de perplejidad de Strike, Robin murmuró:

—Es como un prado donde entrenan a los caballos.

—Ah —dijo él.

—Sí —prosiguió Tegan—. Era donde estaba entrenando a *Brandy*. Primero se pusieron a hablar, y no pude oír lo que decían, pero al cabo de un rato empezaron a gritar los dos, y ella desmontó y me ordenó que fuese a quitarle los arreos a *Brandy*. La silla y la brida —aclaró, por si Strike no la había entendido—, y entonces entraron en la casa y desaparecieron, pero oí que seguían discutiendo... A ella nunca le ha caído bien Raphael —continuó Tegan—. Decía que lo habían malcriado. Siempre estaba despotricando de él. A mí me caía bastante bien, la verdad —añadió, aparentando un aire desapasionado que se contradecía con el rubor de sus mejillas.

—¿Te acuerdas de lo que se decían el uno al otro?

—Un poco —respondió Tegan—. Él le decía que no podía venderlo, que pertenecía a su padre o algo así, y ella le dijo que se ocupara de sus asuntos.

—¿Y entonces qué pasó?

—Entraron, yo seguí limpiando las cuadras y, al cabo de un rato... —Tegan titubeó de nuevo—. Vi llegar un coche de la policía por el camino y... Sí, fue horrible. Una agente me pidió que entrara en la casa y que la ayudara. Fui a la cocina y vi que la señora Chiswell estaba blanca como la cera y muy alterada. Querían que les enseñara dónde estaban las bolsitas de té. Me puse a prepararlo, y él, Raphael, consiguió que la señora Chiswell se sentara. Se portó muy bien con ella, teniendo en cuenta que hacía un momento ella lo estaba llamando de todo.

Strike miró la hora.

—Ya sé que no tienes mucho tiempo —repuso—. Sólo un par de cosas más.

—Vale.

—Hace más o menos un año hubo un incidente —continuó el detective—. La señora Chiswell atacó al señor Chiswell con un martillo.

—Ostras, sí —dijo Tegan—. Sí... Se le fue la olla. Fue justo después de que sacrificaran a *Lady*, a principios de verano. Era la yegua favorita de la señora Chiswell. Un día la señora llegó a casa y se enteró de que el veterinario la había sacrificado. Ella quería estar presente cuando lo hiciera, y cuando llegó y vio la furgoneta del matarife se puso furiosa.

—¿Desde cuándo sabía la señora Chiswell que tendrían que sacrificar a esa yegua? —preguntó Robin.

—Desde hacía un par o tres de días. Creo que todos lo sabíamos, la verdad —comentó Tegan

con tristeza—. Pero era una yegua tan preciosa... Todos confiábamos en que se recuperase. El veterinario se había pasado horas esperando a que la señora Chiswell regresase a casa, pero *Lady* estaba sufriendo, y él no podía esperar allí todo el día, así que...

Tegan abrió las manos en un ademán de impotencia.

—¿Tienes idea de por qué fue a Londres ese día, si sabía que *Lady* se estaba muriendo? —preguntó Strike.

Tegan negó con la cabeza.

—¿Podrías explicarnos qué pasó exactamente cuando atacó a su marido? ¿Dijo algo antes de propinarle el martillazo?

—No. Entró en el establo, vio lo que había pasado, fue corriendo hacia el señor Chiswell, agarró el martillo y se abalanzó sobre él. Había sangre por todas partes. Fue horrible... —dijo Tegan con sinceridad—. Espantoso.

—¿Qué hizo la señora Chiswell después de la agresión? —quiso saber Robin.

—Se quedó allí plantada sin más. La expresión de su cara... Parecía un demonio, un monstruo —soltó Tegan de improviso—. Yo creí que estaba muerto, estaba convencida de que lo había matado.

»Se la llevaron de allí un par de semanas. La ingresaron en no sé qué hospital, y tuve que encargarme de los caballos yo sola... Estábamos todos hechos polvo por lo de *Lady*. Yo adoraba a aquella yegua, y creía que se iba a curar. Pero se rindió, se tumbó en el suelo y no quería comer. Yo no podía reprocharle a la señora Chiswell que estuviera enfadada, pero... Habría podido matar a su marido. Había sangre por todas partes... —repitió—. Yo quería marcharme. Se lo dije a mi madre. Aquella noche la señora Chiswell me dio miedo.

—¿Y por qué decidiste quedarte?

—No lo sé, la verdad... El señor Chiswell quería que me quedase, y yo les tenía cariño a los caballos. Entonces la señora Chiswell salió del hospital y estaba muy deprimida, y supongo que me dio pena. Me la encontraba siempre llorando en la cuadra vacía de *Lady*.

—¿*Lady* era la yegua que la señora Chiswell quería...? ¿Cuál es el término correcto? —le preguntó Strike a Robin.

—¿Cruzar? —sugirió Robin.

—Eso, la yegua que quería cruzar con el famoso semental.

—¿Con *Totilas*? —dijo Tegan, haciendo un pequeño gesto de burla—. No, ella quería cruzar a *Brandy*, pero el señor Chiswell no quería oír ni hablar de ello. ¡Con *Totilas*! ¡*Totilas* vale una fortuna!

—Eso tengo entendido. ¿Seguro que ella no mencionó a otro semental? Hay uno que se llama *Blanc de Blancs*, no sé si...

—Nunca he oído hablar de él —dijo Tegan—. No, seguro que era *Totilas*, era el mejor, ella estaba obsesionada con utilizarlo. La señora Chiswell es así. Cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay nada que hacer. Ella quería criar un caballo precioso, de Grand Prix, y... Ya saben que había perdido un bebé, ¿verdad?

Strike y Robin asintieron.

—Mi madre sentía lástima por ella, decía que eso de criar un potrillo era..., bueno, una especie de sustituto. Mi madre cree que todo tiene que ver con el bebé, y que por eso la señora Chiswell tenía esos cambios de humor tan bruscos.

»Me acuerdo de que un día, por ejemplo, pocas semanas después de salir del hospital, estaba eufórica. Creo que fue por los medicamentos que le daban. Estaba cantando en el patio, muy exaltada. Y le dije: “¡Qué contenta está, señora Chiswell!”, y ella, riendo, me contestó: “Sí, es que he estado trabajándome a Jasper y creo que casi lo he convencido, creo que me dejará cruzarla con *Totilas*.” Pero era mentira. Se lo pregunté a él y no le hizo ninguna gracia, me dijo que aquello sólo eran fantasías y que bastantes problemas le daba mantener a los caballos que ya tenían.

—¿Y no crees que a lo mejor él la sorprendió —especuló Strike— ofreciéndole la posibilidad de cruzar a la yegua con otro semental? ¿Con un semental más barato?

—No, ella no lo habría aceptado —dijo Tegan—. Era o *Totilas* o nada. —Apagó el cigarrillo que le había dado Strike, miró la hora y, con pesar, dijo—: sólo me quedan un par de minutos.

—Dos preguntas más, y ya estaremos —le aseguró Strike—. Tengo entendido que tu familia conocía a una chica que se llamaba Suki Lewis. Te hablo de muchos años atrás. Se había escapado de una casa de acogida...

—¿Lo sabe todo! —exclamó Tegan otra vez, maravillada—. ¿Cómo sabe eso?

—Me lo contó Billy Knight. ¿Por casualidad no sabrás qué fue de Suki?

—Sí, se fue a vivir a Aberdeen. Yo hacía clase de danza con ella en el colegio. Su madre era una pesadilla: consumía alcohol y todo tipo de drogas. Hasta que un día se cogió una borrachera descomunal, y así fue como metieron a Suki en una casa de acogida. Se fugó para ir a buscar a su padre, que trabajaba en las plataformas petrolíferas del mar del Norte.

—¿Y tú crees que lo encontró? —le preguntó Strike.

Con aire triunfante, Tegan se llevó una mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó su móvil. Lo encendió, buscó un poco y le enseñó al detective la página de Facebook de una chica morena y sonriente que posaba con un grupito de amigas delante de una piscina, en Ibiza. Detrás del bronceado, la sonrisa blanqueada y las pestañas postizas, Strike reconoció el palimpsesto de la niña delgada y dentada de aquella otra fotografía que había visto. La página se titulaba «Susanna McNeil».

—¿Lo ve? —dijo Tegan alegremente—. Su padre la acogió en su nueva familia. «Susanna» era su nombre verdadero, pero su madre la llamaba «Suki». Mi madre es amiga de la tía de Susanna. Dice que le va muy bien.

—¿Estás segura de que es ella? —le preguntó Strike.

—Sí, claro. Todos nos alegramos mucho por ella. Era muy buena niña.

Tegan volvió a mirar la hora.

—Lo siento, pero tengo que volver al trabajo.

—Una pregunta más —dijo Strike—. ¿Tus hermanos conocen mucho a los Knight?

—Sí, bastante. Iban a diferentes cursos, pero todos trabajaban en Chiswell House.

—¿Qué hacen ahora tus hermanos, Tegan?

—Paul dirige una granja cerca de Aylesbury, y Dan vive en Londres y se dedica al paisajismo. ¿Por qué anota eso? —preguntó, alarmada por primera vez, al ver que Strike escribía algo en su bloc—. ¡No les irá a decir a mis hermanos que he hablado con usted! ¡Si sospechan que le he contado algo de lo que pasaba en la casa, se pondrán furiosos!

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasaba en la casa? —preguntó Strike.

Tegan, indecisa, miró a Robin y luego lo miró otra vez a él.

—Ya lo saben, ¿verdad?

Y como ni Strike ni Robin contestaron, añadió:

—Miren, Dan y Paul sólo ayudaban a transportarlas. A cargarlas y todo eso. ¡Además, en aquella época era legal!

—¿Qué es lo que era legal? —le preguntó Strike.

—Sé que lo saben —dijo Tegan entre preocupada y risueña—. Alguien se ha ido de la lengua, ¿verdad? ¿Ha sido Jimmy Knight? No hace mucho vino por aquí, quería hablar con Dan. En fin, en el pueblo lo sabía todo el mundo. En teoría tenía que ser todo muy secreto, pero todos sabíamos lo de Jack.

—¿Qué sabíais de Jack?

—Pues... que él era quien construía las horcas.

Strike encajó la información sin pestañear. Robin no estaba segura de haber conseguido mostrarse tan impertérrita como él.

—Pero eso ya lo sabían, ¿no? —insistió Tegan.

—Sí, claro —dijo Strike para tranquilizarla—. Lo sabíamos.

—Me lo imaginaba —dijo Tegan, aliviada, y bajó de la silla con poca elegancia—. Pero, si ven a Dan, no le digan que se lo he contado. Es como mi madre. «En boca cerrada no entran moscas...» Bueno, nadie pensaba que hubiese nada malo en ello. Yo, por ejemplo, soy partidaria de la pena de muerte.

—Gracias por dedicarnos tu tiempo, Tegan —dijo Strike.

La chica se ruborizó ligeramente cuando le estrechó la mano al detective y luego a Robin.

—De nada —contestó. De pronto, daba la impresión de que no quería irse—. ¿Van a quedarse a ver las carreras? *Brown Panther* corre en la de las dos y media.

—Sí, a lo mejor nos quedamos —añadió Strike—, nos sobra un poco de tiempo antes de nuestra siguiente cita.

—Yo he apostado diez libras a *Brown Panther* —confesó Tegan—. Bueno, pues... adiós.

Ya había dado unos pasos cuando, de pronto, dio media vuelta y regresó junto a Strike; estaba aún más colorada.

—¿Puedo hacerme un selfi con usted?

—¿Un selfi? —dijo Strike, evitando mirar a Robin—. Bueno, prefiero que no, si no te importa.

—Entonces ¿me puede firmar un autógrafo?

Strike decidió que la segunda opción era la menos mala, y firmó en una servilleta.

—Gracias.

Tegan cogió la servilleta y se marchó. Strike esperó a que desapareciera en el bar antes de volverse hacia Robin, que ya estaba haciendo una búsqueda en su teléfono.

—Hace seis años —dijo leyendo en la pantalla de su móvil—, un directivo de la Unión Europea consiguió que se prohibiera exportar a los estados miembro cualquier tipo de material que pudiera utilizarse en torturas. Hasta entonces, era completamente legal exportar horcas fabricadas en Gran Bretaña.

64

Habla de guisa que pueda comprenderte.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

—«Yo actué dentro de la ley, y de acuerdo con mi conciencia» —dijo Strike, repitiendo la crítica declaración que había hecho Chiswell en el Pratt's—. Por tanto, es cierto. Nunca ocultó que estuviese a favor de la horca, ¿no? Supongo que proporcionaba madera de sus tierras.

—Y un sitio para que Jack o'Kent las construyera. Por eso Jack o'Kent le decía a Raff que no debía entrar en el granero, cuando era un crío.

—Y probablemente se repartían los beneficios...

—Espera... —lo interrumpió Robin, recordando lo que Flick había gritado cuando perseguía el coche del ministro, la noche de la recepción de los Juegos Paralímpicos—. «Les puso ese puto caballo...» Cormoran, ¿crees que...?

—Sí, creo que sí —dijo Strike, que imaginaba por dónde iba Robin—. Lo último que me dijo Billy en el hospital fue: «Yo odiaba ponerles el caballo.» Billy estaba en pleno episodio psicótico y, aun así, grabó el caballo blanco de Uffington en la puerta del baño... Jack o'Kent hacía que sus hijos lo tallaran en los recuerdos que les vendían a los turistas... y también en las horcas para la exportación... Por lo visto, tenía montado todo un negocio familiar.

Strike volvió a entrechocar su vaso de cerveza con el botellín de champán de Robin y apuró las últimas gotas de su Doom Bar.

—Por nuestro primer avance real. Si Jack o'Kent les ponía una marca a las horcas, sería bastante fácil identificarlas y llegar hasta él, ¿no? Y no sólo hasta él: hasta el Valle del Caballo Blanco y hasta Chiswell. Todo encaja, Robin. ¿Te acuerdas de la pancarta de Jimmy con aquel montón de niños negros muertos? Chiswell y Jack o'Kent las vendían al extranjero, seguramente a Oriente Próximo o África. Aunque probablemente Chiswell ignoraba que llevaban grabado el caballo... ¡Hostia, no, claro que no lo sabía! —exclamó Strike, recordando lo que le había dicho Chiswell en el Pratt's—, porque cuando me contó lo de las fotografías, me dijo: «Por lo que yo sé, no se apreciaban marcas distintivas.»

—También sabemos que Jimmy aseguraba que le debían algo —le recordó Robin, que a su vez iba atando cabos—. Y Raff dijo que Kinvara creía que Jimmy tenía derecho a reclamar ese dinero, al menos al principio... ¿Y si Jack o'Kent dejó unas cuantas horcas listas para vender después de morir...?

—¿Y Chiswell las vendió sin molestarse en buscar a los hijos de Jack y pagarles su parte?

Bien visto —dijo Strike—. Así pues, para Jimmy todo esto empezó como una reclamación de la parte legítima de la herencia de su padre. Y, entonces, cuando Chiswell negó deberles nada, se convirtió en un chantaje.

—Aunque no sé si tenía mucho sentido hacerle chantaje con eso... —repuso Robin—. ¿Crees que Chiswell habría perdido muchos votos si se hubiese sabido algo así? Cuando las vendió, era legal hacerlo, y él se había declarado a favor de la pena de muerte en público, así que nadie habría podido tacharlo de hipócrita. La mitad de la opinión pública cree que deberíamos reintroducir la horca. Me extrañaría que el tipo de gente que votaba a Chiswell pensara que lo que hizo en el pasado fuera algo muy grave.

—Bien visto otra vez —concedió Strike—. Está claro que Chiswell habría podido afrontarlo sin muchos problemas... Ya había superado situaciones peores: una amante embarazada, un divorcio, un hijo ilegítimo, el accidente de Raphael y su condena a prisión...

»Pero había “consecuencias no deseadas”, ¿te acuerdas? —dijo Strike, pensativo—. ¿De qué serían esas fotos del Ministerio de Asuntos Exteriores por las que tanto interés tenía Winn? ¿Y quién será ese tal “Samuel” al que Winn ha mencionado por teléfono?

Strike sacó su bloc de notas y escribió unas cuantas frases con su caligrafía apretada y difícil de descifrar.

—Al menos ya tenemos la confirmación de la historia de Raff —dijo Robin—. La del collar.

Strike gruñó mientras escribía. Cuando terminó, dijo:

—Sí, eso no ha estado mal, dentro de lo que cabe.

—¿Cómo que «dentro de lo que cabe»?

—Que Raphael fuese a Oxfordshire para impedir que Kinvara se largara con un collar valioso es más verosímil que esa otra historia de que quisiera impedir que se quitara la vida —dijo Strike—, pero sigo pensando que no nos lo cuentan todo.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que antes. ¿Por qué iba a enviar Chiswell a Raphael a Oxfordshire como emisario, si su mujer lo odiaba? Dudo mucho que Raphael pudiese ser más persuasivo que Izzy.

—¿La has tomado con Raphael o qué?

Strike arqueó las cejas.

—No tengo ningún sentimiento hacia él, ni bueno ni malo. ¿Y tú?

—Claro que no —contestó Robin, tal vez con excesiva precipitación—. Bueno, ¿cuál es esa teoría de la que me estabas hablando antes de que llegara Tegan?

—Ah, sí... —dijo Strike—. Quizá no sea nada, pero me llamaron la atención un par de cosas que te dijo Raphael, y que plantean algunas dudas...

—¿Qué cosas?

Strike se las comentó.

—No veo qué relevancia puede tener ninguna de las dos.

—Aisladamente, quizá no; pero prueba a añadirles lo que me contó Della.

—¿Qué parte?

Pero incluso después de que Strike le recordara lo que había declarado Della, Robin seguía sin comprender.

—No veo dónde está la conexión.

Strike se levantó con una sonrisa en los labios.

—Piénsalo un poco. Voy a llamar a Izzy y le voy a decir que Tegan se ha ido de la lengua y nos ha contado lo de las horcas.

El detective se alejó y desapareció entre la multitud, buscando un sitio tranquilo desde donde hacer la llamada, y dejó a Robin terminándose el champán —que ya no estaba frío— y reflexionando sobre lo que su socio le acababa de decir. A pesar de que intentó con todas sus fuerzas atar los cabos sueltos, no consiguió nada que resultase coherente, así que después de unos minutos desistió y se quedó allí sentada, disfrutando de una brisa suave que le apartaba el pelo de los hombros.

Pese al cansancio, a su ruptura matrimonial y al temor que le producía la perspectiva de ponerse a cavar en la hondonada aquella noche, Robin se sentía a gusto allí, aspirando el olor a césped, a cuero y a caballo que llenaba el aire del hipódromo. De vez en cuando le llegaba una ráfaga con trazas de los perfumes que llevaban las mujeres, que ya empezaban a desplazarse del bar hacia las gradas, o el olorcillo ahumado de las hamburguesas de carne de venado que cocinaban en una furgoneta aparcada cerca de allí. Por primera vez en una semana, Robin se dio cuenta de que tenía hambre.

Cogió el tapón de corcho de la botella de champán y lo hizo girar entre los dedos, y aquello le hizo recordar el corcho que se había guardado de la fiesta de su veintiún cumpleaños, para la que Matthew había vuelto a casa desde la universidad con un grupito de nuevos amigos, entre los que estaba Sarah. Ahora se daba cuenta de que sus padres habían querido celebrar aquella gran fiesta para compensarla por haberse quedado sin la fiesta de graduación, en la que todos habían puesto tantas ilusiones.

Strike estaba tardando mucho. Quizá Izzy estuviese revelándole todos los detalles, ahora que ya sabían en qué había consistido el chantaje; o quizá, sencillamente, quería retenerlo el máximo tiempo posible al teléfono.

«Pero Izzy no es su tipo.»

Aquel pensamiento la sorprendió un poco. Se sintió ligeramente culpable por haberle dado cabida en su mente, pero todavía se sintió más incómoda cuando otra idea lo reemplazó:

«Todas sus novias han sido guapas. Izzy no lo es.»

Strike atraía a mujeres asombrosamente hermosas, teniendo en cuenta su pinta de oso y ese cabello que, como él mismo decía, parecía «vello púbico».

«Yo debo de estar horrible», pensó a continuación. Aquella mañana, cuando se había subido al Land Rover, ya estaba pálida y tenía los párpados hinchados, y había llorado mucho desde entonces. Empezó a preguntarse si tendría tiempo de buscar unos lavabos y, como mínimo, cepillarse el pelo, cuando vio a Strike caminar hacia ella con una hamburguesa en cada mano y un boleto de apuestas entre los dientes.

—Izzy no contesta —masculó—. Le he dejado un mensaje. Coge una y ven conmigo. Acabo de apostar diez libras a *Brown Panther*.

—No sabía que fueses aficionado a las apuestas —dijo Robin.

—Y no lo soy —contestó Strike, quitándose el boleto de la boca y metiéndoselo en el bolsillo—, pero hoy presiento que voy a tener suerte. Vamos a ver la carrera.

Strike se dio la vuelta, y Robin, discretamente, se guardó el tapón de corcho en el bolsillo.

—«*Brown*» *Panther* —dijo Strike, camino de la pista, con la boca llena de hamburguesa—.

Pero no lo es, ¿no? Tiene la crin negra, y por lo tanto es...

—Exacto, un bayo —confirmó Robin—. ¿También estás decepcionado porque no es una pantera?

—No, sólo intento pillarle el tranquilo. Ese semental que encontré en internet, *Blanc de Blancs*, era castaño, no blanco.

—No tordillo, querrás decir.

—Mierda —gruñó Strike, entre divertido y exasperado.

65

No todos hacen lo mismo, no todos tienen ese valor.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Brown Panther llegó segundo, y se gastaron las ganancias de Strike en los puestos de comida y en las cafeterías, matando las horas de luz que todavía quedaban hasta que llegara el momento de ir a Woolstone a cavar en la hondonada. Robin se estremecía de angustia cada vez que se acordaba de las herramientas que llevaban en el maletero del Land Rover y de aquel hoyo oscuro lleno de ortigas; mientras tanto, Strike la distraía, intencionadamente o no, negándose una y otra vez a explicarle cómo encajaban los testimonios de Della Winn y Raphael Chiswell, o qué conclusiones había extraído de ellos.

—Piensa —le decía—. Tú piensa.

Pero Robin estaba exhausta, y era más fácil seguir insistiéndole, entre bocadillos y cafés, mientras disfrutaba de aquel inusual interludio en sus vidas profesionales, y es que Strike y ella nunca habían pasado tantas horas juntos a menos que estuviesen resolviendo algún tipo de crisis.

Sin embargo, el sol estaba cada vez más cerca del horizonte, y los pensamientos de Robin regresaban cada vez con mayor insistencia a la hondonada, haciendo que se le encogiera el estómago. Strike acabó por darse cuenta de esos silencios, y una vez más le propuso que se quedara en el Land Rover mientras Barclay y él excavaban.

—No —dijo Robin, lacónica—. No he venido para quedarme sentada en el coche.

Tardaron tres cuartos de hora en llegar a Woolstone. El cielo, hacia poniente, iba perdiendo rápidamente su color a medida que ellos descendían por segunda vez hacia el Valle del Caballo Blanco, y cuando llegaron a su destino ya empezaban a brillar débilmente las primeras estrellas en el firmamento parduzco. Robin metió el Land Rover por el camino cubierto de maleza que llevaba a Steda Cottage, y el coche, balanceándose y dando sacudidas, avanzó por encima de surcos profundos y marañas de espinos y ramas hacia una zona más oscura, bajo las tupidas copas de los árboles.

—Llega tan lejos como puedas —le dijo Strike, mirando la hora en el móvil—. Barclay aparcará detrás de nosotros. Ya debería estar aquí. Le dije a las nueve en punto.

Robin detuvo el vehículo, apagó el motor y contempló la espesa masa boscosa que se extendía entre el camino y Chiswell House. Quizá no pudiesen verlos, pero de todas formas estaban invadiendo una propiedad privada. Aun así, la inquietud que le generaba la posibilidad de que los descubrieran no era nada comparada con el miedo que le daba lo que yacía bajo aquellas ortigas enredadas en el fondo de la hondonada, al lado de Steda Cottage, así que volvió a sacar el tema

que llevaba toda la tarde utilizando como distracción.

—Ya te lo he dicho: piensa —le dijo Strike por enésima vez—. Piensa en las píldoras de Láquesis. Fuiste tú la que consideró que podían ser importantes. Piensa en todas las cosas tan raras que hacía Chiswell: burlarse de Aamir delante de todos, decir que Láquesis «sabía cuándo le llegaría el final a cada uno»; decirte a ti que «uno a uno iban metiendo la pata»; buscar la pinza para billetes de Freddie, que luego apareció en su bolsillo...

—Ya he pensado en todo eso, pero sigo sin entender cómo...

—Piensa en el helio y los tubos que metieron en la casa escondidos en una caja de champán. Alguien sabía que Chiswell no abriría la caja porque era alérgico, ¿no? Pregúntate cómo supo Flick que Jimmy podía reclamarle algo a Chiswell. Piensa en la discusión de Flick con Laura, su compañera de piso.

—¿Qué relación puede tener todo eso?!

—¿Piensa! —insistió Strike, con una actitud exasperante—. No había restos de amitriptilina en el cartón vacío de zumo de naranja del cubo de la basura de Chiswell. Acuérdate de Kinvara, de lo obsesionada que estaba con el paradero de su marido. Intenta adivinar qué me dirá Francesca, la chica de la galería de arte de Drummond, si algún día consigo hablar con ella por teléfono. Piensa en aquel mensaje que dejaron en el contestador de la oficina electoral de Chiswell, que decía que «la gente se mea encima cuando muere», lo que en sí mismo no es en absoluto concluyente, cierto, pero sí muy sugerente, si lo piensas bien.

—Me estás poniendo nerviosa —dijo Robin, sin dar crédito—. ¿Esa teoría tuya relaciona todo eso? ¿Y le da sentido?

—Sí —contestó Strike con suficiencia—, y también explica por qué Winn y Aamir sabían que había fotografías en el Ministerio de Asuntos Exteriores, seguramente de las horcas de Jack o'Kent en funcionamiento, cuando hacía meses que Aamir ya no trabajaba allí y Winn, que nosotros sepamos, nunca había puesto un pie en...

Le sonó el móvil, miró la pantalla y respondió a la llamada.

—Es Izzy. Voy a contestar fuera. Así aprovecho para fumar.

Salió del coche, y Robin le oyó decir «hola» antes de cerrar la puerta. Mientras esperaba, el cerebro le iba a toda velocidad. O era cierto que Strike había tenido una idea genial, o se estaba burlando de ella, y Robin se inclinaba ligeramente por esta última opción, porque los datos que acababa de enumerar parecían del todo inconexos.

Unos cinco minutos después, Strike volvió a ocupar el asiento del acompañante.

—Nuestra clienta no está contenta —dijo, cerrando la puerta—. Daba por hecho que Tegan nos diría que Kinvara se había escabullido aquella noche y que había vuelto a Londres para matar a Chiswell, y no que confirmaría su coartada y nos diría que Chiswell se dedicaba a vender horcas.

—¿Izzy lo ha admitido?

—No tenía alternativa, ¿no? Pero no le ha gustado. Ha hecho mucho hincapié en que exportar horcas era legal en esa época. Le he recordado que su padre estafó a Jimmy y a Billy, y tenías razón: había dos partidas de horcas listas para vender cuando murió Jack o'Kent, y nadie se molestó en decírselo a sus hijos. Admitir eso aún le ha gustado menos.

—¿Crees que le preocupa que los hermanos Knight reclamen parte de la herencia de Chiswell?

—Bueno, dudo mucho que a la reputación de Jimmy, teniendo en cuenta los círculos en los que se mueve, le hiciera mucho bien que aceptara dinero ganado con la ejecución de seres humanos en el tercer mundo —dijo Strike—, pero nunca se sabe.

Un coche pasó por la carretera que tenían detrás, y Strike volvió la cabeza, esperanzado.

—Vaya, creía que era Barclay... —Miró la hora—. A lo mejor no ha encontrado el camino.

—Cormoran —dijo Robin, menos interesada en el humor de Izzy y en el paradero de Barclay que en la teoría que Strike se negaba a revelar—, ¿de verdad tienes una hipótesis que explica todo lo que me acabas de contar?

—Sí —confirmó Strike, rascándose la barbilla—. El problema es que, aunque se acerca mucho a quién lo hizo, te juro que todavía no tengo ni idea de por qué, a menos que lo hiciera por puro odio... Aunque esto no tiene pinta de ser un crimen pasional, ¿no crees? Esto no es un martillazo en la cabeza. Es una ejecución planeada con todo detalle.

—¿Qué ha pasado con «los medios antes que el móvil»?

—Me he concentrado en los medios. Así es como hemos llegado hasta aquí.

—¿Ni siquiera vas a decirme si estás pensando en un hombre o una mujer?

—Ningún buen mentor te privaría de la satisfacción de averiguarlo tú misma. ¿Quedan galletas?

—No.

—Menos mal que me he guardado esto —dijo Strike, y se sacó un Twix del bolsillo.

Lo desenvolvió y le ofreció medio a Robin, que lo cogió de mala gana. El detective se estaba divirtiendo.

Ninguno de los dos dijo nada más hasta que terminaron de comerse la chocolatina. Strike fue quien rompió el silencio, ahora en un tono mucho más serio.

—Esta noche es importante. Si no encontramos nada enterrado en una manta rosa en el fondo de esa hondonada, toda la historia de Billy habrá terminado: confirmaremos que se imaginó el estrangulamiento, él podrá dormir tranquilo y yo intentaré demostrar mi teoría sobre la muerte de Chiswell sin distracciones y sin preocuparme por saber dónde encaja la niña muerta ni quién la mató.

—O el niño —le recordó Robin—. Me dijiste que Billy no estaba seguro de que fuese una niña.

En cuanto dijo eso, su imaginación rebelde le mostró un esqueleto pequeño envuelto en los restos podridos de una manta. ¿Podrían discernir si el cadáver era de sexo masculino o femenino a partir de lo que quedara de él? ¿Encontrarían una horquilla para el pelo, un cordón de zapato, unos botones o un mechón largo?

«Que no haya nada. Que no haya nada, por favor», pensó.

Pero, en voz alta, preguntó:

—¿Y qué pasa si resulta que encontramos algo, o a alguien, enterrado en la hondonada?

—Entonces tendré que descartar mi teoría, porque no entiendo cómo puede encajar un crío estrangulado en Oxfordshire con todo lo que acabo de mencionar.

—No tiene por qué encajar —razonó Robin—. Podrías estar en lo cierto respecto a quién mató a Chiswell, y que todo esto no tuviera nada que ver.

—No —dijo Strike, negando con la cabeza—. Serían demasiadas coincidencias. Si hay algo enterrado en la hondonada, ha de tener relación con todo lo demás. Un hermano es testigo de un

crimen en su infancia, y el otro, veinte años más tarde, chantajea a un hombre al que asesinan y que, además, es el propietario de la finca donde está enterrada la primera víctima... Si en esa hondonada hay un cuerpo enterrado, tiene que encajar con todo lo demás de alguna forma. Pero yo apostaría a que no hay nada. Si realmente creyera que hay un cadáver en la hondonada, habría intentado persuadir a la policía para que se encargara del asunto. Esto lo hago por Billy. Se lo prometí.

Permanecieron en el coche y vieron cómo, poco a poco, el camino iba quedando a oscuras hasta que dejó de verse; de vez en cuando, Strike miraba el móvil.

—¿Dónde demonios se habrá metido Barclay? ¡Ah!

Acababan de aparecer unos faros en el camino, detrás de ellos. Barclay se les acercó en un Golf viejo, frenó y apagó las luces. Por el espejo retrovisor de su lado, Robin vio salir del coche una silueta que, cuando llegó junto a la ventanilla de Strike, se convirtió en el Barclay de carne y hueso. Llevaba un petate igual que el del detective.

—Buenas —dijo, lacónico—. Una noche preciosa para profanar tumbas.

—Llegas tarde —lo reprendió Strike.

—Sí, es que acaba de llamarme Flick. He pensado que os gustaría saber lo que me ha contado.

—Sube detrás —le indicó Strike—. Puedes contárnoslo mientras esperamos. Sólo diez minutos más, para asegurarnos de que está suficientemente oscuro.

Barclay trepó al asiento trasero del Land Rover y cerró la puerta. Strike y Robin se dieron la vuelta para hablar con él.

—Bueno, pues me ha llamado y después de saludarme...

—Abrevia.

—Bueno, pues me ha llamado llorando y cagándose en todo. Hoy ha ido a verla la policía.

—Ya era hora, maldita sea —dijo Strike—. ¿Y...?

—Han registrado el cuarto de baño y han encontrado la nota de Chiswell. La han interrogado.

—¿Cómo ha explicado que la nota estuviera allí?

—No me lo ha dicho. Estaba histérica, lo único que quería era saber dónde estaba Jimmy. «Dile a Jimmy que la tienen, él ya sabrá a qué me refiero», me ha dicho.

—¿Y sabes dónde está Jimmy?

—Ni puta idea. Ayer lo vi y no mencionó que tuviese ningún plan. Me dijo que Flick se había cabreado porque le había pedido el número de teléfono de Bobbi Cunliffe. Se ve que Bobbi le ha caído bien —añadió, y miró a Robin sonriendo—. Flick le dijo que no lo tenía y le preguntó a qué venía tanto interés. Jimmy le contestó que sólo quería llevar a Bobbi a una reunión de los socialistas verdaderos, pero, claro, Flick no es idiota.

—¿Crees que ha deducido que fui yo quien le dio la pista a la policía? —le preguntó Robin.

—Todavía no —contestó Barclay—. De momento está muerta de miedo.

—Bueno —dijo Strike, escudriñando lo poco que veían del cielo entre el follaje—. Creo que ya podemos empezar. Coge ese petate que hay detrás, Barclay. He traído herramientas y guantes.

—¿Cómo piensas cavar con la pierna así? —le preguntó Barclay, escéptico.

—Tú solo no puedes hacerlo. Estaríamos aquí hasta mañana por la noche.

—Yo también cavaré —dijo Robin con decisión, pues se le había quitado un poco el miedo después de que Strike le asegurara que era muy improbable que encontraran algo—. Pásame esas botas, Sam.

Strike ya estaba sacando una linterna y un bastón de su bolsa.

—Yo te llevo el petate —se ofreció Barclay.

Se lo cargó al hombro, junto con el suyo, y se oyó un fuerte ruido de herramientas que entrechocaban.

Echaron a andar por el camino. Robin y Barclay adaptaron su ritmo al de Strike, que avanzaba con cuidado, alumbrando el suelo con la linterna y moviendo el bastón a intervalos regulares para apoyarse en él y apartar los obstáculos que iba encontrando. El suelo estaba blando y amortiguaba el ruido de sus pisadas, pero el silencio nocturno amplificaba el ruido de las herramientas con las que cargaba Barclay, que se imponía a los susurros de los pequeños animales que no se dejaban ver y que huían de aquellos gigantes que habían invadido su hábitat. Los ladridos de un perro que parecían provenir de Chiswell House hicieron que Robin se acordara del terrier de Norfolk, y confió en que no anduviera suelto.

Cuando llegaron al claro, Robin vio que la noche había convertido la casita en ruinas en la guarida de una bruja. Era fácil imaginarse figuras escondidas detrás de las ventanas con los cristales rotos, así que se recordó que la situación ya era lo bastante espeluznante como para ponerse a imaginar nuevos horrores y le dio la espalda. Barclay soltó un resoplido débil, dejó caer los dos petates al borde de la hondonada y abrió las cremalleras. A la luz de la linterna, Robin vio un gran despliegue de herramientas: un pico, un azadón, un par de palancas, una horqueta, un hacha pequeña y tres palas, una de ellas acabada en punta. También había varios pares de guantes gruesos de jardinería.

—Vale, eso nos vendrá bien —dijo Barclay, escudriñando la oscura hondonada—. Antes de empezar a cavar, tendremos que arrancar toda esa maleza.

—Sí —coincidió Robin, cogiendo un par de guantes.

—¿Estás seguro, tío? —le preguntó Barclay a Strike, que también había cogido unos guantes.

—Puedo arrancar ortigas, joder —contestó él, irritado.

—Coge el hacha, Robin —dijo Barclay. Él cogió el azadón y una de las palancas—. Hay tallos muy gruesos, algunos tendremos que cortarlos.

Bajaron los tres a la hondonada, resbalando y trastabillando, y se pusieron a trabajar. Durante casi una hora, cortaron tallos gruesos y fibrosos y arrancaron ortigas; de vez en cuando se intercambiaban las herramientas o subían a coger otras.

Estaba refrescando, pero Robin no tardó en empezar a sudar y, a medida que trabajaba, iba quitándose capas de ropa. Strike, en cambio, dedicaba la mayor parte de su energía a fingir que agacharse y girar el torso continuamente sobre un terreno tan irregular y resbaladizo no le castigaba el muñón. La oscuridad ocultaba sus muecas de dolor, y él procuraba disimularlas cada vez que Barclay o Robin encendían la linterna para comprobar si habían avanzado mucho.

El esfuerzo físico ayudaba a Robin a disipar su temor de lo que pudiese estar escondido debajo de sus pies. A lo mejor era eso lo que pasaba cuando uno estaba en el Ejército: el duro trabajo manual y la camaradería te ayudaban a concentrarte en otra cosa que no fuese la macabra realidad que podía estar acechándote. Los dos ex soldados se habían entregado a su tarea metódicamente y sin protestar; sólo maldecían de vez en cuando si encontraban raíces que se les resistían o si unas ramas les desgarraban la ropa o les arañaban la piel.

—Venga, a cavar —dijo Barclay por fin, cuando consideró que ya habían despejado lo suficiente el fondo del hoyo—. Tú será mejor que no lo intentes, Strike.

—Empezaré yo, y luego Robin puede sustituirme —replicó Strike—. Descansa un poco —le dijo a Robin—. Sostén la linterna y alúmbranos. Pásame la horqueta.

Crecer con tres hermanos varones le había enseñado a Robin lecciones valiosas sobre el ego masculino, así que sabía escoger sus batallas. Estaba convencida de que la orden que acababa de darle Strike estaba dictada más por el orgullo que por el sentido común, pero de todas formas la acató. Salió trepando de la hondonada, se sentó en el borde y sostuvo la linterna mientras ellos dos seguían trabajando; de vez en cuando, les acercaba otras herramientas para que pudieran retirar piedras y atacar partes del suelo especialmente duras.

Era un trabajo lento. Barclay cavaba tres veces más deprisa que Strike, que al poco rato ya tenía dificultades, sobre todo al clavar la punta de la pala en el suelo con el pie, porque la prótesis no podía soportar todo el peso de su cuerpo sobre aquel terreno irregular cuando tenía que hacer fuerza con la pala. Minuto a minuto, Robin se controló para no intervenir, hasta que a Strike se le escapó un «¡Mierda!» y se dobló por la cintura, componiendo una mueca de dolor.

—¿Te sustituyo? —le propuso Robin.

—Me parece que no va a haber más remedio... —masculló él, sin muchos miramientos.

Strike salió de la hondonada procurando no volver a cargar el peso en el muñón, cogió la linterna que hasta ese momento había sujetado Robin y alumbró a los otros dos mientras seguían trabajando. Notaba un dolor pulsante en el muñón, y sospechó que lo tenía en carne viva.

Cuando ya había abierto un pequeño canal de unos tres palmos de profundidad, Barclay se tomó el primer descanso y salió del hoyo para coger una botella de agua que llevaba en el petate. Mientras bebía, Robin se apoyó en el mango de su pala para descansar también, y volvieron a oír ladridos. Barclay miró hacia Chiswell House con los ojos entornados.

—¿Qué perros tienen? —preguntó.

—Un viejo labrador y un maldito terrier que sólo sabe ladrar —dijo Strike.

—Si los sueltan, se complica la cosa —repuso Barclay, secándose los labios con la manga—. El terrier vendrá derecho a través de esos matorrales. Los terrier oyen de puta madre.

—Pues confiemos en que no los suelten —replicó Strike, pero añadió—: Espera cinco minutos, Robin.

Y apagó la linterna.

Robin también salió de la hondonada y aceptó la botella de agua que le ofreció Barclay. Al dejar de cavar, la brisa hizo que se le pusiera la piel de gallina. La oscuridad magnificaba el sonido de los aleteos y los correteos de los pequeños animales por la hierba y los árboles. El perro seguía ladrando y, a lo lejos, Robin creyó oír gritar a una mujer.

—¿Habéis oído eso?

—Sí. Creo que intenta hacerlo callar —dijo Barclay.

Esperaron hasta que el terrier dejó de ladrar.

—Esperemos unos minutos más —propuso Strike—. A ver si se queda dormido.

Esperaron un rato, rodeados por los susurros de las hojas, acentuados por la oscuridad, hasta que Robin y Barclay volvieron a bajar y siguieron cavando.

A Robin le dolían todos los músculos del cuerpo y estaba empezando a notar ampollas en las manos, bajo los guantes. Cuanto más hondo cavaban, más difícil era el trabajo, porque la tierra estaba más compacta y había más piedras. El lado de la trinchera de Barclay era considerablemente más hondo que el de Robin.

—Déjame seguir un poco —le indicó Strike.

—No —le soltó Robin, demasiado cansada para no ser brusca con él—. Te vas a hacer polvo la pierna.

—Tiene razón, tío —afirmó Barclay, jadeando—. Dame otro trago de agua, estoy seco.

Una hora más tarde, Barclay ya estaba hundido en la tierra hasta la cintura; a Robin le sangraban las palmas de las manos bajo aquellos guantes enormes, y se le iba desprendiendo una capa tras otra de piel mientras, con el extremo romo del azadón, intentaba desenterrar una gran piedra.

—Me... cago... en... tu...

—¿Te ayudo? —preguntó Strike, preparándose para bajar.

—No te muevas de donde estás —le contestó ella airadamente—. No voy a poder ayudarte a llegar hasta el coche, sobre todo después de...

Consiguió desenterrar la piedra y se le escapó un chillido. Un par de insectos diminutos que estaban pegados a la parte de abajo huyeron de la luz de la linterna. Strike volvió a dirigir el haz de luz hacia Barclay.

—Cormoran —dijo Robin, tajante.

—¿Qué pasa?

—Necesito luz.

Barclay detectó algo en la voz de Robin que le hizo dejar de cavar de inmediato. En lugar de dirigir el haz de la linterna hacia ella, y haciendo caso omiso de la advertencia que acababa de hacerle, Strike se deslizó por uno de los lados de la hondonada y saltó al fondo, cubierto de tierra suelta. La luz de la linterna deslumbró brevemente a Robin.

—¿Qué has visto?

—Ilumina esto —le pidió ella—. Esta roca.

Barclay trepó hacia ellos; tenía los vaqueros manchados de tierra, desde el bajo hasta los bolsillos.

Strike hizo lo que le pedía Robin, y los tres miraron hacia abajo y escudriñaron la encostrada superficie de la piedra. Allí, adheridas al barro, había unas hebras que no eran de materia vegetal, sino de lana, y, aunque estaban sucias, se apreciaba claramente que eran de color rosa.

Se volvieron los tres a la vez para examinar la hendidura que la piedra había dejado en el suelo, y Strike la alumbró con la linterna.

—Mierda —dijo Robin y, sin querer, se llevó las manos con los guantes manchados de barro, a la cara.

Se habían revelado unos centímetros de tela sucia y, bajo la intensa luz de la linterna, vieron que también era rosa.

—Dame eso —dijo Strike, tirando del azadón que Robin tenía en las manos.

—¡No!

Strike casi la apartó de un empujón. El rayo de la linterna se desvió, y Robin distinguió fugazmente la expresión de Strike, intimidante y furiosa, como si la manta rosa lo hubiese ofendido, como si aquello fuese una afrenta personal.

—Coge esto, Barclay.

Le acercó el azadón a su empleado.

—Cava aquí todo lo que puedas. Intenta no romper la manta. Robin, ve al otro extremo. Utiliza

la horqueta. Y cuidado con mis manos —le advirtió Strike a Barclay.

Sujetó la linterna con los dientes para alumbrarse, se arrodilló en el suelo y empezó a apartar tierra con las manos.

—Escuchad —dijo Robin en voz baja, quedándose inmóvil.

Los frenéticos ladridos del terrier volvieron a oírse en medio del silencio de la noche.

—He gritado, ¿no? Cuando he sacado la piedra —susurró Robin—. Me parece que he vuelto a despertarlo.

—No importa —dijo Strike mientras retiraba la tierra de la manta—. Cava.

—Pero ¿y si...?

—Ya nos ocuparemos de eso si llega el caso. Cava.

Robin clavó la horqueta. Al cabo de un par de minutos, Barclay dejó el azadón y cogió una pala. Poco a poco se fue revelando la parte superior de la manta rosa, con su contenido todavía enterrado a demasiada profundidad para extraerlo.

—Eso no es un adulto —dijo Barclay, contemplando la manta sucia.

El terrier seguía ladrando a lo lejos, en Chiswell House.

—Tendríamos que llamar a la policía, Strike —dijo Barclay, limpiándose el sudor y el barro de los ojos—. ¿No estamos alterando la escena de un crimen?

Strike no le contestó. Robin, un poco mareada, vio que palpaba con los dedos la forma de lo que estaba oculto bajo la manta.

—Sube y busca en mi petate —le dijo el detective—. Dentro hay un cúter. Rápido.

El terrier seguía ladrando como un loco. A Robin le pareció que los ladridos sonaban más fuertes. Salió trepando de la hondonada, buscó a tientas en el fondo del petate, cogió el cúter y volvió a bajar para dárselo a Strike.

—Creo que Sam tiene razón, Cormoran —dijo en voz baja—. Tendríamos que dejarle esto a la...

—Dame el cúter —dijo él, alargando la mano—. Rápido, lo tengo, lo tengo. Esto es el cráneo. ¡Rápido!

Robin le acercó el cúter a regañadientes. Se oyó cómo la hoja se clavaba en la tela, y luego un desgarrón.

—¿Qué haces? —preguntó Robin, mientras Strike tiraba de algo que estaba en el interior.

—Hostia puta, Strike —dijo Barclay, enojado—. ¿Qué quieres hacer, arrancarle el...?

Se oyó un crujido espantoso cuando la tierra cedió y de ella salió una cosa grande y blancuzca. Robin soltó un grito, dio unos pasos atrás y chocó contra la pared de la hondonada.

—Hostia puta... —repitió Barclay.

Strike cogió la linterna con la mano que tenía libre para alumbrar lo que acababa de desenterrar. Robin y Barclay, perplejos, vieron el cráneo descolorido y parcialmente deshecho de un caballo.

66

Debes vivir, trabajar, y no quedarte sentado aquí cavilando e incubando enigmas insolubles.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El cráneo, protegido durante años por la manta, destacaba, pálido, bajo la luz de la linterna; el morro alargado y las quijadas afiladas recordaban, curiosamente, a un reptil. Le quedaban algunos dientes y tenía otras cavidades además de las cuencas de los ojos, una en el maxilar y otra en la sien, y alrededor de ambas el hueso estaba agrietado y astillado.

—Disparos —dijo Strike.

Le dio la vuelta al cráneo con cuidado. Una tercera hendidura señalaba la trayectoria de otra bala que había fracturado el hueso pero sin penetrar en él.

Robin sabía que se habría sentido mucho peor si el cráneo hubiese sido humano, pero de todas formas la había impresionado el ruido que había hecho cuando se había desprendido del suelo, y también la visión inesperada de aquel frágil armazón de lo que en su día había sido un ser vivo, completamente pelado por la acción de las bacterias y los insectos.

—Los veterinarios sacrifican a los caballos con un solo disparo en la frente —observó Robin—. No los acribillan a balazos.

—Rifle —dijo Barclay con convicción cuando se acercó a examinar el cráneo—. Parecen disparos al azar.

—No es muy grande, ¿no? ¿Era un potrillo? —le preguntó Strike a Robin.

—Es posible, pero parece más bien un poni, o un caballo miniatura.

Strike hizo girar lentamente el cráneo con las manos, y los tres lo contemplaron bajo la luz de la linterna. Habían invertido tanto esfuerzo y sufrimiento en desenterrarlo que parecía contener secretos más allá de su mera existencia.

—Así que es verdad que Billy presenció un entierro... —murmuró Strike.

—Pero no enterraron a una niña. No tendrás que revisar tu teoría —dijo Robin.

—¿Qué teoría? —preguntó Barclay, pero ninguno de los dos le contestó.

El rostro de Strike parecía fantasmagórico a la luz indirecta de la linterna.

—No lo sé, Robin... Si no se inventó el entierro, dudo que se inventara...

—Mierda —dijo Barclay—. Ya está. Ha soltado a esos malditos perros.

Los ladridos agudos del terrier y los más graves del labrador ya no se oían amortiguados detrás de unas paredes; ahora resonaban en la oscuridad. Strike soltó el cráneo sin mucha ceremonia.

—Recoge las herramientas y lárgate de aquí, Barclay. Nosotros distraeremos a los perros.

—Pero ¿y la...?

—Déjalo, no tenemos tiempo para rellenarla —lo interrumpió Strike, que ya había empezado a trepar por la hondonada, ignorando el dolor atroz del muñón—. Ven conmigo, Robin...

—¿Y si ha llamado a la policía?

Robin llegó arriba antes que Strike y se volvió para ayudarlo a subir.

—Ya improvisaremos —contestó él, jadeando—. Vamos, quiero parar a esos perros antes de que vean a Sam.

Echaron a andar por el bosque, espeso y enmarañado. Strike se había dejado el bastón, así que Robin lo sujetaba por un brazo y él caminaba tan deprisa como podía, cojeando y gruñendo de dolor cada vez que el muñón tenía que soportar su peso. Robin distinguió unas motitas de luz entre los árboles: alguien había salido de la casa con una linterna.

De pronto, el terrier de Norfolk salió corriendo de entre los matorrales, ladrando ferozmente.

—¡Muy bien, nos has encontrado! —dijo Robin.

El perro ignoró su saludo amistoso y se lanzó hacia ella con la intención de morderla. Robin, calzada con las botas de goma, le lanzó una patada y lo mantuvo a raya. Oyeron al labrador, más grande y pesado, que corría también hacia ellos.

—Maldito perro —murmuró Strike, tratando de rechazar al terrier, que brincaba a su alrededor y no paraba de gruñir.

Sin embargo, al cabo de unos segundos, el perro oyó a Barclay: torció la cabeza hacia la hondonada y, antes de que Robin o Strike pudieran impedirselo, salió otra vez como una flecha, ladrando frenético.

—Mierda —masculló Robin.

—No importa, sigue —le ordenó Strike, aunque le ardía el extremo del muñón.

No estaba seguro de cuánto rato más podría aguantar.

Sólo habían dado unos pocos pasos cuando los alcanzó el labrador.

—Muy bien, hola, buen chico... —Robin lo tranquilizó, y el labrador, menos entusiasmado con aquella persecución, dejó que lo agarrara firmemente por el collar—. Vamos, ven con nosotros.

Robin tiró un poco del perro; Strike aún iba apoyándose en ella y se dirigieron hacia el campo de cróquet, donde ahora se veía la linterna de alguien que caminaba en la oscuridad. Una voz aguda gritó:

—¡*Badger!* ¡*Rattenbury!* ¿Quién es? ¿Quién hay ahí?

Vieron una silueta femenina y corpulenta.

—¡No pasa nada, señora Chiswell! —gritó Robin—. ¡Somos nosotros!

—¿Quién es «nosotros»? ¿Quién anda ahí?

—Sígueme la corriente —le murmuró Strike a Robin, y entonces gritó—: ¡Señora Chiswell, somos Cormoran Strike y Robin Ellacott!

—¿Qué están haciendo aquí?! —les gritó ella.

La distancia que los separaba iba reduciéndose.

—Venimos del pueblo, de interrogar a Tegan Butcher, señora Chiswell —respondió Strike, mientras Robin, el reacio *Badger* y él avanzaban laboriosamente por la hierba alta—. Íbamos de

regreso en el coche y hemos visto que dos personas entraban en su propiedad.

—¿Dos personas? ¿Quiénes eran? ¿Dónde?

—Han entrado en el bosque por ahí detrás —dijo Strike.

El terrier se había adentrado en el bosque y seguía ladrando.

—No teníamos su número, o la habríamos llamado para avisarla.

Cuando ya estaban a pocos pasos de ella, vieron que Kinvara llevaba una gruesa chaqueta acolchada encima de un camisón corto de seda negra y unas botas de goma. Su desconfianza, su conmoción y su incredulidad contrastaban con el absoluto aplomo de Strike.

—Como somos los únicos que los hemos visto entrar, hemos pensado que teníamos que hacer algo —dijo entrecortadamente, procurando controlar sus muecas de dolor mientras, con una abnegación heroica, avanzaba hacia ella apoyado en Robin—. Le pido disculpas por nuestro aspecto —añadió al detenerse—. Hay mucho barro en ese bosque, y me he caído un par de veces.

Soplaba una brisa fresca por el campo de cróquet. Kinvara se quedó mirando al detective, desconcertada y recelosa; entonces volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenían los ladridos del terrier.

—¡*Rattenbury!* —gritó—. ¡*Rattenbury*, aquí!

Miró de nuevo a Strike.

—¿Cómo eran?

—Eran hombres —se inventó Strike—, jóvenes y atléticos, a juzgar por cómo se movían. Sabíamos que ya había tenido usted problemas con algunos intrusos, y...

—Sí, sí, ya lo creo —dijo Kinvara, que parecía asustada.

Se fijó por primera vez en el estado en que se encontraba Strike, que se apoyaba en Robin y tenía el rostro contraído de dolor.

—Será mejor que entren, ¿no?

—Muchas gracias —dijo Strike, sinceramente agradecido—. Es usted muy amable.

Kinvara tiró del collar del labrador, que Robin tuvo que soltar, y volvió a gritar: «¡*Rattenbury!*»; pero el terrier, que seguía ladrando, no la obedeció, así que tiró de *Badger*, que daba señales de querer rebelarse, y se dirigió hacia la casa. Robin y Strike la siguieron.

—¿Y si llama a la policía? —le susurró Robin a Strike.

—Ya nos ocuparemos de eso llegado el momento —le contestó él.

Uno de los ventanales del salón estaba abierto de par en par. Kinvara debía de haber salido por allí persiguiendo a sus frenéticos perros, pues era el camino más corto para llegar al bosque.

—Vamos llenos de barro —le advirtió Robin a Kinvara cuando alcanzaron el sendero de grava que rodeaba la casa.

—Dejen las botas fuera —dijo Kinvara, entrando en el salón sin molestarse en quitarse las suyas—. De todas formas, tengo previsto cambiar esta moqueta.

Robin se quitó las botas, siguió a Strike al salón y cerró el ventanal.

En la habitación, fría y lóbrega, sólo había una lámpara encendida.

—¿Dos hombres? —preguntó Kinvara, volviéndose hacia Strike—. ¿Y por dónde los han visto entrar, exactamente?

—Han saltado el muro que da a la carretera —contestó el detective.

—¿Cree que se han dado cuenta de que los han visto?

—Sí, sí, desde luego —dijo Strike—. Hemos parado el coche, y entonces han echado a correr hacia el bosque. Supongo que, al ver que los seguíamos, se habrán asustado, ¿no, Robin?

—Sí —contestó ella—, nos ha parecido oírlos correr otra vez hacia la carretera cuando usted ha soltado los perros.

—*Rattenbury* todavía está persiguiendo algo. Aunque podría ser un zorro, claro. En el bosque se vuelve loco con los zorros —repuso Kinvara.

Strike se dio cuenta de que algo había cambiado en aquella habitación desde la última vez que habían estado allí. Un nuevo rectángulo de color rojo más intenso destacaba encima de la chimenea, donde antes estaba colgado el cuadro de la yegua y el potrillo.

—¿Qué le ha pasado a su cuadro? —preguntó.

Kinvara se dio la vuelta para ver de qué hablaba Strike, y tardó unos segundos en contestar:

—Lo he vendido.

—Ah, creía que le tenía un cariño especial a ese cuadro —dijo el detective.

—Ya no, desde que Torquil dijo aquello el día que estuvieron aquí. Después de eso, ya no me hacía gracia verlo ahí colgado.

—Ah —repitió el detective.

Los ladridos de *Rattenbury* seguían resonando en el bosque, donde Strike estaba convencido de que el perro habría encontrado a Barclay de camino a su coche y cargado con dos petates llenos de herramientas. El grueso labrador, ahora que Kinvara lo había soltado, dio un único y resonante ladrido, corrió hasta el ventanal y se quedó allí, gimiendo y arañando el cristal con una pata.

—Aunque llamara a la policía, no llegarían a tiempo —dijo Kinvara, entre preocupada y enojada—. Nunca soy una prioridad para ellos. Seguro que creen que me invento lo de los intrusos...

»Voy a ver qué hacen los caballos —decidió de pronto, pero, en lugar de salir por el ventanal, salió pisando fuerte al pasillo y entró en otra habitación, o eso les pareció oír.

—Espero que el perro no haya atacado a Barclay —susurró Robin.

—Yo espero que Barclay no le haya abierto la cabeza con una pala —replicó Strike.

Volvió a abrirse la puerta y apareció Kinvara; Robin, consternada, vio que llevaba un revólver.

—Deme eso —dijo Strike, que dio unos pasos hacia ella, le quitó el arma de las manos y la examinó detenidamente—. ¿Un Harrington & Richardson de siete cartuchos? Este revólver es ilegal, señora Chiswell.

—Era de Jasper —replicó ella, como si eso constituyera un permiso especial—, y será mejor que lo coja si...

—La acompaño a ver a los caballos —dijo Strike con firmeza—. Robin puede quedarse aquí, vigilando la casa.

Kinvara tal vez hubiese querido hacer alguna objeción, pero el detective ya estaba abriendo el ventanal. El labrador aprovechó la ocasión y, trotando atropelladamente, salió a la oscura noche. Sus graves ladridos resonaron por los jardines.

—¡Oh, no! ¡No debería haberlo dejado salir! ¡*Badger!* —gritó Kinvara.

Entonces se volvió rápidamente hacia Robin y, antes de seguir al labrador, ordenó:

—¡No se mueva de esta habitación!

Y salió al exterior. Strike la siguió, renqueando, con el revólver en la mano, y ambos se perdieron de vista en la oscuridad. Robin se quedó donde estaba, intimidada por la vehemencia de la orden de Kinvara.

Al abrirse el ventanal, la brisa nocturna había entrado en el salón, en el que ya hacía bastante frío. Robin se acercó al cesto de la leña que estaba junto a la chimenea, lleno de tentadoras hojas de periódico, ramitas, troncos y pastillas de encendido, pero no se atrevía a hacer fuego sin permiso de Kinvara. La habitación estaba tan abandonada como ella recordaba haberla visto la última vez, y en las paredes ya sólo quedaban cuatro grabados de paisajes de Oxfordshire. Fuera, más allá del jardín, los dos perros seguían ladrando, pero allí sólo se oía el tictac del gran reloj de pie que había en un rincón, un sonido en el que Robin no se había fijado en su anterior visita, cuando estaba toda la familia allí, hablando y discutiendo.

A Robin empezaba a dolerle todo después de tantas horas cavando, y también le escocían las manos, que tenía cubiertas de ampollas, así que decidió sentarse en el hundido sofá y se rodeó el cuerpo con los brazos para protegerse del frío. En cuanto se sentó, oyó un crujido en el piso de arriba que relacionó inmediatamente con un paso.

Miró al techo y pensó que debía de habérselo imaginado. Las casas viejas hacían ruidos extraños que, hasta que uno no se familiarizaba con ellos, parecían humanos. Por la noche, los radiadores de la casa de sus padres daban resoplidos, y las puertas, viejas, chirriaban constantemente cuando estaba la calefacción encendida. Seguro que no era nada.

Se oyó un segundo crujido, a escasos centímetros de donde había sonado el primero.

Robin se levantó y recorrió la estancia con la mirada, en busca de algo que pudiese utilizar como arma. Encima de una mesita, junto al sofá, había un pequeño y feo pisapapeles de bronce con forma de rana; Robin puso una mano sobre su superficie irregular, y en ese momento oyó un tercer crujido en el techo. A menos que se lo estuviese imaginando, los pasos habían cruzado de punta a punta la habitación que quedaba justo encima del salón.

Se quedó quieta durante un minuto. Sabía perfectamente qué le habría dicho Strike: «No te muevas.» Entonces oyó otro pequeño movimiento en el piso de arriba. Ya no tenía ninguna duda de que allí había alguien.

Procurando hacer el menor ruido posible con sus pies descalzos, bordeó la puerta del salón sin tocarla, por si chirriaba, y salió al vestíbulo, donde la lámpara de techo proyectaba una luz moteada en el suelo enlosado. Se paró justo debajo y aguzó el oído; el corazón le latía muy deprisa, y se imaginó que encima de ella había alguien que también permanecía inmóvil, escuchando, esperando... Con la rana de bronce en la mano derecha, se acercó al pie de la escalera. El rellano estaba a oscuras. Aún podía oír a los perros ladrando en el bosque.

Había llegado ya hacia la mitad de la escalera cuando le pareció oír otro ruidito: el roce de un pie en la moqueta y, a continuación, el susurro de una puerta al cerrarse.

Sabía que no tenía ningún sentido gritar «¿Quién anda ahí?!». Si a la persona que se estaba escondiendo de ella no le hubiese importado que la vieran, no habría permitido que Kinvara saliera de la casa y se enfrentara sola a lo que fuera que había alertado a los perros.

Ya en el rellano, vio que, de la única habitación que estaba iluminada, salía un haz de luz que se extendía por el suelo como un dedo espectral. Con el vello de la nuca erizado, avanzó despacio hacia la puerta iluminada, asustada por la posibilidad de que el desconocido estuviese observándola desde alguna de las otras tres habitaciones, que estaban a oscuras. Vigilando continuamente a su espalda, empujó con la punta de los dedos la puerta del dormitorio donde sí

había luz, levantó la mano en la que llevaba la rana y entró.

Era la habitación de Kinvara, sin ninguna duda: estaba desordenada y llena de trastos, pero no había nadie. En la mesilla de noche más cercana a la puerta había una lámpara encendida. La cama estaba sin hacer, y parecía que la hubiesen abandonado con prisas porque el edredón de color crema estaba tirado en el suelo de cualquier manera. Había muchos cuadros de caballos en las paredes, y parecía evidente, incluso para la inexperta mirada de Robin, que todos eran de menor calidad que el que habían retirado recientemente del salón. Las puertas del armario estaban abiertas, pero sólo un liliputiense habría podido esconderse allí, entre los montones de ropa.

Robin regresó al oscuro rellano. Sujetó con fuerza la rana de bronce e intentó orientarse. Los ruidos que había oído provenían de una habitación que quedaba justo encima del salón, de modo que, probablemente, era la que tenía enfrente y cuya puerta estaba cerrada.

Alargó la mano hacia el picaporte, y la aterradora sensación de que la observaban unos ojos que ella no podía ver se intensificó. Abrió la puerta y, antes de entrar, palpó la pared interior hasta que encontró el interruptor.

La luz reveló un dormitorio sobrio, con una cama de matrimonio de hierro y una cómoda. Las gruesas cortinas, colgadas de unos anticuados aros metálicos, estaban corridas, ocultando la vista del jardín. Encima de la cama estaba el cuadro de *El duelo de la yegua*, en el que la yegua marrón y blanca empujaba con el hocico al potrillo completamente blanco que se acurrucaba sobre la paja.

Con la mano con la que no sujetaba el pisapapeles de bronce, Robin buscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó el móvil y fotografió el cuadro que estaba encima de la colcha. Daba la impresión de que lo habían dejado allí precipitadamente.

De pronto, notó que algo se había movido detrás de ella. Se volvió y parpadeó para borrar de sus retinas el reflejo del flash de la cámara en el marco dorado del cuadro. Entonces oyó las voces de Strike y de Kinvara en el jardín, cada vez más cerca, y comprendió que estaban a punto de llegar al salón.

Apagó la luz del dormitorio, corrió tan sigilosamente como pudo hasta el rellano y bajó la escalera. Temió que no le diese tiempo a entrar en el salón antes que ellos, así que decidió dirigirse al cuarto de baño del piso de abajo, tiró de la cadena, cruzó el recibidor y entró en la estancia en el preciso instante en que Kinvara entraba desde el jardín.

Ya ves cómo tenía razón cuando con tanto interés tendí un velo sobre nuestra alianza.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

El terrier de Norfolk, con las patas sucias de barro, se retorció en los brazos de Kinvara. Al ver a Robin, *Rattenbury* se puso a ladrar de nuevo e intentó liberarse de su dueña.

—Perdón, tenía que ir al cuarto de baño —dijo Robin, sofocada y con la rana de bronce escondida detrás de la espalda.

La vieja cisterna respaldó su coartada con unos fuertes borboteos y repiqueteos que resonaron por el vestíbulo enlosado.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó a Strike, que en ese momento entraba en el salón detrás de Kinvara.

—Nada —contestó el detective, con el rostro demacrado por el dolor.

Esperó a que el Labrador entrara resollando en el salón, y cerró el ventanal; todavía llevaba el revólver en la mano.

—Pero no hay duda de que ahí fuera había alguien —añadió—. Los perros lo saben, aunque creo que ya se han ido. Ha sido una suerte que nosotros pasáramos justo cuando estaban saltando el muro.

—Pero ¿quieres callarte de una vez, *Rattenbury*?! —gritó Kinvara.

Dejó al perro en el suelo y, como no paraba de ladrarle a Robin, lo amenazó levantando una mano; entonces el animal gimoteó y se retiró al rincón donde se había tumbado *Badger*.

—¿Los caballos estaban bien? —preguntó Robin, acercándose a la mesita de donde había cogido el pisapapeles de bronce.

—Una de las puertas de las cuadras no estaba bien cerrada —contestó Strike, haciendo una mueca al agacharse para tocarse la rodilla—. Pero la señora Chiswell dice que es posible que ya estuviera así. ¿Le importa que me siente, señora Chiswell?

—No, claro..., supongo que no —dijo Kinvara, al borde de la descortesía.

Se dirigió a la mesita del rincón donde había varias botellas, destapó una de *Famous Grouse* y se sirvió un whisky. Aprovechando que Kinvara estaba de espaldas, Robin dejó el pisapapeles en su sitio. Intentó atraer la mirada de Strike, pero el detective se había derrumbado en el sofá con un débil gruñido.

—Si me ofrece una copa, no se la rechazaré —dijo Strike con franqueza y volviendo a hacer la misma mueca de dolor, mientras seguía masajeándose la rodilla derecha—. De hecho, creo que

voy a tener que quitarme esto. ¿Le importa?

—No, claro..., supongo que no. ¿Qué le sirvo?

—Ese escocés está bien —contestó Strike.

Luego dejó el revólver en la mesita, al lado de la rana de bronce, se arremangó la pernera del pantalón y, con la mirada, le indicó a Robin que se sentara también.

Mientras Kinvara servía whisky en otro vaso, Strike empezó a quitarse la prótesis. Kinvara se volvió para darle su copa y, con una mezcla de repugnancia y fascinación, observó cómo el detective se quitaba la pierna ortopédica, aunque apartó la vista cuando el inflamado muñón quedó al descubierto. Strike, resoplando, dejó la prótesis apoyada en la otomana y soltó de nuevo la pernera del pantalón.

—Muchas gracias —dijo al aceptar el whisky, y tomó un sorbo.

Atrapada ante un hombre que no podía andar, al que, en teoría, debía estarle agradecida, y al que acababa de servirle una copa, Kinvara se sentó también y se quedó callada.

—De hecho, señora Chiswell, pensaba llamarla para que me confirmase un par de cosas que nos ha contado Tegan. Si quiere, podemos comentarlas ahora. Así nos las quitamos de encima.

Kinvara se estremeció levemente y desvió la mirada hacia la chimenea vacía; Robin no desaprovechó la ocasión:

—¿Quiere que...?

—No —le espetó Kinvara—. Ya lo hago yo.

Se levantó, fue al cesto de la leña, que estaba al lado de la chimenea, y cogió un periódico viejo. Mientras Kinvara construía una estructura con trocitos de madera sobre un montón de hojas de periódico arrugadas y una pastilla de encendido, Robin consiguió atraer la mirada de Strike.

«Hay alguien arriba», articuló con los labios, pero no estaba segura de que él la hubiese entendido, porque Strike se limitó a arquear las cejas y se volvió hacia Kinvara.

Encendió una cerilla. Las llamas prendieron en la pequeña montaña de papel cubierta de ramitas. Kinvara cogió su vaso y volvió a la mesita de las bebidas, se sirvió un poco más de whisky y, ciñéndose la chaqueta, se acercó otra vez al cesto, escogió un tronco grande y lo puso encima del fuego recién encendido. Entonces se sentó de nuevo en el sofá.

—Adelante —le dijo a Strike con gesto huraño—. ¿Qué quiere saber?

—Como ya le he dicho, esta tarde hemos hablado con Tegan Butcher.

—¿Y...?

—Y ya sabemos con qué le hacían chantaje Jimmy Knight y Geraint Winn a su marido.

Kinvara no se mostró excesivamente sorprendida.

—Ya les dije a esas idiotas que lo descubriría —dijo con desdén—. A Izzy y a Fizzy. Aquí todo el mundo sabe qué hacía Jack o'Kent en el granero. Era evidente que alguien acabaría hablando.

Tomó un sorbo de whisky.

—Supongo que lo saben todo, ¿no? Lo de las horcas. Lo del niño de Zimbabue.

—¿Se refiere a Samuel? —Strike se la jugó.

—Exacto, Samuel Mu... Mudrap o algo así.

De repente, el fuego se avivó y las llamas envolvieron por completo el tronco, que se desplazó y provocó una lluvia de chispas.

—En cuanto se enteró de que habían colgado al chico, Jasper temió que lo hubiesen hecho con una de sus horcas. Saben lo que pasó, ¿verdad? Había dos, pero el gobierno sólo recibió una. La otra se perdió, secuestraron el camión o algo parecido. Por eso acabó no sé dónde, en medio de la nada.

»Por lo visto, las fotografías son horripilantes. El Ministerio de Asuntos Exteriores cree que se trató de un error de identificación. Jasper no entendía cómo podían relacionarlo con aquella horca, pero Jimmy aseguró que podía demostrar que era de las suyas.

»Ya sabía que lo descubriría —añadió Kinvara con un deje de amarga satisfacción—. Tegan es una cotilla de miedo.

—Entonces, si lo he entendido bien —dijo Strike—, la primera vez que Jimmy Knight vino aquí y habló con usted, lo que reclamaba era su parte, y la de Billy, claro, de las dos horcas que su padre había dejado terminadas antes de morir, ¿no?

—Exacto —contestó Kinvara, y dio otro sorbo de whisky—. Valían ochenta mil libras las dos... Él pedía cuarenta.

Strike se acordaba de que Chiswell le había comentado que Jimmy había vuelto una semana después de su primera visita y le había pedido una cantidad menor.

—Y se supone que su marido le dijo que a él sólo le habían pagado una y que la otra la habían robado por el camino, ¿no?

—Así es —respondió Kinvara—. Entonces Jimmy le pidió veinte, pero ya nos habíamos gastado el dinero.

—¿Qué pensó usted de la reclamación de Jimmy la primera vez que vino a pedir dinero? —preguntó Strike.

A Robin le pareció que Kinvara se sonrojaba ligeramente, aunque quizá fuesen los efectos del whisky.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, entendí su postura. Me pareció lógico que reclamara aquel dinero. La mitad de los beneficios de las horcas les correspondían a los hijos de Knight. Ése era el trato cuando vivía Jack o'Kent, pero Jasper consideró que Jimmy no podía pretender que le pagara por la horca robada, y teniendo en cuenta que él las había guardado en su granero, los costes del transporte y todo lo demás... En fin, Jasper concluyó que Jimmy no podía demandarlo por mucho que quisiera. Jimmy no le caía bien.

—No, claro. Supongo que sus tendencias políticas eran muy diferentes —dijo Strike.

Kinvara sonrió casi con satisfacción.

—Bueno, en realidad era por algo un poco más personal. ¿No sabe lo de Jimmy e Izzy? No, claro. Supongo que Tegan es demasiado joven para haber oído la historia. En fin, fue sólo una vez... —añadió, como si creyera que Strike se había escandalizado—, pero para Jasper fue suficiente. Que un hombre como Jimmy Knight desvirgara a su querida hija... Imagínese usted...

»Aun así, Jasper no habría podido darle ese dinero a Jimmy aunque hubiese querido —continuó—. Ya se lo había gastado. Sirvió para cubrir el descubierto que teníamos en el banco y para reparar el techo del establo. Yo no sabía nada del acuerdo que tenían Jasper y Jack o'Kent... —agregó, como si hubiese detectado desaprobación en la mirada de Strike—, hasta que aquella noche Jimmy me lo explicó. Jasper me había dicho que las horcas eran suyas y que podía venderlas, y yo le creí. Claro que le creí... Era mi marido.

Kinvara se levantó de nuevo y se dirigió a la mesita de las bebidas. Al ver que su dueña se

movía, *Badger* se incorporó también, rodeó la otomana contoneándose y, en busca del calor de la chimenea, se tumbó delante del fuego. El terrier de Norfolk trotó tras él y aprovechó para volver a gruñir a Strike y a Robin, hasta que Kinvara lo riñó:

—Cállate, *Rattenbury*.

—Me gustaría preguntarle un par de cosas más —dijo Strike—. ¿Su marido tenía el móvil bloqueado con contraseña?

—Por supuesto —contestó Kinvara, todavía de espaldas a ellos—. Le preocupaba mucho la seguridad.

—Entonces me imagino que no le daría la contraseña a mucha gente.

—No la sabía ni yo. ¿Por qué le interesa eso?

Strike ignoró su pregunta y dijo:

—Su hijastro nos ha contado otra versión de por qué vino aquí la mañana que falleció su marido.

—¿En serio? ¿Y qué ha dicho esta vez?

—Que vino a tratar de impedir que vendiera usted un collar que pertenece a la familia desde...

—Ha confesado, ¿no? —lo interrumpió Kinvara, volviéndose hacia ellos con otro whisky en la mano.

Ahora, con la melena pelirroja alborotada por el viento nocturno y las mejillas coloradas, tenía cierto aire de desenfreno; al regresar al sofá olvidó ceñirse la chaqueta, y el camisón negro reveló parte de su profundo escote.

—Sí, Raphael quería impedir que me largara con el collar, cosa que, por cierto, estoy perfectamente autorizada a hacer. Según el testamento, es mío. Si no quería que me lo quedase yo, Jasper debería haber sido un poco más cuidadoso con su redacción, ¿no les parece?

Robin se acordó de las lágrimas de Kinvara la última vez que habían estado en aquella habitación, y que había sentido lástima por ella, a pesar de lo desagradable que era en muchas ocasiones. Ahora adoptaba una actitud muy alejada de la de la viuda desconsolada, aunque eso tal vez se debiera al alcohol y al miedo que había pasado al creer que habían entrado intrusos en la finca.

—Entonces ¿usted respalda la historia de Raphael de que vino aquí para impedir que se llevara el collar?

—¿Qué pasa? ¿No le creen?

—La verdad es que no —dijo Strike.

—¿Por qué?

—No sé, no me convence. No estoy seguro de que aquella mañana su marido estuviese en condiciones de recordar qué había puesto en su testamento.

—Pues estaba lo bastante lúcido para llamarme y exigirme que le dijera por qué pretendía abandonarlo.

—¿Le dijo usted que iba a vender el collar?

—No, o al menos no con esas palabras. Le dije que pensaba marcharme en cuanto encontrara un sitio para mí y para los caballos. Supongo que Jasper se preguntaría cómo iba hacerlo, si no tenía dinero, y eso debió de recordarle el collar.

—¿Y Raphael vino aquí movido únicamente por su lealtad al padre que no pensaba dejarle ni

un céntimo?

Kinvara sometió a Strike a una mirada larga y penetrante desde detrás de su vaso de whisky, y entonces le dijo a Robin:

—¿Quiere echar otro tronco al fuego?

Robin hizo lo que le pedía, pasando por alto la ausencia del «por favor». El terrier de Norfolk, que se había tumbado en la alfombra de la chimenea junto al labrador, le gruñó hasta que volvió a sentarse.

—Está bien —dijo Kinvara, dando a entender que había tomado una decisión—. De acuerdo... De todas formas, supongo que ahora ya no importa. Esas inútiles lo descubrirán tarde o temprano, y a Raphael le estará bien empleado.

»Es cierto: vino para impedir que me llevara el collar, pero supongo que no lo hizo por Jasper, y tampoco por Fizzy o Flopsy —le dijo con tono agresivo a Robin—. Usted ya conoce todos los apodos familiares, ¿no? Seguro que se moría de risa con ellos, cuando trabajaba con Izzy.

—Pues...

—Oh, no hace falta que disimule —dijo Kinvara con desprecio—. Ya sé que los han oído. A mí me llaman «La Tinky Dos» o algo así, ¿no? Y, a sus espaldas, Izzy, Fizzy y Torquil llaman «Rancio» a Raphael. ¿Eso también lo sabían?

—No —contestó Robin.

Kinvara seguía mirándola con odio.

—Qué tiernos, ¿verdad? Y a la madre de Raphael la llaman «la Orca», porque siempre viste de blanco y negro.

»Pues bien, cuando la Orca comprendió que Jasper no tenía intención de casarse con ella —prosiguió Kinvara, que ya estaba muy colorada—, ¿saben qué hizo?

Robin negó con la cabeza.

—Le llevó el famoso collar de la familia al que sería su próximo amante, que casualmente era comerciante de diamantes, y le pidió que extrajera los diamantes auténticos y los reemplazara por circonitas. Diamantes artificiales —aclaró Kinvara, por si Strike y Robin no lo habían entendido—. Jasper no descubrió lo que había hecho, y yo tampoco. Supongo que Ornella se habrá partido de risa cada vez que me haya visto fotografiada con el collar, convencida de que llevo piedras por valor de cien mil libras.

»En fin, la cuestión es que, cuando mi querido hijastro se enteró de que iba a abandonar a su padre y de que yo creía tener dinero suficiente para comprarme tierras donde instalarme con los caballos, dedujo que haría tasar el collar. Por eso vino aquí corriendo, porque quería evitar que la familia descubriera lo que había hecho su madre. Si lo descubrían, ¿cómo iba a camelarse otra vez a su padre?

—¿Por qué no se lo ha contado a nadie? —le preguntó Strike.

—Porque esa mañana Raphael me prometió que, si no le contaba a su padre lo que había hecho la Orca, tal vez conseguiría persuadir a su madre para que me devolviera los diamantes. O, al menos, para que me diera una suma de dinero equivalente.

—¿Y sigue usted intentando recuperar los diamantes perdidos?

Kinvara miró con malevolencia a Strike por encima del borde del vaso.

—No he hecho nada al respecto desde que murió Jasper, pero eso no significa que no vaya a

hacerlo. ¿Por qué voy a dejar que la maldita Orca se quede con algo que legítimamente me pertenece? Lo pone en el testamento de Jasper: todo el contenido de la casa que no haya sido especí... específicamente excluido... —articuló con cuidado, con la voz un poco espesa— me pertenece a mí. ¿Qué me dice ahora? —Taladró a Strike con la mirada—. ¿No le encaja todo un poco más con Raphael? ¿Que viniera aquí para proteger a su querida mamá Orca?

—Sí —admitió Strike—, la verdad es que sí. Muchas gracias por ser tan sincera.

Kinvara se quedó mirando el reloj de pie, que marcaba las tres de la madrugada, pero Strike no quiso captar la indirecta.

—Señora Chiswell, quiero hacerle una última pregunta, y me temo que es un poco personal.

—¿Qué pregunta? —quiso saber ella, malhumorada.

—Hace poco hablé con la señora Winn. Della Winn, ya sabe, la...

—Della Winn, la ministra de Deporte —dijo Kinvara, como había hecho su marido la primera vez que Strike había hablado con él—. Sí, ya sé quién es. Una mujer muy extraña.

—¿En qué sentido?

Kinvara encogió los hombros, con impaciencia, como si fuese algo evidente.

—No importa. ¿Y qué le dijo?

—Que hace cosa de un año la encontró a usted muy alterada y que, por lo que logró entender, estaba usted disgustada porque su marido le había confesado que tenía una amante.

Kinvara abrió la boca y la cerró otra vez. Permaneció callada unos segundos, y finalmente negó con la cabeza, como si quisiera aclararse las ideas:

—Creí... que me estaba siendo infiel, pero me equivocaba. Todo fue un error mío.

—Según la señora Winn, su marido le había dicho cosas bastante crueles.

—No recuerdo lo que le conté. En esa época yo no estaba muy bien. Estaba demasiado sensible y lo interpretaba todo de manera errónea.

—Perdóneme —insistió Strike—, pero, desde fuera, su matrimonio parecía...

—Qué trabajo tan horrible el suyo —dijo Kinvara con tono estridente—. Qué trabajo tan sórdido y repugnante. Sí, nuestro matrimonio atravesaba malos momentos, ¿y qué? ¿Cree que, ahora que él ha muerto, ahora que se ha suicidado, voy a revivirlo todo con ustedes dos, unos perfectos desconocidos que han sido invitados a esta casa por mis estúpidas hijastras, para removerlo todo y empeorarlo todo diez veces?

—¿Ha cambiado de opinión? ¿Cree que su marido se suicidó? Porque la última vez que estuvimos aquí, insinuó que Aamir Mallik...

—¡Ya no sé ni lo que dije! —chilló, histérica—. ¿Es que no entiende lo mal que lo he pasado desde que Jasper se suicidó? ¿Con la policía, la familia y ustedes? Yo no creía que pudiera pasar todo esto, no tenía ni idea, no parecía real. Jasper llevaba soportando una presión enorme durante los últimos meses, bebía demasiado, estaba de un humor de perros: el chantaje, el miedo a que se supiera todo... ¡Sí, creo que se suicidó, y yo tendré que vivir con el hecho de que esa mañana decidí abandonarlo, lo que seguramente fue la gota que colmó el vaso!

El terrier de Norfolk se puso a ladrar con furia otra vez, y el labrador se despertó sobresaltado y también empezó a ladrar.

—¡Váyanse, por favor! —gritó Kinvara poniéndose en pie—. ¡Largo de aquí! ¡Yo no les pedí que intervinieran para nada! ¿Quieren hacer el favor de marcharse?

—Por supuesto —dijo Strike educadamente, dejando su vaso vacío en la mesita—. ¿Le

importa esperar a que me ponga la pierna?

Robin ya se había levantado, y Strike empezó a atarse la pierna ortopédica mientras Kinvara lo observaba, respirando agitadamente, con el vaso en la mano. Cuando por fin intentó levantarse, Strike perdió el equilibrio y volvió a caerse en el sofá. Robin lo ayudó a ponerse en pie.

—Adiós, señora Chiswell.

Por toda respuesta, Kinvara, muy ofendida, se acercó al ventanal y lo abrió de par en par; los perros se levantaron al instante, y ella les gritó que se quedaran donde estaban. En cuanto sus inoportunos invitados salieron al camino de grava, Kinvara cerró de golpe el ventanal y, mientras Robin se calzaba las botas de goma, oyeron el chirrido de los aros de latón de las cortinas al cerrarse y que Kinvara llamaba a los perros.

—No sé si voy a poder llegar hasta el coche, Robin... —dijo Strike, caminando sin cargar el peso en la prótesis—. Ahora que lo pienso, lo de cavar... quizá haya sido una mala idea.

Sin decir nada, Robin le cogió un brazo y se lo puso sobre los hombros. Strike no opuso resistencia, y los dos avanzaron juntos por la extensión de hierba.

—¿Has entendido lo que he intentado decirte antes, moviendo los labios? —le preguntó Robin.

—¿Que había alguien arriba? Sí.

El gesto de dolor de Strike cada vez que apoyaba el pie ortopédico en el suelo era horroroso.

—Pues no parece muy...

—No, no me sorprenden... Espera —dijo de pronto; se detuvo, aunque no dejó de apoyarse en ella—. ¡No me digas que has subido!

—Sí.

—¡Joder, Robin!

—He oído pasos y...

—¿Y si llegan a atacarte?

—Iba armada, y no pensaba que... Además, de no haber subido, no habría descubierto esto.

Sacó el móvil, buscó la fotografía del cuadro que había encontrado encima de la cama y se la enseñó a Strike.

—Tú no has visto la cara que ha puesto Kinvara cuando se ha dado cuenta de que el cuadro no estaba en la pared. Cormoran, no sabía que el cuadro faltaba hasta que tú le has preguntado por él. Quienquiera que estuviese arriba, ha intentado esconderlo mientras ella estaba fuera, buscándonos.

Strike se quedó mirando la pantalla del móvil un buen rato, con el brazo apoyado en los hombros de Robin. Al final, dijo:

—¿Es un pío?

—¿En serio? —soltó Robin, atónita—. ¿Colores de caballos? ¿Ahora?

—Contéstame.

—No, los píos son blancos y negros, no marrones y...

—Tenemos que ir a la policía —dijo Strike—. Las posibilidades de que se cometa otro asesinato acaban de aumentar de manera exponencial.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio. Ayúdame a llegar al coche y te lo contaré todo. Pero no me pidas que

hable hasta entonces, porque la pierna me está matando.

Porque ahora he percibido el olor de la sangre.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Tres días más tarde, Strike y Robin recibieron una invitación sin precedentes. Para agradecerles que hubiesen elegido ayudar a la policía en lugar de eclipsarla, y que les hubieran pasado la información sobre la nota robada de Flick y el cuadro de *El duelo de la yegua*, la Metropolitana dejó entrar a los dos detectives en el corazón de la investigación que se estaba llevando a cabo en New Scotland Yard. Strike y Robin, acostumbrados a que la policía los tratara como a un incordio o como a un par de iluminados, se sorprendieron mucho al recibir aquella invitación, pero agradecieron la inesperada distensión de las relaciones.

A su llegada, la escocesa rubia y alta que dirigía el equipo salió un momento de una de las salas de interrogatorios para estrecharles la mano. Strike y Robin sabían que la policía estaba interrogando a los sospechosos, aunque aún no había presentado cargos contra nadie.

—Llevamos toda la mañana entre ataques de histeria y negación rotunda —les explicó la inspectora jefe Judy McMurrán—, pero, en mi opinión, antes de que acabe el día habrá confesado. Estoy casi segura.

—¿Crees que podemos dejar que echen un vistazo, Judy? —le preguntó su subordinado, el inspector George Layborn, que era quien había recibido a Strike y a Robin en la puerta y los había acompañado arriba.

Era un tipo rechoncho que a Robin le recordó al policía de tráfico que se había hecho el gracioso aquel día, en el arcén de la carretera, después de que ella tuviera el ataque de pánico.

—Sí, que pasen —dijo la inspectora jefe McMurrán, sonriente.

Layborn guió a Strike y a Robin por el pasillo hasta la primera puerta de la derecha, y los invitó a pasar a una habitación oscura y estrecha. La mitad de una de las paredes era un espejo polarizado que daba a una sala de interrogatorios.

Robin, que sólo había visto aquellas antesalas en las películas y en televisión, estaba fascinada. A un lado de la mesa, junto a un abogado de labios finos con traje de raya diplomática, Kinvara Chiswell, pálida, sin maquillaje y con una blusa de seda gris tan arrugada que parecía que hubiese dormido con ella, lloraba con un pañuelo en la mano. Enfrente tenía a un inspector, con un traje mucho más barato que el del abogado, que la miraba con gesto impertérrito.

Mientras Strike y Robin observaban la escena desde el otro lado del espejo, la inspectora jefe McMurrán volvió a entrar en la sala de interrogatorios y ocupó la silla vacía que había al lado de

su colega. Tras un minuto que se hizo eterno, McMurrán preguntó:

—¿Sigue sin tener nada que decir sobre la noche que pasó en el hotel, señora Chiswell?

—Esto es una pesadilla —dijo Kinvara en voz baja—. No puedo creer lo que está pasando. No puedo creer que esté aquí.

Tenía los ojos enrojecidos, hinchados y casi sin pestañas, ahora que se había quitado el rímel.

—Jasper se suicidó —prosiguió con voz trémula—. ¡Estaba deprimido! ¡Cualquiera se lo confirmará! El chantaje lo estaba consumiendo. ¿Han hablado ya con el Ministerio de Asuntos Exteriores? Sólo de pensar que pudiese haber fotografías de aquel niño al que colgaron... ¿No se dan cuenta de lo asustado que estaba mi marido? Si se hubiese sabido...

Se le quebró la voz.

—¿Qué pruebas tienen contra mí? —preguntó—. ¿Dónde están las pruebas? ¿Dónde?

Su abogado tosió un poco.

—Volvamos al tema del hotel —dijo la inspectora jefe McMurrán—. ¿Por qué cree que su marido los llamó tratando de averiguar...?

—¡Ir a un hotel no es ningún delito! —la interrumpió Kinvara, histérica, y luego miró a su abogado—. Esto es ridículo, Charles; ¿cómo pueden presentar cargos contra mí por ir a un...?

—La señora Chiswell contestará a cualquier pregunta que quieran hacerle sobre el día de su cumpleaños —le dijo el abogado a la inspectora jefe, con un optimismo que Robin consideró notorio—, pero del mismo modo...

La puerta de la salita de observación se abrió y golpeó a Strike en la espalda.

—No te preocupes, ya íbamos a salir —le dijo Layborn a su colega—. Vamos, iremos al centro de coordinación. Tenemos muchas más cosas que enseñaros.

En el pasillo, vieron a Eric Wardle, que se dirigía hacia ellos.

—Verlo para creerlo —dijo, sonriente, cuando le estrechó la mano a Strike—. Invitado a Scotland Yard por la Metropolitana.

—¿Te quedas, Wardle? —le preguntó Layborn, a quien no parecía gustarle que otro policía compartiera a los invitados a los que él se había propuesto impresionar.

—No me importaría —contestó Wardle—. Así sabría en qué he estado colaborando durante todas estas semanas...

—Sí, debe de haber sido agotador tener que pasarles a tus colegas todas las pruebas que hemos ido encontrando —replicó Strike mientras seguían a Layborn al centro de coordinación.

Wardle soltó una risita.

Acostumbrada como estaba a los estrechos y ruinosos despachos de la agencia en Denmark Street, Robin quedó fascinada al ver la espaciosa sala que Scotland Yard dedicaba a la investigación de la muerte sospechosa de un personaje notorio como Chiswell. En una de las paredes había una pizarra blanca con la cronología del asesinato. La pared contigua ofrecía un *collage* de fotografías de la escena del crimen y del cadáver; había unos primeros planos espantosos de Chiswell sin el envoltorio de plástico, que mostraban su cara congestionada, con un profundo arañazo en una mejilla, los ojos empañados y entreabiertos, la piel amoratada y con manchas...

Layborn detectó el interés de Robin y le mostró los informes toxicológicos y los registros telefónicos que la policía había utilizado en la investigación. A continuación, abrió un armario enorme donde estaban las pruebas físicas, meticulosamente etiquetadas y guardadas en bolsas,

entre ellas el tubo roto de píldoras de Láquesis, un cartón usado de zumo de naranja y la carta de despedida que Kinvara le había dejado a su marido. Al ver la nota que había robado Flick y una copia de la fotografía de *El duelo de la yegua* encima de la cama —pruebas que ahora se habían convertido en piezas centrales de la investigación policial—, se sintió orgullosa de sí misma.

—Venid, os mostraré a la dama en acción —dijo el inspector Layborn, cerrando el armario y dirigiéndose a una mesa con ordenador.

Introdujo un devedé en el lector y les hizo señas a Strike, Robin y Wardle para que se acercaran.

En la pantalla apareció la bulliciosa entrada de la estación de Paddington, llena de figuras en blanco y negro que se movían en todas direcciones. La fecha y la hora estaban señaladas en la esquina superior izquierda.

—Aquí la tenemos —repuso Layborn, que pulsó el «Pause» y, con un dedo rechoncho, señaló a una mujer—. ¿La veis?

Aunque la figura se veía borrosa, era fácil reconocer a Kinvara. En el encuadre aparecía también un hombre con barba que la miraba fijamente, quizá porque Kinvara llevaba el abrigo abierto y revelaba el vestido negro y ceñido que se había puesto para ir a la recepción de los Juegos Paralímpicos. Layborn pulsó otra vez el «Play».

—Miradla, miradla... Le da algo a un sin techo...

Kinvara le había dado limosna a un hombre envuelto en una manta que estaba sentado junto a una entrada con una taza en la mano.

—Miradla —repitió Layborn, innecesariamente—, va derecha hacia un empleado de la estación..., le hace una pregunta absurda..., le enseña su billete... Miradla, ahora..., se dirige al andén, se para y le pregunta algo a otro individuo; así se asegura de que hay alguien que se acuerda de ella en cada tramo del trayecto, por si las cámaras no estuviesen grabándola... Y por fin... sube al tren.

La imagen de la pantalla se sacudió un poco y cambió. De repente, un tren entraba en la estación de Swindon. Kinvara bajó de un vagón y habló con otra mujer.

—¿Lo veis? —señaló Layborn—. Sigue asegurándose de que la gente se acuerde de ella, por si acaso. Y...

La imagen volvió a cambiar, y se vio el aparcamiento de la estación de Swindon.

—Ahí está —dijo Layborn—, el coche aparcado a propósito muy cerca de la cámara. Sube al coche y se marcha. Llega a casa, le insiste a la moza de cuadra para que se quede a dormir, ella duerme en la habitación de al lado, a la mañana siguiente sale a montar y se asegura de que la chica la ha visto... Una coartada perfecta. Evidentemente, ya habíamos llegado a la conclusión, igual que vosotros, de que, si había sido un asesinato, debían de haberlo cometido dos personas.

—¿Por el zumo de naranja? —preguntó Robin.

—Sí, sobre todo por el zumo —contestó Layborn—. Si Chiswell —lo pronunció tal como se escribía— había tomado amitriptilina sin saberlo, la explicación más plausible era que se hubiese servido él mismo el zumo manipulado de un cartón que guardase en la nevera, pero en el cartón que estaba en el cubo de la basura no había restos, y además sólo tenía sus huellas dactilares.

—Pero, una vez muerto, era fácil dejar sus huellas en una serie de objetos pequeños —dijo Strike—. Sólo había que ponérselos en la mano y apretar.

—Exacto. —Layborn se acercó a la pared de las fotografías y señaló un primer plano de un

mortero con la mano—. Así que decidimos volver a esto. La posición de las huellas de Chiswell, y cómo estaban esparcidos los residuos de polvo, indicaban que era un montaje, lo que significaba que el zumo manipulado sólo podía haberlo preparado con varias horas de antelación alguien que tuviese una llave y que supiera qué antidepresivos tomaba la esposa de la víctima, que Chiswell tenía el sentido del gusto y el olfato dañados y que siempre bebía zumo de naranja por la mañana. Lo único que tenía que hacer el cómplice era poner un cartón de zumo sin manipular en el cubo de la basura, después de haber dejado en él las huellas dactilares del cadáver de Chiswell, por supuesto, y luego llevarse el cartón con restos de amitriptilina para hacerlo desaparecer.

»¿Y quién mejor para saber y hacer todo eso que su esposa? —preguntó Layborn retóricamente—. Pero allí estaba ella, a más de cien kilómetros, con su coartada infalible para la hora de la muerte, mientras él se tomaba los antidepresivos. Por no mencionar que le había dejado una nota con la intención de presentarnos una historia coherente: el marido, que ya está lidiando con una crisis económica y un chantaje, se entera de que su mujer lo va a abandonar; ésa es la gota que colma el vaso, y el hombre se suicida.

Layborn señaló la fotografía ampliada de la cara de Chiswell, ya muerto y sin la bolsa de plástico, en la que se apreciaba el profundo arañazo de la mejilla.

—Pero esto no nos gustó nada —continuó—. Nos pareció sospechoso desde el principio. La sobredosis de amitriptilina puede producir agitación, además de somnolencia. Esa herida parecía indicar que alguien le había puesto esa bolsa en la cabeza a la fuerza.

»Y luego estaba lo de la puerta abierta. La última persona que entró o salió no sabía que esa puerta cerraba mal y que tenía truco, así que todo parecía indicar que Chiswell no fue el último en cerrarla. Además, eso de que faltara el envase de las pastillas también olía mal. ¿Por qué iba a deshacerse Jasper Chiswell de él? En fin, una serie de pequeños descuidos.

—Casi salió bien —dijo Strike—. Si la amitriptilina hubiese dormido a Chiswell, como estaba previsto que pasara, y si hubiesen tenido en cuenta los pequeños detalles: cerrar bien la puerta, dejar el envase del medicamento *in situ*...

—Pero no lo hicieron —repuso Layborn—, y la señora no es lo bastante lista para salir de este embolado ella sola.

—«No puedo creer lo que está pasando» —la citó Strike—. Sigue interpretando su papel. A nosotros el sábado nos dijo: «Yo no creía que pudiera pasar todo esto, no tenía ni idea, no parecía real.»

—Que lo diga en el tribunal, a ver qué ocurre —dijo Wardle en voz baja.

—Sí, ¿qué esperabas que pasara, querida, cuando trituraste un montón de pastillas y se las pusiste en el zumo de naranja? —arguyó Layborn—. El que la hace la paga.

—Es increíble cómo se engaña la gente cuando se deja arrastrar por una personalidad más fuerte —indicó Strike—. Me juego algo a que cuando McMurrán acabe con ella, Kinvara dirá que al principio pensaron que Chiswell se suicidaría, que luego intentaron presionarlo para que lo hiciera y que al final llegó un punto en que no había mucha diferencia entre presionarlo para que se suicidara y poner ella misma las pastillas en el zumo de naranja. Veo que la señora Chiswell sigue intentando relacionar el suicidio de su marido con la trama de las horcas.

—Sí, estuvisteis muy finos conectando la información que faltaba sobre las horcas —admitió Layborn—. En eso íbamos un poco por detrás de vosotros, y era un cabo suelto que explica muchas cosas. Esto es altamente confidencial —añadió, cogiendo un sobre marrón de encima de una mesa y sacando de él una fotografía ampliada—. Esta mañana hemos recibido esto del

Ministerio de Asuntos Exteriores. Como veréis...

Robin, que se había acercado a mirar, enseguida lo lamentó. Francamente, ¿de qué servía ver el cadáver de lo que parecía un adolescente con los ojos comidos por las aves carroñeras, colgado de una horca, en una calle cubierta de escombros? El chico tenía los pies descalzos, y Robin supuso que alguien le había robado las zapatillas de deporte.

—... secuestraron el camión donde iba la segunda horca. El gobierno no la recibió, así que Chiswell tampoco recibió ningún pago por ella. Esta fotografía sugiere que acabaron utilizándola los rebeldes para llevar a cabo ejecuciones arbitrarias. Ese pobre chico, Samuel Murape, estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Era un estudiante británico que se había tomado un año sabático y había ido a visitar a su familia. No se aprecia con mucha claridad —continuó Layborn—, pero aquí, justo detrás de su pie...

—Sí, podría ser la marca del caballo blanco —coincidió Strike.

Robin, que había puesto el teléfono en silencio, notó que le vibraba en el bolsillo. Estaba esperando una llamada importante, pero sólo era un mensaje de texto de un número desconocido.

Ya sé que me has bloqueado, pero necesito verte. Ha surgido un tema urgente y a los dos nos conviene solucionarlo. Matt.

—No es nada —le dijo Robin a Strike, y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo.

Era el tercer mensaje que Matthew le dejaba ese día.

«Un tema urgente, y una mierda.»

Tom debía de haberse enterado de que su prometida y su mejor amigo estaban liados. Quizá hubiese amenazado con llamar a Robin, o con pasar por la agencia de Denmark Street, para averiguar cuánto sabía ella. Si Matthew consideraba que eso constituía un «tema urgente» para Robin, que en ese momento estaba junto a un mural lleno de fotografías de un ministro al que habían drogado y asfixiado, se equivocaba. Hizo un esfuerzo y se concentró en la conversación que estaban manteniendo en el centro de coordinación.

—... lo del collar —iba diciéndole Layborn a Strike— es una historia mucho más convincente que la que nos contó a nosotros. Todo ese rollo de que quería impedir que ella se hiciese daño...

—Fue Robin la que consiguió que le contara eso, no yo —aclaró el detective.

—Ah, bueno... Pues buen trabajo, Robin —le dijo Layborn con una pizca de paternalismo—. Cuando le tomé declaración por primera vez, ya me pareció que era un desgraciado y un mentiroso. Un tipo muy arrogante. Recién salido de la cárcel, y todo eso. No estaba en absoluto arrepentido de haber atropellado a aquella pobre mujer.

—¿Habéis avanzado algo con Francesca? —le preguntó Strike—. ¿La chica de la galería?

—Conseguimos hablar con su padre, que está en Sri Lanka, y no le hizo ninguna gracia. De hecho, está poniendo muchas dificultades —explicó Layborn—. Supongo que intenta ganar tiempo para que lo asesoren sus abogados. Que toda la familia esté en el extranjero es un inconveniente. Tuve que ponerme duro con él por teléfono. Yo entiendo que no quiera que salga todo a la luz en el juicio, pero lo siento, estas cosas son así. Los casos como éste te permiten entender la mentalidad de las clases altas, ¿verdad? Hay unas leyes para ellos y otras...

—Por cierto —dijo Strike—. Supongo que habéis hablado con Aamir Mallik, ¿no?

—Sí, lo encontramos exactamente donde nos dijo tu ayudante... Hutchins, ¿verdad? En casa de su hermana. Ya tiene otro trabajo.

—Ah, menos mal —repuso Robin sin darse cuenta.

—Al principio no se alegró demasiado de vernos, pero acabó mostrándose muy sincero y colaborador. Dijo que se encontró a ese chico trastornado... Billy, ¿no?... Por lo visto estaba en la calle, esperando a que llegara su jefe, y se puso a gritar algo sobre una niña muerta, estrangulada y enterrada en la finca de Chiswell. Se lo llevó a su casa con la intención de pedir una ambulancia para llevarlo al hospital, pero primero le pidió consejo a Geraint Winn. Al parecer, Winn se puso furioso y le dijo que ni se le ocurriera llamar a una ambulancia.

—¿Ah, sí? —Strike frunció el ceño.

—Por lo que nos contó Mallik, a Winn le preocupaba que lo relacionaran con la historia de Billy, y que eso perjudicara su credibilidad. No quería que un vagabundo psicótico enturbiase las aguas. Se puso furioso y le dijo a Mallik que cómo se le había ocurrido llevarlo a una casa que era propiedad de los Winn, y le ordenó que lo echara de allí inmediatamente. El problema...

—... Es que Billy no quería irse —dijo Strike.

—Exacto. Mallik dice que era obvio que estaba mal de la cabeza; creía que lo estaban reteniendo allí contra su voluntad, y se pasaba la mayor parte del día acurrucado en el cuarto de baño. En fin... —Layborn respiró hondo—. Mallik ya se ha hartado de cubrir a los Winn. Nos ha confirmado que el tal Geraint no estaba con él la mañana que murió Chiswell. Después, Winn le dijo a Mallik, cuando lo presionó para que mintiera, que ese día había recibido una llamada urgente a las seis de la mañana y que por eso se marchó tan temprano del domicilio familiar.

—¿Y habéis comprobado esa llamada? —preguntó Strike.

Layborn cogió la lista de llamadas telefónicas, la hojeó y le dio un par de páginas a Strike.

—Mira. Móviles de prepago —dijo—. De momento tenemos tres números distintos, aunque probablemente había más. Se utilizan sólo una vez, no dejan rastro, salvo por esa única llamada que sí quedó registrada. Meses de preparación.

»Aquella mañana llamaron a Winn desde un teléfono de prepago, y utilizaron otros dos teléfonos para llamar a Kinvara Chiswell en distintas ocasiones durante las semanas previas. Ella dice que “no se acuerda” de quién la llamó, pero en ambas llamadas..., mira, aquí..., habló durante más de una hora con esa persona.

—Y Winn ¿qué dice? —preguntó Strike.

—Nada. Está callado como una tumba —contestó Layborn—. Estamos trabajando en ello, no te preocupes. Lo han jodido más que a una estrella de cine porno... Perdona, cariño —le dijo, componiendo una sonrisa, a Robin, que encontró la disculpa más ofensiva que el comentario en sí—. Pero ya me entendéis. Ahora será mejor que nos lo cuente todo. Está bien jodido por to..., bueno... —Se contuvo—. Lo que me interesa —continuó— es saber cuánto sabía su esposa. Es rara de la hostia.

—¿En qué sentido? —preguntó Robin.

—Bueno, no sé. Me parece que juega un poco con esto —dijo Layborn, que se señaló los ojos con un ademán impreciso—. Cuesta mucho creer que no supiera qué se traía entre manos su marido.

—Y hablando de personas que no saben en qué anda metida su pareja —intervino Strike, que creía haber detectado cierta belicosidad en la mirada de Robin—, ¿cómo os va con nuestra amiga Flick?

—Ah, con ella estamos avanzando mucho —informó Layborn—. Los padres también nos han

echado una mano. Los dos son abogados, y le han explicado que tiene que colaborar. Ha admitido que era la limpiadora de Chiswell, que robó la nota y firmó el recibo cuando llevaron la caja de champán, justo antes de que Chiswell le dijera que no podía seguir pagando sus servicios. Dice que la puso en un armario de la cocina.

—¿Quién se la entregó?

—No se acuerda. Pero ya lo averiguaremos. Seguramente, algún servicio de mensajería contratado desde otro teléfono de prepago.

—¿Y la tarjeta de crédito?

—Ése fue otro acierto por vuestra parte —reconoció Layborn—. Nosotros no sabíamos que había desaparecido una tarjeta de crédito. Esta mañana hemos recibido los datos del banco. El mismo día que la compañera de piso de Flick se dio cuenta de que le faltaba la tarjeta, alguien compró con ella una caja de champán y artículos por valor de cien libras en Amazon, que había que enviar a una dirección de Maida Vale. Como nadie recibió el pedido, lo devolvieron al almacén, donde aquella misma tarde lo recogió alguien que se presentó con el aviso de entrega fallida. Estamos intentando localizar a algún empleado que pueda identificar a la persona que lo recogió, y también nos van a facilitar un desglose de los artículos que compraron en Amazon, pero yo apuesto a que eran los tubos de goma, el helio y los guantes de látex.

»Esto lo planearon con mucha antelación. Meses.

—¿Y eso? —preguntó Strike, señalando una fotocopia de la nota escrita de puño y letra por Chiswell, que estaba dentro de una bolsa de polietileno— ¿Ya os ha explicado por qué robó la nota?

—Dice que la cogió sin querer, pero parece una excusa tonta —afirmó Layborn—. Tiene gracia. Si no la hubiese robado, no lo habríamos ligado tan deprisa, ¿no?

Robin consideró que aquel plural era un poco atrevido, porque había sido Strike quien había «atado cabos» y quien había acabado descifrando el significado de la nota de Chiswell, en el Land Rover, cuando volvían a Londres desde Chiswell House.

—El mérito de esto también es de Robin —dijo Strike—. Ella la encontró y se fijó en el «Blanc de blanc» y en el Grand Vitara. Yo no hice más que encajar las piezas cuando ya las tenía delante de las narices.

—Bueno, nosotros quizá hubiéramos tardado un poco más —dijo Layborn, rascándose la barriga, distraído—. Pero estoy seguro de que habríamos llegado a la misma conclusión.

A Robin volvió a vibrarle el móvil en el bolsillo: esta vez era una llamada.

—Tengo que contestar. ¿Hay algún sitio donde pueda...?

—Por aquí —dijo Layborn, abriéndole una puerta lateral.

Era el cuarto de la fotocopidora, con una ventanita tapada con una persiana veneciana. Robin cerró la puerta para no oír a Strike y los demás y contestó.

—Hola, Sarah.

—Hola —dijo Sarah Shadlock.

No parecía en absoluto la Sarah a la que Robin conocía desde hacía casi nueve años, la rubia pomposa y segura de sí misma de quien Robin, ya entonces, había sospechado que soñaba con que la relación que Matthew mantenía a distancia con su novia acabara naufragando. Siempre había estado allí, año tras año, riéndole las gracias a Matthew, tocándole el brazo, haciendo preguntas malintencionadas sobre la relación de Robin con Strike, y mientras tanto salía con otros hombres

y, al final, se había decidido por el más soso, Tom, con su trabajo bien pagado y su calva incipiente; el hombre que le había puesto diamantes en el dedo y en las orejas, pero que no había conseguido hacerle olvidar sus sentimientos por Matthew Cunliffe.

Ese día, sin embargo, su arrogancia brillaba por su ausencia.

—Bueno, he hablado con dos expertos —empezó; su voz sonaba frágil y atemorizada—, y no han podido asegurármelo, porque a partir de una fotografía tomada con un móvil...

—Ya, claro —dijo Robin con frialdad—. Ya lo decía en mi mensaje, ¿no? Que no esperaba una respuesta definitiva. Lo que pedimos no es una identificación firme ni una tasación. Lo único que necesitamos saber es si es verosímil que alguien creyera...

—Bueno, pues en ese caso, sí —repuso Sarah—. De hecho, uno de nuestros expertos está muy emocionado. En uno de los viejos catálogos aparece documentado un cuadro de una yegua con un potrillo muerto, pero nunca lo han encontrado.

—¿Qué catálogos?

—Ah, perdona... —dijo Sarah, que nunca había mostrado una actitud tan tímida y dócil en presencia de Robin—. En los de Stubbs.

—¿Y si fuese un Stubbs? —preguntó Robin, que al darse la vuelta y mirar por la ventana distinguió el Feathers, un pub donde Strike y ella habían estado alguna vez.

—Bueno, esto sólo son especulaciones, obviamente, pero si es auténtico, si es el que se registró en mil setecientos sesenta, podría valer mucho.

—Dime cuánto, más o menos.

—Bueno, por su *Gimcrack* pagaron...

—Veintidós millones —la cortó Robin, sintiendo de pronto un ligero mareo—. Sí. Lo comentaste el día de la fiesta de inauguración de nuestra casa.

Sarah no dijo nada. Quizá se asustó un poco al mencionar Robin la fiesta a la que ella había llevado azucenas blancas para la mujer de su amante.

—Entonces, si *El duelo de la yegua* es un Stubbs auténtico...

—Seguramente superaría a *Gimcrack* en una subasta. Es un tema inédito. Stubbs era anatomista, científico y artista a la vez. Si ese cuadro es la representación de un potrillo afectado por la enfermedad de blanco letal, podría ser único. Podría marcar récords.

A Robin le vibró el móvil en la mano: había recibido otro mensaje de texto.

—Gracias, Sarah, esta información nos es muy útil. Si no te importa, no lo comentes con nadie, ¿vale? Es confidencial.

—Claro, claro —dijo Sarah. Y entonces se apresuró a añadir—: Oye, Robin...

—No —la cortó Robin, tratando de conservar la calma—. Estoy trabajando en un caso.

—Hemos terminado, en serio. Matt está destrozado...

—Adiós, Sarah.

Robin colgó, y a continuación leyó el mensaje que acababa de recibir.

Quedamos después del trabajo, o haré un comunicado ante la prensa.

Estaba impaciente por volver con Strike y los demás y revelar la información que acababa de recibir, pero se quedó donde estaba, desconcertada temporalmente por aquella amenaza, y contestó:

Un comunicado ante la prensa ¿sobre qué?

La respuesta sólo tardó unos segundos en llegar, llena de errores tipográficos.

El *Mail* ha llamado a mi oficina esta mañana y ha dejado un mensaje preguntado qué pienso de que mi mujer tenga un lío con Cornish Strike. Esta tarde hann llamado los del *Sun*. Supongo que ya sabess que tiene novia, aunque probablemete te importa un cuerno. No voy a tolerar que los periódicos me llamen al trabajo. O quedamos, o emito un comunicado para que me dejen en paz.

Robin estaba releendo el mensaje cuando le llegó otro, esta vez con un adjunto.

Por si no lo habías visto.

Cuando abrió el adjunto, vio una captura de pantalla de una noticia del *Evening Standard*.

EL CURIOSO CASO DE CHARLOTTE CAMPBELL Y CORMORAN STRIKE

Charlotte Campbell, un clásico de las columnas de chismes desde que se escapó de su primer colegio privado, ha vivido siempre bajo los focos. La mayoría de nosotros escogeríamos un sitio discreto para hacerle una consulta a un detective privado, pero la señora Campbell (ahora señora de Jago Ross) escogió la mesa de la ventana de uno de los restaurantes más concurridos del West End. ¿Se habló de la contratación de los servicios del detective durante el intenso *tête à tête*, o de temas más íntimos? El extravagante señor Strike, hijo ilegítimo de la estrella de rock Jonny Rokeby, héroe de guerra y Sherlock Holmes moderno, es, además, el ex amante de Charlotte Campbell.

Seguro que el marido de Campbell sabrá resolver el misterio (¿trabajo o placer?) a su regreso de Nueva York.

Una mezcla de sentimientos desagradables, entre los que dominaban el pánico, la rabia y la vergüenza, asaltaron a Robin cuando se imaginó a Matthew hablando con la prensa para dejar en el aire, por despecho, la posibilidad de que Strike y ella se hubiesen acostado.

Intentó llamar al número desde donde la había llamado Matt, pero le saltó el buzón de voz. Al cabo de unos segundos, apareció otro mensaje.

ESTOY CON UN CLIENTE NO QUIERO HABLAR DE ESTO DELANTE DE ÉL
QUEDAMOS ESTA TARDE

Robin, cada vez más furiosa, escribió:

Y yo estoy en New Scotland Yard. Busca un sitio tranquilo.

Se imaginó a Matthew sonriendo con educación mientras el cliente lo miraba, y diciéndole sosegadamente: «Es del despacho, discúlpeme un momento», mientras tecleaba sus furibundas respuestas.

Tenemos temas que resolver y tú te comportas como una cría y no quieres quedar conmigo. O vienes y hablamos, o a las ocho llamo a los periódicos. Ya veo que no niegas que te acuestas con él, por cierto.

Robin estaba fuera de sí, pero, al verse acorralada, contestó:

Vale, lo hablamos cara a cara, ¿dónde?

Él le indicó cómo llegar a un bar de Little Venice. Robin, todavía alterada, abrió la puerta del centro de coordinación. El grupo estaba apiñado alrededor de un monitor en el que aparecía una página del blog de Jimmy Knight. Strike estaba leyendo en voz alta:

—«... Dicho de otro modo, en Le Manoir aux Quat'Saisons, una sola botella de vino te puede costar más de lo que una madre soltera y desempleada recibe por semana para alimentar, vestir y darle un techo a toda su familia.» Me extrañó —les explicó Strike— que, para despotricar contra los *tories* y sus despilfarros, hubiese escogido un restaurante tan concreto. Por eso pensé que debía de haber estado allí hacía poco. Entonces Robin me contó que una de sus suites se llama «Blanc de blanc», aunque no ató cabos tan deprisa como debería haber hecho. Caí en ello unas horas más tarde.

—Entre otras cosas, el tipo es un maldito hipócrita, ¿no? —observó Wardle, que estaba detrás de Strike con los brazos cruzados.

—¿Habéis buscado en Woolstone? —preguntó Strike.

—En el cuchitril de Charlemont Road, en Woolstone, en todas partes —contestó Layborn—, pero no te preocupes, estamos sobre la pista de una de sus novias, en Dulwich. Ahora estamos mirando allí. Con un poco de suerte, esta noche lo habremos detenido.

Layborn vio a Robin, que estaba con el teléfono en la mano.

—Ya sé que lo estáis investigando —le dijo a Layborn—, pero tengo un contacto en Christie's. Le mandé la fotografía de *El duelo de la yegua*, y acaba de llamarme. Según uno de sus expertos, podría ser un Stubbs.

—Hasta yo sé quién es Stubbs —dijo Layborn.

—Si lo es, ¿qué valor tendría? —preguntó Wardle.

—Mi contacto cree que más de veintidós millones.

Wardle soltó un silbido.

—¡La hostia...! —exclamó Layborn.

—A nosotros no nos importa su valor —les recordó Strike—. Lo que nos importa es saber si alguien lo conocía.

—Veintidós millones... —repitió Wardle—. Joder, eso es mucho móvil.

—Cormoran —dijo Robin, cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla donde la había dejado—, ¿podemos hablar un momento fuera? Lo siento, voy a tener que marcharme —les informó a los otros.

—¿Todo bien? —le preguntó Strike cuando salieron juntos al pasillo y Robin cerró la puerta del centro de coordinación, donde se habían quedado los dos policías.

—Sí —contestó, pero luego añadió—: Bueno, no mucho... No lo sé. —Le pasó el móvil a Strike y dijo—: Mira, lee esto.

Strike, con el ceño fruncido, fue bajando por la conversación entre Robin y Matthew, que

incluía el fragmento del *Evening Standard*.

—¿Vas a ir a verlo?

—No tengo más remedio. Por esto debía de andar husmeando Mitch Patterson. Si Matthew habla con la prensa, y es más que capaz de hacerlo... Sólo falta que avive las llamas, con lo interesados que están por ti y por...

—Pasa de mí y de Charlotte —dijo Strike bruscamente—, eso sólo fueron veinte minutos que me tuve que comer. Está intentando coaccionarte...

—Ya lo sé —lo interrumpió Robin—, pero tarde o temprano tendré que hablar con él. Todavía tengo la mayor parte de mis cosas en Albury Street. Aún tenemos una cuenta bancaria conjunta.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias —dijo Robin, conmovida—, pero no creo que eso ayudara mucho.

—Pues llámame luego, ¿vale? Y me cuentas cómo ha ido.

—Vale —prometió ella.

Robin se dirigió hacia los ascensores. Ni siquiera vio a la persona que acababa de pasar a su lado en la dirección opuesta, hasta que oyó:

—¿Bobbi?

Robin se dio la vuelta y vio a Flick Purdue, que volvía del servicio con una agente que, por lo visto, la había acompañado hasta allí. Flick había llorado y se le había corrido el maquillaje, igual que a Kinvara. Llevaba una camisa blanca y parecía mucho más menuda vestida así, como si se hubiese encogido. Robin sospechó que sus padres se habían empeñado en que se la pusiera, en lugar de la camiseta de Hezbolá.

—Hola. Me llamo Robin. ¿Cómo estás, Flick?

Daba la impresión de que Flick forcejeaba con unas ideas demasiado monstruosas para expresarlas con palabras.

—Espero que estés colaborando —le dijo Robin—. Se lo vas a contar todo, ¿no?

Le pareció ver que Flick negaba ligeramente con la cabeza, un gesto instintivo de desafío, los últimos rescoldos de la lealtad que aún no se había extinguido, pese al apuro en el que se encontraba.

—Tienes que hacerlo —le dijo Robin en voz baja—. Después te habría matado a ti, Flick. Sabías demasiado.

69

Todo lo he previsto hace mucho tiempo.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Tras un trayecto de veinte minutos en metro, Robin llegó a la estación de Warwick Avenue, en una zona de Londres que conocía muy poco. Siempre había sentido cierta curiosidad por Little Venice, ya que a ella le habían puesto su extravagante segundo nombre, Venetia, porque había sido concebida en la ciudad de Venecia. Seguro que a partir de ahora asociaría aquella parte de la ciudad con Matthew, y con el amargo y tenso encuentro que sin duda la esperaba en aquel bar del canal.

Recorrió una calle llamada Clifton Villas, donde los plátanos elevaban sus hojas de color jade entre las casas cuadradas de color crudo, cuyas fachadas adquirían reflejos dorados bajo el sol del atardecer. La belleza de aquella tarde serena de verano hizo que Robin sintiera de pronto una melancolía abrumadora, porque le recordó a una noche muy parecida en Yorkshire, cuando, con sólo diecisiete años, había corrido por la calle de sus padres, balanceándose sobre unos zapatos de tacón alto, emocionadísima por su primera cita con Matthew Cunliffe, que acababa de aprobar el examen de conducir y la iba a llevar a cenar a Harrogate.

Ahora también caminaba por la calle para reunirse con él, pero esta vez para organizar la separación permanente de sus vidas. Robin se odiaba a sí misma por estar triste y recordar los momentos felices que los habían conducido al amor; sabía que habría sido preferible concentrarse en la infidelidad y la crueldad de Matthew.

Torció a la izquierda, cruzó y siguió caminando, ahora protegida por la sombra del muro de ladrillo que bordeaba el canal, en el lado derecho de Blomfield Road. De repente, vio pasar un coche de policía al final de la calle. Eso le infundió fuerzas: era como un mensaje amistoso de lo que ahora Robin sabía que era su vida real, y le recordaba lo que ella quería ser y su incompatibilidad con el hecho de seguir siendo la mujer de Matthew Cunliffe.

Encontró el portón negro de madera por el que, según el mensaje de Matthew, se accedía al bar, a orillas del canal, pero cuando lo empujó comprobó que estaba cerrado. Recorrió la calle de arriba abajo, pero no vio a Matthew, así que buscó el móvil en el bolso para llamarlo. Aún lo tenía en silencio, y notó que la vibración indicaba una llamada entrante. Lo cogió, y en ese preciso instante se activó el mecanismo automático que abría el portón; Robin se volvió mientras se acercaba el teléfono a la oreja.

—Hola, justo estoy...

Oyó gritar a Strike:

—¡Sal de ahí, no es Matthew!

Entonces pasaron varias cosas.

Le arrancaron el teléfono de la mano. En un instante, Robin registró que allí no había ningún bar, sólo un tramo descuidado de canal, bajo un puente, donde crecían las malas hierbas, y una barcaza oscura y deslucida con el nombre de *Odile* amarrada a los bolardos. Entonces recibió un puñetazo en el plexo solar, se le cortó la respiración y se dobló por la cintura. Oyó que su teléfono caía al agua, y unas manos fuertes la agarraron por el pelo y por el pantalón, y la arrastraron hacia la barcaza. Robin seguía intentando recuperar el aliento y no podía gritar. Alguien la empujó por la portezuela abierta de la barcaza, y Robin se golpeó con una mesa estrecha de madera y cayó al suelo.

La portezuela se cerró de golpe, y Robin oyó que alguien corría un cerrojo.

—Siéntate —le ordenó una voz masculina.

Todavía sin aire, Robin se levantó del suelo y se sentó en un banco de madera forrado con tela acolchada, delante de una mesa; entonces se volvió y se encontró con el cañón de un revólver.

Raphael se sentó en la silla de enfrente.

—¿Quién acaba de llamarte? —le preguntó.

Ella dedujo que, concentrado en meterla en la barcaza, y por temor a que Robin hiciera algún ruido que su interlocutor pudiese oír, no había tenido tiempo ni ocasión de mirar la pantalla del móvil.

—Mi marido —mintió con voz débil.

Le dolía el cuero cabelludo por el tirón que le había dado. También sentía un dolor fuerte en el tórax, y se preguntó si le habría roto una costilla. Todavía le costaba respirar y, desorientada por unos segundos, le pareció contemplar desde arriba la difícil situación en la que se encontraba, como si la viera en miniatura, encerrada en una temblorosa burbuja de tiempo. Se imaginó a Raphael tirando su cadáver atado a un peso a las oscuras aguas del canal, amparado por la noche, y que la policía detenía e interrogaba a Matthew, pues según todos los indicios era quien la había engañado para que acudiera allí. Vio los rostros afligidos de sus padres y sus hermanos en el funeral, en Masham, y vio a Strike de pie, al fondo de la iglesia, igual que el día de su boda, furioso porque había sucedido lo que él temía, y porque Robin había muerto por culpa de sus propias faltas.

Sin embargo, a medida que iba recuperando el aliento, la ilusión de que contemplaba la escena desde arriba fue disolviéndose. Estaba allí, en aquella barcaza deslucida que olía a moho, atrapada entre sus paredes de madera, con la pupila dilatada del revólver mirándola fijamente y los ojos de Raphael observándola desde más arriba.

Su miedo era una presencia sólida y real en el interior de aquella barcaza, pero iba a tener que apartarse de ella, porque no podía ayudarla, sólo era un estorbo. Decidió no decir nada. Si se negaba a llenar aquel silencio, recuperaría parte del poder que él acababa de arrebatarse. Era el típico truco de terapeuta: dejar que la pausa se alargue, dejar que la llene la persona más vulnerable.

—Tienes mucha sangre fría —dijo Raphael por fin—. Creía que te pondrías histérica y empezarías a gritar. Por eso he tenido que pegarte. Si no, no lo habría hecho. En realidad me caes bien, Venetia.

Robin sabía que estaba tratando de volver a interpretar al hombre que la había encandilado,

pese a su resistencia, en la Cámara de los Comunes. Parecía convencido de que aquella mezcla de tristeza y arrepentimiento la ablandaría, aunque tuviese el cuero cabelludo dolorido, las costillas magulladas y el cañón de aquel revólver en la cara. Robin no dijo nada. La débil sonrisa suplicante desapareció, y entonces, sin más rodeos, Raphael dijo:

—Necesito saber cuánto sabe la policía. Si todavía estoy a tiempo de librarme, me temo que tú...

Levantó un poco el arma y apuntó directamente a la frente de Robin. Ella pensó en veterinarios y en el tiro limpio que no había recibido el caballo que alguien había enterrado en la hondonada.

—... estás acabada. Amortiguaré el disparo con un cojín y, cuando oscurezca, te tiraré por la borda. Pero si ya lo saben todo, lo acabaré aquí, esta misma noche, porque no pienso volver a la cárcel. Como comprenderás, te interesa ser sincera, ¿no? De esta barca sólo saldrá uno de los dos.

Como Robin no decía nada, le gritó:

—¡Contéstame!

—Sí —dijo ella—. Lo comprendo.

—Bien —prosiguió él, más calmado—. ¿Es verdad que estabas en Scotland Yard?

—Sí.

—¿Está Kinvara allí?

—Sí.

—¿Detenida?

—Creo que sí. Está en una sala de interrogatorios con su abogado.

—¿Por qué la han detenido?

—Crean que estáis liados. Que tú estás detrás de todo.

—¿Qué es «todo»?

—El chantaje —repuso Robin— y el asesinato.

Raphael le acercó más el revólver, hasta que el cañón le tocó la frente. Robin notó el pequeño y frío círculo de metal contra la piel.

—Menuda gilipollez. ¿Cómo íbamos a estar liados? Ella me odia. Nunca hemos estado más de dos minutos solos.

—Sí lo estuvisteis —repuso Robin—. Tu padre te invitó a ir a Chiswell House cuando saliste de la cárcel. La noche que él tuvo que quedarse en Londres. Ese día estuvisteis allí solos. Creemos que fue entonces cuando empezó todo.

—¿Pruebas?

—Ninguna —admitió Robin—, pero creo que podrías seducir a cualquiera si realmente te lo...

—No intentes halagarme, no funcionará. En serio, ¿«creemos que fue entonces cuando empezó todo»? ¿Eso es lo único que tenéis?

—No. Hay otros indicios que indican que algo no cuadra.

—¿¿¿Qué indicios? Dame todos los detalles.

—Los recordaría mejor —dijo Robin sin pestañear— si no tuviera un revólver apuntándome en la frente.

Raphael retiró un poco el arma, pero siguió apuntándola a la cara.

—Sigue, rápido.

Una parte de Robin quería rendirse a los deseos de su cuerpo de disolverse, de arrastrarse a una inconsciencia apacible. Tenía las manos entumecidas y sus músculos parecían de cera blanda. Aún podía notar el frío en el punto donde Raphael había apoyado el cañón del revólver, un aro de fuego blanco, un tercer ojo. Raphael no había encendido las luces del barco. Estaban frente a frente en un entorno cada vez más oscuro, y para cuando le disparara, Robin sabía que probablemente ya no podría verle la cara.

«Concéntrate... —le susurró una vocecilla que se oía con claridad en medio del pánico—. Concéntrate. Cuanto más le hagas hablar, más tiempo tendrán para encontrarte. Strike sabe que te han tendido una trampa.»

De pronto, se acordó del coche de policía que había visto pasar a toda velocidad por Blomfield Road, y se preguntó si estaría dando vueltas por allí, buscándola. Era muy probable que la policía, al enterarse de que Raphael la había engatusado para que fuese a aquella zona, ya hubiera empezado a buscarlos. La dirección falsa que le había dado estaba cerca de allí, en la orilla del canal, y según los mensajes de Raphael se accedía por aquel portón negro. ¿Se imaginaría Strike que Raphael iba armado?

Inspiró hondo.

—El verano pasado Kinvara se derrumbó en el despacho de Della Winn y le contó que alguien le había dicho que nunca la había querido, que sólo la había utilizado, que no era más que una pieza de su juego...

Tenía que hablar despacio. No podía precipitarse. Cada segundo contaba, cada segundo que pudiera mantener a Raphael pendiente de sus palabras era un instante ganado para que alguien pudiera acudir en su ayuda.

—Della dio por hecho que hablaba de tu padre, pero lo comprobamos, y resulta que Della no recuerda que Kinvara mencionara su nombre. Creemos que sedujiste a Kinvara para vengarte de tu padre, y que lo alargaste un par de meses, pero que cuando ella empezó a ponerse posesiva e insistente, la mandaste a paseo.

—Eso sólo son suposiciones —dijo Raphael con aspereza— y, por lo tanto, sandeces. ¿Qué más?

—¿Por qué fue Kinvara a Londres el mismo día que iban a sacrificar a su querida yegua?

—A lo mejor no soportaba ver cómo le disparaban. A lo mejor no quería aceptar que estuviese tan grave...

—O a lo mejor sospechaba lo que hacíais Francesca y tú en la galería de arte de Drummond... —intervino Robin.

—No hay pruebas. ¿Qué más?

—Cuando volvió a Oxfordshire tuvo una crisis nerviosa. Atacó a tu padre y la hospitalizaron.

—Aún no había superado la muerte de su bebé al nacer, estaba demasiado apegada a sus caballos, tenía tendencia a la depresión... —recitó Raphael—. Izzy y Fizzy se pelearán para subir a la tribuna de los testigos y explicar lo inestable que es. ¿Qué más?

—Tegan nos contó que un día vio a Kinvara loca de alegría, y que mintió cuando le preguntó por qué. Dijo que tu padre había accedido a cruzar su otra yegua con *Totilas*. Creemos que la verdadera razón es que tú habías retomado la relación con ella, y no parece que la elección del momento fuese casual. Acababas de llevar el último lote de cuadros a la galería de Drummond para que los tasaran.

De pronto, el semblante de Raphael se aflojó, como si su esencia, su alma, lo hubiese abandonado temporalmente. El revólver le tembló un poco en la mano y se le erizó el vello de los brazos, como si un soplo de brisa le hubiese provocado un escalofrío. Robin esperó a que Raphael dijera algo, pero permaneció callado, así que continuó:

—Creemos que cuando cargaste los cuadros para llevarlos a tasar, viste de cerca *El duelo de la yegua* por primera vez, y te diste cuenta de que podía ser un Stubbs. Decidiste sustituirlo en el lote por otro cuadro de una yegua y su potrillo.

—¿Pruebas?

—Henry Drummond ya ha visto la fotografía que hice de *El duelo de la yegua* que encontré encima de la cama de uno de los dormitorios de Chiswell House. Está dispuesto a declarar que ese cuadro no estaba entre las obras que le tasó a tu padre. El cuadro que tasó por un valor de cinco a ocho mil libras era un John Frederick Herring, y representaba a una yegua blanca y negra y a su potrillo. Drummond también declarará que tienes los conocimientos de arte suficientes como para haberte dado cuenta de que *El duelo de la yegua* podía ser un Stubbs.

El rostro de Raphael ya no parecía una máscara. Sus iris, casi negros, iban levemente de un lado a otro, como si leyeran algo que sólo él podía ver.

—Debí de llevarme el Frederick Herring por equivoca...

Se oyó la sirena de un coche de policía unas calles más abajo. Raphael inclinó la cabeza; la sirena siguió sonando durante unos segundos, y luego, repentinamente, dejó de oírse.

Cuando volvió a mirar a Robin, Raphael no parecía muy preocupado por la sirena, ahora que ya no se oía. Estaba claro que se había tragado lo de que era Matthew quien la había llamado cuando él la había asaltado.

—Sí... —añadió, retomando el hilo—, eso será lo que diré. Cuando reuní el lote para llevarlo a tasar, cogí el cuadro de la yegua pía por error, no vi *El duelo de la yegua*, no tenía ni idea de que podía ser un Stubbs.

—No pudiste llevarte el cuadro de la yegua pía por error —dijo Robin sin alterarse—. No estaba en Chiswell House y la familia lo puede corroborar.

—Esa familia —repuso Raphael— no se entera de lo que tiene delante de las narices. Tenían un Stubbs colgado en un dormitorio de invitados en desuso; estuvo allí veinte años y nadie se dio cuenta, ¿y sabes por qué? Porque son unos putos arrogantes y unos esnobs. *El duelo de la yegua* era de la vieja Tinky. Ella lo heredó del viejo baronet irlandés arruinado, alcohólico y senil con el que se casó antes de contraer matrimonio con mi abuelo. No tenía ni idea de su valor. Lo conservó porque era de tema ecuestre y a ella le encantaban los caballos.

»Cuando falleció su primer marido, vino a vivir a Inglaterra y repitió el mismo truco: se convirtió en la costosa enfermera privada de mi abuelo y, luego, en su esposa, más costosa aún. Murió sin hacer testamento, y todos sus trastos, porque la mayor parte de sus posesiones eran trastos, pasaron a engrosar el patrimonio de los Chiswell. El Frederick Herring podría haber sido suyo y que nadie se hubiera fijado en él: podría haber estado olvidado en algún sucio rincón de esa maldita casa.

—¿Y si la policía encuentra el cuadro de la yegua pía?

—No lo encontrarán. Es de mi madre. Lo destruiré. Cuando me lo pregunte la policía, les diré que mi padre iba a vendérselo porque se había enterado de que valía ocho mil libras. «Debió de venderlo por su cuenta, agente.»

—Kinvara no conoce esa versión de la historia. No podrá respaldarte.

—Aquí es donde su bien conocida inestabilidad y su infeliz matrimonio jugarán a mi favor. Izzy y Fizzy harán frente común para contarle a todo el mundo que Kinvara no prestaba mucha atención a los asuntos de mi padre, porque en realidad no lo amaba y sólo le interesaba su dinero. Lo único que necesito es una duda razonable.

—¿Y qué sucederá cuando la policía le explique a Kinvara que tú sólo retomaste su relación con ella porque te diste cuenta de que estaba a punto de hacerse increíblemente rica?

Raphael soltó un largo y lento silbido.

—Bueno —dijo en voz baja—, si logran que Kinvara se crea eso, estoy jodido, ¿no? Pero, de momento, Kinvara cree que su Raffy la quiere más que a nada en el mundo, y les va a costar mucho convencerla de que eso no es cierto, porque, si lo aceptase, toda su vida se derrumbaría. Eso lo trabajamos muy a fondo: si no descubren nuestra relación, no podrán demostrar nada. Hasta se lo hacía recitar mientras me la tiraba. Y le advertí que, si sospechaban de alguno de los dos, intentarían ponernos al uno contra el otro. Ya te lo he dicho: la tengo bien enseñada. También le dije que, si tenía alguna duda, se pusiera a llorar como una Magdalena: «Diles que nadie te cuenta nunca nada y hazte la confundida.»

—Ya nos contó una mentira estúpida para protegerte, y la policía lo sabe —dijo Robin.

—¿Qué mentira?

—Lo de ese collar, el domingo a primera hora de la mañana. ¿No lo sabías? Quizá luego cayó en que te enfadarías.

—¿Qué os contó?

—Strike le dijo que no se tragaba esa otra historia de por qué habías ido a Chiswell House la mañana que murió tu padre...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué era lo que no se tragaba? —dijo Raphael.

Robin vio en él su vanidad ultrajada mezclada con pánico.

—A mí, en cambio, me pareció convincente... —continuó—. Muy hábil: contar una historia que parece que reveles contra tu voluntad. Uno siempre está más dispuesto a creerse algo que cree que ha descubierto por sí mismo...

Raphael levantó un poco más el revólver y volvió a acercárselo a la frente, y aunque el aro metálico aún no le había tocado la piel, Robin notó su presencia.

—¿Qué mentira os contó Kinvara?

—Dijo que habías ido a decirle que tu madre había sustituido los diamantes del collar original por otros falsos.

Raphael estaba horrorizado.

—¿Por qué cojones iba a decir eso?

—Supongo que porque se alarmó al encontrarnos a Strike y a mí en los jardines, mientras tú estabas escondido arriba. Strike dijo que no se creía la historia del collar, ella se asustó y se inventó otra versión. Lo malo es que ésta se puede comprobar.

—Gilipollas de mierda... —soltó Raphael por lo bajo, pero con un desprecio que hizo que a Robin se le erizara el vello de la nuca—. Gilipollas de mierda... —repitió—. ¿Por qué no podía ceñirse a nuestra historia? Y... No, espera... —Titubeó, como si de pronto se hubiese acordado de algo que podía ayudarlos.

Robin sintió una mezcla de consternación y alivio cuando él apartó el revólver y se echó a

reír.

—Por eso escondió el collar el domingo por la tarde... —continuó Raphael—. Empezó a decir chorradas, que no quería que Izzy o Fizzy entraran y lo cogieran... Bueno, es estúpida, pero no completamente inútil. Todavía estamos fuera de peligro, a menos que alguien compruebe si los diamantes son auténticos. Y para averiguarlo tendrán que desmontar el establo. Vale... —añadió, como si hablara solo—. Vale, creo que no está todo perdido...

»¿Nada más, Venetia? ¿Eso es lo único que tenéis?

—No —dijo Robin—. También está Flick Purdue.

—No sé quién es.

—Sí que lo sabes. Te la ligaste hace meses y le contaste la historia de las horcas porque sabías que le pasaría esa información a Jimmy.

—Vaya, qué ocupado he estado últimamente —replicó Raphael con frivolidad—. ¿Y qué? Flick nunca admitirá que se follaba al hijo de un ministro *tory*, y menos si cabe la posibilidad de que Jimmy se entere. Está tan enamorada de él como Kinvara lo está de mí.

—Eso es verdad, Flick desde luego no quería admitirlo, pero alguien debió de verte saliendo a hurtadillas de su piso la mañana siguiente. Flick intentó colarle a Jimmy que eras un camarero indio.

Robin creyó detectar en él una brevísima mueca de sorpresa y desagrado. La mera idea de que lo hubiesen podido describir de esa forma había herido su amor propio.

—Vale... —dijo al cabo de un momento—. Está bien, veamos... ¿Y si fuera verdad que Flick se había liado con un camarero, pero ahora miente asegurando que era yo por todo ese rollo de la lucha de clases y porque su novio no soporta a mi familia?

—Le robaste la tarjeta de crédito a su compañera de piso. Se la quitaste del bolso, en la cocina.

Robin vio que Raphael tensaba los labios y comprendió que aquello lo había sorprendido. Era evidente que había dado por hecho que, teniendo en cuenta el estilo de vida y las compañías de Flick, las sospechas recaerían en cualquiera que hubiese pasado por su diminuto y abarrotado piso, y quizá especialmente en Jimmy.

—¿Pruebas? —volvió a preguntar.

—Flick puede decir qué día estuviste en su piso, y si Laura declara que su tarjeta de crédito desapareció esa misma noche...

—Pero no hay ninguna prueba sólida de que estuve allí...

—¿Cómo se enteró Flick de lo de las horcas? Sabemos que fue ella la que se lo contó a Jimmy, y no al revés.

—Está claro que no pude ser yo. Soy el único miembro de la familia que no lo sabía.

—Tú lo sabías todo. Tu padre le había contado lo de las horcas a Kinvara, y ella te lo contó a ti.

—No —dijo Raphael—, a Flick se lo contaron los hermanos Butcher. Tengo entendido que uno de ellos vive en Londres. Sí, creo que he oído rumores de que uno se follaba a la novia de su amigo Jimmy. Y créeme, los hermanos Butcher no van a causar muy buena impresión en el juicio, no son más que un par de palurdos sospechosos que se dedicaban a trasladar las horcas de noche, amparándose en la oscuridad. Si esto llega a los tribunales, voy a parecer mucho más verosímil y presentable que Flick y los Butcher, te lo aseguro.

—La policía tiene los registros de todas las llamadas de teléfono —insistió Robin—. Saben que Geraint Winn recibió una llamada anónima aproximadamente cuando Flick descubrió lo de las horcas. También creemos que le diste la pista de Samuel Murape a Winn de forma anónima. Sabías que Geraint Winn odiaba a los Chiswell. Kinvara te lo contó todo.

—No sé nada de esa llamada, señorita —dijo Raphael—, y siento muchísimo que mi difunto hermano se portase como un cabronazo de mierda con Rhiannon Winn, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Creemos que fuiste tú quien hizo la llamada amenazadora al despacho de Izzy el primer día que apareciste por allí; esa es la que decías que la gente se mea encima cuando se muere... —continuó Robin—. Y creemos que fue idea tuya que Kinvara fingiese que había visto intrusos por la noche en los jardines de Chiswell House. Todo estaba pensado para que hubiese el máximo de testigos posible, de modo que pudiesen atestiguar que tu padre tenía motivos para estar ansioso y paranoico, y que podía derrumbarse en cualquier momento porque estaba sometido a una presión insoportable.

—Es que estaba sometido a una presión insoportable. Jimmy Knight le hacía chantaje. Geraint Winn intentaba obligarlo a que renunciara a su cargo. Eso no son invenciones, son hechos, y van a causar sensación en un tribunal, sobre todo cuando salga a la luz la historia de Samuel Murape.

—Pero cometiste algunos errores estúpidos que habrías podido evitar.

Raphael se enderezó y se inclinó hacia delante, y su codo se deslizó unos centímetros más, con lo que el cañón del revólver volvió a acercarse a la cara de Robin. Los ojos de Raphael, que apenas se distinguían en la penumbra, se definieron de nuevo con claridad, en blanco y negro. Robin se preguntó cómo era posible que alguna vez le hubiese parecido atractivo.

—¿Qué errores?

Cuando Raphael hizo esa pregunta, Robin distinguió con el rabillo del ojo un destello de luz azul sobre el puente a través de la portilla que tenía a su derecha, y que Raphael no podía ver desde donde estaba. La luz se perdió de vista, y la oscuridad del exterior hizo desaparecer de nuevo el puente.

—Para empezar —dijo Robin con cautela—, fue un error seguir encontrándote con Kinvara los días previos al asesinato. Ella fingía continuamente no recordar dónde había quedado con tu padre, ¿verdad? Sólo para poder estar un par de minutos más contigo, para verte aunque sólo fuese un momento y saber qué hacías.

—Eso no es ninguna prueba de nada.

—El día de su cumpleaños, siguieron a Kinvara a Le Manoir aux Quat'Saisons.

Raphael entornó los ojos.

—¿Quién la siguió?

—Jimmy Knight. Flick lo ha confirmado. Jimmy creía que tu padre estaba con Kinvara, y quería abordarlo en público y exigirle que le diera su dinero. Pero tu padre no estaba allí, así que Jimmy volvió a su casa y escribió una furiosa entrada en su blog explicando en qué se gastan el dinero los *tories*, y allí menciona Le Manoir aux Quat'Saisons por su nombre.

—Bueno, a menos que me viese colarme en la suite de Kinvara... —dijo Raphael—, y no me vio, porque puse mucho cuidado en que nadie me viera, eso tampoco puede demostrarse.

—Muy bien —afirmó Robin—; ¿y con quién estabas cuando te descubrieron manteniendo relaciones sexuales en el cuarto de baño de la galería por segunda vez? No estabas con Francesca.

Estabas con Kinvara.

—Demuéstralo.

—Kinvara había ido a Londres ese día a comprar píldoras de Láquesis y a fingir que estaba muy enfadada porque tu padre seguía teniéndote en cuenta... Eso formaba parte de vuestra tapadera, ¿no? El odio que Kinvara mostraba continuamente hacia ti. Llamó por teléfono a tu padre para asegurarse de que iba a comer en otro sitio. Strike estaba presente cuando el ministro recibió esa llamada. Lo que ni tú ni Kinvara sabíais era que tu padre estaba comiendo a sólo cien metros de ese cuarto de baño en el que vosotros estabais manteniendo relaciones.

»Cuando tu padre logró abrir la puerta y entró, encontró un tubo de píldoras de Láquesis en el suelo. Por eso estuvo a punto de sufrir un infarto. En ese instante comprendió qué estaba haciendo su mujer en Londres. Comprendió que era ella la que estaba contigo en el cuarto de baño.

Raphael compuso una sonrisa que, en realidad, era una mueca de desprecio.

—Sí, eso fue una cagada. El día que mi padre entró en el despacho de Izzy hablando de Láquesis, «la que sabía cuándo le llegaría el final a cada uno»... En ese momento no entendí qué demonios quería decir con eso. Después me di cuenta de que lo que intentaba era meterme miedo en el cuerpo, ¿no? Pero cuando tu jefe el tullido y tú mencionasteis lo de las píldoras en Chiswell House, Kinvara ató cabos: se le habían caído del bolsillo mientras follábamos. No sabíamos que eso había sido lo primero que había puesto a mi padre sobre aviso. Cuando lo oí llamar a Le Manoir preguntando por la pinza para billetes de Freddie, comprendí que se había enterado de que estaba pasando algo. Entonces me invitó a ir a Ebury Street, y supe que quería hablar de ello conmigo, y que debíamos dar un paso más y matarlo.

La absoluta naturalidad con que hablaba del parricidio hizo estremecer a Robin. Parecía que estuviera hablando de empapelar una habitación.

—Seguro que planeaba sacar esas píldoras en algún momento del discurso: «Sé que te estás tirando a mi mujer.» ¿Cómo es posible que no las viera en el suelo cuando ordené la habitación? Debieron de caérsele del bolsillo o algo... Dejarlo todo ordenado después de cargarte a alguien es más difícil de lo que parece, ¿sabes? —dijo Raphael—. La verdad es que me sorprendió que me afectase tanto.

Robin nunca había tenido pruebas tan claras de su narcisismo. Raphael sólo sentía interés y compasión por sí mismo. Su padre muerto no significaba nada para él.

—La policía también ha tomado declaración a Francesca y a sus padres —explicó Robin—. Ella ha negado rotundamente que estuviera contigo en el lavabo la segunda vez. Sus padres nunca la han creído, pero...

—Nunca la han creído porque es aún más tonta que la propia Kinvara.

—La policía está revisando las secuencias de todas las cámaras de seguridad de las tiendas donde ella dice que estuvo mientras Kinvara y tú estabais en el lavabo.

—De acuerdo —dijo Raphael—, en el peor de los casos, si consiguen demostrar que Francesca no estaba conmigo, quizá tenga que confesar que aquel día estaba con otra mujer; una cuya reputación he tratado de proteger caballeramente.

—¿Crees que encontrarás a una mujer dispuesta a mentir por ti ante un tribunal, en un caso de asesinato? —le preguntó Robin, sin dar crédito.

—La dueña de esta casa flotante está loca por mí —afirmó Raphael sin inmutarse—. Salíamos juntos antes del accidente. Venía a verme a la cárcel y todo. Ahora está en rehabilitación. Se

considera una gran artista, pero está como una cabra y le encantan los dramas. Bebe demasiado y, de hecho, es un coñazo de tía, aunque folla como una coneja. Nunca me ha pedido que le devuelva la llave de esta barcaza, y en ese cajón de ahí guarda una llave de la casa de su madre...

—No será, por casualidad, la casa adonde hiciste que enviaran el helio, los tubos y los guantes, ¿verdad?

Raphael parpadeó. Eso no se lo esperaba.

—Necesitabas una dirección que no pudiesen relacionar contigo, y te aseguraste de que el paquete llegara cuando no hubiera nadie. Así podrías entrar, hacerte con el aviso de entrega fallida y...

—Luego recoger el paquete en el almacén, camuflarlo y enviarlo por mensajero a la casa de mi querido padre, sí.

—Flick fue quien lo recibió y Kinvara se encargó de esconderlo para que no lo viera tu padre hasta que llegase el momento de matarlo, ¿no?

—Exacto —confirmó Raphael—. En la cárcel aprendes muchos trucos. Documentos de identidad falsos, edificios desocupados, direcciones vacías... Todo eso es muy útil. Cuando te haya matado a ti, nadie me va a relacionar con ninguna de esas direcciones.

Robin sintió un escalofrío.

—La propietaria de esta barcaza...

—Le va a decir a todo el mundo que estaba follando conmigo en el lavabo de la agencia de Drummond, ¿te acuerdas? Juega en mi equipo, Venetia —dijo con serenidad—, así que las cosas no pintan nada bien para ti.

—Hay más errores —repuso Robin con la boca seca.

—¿Cuáles?

—Le dijiste a Flick que tu padre necesitaba una limpiadora.

—Sí, porque de ese modo Jimmy y ella parecen tremendamente sospechosos; canta mucho que ella se las ingenia para colarse en la casa de mi padre. El jurado se centrará en eso, y no en cómo se enteró Flick de que mi padre necesitaba una asistente. Ya te lo he dicho, en el banquillo de los acusados parecerá una putilla miserable y resentida. Sólo tendré que decir que eso no es más que otra de sus mentiras.

—Ya, pero Flick le robó una nota a tu padre, una nota que él escribió mientras intentaba confirmar la historia de Kinvara llamando a Le Manoir aux Quat'Saisons. La encontré en el cuarto de baño. Kinvara había mentado, le había dicho a Chiswell que su madre iba a ir al hotel con ella. Normalmente no dan información sobre sus huéspedes, pero se trataba de un ministro que, además, ya se había alojado otras veces en el establecimiento; creemos que consiguió sonsacarles que Kinvara había ido con el Suzuki familiar y que había sido una pena que su madre no hubiese podido ir. También consiguió el nombre de la suite en la que se había alojado, seguramente fingiendo que se había olvidado algo, y estaba tratando de conseguir la factura, supongo que para ver si aparecían dos desayunos o dos cenas por algún sitio. Cuando la fiscalía presente esa nota y la factura en el juicio...

—Esa nota la encontraste tú, ¿verdad? —preguntó Raphael.

A Robin se le encogió el estómago. No quería darle más motivos para matarla.

—Me di cuenta de que te había subestimado el día que cenamos juntos en Nam Long Le Shaker —dijo Raphael. No era ningún cumplido. La miraba con los ojos entornados, y las aletas de la

nariz infladas de furia—. Estabas hecha polvo, pero seguías haciendo preguntas muy incómodas. Además, tu jefe y tú os lleváis mejor con la policía de lo que yo creía. Incluso después de que hablara con el *Mail*...

—Fuiste tú... —masculló Robin, y se preguntó cómo era posible que no lo hubiese sospechado antes—. Tú alertaste a la prensa y a Mitch Patterson.

—Les dije que habías dejado a tu marido por Strike, pero que él seguía tirándose a su ex. Izzy me había contado lo de Charlotte. Creí que tenía que pararos un poco los pies a los dos, porque no dejabais de hincarle el diente a mi coartada. Pero cuando te haya matado... —un escalofrío volvió a recorrer la espalda de Robin— tu jefe estará muy ocupado contestando a las preguntas de la prensa sobre cómo acabó tu cadáver en el fondo del canal, ¿no te parece? Es lo que se llama «matar dos pájaros de un tiro».

—Aunque me mates —dijo Robin, esforzándose para que no le temblara la voz—, están la nota de tu padre y el testimonio del hotel...

—Sí, mi padre estaba intrigado por saber qué hacía Kinvara en Le Manoir —dijo Raphael con brusquedad—, pero ya te lo he dicho, nadie me vio allí. La muy imbécil pidió dos copas para el champán, es verdad, pero podría haber estado con cualquier otra persona.

—Ya no vas a tener ocasión de ponerte de acuerdo con ella —le recordó Robin; tenía la boca seca y la lengua se le pegaba al paladar, pero intentó mostrarse serena y tranquila—. Ahora está detenida, y no es tan lista como tú. Y aún cometiste más errores —continuó—, errores estúpidos, porque, en cuanto comprendiste que tu padre tenía la mosca detrás de la oreja, tuviste que poner en práctica tu plan muy deprisa.

—¿Como cuáles?

—Como que Kinvara se llevara el envase de amitriptilina después de echarla en el zumo de naranja, o que no se acordara de explicarte que para cerrar bien la puerta había truco... Y, sobre todo... —añadió, consciente de que se estaba jugando la última carta—, que te lanzase la llave de la puerta en la estación de Paddington.

Se produjo un silencio, y a Robin le pareció oír pasos cerca. No se atrevió a mirar por la portilla para no alertar a Raphael, aunque él estaba demasiado conmocionado por lo que ella acababa de decirle como para fijarse en nada más.

—¿Que me lanzase la llave de la puerta? —preguntó, aparentando que aquello no lo afectaba—. ¿Qué demonios estás diciendo?

—Las llaves de Ebury Street son limitadas, es casi imposible copiarlas. Vosotros dos sólo teníais acceso a una: la de Kinvara, porque tu padre ya sospechaba de vosotros antes de morir y se había asegurado de que tú no tuvieras acceso a la otra.

»Ella necesitaba la llave para entrar en la casa y manipular el zumo de naranja, y tú para entrar a primera hora de la mañana siguiente y asfixiarlo. Así que improvisasteis una solución para ese pequeño detalle en el último momento: ella te pasaría la llave en un sitio concreto de Paddington que habríais acordado, donde tú la esperarías disfrazado de vagabundo.

»Pero te captaron las cámaras. La policía ya está ampliando y aclarando las imágenes. Creen que compraste algunas cosas en una tienda de beneficencia a toda prisa, lo que probablemente aportará algún testigo más, y a estas alturas la Metropolitana ya habrá revisado las cámaras de los circuitos cerrados de televisión para documentar tus movimientos desde Paddington.

Raphael permaneció callado durante unos segundos que se hicieron eternos. Movía

ligeramente los ojos de derecha a izquierda, como si estuviera buscando un resquicio, una tronera por la que escapar.

—Vaya, qué mala pata... —dijo por fin—. Pensé que estando allí sentado las cámaras no me grabarían...

A Robin le pareció que aquello había hecho mella en sus esperanzas. En voz baja, continuó:

—Tal como habíais planeado, cuando Kinvara llegó a la casa de Oxfordshire llamó a Drummond y le dejó un mensaje en el que le decía que quería que le tasara el collar; así reforzaba la tapadera.

»A primera hora de la mañana siguiente, Geraint Winn y Jimmy Knight recibieron sendas llamadas desde otro teléfono de prepago. Los engatusaron para que salieran de su casa, probablemente prometiéndoles más información sobre Chiswell. Eras tú, que querías asegurarte de que estaban en la lista de sospechosos si la policía llegaba a plantearse que hubiese sido un asesinato.

—No hay pruebas... —masculló Raphael automáticamente, pero seguía desviando la mirada hacia uno y otro lado, buscando salvavidas invisibles.

—Entraste en la casa muy temprano, creyendo que encontrarías a tu padre casi comatoso después de haberse bebido el zumo de naranja, pero...

—Al principio estaba inconsciente... —dijo Raphael.

Tenía la mirada vidriosa, y Robin comprendió que estaba recordando lo que había pasado, que estaba reviviendo aquellas imágenes.

—Me lo encontré espatarrado en el sofá, totalmente grogui. Pasé por delante de él, fui a la cocina y abrí mi caja de juguetes...

Por un instante, Robin volvió a recordar la cabeza de Chiswell envuelta en aquella bolsa con el pelo canoso adherido a la cara, de modo que sólo se le veía el orificio negro de la boca. Aquello lo había hecho Raphael; el mismo Raphael que ahora estaba apuntándola a la cara con un revólver.

—... pero cuando estaba preparándolo todo, va el hijo de puta y se despierta, me ve conectando el tubo a la bombona de helio y vuelve a la vida. Se levantó como pudo, cogió el sable de Freddie de la pared e intentó atacarme, pero se lo arranqué de las manos y lo doblé. Entonces lo obligué a sentarse en la silla, él seguía forcejeando y...

Raphael imitó el gesto de ponerle la bolsa en la cabeza a su padre.

—*Caput.*

—Y entonces —dijo Robin, todavía con la boca seca— hiciste esas llamadas desde su teléfono, imprescindibles para tu coartada. Kinvara te había dado su contraseña, claro. Y te marchaste, aunque no cerraste bien la puerta.

A Robin le pareció detectar movimiento al otro lado de la portilla de la izquierda, pero no sabía si eran imaginaciones suyas. Mantuvo la vista fija en Raphael y en el arma, que oscilaba ligeramente.

—Muchas de esas pruebas son circunstanciales —masculló Raphael, que seguía con la mirada vidriosa—. Tanto Flick como Francesca tienen motivos para mentir respecto a mí. Con Francesca la cosa no acabó bien... Quizá todavía pueda...

—No vas a tener más oportunidades, Raff —dijo Robin—. Kinvara no seguirá mintiendo por ti mucho tiempo más. Cuando le digan la verdad sobre *El duelo de la yegua*, empezará a encajar

todas las piezas. Supongo que le pediste que lo llevara al salón para protegerlo de la humedad de ese cuarto de invitados, ¿no? ¿Cómo lo conseguiste? ¿Te inventaste alguna historia, le dijiste que te recordaba a la yegua muerta? Entonces se dará cuenta de que reanudaste la relación con ella cuando te enteraste del verdadero valor de ese cuadro, y de que todas las cosas horribles que le habías dicho cuando habíais roto eran ciertas... Y lo peor de todo... —añadió Robin—: se dará cuenta de que, la noche que oísteis intrusos en el jardín, esta vez reales, dejaste que la mujer de la que representa que estabas locamente enamorado saliera al jardín a oscuras, en camisón, mientras tú te quedabas en la casa para proteger...

—¡Está bien! —gritó de pronto Raphael, y volvió a acercarle el cañón del revólver hasta tocarle la frente—. ¡Cállate de una puta vez!

Robin se quedó inmóvil. Trató de imaginar qué sentiría cuando Raphael apretara el gatillo. Había dicho que le dispararía a través de un cojín para amortiguar el ruido, pero ahora parecía haberse olvidado de eso, estaba a punto de perder el control...

—¿Sabes cómo es una cárcel por dentro? —le preguntó.

Robin intentó responder «no», pero no logró articular ni siquiera eso.

—El ruido... —dijo él en voz baja—. El olor... Los presos... feos, estúpidos, como animales la mayoría de ellos. Peores que animales. Yo no sabía que existía gente así. Los sitios donde te hacen comer y cagar... Tienes que mantenerte alerta continuamente, siempre preparado para defenderte. Los ruidos metálicos, los gritos, la puta sordidez... Prefiero que me entierren vivo. No volveré a pasar por eso.

»Se suponía que iba a gozar de una vida maravillosa. Iba a ser libre, totalmente libre. Ya no tendría que doblegarme ante tipos como Drummond, nunca más. Hace tiempo que le tengo echado el ojo a una villa en Capri. Con vistas al golfo de Nápoles. También tendría un pisito en Londres... Un coche nuevo, cuando me devolvieran el carnet... Imagínate: pasear por la calle y saber que puedes comprar cualquier cosa, hacer cualquier cosa. Una vida maravillosa...

»Sólo tendría que resolver un par de problemillas para quedar completamente libre. Flick, muy fácil: por la noche, tarde, una calle oscura, un puñal en las costillas, víctima de un crimen callejero.

»Y Kinvara... Bueno, al cabo de unos años, cuando ya hubiese hecho testamento a mi favor, se partiría el cuello montando un caballo demasiado nervioso, o se ahogaría en Italia... Nada fatal...

»Y luego podrían irse todos a la mierda, ¿verdad? Los Chiswell, la zorra de mi madre... Ya no necesitaría nada de nadie. Iba a tenerlo todo.

»Pero ya lo he perdido... —añadió.

Pese a su piel morena, Robin vio que había palidecido y que se le marcaban las ojeras en la penumbra.

—Lo he perdido todo... ¿Sabes qué, Venetia? Te voy a volar los putos sesos, porque he decidido que me caes mal. Creo que me gustaría ver cómo te explota la puta cabeza antes de volarme la mía.

—Raff...

—Raff... Raff... —gimoteó él, imitándola—. ¿Por qué todas las mujeres se creen diferentes? Sois todas iguales.

Hizo ademán de coger el cojín que tenía detrás.

—Nos iremos juntos. Será genial llegar al infierno con una chica sexi cogida del bra...

Se oyó un fuerte golpe, y la puerta se abrió de repente, soltando varias astillas. Raphael se dio la vuelta y apuntó con el revólver a la figura corpulenta que acababa de irrumpir en la barcaza. Robin se lanzó sobre la mesa para quitarle el arma de las manos, pero Raphael le pegó un codazo, y Robin notó que empezaba a brotarle sangre del labio partido.

—No, Raff, ¡no lo hagas!

Raphael se había levantado en aquel reducido espacio y se había metido el cañón del revólver en la boca. Strike, que había echado la puerta abajo golpeándola con el hombro, jadeaba a unos palmos de él, y detrás del detective estaba Wardle.

—¡Adelante, hazlo, cobarde de mierda! —gritó Strike.

Robin quiso protestar, pero no pudo articular palabra.

Se oyó un débil ruido metálico.

—Le extraje las balas en Chiswell House, imbécil —dijo Strike, dando dos pasos hacia él y quitándole el revólver de la boca—. No eres tan listo como creías, ¿eh?

Robin notaba un fuerte pitido en los oídos. Raphael maldecía en inglés y en italiano, lanzaba juramentos y amenazas, forcejeaba y se retorció mientras Strike lo sujetaba contra la mesa para que Wardle pudiera ponerle las esposas, pero ella se apartó del grupo, como si estuviera en un sueño, y fue retirándose hasta la cocina, donde había cacharros colgados y un prosaico rollo de papel blanco junto a un pequeño fregadero. Notó que se le empezaba a hinchar el labio. Cogió un poco de papel de cocina, lo puso debajo del grifo y se lo apretó contra la boca. Por la portilla vio que varios agentes uniformados entraban corriendo por el portón negro, y se llevaban el revólver y también a Raphael, a quien Wardle había arrastrado hasta el muelle y que aún seguía forcejeando.

Apenas unos segundos antes aún estaba apuntándola con un arma. Nada parecía real. Empezaron a entrar y a salir agentes de la barcaza, pero había mucho ruido y mucho eco, y hasta entonces Robin no se dio cuenta de que Strike estaba de pie a su lado. Él era el único que añadía un poco de realidad a toda aquella escena.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó con voz pastosa, sin quitarse el papel de cocina de la boca.

—He caído cinco minutos después de que te marcharas. Los tres últimos dígitos del número de esos presuntos mensajes de Matthew que me has enseñado coincidían con los de uno de los números de teléfono de prepago. He salido corriendo, pero ya no te he pillado. Layborn ha enviado unos cuantos coches patrulla, y yo te he estado llamando sin parar todo el rato. ¿Por qué no contestabas?

—Tenía el teléfono en silencio en el bolso. Ahora está en el canal.

Necesitaba una copa, algo fuerte. A lo mejor era cierto que había un bar por allí cerca... Pero no, claro, ahora no podía irse a un bar, pensó para sus adentros, iba a tener que pasarse horas en New Scotland Yard. Le pedirían que hiciera una declaración, y sería larga. Tendría que relatar lo ocurrido durante aquella última hora con todo detalle. Se sentía exhausta.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—He llamado a Izzy y le he preguntado si Raphael conocía a alguien cerca de esa dirección falsa a la que intentaba llevarte. Me ha dicho que tenía una novia pija, una drogata, que tenía una barcaza. Raphael se estaba quedando sin sitios adonde ir. La policía lleva dos días vigilando su apartamento.

—Y sabías que el revólver estaba descargado...

—Confiaba en que lo estuviera —la corrigió él—. Aunque también era posible que Raphael lo hubiera revisado y hubiese vuelto a cargarlo.

Se palpó un bolsillo. Encendió un cigarrillo con los dedos un poco temblorosos y dio una calada.

—No sé cómo lo has hecho para conseguir que hablara tanto rato, Robin, pero, maldita sea, la próxima vez que recibas la llamada de un número desconocido, haz el favor de llamar para comprobar quién hay al otro lado. Y no vuelvas a contarle absolutamente nada de tu vida privada a un sospechoso. Nunca más.

—Antes de que sigas —replicó ella, apretándose el labio hinchado y sangrante con el papel de cocina mojado—, ¿te importa si me doy un par de minutos para alegrarme de no estar muerta?

Strike lanzó una bocanada de humo.

—Vale, tienes razón —dijo, cogiéndola por los hombros y atrayéndola hacia él con torpeza para darle un abrazo.

UN MES MÁS TARDE

EPÍLOGO

Tu pasado murió, Rebeca. Ya no tiene ningún poder sobre ti conforme eres hoy.

HENRIK IBSEN, *Rosmersholm*

Los Juegos Paralímpicos habían terminado, y septiembre hacía todo lo posible por borrar el recuerdo de los largos días de verano en los que la ciudad de Londres, sembrada de Union Jacks, había disfrutado de la atención del mundo entero. La lluvia repiqueteaba en las altas ventanas de la Cheyne Walk Brasserie, y competía con Serge Gainsbourg, que cantaba *Black Trombone* por unos altavoces ocultos.

Strike y Robin habían llegado juntos, y acababan de sentarse cuando Izzy, que había elegido aquel restaurante por lo cerca que estaba de su apartamento, apareció en la entrada. Iba un tanto desaliñada, con una gabardina Burberry y un paraguas chorreante que le costó trabajo cerrar cuando entró por la puerta.

Strike sólo había hablado una vez con su clienta después de haberse resuelto el caso, y brevemente, porque Izzy estaba demasiado conmocionada y apenas pudo decir nada. Habían concertado aquella cita a petición del detective, porque quedaba un asunto por resolver en el caso Chiswell. Izzy le había dicho a Strike por teléfono, cuando habían quedado para comer, que no había salido mucho desde la detención de Raphael. «Me cuesta tratar con la gente. Ha sido todo espantoso.»

—¿Cómo estás? —dijo con nerviosismo, mientras Strike rodeaba la mesa con mantel blanco para aceptar su abrazo, húmedo de lluvia—. Y..., oh, pobre Robin, lo siento mucho —añadió, y se apresuró a ir al otro lado de la mesa para abrazarla también a ella.

En ese momento apareció la camarera, que, sin sonreír, se llevó su gabardina y su paraguas mojado. Izzy se lo agradeció, un poco aturullada:

—Ah, sí, por favor, gracias...

Entonces se sentó y dijo:

—Me he prometido no llorar, pero ya veis. —Cogió una servilleta de la mesa y se secó ambos lagrimales con ella—. Lo siento... Me pasa continuamente. Intento no hacer el ridículo... — Carraspeó y enderezó la espalda—. Es que ha sido un golpe muy duro... —añadió en voz baja.

—Por supuesto —añadió Robin.

E Izzy le sonrió, todavía con lágrimas en los ojos.

«*C'est l'automme de ma vie* —cantaba Gainsbourg—. *Plus personne ne m'étonne...*»⁸

—¿Os ha parecido bien el sitio, pues? —preguntó Izzy, buscando llevar la conversación a un

terreno más convencional—. Es bonito, ¿verdad? —añadió, invitándolos a admirar la decoración provenzal del restaurante.

De hecho, al entrar en el local, Strike había pensado que tenía cierto aire al apartamento de Izzy, pero traducido al francés. Allí también había una mezcla bastante conservadora de elementos tradicionales y modernos: fotografías en blanco y negro colgadas en las paredes, completamente blancas; sillas y bancos tapizados con piel escarlata y turquesa; anticuadas arañas de luces de bronce y cristal con pantallas de color rosa...

La camarera regresó con las cartas y les preguntó si querían pedir las bebidas.

—¿Lo esperamos? —preguntó Izzy, señalando el asiento vacío.

—Llega tarde —dijo Strike, que estaba deseando tomarse una cerveza—. Creo que podemos pedir las bebidas.

Al fin y al cabo, ya no había nada que averiguar. Ese día se trataba sólo de dar explicaciones. Cuando se marchó la camarera, se produjo un silencio un poco tenso.

—¡Ay, no sé si te has enterado! —le dijo de pronto Izzy a Strike, como si sintiera alivio por haber encontrado algo de lo que hablar, algo que, para ella, era un cotilleo de lo más normal—. Charlie está ingresada en el hospital.

—¿Ah, sí? —dijo él sin mucho interés.

—Sí, necesita hacer reposo total. Ha tenido algo, pérdida de líquido amniótico, creo... En fin, la tienen en observación.

Strike asintió con gesto inexpresivo. Robin, avergonzada por sentir curiosidad y querer saber más, no dijo nada. Les llevaron las bebidas. Izzy estaba demasiado nerviosa como para fijarse en el poco entusiasmo de Strike ante lo que, para ella, era un tema de conversación fácil y de interés para ambos, así que continuó:

—Creo que Jago montó en cólera cuando leyó aquella historia sobre vosotros dos en la prensa. Debe de estar encantado de tenerla allí, donde la puede controlar día y noche... —Izzy detectó algo en el semblante de Strike que la hizo desistir.

Dio un sorbo de vino, comprobó si había alguien escuchando en las pocas mesas ocupadas, y cambió de tema.

—Supongo que la policía os mantiene informados, ¿no? ¿Ya sabéis que Kinvara lo ha admitido todo?

—Sí —contestó Strike—, ya lo sabemos.

Izzy negó con la cabeza y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas.

—Ha sido horroroso. Nuestros amigos no saben ni qué decirnos... Todavía no me lo creo. Es increíble... Raff... Quería ir a verlo. Necesitaba verlo, aunque pueda pareceros sorprendente. Pero él se negó. No quiere ver a nadie.

Bebió un poco más de vino.

—Tiene que haberse vuelto loco. Debe de estar enfermo, ¿verdad? Para hacer una cosa así, uno tiene que estar trastornado... Debe de tener alguna enfermedad mental.

Robin se acordó de aquella barcaza oscura en la que Raphael le había descrito, embelesado, la vida con la que soñaba: la villa de Capri, el apartamento en Londres, el coche nuevo que se compraría en cuanto le retiraran la inhabilitación por haber matado a una joven madre en un accidente y le devolvieran el carnet de conducir... Pensó en la meticulosidad con que había planeado el asesinato de su padre, y en que, si había cometido errores, había sido sólo por las

prisas con que había tenido que llevar a cabo el crimen. Recordó la expresión de su rostro detrás del revólver cuando le había preguntado por qué todas las mujeres creían que eran diferentes: la madre a la que él llamaba «puta»; la madrastra a la que había seducido; Robin, a la que estaba a punto de matar para no tener que entrar solo en el infierno... ¿Sufría alguna enfermedad mental que justificase que lo ingresaran en un hospital psiquiátrico, en lugar de en la cárcel que tanto lo aterrizzaba? ¿O había engendrado su fantasía del parricidio en el tenebroso desierto que se extendía entre la enfermedad y una maldad irreductible?

—... Tuvo una infancia muy triste —iba diciendo Izzy; y, como ni Strike ni Robin decían nada, añadió—: De verdad. No quiero hablar mal de mi padre, pero para él sólo existía Freddie. Papá no se portó nada bien ni con Raff ni con la Orca..., perdón, con Ornella, su madre. Bueno, Torks siempre dice que, bien mirado, ella es una prostituta de lujo. Cuando Raff no estaba en el internado, se lo llevaba por ahí con ella, siempre andaba persiguiendo a algún hombre.

—Hay infancias peores —dijo Strike.

Robin estaba pensando, precisamente, que la vida de Raphael con su madre guardaba cierto parecido con lo que ella sabía de la infancia de Strike; aun así, le sorprendió que el detective expresara su opinión con tanta franqueza.

—A mucha gente le pasan cosas peores que tener una madre disoluta —añadió Strike—, y no por eso acaban convirtiéndose en asesinos. Mira a Billy Knight. Prácticamente se crió sin madre, tuvo un padre alcohólico y violento que le pegaba y no hacía nada por él; ha acabado con un trastorno mental grave, pero jamás le ha hecho daño a nadie. De hecho, vino a mi agencia en pleno episodio psicótico buscando justicia para otra persona.

—Sí, por supuesto —se apresuró a decir Izzy—, tienes toda la razón.

A pesar de aquellas palabras, Robin tenía la impresión de que Izzy era incapaz de equiparar el dolor de Raphael con el de Billy. El sufrimiento del primero siempre le suscitaba más compasión que el del segundo, porque un Chiswell era, por naturaleza, muy distinto del huérfano de madre cuyas palizas no salían de aquel bosque en el que los empleados de la finca se regían por sus propias leyes.

—Mira, ya está aquí —anunció Strike.

Billy Knight acababa de entrar en el restaurante con el pelo muy corto y salpicado de gotas de lluvia. Aunque todavía estaba muy delgado, ya no tenía la cara tan descarnada, y además iba mucho más aseado. Sólo hacía una semana que le habían dado el alta, y por el momento vivía en el piso de Jimmy, en Charlemont Road.

—Hola —le dijo a Strike—. Siento llegar tarde. El metro ha tardado más de lo que yo creía.

—No pasa nada —respondieron las dos mujeres a la vez.

—Tú eres Izzy —repuso Billy, y se sentó a su lado—. Hacía mucho que no te veía.

—Sí, es verdad —replicó Izzy, conmovida—. Ha pasado mucho tiempo...

Robin le tendió una mano por encima de la mesa y se presentó:

—Hola, Billy, yo soy Robin.

—Hola —la saludó él, estrechándole la mano.

—¿Te apetece un poco de vino Billy? —le ofreció Izzy—. ¿O prefieres una cerveza?

—Con los medicamentos que tomo no puedo beber alcohol —le contestó Billy.

—Ah, claro, por supuesto... —dijo Izzy, aturullada—. Pues... bebe un poco de agua, y aquí tienes la carta. Todavía no hemos pedido.

La camarera apareció de nuevo para tomarles nota y, cuando se marchó, Strike miró a Billy y dijo:

—Cuando fui a visitarte al hospital, te hice una promesa —empezó—. Te prometí que descubriría qué le había pasado a la niña a la que habías visto estrangular.

—Sí —contestó Billy con aprensión.

Había hecho el trayecto desde East Ham hasta Chelsea bajo la lluvia con la esperanza de oír la resolución del misterio que llevaba veinte años torturándolo.

—Y por teléfono me dijo que ya lo había averiguado —añadió.

—Sí —le confirmó Strike—, pero me ha parecido que lo mejor era que te lo contase alguien que lo sabía, alguien que estuvo allí, para que tengas toda la información.

—¿Tú? —dijo Billy, volviéndose hacia Izzy—. ¿Tú estabas allí? ¿Arriba, en el caballo?

—No, no —aclaró Izzy—. Aquello sucedió durante mis vacaciones escolares...

Tomó un sorbo de vino para coger fuerza, dejó la copa en la mesa, respiró hondo y prosiguió:

—Fizz y yo estábamos en casa de unas amigas. Yo... me enteré más tarde de lo que había pasado... Freddie había vuelto a casa de la universidad y se había traído a unos amigos, y mi padre los dejó solos en casa porque tenía que ir a Londres para asistir a no sé qué cena de su antiguo regimiento militar.

»Y, bueno..., a veces Freddie era... muy gamberro, la verdad. Cogió un montón de botellas de vino de la bodega y todos se emborracharon, y entonces una de las chicas dijo que quería saber si era cierta aquella historia que contaban del caballo blanco... Ya sabes —le dijo a Billy, que era originario de Uffington—. Si das tres vueltas dentro del ojo y pides un deseo...

—Sí —asintió Billy con los ojos como platos.

—Salieron todos de la casa, a oscuras, pero tratándose de Freddie... En fin, era tan gamberro... Dieron un rodeo por el bosque hasta tu casa, Steda Cottage, porque Freddie quería comprar un poco de..., bueno, de marihuana. ¿Verdad que tu hermano la cultivaba?

—Sí —volvió a decir Billy.

—Freddie quería comprar un poco para fumársela con sus amigos allí arriba, en el caballo, mientras las chicas pedían sus deseos. No deberían haber conducido, desde luego, porque ya estaban borrachos... Pero cuando llegaron a tu casa, tu padre no estaba.

—Estaba en el granero —aclaró Billy—. Terminando una... Bueno, tú ya sabes lo que hacía.

Fue como si aquel recuerdo hubiese saltado al primer plano de su memoria a raíz de las palabras de Izzy. Strike vio que Billy se sujetaba la mano derecha con la izquierda, para evitar que volviese a aparecer aquel tic que, por lo visto, tenía para el chico un efecto protector. La lluvia seguía repiqueteando en las ventanas del restaurante y Serge Gainsbourg cantaba: «*Oh, je voudrais tant que tu te souviennes...*»⁹

—Pues bueno —continuó Izzy, respirando hondo de nuevo—, según me contó una chica que sí estuvo allí... Prefiero no decir quién era —añadió, un poco a la defensiva, mirando a Strike y a Robin—, porque aquello pasó hace mucho tiempo y ella se quedó muy traumatizada... Esa chica me contó que cuando Freddie y sus amigos entraron en tu casa hicieron mucho ruido y te despertaron, Billy. Eran unos cuantos, y Jimmy se lió un porro... En fin. —Izzy tragó saliva—. Por lo visto tú tenías hambre, y Jimmy..., o quizá fuese Freddie, no lo sé —dijo torciendo el gesto—, consideró que sería muy divertido echarte en el yogur un poco de eso que estaban fumándose.

Robin se imaginó a los amigos de Freddie. Algunos de ellos quizá encontrasen muy

emocionante y extravagante aquello de fumar porros en la casita de un empleado de mantenimiento con su hijo, que vendía drogas, pero otros, como la chica que le había contado la historia a Izzy, no debían de entender muy bien qué estaba pasando. Aun así, eran demasiado jóvenes o les tenían demasiado miedo a los mayores, que se lo estaban pasando en grande, y no quisieron intervenir. A Billy, que sólo tenía cinco años, le habían parecido adultos, pero ahora Robin sabía que todos tenían entre diecinueve y veintiún años.

—Sí... —confirmó Billy en voz baja—. Ya sabía yo que me habían dado algo.

—Y entonces Jimmy quiso subir con ellos a la colina. Creo que le gustaba una de aquellas chicas —dijo Izzy con delicadeza—, pero tú, después de comerte aquel yogur, no te encontrabas muy bien, y como Jimmy no podía dejarte solo en aquel estado, decidió llevarte con él. Os metisteis todos en un par de Land Rovers y subisteis a Dragon Hill.

—Pero... no puede ser —repuso Billy, que volvía a tener aquella expresión de angustia—. ¿Y la niña? Ella ya estaba allí. Iba con nosotros en el coche. Recuerdo que la bajaron cuando llegamos a la colina. Lloraba y llamaba a su madre.

—Es que... no era una niña —dijo Izzy—. A Freddie le gustaban esas bromitas, tenía un sentido del humor un poco... raro.

—Era una niña. Me acuerdo de que la llamaban con un nombre de niña —insistió Billy—. Me acuerdo de...

—Sí —dijo Izzy, compungida—. Raphaela.

—¡Eso es! —exclamó Billy, y varios comensales se volvieron hacia ellos—. ¡Eso es! —repitió un poco más bajo, abriendo mucho los ojos—. Raphaela, así era como la llamaban...

—No era una niña, Billy. Era mi... mi... —Izzy volvió a llevarse la servilleta a los ojos.

»Lo siento mucho... Era mi hermano pequeño, Raphael. Freddie y sus amigos tenían que cuidar de él porque mi padre no estaba en casa. Raff era monísimo cuando era pequeño. Creo que a él también lo habían despertado, y las chicas dijeron que no podían dejarlo solo en la casa, que tenían que llevárselo con ellos. Freddie no quería. Si hubiera sido por él, habrían dejado a Raff solo, pero las chicas le prometieron que se ocuparían de él.

»Sin embargo, cuando llegaron allí arriba Freddie estaba borrachísimo y había fumado mucha marihuana, y como Raff no paraba de llorar, Freddie se puso furioso. Dijo que Raff lo estaba estropeando todo, y entonces...

—Lo estranguló —dijo Billy con cara de pánico—. Pasó de verdad, mató a...

—¡No, no lo mató! —respondió Izzy, muy afligida—. Billy, sabes que no lo mató. Seguro que te acuerdas de Raff, venía a casa todos los veranos. ¡Raff está vivo!

—Freddie le puso las manos alrededor del cuello a Raphael y apretó hasta que perdió el conocimiento —aclaró Strike—. Raphael se orinó encima y se desmayó, pero no murió.

Billy seguía sujetándose fuertemente la mano derecha con la izquierda.

—Yo lo vi.

—Sí, lo viste —confirmó Strike—, y, teniendo en cuenta todo, fuiste un testigo excelente.

Llegó la camarera con la comida. Strike había pedido un chuletón con patatas, Izzy y Robin ensalada de quinoa, y Billy, una sopa que, por lo visto, era lo único que le había inspirado confianza. Cuando sirvieron la comida a todos, Izzy siguió con su historia:

—Raff me contó lo que había pasado cuando volví de vacaciones. Era tan pequeño, y estaba tan disgustado, que intenté explicárselo a mi padre, pero él no quiso escucharme. No le dio

importancia, y comentó que Raphael era un llorón..., un llorón y un quejica...

»Y cuando me acuerdo de esas cosas... —les dijo a Strike y a Robin, con los ojos llenos de lágrimas de nuevo—, y pienso en todo lo que ha pasado... en el odio que debía de sentir Raff cuando le hacían esas cosas...

—Sí, es muy probable que la defensa de Raphael intente utilizar esos argumentos... —dijo Strike secamente, atacando ya su chuletón—, pero los hechos, Izzy, siguen demostrando que no puso en práctica sus deseos de ver a tu padre muerto hasta que se enteró de que había un Stubbs colgado en el piso de arriba.

—Un presunto Stubbs —lo corrigió Izzy, sacándose un pañuelo de la manga y sonándose la nariz—. Henry Drummond cree que es una copia. El experto de Christie's es muy optimista, pero en Estados Unidos hay un especialista en Stubbs que va a venir a examinar el cuadro, y dice que no encaja con las notas que tomó Stubbs del cuadro perdido... Aunque, sinceramente... —Negó con la cabeza—. Me importa un rábano. Cuando pienso en lo que ha provocado, en lo que le ha hecho a nuestra familia... Por mí, como si acaba en un contenedor de basura. Hay cosas más importantes que el dinero... —dijo Izzy con voz ronca.

Strike tenía una excusa para no replicar, porque tenía la boca llena de carne, pero se preguntó si a Izzy se le había ocurrido pensar que el joven vulnerable que estaba sentado a su lado vivía con su hermano en un apartamento diminuto de dos habitaciones, en East Ham, y que a Billy, estrictamente hablando, aún le debían el dinero de la venta de la última horca. Quizá cuando hubiera vendido el Stubbs, la familia Chiswell se planteara saldar aquella deuda.

Billy se tomaba la sopa como si estuviese en trance, con la mirada perdida. Observando su estado profundamente contemplativo, Robin pensó que parecía sereno, casi feliz.

—Bueno, entonces... debí de confundirme, ¿no? —dijo Billy por fin; esta vez dio la impresión de que estaba bien afianzado en la realidad—. Vi cómo enterraban el caballo y pensé que era la niña. Me hice un lío, nada más.

—Bueno —intervino Strike—, creo que no fue sólo eso. Tú sabías que el hombre que había estrangulado a la niña era el mismo que, con la ayuda de tu padre, había enterrado el caballo en la hondonada. Supongo que Freddie no iba mucho por allí, y además era mayor que tú, y por eso no tenías muy claro quién era... Pero creo que has borrado mucha información sobre ese caballo y sobre cómo murió. Has mezclado dos actos crueles perpetrados por la misma persona.

—¿Qué le pasó al caballo? —preguntó Billy con aprensión.

—¿No te acuerdas de *Spotty*? —le preguntó Izzy.

Billy, sorprendido, dejó la cuchara en el plato y puso la mano con la palma hacia abajo, paralela al suelo, a unos cuatro palmos de altura.

—¿Aquel caballito... que se comía la hierba del campo de cróquet?

—Era una yegua miniatura moteada. Era viejísima —les explicó Izzy a Robin y a Strike—. Era la última yegua de Tinky. Tinky tenía un gusto pésimo, era *kitsch* hasta con los caballos.

«Nadie se dio cuenta, ¿y sabes por qué? Porque son unos putos arrogantes y unos esnobs.»

—Pero *Spotty* era absolutamente adorable —admitió Izzy—. Si salías al jardín, te seguía a todas partes como un perrito...

»No creo que Freddie lo hiciese queriendo, pero... —No parecía muy convencida—. Bueno, no lo sé. No sé en qué estaría pensando, siempre tuvo muy mal genio. Se había enfadado por algo, mi padre no estaba en casa, y Freddie sacó su rifle del armario de las armas, se subió al tejado y

empezó a dispararles a los pájaros... Y, de repente... No sé, después me dijo que no lo había hecho queriendo, que él no quería darle a *Spotty*, pero debió de apuntar muy cerca de donde estaba ella, ¿no? Si no, no la habría matado.

«Apuntó a la yegua. No le metes dos balas en la cabeza a un animal desde esa distancia si no es queriendo», pensó Strike.

—Entonces se asustó —prosiguió Izzy—. Le pidió a Jack o'... bueno, a tu padre —le dijo a Billy—, que lo ayudara a enterrar el cadáver. Cuando papá llegó a casa, Freddie le contó que *Spotty* se había caído, que él había llamado al veterinario, que se la había llevado... Pero, evidentemente, esa historia no se aguantaba. Papá no tardó mucho en descubrir la verdad, y se puso furioso. No soportaba la crueldad con los animales.

»Cuando yo me enteré, me llevé un disgusto tremendo —dijo Izzy con tristeza—. Quería mucho a *Spotty*...

Robin se la quedó mirando, dejando el tenedor suspendido en el aire.

—¿Fuiste tú quien puso una cruz en la hondonada? ¿En el sitio donde la enterraron?

—¿Cómo puede ser que sepas eso? —preguntó Izzy, perpleja; y al ver que las lágrimas resbalaban de nuevo por sus mejillas, sacó otra vez el pañuelo.

Seguía lloviendo cuando Strike y Robin salieron juntos del restaurante y echaron a andar por Chelsea Embankment hacia Albert Bridge. El Támesis, de color gris pizarra, fluía eternamente sin que su superficie se alterara por la intensa lluvia que amenazaba con apagarle el cigarrillo a Strike, y que empapaba los mechones de pelo que a Robin se le habían escapado de la capucha del impermeable.

—Para que te enteres de cómo son las clases altas —dijo Strike—. Puedes estrangular a sus hijos sin problema, pero ni se te ocurra tocarles los caballos.

—Eso no es del todo justo —le reprochó Robin—. Izzy cree que a Raphael lo trataron terriblemente mal.

—Nada comparado con lo que le espera en Dartmoor —replicó Strike con indiferencia—. Mi compasión tiene un límite.

—Ya, eso lo has dejado muy claro.

La lluvia hacía brillar la acera por la que chapoteaban sus zapatos.

—¿Cómo va la TCC? —preguntó Strike—. ¿Haces los ejercicios?

Procuraba no preguntárselo más de una vez por semana.

—Sí, diligentemente —contestó Robin.

—No me vaciles. Lo digo en serio.

—Yo también —aseguró Robin sin maldad—. Hago lo que tengo que hacer. Y hace semanas que no tengo ningún ataque de pánico. ¿Y tu pierna? ¿Cómo va?

—Mejor, poco a poco. Hago los estiramientos. Vigilo lo que como.

—Pues acabas de comerte medio campo de patatas y una vaca casi entera.

—Recuerda que era la última comida que podía cargarles a los Chiswell —argumentó Strike—. Quería sacarle el máximo partido. ¿Qué planes tienes para esta tarde?

—Necesito que Andy me entregue ese dossier; luego tengo que llamar al tipo de Finsbury Park para ver si se aviene a hablar con nosotros. Ah, y Nick e Ilsa me han pedido que te pregunte si quieres venir a cenar curry esta noche.

Ante la insistencia de Nick, Ilsa y el propio Strike, Robin había acabado aceptando que irse a vivir a un cuartucho en una casa llena de desconocidos, inmediatamente después de haber sido secuestrada a punta de pistola, no era lo más aconsejable. Esa misma semana iba a instalarse en un piso de Earl's Court que compartiría con un actor gay, amigo de Ilsa, cuya anterior pareja acababa de marcharse. Los requisitos de su nuevo compañero de piso eran limpieza, sentido común y tolerancia con los horarios irregulares.

—Ah, sí, genial —dijo Strike—. Aunque antes tendré que pasar por la agencia. Barclay cree que esta vez ha pillado a Chungo con las manos en la masa. Otra adolescente. Los ha visto entrar y salir juntos de un hotel.

—Estupendo. Bueno, estupendo no..., quiero decir que...

—Es estupendo —replicó Strike; la lluvia seguía salpicándolos por todas partes—. Otro cliente satisfecho. El saldo de nuestra cuenta está más saneado que nunca. Quizá hasta pueda subirte un poco el sueldo. En fin, me voy. Nos vemos luego en casa de Nick e Ilsa.

Se dijeron adiós con la mano, ambos disimulando una sonrisa, contentos de saber que volverían a verse al cabo de unas horas, y que comerían curry y beberían cerveza en casa de sus amigos. Pero, al poco rato, Robin ya estaba pensando en las preguntas que le haría al tipo de Finsbury Park.

Iba con la cabeza agachada para protegerse de la lluvia, y no se fijó en que, en la puerta principal de doble hoja de la espléndida mansión por la que estaba pasando, cuyas ventanas salpicadas de lluvia daban al río, había dos cisnes grabados.

AGRADECIMIENTOS

Por diversas razones que no tienen que ver únicamente con la complejidad de la trama, *Blanco letal* ha sido uno de los libros más exigentes que he escrito, pero también es uno de mis favoritos. No habría podido escribirlo sin la ayuda de las siguientes personas.

David Shelley, mi maravilloso editor, me dejó todo el tiempo que necesité para hacer que la novela fuese exactamente lo que yo quería. Sin su comprensión, paciencia y talento, quizá *Blanco letal* no existiría.

Neil, mi marido, leyó el manuscrito a medida que yo lo escribía. Sus comentarios fueron valiosísimos, y además me ayudó con muchísimos detalles prácticos; pero creo que, sobre todo, le estoy agradecida porque ni una sola vez me preguntó por qué había decidido escribir una novela larga y compleja mientras trabajaba también en una obra de teatro y dos guiones de cine. Ya sé que él sabe por qué, pero pocas personas en este mundo habrían sido capaces de resistir la tentación.

El señor Galbraith todavía no se cree la suerte que tiene de contar con un agente fantástico que, además, es mi gran amigo. Gracias, El Otro Neil (Blair). Fueron muchos los que me ayudaron a documentarme para escoger los diferentes lugares que visitan Strike y Robin a lo largo de esta historia, y muchos también los que me ofrecieron su experiencia y sus conocimientos. Muchísimas gracias a:

Simon Berry y Stephen Fry, que me invitaron a una comida fabulosa y memorable en el Pratt's y me permitieron echarle un vistazo al libro de apuestas; Jess Phillips MP, sumamente atento, me hizo una visita guiada de la Cámara de los Comunes y de Portcullis House y, junto con Sophie Francis-Cansfield, David Doig e Ian Stevens, contestó a un sinfín de preguntas sobre la vida en el palacio de Westminster; la baronesa Joanna Shields, tan amable y generosa con su tiempo, me mostró por dentro el Departamento de Cultura, Medios de Comunicación y Deporte, respondió a todas mis preguntas y me facilitó una visita a Lancaster House; Racquel Black, siempre dispuesta a ayudarme, sobre todo para hacer fotografías cuando me quedé sin batería; Ian Chapman y James Yorke, que me hicieron una fascinante visita guiada de Lancaster House, y Brian Spanner, por la excursión a Horse Isle.

Sin mi equipo de apoyo administrativo y doméstico estaría completamente perdida. Muchísimas gracias a Di Brooks, Danni Cameron, Angela Milne, Ross Milne y Kaisa Tiensuu, por su dedicación y su buen humor, que valoro enormemente.

Después de dieciséis años juntas, creo que Fiona Shapcott sabe perfectamente cuánto significa para mí. Gracias, Fi, por todo lo que haces.

Mi amigo David Goodwin ha sido una fuente constante de inspiración, y sin él este libro no sería lo que es.

El QSC, en cambio, no ha hecho más que estorbar.

A Mark Hutchinson, Rebecca Salt y Nicky Stonehill quiero agradecerles que lo hayan mantenido todo unido a lo largo de este año, sobre todo cuando se trataba de mantenerme unida a mí.

Y por último, pero nunca menos importantes: gracias a mis hijos, Jessica, David y Kenzie, por aguantarme. Tener una madre escritora no siempre es fácil, pero el mundo real no valdría la pena sin vosotros y sin papá.

Epígrafes de «Rosmersholm»: Teatro completo, Henrik Ibsen; traducción directa del noruego y notas de Else Wasteson; edición completada por M. Winaerts y Germán Gómez de la Mata; revisión y prólogo de Germán Gómez de la Mata; Madrid, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U., 1965.

Wherever You Will Go (pág. 35 y pág. 38): letra y música de Aaron Kamin y Alex Band. © 2001 Alex Band Music/Universal Music Careers/BMG Platinum Songs/Amedeo Music. Universal Music Publishing MGB Limited/BMG Rights Management (US) LLC. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard Europe Limited.

No Woman No Cry (pág. 112 y pág. 114): letra de Vincent Ford. Editada por Fifty Six Hope Road Music Limited/Primary Wave/Blue Mountain Music. Todos los derechos reservados.

¡Escuchad la palabra de la virgen Láquesis, hija de la Necesidad! (pág. 222): *La República o El Estado* de Platón. Traducción de Patricio de Azcárate Corral, Austral, 2006.

Where Have You Been (pág. 478): Letra y música de Lukasz Gottwald, Geoff Mack, Adam Wiles, Esther Dean y Henry Russell Walter. © 2012 Kasz Money Publishing/Dat Damn Dean Music/Prescription Songs/Songs Of Universal Inc/Oneirology Publishing/TSJ Merlyn Licensing BV/Hill And Range Southwind Mus S A. Carlin Music Corporation/Kobalt Music Publishing Limited/Universal/MCA Music Limited/EMI Music Publishing Limited. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard Europe Limited.

Niggas In Paris (pág. 511 y pág. 513): Letra y música de Reverend W. A. Donaldson, Kanye West, Chauncey Hollis, Shawn Carter y Mike Dean. © 2011 Unichappell Music Inc. (BMI)/EMI Blackwood Music Inc./ Songs Of Universal Inc./Please Gimme My Publishing Inc./U Can't Teach Bein' The Shhh Inc./Carter Boys Music (ASCAP)/Papa George Music (BMI). EMI Music Publishing Limited/Universal/MCAMusic Limited. Todos los derechos en beneficio de Papa George Music, Carter Boys Music y Unichappell Music Inc. administrados por Warner/Chappell North America Ltd. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard Europe Limited, Sony/ATV Music Publishing and Warner/Chappell North America Ltd.

Black Trombone (pág. 731 y pág. 732): Letra de Serge Gainsbourg © Warner Chappell Music, Imagem Music.

La Chanson de Prevert (pág. 737): Letra de Serge Gainsbourg © Warner Chappell Music, Imagem Music.

NOTAS

¹ Últimamente me pregunto / quién ocupará mi lugar. / Necesitarás amor, cuando me vaya, / para borrar las sombras de tu rostro.

² Iré adonde vayas tú / Si pudiera hacer que fueras mía...

³ Observando a los hipócritas.

⁴ Mis pies son mi único motor.

⁵ ¿Dónde has estado? Toda mi vida, toda mi vida.

⁶ Qué son cincuenta mil para un capullo como yo.

⁷ Chica bailonga, dale la mano.

⁸ Estoy en el otoño de mi vida. Ya nadie me sorprende.

⁹ Ojalá te acordaras.